

Zeyda Rodríguez Morales

Sexualidad, sentimientos y emociones: un análisis generacional



Universidad de Guadalajara

intimidad & emociones

Sexualidad, sentimientos y
emociones:
un análisis generacional

Zeyda Rodríguez Morales

Sexualidad, sentimientos y
emociones:
un análisis generacional

Universidad de Guadalajara
2022

Esta publicación fue sometida a un proceso de dictaminación doble ciego por pares académicos.

Este libro deriva del proyecto titulado “Intimidad y relaciones de pareja en la región Centro-Occidente del México contemporáneo: desafíos socioculturales”, apoyado por el CONACYT en la convocatoria Ciencia Básica 2016-01 con número: 245227/BC284023, Fondo Sectorial de Investigación para la Educación.

306.7 ROD

Rodríguez Morales, Zeyda

Sexualidad, sentimientos y emociones: un análisis generacional/ Zeyda Rodríguez Morales.

Primera edición, 2022

Guadalajara, Jalisco, México: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2022.

ISBN:

- 1.- Sexualidad.
- 2.- Sexualidad - Región Centro Occidente (México) - Estudios de casos.
- 3.- Sexualidad - Aspectos sociales -México - Guadalajara, Jalisco.
- 4.- Costumbres sexuales - México - Historia.
- 5.- Sexualidad - Historia - México.
- 6.- Sexualidad - Aspectos sociales - Investigación.
- 7.- Sexualidad - México - Jalisco - Estudios de casos.
- 8.- Sexualidad - México - Colima - Estudios de casos.
- 9.- Adultos mayores - Conducta sexual.
- 10.- Adultos jóvenes - Conducta sexual.
- 11.- Emociones.
- 12.- Vida familiar.
- 13.- Conducta sexual.
- 14.- Conducta de vida.

I.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.

Primera edición, 2022

D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Unidad de Apoyo Editorial

Guanajuato 1045

Col. Alcalde Barranquitas

44260, Guadalajara, Jalisco, México

Consulte nuestro catálogo en: www.cucsh.udg.mx

ISBN: 978-607-571-734-0



Editado y hecho en México

Edited and made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

*Para Joel y Elisa, que vivieron juntos a lo largo de 57 años,
con amor, paciencia e inteligencia.*

El lazo genésico, que liga las generaciones sucesivas, tiene una importancia incomparable para la conservación de la unidad de los grupos mayores, porque la sustitución de una generación por la siguiente, el paso de una a la otra no acontece de una vez. De este modo se crea la continuidad que lleva de un tiempo a otro a la mayoría de los individuos que viven en un momento determinado.

Georg Simmel

Las ideas tardan mucho tiempo en filtrarse a través de los diferentes grupos sociales y lo habitual es que las personas adopten algunas conductas nuevas en un determinado momento y que los hábitos antiguos se conserven durante mucho tiempo, aún después de que la mayoría de la gente haya coincidido en que había que cambiarlos.

Stephanie Coontz

La manera en que marcha la sexualidad es un signo de cómo marcha la sociedad.

Jefrey Weeks

Índice

Introducción	13
Antecedentes del trabajo	13
Colima y Guadalajara dentro de la región sociocultural Centro-Occidente	17
Las generaciones y el cambio cultural en México	31
Heterogeneidad y generalización	43
Agradecimiento a l@s entrevistad@s	45
Coordenadas teóricas y metodológicas	49
Coordenadas teóricas	50
Coordenadas metodológicas	83
La sexualidad de la <i>generación del cambio</i> : los adultos mayores	95
La sexualidad de los adultos medios: la profundización de una ruptura	193
La sexualidad de los adultos jóvenes: transitando entre siglos	297
Conclusiones:	
cambio cultural, continuidades y rupturas	379
Comparaciones generacionales temáticas	379

Comparaciones generacionales de las reglas del sentimiento	388
Disonancias emocionales por generación	400
Palabras de cierre	406
Referencias bibliográficas	411
Páginas web	423
Anexos	
Anexo 1. <i>Corpus</i> de casos por generación	425
Anexo 2. Concentrado de casos de entrevistas por ciudad, sexo, NSE y grupos de edad	429
Anexo 3. La definición de los niveles socioeconómicos	430
Anexo 4. Libro de códigos	433

Introducción

Antecedentes del trabajo

Este libro emana de un proyecto de investigación muy ambicioso que involucró a un equipo de varias investigadoras de tres instituciones de educación superior en las ciudades de Guadalajara y Colima¹ (Rodríguez *et al.*, 2017). Los vínculos académicos entre nosotras gestados a lo largo de varios años fueron dando origen a la idea de que indagar sobre la vida íntima en la región centro occidente de nuestro país constituía un objetivo relevante para el avance del conocimiento al respecto, puesto que la mayor parte de investigación sobre este ámbito se situaba en la ciudad de México, aunque con búsquedas realizadas por varios años descubrimos trabajos cada vez más numerosos en distintas ciudades del país y en el ámbito rural.

¹ El proyecto se titula *Intimidad y relaciones de pareja en la región centro-occidente del México contemporáneo: desafíos socioculturales* y fue apoyado por Conacyt en la convocatoria CB-2016-01 con el número: 245227/CB284023. Se trata de un proyecto grupal e interinstitucional en el cual colaboraron, por parte de la Universidad de Guadalajara, la Dra. Tania Rodríguez Salazar y la Dra. Zeyda Rodríguez Morales (responsable técnico); de parte del ITESO, la Dra. María del Rocío Enríquez Rosas; y de parte de la Universidad de Colima, la Dra. Ana Josefina Cuevas Hernández. El proyecto inició en septiembre de 2018 y aún se encuentra en desarrollo.

Partimos² de plantear la esfera de la vida íntima como el paraguas dentro del cual cabrían diversos fenómenos que concernían a las parejas y sus vínculos familiares y alrededor de lo cual era pertinente la construcción de trascendentes objetos de estudio. A esto añadimos el interés por contrastar varias generaciones de hombres y mujeres con el fin de comprender y explicar lo que normalmente se oculta dentro de la vida íntima, adentrándonos en sus trayectorias con una o varias parejas, los roles genéricos que juegan al interior de éstas, los cuidados que se prodigan y reciben entre sí, lo relativo a su vida sexual, y las formas en que inciden las tecnologías afectivas en todos estos ámbitos, como un eje que los atraviesa, sobre todo a los miembros de la generación de adultos medios y adultos jóvenes.

El propósito fue doble, generar conocimiento empírico acerca de estas dimensiones de la vida de pareja, así como producir propuestas teóricas que, aun abrevando de la amplia bibliografía existente en el campo de los afectos, fuera construida sobre la base de hallazgos de un contexto distinto al anglosajón, y específicamente localizado en un espacio territorial con características particulares aún dentro del contexto más amplio de México y América Latina, la región centro-occidente mexicana. Asumimos que el estudio de la intimidad debe partir de una visión localizada en contextos sociales particulares, sin dar por hecho que los cambios asociados a la modernización tardía siguen los mismos patrones de parejas caracterizados por los autores europeos (Giddens, 1995; Baumann, 2005; Beck y Beck, 2001). Más bien entendemos que los cambios sociales afectan de diversos modos la vida íntima y ésta adquiere modalidades distintas en función de las trayectorias biográficas, el nivel socioeconómico, las identidades genéricas, las creencias religiosas, el nivel educativo y las comunidades afectivas y culturales en las

² El lector encontrará que uso la primera persona del plural y luego la del singular a lo largo de esta introducción. El uso de la primera ocurre cuando se da cuenta de cuestiones relativas al trabajo realizado con el equipo que desarrolló el proyecto. La segunda cuando se trata de mis propias afirmaciones.

que se participa. Las prácticas de la vida íntima son extremadamente diversas y los discursos sociales sobre la familia, la pareja o la sexualidad, aunque no lo sean tanto, también admiten diversidad y discusión pública. Estas nuevas prácticas y discursos han ido abriéndose paso en contextos donde aún son legítimos valores y prácticas venidas de una sociedad patriarcal como es la mexicana, provocando que justo esta esfera se constituya como un ámbito en la vida de las personas en el que son frecuentes los conflictos, los desajustes y las frustraciones, dado que viejas formas de ser coexisten con aspiraciones que no acaban de ser realizables.

Los desafíos que son tratados de forma abundante por los autores clásicos de esta temática tienen que ver con las formas en que hombres y mujeres dan sentido y significado al matrimonio como institución; la manera en que se negocian y transforman los roles genéricos; el cuestionamiento cada vez más profundo a los valores de la fidelidad, la monogamia y la heterosexualidad; la creciente legitimación de una sexualidad enfocada a la búsqueda del placer, aunada a la presencia de internet y tecnologías móviles que incrementan las oportunidades de emparejamiento; o las demandas referentes a una distribución del cuidado de los otros, especialmente de las personas mayores, más equitativa (Kaufmann, 1999; Weeks, 1998; Bozon, 2001; Bozon y Bajos, 2008; Coontz, 2006; Esteban, 2011; Haag, 2013; Hochschild, 1990; Illouz, 2012). Todo esto en el marco de un fuerte cuestionamiento de la desigualdad de género al interior de la familia respecto a las labores reproductivas, el cuidado y la crianza de los hijos, así como el cuidado de los viejos, los enfermos y la propia pareja entre sí. En ese sentido, nos pareció necesario plantear un abordaje múltiple, el cual inmiscuyó la perspectiva de género, la comparación entre tres generaciones de adultos heterosexuales, pertenecientes a contextos urbanos, y de diversos niveles socioeconómicos y educativos.

Asumimos que nuestro abordaje era original pues tuvo como base una perspectiva integral de indagación de estos ámbitos de la vida íntima, en sus múltiples interrelaciones, más que de manera aislada o in-

dependiente (Rodríguez *et al.*, 2019); así como también se tomaron en cuenta perspectivas antropológicas, sociológicas y comunicacionales que de forma más específica eran necesarias para el tratamiento de los objetos de indagación en cada una de las dimensiones trabajadas.

En el caso de la vida sexual de adultos heterosexuales casados o unidos, luego de haber realizado una revisión del estado del arte del campo de estudios al respecto³, constaté que lo concerniente a la sexualidad entre esta población había sido un tema escasamente trabajado, sobre todo en espacios geográficos distintos a la capital del país. El estudio de la sexualidad arrancó con bastante fuerza en México a partir de los años ochenta y puso especial atención en la salud reproductiva y sexual de las mujeres (Szasz, 1998c); las prácticas reproductivas de los varones (Lerner, 1998); y décadas después, en la sexualidad de la adolescencia y la juventud (urbana, rural e indígena), así como en la diversidad de identidades sexo-genéricas (Parrini y Hernández, 2012)⁴. En todas ellas se privilegia una mirada individualizada y detenida en el momento en que los sujetos elaboran su relato, dan su testimonio o responden una encuesta. En este sentido también ha sido poco frecuente construir una perspectiva de trayectoria a lo largo del tiempo. De este modo, me quedó claro que la población adulta heterosexual urbana se encontraba en desventaja frente a estas aproximaciones, probablemente por considerarse, en lo que toca a la sexualidad en particular, como “la *sexualidad normal*, esa que no preocupa al Estado o a los sacerdotes, por ocurrir entre adultos –hombres y mujeres– normalmente casados, y que desarrollan relaciones de pareja estables” (Rodríguez, 2019a, p. 239).

La forma de trabajar la sexualidad teórica y metodológicamente será expuesta ampliamente en el capítulo primero. Por ahora, adelanto que los temas a ser tratados versan sobre la importancia que reviste la se-

³ Este hallazgo es descrito en el estado del arte acerca de la investigación sobre sexualidad en América Latina contenido en Rodríguez (2019a).

⁴ Los textos referenciados constituyen a su vez estados del arte del campo de estudios de la sexualidad en México.

xualidad en la vida de las parejas; el tipo de prácticas sexuales que ocurren en su vida cotidiana; los factores que contribuyen al desarrollo de una vida sexual gratificante y placentera, así como los que la inhiben u obstaculizan; la creencia de que las necesidades sexuales para hombres y para mujeres son fundamentalmente distintas o se van asemejando; las formas que adquiere la comunicación acerca de estos temas entre los miembros de las parejas; las maneras en que cumplen e incumplen la normativa venida de los valores de la monogamia y la fidelidad⁵; y la indagación sobre la trayectoria sexual a lo largo del tiempo que han compartido juntos⁶.

Antes de entrar en materia, es necesario agregar algunas palabras acerca de las decisiones metodológicas enunciadas antes en torno a la elección de los lugares geográficos para realizar el estudio, así como el esfuerzo de hacer una comparación entre tres generaciones de adultos de las ciudades de Colima y Guadalajara.

Colima y Guadalajara dentro de la región sociocultural Centro-Occidente

Aunque en un principio el interés del proyecto era sobre la región centro-occidente en su conjunto (conformada por los estados de Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Jalisco, Michoacán de Ocampo, Nayarit, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas), la indagación empírica se desa-

⁵ Las formas de comunicación electrónica (uso de redes sociales, celular, plataformas, etc.) son parte sustancial de la vida entre las parejas sobre todo de los adultos medios y los adultos jóvenes. Desde finales del siglo xx y de forma mucho más intensa en lo que va del xxi, éstas juegan un papel fundamental en las experiencias de infidelidad de la gente. No obstante, no formarán parte de este trabajo pues serán tratadas en toda su complejidad y amplitud en el texto de Tania Rodríguez Salazar titulado *Celos e infidelidades: tecnologías, emociones y poder* dentro de esta misma colección.

⁶ Estos temas serán tratados en cada uno de los capítulos por generación con el objetivo de lograr, en las conclusiones, hacer comparaciones entre ellas, tanto temáticas como entre las reglas del sentimiento que comparten como generación.

rolló en las zonas metropolitanas de Guadalajara y Colima, tanto en la producción de información cualitativa (entrevistas) como cuantitativa (levantamiento de encuestas⁷). Ambas ciudades pertenecen a estados con un pasado histórico común que imprime aún hoy en día rasgos culturales propios, entre los que destacan valores provenientes de la fuerte presencia de la religión católica y de la preservación de tradiciones relacionadas con modelos culturales propios de “lo mexicano” o “lo nacional”. Tales modelos culturales son propios de una cultura patriarcal y machista que entran en relación con un proceso de modernización importante en el que juega un papel fundamental el desarrollo económico y el aumento de servicios de cada vez mayor cobertura y calidad que han tenido lugar en las últimas décadas.

En el caso del estado de Jalisco, destaca sobre todo la industria manufacturera, el comercio, los servicios personales y de mantenimiento, además de comunales y sociales⁸. Aunado a esto, es sumamente relevante el papel que ha jugado la Universidad de Guadalajara, una de las más grandes en el país, que ha posibilitado el acceso de la población, no sólo a la educación formalizada, sino a una importante oferta cultural

⁷ El proyecto incluyó el levantamiento de la encuesta denominada *Intimidad y relaciones de pareja en Colima y Guadalajara* la cual será retomada posteriormente para dar cuenta de sus hallazgos en otras publicaciones. En este texto se trabaja únicamente con la información de tipo cualitativo venida de la realización de 81 entrevistas con personas de ambas ciudades.

⁸ Esta ciudad es conocida como “El Valle del Silicio” mexicano, debido al desarrollo de la industria electrónica pues es la principal fabricante de *software* en el país, y la mayor fabricante de componentes electrónicos y digitales para aparatos de vanguardia. También es pionera en la producción y exportación textil a nivel nacional, y una de las mayores distribuidoras de ropa en México. Diseñadores de moda, fotógrafos, agencias, coordinadores, modelos, y gente alrededor de este sector son apoyados por la Cámara de la Industria del Vestido (CAINVE) y la Cámara de la Industria del Calzado (CAIC) a través de la Cámara de Comercio. (https://es.wikipedia.org/wiki/Zona_metropolitana_de_Guadalajara)

entre la que destacan la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, el Festival Internacional de Cine, el Museo de las Artes, el centro Cultural Universitario, el Sistema Universitario de Radio, Televisión y Cinematografía, que han cobrado gran relevancia a nivel nacional e internacional. En adición a esta institución educativa, en Guadalajara se encuentran varias universidades privadas como el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y la Universidad Autónoma de Guadalajara, entre otras, que en conjunto configuran un polo para la educación pública y privada que ejerce su atracción a un nivel más amplio que la región centro-occidente.

En el caso del estado de Colima, es muy importante destacar que el puerto de Manzanillo se ha convertido en el más importante del país al ser la principal entrada de mercancías venidas del comercio internacional mientras que es el tercero en importancia en América Latina. En particular destaca el flujo comercial sostenido con Asia y con China en especial, durante los últimos años. Relevante también es la presencia de la Universidad de Colima en la zona metropolitana de la capital del estado la cual ofrece estudios de nivel medio superior, superior y de posgrado y desarrolla investigación cada vez más relevante. Colima posee recursos naturales especialmente atractivos para el turismo como son sus numerosas playas, pueblos mágicos, lagunas y el volcán de Colima, lugar de excursión por excelencia.

Por lo que respecta a las ciudades capitales, el Área Metropolitana de Guadalajara, se localiza en la parte central del estado de Jalisco y está conformada oficialmente por 10 municipios, de los cuales 6 son considerados como municipios centrales, es decir, municipios que cuentan con una conurbación continua. Dichos municipios son: Guadalajara, Zapopan, San Pedro Tlaquepaque, Tonalá, El Salto y Tlajomulco de Zúñiga, los otros municipios son: Juanacatlán, Ixtlahuacán de los Membrillos, Acatlán de Juárez y Zapotlanejo, en los Altos de Jalisco. La población

total del área metropolitana sumó 5'268,642 habitantes en el 2020⁹. La zona metropolitana de Colima-Villa de Álvarez está conformada por los municipios de Colima, Comala, Coquimatlán, Cuauhtémoc y Villa de Álvarez y se encuentra en la zona central del estado. Según el censo del 2020 tiene una población de 380,575 habitantes lo que la convierte en el área metropolitana más poblada de todo el estado¹⁰. La información empírica que fungió como base de este trabajo proviene de las zonas metropolitanas de ambas ciudades, sobre todo de sus municipios más poblados.

Decidir orientar el proyecto de investigación hacia una región en particular tuvo tras de sí la idea de que la adscripción a un territorio geográfico juega un papel en la conformación de la identidad de las personas. Entiendo el territorio como la apropiación y valorización del espacio por parte de los seres humanos. En las acciones desplegadas dentro de cualquier territorio se manifiestan significados, relaciones de poder y límites; cualquier proceso social, comenzando con las acciones humanas más simples, tiene lugar en unidades territoriales específicas, sean éstas de escala corporal, doméstica o barrial, naciendo allí el sentido de pertenencia que origina la noción de identidad de los sujetos. Tal es el caso de la noción de *matria* que inventara Luis González (1985) para designar el terruño o la patria chica, la pequeña comunidad que nos vio nacer.

Como afirma Gilberto Giménez,

El territorio solo existe en cuanto ya valorizado de múltiples maneras: como zona de refugio, como medio de subsistencia, como fuente de productos y de recursos económicos, como área geopolíticamente estratégica, como circunscripción político-administrativa, como “belleza natural”, como obje-

⁹ https://es.wikipedia.org/wiki/Zona_metropolitana_de_Guadalajara, consultada el 6 de abril de 2022.

¹⁰ https://es.wikipedia.org/wiki/Zona_metropolitana_de_Colima-Villa_de_%C3%81lvarez, consultada el 6 de abril de 2022.

to de apego afectivo, como tierra natal, como espacio de inscripción de un pasado histórico o de una memoria colectiva, como símbolo de identidad socio-territorial, etc. (P. Pellegrino *et al.*, 1981, p. 99; D. Delaleu, 1981, p. 139; citados en Giménez, 1996, pp. 10-11).

Siguiendo con este autor, coincido con él en su afirmación de que la pertenencia a un determinado territorio deviene del hecho de que, a lo largo de varias generaciones,

Los pobladores de una determinada área territorial experimentaron las mismas vicisitudes históricas, afrontaron los mismos desafíos, tuvieron los mismos líderes y se guiaron por modelos de valores semejantes; de aquí el surgimiento de un estilo de vida peculiar y, a veces, de una voluntad de vivir colectiva que confiere su identidad a la colectividad considerada (Giménez, 1994, p. 165).

Esta identidad colectiva se reitera a través de un discurso social común, en la historia compartida, en la existencia de las mismas normas morales que no se encuentran escritas en ninguna parte. Y esta identidad se adquiere mediante el proceso de socialización primaria, por supuesto,

Que puede ser reforzado (o debilitado) por los procesos de socialización secundaria y por la pedagogía difusa del discurso social común y del discurso ideológico regionalista, si lo hay. En efecto, mediante el proceso de socialización primaria el individuo interioriza gradualmente una variedad de elementos simbólicos hasta adquirir, incluso subjetivamente y desde el punto de vista de su auto-conciencia, el status de pertenencia sociorregional, atribuyendo significación a la propia localización territorial y a la propia participación en redes de relaciones ecológicas. De aquí la importancia de variables como el grado de homogeneidad de valores y costumbres, la intensidad de los vínculos familiares, amistades y asociativos, y el grado de

integración y de solidaridad de la *Gemeinschaft*, a propósito de la pertenencia socioterritorial (Giménez, 1994, pp. 171-172).

A esta socialización intensa ocurrida desde la infancia y a partir de la aparición de internet, la socialización de las personas se ha ampliado y complejizado. A la dimensión de lo local, de esa *matria* pequeña, se ha añadido la escala de lo global como una nueva dimensión del mundo, sustentada en la tecnología en red y la multimedia¹¹. No sólo estamos conectados desde nuestra casa con el mundo (conectado), sino que este proceso produce realidad de tipo “virtual”, la cual es definida por Manuel Castells como

El sistema en el que la misma realidad (esto es, la existencia material/simbólica de la gente) es capturada por completo, sumergida de lleno en un escenario de imágenes virtuales, en el mundo de hacer creer, en el que las apariencias no están sólo en la pantalla a través de la cual se comunica la experiencia, sino que se convierten en la experiencia (Castells, 1999, p. 406).

De este modo, los espacios vividos por la gente, es decir, sus territorios, incorporan una dimensión extra en la que espacios lejanos geográficamente se acercan lo suficiente, gracias a la mediación tecnológica, como para ser apropiados en el terreno de lo significativo y lo vivencial. En la era informacional, el espacio “de los lugares” entra en coexistencia con el espacio “de los flujos”. Castells propone que los criterios tradicionales que inciden en la configuración del espacio, han quedado relegados por un nuevo criterio, el de la conexión a través de las re-

¹¹ Para algunos autores como Amartya Sen, la globalización no es tan nueva. Desde su punto de vista, “durante miles de años, la globalización ha contribuido al progreso del mundo a través de los viajes, el comercio, la migración, las mutuas influencias culturales y la diseminación del conocimiento y el saber (incluyendo el de la ciencia y la tecnología). Hay casos en que las interrelaciones globales han sido esenciales para el desarrollo de países enteros” (2001, p. 37).

des informacionales, las cuales han venido a prescindir de la cercanía espacial para lograr sus vínculos. Esto trae como consecuencia el trastocamiento de lo que se considera cerca y lejos, propiciando procesos permanentes de desintegración/reintegración de las ciudades, las regiones y los continentes. Un elemento fundamental en estos procesos es la producción paradójica de megaciudades, conectadas con el mundo y desconectadas en su interior, y regiones aisladas de su contexto territorial e imprescindibles para el otro lado del planeta. En este sentido, los lugares como terrenos fijos apropiados significativamente por las personas que los habitan, compiten con los flujos de información, haciéndoles prescindibles para el cumplimiento de las actividades sociales.

Este proceso de socialización complejo y heterogéneo posibilita el que los individuos que son solidarios y leales con la identidad colectiva compartida tengan posibilidades de oponerse a ella y a disentir. Y como el mismo Castells reflexionaba respecto a la influencia de la experiencia de la migración en esta identidad, “la pertenencia socio-territorial persiste, pero ha perdido su carácter totalizante y tiende a combinarse en un mismo individuo con múltiples formas de pertenencia a colectividades sociales de carácter no necesariamente territorial” (Castells, 1996, p. 16). Y agrega, “lo que se observa es más bien la interacción y la compenetración parcial entre la cultura de masas y las culturas locales tradicionales, muchas de las cuales conservan una asombrosa vitalidad” (p. 19).

A esto hay que añadir que este contacto con la cultura global o cultura mundo es desigual, afecta de forma diferenciada a los individuos, es decir, quienes tienen acceso a los dispositivos tecnológicos y sus aplicaciones tienen mucha mayor facilidad para ello, por lo que la comparación generacional es fundamental. En adición a esto, es importante pensar las diferencias que en términos culturales se presentan en las regiones, dado que las personas que habitan las ciudades grandes y medianas, los pueblos grandes y pequeños, así como las pequeñas localidades o rancherías, tienen un nivel de inserción diferenciado a la educación, contacto distinto con los medios masivos de comunicación, así como niveles socioeconómicos diversos que les permiten, en diferente grado,

tener acceso a aparatos electrónicos de diverso tipo: televisión, radio-grabadoras, computadoras, internet, etc.¹². Estos elementos (acceso a la educación, contacto con los medios masivos de comunicación y nivel de acceso a la tecnología), en adición al ámbito de las creencias religiosas, permitirían un acercamiento mucho más interesante a la cultura de los habitantes de una región, a diferencia del que parte de una simple clasificación regional geográfica o de interés político-económico.

En este sentido, resulta mucho más pertinente “despegar” el concepto de región de su asentamiento físico y usarlo como una herramienta teórica y metodológica que sea útil en el proceso de investigación. Así lo sugiere por ejemplo Eric Van Young al plantear que las regiones son hipótesis a ser demostradas y son “buenas para pensar”, retomando a Claude Levi-Strauss (Van Young, 1987). Asimismo, Andrés Fábregas (1992) agrega que la región es un instrumento para la investigación, la planeación, la administración y la puesta en marcha de decisiones políticas tomadas desde el Estado. Y añade que la concepción sobre la región depende del planteamiento teórico del investigador, del problema específico que trata de resolver, y de la actitud metodológica escogida. Con esto mismo coincide Guillermo de la Peña, al afirmar que la región es “...un espacio privilegiado de investigación, pero supone un planteamiento previo de problemas a partir de teorías y conceptos ‘trans-regionales’, se trata, en fin, de un recurso metodológico de particular importancia, que puede incluso ser exigido por la propia teoría” (De la Peña, 1993, p. 126).

Partiendo del hecho de que el papel del investigador es el de ser un sujeto que construye sus objetos de estudio y con base en ellos define,

¹² Según la Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares (ENDUTIH) 2020 el uso de internet a nivel nacional asciende a 72%, en el estado de Colima a 81.8% y el de Jalisco a 75.6%. Los hogares con internet a nivel nacional constituyen el 60.6%, en Colima el 67.1% y en Jalisco el 66.9%. Por su parte, los usuarios de teléfono celular a nivel nacional ascienden a 75.5%, en Colima a 83.7% y en Jalisco a 78.2%. Datos tomados de INEGI (2021).

dado el caso, las demarcaciones territoriales pertinentes, la noción de región tendría que ser asumida tal como sugieren estos autores, como un instrumento de análisis, como un recurso metodológico, como una hipótesis a ser demostrada en el transcurso de un proceso de investigación. En este sentido, resulta sugerente partir de la consideración de que la región centro-occidente de nuestro país comparte una serie de rasgos culturales y morales que le han otorgado el mote de ser una región conservadora, tradicional y muy católica, y resulta interesante, partiendo de tal aseveración, indagar las formas en que individuos de tres generaciones han vivido sus vidas íntimas y en qué medida ha ido desenvolviéndose el cambio cultural. Considerando algunos datos recientes, es posible sostener que la región en cuestión sigue manteniendo un perfil conservador, a continuación describiré algunos de ellos.

En lo que concierne al nivel de creencias religiosas, el catolicismo es la religión dominante en nuestro país, y representaba en el 2020, alrededor del 72%¹³ de la población total, mientras que otras religiones el 13% y quienes se declaran sin religión, un 16%. Esto contrasta con los datos de los estados de Colima y Jalisco, focos de nuestro interés. En Colima, la población católica ascendió al 78%, las otras religiones al 3% y los sin religión al 7%. Por su parte en Jalisco, se declararon católicos el 82%, de otras religiones el 5% y sin religión el 5%¹⁴. Es claro que ambos estados rebasan los promedios nacionales y aún más el de Jalisco. Sin embargo, al hacer la comparación de una década a otra, entre 2010 y 2020, en ambos estados ocurrió que la población que se declara sin religión aumentara. En Colima, la población sin religión en 2010 era de 18,689 personas y en 2020 ascendió a 48,645. En Jalisco, la población sin religión en 2010

¹³ Los porcentajes han sido redondeados con el fin de no cansar al lector. En el caso de datos citados de otros autores se respeta el cifrado original.

¹⁴ Datos provenientes de https://es.wikipedia.org/wiki/Religi%C3%B3n_en_M%C3%A9xico, consultada el 5 de abril de 2022.

era de 113,957 y en 2020 ascendió a 353,735¹⁵. Como se observa, ambos estados son semejantes en una adhesión más alta al promedio nacional a las creencias religiosas, pero esto no es un fenómeno estático, sino que a lo largo del tiempo ha avanzado el nivel de habitantes que se declaran sin religión, lo cual manifiesta procesos de cambio cultural.

Este perfil conservador podemos nutrirlo un poco más al revisar algunos de los hallazgos de la *Encuesta Nacional sobre Creencias y Prácticas Religiosas* levantada en 2016 a nivel nacional, la cual ubica a las ciudades de Colima y Guadalajara dentro de las regiones centro occidente y centro norte, las cuales agrupan en una sola, comprendiendo a los estados de Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas (Hernández *et al.*, 2016).

Retomando datos del censo 2010, el documento recupera que la región en cuestión se declara con religión en un 98.1% frente a un 95.1% a nivel nacional, siendo la más alta del país. Ante la pregunta sobre si en el conjunto familiar todos son de la misma religión, la región se declara con un 88.2% afirmativamente, frente a un 78.5% a nivel nacional, una vez más, es la región que lo afirma más en el país. Ante la pregunta de si las personas se encuentran casadas por la iglesia, la respuesta afirmativa a nivel nacional es de 52.7% y la de la región de un 62.1%, de nuevo, la más alta del país. Ante la pregunta de la frecuencia de asistencia a servicios religiosos, misa o culto, a nivel nacional ocurre semanalmente un 44.3% y en la región un 49.4%. Finalmente, sobre la creencia en la Virgen de Guadalupe a nivel nacional se respondió afirmativamente un 79.8% mientras que en la región un 89.1%, de nueva cuenta, la frecuencia más alta del país (Hernández *et al.*, 2016).

Los datos resultantes de las opiniones de acuerdo o desacuerdo ante las siguientes afirmaciones planteados en la encuesta sobre creencias levantada en 2016 revelan este mismo carácter conservador: Que se impartan contenidos o valores religiosos en las escuelas públicas, res-

¹⁵ Datos provenientes de <https://www.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/?ag=06#tab-MCcollapse-Indicadores>, consultada el 5 de abril de 2022.

pondieron de acuerdo un 60.6% a nivel nacional y un 69% a nivel regional. Que se imparta enseñanza de sexualidad en las escuelas públicas, respondieron de acuerdo un 79.5% a nivel nacional y un 84.2% a nivel regional. Mientras que el acuerdo con que el aborto no sea perseguido o castigado por ley asciende a nivel nacional a un 31.3% y en la región apenas un 22%. Con un poco de menor diferencia aparece el acuerdo con la ley del matrimonio entre parejas del mismo sexo, un 29.1% a nivel nacional y un 28.3% a nivel regional y sobre el derecho de las parejas homosexuales a la adopción de hijos, un acuerdo de 23.7% a nivel nacional y un 23.2% a nivel regional (Hernández *et al.*, 2016).

Pasando al tema de prácticas relacionadas con la vida sexual, es relevante revisar la evolución que ha tenido la tasa de fecundidad en nuestro país a lo largo de varias décadas, sobre todo a partir de la creación de Consejo Nacional de Población en 1974, el cual tuvo el objetivo claro de regular la política de fecundidad en un momento en que era urgente reducir el fenómeno de la explosión demográfica. La tasa de fecundidad en 1960 era de un altísimo 6.99, en 1970 de un 6.62, en 1980 bajó notablemente a un 4.82, en 1990 a un 3.45, en 2000 a un 2.67, en 2010 a un 2.31 y en 2020 a un 2.05¹⁶. Es claro que el propósito de la política de reducción de la fecundidad en México fue logrado con éxito. Veamos cómo fue en los estados de nuestro interés comenzando el siglo *xxi*. En el caso de Colima se pasó de 2.6 en el año 2000 al 2.3 en el año 2010 y a un 2.1 en el año 2020. En el de Jalisco, se pasó de un 2.7 en el año 2000, a un 2.4 en el 2010 y un 2.1 en el 2020¹⁷. Parece que por fin existe un acompasamiento entre estos estados y el promedio nacional.

Por lo que respecta a la situación de nupcialidad, resulta interesante contrastar lo que en el año 2020 ocurre a nivel nacional y en los estados.

¹⁶ Datos provenientes de <https://datos.gob.mx/herramientas/indicadores-demograficos-de-mexico-de-1950-a-2050-y-de-las-entidades-federativas-de-1970-a-2050?category=web&tag=economia>, consultada el 5 de abril de 2022.

¹⁷ Datos provenientes de INEGI (2020) *Presentación de resultados*, Censo 2020, Estados Unidos Mexicanos pdf.

A nivel nacional la población casada asciende a un 35%, en Colima a un 35% y en Jalisco a un 38%; mientras que la población en unión libre a nivel nacional asciende a 18%, en Colima a 18% y en Jalisco a 14%¹⁸. En este caso, se ve con claridad que el estado de Colima se coloca en idéntica posición frente al promedio nacional mientras que Jalisco conserva su perfil menos liberal en lo que respecta a la unión libre. No obstante, la evolución de este fenómeno es sorprendente, pues en el año 2000 en Jalisco sólo el 5.2% de la población vivía en unión libre¹⁹, mientras que a nivel nacional lo hacía el 11%. El ritmo del aumento es notable.

Un indicador más que sirve para ilustrar el perfil de los estados de Jalisco y Colima es lo que respecta al uso de métodos anticonceptivos. A nivel nacional, en 1997 los usaban el 57% de las mujeres, en 2006 el 70.90%, en 2009 el 49.70%, en 2014 el 51.60% y en 2018 el 53.40%. En el estado de Colima, en 1992 el 52.60%, en 1997 el 64%, en 2006 el 73%, en 2009 el 54.40%, en 2014 el 56.70% y en 2018 el 54.90%. Mientras que en Jalisco, en 1997 el 52.50%, en 2006 el 79%, en 2009 el 47.60%, en 2014 el 48.20% y en 2018 el 51.40%²⁰. En este caso, las diferencias son muy pequeñas entre los estados y el promedio nacional.

Al parecer, en lo que toca a las prácticas relacionadas con la vida sexual y el tipo de unión entre las parejas está teniendo lugar un fenómeno llamado por Gutiérrez y De la Torre como tendencia a la *secularización subjetiva de la moral sexual* (2020, p. 16). En este proceso la conciencia individual de las personas cobra relevancia como un espacio de deliberación autónoma sobre lo que se debe hacer en su vida íntima, con independencia de la opinión de la institución eclesiástica. Estas autoras hacen una comparación entre las creencias de la población de

¹⁸ Datos provenientes de <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/tableros/panorama/>, consultada el 5 de abril de 2022.

¹⁹ Datos provenientes de INEGI (2020) *Presentación de resultados*, Censo 2020, Jalisco, pdf.

²⁰ Datos provenientes de <https://www.inegi.org.mx/programas/enadid/2018/#Tabulados>, consultada el 5 de abril de 2022.

Guadalajara registrada en encuestas realizadas en 1996, 2006 y 2016 y encuentran que,

A pesar de que Guadalajara permanecía como una ciudad decididamente católica en cuanto a la adscripción religiosa de los tapatíos, otras dimensiones de la práctica, la creencia y las valoraciones mostraban una importante distancia con lo que la institución eclesial esperaba y normaba en sus miembros (Fortuny, 1999; citado en Gutiérrez y De la Torre, 2020, p. 18).

Prueba de esta tendencia la encuentran en que a lo largo de veinte años la aceptación del divorcio creció de un 35% a un 50%, que se ha elevado la aceptación de las relaciones prematrimoniales pasando de 36.6% a 46.25%, así como el uso de anticonceptivos, creciendo de un 57.10% a un 71.75% (2020, pp. 22-23). Otro tema sobre el cual se ha liberalizado la tendencia es la disminución del rechazo a la homosexualidad, el cual pasó de 78.20% al 45.75% (p. 24).

Estos cambios se enmarcan en el auge que ha logrado la agenda política feminista en el país, así como el posicionamiento público del discurso de los derechos humanos, así como el de los sexuales y reproductivos en los debates de la vida pública. Mención especial merece la lucha por el reconocimiento de la diversidad sexo-genérica que en los últimos años ha cobrado enorme relevancia en nuestro país y que comprende a los estados de nuestro interés. De hecho, de Guadalajara son las organizaciones más antiguas y con mayor grado de institucionalización de gays y lesbianas en México, me refiero al Grupo Orgullo Homosexual de Liberación (GOHL) y al Colectivo Patlatonalli que desde los años ochenta se constituyeron, dando lugar a una diversidad de iniciativas, organizaciones y acciones cuyos esfuerzos siguen logrando avances, por ejemplo, la aprobación del matrimonio igualitario en Jalisco el pasado 6 de abril de 2022, mismo que en Colima fue aprobado desde el 12 de junio de 2016.

No obstante esta tendencia secularizadora, para nada se puede considerar que la cultura conservadora ha sido dejada atrás. Muestra de esto es que ante un asunto como el de la aceptación del aborto, el perfil

conservador se mantiene, pues su nivel de aceptación apenas varió de un 8.2% a un 9.75%²¹ en veinte años. Un aspecto relevante en torno a esto es el mayor conservadurismo que expresan las mujeres, quienes en 2006 lo aceptaban en un 16% pasando a un 7.6% en 2016 (p. 29). En opinión de las autoras citadas, esto muestra que el cambio de una tradición de larga data no ocurre tan drásticamente y veinte años en realidad es un período demasiado corto para pensar en la desaparición de “la presencia histórica secular del catolicismo en nuestra región” (p. 30). Esta presencia se constata asimismo en las movilizaciones que han tenido lugar por parte del Frente Nacional por la Familia²², cuya membresía en Jalisco es de las más numerosas del país.

Habiendo delineado someramente el escenario socio-cultural del contexto regional de las ciudades de nuestro interés, reitero el afán por colocar la mirada en la vida íntima de hombres y mujeres de tres generaciones, justo con la pretensión de observar en qué medida se adhieren o se distancian de la cultura predominante asumiendo que justo en torno a esta dimensión de la vida, se poseen recursos para gestionar el desarrollo de sus trayectorias de vida en formas diversas, dentro de las cuales supongo encontrar tanto la reproducción de prácticas, creencias, valores y formas de sentir aprendidas muy intensamente de generación tras generación, así como formas creativas e innovadoras, que aún dentro de los límites culturales y morales que señalan a la región como

²¹ Aunque entre los jóvenes de 25 a 34 años la aceptación del aborto en 2016 fue de 20.6% (p. 28).

²² El Frente Nacional por la Familia surgió en mayo de 2016 cuando el presidente de México el Lic. Enrique Peña Nieto dio instrucciones para la realización de campañas contra la homofobia y la inclusión del tema de la diversidad sexual en los contenidos educativos de la Reforma Educativa. Desde entonces, el FNF se manifiesta en contra de la ideología de género y a favor de la vida, la familia y la libertad de los padres para educar a sus hijos. <https://frentenacional.mx/#:~:text=Somos%20un%20movimiento%20social%20conformado,la%20Familia%20y%20las%20Libertades>

conservadora, tradicional y muy católica, amplían los márgenes de lo posible logrando crear otros mundos dentro de los más convencionales.

Las generaciones y el cambio cultural en México

A pesar de tratarse de un apartado de tipo teórico, abordo el concepto de generación en este momento por considerar que elegir esa perspectiva constituyó una decisión metodológica inicial, al igual que la referida a la selección de la región y las ciudades, que definió al proyecto de investigación en su conjunto. La elección de esta perspectiva generacional se funda en que constituye una forma especialmente atractiva para pensar el cambio cultural a lo largo del tiempo. Cada contexto y época alberga agrupaciones de hombres y mujeres que, por el simple hecho de haber compartido el espacio geográfico y la temporalidad, son marcados por una impronta que los alemanes llamaron el espíritu de un tiempo, de una época, el *zeitgeist*. Desde luego esta amalgama no los homogeniza del todo, pues hay entre ellos y ellas variaciones según la localidad en la que viven, su género, su formación educativa, su origen de clase, su acceso a la cultura en un sentido amplio, su familia de origen, las creencias religiosas que les son heredadas y más. No obstante, la heterogeneidad que los caracteriza no hace desaparecer del todo el que sean considerados parte de una generación.

El concepto de generación ha sido asunto principalmente tratado por historiadores y filósofos, pero también por sociólogos y antropólogos. Esta visión es más amplia que la usada por los demógrafos que se refieren a ellas con el término cohorte, el cual basa su clasificación generacional por haber nacido en la misma fecha o intervalo de fechas. La visión sociológica es más *espiritual*, pues engloba,

Experiencias, ideas, mentalidades, ciertas visiones del mundo y de la sociedad. Se refiere a la vez a una mezcla de historia social y de modos de pensar (...) El contexto histórico ejerce una influencia sobre las diferentes generaciones presentes en tanto que el estadio histórico, social y económico es compuesto de temporalidades a escalas variadas: transformaciones de-

mográficas lentas, cambios de modos de consumo rápidos, mentalidades colectivas que atraviesan los siglos, otras que aparecen y desaparecen (Berriel *et al.*, 2006, p. 35).

Otros autores, aluden a este espíritu compartido con la palabra temple, es el caso del poeta y filósofo mexicano Octavio Paz, quien dice, la generación

Es un hecho biológico que asimismo es un hecho social: la generación es un grupo de muchachos [y muchachas] de la misma edad, nacidos en la misma clase y el mismo país, lectores de los mismos libros y poseídos por las mismas pasiones e intereses estéticos y morales, lo que distingue a una generación de otra no son tanto las ideas como la sensibilidad, las actitudes, los gustos y las antipatías, en una palabra: el temple (citado por Krauze, 1983, p. 126).

Uno más que destaca la transmisión cultural entre las generaciones es el filósofo español José Ortega y Gasset, quien afirma que los hombres y las mujeres no hacen su vida desde cero, sino que son herederos de los conocimientos, experiencias, creencias y dogmas de los que los precedieron, y esto los coloca en un punto de partida nuevo que los hará continuar la vida de una forma diferente a la anterior, poniendo en juego su razón y creatividad. Para este autor, el concepto de generación implica dos elementos: tener algún contacto vital y tener la misma edad, entendida en un sentido amplio, como un cierto modo de vivir marcado por una “zona de fechas” (Ortega y Gasset, 1977). Lo mismo explica Paul Thompson, historiador inglés, para él cada una de las generaciones recurre a la obra de la que le precedió, continúa su legado o rompe con su herencia. Este proceso es el que marca el acento de la época en que se vive. Las generaciones se transmiten, entre otras cosas, la memoria, el lenguaje, la posición social, la religión, los valores sociales, las aspiraciones, ciertas visiones del mundo, habilidades, los comportamientos naturales y modelos de parentesco y de matrimonio (Thompson, 1994).

Una visión que otorga mayor densidad al concepto de generación es la del sociólogo alemán Karl Mannheim, quien en un texto primigenio publicado en 1928²³, afirma que la pertenencia a una generación, lo que él llama, la posición generacional, en conjunto con la pertenencia a una determinada clase social,

Limitan a los individuos a determinado terreno de juego dentro del acontecer posible y que les sugieren así una modalidad específica de vivencia y pensamiento, una modalidad específica de encajamiento en el proceso histórico. Por lo tanto, una *posición* de ese tipo elimina, de entrada, un gran número de las modalidades y formas de vivencia, pensamiento, sentimiento y acción que son posibles en general, y delimita determinadas posibilidades circunscritas como terreno de juego de las realizaciones de la individualidad. Pero al fijar esa limitación *negativa*, no nos hemos hecho cargo de todo. Porque existe, además, en sentido *positivo*, una tendencia hacia determinados modos de conducta, sentimiento y pensamiento, que es inherente a cada una de esas *posiciones*, y que los sociólogos pueden captar comprensivamente a partir del poderoso peso de la posición (1993, p. 209).

Esta predisposición venida de la posición generacional me interesa en particular en cuanto a las formas de sentir se refiere. Justo esta dimensión es la que destaca el historiador Raymond Williams, y que alude con el concepto de *estructura del sentir*. Con este término se refiere a la “cualidad particular de la relación y la experiencia social, históricamente distinta de cualesquiera otras cualidades particulares, que determina el sentido de una generación o de un período...” (Williams, 2000, p. 154). Lo que permite hablar de una experiencia subjetiva colectivamente compartida. También ha sido llamada la *sensibilidad* de la época o

²³ Llama la atención en este trabajo el uso de los conceptos de *campo* y *posición* que destacan la demarcación de un *terreno de juego* posible en el que los individuos juegan y que aparecen con mayor profundidad en el trabajo del sociólogo francés Pierre Bourdieu décadas después.

su *estilo* particular. Para Montserrat Galí, el estilo es una combinación de formas y temas elaborada por el grupo que lo sustenta, la expresión de su forma de vida, de su concepto del mundo, un sistema de emociones (Galí, 2002, pp. 21-22). En este mismo sentido, Ortega y Gasset habla de *régimen erótico* al pensar sobre los cambios en torno al amor, él dijo, “cada época posee su estilo de amar. En rigor, cada generación modifica siempre, en uno u otro grado, el régimen erótico de la antecedente” (Ortega y Gasset, 1971, p. 115).

Como se puede observar, el concepto de generación da lugar de inmediato a las reflexiones en torno a las comparaciones generacionales que conecta de inmediato con el gran tema de las posibilidades del cambio cultural en las sociedades, en el caso que me interesa aquí, el cambio con relación a las formas de sentir, de amar, de erotizarse y experimentar la sexualidad²⁴.

En este sentido específico viene a cuento el planteamiento de Jaime Barrientos (2005), autor chileno, para designar las diferencias entre generaciones en torno a su sexualidad y para eso utiliza el concepto *generación sexual*, la cual se entiende como

un grupo unido por ideas comunes, hechos o eventos, lo que supone que las personas nacen y se inician sexualmente en determinadas épocas, marcadas por diversas normas, valores y prácticas sexuales, o, en otras palabras, por diferentes “guiones sexuales de tipo sociocultural”. Las generaciones sexuales propuestas son: a) “Control y la moderación sexual”: nacidos a comienzos del siglo xx hasta los años cuarenta e iniciados sexualmente hasta los años cincuenta, b) “Revolución sexual”: nacidos entre la década de los cuarenta y los cincuenta e iniciados en los años sesenta y setenta y c) “Equi-

²⁴ Es necesario agregar a estas definiciones que destacan la homogeneidad de las generaciones que la pertenencia a éstas no uniforma a los individuos del todo, un mismo contexto da origen a diversidad de diferencias entre ellos, algunos en particular, se perfilan como transgresores de los códigos a los que se encuentran sujetos y que les corresponden histórica y socialmente. De esto hablaré más adelante.

dad sexual”: nacidos en los años sesenta y setenta e iniciados en los ochenta y noventa (Barrientos, Nota 2, 2005, p. 3).

En nuestro país también se han hecho propuestas acerca de la identificación de generaciones a lo largo del siglo xx que toman como eje central las formas de relación amorosa o de organización de la intimidad. Una de ellas es la de Rosario Esteinou (2009-2010) quien plantea una primera generación de 1900 a 1950, la segunda de 1950 a 1970, y la tercera de 1970 al año 2000. En cuanto a la primera, la autora plantea una forma de relación entre los esposos basada en la idea de complementariedad en la que cada uno tenía su lugar y rol perfectamente definidos. Los hombres eran protectores y poseían una jerarquía mayor mientras que las mujeres, eran sumisas y subordinadas. El sentimiento entre ellos era de cariño y cuidado mutuo y la meta era la de lograr el bienestar de ambos y de la familia (Esteinou, 2009-2010, p. 70). En el segundo período el fundamento de la unión conyugal incluyó la idea de compañerismo orientado por el amor romántico, pero esto era más bien un ideal que algo real, pues persistían numerosas desigualdades genéricas mientras que la sexualidad estaba necesariamente circunscrita al ámbito matrimonial. Esto era especialmente rígido para las mujeres mientras que existía una doble moral para los hombres. Para la tercera generación, la autora afirma que coexisten diversas formas de relación y por tanto de intimidad entre las personas, las cuales inmiscuyen un mayor conocimiento entre ellas, una mayor cercanía emocional y una intensa actividad reflexiva alrededor de su sí mismo. Un elemento adicional a esto es la búsqueda de una sexualidad satisfactoria para ambos miembros de la pareja (Esteinou, 2009-2010, pp. 73-74).

Otro trabajo que pone especial énfasis en el régimen erótico dentro del cual tienen lugar las relaciones amorosas entre los jóvenes es el de Collignon y Rodríguez (2010) en el cual se identifican tres regímenes eróticos:

Uno venido como herencia del siglo xix y que perduró hasta los años cincuenta, otro que se extiende desde la década de los sesenta hasta la aparición del sida, y un tercero que ubicamos a partir de los ochenta y que se despliega hasta nuestros días. Al primero le caracterizan en términos generales la no visibilización social del ser joven, el importante papel de la Iglesia en la sociedad, y la represión sexual que eso implicó. Al segundo, la entrada en la escena de los jóvenes como un actor social reconocido en diversos terrenos, la creciente secularización de la sociedad, y la revolución sexual, generada por la invención de la píldora y la difusión del feminismo. Al tercero, la creciente visibilización y heterogeneidad de los jóvenes, la irrupción de la enfermedad del sida que vino a dar marcha atrás en el camino de la revolución sexual y la creciente incorporación de la tecnología en la vida social y privada de la gente (Collignon y Rodríguez, 2010, pp. 265-266).

Como vemos, en los últimos dos trabajos relativos a México se proponen periodizaciones un poco distintas entre sí, aunque bastante parecidas, con excepción del tercer período del segundo trabajo que se extiende hasta la primera década del siglo xxi. A pesar de eso, lo que encuentran respecto al primer período es fundamentalmente lo mismo, relaciones de pareja regidas por una moral católica y conservadora que postulaba fundamentalmente a la familia como propósito de la unión de la pareja, lo cual no inmiscuía necesariamente la existencia de un sentimiento amoroso profundo, ni el conocimiento entre marido y mujer, ni la satisfacción sexual, la cual era relevante sólo en su sentido reproductivo. Asimismo, ambos coinciden en la complejidad que presenta el segundo período, heredero aún de una cultura tradicional que se mantiene pese a la impronta de la revolución sexual de los sesenta, del aumento en el nivel educativo y la inserción laboral vividos por las mujeres, por las políticas estatales respecto a la reducción de la tasa de fecundidad, y el acceso a los anticonceptivos en el medio urbano. La vida amorosa y sexual de las parejas es atravesada por estos procesos dando lugar a una serie de coexistencias y contradicciones que van dibujando un escenario heterogéneo y complejo que se profundiza aún

más en el tercer período. Es decir, no termina un proceso para iniciar otro, sino que la oleada conservadora sobre la sexualidad es acompañada al mismo tiempo por su creciente liberalización gracias a la difusión del feminismo y la lucha por la diversidad sexo-genérica; al tiempo que las nuevas tecnologías cimbran hasta lo más profundo la configuración de los afectos y la sexualidad.

La forma en que trabajamos las generaciones en este trabajo es la siguiente: una primera generación²⁵ a la que llamamos de *Adultos Mayores*, aquellos que poseen edades entre los 65 y 96²⁶ años al momento de ser entrevistados, lo cual significa que nacieron entre los años de 1924 y 1955. Esto nos hace visualizarlos como jóvenes de alrededor de 20 años en la década de los cincuenta, a lo largo de los sesenta y la primera mitad de los setenta. Al igual que otros autores, asumo que parte de estos adultos, constituyen la “generación del cambio” en México, me refiero a los que fueron jóvenes bajo la influencia cultural de la revolución cultural y sexual de los años 60, pues pretendieron transformar sus relaciones amorosas y romper en muchos sentidos con la herencia cultural de sus padres.

Enseguida se sitúa la generación de *Adultos Medios*, son aquellos que poseen edades entre los 50 y 63 años, lo cual significa que nacieron entre los años de 1957 y 1970. Esto nos hace visualizarlos como jóvenes de alrededor de 20 años en la última parte de los setenta y hasta fines de los noventa. Ambas generaciones fueron receptoras del impacto de la revolución sexual, sin embargo, en el caso de los adultos mayores planteo que la influencia de ésta fue débil dado lo reciente de la aparición del fenómeno y al tratarse sobre todo de poblaciones ubicadas fuera de

²⁵ Cabe mencionar que las personas que poseen una mayor capacidad para recordar y narrar y darnos la posibilidad de comprender su historia de una forma rica y profunda, se sitúan generalmente a partir de la segunda generación del siglo, que para nosotros es la generación de adultos mayores.

²⁶ La edad registrada en cada caso es la que tenían los entrevistados en los años 2019 y 2020, período de realización del trabajo cualitativo.

la capital del país, los estados de Colima y Jalisco, donde la influencia de estos cambios fue menor; mientras que, en el caso de los adultos medios, asumo que su impacto fue mayor, dado que el tiempo de difusión y el alcance de estas transformaciones fue más amplio.

En el caso de la tercera generación, ésta es llamada de *Adultos Jóvenes*, poseen edades entre los 32 y los 48 años, lo cual implica que han nacido entre los años de 1972 y 1988. Esto nos hace considerar que su juventud –alrededor de los 20 años–, fue vivida a partir de la década de los noventa y entre los más jóvenes, en la primera década del año 2000, este período fue marcado por una tendencia conservadora y por la llegada de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación²⁷.

En las tres generaciones descritas destaco la edad de los 20 años de sus miembros con el fin de poner el acento en el período de la juventud que cada grupo social vivió²⁸. En este sentido resulta sugerente la perspectiva de Mannheim, quien afirma,

²⁷ Como se observa, el rango de años que comprende cada generación es distinto, en la primera comprende 25 años, la segunda 13 y la tercera 16 años. A su vez, la distancia intergeneracional es apenas de 2 años, 3 años y 2 años respectivamente. En el planteamiento inicial, las generaciones pretendían ser trabajadas con rangos con mayor distancia entre ellos: la de adultos mayores se pensaba comprendiera de 75 a 85 años; la de adultos medios, de 55 a 65; y la de adultos jóvenes de 35 a 45. No obstante, la conformación de la muestra final de casos obedeció a las oportunidades reales de entrevista a las que se tuvo acceso, por lo que se adaptaron los rangos con base en los casos realmente disponibles.

²⁸ Es claro que asociar la llegada a la juventud a una edad específica es arbitrario pues depende de la época y el contexto social. Entre los adultos mayores cumplir 20 años significaba la entrada a la adultez temprana, mientras que para los adultos medios posiblemente ocurría a los 25 y entre los jóvenes casi a los 30. En el trabajo de Mannheim se señalan los 17 años, “el momento en que comienza la vida autoexperimentada” (1993, p. 218).

Para la formación de la conciencia es en gran medida decisivo cuáles sean las vivencias que se depositan como “primeras impresiones”, como “vivencias de juventud”, y cuáles sean las que vienen en un segundo o tercer estrato, y así sucesivamente. Más aún: resulta ser completamente decisivo para una “experiencia” que ha de ser vivenciada por un individuo –así como también para la formación y la relevancia de ésta– el hecho de que opere como una decisiva primera impresión de juventud, o que no lo haga y funcione, por tanto, como una “vivencia tardía”. Las primeras impresiones tienden a quedar fijadas como una *imagen natural del mundo*. Por consiguiente, cualquier experiencia tardía se orienta por medio de ese grupo de vivencias, y puede ser que sea sentida como confirmación y satisfacción de ese primer estrato de experiencia o, por el contrario, como su negación o antítesis (1993, pp. 216-217).

Con base en los trabajos reseñados hasta aquí me parece pertinente visualizar gráficamente las cuatro propuestas con el fin de tener claro sus semejanzas y diferencias, así como los conceptos claves con las que se han identificado (véase Cuadro 1).

En suma, como dije al inicio, adoptar una comparación generacional constituye una decisión metodológica que apuesta por visualizar el cambio cultural. Sobre esto, asumo que al interior de cada generación algunas personas logran modificar más que otras sus trayectorias de vida respecto a las generaciones que les preceden. Estos casos los llamaré transgresores.

Parto del principio de que transgresión no significa ruptura con el orden social, sino ampliación de los límites de la conducta institucionalizada. En coincidencia con Michel Foucault, transgredir implica establecer una diferencia (Foucault, s/f), y siguiendo a Santiago Díaz, la acción humana se desarrolla sobre tres dimensiones,

Un código al cual se refiere, una conducta que relaciona a uno mismo con el código, y una determinada relación de uno consigo mismo. El código es-

Cuadro 1. Esquema comparativo sobre las generaciones en el siglo xx

Concepto central y autor/es	Generaciones sexuales en Chile (Barrientos, 2005)	Formas de Intimidad en México (Esteinou, 2009-2010)	Regímenes eróticos en México (Collignon y Rodríguez, 2010)	Intimidad y relaciones de pareja región centro-occidente de México
	Año nacimiento/Año de inicio vida sexual			Año de nacimiento/edad de l@s entrevistad@s/Años de juventud (20)
1ra. Generación	1900-1940/50	1900-1950	Siglo xx-1950	No considerada
Conceptos claves	Moderación y control	Complementariedad en la pareja	Represión y religión	
2da. Generación	1940-1960/70	1950-1970	1960-1985	1924-1955 (65 a 96)
Conceptos claves	Revolución sexual	Romanticismo. Matrimonio de acompañamiento	Revolución sexual y secularización	Adultos mayores. 1957-1970 (50-63) Adultos medios. 1944-1975 Baja influencia revolución sex. 1977-1990 Alta influencia revolución sex. 1992-2008 Conservadurismo y nuevas tecnologías.
3ra. Generación	1960-1980/90	1970-2000	1985-2010	1972-1988 (32-48)
Conceptos claves	Equidad sexual	Coexistencia de múltiples formas de intimidad	Aparición del sida y nuevas tecnologías	Adultos jóvenes.

tablece los límites, la conducta los evidencia y el sujeto se regocija en saber dónde cómodamente están sus fronteras (Díaz, 2008, p. 52).

En esta perspectiva, el código al que se refieren las acciones de los sujetos es eminentemente moral y es producto de una larga gestación histórica. Este a su vez define los límites que marcan lo correcto y lo incorrecto, lo aceptable y lo que no lo es. A su vez, dicho código genera formas de subjetividad específicas, proporcionando marcos de experiencia posible de ser vivida en cada sociedad y momento histórico. De este modo, el acto de transgredir remite a la capacidad creativa de los individuos para empujar los límites sin romperlos del todo, expresando su fuerza para generar lo que no existe y su capacidad de utilizar lo disponible para hacer algo diferente. Así, “la transgresión es la actitud que habilita la libertad” (Díaz, 2008, p. 53).

Los individuos transgresores hacen posibles cosas anteriormente imposibles y en un sentido gradual, abren nuevas rutas en las que estos caminos poco transitados se convierten en grandes avenidas para muchas más personas. Hablar de cambio cultural no es entendido aquí como el arribo a un destino completamente nuevo, sino que nuevas formas de ser sujetos tanto hombres como mujeres comienzan a proliferar, en medio de otras que persisten y se reproducen, generándose una gran heterogeneidad entre ell@s. A decir de Francisco Salazar, hablar de cambio es constatar, “la disponibilidad colectiva para adoptar los nuevos elementos culturales, quien determina en definitiva el cambio cultural (...) es el resultado de pequeños incrementos individuales que se concretan a lo largo de varias generaciones” (Salazar, 1991, pp. 21-22).

Por su parte, Mannheim coincide también con esta visión de heterogeneidad al interior de cada generación, pues desde su punto de vista, “dentro de cada conexión generacional, aquellos grupos que siempre emplean esas vivencias de modos diversos constituyen, en cada caso, distintas ‘unidades generacionales’ en el ámbito de una misma conexión generacional” (1993, p. 223). De este modo, al interior de cada generación, se destacan grupos particulares que poseen esta capacidad

transgresora, que pudieran coexistir, y en consonancia con su idea de campo de juego mencionada antes, que luchan entre sí desde posiciones opuestas para generar un proyecto a futuro que constituye su particular visión del mundo.

Así, el cambio generacional no ocurre de manera mecánica por la simple sucesión biológica, sino que tiene que ver con la capacidad de estos grupos –unidades generacionales– que,

Se caracterizan no sólo por significar diversas conexiones del acontecer vinculadas entre sí en el seno de una débil participación en común vivenciada por distintos individuos, sino también porque significan un modo de reaccionar unitario –un “agitarse juntos” y un modo de configurar que están conformados por un sentido semejante– de los individuos que están (en la medida en que lo están) directamente vinculados a una determinada conexión generacional (Mannheim, 1993, p. 225).

Para terminar esta ruta de reflexiones es interesante agregar lo que aporta el historiador alemán Reinhart Koselleck, quien plantea una ruta muy sugerente para comprender la relación entre experiencias individuales y cambio histórico. Desde su punto de vista, un primer tipo de experiencia ocurre de forma individual en aquellos sujetos que tienen la capacidad de dejarse sorprender, dando lugar a experiencias originarias ocurridas a una o varias personas. La segunda forma de la experiencia es cuando dichas experiencias originarias se repiten, se estabilizan confirmandose y adquiriendo fuerza y son compartidas a nivel generacional. Koselleck afirma, “cabe hablar de unidades generacionales políticas y sociales cuyo rasgo común consiste en hacer, almacenar y regular experiencias únicas o repetidas, o padecer los mismos acontecimientos” (2001, p. 52). En esta dinámica se solapan las historias personales que producen un espacio de experiencia común, el espíritu de una época, agrega. El tercer nivel de la experiencia plantea el autor es el que tiene lugar en el largo plazo, lentamente y sin que nadie se sienta afectado. De éste se cobra consciencia gracias a la reflexión histórica y para el

tránsito entre generaciones es imperceptible, se trata de algo así como una experiencia suprageneracional que “se estabiliza a largo plazo más allá de los siglos y los milenios y que sólo se habría modificado silenciosamente” (p. 55).

Siguiendo a este autor, los testimonios recuperados aquí contribuyen al conocimiento en varios niveles; en el primero de ellos, al recuperar el relato de la experiencia de lo vivido de forma originaria por los individuos; en un segundo nivel, al ser parte de la grupalidad definida por su pertenencia a una u otra generación, expresan una experiencia compartida, el espíritu de su época; en el tercer nivel, posibilitan el análisis del cambio en el largo plazo que podrán reconstruir los historiadores en el futuro.

Heterogeneidad y generalización

Uno de los retos para la investigación de corte cualitativo consiste en resolver en qué medida los hallazgos venidos de trabajar con conjuntos de personas no representativos estadísticamente permiten realizar generalizaciones sobre conjuntos más amplios. A esto se le llama el dilema de la validación externa. En el caso de esta investigación, me planteo de qué manera es posible que el análisis de 81 entrevistas de personas de tres generaciones, de dos ciudades de la región centro-occidente de México, hombres y mujeres heterosexuales, con distintos niveles educativos y ubicados en condiciones de vida de niveles socioeconómicos diferenciados, posibilitan la realización de afirmaciones sobre colectivos que agrupan millones de personas. Cabe destacar que la cantidad de entrevistas que se tuvieron disponibles para este trabajo es absolutamente excepcional en un abordaje de corte cualitativo. Este hecho sólo fue posible por tratarse de un equipo de investigación amplio conformado por las investigadoras responsables, becario@s y asistentes que lograron conformar un *corpus* con suficiente solvencia empírica.

En principio, estoy de acuerdo con Marta Nussbaum, creo que “si no generalizáramos no podríamos aprender o enseñar a los demás. Si el pasado sirve de guía para el futuro, o la experiencia de una persona le

sirve a otra, es porque algunos tipos de generalización resultan útiles” (Nussbaum y Levmore, 2018, p. 27). No obstante, coincido también con ella en que generalizar está cargado de peligros, pues existen diversidad de historias vitales diferentes, “las circunstancias económicas y sociales (...) tienen un enorme impacto en la salud, las emociones y la productividad general” (p. 32).

Un riesgo derivado de la generalización es la fabricación de estereotipos y más si a esto se agrega el estigma, por ejemplo, a la etapa de la vejez. ¿Cómo evitar esto? Un camino es la recopilación de datos empíricos con el objetivo de “ofrecer una amplia gama de ejemplos que podrían estudiarse entonces a partir de sus coincidencias” (p. 33). Con esto coincide Mari Luz Esteban, quien propone,

Los relatos recopilados (...), son en conjunto una buena muestra de la influencia de los mandatos culturales en las personas, pero también de diferencias y matices en unos itinerarios que se presentan como individuales y que están al mismo tiempo lejanos y próximos entre sí, puesto que se trata de personas que comparten o han compartido intereses, referencias, quehaceres. Diferencias que tienen que ver con contextos familiares, sociales, económicos y culturales, pero también con idiosincrasias individuales o colectivas. Lo cual nos habla de la necesidad de poner en relación lo global y lo local de la experiencia, y profundizar en las particularidades que una determinada cultura amorosa hegemónica adquiere en circunstancias muy concretas (Esteban, 2011, p. 52).

De este modo, las afirmaciones contenidas en el análisis de cada generación que dan cuerpo a cada uno de los tres capítulos que las trabajan, se encuentran fundadas estrictamente en las narraciones venidas de cada entrevista y no pretenden ser válidos para todas las personas que forman parte de esa generación y que se encuentran por fuera del *corpus* de entrevistas. Asimismo, dicho análisis se acompañará de la observancia de las variables venidas del género, la edad, el nivel socioeconómico y el educativo, intentando dar cuenta de la heterogeneidad y variedad

de las subjetividades. No obstante, advierto que, aun sosteniendo esta mirada precavida, los hallazgos arrojaron tendencias bien perfiladas venidas de la semejanza en las experiencias entre personas de la misma generación; semejanzas entre las mujeres frente a semejanzas entre los hombres; semejanzas que acercaron los casos de los niveles socioeconómicos medio y medio-alto entre sí, así como las distinciones de éstos respecto al nivel bajo, mismas que se corresponden con las derivadas del nivel educativo. En este sentido, un bajo nivel educativo también involucra frecuentemente una adhesión más intensa a las creencias religiosas, mientras que el medio y medio-alto, un poco menor. Estas tendencias se encuentran en consonancia con las encontradas en general en el campo de estudio de las sexualidades, lo que me anima a sostener que generalizar con precauciones es útil y va conformando cúmulos de conocimientos que posibilitan comparaciones diversas, en este caso, geográficas, generacionales, de género, educativas y de nivel socioeconómico.

La razón de que generalizar sea posible y se sostenga tiene que ver con que no estamos descubriendo únicamente qué ocurre con la vida interior de los individuos, sino aquellos aspectos de la experiencia humana que se construyen socialmente, significados intersubjetivos que no son reducibles a las experiencias subjetivas individuales, sino que son constitutivos de la matriz social donde los individuos se encuentran y actúan (Elliot, 2005).

Al mismo tiempo, esto no anula el propósito enunciado antes por descubrir formas en que contextos estructurales compartidos generan también experiencias y visiones diferentes, o matices que distinguen las trayectorias comunes. De este modo, aspiro tanto a la generalización como a atender la particularidad de lo individual.

Agradecimiento a l@s entrevistad@s

El que 81 personas hayan dado la oportunidad de asomarnos a la intimidad de su vida de pareja representa un enorme valor para la investigación social. Haber sido propiciadores de la generación de los relatos

autobiográficos de nuestr@s entrevistad@s fue un enorme privilegio para el equipo de investigación. Ninguna de las reflexiones y hallazgos vertidos en este trabajo serían posibles sin la generosidad de Delia, Fátima, Leonor, Luisa, Otilia, Raquel, Teresa, Gilberto, Julián, Sixto, Eunice, Fernanda, Jimena, Laura, Lilia, Lorena, Magdalena, Mariana, Mónica, Olivia, Fabián, Félix, Misael, Artemio, Ramiro, Sergio, Minerva, Mirna, Paula, Yolanda, Benito, Braulio, Gamaliel, Jeremías, Mauricio, Octavio, Saúl, Andrea, Citlali, Lourdes, María José, Marina, Mica, Romina, Rosa, Sofía, Andrés, Javier, Joel, Martín, Servando, Tenzin, Armida, Aurora, Celia, Fabiola, Isadora, Viviana, Augusto, Daniel, Demián, Rogelio, Tobías, Alejandra, Ana, Berenice, Carolina, Lena, Lucía, Marcela, María, Patricia, Saidi, Ariel, Arturo, Héctor, Jonás, Juan, Oscar, Pablo y Pedro²⁹.

Confío en que el placer que experimentamos al escuchar el enorme regalo de sus relatos, se haya acompañado también del placer de parte de ellos y ellas de hacerse oír, testimoniar, explicarse, construir su propio punto de vista. En ese sentido, me alienta el haber escuchado lo siguiente de parte de Martín, “yo no sé si a otras gentes les pase, porque yo no tengo ese tipo de comunicación con mis amigos. Eres la única mujer que sabe esto en el mundo, ni mi sombra”; y también de parte de Javier, quien dijo, “de hecho hay muy poca gente que sabe lo que me pasó ¿verdad?, tú has de ser la tercera persona que lo sabe, porque lo he ocultado, o sea, me avergüenza, me hace sentir muy mal”.

Por testimonios como estos es que coincido con la literata española Rosa Montero, quien afirma,

Para vivir tenemos que narrarnos; somos un producto de nuestra imaginación. Nuestra memoria en realidad es un invento, un cuento que vamos re-escribiendo cada día (...) lo que quiere decir que nuestra identidad también es ficcional, puesto que se basa en la memoria. Y sin esa imaginación que completa y reconstruye nuestro pasado y que le otorga al caos de la vida

²⁹ Estos nombres no son los reales de nuestr@s entrevistad@s, sino seudónimos.

una apariencia de sentido, la existencia sería enloquecedora e insoportable, puro ruido y furia (Montero, 2013, p. 117).

Dejar testimonio de lo vivido rebasando miedos, pudores, temor a ser juzgados, posee un valor incalculable pues permite conocer y comprender que cada vida es mucho más que una simple biografía, pues condensa todo lo que cada persona es capaz de crear y recrear en su propio mundo. A esto se suma que, en términos de las propias emociones,

La retrospección no sólo descubre o afirma el sentido, también es una forma de construirlo (...) no es sólo afrontar el pasado, sino seleccionar y dar forma, crear una obra de arte donde previamente solo había azar. Si seguimos este camino descubriremos un doble beneficio en las emociones dirigidas hacia el pasado: forman parte del movimiento en el que nos enfrentamos a quienes somos, pero también, en el proceso, desempeñan un papel al relatar la propia historia vital, mientras nos esforzamos, ahondando en nuestro pasado, por darle la forma de una obra de arte literaria (Nussbaum y Levmore, 2018, p. 191).

Coordenadas teóricas y metodológicas

Este capítulo brinda al lector las coordenadas teóricas y metodológicas necesarias para comprender el trabajo en su conjunto. En lo que respecta a las primeras, en un primer momento defino los conceptos eje del planteamiento, la sexualidad, el género y los mandatos genéricos masculinos y femeninos; prosigo con una breve historia sobre el matrimonio a lo largo del siglo xx que funge como marco institucional dentro del cual tiene lugar la experiencia de la sexualidad; enseguida planteo la perspectiva de los imaginarios amorosos romántico y posromántico cuya imbricación nutre el régimen erótico contemporáneo y ahondo, dentro de cada uno, en las reglas del sentimiento que plantean, el trabajo emocional que exige su cumplimiento, así como en las disonancias emocionales que se producen en tiempos de intenso cambio cultural.

En lo que respecta a las coordenadas metodológicas, trato primeramente la estrategia metodológica, prosigo con la descripción de las entrevistas realizadas, ahondo en el tipo de material generado por éstas, es decir, las narraciones vistas como dispositivos que permiten la construcción de la biografía de l@s entrevistad@s y continúo con una reflexión sobre el proceso de análisis e interpretación de la información.

Coordenadas teóricas

La sexualidad, el género y los mandatos genéricos

A partir de la aparición de la obra de Michel Foucault *Historia de la sexualidad*, ha quedado claro que esta dimensión de la vida no es una esfera separada de la cultura y de la historia; las formas en que las personas sienten y practican el sexo es producto de disposiciones y regulaciones creadas por los mismos seres humanos que colectivamente las han gestado. En este sentido, la sexualidad es producto de fuerzas sociales y adopta según la sociedad y el tiempo que se trate, formas y relaciones diversas, así, es dinámica y cambiante. Esta perspectiva ha sido denominada *construccionista*, pues aun siendo las capacidades biológicas elementos indispensables para el despliegue de la sexualidad, ésta no puede comprenderse en términos puramente biológicos. Como afirma Gayle Rubin, seguidora de esta tradición, “la sexualidad es tan producto humano como lo son las dietas, los medios de transporte, los sistemas de etiqueta, las formas de trabajo, las diversiones, los procesos de producción y las formas de opresión” (1989, p. 15). De este modo, y siguiendo con esta autora, compartimos su afirmación acerca de que, al igual que el género,

La sexualidad es política. Está organizada en sistemas de poder que alientan y recompensan a algunos individuos y actividades, mientras que castigan y suprimen a otros y otras. Al igual que la organización capitalista del trabajo y su distribución de recompensas y poderes, el moderno sistema sexual ha sido objeto de lucha política desde que apareció, y como tal se ha desarrollado (Rubin, 1989, p. 56).

En esto coincide el también reconocido estudioso de la sexualidad Jeffrey Weeks, quien agrega, la sexualidad es un resultado “de luchas entre quienes tienen el poder para definir y reglamentar contra quienes se resisten. La sexualidad no es un hecho dado, es un producto de negociación, lucha y acción humana” (Weeks, 1998, p. 30).

Un eje que atraviesa la sexualidad de principio a fin es el del cuerpo, en su constitución biológica (o base material) se encuentran los órganos sexuales que posibilitan la realización de prácticas diversas, y es a éstas que se les asigna comúnmente el término de “lo sexual”. Para Marcela Lagarde, lo sexual es el “conjunto de características genotípicas y fenotípicas³⁰ presentes en los sistemas, funciones y procesos del cuerpo humano, con base en las cuales se clasifica a los individuos por su papel potencial en la reproducción biológica de la especie” (1990, p. 169). Sin embargo, en los cuerpos sexuados como masculinos y femeninos –según los órganos sexuales que se poseen–, se imprimen las regulaciones sociales históricamente definidas y culturalmente construidas que definen lo que es normal y patológico, las prácticas que corresponden a cada sexo, la etapa de la vida en que deben realizarse, lo que se considera deseable y valorado en el sexo opuesto, así como las situaciones adecuadas para sentir deseo y placer.

En este sentido, la sexualidad es algo mucho más amplio que “lo sexual” e incluye diversas dimensiones: un cuerpo que siente placeres y displaceres marcado culturalmente definiendo órganos, regiones y zonas dotadas de sensibilidad específica; interacciones entre los cuerpos mediadas por la comunicación verbal, corporal, gestual y emocional; rituales de interacción aprendidos por infinidad de productos culturales³¹; prácticas particulares como los besos, los abrazos, las caricias, la penetración; territorio de aprendizaje en el que la experiencia genera ro-

³⁰ Las características genotípicas provienen de la información genética que conforma a un individuo de cualquier especie y que se transmite de generación en generación. Las características fenotípicas, por su parte, son las formas físicas que presentan tales características en individuos particulares.

³¹ Acerca de la ritualidad amorosa Mari Luz Esteban afirma, “La parafernalia y la ritualización amorosa es todo lo contrario a la naturalidad. Una performatividad amorosa que se alimenta además de las referencias infinitas recibidas en la familia, la escuela, los espacios de recreo, la publicidad, el cine, la literatura, la música, la televisión. La heterosexualidad obligatoria moldea a los cuerpos por medio de la suposición de que un

les como ser expertos (hombres) o aprendices (mujeres); valoraciones y significaciones sobre la sexualidad; normas sobre en dónde y con quién practicar actos sexuales que definen prohibiciones, edades adecuadas, virginidad femenina o débito conyugal; valores como la fidelidad; e instituciones de larga gestación histórica como la monogamia, la heterosexualidad y el matrimonio.

Este conjunto de dimensiones se encuentran regidas por una distinción fundamental, la distinción genérica. Junto con Lagarde entendemos el género como, “un complejo de determinaciones y características económicas, sociales, jurídico-políticas y psicológicas, es decir, culturales, que crean lo que en cada época, sociedad y cultura son los contenidos específicos de ser mujer o ser hombre” (1990, p. 165). Esta definición puede ser complementada con la de Joan Scott, quien destaca que en la distinción genérica se materializa una forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott, 1996, p. 23). Asimismo, menciona que el género es socializado generación tras generación por instituciones entre las que la familia juega un papel fundamental. A esto se suman, símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples (y a menudo contradictorias) como la dualidad femenina de Eva y María³², conceptos

cuerpo ‘debe’ orientarse hacia algunos objetos y no hacia otros, objetos que se fijan como ideales a través de la fantasía de la diferencia” (Esteban, 2011, pp. 50-51).

³² La dualidad de Eva y María es una estereotipación de las mujeres que proviene de la religión cristiana. Ambas imágenes condensan valores, inspiran comportamientos e instauran roles de forma muy clara. En el caso de la figura de Eva, la mujer es concebida como un ser propenso al mal, con cierta relación con el demonio, responsable de la caída de la humanidad en el pecado y poseedora de un cuerpo sexuado, tentador, que al despertar el deseo de los hombres (Adán), éstos caen en la perdición. Paralelamente, aparece la figura de María en contraste con la de Eva. La Virgen María condensa todas las cualidades de la feminidad: castidad absoluta, humildad, ocultamiento del cuerpo y virtuosismo (Alfie *et al.*, 1994, pp. 114-115). A estas se agrega una función fundamental: la maternidad. La Virgen María concilia una contradicción fundamental, es virgen y al mismo tiempo, es la madre de Jesús. Por esta razón, la virgen ha fungido como un “deber ser” orientador del com-

normativos que regulan las interpretaciones de los significados de esos símbolos, y por último, la formación de la identidad subjetiva.

De este modo, lo sexual, la sexualidad, el género, la relación entre los sexos y las instituciones del matrimonio, la heterosexualidad y la monogamia, constituyen un entramado construido social e históricamente el cual no tiene nada de “natural” ni está biológicamente determinado, así lo demuestra Gayle Rubin en un texto clásico (1986) en el que reconstruye la historia de lo que denomina el sistema sexo-género que nos rige, desde que el sistema capitalista y patriarcal se instauraron como una “segunda naturaleza” en la sociedad.

Uno de los resultados más evidentes de esta forma de organización específica es lo que la misma autora llama un sistema jerárquico de valor sexual, en el que, “en la cima de la pirámide erótica están solamente los heterosexuales reproductores casados. Justo debajo están los heterosexuales monógamos no casados y agrupados en parejas, seguidos de la mayor parte de los demás heterosexuales” (1989, p. 18), a éstos le seguirían en orden descendente las parejas estables de lesbianas y gays, los homosexuales y lesbianas sin pareja estable, y el resto de “castas sexuales”: transexuales, travestís, fetichistas, sdomasochistas, trabajadores del sexo, etc.

La socialización de los roles genéricos ocurre desde los primeros años de vida y tiene en la familia, su principal agencia socializadora, lo cual le imprime no sólo un carácter de obligatoriedad sino también una carga intensa de afectos (Berger y Luckmann, 1968). Este proceso logra la interiorización eficiente de la disposición a la realización de actividades, en forma de lo que se ha denominado “mandatos de género”³³. Di-

portamiento femenino, pero no un ideal realizable. Por esto, las mujeres de carne y hueso son identificadas con Eva, figura mucho más terrenal en la que son consideradas impuras “causa del pecado en el mundo, son ambiciosas, traicioneras, débiles, fáciles de tentar” (Alfie *et al.*, 1994, p. 116).

³³ Esta socialización ha sido trabajada por Mari Luz Esteban quien la designa como el proceso en que quedan *convertidas* las personas en *mujeres y hombres*, diferentes y des-

cha expresión, como Juan Carlos Ramírez (2020) señala, implica reglas y procedimientos que deben ser asumidos para convertirse en sujetos de género, sea masculinos o femeninos; y el dominio de tales procedimientos obliga a la adquisición de conocimientos que, a su vez, son aprendidos por ser considerados legítimos para las nuevas generaciones que son socializadas dentro de ellos.

En el caso de los mandatos genéricos masculinos, Ramírez distingue entre varios tipos:

Hay mandatos que tienen una disposición general, como trabajar, ser exitoso, gozar de reconocimiento y prestigio, exhibir logros y mostrar autonomía. Otros tienen una función familiar como ser proveedor, jefe de familia, guía de la descendencia y de la pareja, ejercer autoridad, ordenar y ser protector, al igual que soporte moral. Como individuo competir y mantener el control de sí mismo es autorregularse, suprimir necesidades, ser rudo, mostrar valentía y arrojo ante desafíos, correr riesgos, modelar el cuerpo y mostrar potencia sexual (2020, p. 18).

Por su parte, los mandatos femeninos, incluyen, a nivel general, el ser mujeres bellas, modestas y recatadas en lo sexual, así como emocionales y tiernas; en el entorno familiar, apoyar al marido, ser madres y ocuparse del trabajo doméstico, lo cual incluye el cumplimiento de las tareas reproductivas: limpieza del hogar, de la ropa, preparación de alimentos, cuidado de los hijos y de los enfermos, etc.; mientras que a nivel individual, el desarrollo del “instinto materno”, la dedicación y entrega a los otros, así como el asumir una posición subordinada al poder masculino.

Asimismo, el logro de tales mandatos genéricos produce emociones, en el caso de los hombres que logran ser proveedores exitosos, esto les genera, “orgullo, bienestar, tranquilidad, seguridad, alegría y felicidad (...) [mientras que] el desempleo se liga a la ansiedad, preocupación, tristeza, ira, miedo, angustia, frustración, culpa, vergüenza y confusión”

iguales, así como se estipula la organización general de la vida cotidiana (2011, p. 40).

(Ramírez, 2020, pp. 21-22). Algo equiparable ocurre con las mujeres que no logran exitosamente realizar los mandatos, tener una familia estable, una relación matrimonial armónica, ser madres y entregarse de forma sacrificada a los otros. Este fenómeno es llamado por Marcela Lagarde, “el ser para los otros” (1990). Tanto para hombres como para mujeres, la vía para sentir emociones positivas o negativas no sólo deriva de una sanción personal autoinfligida, sino de una sanción social expresada por múltiples vías.

A continuación, describiré muy someramente una breve historia del matrimonio en el siglo xx puesto que la evolución que ha sufrido dicha institución constituye el marco en el cual las vidas de los hombres y mujeres que nutren este estudio se desenvuelven y desarrollan sus experiencias sexuales, no de forma exclusiva, pero sí, siempre frente o al lado de esta situación legal. De ahí justamente el mote de relaciones extraconyugales asignado a aquellas relaciones vividas por fuera de la institución matrimonial a las cuales se evalúa negativamente.

Breve historia del matrimonio en México en el siglo xx

Las relaciones matrimoniales en México en la primera mitad del siglo xx estuvieron marcadas por modelos de vida, instituciones y prácticas heredadas desde el siglo xix y que la Revolución de 1910 no transformó radicalmente. El papel de la Iglesia era fundamental y ejercía una influencia moral muy intensa en lo relativo a la vida privada, marcando los roles masculino y femenino y determinando con claridad ciertas formas de expresión emocional para cada sexo. Esto incluía por supuesto, la represión de la sexualidad, sobre todo para las mujeres, estableciendo una dicotomía simbólica sobre ellas, quienes se plegaban a los mandatos morales eran consideradas virtuosas y decentes, mientras que las que no, eran tachadas de libertinas e inmorales, “virtud alude a mujeres vírgenes, recatadas, pudorosas y pecado a mujeres malas, fáciles, prostitutas” (Rocha, 2004, p. 176). Como lo afirma Martha Eva Rocha,

Los tiempos de la vida privada mantuvieron las inercias de los problemas que atañen a lo doméstico y los acontecimientos familiares continuaron como ejes de la existencia: nacimientos, enamoramientos, noviazgo, matrimonio y muerte, transcurrían paralelos, aunque no del todo ajenos a los sucesos políticos nacionales (Rocha, 2004, p. 175).

El aprendizaje amoroso y sexual se encontraba enmarcado en una lógica que convertía a las niñas en esposas y madres y a los niños en trabajadores³⁴, esposos y padres; en este tránsito no existía aún la juventud como un terreno intermedio (Hobsbawm, 1998). El objetivo de hombres y mujeres era llegar al matrimonio para formar una familia y por ello resultaba especialmente importante para sus padres, la atención, control y vigilancia de su vida sexual. Esta debía comenzar con el matrimonio y había que educar a niños y niñas en el pudor, la modestia, el control o la continencia, y la sabiduría para poder distinguir entre el verdadero amor y la pura atracción carnal. Para las mujeres, el amor se concebía como una emoción intensa derivada de la iniciativa del varón, que en caso de no ocurrir, podía llevarlas a la frustración y la desesperación. Dentro de la actitud pasiva a la que estaban confinadas, a las mujeres no les quedaba más que entregarse, confiar y correr el riesgo de ser engañadas o abandonadas por hombres que no se apegaban necesariamente a las mismas normas morales. La relación entre los sexos se caracterizaba por esta fórmula de pasividad femenina y disposición masculina que implicaba la existencia de mundos independientes, difícilmente comunicables entre ellos, pero en teoría, complementarios (Collignon y Rodríguez, 2010).

El proyecto modernizador que se impulsó una vez pasado el período revolucionario no transformó del todo las ideas venidas del siglo ante-

³⁴ En el aprendizaje de estos roles jugaron un papel importante los manuales dirigidos a ambos sexos los cuales se nutrían de moral social cristiana y se relacionaban con la buena educación y la urbanidad. Aún las publicaciones laicas como revistas femeninas se basaban en preceptos de la moral cristiana.

rior, pero las utilizó como un eje para organizar los roles productivos y reproductivos en el capitalismo. Por ello, al igual que en otros países, la división sexual del trabajo se articuló sobre estas bases (Collignon, 2006). Acorde con la consolidación del modelo económico capitalista y el espíritu positivista de la época, la organización genérica complementaria de la familia constituía la base sobre la que se erigía toda una organización social. La aparición de consultorios sentimentales y buzones en los que las lectoras exponían sus problemas íntimos en las revistas femeninas, permite constatar que lo más relevante para ellas era el cumplimiento del rol de madre y la resolución de problemas de la vida doméstica, así como la superación del abandono del marido o la falta de atención amorosa de algún pretendiente. Los ideales genéricos seguían siendo los mismos en lo fundamental, hombres proveedores y fuertes que son atendidos por esposas, que aun cuando se fueran incorporando al mundo laboral, debían ser amorosas madres y eficientes amas de casa (Del Palacio, 2007 y Suárez, 2007).

Otra fuente de aprendizaje fundamental en nuestro país no sólo de los ideales genéricos, sino de las formas de comportamiento adecuadas, así como de las emociones y sentimientos propios para cada género fueron las publicaciones de la imprenta de Antonio Vanegas y Arroyo, las cuales educaron sentimentalmente a mujeres y hombres a lo largo de varias décadas. Sobre todo en la publicación de su *Colección de cartas amorosas*, Oliva López, encuentra que,

Las reglas emocionales del performance del amor aparecen muy rigurosas y claramente ordenadoras de los roles de género que colocaron siempre a la mujer en las coordenadas de la subordinación patriarcal (...) a la mujer se le consideró emocionalmente débil, intelectualmente pasiva, dispuesta y amorosa. El hombre apareció como un ser apasionado, formal, activo y perseverante para conseguir el amor de la mujer de la que se había enamorado (2021, p. 50).

En los años cincuenta el escenario afectivo y sexual en México se fue modificando gracias al crecimiento de las ciudades y el enriquecimiento de la vida urbana, así como con el ingreso masivo de los jóvenes a la escuela y a la industria. Las relaciones de noviazgo comenzaron a transcurrir alejadas del ámbito familiar pues el fenómeno de migración hacia las ciudades otorgaba mayores márgenes de libertad a los jóvenes, para quienes el tránsito hacia la adultez comenzaba a dilatarse (Collignon y Rodríguez, 2010).

La organización de las parejas tenía tras de sí el cumplimiento de ideales que antes de la difusión del imaginario del amor romántico no se relacionaban con la vida de pareja, me refiero a la gratificación sexual, intimidad, comunicación y autorrealización, metas que el cumplimiento de estos roles prometía, al garantizar la felicidad matrimonial y el bienestar de cada uno de los cónyuges³⁵. El divorcio era concebido como el fracaso de este proyecto familiar y de pareja y antes que llegar a él fue frecuente la búsqueda de apoyo por parte de expertos en consejería y terapias de pareja. El no lograr el éxito matrimonial también era experimentado como una ineptitud personal, así como el quedarse soltera, un defecto femenino (Coontz, 2006).

Sin embargo, este plan del matrimonio perfecto escondía numerosos problemas e insatisfacciones, violencia, frustración sexual, depresión, sobre todo femenina, y unas finanzas domésticas que no alcanzaban a cumplir los sueños de consumo alimentados por la publicidad de la posguerra y que producían entre los hombres sensación de fracaso e incompetencia. No obstante, el imaginario constituido por estas idealizaciones de progreso económico y realización romántica fue tan pode-

³⁵ Este modelo es denominado por Isabella Cosse como *modelo de la domesticidad*, el cual define a partir de que, “la elección de pareja estaba idealmente basada en el amor y el casamiento era el hito que completaba la asunción de la identidad adulta, unía de por vida a la pareja y suponía la conformación de una nueva familia nuclear, donde los cónyuges mantenían una relación de complementariedad basada en una jerarquía y diferenciación de roles” (2008, p. 438).

roso que los matrimonios contruidos en este período duraron décadas juntos a pesar de no haber sido plenamente felices y algunos, ni remotamente felices.

Al llegar la década de los sesenta y sobre todo en países como Estados Unidos y Francia, tuvieron lugar diversos fenómenos que propiciaron que el panorama cultural comenzara a agitarse y a propugnar por cambios. Este movimiento es ampliamente conocido y se le denomina la revolución cultural de los sesenta y más particularmente, la *revolución sexual*, misma que poco a poco se fue extendiendo al resto de países occidentales como el nuestro. Un hecho fundamental de la revolución sexual fue la invención de la píldora anticonceptiva en 1951 misma que comenzó a circular en México en la década de los sesenta.

Dentro de la literatura sobre la cultura en México (Monsiváis, 1988, 1991, 1995a, 1995b) es común denominar a esta segunda generación del siglo xx, en la que la década de los sesenta fue clave, como la “generación del cambio”,

Entre las consecuencias del movimiento estudiantil del 68 y de su trágico desenlace: la matanza del 2 de octubre, se halla la ruptura de una generación (de su vanguardia) con el universo moral de sus padres. La ruptura es incompleta y efímera, pero su impulso es vigoroso (Monsiváis, 1995b, p. 178).

Dentro de la etiqueta de revolución sexual, se agrupan una serie de cuestiones que fueron comunes a diversidad de países, entre las que destacan la difusión del feminismo, la invención y uso de la píldora anticonceptiva, la discusión sobre el aborto, el cuestionamiento del matrimonio, la lucha por la legalización del divorcio y en general, la liberalización de las prácticas sexuales y la legitimación del placer³⁶. Este fenómeno, en el caso de México, se podría sintetizar de esta manera,

³⁶ De esta misma tendencia da cuenta Isabella Cosse en su trabajo acerca del modelo conyugal en Buenos Aires, Argentina, en el período de 1960 a 1975 (2008), en el que localiza

La pretendida revolución sexual mexicana se afianzó en anticonceptivos, antibióticos, manuales y películas. De los sesenta para acá cambiaron la percepción y la aceptación de los derechos civiles; surgió el feminismo, y poco después se emprendieron las liberaciones homosexual y lesbiana, elementos radicales de un cambio de conductas que empezaba por una cierta educación sexual en las escuelas, nuevas relaciones familiares y un retraimiento de la censura frente a los motivos sexuales. Se decretó que el sexo es placer y que el placer está bien (...) Se descubrieron la familia pequeña, la familia ampliada, la comuna, la rotación de parejas, la franqueza psicoanalítica, la quiebra del concepto 'hijo natural' (al menos ante la ley) la aceptación del sexo sin matrimonio (Bellinghausen, 1991, p. 9).

En este proceso, es interesante destacar la influencia de textos relevantes en torno al tema de la sexualidad que circularon sobre todo en contextos urbanos y entre la población con acceso a educación superior. Me refiero a estudios que exploraron las prácticas sexuales entre la población de Estados Unidos como nunca se había hecho, tal es el caso de los trabajos de Alfred Kinsey, William Masters, Virginia Johnson y Shere Hite, cuyos hallazgos empíricos descubrieron a públicos amplios cuál era el comportamiento sexual en la población y definieron los parámetros de lo que se consideraba *normal*, así como de disfunciones o patologías. De gran relevancia fue también la publicación del libro *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, ocurrida en 1949 en Francia. Otros textos que contribuyeron a la reflexión sobre el papel de las mujeres en esta época fue *La mística femenina* de Betty Friedan publicada en 1963 y *Matrimonio abierto*, de Nena y George O'Neill, el cual salió a la venta en 1972. Todos estos textos fueron editados en español algunos años después de su edición original y difundidos ampliamente en América Latina, donde fueron de gran influencia desde la década de los sesenta.

una ruptura generacional alrededor de la normatividad de la vida sexual y de pareja.

El planteamiento acerca del matrimonio ideal expresado en *Matrimonio abierto* revela la angustia a la cual respondió su popularidad³⁷. Sus autores afirman, “En lo que va del siglo, la jaula dorada del matrimonio victoriano se ha convertido en jaula a secas; lo dorado se gastó y la herrumbre ha aparecido. Ha llegado la hora de arrojarla a la basura y de crear y edificar nuestros matrimonios a plena luz del día” (1976, p. 46). El concepto de esta nueva forma matrimonial contiene muchos de los ideales que a partir de ese momento se han perseguido: lograr que cada miembro de la pareja sea autónomo, independiente y con la misma valía; desaparecer la desigualdad genérica; permitir el desarrollo personal de cada uno renunciando a la idea de fusión entre ellos; auspiciar que el crecimiento personal potencie el atractivo de cada uno sobre el otro fortaleciendo la unión. Un elemento especialmente relevante es el que concierne a su concepto de monogamia, pues es entendida como una íntima y profunda relación de una persona con otra, pero sin las restricciones que se han atribuido a este concepto tradicionalmente, el ser fieles sexualmente y exclusivos, frente a lo cual plantea como alternativa el ser francos y honestos. Es probable que esta idea haya sido la más popularizada gracias a la amplia circulación de este texto, causando desconfianza y descrédito, cosa que se percibe en las palabras que Nena McNeil expresó en una entrevista en 1977, pues consideró que algunas de las ideas de este libro habían sido extremistas y poco realistas, “en nuestra prisa por corregir las evidentes irregularidades del antiguo orden matrimonial (...) nos pasamos al otro bando”³⁸.

Como vemos, el cúmulo de ideas generado en esta época fue de una gran fuerza en términos ideológicos y su principal objetivo fue cuestio-

³⁷ Es posible que este término sea el origen de la expresión “relaciones abiertas” que alude a la posibilidad de que los miembros de la pareja se permitan tener relaciones sexuales con otras personas en el entendido de no vulnerar la relación principal. Este concepto es más sencillo que el de *Matrimonio abierto* cuyos objetivos son de mayor amplitud y alcance.

³⁸ Citado por Stephanie Coontz (2006, p. 326).

nar la forma tradicional de la institución matrimonial, la relación entre los sexos, así como la desigualdad genérica que se encontraba en la base de organización de las parejas. Esta nueva configuración buscaría constituir un *nuevo orden amoroso*, uno en donde la unión de la pareja incluiría la comunicación profunda entre sus miembros, además de la satisfacción sexual para ambos como un valor en sí mismo. Este nuevo esquema implica el borramiento de la división entre la esposa para el deber y la amante para el placer. Un nuevo ideal femenino estaría naciendo. Sin embargo, tal movimiento no fue homogéneo ni generalizado. En México, a lo largo de los sesenta y setenta, las nuevas ideas sobre las mujeres y la relación entre los sexos fueron apropiadas por jóvenes radicales localizadas fundamentalmente en la capital del país, y que se encontraban vinculadas con ámbitos intelectuales o académicos de nivel superior³⁹. Las escuelas públicas, si bien eran oficialmente responsables de la educación laica, mantenían ciertos hábitos confesionales, y aun cuando la educación sexual comenzó a impartirse en ellas, los jóvenes se sentían incómodos en estas sesiones, especialmente las mujeres, como muestra el siguiente testimonio,

Era 1974. Nos citaron después de la comida en el museo... ‘Sólo vamos a ver la sala de sexología’. Yo tenía trece años y cursaba segundo grado en una escuela oficial de Guadalajara [...] la mayoría no sabíamos nada de nada. Circulaban muchas fantasías asquerosas acerca de la menstruación, del coito, de la reproducción, de la vida conyugal. Que si un hombre te besaba mientras estabas reglando’, quedabas embarazada. Que las mujeres casadas debían recibir la orina del marido en la boca y tragarla. Que cuando nacían los niños te hacían un agujero enorme entre las piernas. Que si te besabas con

³⁹ El que los cambios culturales estén en general acotados a un grupo social en particular caracterizado por ser jóvenes, situados en el mundo urbano y que tienen acceso a educación superior, es un fenómeno encontrado también por Cosse en Buenos Aires, Argentina, a los que ella llama “círculos profesionales, universitarios y contraculturales” (2008, p. 446).

varios hombres, se te notaba en la cara [...] La maestra nos dijo que nos acercáramos a uno de los estantes..., fuimos a ver uno sobre 'el himen'. Sobre el mueble había una sucesión de figuras pequeñas y enmarcadas, también en altorrelieve. Eran vulvas. Todas estábamos como tomates. Las vulvas parecían bocas torcidas, vivas, peludas, grotescas, oscuras y obscenas. Me dio escalofrío pensar que en un tiempo yo tendría algo así entre mis piernas. La maestra nombró las partes de la vulva, quería que viéramos el himen, la membrana que hace la diferencia entre ser virgen y no serlo. Había hímenes de varios tipos y cada pieza tenía un rótulo; al final de la colección decía 'himen roto'. En este punto la maestra se detuvo e inició una elocuente disertación acerca del valor de esa membrana. El único tesoro de una mujer es su virginidad, la cual entrega a su marido al casarse. Es lo único que puede darle, y lo único que él espera de ella. Una mujer que pierde su virginidad antes de casarse ha perdido todo, dignidad, honradez, virtud, ha pecado terriblemente, 'no vale nada'. Una no virgen no podría casarse y ser feliz; por el contrario, ningún hombre la respetaría, pues ella no se ha respetado a sí misma ni a Dios, será despreciada por todos, por siempre. La membrana, pues, es un regalo que Dios concede y encomienda a las mujeres (Ruvalcaba, 2001, pp. 181-187, citado en Collignon y Rodríguez, 2010, pp. 292-293).

Constatar este hecho nos acerca a autores como Michel Bozon y Nathalie Bajos, quienes consideran que este movimiento cultural no produjo transformaciones demasiado profundas, pues desde su punto de vista, habría que "descartar la idea muy difundida de una gran 'revolución sexual' que habría liberado a la sexualidad y a los individuos de la represión, del silencio, de los constreñimientos y de las normas anteriores" y agrega, "la idea libertaria es un sueño muy profundo que no se corresponde a cómo la sexualidad funciona en la realidad" (Brito, s/f)⁴⁰.

⁴⁰ Estas aseveraciones de Michel Bozon provienen de la entrevista que le realizó Alejandro Brito en su visita a nuestro país, cuando dio una conferencia en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales con sede en México, la cual fue organizada en conjunto con el Censida.

El autor francés propone otra interpretación de los cambios que han afectado la sexualidad en las tres o cuatro últimas décadas. Su hipótesis, afirma, “es que habríamos transitado de una sexualidad construida a través de controles y de disciplinas externas a los individuos a una organizada por disciplinas internas. Normas y exigencias sociales no desaparecen, son individualizadas. La sociedad se instala en nuestras cabezas” (Brito, s/f). Por otra parte, la proliferación de otros modelos de relación afectiva ha provocado la disminución de “el valor simbólico del matrimonio heterosexual tradicional, pensado para durar toda la vida, como el marco único de la sexualidad. Sin embargo, a esta transformación profunda no puedo llamarle ‘revolución’, porque no modifica totalmente las relaciones de género”, advierte (Brito, s/f).

El contexto que nutre tales dinámicas, señalan Bozon y Bajos (2008), se caracteriza porque instituciones tradicionales como la Iglesia, las comunidades locales, la institución matrimonial y la familia han perdido poder en imponer y controlar la vida sexual. Mientras que lo han ganado los medios masivos de comunicación, internet, la psicología vulgarizada, el discurso médico, la escuela, las campañas de prevención, los movimientos sociales (especialmente el feminista y de las minorías sexuales), la literatura, el cine, las encuestas, etc. Al mismo tiempo la sexualidad ha ganado enorme visibilidad y una proliferación potencialmente contradictoria de discursos, saberes e imágenes, así como de recomendaciones en torno a sus comportamientos. Asimismo, las prácticas sexuales se van asemejando entre hombres y mujeres, pero las representaciones sobre sexualidad son muy distintas entre ellos. En el caso de los hombres se valoran la diversidad de experiencias, la sexualidad por placer y sin vínculos afectivos; mientras que para las mujeres, se valoriza la relación estable, comprometida, satisfactoria afectiva y sexualmente.

Bozon y Bajos (2008) identifican algunas tendencias fundamentales que enmarcan el desenvolvimiento de la sexualidad en las últimas décadas, siendo las siguientes: La evolución de los comportamientos sexuales y la transformación de contextos de prevención han producido la diversificación de trayectorias afectivas y conyugales (juventud

más amplia, aumento de la movilidad conyugal y alargamiento de la vida sexual) y la individualización creciente de normas relativas a la sexualidad; los elementos que estructuran las relaciones entre hombres y mujeres (especialmente el poder distinto de cada uno) contribuyen a establecer un estilo de interacción sexual en un contexto de gestión del riesgo y de la prevención que no tiende a la igualdad entre la pareja; las condiciones de vida de los individuos (materiales, de nivel de vida, sociabilidad, edad y salud) son factores determinantes de su sexualidad y de su aptitud para adoptar prácticas preventivas.

Es importante destacar, agregan Bozon y Bajos, que las dificultades económicas agudizan aún más las desigualdades entre los géneros y el que las mujeres carguen con el trabajo doméstico y de cuidados genera crisis en su vida sexual y una caída del deseo. A esto agregaría que para los hombres tampoco es fácil y que, como veremos a lo largo de este trabajo, existe siempre una distancia entre la ideología igualitaria que se ha ido abriendo paso cada vez más a partir de los sesenta y los roles genéricos diferenciados que en la práctica producen múltiples conflictos en las parejas.

Los imaginarios amorosos romántico y posromántico

Este proceso cultural ocurrido a lo largo del siglo xx y ya bien entrado el siglo xxi que visualizamos a la luz de varias generaciones también ha venido acompañado por la evolución de lo que he denominado imaginarios amorosos. En otros trabajos he descrito cómo a lo largo de este período se han desenvuelto en primer término, un imaginario romántico, que hunde sus raíces más allá del siglo xix y que fue completamente hegemónico hasta los años cincuenta, y otro que comenzó a gestarse tímidamente en consonancia con este movimiento cultural de la revolución sexual y al cual llamo imaginario posromántico (Rodríguez, 2006). Concibo estos imaginarios como el gran paraguas de significaciones que auspician y permiten el desarrollo de experiencias subjetivas específicas y formas de relación amorosa y sexual, las cuales incluyen discursos,

instituciones, estereotipos, roles genéricos, creencias, valores, prácticas rituales, emociones y sentimientos⁴¹.

A grandes rasgos con imaginario romántico me refiero al conjunto de idealizaciones amorosas que plantean la unión entre hombres y mujeres necesariamente, en las que los roles por género están perfectamente establecidos, correspondiendo a las primeras el ámbito doméstico y a los segundos el rol de proveedor. La iniciativa y el cortejo corresponden al varón, así como el conocimiento y experiencia en las prácticas sexuales. El valor más noble es el sentimiento amoroso por el otro, el cual se muestra en una entrega sin reservas que aspira a una fusión perdurable y la fundación de una familia. La sexualidad se enmarca dentro de este sentimiento y gracias a él se dignifica y ennoblece. La institución matrimonial es garante social de estas relaciones y les otorga reconocimiento social y estatus, mientras que los esposos se obligan a la fidelidad y la monogamia⁴².

⁴¹ Un concepto semejante en su amplitud es el de *pensamiento amoroso* de Mari Luz Esteban, el cual designa “una determinada ideología cultural (...) Una configuración simbólica y practica que influye directamente en la producción de símbolos, representaciones, normas y leyes, y orienta la conformación de las identidades sociales y genéricas, los procesos de socialización y las acciones individuales, sociales e institucionales. En este modelo emocional hegemónico y concreto, dominante en Occidente hoy día, se produce una construcción y una expresión cultural de las emociones que tiende a enfatizar el amor por delante, no solo de otras emociones, forma sino también de otras facetas humanas (solidaridad, justicia, libertad...), y que se convierte en una forma dominante de representar lo humano que se aplica de distintas maneras a mujeres y hombres” (2011, p. 47).

⁴² El imaginario romántico se relaciona con el surgimiento del llamado *amor romántico* que autores como Anthony Giddens ubica a fines del siglo XVIII (1995). Este imaginario se consolida a lo largo del siglo XIX y perdura a todo lo largo del siglo XX, mostrando múltiples resquebrajaduras hacia el fin del siglo (Rodríguez, 2006).

Dentro del imaginario posromántico⁴³ por su parte, se admite la posibilidad de relaciones afectivas en el amplio abanico de diversidad sexo-genérica contemporánea⁴⁴. Los roles son negociados por la pareja y se orientan por un criterio de igualdad en los esfuerzos. El amor se demuestra respetando al otro y buscando equidad entre ellos. La sexualidad es un elemento fundamental del amor y su satisfacción es esencial en la relación, siendo el logro del placer para ambos un valor explícito. El cortejo no es indispensable y la iniciativa puede venir de cualquiera de los participantes. El grado de compromiso es variable y no implica necesariamente vínculos civiles o religiosos, la perdurabilidad de la relación depende de la duración e intensidad de la pasión y los hijos pueden no formar parte de los planes de la pareja (Rodríguez, 2019b).

En términos generales, planteo la hipótesis de que el desarrollo de estos imaginarios a la luz de las generaciones descritas, sería el siguiente: el imaginario romántico marcó intensamente la experiencia de la primera generación del siglo, a la cual ya casi no tenemos acceso, en conjunto con una enorme influencia de la religión católica; asimismo, extendió su influencia a las dos generaciones que forman parte de la “generación del cambio”, más a la primera (adultos mayores) que a la segunda (adultos medios), pues en ese mismo período se gestó la emergencia de un imaginario alternativo alentado por la revolución sexual, el posromántico. En el caso de la generación de adultos jóvenes, estos han sido marcados por una mezcla entre el imaginario posromántico y el romántico, que aún mantiene su poder simbólico.

La intención de adentrarnos en las formas de subjetividad afectiva propias de las generaciones consiste en descubrir las posibilidades que

⁴³ El término posromántico está inspirado en la idea planteada por Ulrich Beck y Elizabeth Beck-Gernsheim, acerca de la emergencia de un *mundo posromántico*, concebido como una fase posterior al romanticismo (2001, p. 83).

⁴⁴ A lo largo de la historia estas relaciones diversas han existido en Occidente, pero sólo hasta las últimas décadas se ha defendido su legitimidad y se ha luchado contra la discriminación, logrando poco a poco la obtención de derechos.

cada época histórica permite a los individuos para constituirse como sujetos genéricos que desarrollan afectos y deseos que se amparan bajo el paraguas de lo que Octavio Paz denomina la *llama doble* de la vida, “El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor. Erotismo y amor: la llama doble de la vida” (Paz, 1993, p. 7). Desde esta figura literaria, sexualidad, erotismo y amor se encuentran entrelazados de manera íntima y esta trama se va construyendo a lo largo de la historia amorosa y sexual de cada persona y en conjuntos agrupados en forma de generaciones. Sin embargo, el objeto fundamental de este trabajo es la sexualidad y sobre ella agregaré algunas palabras con relación al par de imaginarios mencionados.

Dentro del romanticismo la fórmula sexualidad/erotismo/amor se encuentra cargada del lado de este último componente. La experiencia sexual está diferenciada genéricamente de forma drástica pues la concepción sobre las mujeres se estructura alrededor de su rol de madres y esposas –ser para los otros–, y no como individuos plenos de forma autónoma. Su calidad moral y valía se mide por su capacidad de entrega y sacrificio por los otros y la búsqueda de satisfacción y gratificación pasa necesariamente por el éxito con que logre cumplir sus deberes de cuidadora y ama de casa. En el caso de los hombres, son concebidos como protectores de la familia y proveedores económicos, mientras que su calidad moral y valía deriva de la responsabilidad con la que asumen la manutención de la familia (Coontz, 2006). En períodos previos a la llegada del amor romántico la sexualidad no se encontraba vinculada al contrato matrimonial (por ejemplo, con el llamado amor cortés desarrollado durante la Edad Media⁴⁵), es hasta la instalación de esta forma de organización de la pareja, de la familia y la delimitación clara de sus funciones que las prácticas sexuales se ligan de forma orgánica con la

⁴⁵ Según Irving Singer (1999), el amor cortés buscaba la realización del amor sexual entre hombres y mujeres y se concebía como un logro ético y estético, se vinculaba con la cortesía y el cortejo, pero no necesariamente con la institución del matrimonio.

institución matrimonial, cortando de tajo su desarrollo por un camino de libertad y búsqueda del placer.

La dimensión de la sexualidad para ambos se encuentra reducida a las prácticas que el cumplimiento de dichos roles les permita. No quiere decir que no disfruten hacer el amor y no sientan placer en ello. Pero el placer y el disfrute no constituyen fines en sí mismos y mucho menos para las mujeres, quienes son catalogadas alrededor de dos estereotipos: la mujer buena, sumisa, decente, sin iniciativa sexual; y la mujer que expresa deseo, tiene iniciativa y busca satisfacción sexual, la mujer mala. Esta distinción se apoya en la adjudicación de una capacidad de dominio moral sobre la propia conducta sexual atribuida a las mujeres que las obliga a ser castas, virtuosas, desexualizadas. En el caso de los hombres, el despliegue del deseo no es muy amplio con su esposa pues contraviene justamente este ideal femenino. De este modo, se les permite la búsqueda de satisfacción sexual en otros ámbitos con mujeres que no les obligan al cumplimiento de rol genérico: la amante, la prostituta, la amiga, relaciones que no son condenadas socialmente al funcionar en los hechos una doble moral para ellos⁴⁶.

En el imaginario posromántico por su parte, la relación entre los géneros es muy distinta. Las mujeres adquieren la misma posición de seres autónomos al igual que los hombres y el rol que cada uno cumple no está determinado de antemano, sino que es producto de negociaciones entre ellos. La fórmula sexualidad/erotismo/amor se equilibra y cada uno de sus componentes puede concebirse de forma independiente uno de otro. En el caso de la sexualidad, es posible que se desarrolle como una dimensión de la vida vinculada con lo amoroso, pero no necesariamente, y que adquiera cualidades flexibles o plásticas, es decir, dando

⁴⁶ De forma similar, desde la perspectiva de Mari Luz Esteban, el pensamiento amoroso, “*sentimentaliza* a las mujeres, que son vistas como incompletas, particulares, dependientes; mientras que los hombres son percibidos como completos, universales, independientes, al margen de que tengan o no detrás a alguien/es (normalmente mujeres) que abastezcan sus necesidades físicas o emocionales” (2011, p. 49).

cabida a la variación en sus prácticas mientras que las experiencias son orientadas por el deseo y la búsqueda personal de los individuos. El disfrute y el placer adquieren legitimidad como valores en sí mismos y en su persecución se admiten la experimentación, el aprendizaje y el riesgo como motivos existenciales válidos. El desarrollo del erotismo propiamente adquiere relevancia pues se abriría la puerta al desarrollo de la sexualidad como un arte, como un saber separado completamente de sus funciones reproductivas que recuerda al *amour passion* de Stendhal⁴⁷. En palabras de Paz, “el erotismo es sexo en acción, pero, ya sea porque la desvía o la niega, suspende la finalidad de la función sexual. En la sexualidad el placer sirve a la procreación; en los rituales eróticos, el placer es un fin en sí mismo o tiene fines distintos a la reproducción” (1993, pp. 10-11).

La emergencia del imaginario posromántico tiene como eje el desarrollo del individualismo y la posibilidad cada vez mayor de que las personas definan sus biografías de maneras cada vez más amplias. Esto impacta directamente en la concepción de las parejas y del matrimonio, puesto que en esta fórmula la fusión entre sus miembros impera sobre las individualidades y el interés colectivo sobre los proyectos de cada uno. Un asunto clave en el despliegue cada vez mayor de esta tendencia ha sido el cambio en la situación de las mujeres relativo al aumento de su formación educativa, su creciente acceso al mercado laboral y su autonomía económica, todo lo cual repercute en cambios en sus formas de autopercepción y mayor consciencia de sus capacidades.

Volviendo al concepto de régimen erótico planteado por Ortega y Gasset y trabajado para distinguir tres momentos a lo largo del siglo xx relacionados con generaciones distintas en nuestro país –descritas en la introducción del texto–, considero que actualmente, dicho régimen incluye tanto el imaginario romántico como el posromántico, pues el primero no se ha ido aunque se encuentren profundamente cuestionados muchos de sus principios; mientras que el imaginario posromántico

⁴⁷ Planteado en su obra de 1822 *Del amor* (1968).

aún no se consolida del todo, aunque se encuentra bastante presente en grupos sociales urbanos, de clases medias y con un nivel educativo superior. Esta coexistencia implica la combinación de discursos, significados, valores, roles de género, prácticas sociales, y formas de sentir y experimentar emociones.

Reglas del sentimiento, trabajo emocional, disonancias emocionales y navegación

Antes de entrar en los conceptos centrales de esta sección, es importante explicitar lo que entiendo por emociones y sentimientos, pues sobre ellos existe una amplia literatura desde la sociología y la antropología de las emociones. Algunos autores manejan ambos términos de forma homogénea, como Arlie Hochschild, quien afirma, “voy a utilizar los términos ‘emoción’ y ‘sensación’ de manera intercambiable, aunque el término ‘emoción’ denota un estado de ser superado, el de ‘sentimiento’ no lo hace” (1979, p. 551, Nota al pie 2). Otros distinguen entre ellos dándole énfasis a la duración y su puesta en discurso, como David Le Breton,

La emoción llena el horizonte, es breve, explícita en términos gestuales, mímicos, posturales, e incluso de modificaciones fisiológicas. El sentimiento instala la emoción en el tiempo, la diluye en una sucesión de momentos que están vinculados con él, implica una variación de identidad, pero en una misma línea signifiicante. Se envuelve en un discurso susceptible de explicitarse a partir de valores comunes, nombra su objeto y su razón de ser, precisa su significación, es un motivo de intercambio dentro del grupo (1999, p. 105).

Otros, ponen el acento en la influencia que la cultura ejerce sobre las emociones, tal es el caso de Eva Illouz, para quien la emoción es, “un conjunto complejo de mecanismos de percepción, procesos interpretativos y respuestas a estímulos fisiológicos (...) las emociones ocupan el umbral donde aquello que no es cultural se codifica en la cultura, donde el cuerpo, la cognición y la cultura, convergen y se fusionan” (2009, p. 20).

En particular, hay una perspectiva especialmente relevante y es aquella que destaca el aspecto cognitivo en la formación de las emociones, pues desde el punto de vista de Ortony, Clore y Collins, las emociones “proceden de las interpretaciones cognitivas impuestas a la realidad externa y no directamente de la realidad en sí misma” (1996, p. 5). Es decir, la manera en que se conceptualiza, se valora y se interpreta el mundo es el origen de las emociones que sentimos sobre él, pues “las emociones son reacciones con valencia ante acontecimientos, agentes u objetos” (p. 16).

De este modo, el acceso a un imaginario emergente sobre el amor, lo que llamo imaginario posromántico, constituiría un conjunto de conceptos, significados y valores que darían origen a interpretaciones de parte de los individuos que estarían fundamentando nuevas reacciones emocionales. En esta perspectiva cognitiva, tal imaginario puede considerarse una nueva estructura de valoración, misma que proporciona que la gente plantee metas, normas y actitudes de los cuales derivarían tanto el valor cualitativo como cuantitativo de las emociones. Así, las “metas estructuran la deseabilidad, las cosas que uno desea obtener (...) Las normas se refieren a estados de cosas que uno cree que debería obtener (...), pautas a las que apelan las personas ordinariamente cuando explican por qué aprueban o desaprueban lo que alguien está haciendo o ha hecho (...) podrían llamarse morales o cuasimorales” (1996, p. 55). Por último, las actitudes estructuran la capacidad de atraer, son gustos que fundamentan el agrado o desagrado.

Los aportes de la socióloga de las emociones Arlie Hochschild permiten agregar a estos planteamientos un rasgo que destaca la capacidad de las personas por gestionar sus emociones, observarlas y actuar sobre ellas. Esta autora plantea que mediante el *trabajo emocional*, los sujetos somos capaces de evaluar cuándo un sentimiento es “inapropiado” y esforzarnos para llegar a sentir lo que se espera socialmente que sintamos. Esto implica tener la habilidad de lograr el *control emocional*, no sólo para aparentar algunas de ellas en lo cotidiano, sino como sujetos hábiles para llegar a sentirlas profundamente. Junto con este concepto

propuso el término *reglas de sentimiento* con el fin de designar repertorios disponibles para la experiencia emocional y la configuración de sentimientos que, a modo de *script*, orientan las experiencias. Su carácter normativo alude a la forma en que la cultura compartida por un grupo social define la manera de responder a la pregunta ¿qué debería sentir? ante determinadas situaciones y eventos. Dichas reglas funcionan como la guía que regula los intercambios emocionales en un grupo determinado, dice Hochschild, ¿Cómo reconocemos una regla de sentimiento? Lo hacemos inspeccionando cómo evaluamos nuestros sentimientos, cómo otras personas evalúan nuestro despliegue emocional y qué sanciones se emiten por nosotros mismos y por los otros para hacerlas cumplir (Hochschild, 2003, p. 57)⁴⁸.

Desde el planteamiento analítico propuesto aquí, sostengo que a los imaginarios amorosos romántico y posromántico corresponden conjuntos de reglas del sentimiento que les son propias que tienen su origen en conceptos, valores y significados que los constituyen, los cuales auspiciarían sentimientos y una cierta experiencia emocional en consonancia con éstos, en el aspecto específico de la sexualidad. Oliva López, retomando un concepto de Judith Butler, destaca que el vínculo entre las reglas y las identidades genéricas ocurre a través del aprendizaje de un *performance* amoroso, es decir, la asimilación de un conjunto de prácticas amorosas y sexuales que se repiten y que dan vida a subjetividades masculinas y femeninas definidas por un contexto social e histórico (López, 2021, p. 26). De aquí deriva el cúmulo de rituales amorosos que se originan en los imaginarios planteados y que, por cierto, son producto de una larga gestación histórica, razón por la cual son mucho más abundantes en el imaginario romántico que en el posromántico.

⁴⁸ Este planteamiento coincide con lo enunciado antes respecto a los mandatos genéricos masculinos (Ramírez, 2020) y femeninos, puesto que el cumplimiento exitoso de los mismos implica a su vez el cumplimiento de las reglas del sentimiento que les son propias.

Cuando las personas cambian de imaginario amoroso a lo largo de sus trayectorias vitales, o como Hochschild denomina, cambian de ideología, pueden aparecer incompatibilidades entre las reglas del sentimiento de cada uno de los conjuntos, ocasionando conflictos venidos de significados, normas, valores que son contradictorios entre sí. Esto es frecuente en contextos en los que ocurren cambios muy rápidamente. En sus palabras,

De ello se desprende que cuando un individuo cambia de una postura ideológica, él o ella dejan caer las viejas reglas y asumen otras nuevas para reaccionar a las situaciones, cognitiva y emotivamente (...) Por lo que algunas ideologías ganan aceptación y otras pierden importancia, conteniendo conjuntos de reglas del sentimiento que suben y bajan. (...) Parte de lo que nos referimos como los efectos psicológicos de ‘cambio social rápido’, o ‘los disturbios’, es un cambio en la relación de la regla del sentir y de una falta de claridad acerca de lo que la regla es en realidad, debido a conflictos y contradicciones entre conjuntos contendientes de reglas. Los sentimientos y las tramas se deconvencionalizan, pero aún no se reconvencionalizan. Es posible que, al igual que el hombre marginal, se diga: ‘No sé cómo debería sentirme’ (Hochschild, 1979, pp. 567-568).

La relevancia del concepto de ideología en contextos de cambio cultural también fue señalada años antes por el autor clásico de la antropología simbólica Clifford Geertz, quien afirma que cuando se ponen en cuestión,

Opiniones y reglas de vida consagradas, florece el afán de encontrar formulaciones ideológicas sistemáticas, ya para reformar aquellas opiniones y reglas, ya para reemplazarlas (...) las ideologías comienzan a convertirse en hechos decisivos como fuentes de significaciones y actitudes sociopolíticas cuando ni las orientaciones culturales más generales de una sociedad ni sus orientaciones más ‘pragmáticas’ y positivas alcanzan ya a suministrar una imagen adecuada de proceso político (1973, p. 191).

De este modo, la confrontación entre ideologías o entre imaginarios amorosos puede ser comprendida dentro de un marco más amplio de significaciones que define algunas coordenadas fundamentales en torno a la moral, el comportamiento ético y la construcción biográfica, que funcionan como contexto mayor de las reglas de sentimiento dentro de las cuales la experiencia de la sexualidad tiene lugar.

Desde mi punto de vista, la primera de ellas es la relativa a la moralidad. Persiste una necesidad de ajustar las prácticas a las convenciones sociales, mientras que aparece la búsqueda de ser sujeto moral de la propia conducta. La forma en que cada individuo y pareja dirime este dilema puede producir diversos resultados. En caso de no atender las convenciones sociales se genera un sentimiento de culpa al respecto, sobre todo entre las mujeres; por el contrario, asumirse como sujeto de la propia conducta, produce un sentido de orgullo y satisfacción personal. La segunda alude a valores fundamentales que orientan el comportamiento ético. El considerar a la pareja como el valor principal entendido como la fusión de dos individuos, alimenta entre las parejas el compromiso, la confianza y la entrega; mientras que considerar a los individuos autónomos como lo fundamental, legitima la honestidad con uno mismo, la responsabilidad, la autenticidad, originando sentimientos de respeto e igualdad con el otro. Por último, la manera que se orienta la trayectoria biográfica puede seguir la ruta definida socialmente marcada por la diferencia genérica y la edad. Frente a esto se postula la construcción de una biografía libremente elegida. Seguir el primer camino conduce a un sentimiento de adecuación y gratificación existencial. Seguir el segundo, conduce al sentimiento de orgullo por las decisiones tomadas de forma libre y autónoma.

Dentro de estas coordenadas generales plantearé, a manera de hipótesis, conjuntos de reglas de sentimientos que les son propias a cada uno de los imaginarios amorosos descritos antes y que tienen su origen en las significaciones, normas, idealizaciones y valores que cada uno de ellos contiene. Tales reglas de sentimiento estarían generando una experiencia afectiva específica, así como la demarcación del terreno en

el que tiene lugar la sexualidad. No obstante, el planteamiento de tales posiciones no tiene el objetivo de describir lo que empíricamente pudiéramos encontrar, su sentido es dibujar un gradiente, una tensión entre polos opuestos cuya función es heurística únicamente. A continuación las describo y organizo alrededor de ocho dimensiones de análisis.

La primera dimensión atañe al tipo de pareja que se decide establecer. En el caso de asumirse dentro del formato de pareja monógama propia del romanticismo, esto conduce a sentimientos de certidumbre y adecuación moral mientras que negociar seguir alguna fórmula alternativa, como ser una relación abierta o poliamorosa, como sucede en el posromanticismo, genera, por una parte, sentimientos de autenticidad basados en la honestidad, aunque la pareja opte por no hacerlo público por temor a la crítica y a la sanción de los otros.

La segunda dimensión alude a la actitud que cada uno guarda frente al otro en la relación de pareja. Esta tiene su origen en la concepción que se tiene del acto mismo de amar, que en el imaginario romántico consiste en mostrar una entrega profunda e ilimitada que auspicia el sentirse dueño del otro, esto genera sentimientos de seguridad y confianza, que en caso de no cumplirse, produce celos y dudas sobre el amor del otro. En el imaginario posromántico, amarse significa el respeto al otro como un individuo independiente con el cual se intercambian bienes de forma recíproca, lo cual genera sentimientos de autonomía y justicia.

La tercera dimensión corresponde a la relación de poder entre los géneros, siendo una relación patriarcal la amparada bajo el imaginario romántico, es decir, aquella donde el hombre posee una jerarquía mayor que la mujer y por tanto le otorga poder a él y merece la subordinación y obediencia femenina; mientras que una lógica de equidad es la que rige en el imaginario posromántico, la cual implica también el ser concebidos como iguales uno frente al otro, situación que les genera un sentimiento de orgullo.

La cuarta dimensión corresponde a la relevancia otorgada a la vida sexual como parte de los vínculos entre la pareja, pero no el más preponderante ni el único. En el imaginario romántico, sentimientos como

la comunicación, la confianza, la seguridad, la certidumbre, etc. serían suficientes para conservar la relación de pareja auspiciando satisfacción y gratificación aun cuando la vida sexual fuera nula. En contraparte, en un imaginario posromántico, la sexualidad es considerada como un vínculo fundamental entre la pareja, así como la búsqueda del placer como algo legítimo para ambos, lo cual genera sentimientos de satisfacción y gratificación anclados en el disfrute del cuerpo.

La quinta tiene que ver con los estereotipos de género. Dentro del imaginario romántico, la concepción acerca de las mujeres se plantea a partir de una dualidad, justo venida de su manera de asumirse como sujetos sexuados. Por una parte, están las mujeres calificadas como “decentes y buenas” que expresan control sobre su deseo siguiendo una actitud de castidad por lo que no manifiestan deseo ni iniciativa sexual. En oposición a esto están las mujeres que asumen la sexualidad como parte importante de sus vidas y actúan en consecuencia, son comúnmente llamadas “indecentes y malas”. En el caso de los hombres, se priorizan cualidades como el ser responsables, proveedores y protectores de las mujeres y de la familia en general, así como plantarse desde un modelo de masculinidad poco inclinado a los afectos. Seguir los estereotipos de mujeres buenas y hombres responsables genera sentimientos de adecuación y seguridad en cuanto que no son presa de estigmatización y condena moral, sobre todo para las mujeres. Por lo que toca al imaginario posromántico, asumir la sexualidad femenina en forma activa genera sentimientos de autonomía y decisión sobre el cuerpo y la vida sexual entre las mujeres, mientras que las vuelve mucho más deseables para los hombres; al tiempo que ellos, reinventan su masculinidad volviéndose más sensibles y dados a la comunicación íntima.

La sexta dimensión atiende a los roles de género, en el caso de los roles tradicionales correspondientes al imaginario romántico, al ser cumplidos tanto por mujeres como por hombres, generan sentimientos de orgullo y satisfacción, mientras que si no se cumplen, producen sensación de inadecuación, insuficiencia y suelen ser estigmatizados socialmente; mientras que en el imaginario posromántico los roles son

producto de la negociación renunciando al seguimiento de la herencia cultural, lo cual genera sentimientos de autonomía, autenticidad, originalidad, suficiencia para la argumentación y empoderamiento en la discusión entre la pareja⁴⁹.

La séptima dimensión alude a la exclusividad sexual y emocional. Las parejas pueden asumir la exigencia completa de ambas normas dentro del paraguas romántico, lo cual les produce sentimientos de seguridad ante la fidelidad física y emocional del otro. No obstante, también podrían negociar un acuerdo sobre el grado de exclusividad que se exigirían, algo propio del modelo posromántico, lo cual produciría sentimientos de autonomía y empoderamiento, aunque también en este caso, se conserven en el ámbito de lo privado.

La última se relaciona con la forma en que se vinculan experiencias sexuales y sentimientos amorosos. Las parejas podrían seguir la convención romántica de considerar legítimo el sexo únicamente enmarcado dentro de la relación amorosa, lo cual, de no cumplirse, generaría un sentimiento de culpa y arrepentimiento. En oposición, la sexualidad puede concebirse como un conjunto de prácticas legítimas por sí mismas, aún fuera de relaciones románticas. Esta visión posromántica genera sentimientos de autonomía respecto a la vida sexual y amorosa y empoderamiento sobre el propio cuerpo que también suelen conservarse en lo privado.

Con ellas será posible identificar en los relatos de los individuos de las generaciones con las que trabajé, su cercanía a cada uno de estos imaginarios, la combinación entre ambos, así como las tensiones y contradicciones cuando coexisten en sus experiencias. Como dije antes, el régimen erótico contemporáneo se caracteriza por la competencia simbólica entre imaginarios que con frecuencia producen, además de sentimientos y emociones distintas, disociaciones entre la narrativa de lo que experimentan y postulan como sus creencias, conceptos, significados y

⁴⁹ Aun cuando la negociación es frecuente en los nuevos arreglos de pareja, esto no significa que ambos miembros posean los mismos recursos para enfrentarla.

valores, y las prácticas que desarrollan en su vida de pareja⁵⁰. En ese sentido, es común que den cuenta de prácticas románticas acompañadas de narrativas posrománticas y narrativas románticas en conjunción con prácticas posrománticas⁵¹.

Denominaré *disonancias emocionales* a las tensiones y ambivalencias entre conceptos, significados y creencias que poseen las personas al tener acceso a imaginarios amorosos que se encuentran en oposición o conflicto, y que al mismo tiempo se consideran legítimos o se lucha porque lo sean. Estas disonancias poseen un correlato moral, puesto que cada discurso se funda en valores (Rodríguez y Rodríguez, 2022). Ejemplo de este tipo de confrontaciones ocurren, en el caso de parejas de jóvenes, cuando éstos emprenden el reto de organizar su convivencia tomando distancia de un formato monógamo y optando por emprender relaciones abiertas o poliamorosas⁵². Siendo la fidelidad una de las principales normas que rigen en el imaginario romántico, su observancia da pie al surgimiento de sentimientos de confianza, seguridad y certeza respecto al otro; mientras que un nuevo imaginario posromántico, plan-

⁵⁰ Federico Besserer da cuenta de este mismo fenómeno a través de lo que él denomina contienda de sentimientos y, al igual que lo que planteo, observa que, “si bien las contiendas de sentimientos pueden expresarse en el plano de lo verbal, se libran en el ámbito de la experiencia vivida. En el plano de lo que podríamos llamar conocimiento práctico” (2014, p. 65).

⁵¹ Esta confrontación entre reglas de imaginarios amorosos distintos que terminan por ser abiertamente contradictorias entre sí producen emociones que podríamos llamar esquizofrénicas, al ser el resultado de reglas del sentimiento contradictorias entre sí, unas profundamente enraizadas frente a otras que se pretenden adquirir (Rodríguez, 2019b).

⁵² Se denominan *relaciones poliamorosas* a aquellas cuyos miembros asumen que cada uno tiene la capacidad de amar a más de una persona a la vez. Esto implica un acuerdo explícito entre ellos y el comunicárselo mutuamente cuando esto suceda. Las *relaciones abiertas*, por su parte, son aquellas que permiten que cada uno de sus miembros sostenga relaciones sexuales adicionales a la pareja principal, bajo el compromiso de no vulnerar su estabilidad ni alterar su primacía jerárquica.

tearía otro tipo de normas como el ser honestos y no mentir, basadas en valores como ser auténticos y respetar las necesidades de cada uno, piedras angulares de las relaciones no monógamas. La disonancia ocurre cuando uno de los miembros de la pareja siente celos cuando el otro emprende relaciones adicionales a la principal, lo que le causa tristeza y dolor, al mismo tiempo que vergüenza, por no ser capaz de llevar a cabo la realización del acuerdo⁵³. En este caso se evidencia que el sentimiento de compresión⁵⁴ no logra desplazar al de dolor causado por los celos.

El *trabajo emocional* al que se refiere Arlie Hochschild y que mencioné antes tiene una dimensión política que se desarrolla más allá de la pretensión de ajustarse a las convenciones sociales, está presente también en luchas por el empoderamiento y por el reconocimiento de formas de vida en pareja diversas. El terreno en el cual ocurren estas confrontaciones normativas es el de las disputas entre ideologías o imaginarios distintos en torno a las relaciones amorosas y la vida sexual. El punto que no es considerado por esta autora, es que no todos los sujetos estarían interesados necesariamente en ajustar su comportamiento y emociones a las convenciones definidas desde una ideología en particular, el romanticismo, sino podrían estar buscando de forma explícita romper con dicha visión del mundo, y promover la legitimación de nuevos con-

⁵³ Sin llamarlo como regla del sentir Mari Luz Esteban da un ejemplo de esto refiriéndose a las mujeres “El ideal –autoasumido y heteroimpuesto– para las mujeres es, en palabras de Adrienne Rich, la ‘adicción al Amor (en la carrera de una mujer se traduce en la idea de abnegación), amor a través del sacrificio como forma redentora’. Esta ‘sobredosis de amor’ femenino es apropiada por los varones, en un entorno que lo favorece y lo aprueba socialmente, conduciendo a un déficit de igualdad que nos coloca en una situación de inferioridad. La pendiente de la inferioridad a la discriminación y de ahí al abuso queda así prefigurada” (2011, pp. 49-50).

⁵⁴ La compresión se refiere al disfrute de que el ser amado sea valorado, deseado o amado por otra persona.

ceptos, creencias, valores y normas sobre las cuales construir emociones alternativas⁵⁵. Como hemos mencionado en otro trabajo,

Las personas actúan profundamente no sólo para ajustar sus sentimientos a las normas emocionales de la situación de interacción en la que están inmersas, sino también para fortalecer un sentido de valía (combatiendo emociones como la vergüenza y la culpa) cuando sus prácticas son cuestionadas, criticadas o estigmatizadas por el orden normativo. Lo que hemos denominado como disonancias emocionales (que generalmente implican también disonancias culturales y morales) son detonantes de disidencias grupales o personales que requieren trabajo emocional para adaptarse o cuestionar un orden social (en este caso, afectivo y sexual) que induce la culpa y la vergüenza entre quienes no actúan conforme a las hegemonías (heteronormatividad, monogamia obligatoria, requerimiento de homogamia, etc.) (Rodríguez y Rodríguez, 2022, pp. 411-412).

Hay un autor que va más allá de Arlie Hochschild y que nos permite seguir pensando en la forma en que se enfrentan las disonancias emocionales. Me refiero a William Reddy (2001), historiador de las emociones. El plantea que *navegación emocional* podría ser una metáfora mejor que el trabajo emocional del que hablaba Hochschild, porque la navegación incluye la posibilidad de cambiar radicalmente de rumbo, así como la de hacer correcciones constantes para permanecer en el rumbo elegido. La navegación implica una acción intencional, mientras que los cambios de objetivos solo son intencionales si se llevan a cabo en nombre de objetivos de mayor prioridad. Navegación se usa aquí para referirse a una amplia gama de cambios emocionales, incluidos cambios de objetivos de alto nivel. Así, este concepto abarca en sí mismo el de trabajo emocional.

⁵⁵ Hochschild utiliza el término disonancia para referirse al intento de los sujetos por disminuir la distancia entre lo que deberían sentir y lo que sienten, es decir, en un sentido adaptativo y no de oposición a la regla de sentimiento imperante (1979).

La idea de la navegación como una característica universal y central de la vida emocional hace posible una definición preliminar de otro concepto, el de *libertad emocional*, la cual se refiere a la libertad de cambiar objetivos en respuesta a activaciones de pensamiento desconcertantes y ambivalentes que exceden la capacidad de atención y desafiar el reinado de los objetivos de alto nivel que actualmente guían la gestión emocional. Esto es, libertad, no para tomar decisiones racionales, sino para experimentar experiencias de conversión y cambios en el curso de la vida que involucren numerosos factores contrastantes, a menudo inconmensurables, como las ideas de fusión entre la pareja y la de individualidad.

Este planteamiento entra en consonancia con la perspectiva cognitiva de las emociones mencionada páginas atrás. Como señalan Ortony, Clore y Collins (1996), las emociones tienen su origen en las interpretaciones cognitivas sobre la realidad y reaccionan orientadas por ellas. Cambiar de metas y objetivos implica fijar una nueva estructura de valoración, es decir, nuevas metas que perseguir, otras normas morales con las cuales evaluarse a sí mismo y a los otros, y nuevas actitudes y formas de sentir.

A continuación, sintetizo en un diagrama los conceptos centrales con los que se analizan los testimonios a lo largo de los capítulos. Lo relativo

Conceptos centrales



a la sexualidad se encuentra en las descripciones sobre los imaginarios romántico y posromántico, así como en las reglas del sentimiento descritas en sus dimensiones páginas atrás.

Coordenadas metodológicas

La perspectiva cualitativa y las entrevistas

La perspectiva metodológica que orientó la producción de la información con la cual se generó el análisis de la sexualidad en varias generaciones fue de tipo cualitativo y su propósito fue producir narraciones de parte de los entrevistados(as) en las que, gracias a la creación de un ambiente de confianza con ellos y ellas, pudieran relatar la experiencia de su vida de pareja en un sentido amplio. La perspectiva cualitativa tiene como fin lograr conocer y comprender la dimensión significativa de los procesos subjetivos por lo que exige adentrarse lo más posible en las tramas de sentido en las que las personas se sitúan y expresan lo vivido (Geertz, 1991).

Entiendo la entrevista como un dispositivo en el sentido de ser una intervención cuyo desenvolvimiento y contexto imprimen su sello en el resultado final. La manera específica en que ocurre el diálogo entre el/la entrevistador/a y el/la entrevistado/a, es definida por la forma en que cada uno/a percibe al otro/a, lo cual establece los márgenes de lo decible, marcado por las edades de ambos, su género, su capacidad de ser empáticos, la percepción recíproca de su interés, etc.

Ahondar en los relatos de vida de un pequeño grupo de personas de generaciones distintas tiene el objetivo de, a la luz del contexto socio-estructural al cual se adscriben (por su nivel socioeconómico, lugar de residencia y nivel educativo), como por su contexto socio-simbólico (valores, creencias, representaciones); lograr visualizar la forma en que, en este determinado número de casos, esa generación *se realiza, se corporeiza y se manifiesta* en los relatos de mujeres y hombres determinados (Bertaux, 1980).

Las entrevistas fueron de tipo semi-estructurado e incluyeron varios ejes temáticos: la trayectoria conyugal, los roles de género, el cuidado entre los miembros de la pareja, el uso de nuevas tecnologías y su vida sexual, asunto del cual me ocupó aquí⁵⁶. La sección de sexualidad incluyó alrededor de 25 preguntas cuyo número varió según se le pidió al o la entrevistado/a ampliara la información o pusiera ejemplos sobre asuntos en concreto. Las preguntas intentaron explorar tanto opiniones sobre asuntos específicos como significados y prácticas cotidianas. Algunas más solicitaban la reconstrucción de la evolución de la vida sexual a lo largo de los años de duración de la pareja.

El total de entrevistas que dan origen a este trabajo son 81 y la estrategia de búsqueda de los entrevistados y entrevistadas fue de bola de nieve, un conocido/a nos llevaba a otro/a y tal cantidad fue posible gracias a que el equipo era amplio⁵⁷. Del total, 46 fueron mujeres y 35

⁵⁶ Esto obedece a que el proyecto del cual emana este trabajo indaga sobre el ámbito de lo íntimo dentro del cual la sexualidad es sólo una dimensión junto con otras, por esta razón, la cantidad de ítems tratados no fue todo lo amplia que pudiera ser, sino la que permitía el espacio asignado, muchas preguntas se encontraban conectadas con la anterior, en la que se les pedía ampliar su respuesta, ejemplificar o dar detalles.

⁵⁷ Las entrevistas fueron realizadas de septiembre de 2019 a mayo de 2020. La realización y transcripción de las entrevistas fueron llevadas a cabo por el equipo de trabajo conformado por investigadoras, becarios/as de licenciatura, maestría y posdoctorado y asistentes de investigación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), la Universidad de Guadalajara (UdeG) y la Universidad de Colima (UdeC). El equipo de trabajo del ITESO fue coordinado por la Dra. Rocío Enríquez Rosas Occidente y en él participaron la asistente de investigación Daniela Silva Peyro y las becarias Kim Elizabeth Romero Sikorski y Dana Esmeralda Valle Galindo. El equipo de la UdeG estuvo conformado por la Dra. Zeyda Isabel Rodríguez Morales y la Dra. Tania Rodríguez Morales quienes coordinaron el trabajo de los becarios Iván Salvador Lupercio Madero y Fanny Cervantes González, y de los asistentes Rodrigo Alonso Pacas Iñiguez y Carlos Alejandro Gutiérrez Aguilar. Por parte de la UdeC, el equipo fue coordinado por la Dra. Ana Josefina Cuevas Hernández y en él participaron las beca-

hombres; 49 corresponden a la ciudad de Guadalajara y 32 a la de Colima; 29 corresponden al nivel socioeconómico bajo, 26 al medio y 26 al medio alto⁵⁸. Para la selección de las y los entrevistados se consideraron los siguientes criterios: que fueran mujeres y hombres heterosexuales; que estuvieran viviendo en pareja o hubieran estado en pareja por lo menos 7 años; con estado civil y estatus conyugal indistinto; cuyos rangos de edad estuvieran dentro de los tres grupos generacionales⁵⁹, a saber, adultos mayores (65 años y más)⁶⁰, adultos medios (50 a 63 años)⁶¹ y adultos jóvenes (32 a 48 años)⁶².

Aun teniendo en la mano un guion que orientara la conversación, la intención en las entrevistas siempre fue flexible, intentando promover el diálogo, el intercambio, cuyo fin principal fue, siguiendo a Pierre Bourdieu, lograr “entrar en la singularidad de la historia de una vida e intentar comprender, a la vez en su unicidad y su generalidad, los dramas de una existencia” (1999, p. 533) intentando contribuir a la “aparición de un discurso extraordinario, que podría no haberse enunciado jamás y que, sin embargo, ya estaba allí, a la espera de sus condiciones de actualización” (pp. 535-536).

rias Dra. Ana Gabriel Castillo Sánchez y Cristina Arévalo Vázquez Lara; además de los asistentes de investigación Camila Sofía Ceballos Díaz, Jesús Arnoldo Chávez Aguirre y Jorge Alberto Acosta Nava.

⁵⁸ El cuadro concentrado de casos de entrevista se encuentra en el Anexo 2. Los criterios para la distinción entre niveles socioeconómicos se encuentran en el Anexo 3.

⁵⁹ La descripción del *corpus* de casos por generación se encuentra en el Anexo 1.

⁶⁰ En lo que toca a los Adultos mayores, se realizaron 26 entrevistas, 10 de Colima, 16 de Guadalajara, 17 mujeres y 9 hombres en total.

⁶¹ En lo que corresponde a Adultos medios, se realizaron 26 entrevistas, 11 de Colima, 15 de Guadalajara, 13 mujeres y 13 hombres en total.

⁶² En el caso de los Adultos jóvenes, se realizaron 29 entrevistas, 11 de Colima, 18 de Guadalajara, 16 mujeres y 13 hombres en total.

Las narraciones como productoras de la biografía

Las narraciones generadas gracias al diálogo ocurrido a lo largo de las entrevistas, sobre todo cuando intentan hacer reconstrucciones de lo ocurrido al paso de los años, presentan un rasgo que Pierre Bourdieu denomina *postulado del sentido de la existencia* en su conocido texto *La ilusión biográfica*. Este postulado sostiene que la vida real es fragmentaria, discontinua, y que las personas sentimos la necesidad de otorgar un sentido que organice y dé coherencia a las partes, construyendo un relato cuyo desarrollo obedece a causas y que se dirige al cumplimiento de ciertos fines, en el que es frecuente el uso de metáforas alusivas a un camino, una ruta o una carrera a seguir; en el que se enfrentan retos, encrucijadas y problemas; y cuyos resultados generan el desarrollo progresivo de un proyecto de vida (2011, p. 121), lo cual explica el significado del título de su texto. Coincido con Bourdieu también cuando afirma que la aparición del postulado del sentido de la existencia es responsabilidad no sólo del propio sujeto que construye/crea su autobiografía, sino del investigador que lo alienta a hacerlo desde el mismo momento en que éste se plantea la experiencia biográfica como principio epistemológico de la investigación.

La entrevista como dispositivo productor de relatos, coloca en primer plano a un sujeto que se enuncia a sí mismo desde el posicionamiento de su identidad, la cual, aún sostenida en un seudónimo, no elimina la responsabilidad implicada si utilizara su nombre real. Las personas hablan como un sujeto situado “que orientará todo su esfuerzo de presentación, o mejor, de producción de sí mismo” (Bourdieu, 2011, p. 127) y que intentará brindar al entrevistador lo que éste necesita de él, en una suerte de deseo inconsciente por serle útil en el afán de colaborar en su investigación, la cual asume como un propósito noble dado el prestigio que se desprende del mundo de la ciencia o lo que se concibe como tal.

Un aspecto especialmente relevante en la producción de las narraciones tiene que ver con el proceso que ocurre al colocar las vivencias dentro de una estructura discursiva, lo cual las convierte, desde un punto de vista fenomenológico (Schutz y Luckmann, 1973) en experiencias.

Las experiencias, en este sentido, estarían constituidas por significaciones que han pasado a un estado de sedimentación, el cual les provee de espesor, densidad y peso en la biografía narrada. Lo mismo ocurre con la elaboración de diarios personales, acudiendo a terapia psicológica o en el acto de la confesión religiosa. En palabras de Peter Berger y Thomas Luckmann, adscritos a esta tradición, podríamos afirmar que “el lenguaje *realiza* un mundo, en el doble sentido de aprehenderlo y producirlo (...) el hecho fundamental del mantenimiento de la realidad reside en el uso continuo del mismo lenguaje para objetivizar la experiencia biográfica en proceso de desenvolvimiento...” (Berger y Luckmann, 1968, pp. 192-193).

Y es que la necesidad de narrar es consustancial al hecho de estar vivos, “soñamos narrando, nos ensoñamos narrando, recordamos, anticipamos, esperamos, desesperamos, creemos, dudamos, planeamos, revisamos, criticamos, construimos, charlamos, aprendemos, odiamos o amamos a través de la narración” (Hardy, 1968 citado en Gergen, 1994, p. 232). Y la producción de tales narraciones no obedece a contar nuestras historias solamente como “una maldita cosa tras otra”, como dice Gergen, sino que se formula un relato en el que

Los acontecimientos de la vida son referidos sistemáticamente y hechos inteligibles por el lugar que ocupan en una secuencia o ‘proceso de desarrollo’ (de Waele y Harré, 1976). Nuestra identidad presente es, por consiguiente, no un acontecimiento repentino y misterioso sino un resultado sensible de un relato vital (p. 233).

Un elemento fundamental enlazado con el proceso anterior, es el que señala Jerome Bruner en el sentido de que las narraciones se relacionan necesariamente con “lo que es moralmente valorado. Moralmente apropiado o moralmente incierto. (...) Narrar una historia supone ineludiblemente adoptar una postura moral, aun cuando sea una postura moral contra las posturas morales” (1991, p. 62). En ese sentido, la trama misma, su secuencialidad, su sentido, se enmarcan en patrones que este

autor llama cánones, que señalan “lo esperable y/o lo usual de la condición humana. Dota a ambos de legitimidad o autoridad” (Bruner, 1991, p. 59). Y volviendo a Gergen, agregamos, las narraciones son recursos culturales “que cumplen con este tipo de propósitos sociales como son la autoidentificación, la autojustificación, la autocrítica y la solidificación social” (Gergen, 1994, p. 234).

No obstante, es importante agregar que tales cánones también prevén las posibles desviaciones a la norma y los procedimientos para ser aceptadas como situaciones excepcionales que se engarzan con lo típico y cotidiano. Como afirma Bruner, “nuestro sentido de lo normativo se alimenta de la narración, pero lo mismo sucede con nuestra concepción de la ruptura y lo excepcional. Las historias hacen de la ‘realidad’ una realidad atenuada” (1991, p. 99). Esto me parece particularmente relevante en el sentido de que los individuos creadores de narraciones van creando retóricamente márgenes para describir lo que pudieran considerarse transgresiones cometidas a lo largo de su vida, situación que no impide del todo la existencia de un territorio de indecibilidad.

En este sentido, las narraciones generadas gracias a las entrevistas sobre su vida sexual en la historia de pareja permitieron identificar, “las constricciones que pesan sobre el individuo –un conjunto de condicionantes más o menos determinantes–, y al mismo tiempo un complejo de estrategias de liberación, que el individuo pone en juego aprovechando las ‘buenas ocasiones’, los atisbos intersticiales” (Ferrarotti, 2007, p. 28).

El misterioso proceso de la interpretación

En esta sección describiré el proceso seguido para el análisis de la información contenida en las narrativas y su interpretación. Tal y como Clifford Geertz señala, la única manera que tenemos de acceder a los discursos sociales en los que diversidad de significados intersubjetivos cobran vida, es a través “de la pequeña parte que nuestros informantes nos refieren”, (1991, p. 32) por este motivo, las narraciones venidas de

las entrevistas se convierten en textos con el fin de volverlas documentables y consultables⁶³.

En un esfuerzo por describir el procedimiento seguido, podría mencionar que de forma continua se transitó entre lo deductivo y lo inductivo, también llamado transductivo, identificando temas, conceptos, significados, valores intrínsecos, prácticas, juicios morales, presencia de instituciones, procesos socializadores, etc. muchos de ellos clásicos en la indagación empírica en el ámbito de la sexualidad y descubriendo otros venidos de los propios relatos y que no se preveían.

Es común en la literatura sobre metodología cualitativa que se sugieran dos vías al menos para analizar las narraciones venidas de entrevistas (Elliot, 2005; Coffey y Atkinson, 2003). Una busca atender a la estructura del relato en su conjunto intentando descubrir en su forma completa la manera en que se plasma la identidad de los individuos (Bruner, 1991). La segunda busca enfocar el contenido de la narración descubriendo fragmentos densos de significación que, a través de un proceso de codificación, permiten su organización posterior y análisis (Flick, 2007). La primera de estas alternativas se plantea con frecuencia en el análisis de pocos casos que a su vez uno a uno son descritos en su contexto. La segunda se elige para un *corpus* de mayor número de casos cuyos relatos serían imposibles de analizar en su estructura completa además de aportar su contexto particular. Esta es la opción seguida aquí por la amplitud del *corpus*.

El mecanismo utilizado fue la lectura lenta y repetida de cada entrevista y la identificación de fragmentos densos por su significación (Geertz, 1991), o ricos en la descripción de información acerca de su-

⁶³ Una vez obtenidas las entrevistas se procedió a su transcripción en el programa Word y de ahí a la codificación a través del uso del *software* MAXQDA (*The art of data analysis*, 2018). Desde MAXQDA se generaron cuadros concentradores de los fragmentos en Excel, retornando a trabajar en Word el análisis.

cesos y prácticas⁶⁴. Una vez identificados los fragmentos se procedió a la creación del libro de códigos. Algunos de ellos se tenían previstos y otros fueron surgiendo de las propias narraciones. De este modo, cada entrevista fue enriqueciendo la lista hasta conformar una familia de 52 códigos, algunos de los cuales incluían opciones dicotómicas, tales como satisfacción/insatisfacción sexual o tolerancia/intolerancia a la infidelidad, entre otros⁶⁵. Una vez codificado el material se generaron cuadros concentradores de fragmentos por cada uno de los códigos del total de entrevistas que sirvieron de base para organizar el análisis y estructurarlo por temas y subtemas en cada generación. En la revisión de este material organizado temáticamente se observaron las variaciones por género, edad, ciudad, formación educativa y nivel socioeconómico.

Sin embargo, creo que esta descripción de actividades no agota el proceso de análisis. Desentrañarlo suele ser muy difícil pues nuestro cerebro realiza una serie de actividades al unísono que retan cualquier orden imaginado en el diseño inicial del proceso de investigación. Al momento de leer y releer estos relatos, ocurre una inextricable mezcla que involucra nuestras curiosidades iniciales, un enorme cúmulo de lecturas realizadas previamente, el recuerdo de la situación de entrevista en la que volvemos a “escuchar” esas palabras ahora escritas, directrices metodológicas aprendidas en diversos manuales y todo ello es animado por una energía a la que se suele llamar *intuición*.

Una definición rápida de intuición refiere a aquella habilidad que permite conocer, comprender o percibir algo de manera clara e inmediata, de golpe, sin la intervención de la razón. Resulta paradójica la relevancia dada a la intuición en la investigación social, considerada siempre como un proceder de forma sistemática, rigurosa y objetiva. En

⁶⁴ Flick denomina a este proceso identificación de unidades de sentido o de significado, las cuales son clasificadas asignándoles conceptos, llamados códigos, que pueden ser de procedencia teórica –códigos contruidos–, o códigos in vivo, es decir, venidos de la propia narrativa de l@s entrevistad@s y retomados por su gran significación retórica (2007).

⁶⁵ Ver Anexo 4: Libro de códigos.

este sentido, coincido con Elliot, quien se cuestiona si es posible “que un investigador documente este intuitivo proceso para que sea transparente y esté disponible para el escrutinio de otros; en otras palabras, para que los investigadores sean plenamente reflexivos sobre la etapa de análisis de la investigación” (2005, p. 157).

Es común que la recomendación para afrontar este reto sea el adoptar una *actitud reflexiva* frente al propio proceso de investigación. Es decir, en conjunto con Bourdieu (1999), asumo que la relación entre el investigador y sus entrevistad@s, así como la que luego establece éste con las narraciones venidas de las entrevistas, genera efectos sobre los resultados, sobre la interpretación de la información y sobre los hallazgos. Consiste en no ignorar que existen estructuras sociales que marcan la posición social del investigador y de sus informantes y hacerse responsable y observar los efectos que ésta produce. En ese sentido, no sólo es necesario comprender y explicar la posición en las que están situados quienes nos narran sus vidas, sino también la de quienes las escuchan. Este esfuerzo es llamado por Bourdieu “objetivarse a sí mismo”.

En ese sentido es que intentaré hacerlo en mi caso. Soy una mujer cuya vida se ha desarrollado por completo en el medio urbano, la ciudad de Guadalajara. Proengo de una familia de clase media, mis padres fueron en su vida laboral activa profesionistas de las ciencias sociales, lo que incidió en que a lo largo de mi infancia se gestara mi vocación como socióloga rodeada de libros y de un ambiente libre de creencias religiosas y en muchos sentidos liberal moralmente. Mi interés por temas relacionados con las subjetividades se manifestó a lo largo de mi formación en la licenciatura en sociología y se fue fortaleciendo en experiencias de investigación en la maestría, el doctorado y en la realización de diversos proyectos de investigación alrededor de la familia, los valores, la sexualidad, los afectos, las emociones, etc.; en torno a grupos sociales específicos, las mujeres, los jóvenes en general y más recientemente, varias generaciones de adultos.

Soy académica de la Universidad de Guadalajara y además de realizar investigación doy clases en licenciatura y posgrado. Eso me ha

mantenido a lo largo de más de 30 años en constante diálogo con generaciones de jóvenes que pasan por las aulas de la universidad, lo que me ha permitido observar la evolución en sus formaciones previas a lo largo de varias décadas, su manera de relacionarse y dialogar con el contexto social y político en el que se encuentran inmersos, así como su creciente involucramiento en una agenda política cada vez más lejana a la estructura partidista y mucho más involucrada en intereses que les atañen íntimamente: la violencia cotidiana, las desapariciones, el feminicidio, la exigencia del respeto a los derechos humanos, etc.

Tengo una relación de pareja desde hace más de 30 años. Nuestra vida ha sido alentada por el reto de lograr que sea satisfactoria, gratificante y placentera, por lo que reflexionar sobre ella y ser creativos en nuestras prácticas ha sido una característica permanente entre nosotros. En ese sentido, mi aproximación a los temas relativos a este trabajo, parte de una visión positiva y desprejuiciada de la sexualidad al considerar que es parte fundamental de la vida humana y que el vivirla con disfrute y sin culpa es un derecho fundamental. Esto va en paralelo con una postura crítica a los dogmas religiosos y de oposición al discurso social conservador que condena el ejercicio de la sexualidad fuera del matrimonio (prematrimonial o extraconyugal), considera la heterosexualidad obligatoria y condena las prácticas alejadas a la monogamia y la fidelidad, especialmente severas contra las mujeres.

Asimismo, me parece que el imaginario romántico con el conjunto de idealizaciones que postula se encuentra en franca crisis y abundan las razones para ello. Sin embargo, soy consciente del poder simbólico que aún mantiene, del prestigio moral del que goza socialmente, y no soy ajena a las emociones y sentimientos generados en su seno; y que a pesar de ser crítica frente a ellos, fluyen por mis venas como parte del ADN cultural que he heredado. De este modo, asumo que las disonancias emocionales, culturales y morales que nutren la vida íntima y sentimental de hombres y mujeres de todas las edades en la época contemporánea, no son un problema a resolver recuperando valores tradicionales anclados en un pasado que nunca fue perfecto, sino la expresión de

múltiples batallas que de forma privada son libradas alrededor de la vida íntima, la cual constituye un terreno de lucha política con cada vez mayor legitimidad.

Partiendo de esta configuración de elementos que cruzan mi ser como investigadora, soy proclive a ver con un ánimo positivo todas aquellas narraciones en las que las personas retan el orden establecido, transgreden las normas y las instituciones de su contexto y ejercen creativamente sus recursos para desarrollar agencia (Giddens, 1986), es decir, *poder* para decidir sobre sus vidas íntimas, en muchas ocasiones pagando altos costos en aras de ganar libertad y satisfacción en sus vidas amorosas y sexuales. Del mismo modo, me asombro con el despliegue de estrategias que de forma subterránea se despliegan para, en un estilo más discreto y reservado, lograr objetivos personales sin alterar el orden de las cosas, garantizando la estabilidad y la armonía de sus mundos privados. Asimismo, soy sensible a aquellos relatos en los que destaca una lógica que prioriza el bien de otros, la estabilidad y hasta cierta comodidad con el orden institucional, no obstante se sacrifiquen deseos y necesidades propias; en el marco de una lógica en la que las cosas más importantes de la vida no son semejantes a las mías propias y cumplir con las normas morales heredadas a las que se adhieren, constituye una mayor gratificación. En el análisis de este entramado es común que utilice los adjetivos *tradicionales*⁶⁶ y *transgresores* para señalar ambos polos del continuo⁶⁷.

⁶⁶ Con el adjetivo tradicionales me refiero a la intención de “hacer que las nuevas generaciones crezcan en el seno de los comportamientos vitales, de los contenidos sentimentales y de las disposiciones que han heredado” (Mannheim, 1993, p. 218). Sobre la trasgresión ya hablé en la introducción del trabajo.

⁶⁷ Advierto que, a lo largo del análisis de los capítulos subsiguientes, los hallazgos relacionados con la permanencia del imaginario romántico no contiene una condena moral al asociarlo con lo indeseable y los relativos al imaginario posromántico, con lo deseable. El sentido de recuperar la experiencia de l@s entrevistad@s es el dar cuenta de los

El mosaico configurado por las entrevistas que son el origen de las narraciones con las que se construyó este trabajo es de una riqueza enorme. A lo largo del análisis de las mismas dos impulsos fueron difíciles de controlar para mí. El primero atañe a mi poca capacidad para seleccionar fragmentos cortos dada la riqueza aportada por los fragmentos largos. El costo que implica este hecho repercute en cuanto que no será fácil que la lectura de l@s lector@s sea ágil y más amena. El efecto positivo es el de dar un espacio generoso a la voz de l@s entrevistad@s que permita comprenderlos de mejor manera. El segundo impulso fue el no omitir los relatos menos vistosos en aras de dar mayor cabida a aquellos cuya retórica es más atractiva. Asumo que las competencias lingüísticas de cada persona son distintas y eso no debe fungir como un elemento que los coloque en desventaja a unos frente a otros.

Por último, asumo que un texto de corte académico como este circula en el espacio reducido del campo de la investigación que le corresponde. Sin embargo, una de las motivaciones a lo largo de su producción fue el imaginar que los lectores fueran las personas que entrevistamos, con ellos es mi mayor compromiso al proponerme comprender sus palabras en un contexto justo, respetar íntegramente su significado –a pesar de la labor editorial obligada para facilitar su lectura–, así como haber realizado conjeturas y aseveraciones analíticas que, al igual que a mí, les permita comprenderse a sí mismos como moléculas de universos más amplios.

Retomando las palabras de Charles Wright-Mills sobre la potencialidad de la imaginación sociológica, “el individuo solo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época; (...) puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias” (1961, p. 25). Espero a lo largo del trabajo haber logrado siquiera un poco de esto.

retos que enfrentan, así como de las estrategias para afrontarlos, ninguna de las cuales es calificada moralmente.

La sexualidad de la *generación del cambio*: los adultos mayores

Como mencioné en la introducción del trabajo, este capítulo tratará sobre la sexualidad de la generación de los adultos mayores a la cual tuvimos acceso gracias a las narraciones de 16 mujeres y 10 hombres nacidos entre 1924 y 1955, por lo que al momento de las entrevistas tenían entre 65 y 96 años. Coincido con López (2012) quien afirma que la vida sexual en la vejez es muy variable de unas personas a otras. Efectivamente, en los relatos obtenidos en nuestras entrevistas encontramos una gran heterogeneidad venida, en primer término, de la amplia franja de edad que comprende: 25 años. En segundo término, se involucran diversidad de factores en la vida de los individuos, los cuales son, como afirma este autor, “multidireccionales y obedecen a numerosas causas que afectan a las personas en combinaciones muy distintas” (p. 136). Entre ellas existen factores socioestructurales de tipo económico y cultural que les posibilitan grados de autonomía o dependencia variables; otros que se relacionan con su nivel de salud y bienestar físico –muy relacionado con lo anterior–; y otros más que tienen que ver con su vida personal, el que tengan o no pareja, el que hayan tenido varias a lo largo de su trayectoria, y el que se sientan satisfechos y felices con ellas. Dentro de estos factores es relevante mencionar que sólo 3 de las 16 mujeres entrevistadas se dedican a ser amas de casa, lo cual habla ya de su incorporación al mercado laboral que comenzó a darse de forma creciente a partir de los años cincuenta en nuestro país; mientras que 9 de ellas poseen estudios

de nivel superior. Justamente por estos elementos es que asumo la vejez como una edad “social” en cuanto que hay muchas formas de llegar a ella y el simple hecho de poseer un número determinado de años no lo explica todo.

Sobre esto, algunos autores se adhieren al uso de este adjetivo en cuanto que consideran que los límites para demarcar la vejez son flexibles y determinados socio-históricamente pues dependen de factores como la salud personal, el acceso a atención médica oportuna, autonomía económica, residencia independiente, capacidad para tomar decisiones, entre otras cosas. Es el caso de Ana Vásquez-Bronfman, quien partiendo de la perspectiva del gerontólogo Peter Laslett, afirma que la tercera edad tiene como límite inferior la segunda edad (madurez caracterizada por independencia económica, madurez y responsabilidad); y como límite superior, la cuarta edad, la cual comenzaría alrededor de los 80 años distinguida por lo que se conoce como *vejez*, es decir, un estado de dependencia⁶⁸ (Vásquez-Bronfman, 2006, pp. 277-278).

No obstante la heterogeneidad que priva en el conjunto, la perspectiva planteada en este trabajo a partir de la comparación generacional conmina a buscar lo que cada grupo etario comparte, asumiendo que cada época auspicia formas de subjetividad posibles, y con ellas ciertas experiencias, sentimientos y emociones. En ese sentido, como describí en el capítulo anterior, esta generación de adultos mayores, sobre todo los de mayor edad, vivieron un contexto en nuestro país en el que la cultura alrededor de la sexualidad estuvo enormemente influenciada por la moral católica, la cual imprimió en ellos y ellas valores que juzgaban todo lo que ocurría por fuera de las normas del sexo matrimonial, heterosexual y monógamo en términos negativos, pecaminosos, perversos y anormales, siendo la conducta de las mujeres la que recibía una evaluación más estricta.

⁶⁸ Entre los entrevistados hay sólo tres casos por arriba de 80 años, el de Eunice de 82, el de Sergio de 90 y Ramiro de 96.

Esta situación explica de alguna manera el hecho de que en algunas entrevistas la información sobre su vida sexual fuera extremadamente escasa, pues acaso externaron opiniones sobre el valor de la fidelidad, por ejemplo. Tales son los casos de Félix, Magdalena y Artemio a los que les es común un bajo nivel educativo, Artemio y Félix no completaron sus estudios de educación básica mientras que Magdalena completó la primaria y ya no estudio más. La mención a su nivel educativo es relevante en cuanto a que la influencia de las creencias religiosas es aún mayor y su apego a los valores tradicionales también lo es. Tampoco resultó fructífero el relato de Ramiro, el caso de mayor edad, quien no tocó ninguno de los temas relacionados con la sexualidad. Por otra parte, desde un inicio se entrevistaron mayor número de mujeres (17) que de hombres (9), por ser más fácil que accedieran a nuestra invitación probablemente por ser un equipo de investigadoras en su mayoría femenino; en adición a este hecho, quisiera señalar como un hallazgo que los relatos de parte de ellas resultaron mucho más extensos y expresivos que los de los hombres, fenómeno que será evidente a lo largo del texto. Al parecer, hablar de cuestiones relativas a la intimidad es mucho más sencillo para las mujeres que para los hombres, cuestión que no es común en las otras dos generaciones con las que trabajamos, los adultos medios y los adultos jóvenes.

Los relatos que se exponen aquí son distintos entre sí según el tiempo en que sucedieron los hechos narrados y el momento en que se realizaron las entrevistas. Dado que cinco de los entrevistados y entrevistadas tienen o tuvieron más de 50 años de casados, siete más de 40 años y cinco más de 30 años, la mayoría poseen un tono reflexivo y racionalizador que es más evidente al hablar de los sucesos cuando han pasado muchos años después de acontecidos. Aquellos que se han emparejado posteriormente con segundas o terceras parejas, les caracteriza a sus narraciones un tono más vívido y emocional; al hablar de cuestiones ubicadas en el presente o más recientes. Cabe mencionar también, que la valoración de estas segundas o terceras experiencias en todos los casos

relatados, resultaron ser mejores en cuanto a la dimensión de la vida sexual se refiere.

Lugar de la sexualidad en la vida de las parejas

Ahondar en el lugar que ocupa la sexualidad en la vida de las personas responde a la idea de que su inclusión como un elemento importante, si no fundamental entre las parejas, ha sido producto de un largo proceso histórico y de una creciente legitimación moral que tuvo lugar a lo largo del siglo xx. Como describí en el primer capítulo, la gratificación sexual comenzó a ser incluida dentro del imaginario romántico como una promesa que se realizaría dentro de los límites de la institución matrimonial, lo cual en términos cotidianos y al paso de los años quedaba reducida a la meta del cumplimiento de la formación de la familia. El movimiento cultural que significó la revolución sexual de los sesenta y setenta, como también dije antes, logró que la idea de una sexualidad enfocada al logro del placer fuera ganando lugar hasta posicionarse como una demanda legítima para ambos sexos, la cual no logra aún del todo realizarse. En este sentido, resulta relevante indagar la forma en que cada una de las generaciones consideran la sexualidad como una dimensión en sus relaciones de pareja pues la significación que puedan atribuirle podría estar en consonancia o no con el contexto en el cual se ha dado la evolución cultural mencionada.

Así, en las entrevistas se indagó sobre qué tan importante era la sexualidad dentro de la relación de pareja de l@s entrevistad@s, ante lo cual resulta interesante que sólo dos de los testimonios corresponden a respuestas en las que se expresó con vehemencia que esta dimensión de su vida era relevante, lo cual denota la importante presencia de un imaginario amoroso romántico a nivel generacional en el que lo sexual no ocupa un lugar primordial. En contraste con esto, los casos de Otilia y Fátima, ambas de la ciudad de Colima, se distinguen del resto. En el caso de Otilia, cabe mencionar que tiene formación como sexóloga, lo cual se expresa en su relato, para ella, la sexualidad es,

Muy, muy importante. Muy importante. Ha sido un ingrediente que nos ha fortalecido mucho como pareja. Nos ha fortalecido porque nos lo comunicamos todo, o casi todo, tampoco puedo decir que es... no hay absolutos ¿verdad?, no es todo, pero casi todo, intentamos comunicarnos casi todo. Entonces ha sido importante porque podemos intercambiar ¿no?, eh... insisto, a veces hablo más yo, ¿no? este... porque a lo mejor tengo la teoría, ¿no?, este, eh, puedo identificar algunas cuestiones de tipo entre comillas técnico [ríe] ¿no? Puedo identificar qué está pasando ¿no?, por mis estudios, y cuando las identifico “mira lo que nos está pasando es esto, esto y esto”, le trato de explicar a él, y él “ah, bueno está bien”, ¿sí?, “entonces ¿no estoy mal?” [dice él], “no, no estás mal, es que esto sucede por esto y esto y esto” ¿no? Ha ayudado de alguna manera que yo conozca un poco más de...[él] me escucha, me escucha. “Ah” me dice, “mira, con razón”, y se ríe y me dice “ay bueno pues sí sabes ¿verdad?, sí sabes mucho” y nos reímos y hacemos bromas y eso (Otilia, 65ª, NM, ZMC).

El caso de Fátima es más bien un recuerdo de lo que ocurría al inicio de su relación, ella cuenta, “bueno, para mí era, casi era el 90% y los dos estábamos de acuerdo que funcionábamos en razón de esa sexualidad, hasta que se acabó esa chispa”.

Otras respuestas dan cuenta de una importancia relativa, así lo narra Mariana, quien la califica de “bien, tranquilos”, o en forma numérica, como Delia, “en esta etapa es un 8”, y de Lilia, quien cuenta,

En cuestión de sexo, yo creo que fuimos ni muy inquietos, ni muy... O sea, normal, a gusto, sin que yo te pueda decir: la cuestión sexual fue la locura. No, yo creo que fuimos a gusto, y, como no tengo ni un punto de comparación, entonces, yo, aquello que diga, yo: Ay, hubo una relación que yo recuerdo que fue más... No, no, no, yo no tuve nada, y yo creo que ni él (Lilia, 80ª, NMA, ZMG).

Es importante señalar cómo este fragmento de Lilia revela la idea de “normalidad” como un parámetro para evaluar diversas vivencias y

que se asocia con algo satisfactorio, “a gusto”, lo cual implica la valoración positiva de la medida, el no caer en excesos. Es importante destacar que, en su caso, su vida sexual se limitó a la vivida con su esposo, por lo que no hay posibilidad de comparar entre varias experiencias conyugales. Como se irá viendo a lo largo del capítulo, la sexualidad para esta generación no perseguía de forma abierta el logro del placer por sí mismo, sino el cumplimiento de un fin como pareja, el de la reproducción, la formación de una familia. Esto impacta en que las expectativas que se tenían sobre la vida sexual eran limitadas.

Otros testimonios dan cuenta de una relevancia media de la sexualidad, que se refiere sobre todo a una etapa previa de la relación, la cual puede expresarse escuetamente como Luisa lo hace en tiempo pasado, “pues sí, sí era importante”; u Olivia, quien lo remite a la etapa cuando querían tener hijos, “al inicio era importante porque queríamos quedar embarazados rápido, pero después no fue algo tan importante y como no hablamos de ello por eso le dábamos menos importancia”. El caso de Mónica es más expresivo al respecto, pues haciendo un balance de su relación, la sexualidad para ella en el momento actual no tiene ninguna relevancia, pues su vida tiene ahora otras prioridades que dan sentido a su relación, como la compañía, la comunicación y la seguridad,

Ya se me olvidó todo eso. Ya lo olvidé todo eso. O sea, la relación con él, ahora es, este, pues es diferente. Digo, no me molesta estar en casa con él. O sea, al contrario, este, pues es compañía, ¿verdad? Este, y, y pues a lo mejor yo me he afianzado más como mujer en lo que yo quiero, lo que yo hago. Yo decido, yo ya me siento mejor en el sentido de que para mí no es ningún [problema]. Estar en mi casa, la siento mía, hago lo que quiero, convivo con él, platicamos y todo. [Y la sexualidad] No me hace falta. Para mí, nunca ha sido lo primero. No ha sido número uno en mi vida, como que no. No, no ha sido. Para mí hay otras cosas más importantes, no sé (Mónica, 69^a, NMA, ZMG).

Hay otros testimonios que relacionan estar bien en el ámbito sexual con no tener conflictos al respecto, tal es el caso de Fabián, quien dice,

“pues bien porque nos hemos llevado bien, nos hemos entendido bien y nos la pasamos bien”. Y el de Julián, quien sostiene lo siguiente,

Yo pienso que es muy importante, porque como humanos, la mujer y el hombre se requieren y si tienen buena comunicación ambos, se vive bien. Ya sea que, como la mujer, como el hombre, yo no he visto diferencias en mi mujer o yo de algún problema sobre eso, que ella sea exigente, que yo, pues no. Hemos salido de acuerdo en todo (Julián, 73^a, NM, ZMC).

Un relato de corte más reflexivo es el de Misael, quien se refiere a la sexualidad a lo largo de la relación en su conjunto,

Sí, indudablemente es importante, y desde luego, hay excelentes momentos, malos momentos y momentos regulares, como en toda relación, yo no soy de los que creen, creo que siempre se va a caminar a la misma velocidad y en la misma dirección, sino que hay cambios y hay estrategias que tienen que ver con las nuevas condiciones de la pareja, en cuestión de necesidad, de edad, los hijos y otras atenciones (Misael, 74^a, NM, ZMG).

Como se observa, la ausencia de conflictos también se relaciona con el estar de acuerdo y no ser incompatibles esposo y esposa en sus necesidades sexuales, ambas metas, al parecer, asocian satisfacción sexual con satisfacción marital.

Otra manera de explorar la importancia de la sexualidad fue indagar en torno a si se sentían satisfechos en su vida sexual y sobre esto también se visualizan diversidad de respuestas. Una primera tiene que ver con un relato en el que la misma idea de satisfacción sexual es ajena a la experiencia narrada. Tal es el caso de Leonor, de nivel socioeconómico bajo y con primaria incompleta. Al referirse a su vida con su marido en tiempo pasado, aparece de nueva cuenta la imposibilidad de la comparación entre parejas que permitiría una valoración más clara de su vida sexual, ella cuenta,

Pues a veces quedaba uno conforme, a veces no, pero pues no sé yo de eso [ríe], digo, que muchas oigo que dicen que no, que no quedan conformes, o no sé, no sé yo de eso, de esas cosas. (...) Pues no, en eso, no sé digo, en ese tiempo pues no, no este, ignoraba todo eso. No sé, digo, no sé cómo expresarme, digo ahorita ya oigo que dicen que no me satisface o que no quedo conforme, pero yo digo pues qué será [ríe] (Leonor, 74^a, NB, ZMC).

El relato de Laura, también de nivel socioeconómico bajo y con educación secundaria expresa la satisfacción con su pareja, la cual vincula con el haber tenido hijos, lo cual expresa, como en testimonios previos, la existencia de una regla del sentimiento que conmina, sobre todo a las mujeres, a desear tener hijos y fundar una familia,

Fíjate que con mi marido tuve pues la dicha de que tuve poco sexo con él, pero las veces que tuve sexo con él pues tuve dos hijos maravillosos. Yo quería cuatro y ya cuando me separo de él dije: “no, de seguro vengo premiada”, pensé; porque dije: “pues no le hace, yo mis hijos, lo mejor que me ha pasado en esta vida. Los hijos son bendiciones (Laura, 74^a, NB, ZMC).

La regla mencionada asocia obtener satisfacción con el hecho de tener hijos, así lo expresa Olivia, quien tiene doctorado y es de nivel socioeconómico medio alto, al contar sobre su vida sexual, narra, “pues la considero básica y necesaria para tener hijos, fue muy monótona en todo sentido. Después, cuando tuve otras parejas me di cuenta de que nunca disfruté algún acto sexual con mi esposo”. Como vemos, en ambos casos, el tener relaciones sexuales con otras personas posteriores a sus maridos, les permitió conocer otro tipo de experiencias mucho más satisfactorias y agradables y sus deseos y necesidades fueron cambiando.

Entre las respuestas que se perfilan sobre una visión medianamente satisfactoria de la vida sexual encontramos la de Teresa, por ejemplo, quien cuenta, “pues sí, la viví bien, satisfactoria” y la de Fabián, quien al hablar de sí mismo la define como “bien” y luego se refiere a su esposa, “me dice que se la pasa bien, eso sí, ahí sí no sé si me eche mentiras o

no, [dice] que bien, se la pasa bien, se siente a gusto". De nueva cuenta aparece la asociación estar a gusto con tener una vida sexual satisfactoria. En el caso de Luisa, ella relaciona satisfacción sexual con fidelidad, narra "fue buena, siempre estuvo ahí, nunca supe nada extra o algo que pues nos distanciáramos". Delia por su parte, agrega un matiz a la respuesta, refiriéndose a la evolución que ha vivido, afirma, "se disfruta, porque hay más espontaneidad, sinceridad y tolerancia".

Como vemos, para la mayoría de las personas de esta generación, a la par que la sexualidad no constituye una dimensión preponderante en la vida de pareja, el sentirse muy satisfechos con ella no forma parte de las expectativas, pues sentirse felices se asocia más a la estabilidad y la convivencia pacífica. No obstante, algunos casos femeninos se distinguen de esto pues expresan con gran intensidad su grado de satisfacción en su vida sexual. Las tres poseen estudios de posgrado y son de nivel socioeconómico medio y medio alto. La primera de ellas es Raquel, quien cuenta,

Sí, claro que sí... yo nunca sufrí de traumas ¿cómo se dicen? sexuales, eróticos... me acuerdo de que alguien cuando me dijo, en pláticas de pareja, alguien dijo que su esposo nunca la había visto desnuda yo casi me caigo de la mesa, bueno de la silla. ¿cómo? ¿cómo que nunca te ha visto desnuda tu esposo? ¿y luego qué? ¿con cortinas o qué? no, dice, siempre a oscuras, mmm... de lo que te has perdido, y entonces no hay, yo le llamo telarañas, no hay telarañas en mi cabeza, que me impidan entender que la sexualidad se goza, es parte de la vida (Raquel, 80ª, NMA, ZMC).

Jimena por su parte lo cuenta como un elemento que la unía fuertemente a su esposo, aún en la etapa en la que ya el resto de las cosas no funcionaban bien entre ellos,

Lo tengo que reconocer, el que no tuviese tabús con respecto a la vida sexual, todo esto, como que eso me ayudó a mí también, pues como a disfrutarla, lo disfrutaba mucho. Es chiapaneco, entonces, bueno, este... Muy rico,

yo me sentí muy bien en esa parte [y aun cuando ya tenían problemas] la calidad de la relación sexual, se mantenía. Yo creo que eso fue... Bueno, es lo que siento, que, en cierta forma, fue lo que prolongó un poco más el vínculo, ¿no? (Jimena, 65ª, NM, ZMG).

Como vemos, tanto Raquel como Jimena hacen alusión a que los tabús o las telarañas respecto a la sexualidad impiden su disfrute, por lo que se sienten afortunadas de haberlos hecho a un lado en su vida. Por otra parte, tenemos el relato de Otilia, quien habla del grado de satisfacción sobre todo en una etapa inicial de su relación de pareja, al referirse a las relaciones sexuales,

¿con él?, ¡buenisísimas! No, no, no, [risas] ¡nosotros las disfrutamos muchísimo! O sea que si ahora nosotros no tenemos relaciones sexuales no hay problema porque, anteriormente todo el tiempo fue muy muy buena la relación sexual. Muy buena, sí. La disfrutamos mucho ambos. [Y al referirse al presente] Así como la llevamos sí. Me siento bien, sí. Me gustaría, sí me gustaría ser más activa, sí. Y, pero no sé cómo, no me he puesto a investigar cómo, ¿no? No sé si cambiando de marido, a lo mejor, ¿verdad? [risas] (Otilia, 65ª, NM, ZMC).

La afirmación que hace Otilia “sí me gustaría ser más activa” así como la broma que agrega al final revela ganas de tener una mayor diversidad y riqueza en su vida sexual que de alguna forma se reprime.

Hay otros relatos que ponen énfasis en la forma en que la sexualidad se desplaza a otro lugar de menor jerarquía entre las cosas que unen a las entrevistadas con sus parejas, tal es el caso de Jimena, al referirse a una pareja posterior a su divorcio, quien no era muy activo sexualmente,

Esto... representaba un reto para mí, el conocer otro tipo de relación con alguien a quien quieres, y yo misma, esto... bueno me decía: hay otras formas de disfrute, y es el momento, ¿no? Sí, sí. Y es el disfrute en todo, porque es desde el encuentro, y si vas a cenar o a hacer cualquier otra cosa. Y eso,

ahora, en mi madurez [risas], este... en la tercera edad, también es muy satisfactorio, ¿no? Yo, de todas formas, pues me sigo poniendo los óvulos, el gel y todo, porque, igual, físicamente, yo me siento mucho mejor, ¿no? Y, bueno, pero tampoco tengo que estar preocupada porque, ay, bueno, lo voy a ver y es un tipo de relación como más natural, también, ¿no? Como más suelta, más relajada (Jimena, 65ª, NM, ZMG).

Como vemos, es claro que lo que narran Otilia y Jimena, revela un esfuerzo por adecuar sus expectativas a formas de relación en las que la vida sexual no es tan activa como desearían. En este sentido, se constata la realización de un trabajo emocional importante para sentirse bien a pesar de no tener lo que quisieran. Esta situación no es extraña para las mujeres de su edad que no aceptan la disminución de la vida sexual como algo normal, pues a nivel social las cosas no son fáciles debido al predominio de un discurso en el que las personas mayores no tendrían por qué desear y tener una vida sexual intensa, y mucho menos si son mujeres.

Otra situación que aparece en algunas narrativas se relaciona con el hecho de que disminuye la vida sexual a causa de los problemas con sus parejas. Es el caso de Mónica, quien refiere el proceso con su marido en el que, por diversos factores, ella fue perdiendo interés,

Siempre fueron muy a gusto las relaciones sexuales. Pero a raíz de esta infidelidad, de situaciones así, para mí, pues ya no es lo mismo. Entonces ya. Y yo con el pretexto de que él también está enfermo, pues yo ya me fui alejando. Desde el punto de vista sexual, no tengo ningún interés, ni quiero hacerlo ni nada. Entonces, creo que a lo mejor los primeros [años], antes de tener a las bebés, sí. Antes de tener a Elda sentía yo más satisfacciones, pero, a la vez, [dubitación] sí, yo quería mucho estar con Horacio y él no tenía tanto tiempo. O sea, por el trabajo y esas cosas así (Mónica, 69ª, NMA, ZMG).

En este caso, la reducción de expectativas obedeció a un trabajo emocional de su parte para conformarse con la situación de desatención de

su marido al cual, de cualquier manera, seguía amando. Un testimonio semejante es el de Lorena, quien a causa de un problema de salud de su esposo cambió por completo su vida sexual con él,

Este a la fecha te quiero decir que no tenemos absolutamente ninguna relación sexual y eso ocurre, qué te diré, desde el 84 que fue el derrame cerebral, y que pasaron estas cosas, hemos de haber tenido relaciones yo creo que me sobran dedos de la mano (Lorena, 72^a, NM, ZMG).

Como vemos, lo que los testimonios nos ofrecen es una diversidad amplia de concepciones sobre la sexualidad, algunas experiencias expresan que tuvo una gran relevancia, mediana o baja, al grado de haber desaparecido la vida sexual con sus parejas. No obstante, en ninguno de los casos, se refiere como una causa para suspender la relación matrimonial, ni aún en las situaciones en que ellos o ellas, desearían tener una mayor intensidad en esa dimensión de sus vidas, lo cual revela que la meta de la preservación del matrimonio es una prioridad más alta que el logro de la satisfacción sexual, por lo que la libertad emocional que pudiera ejercerse en pos de obtener mayor gratificación, encuentra límites muy claros en una regla del sentimiento que dicta que la gratificación sexual se encuentra en una posición de menor jerarquía que otras dimensiones de la vida de pareja como son la comunicación, la compañía y el apoyo mutuo.

Por otra parte, las situaciones que revelan deseos desajustados entre uno y otro miembro de las parejas han exigido, de parte del que desea mayor intensidad en su vida sexual, un trabajo emocional para ajustar sus expectativas a lo que el otro le ofrece, evitando así conflictos mayores o rupturas. De este modo, el sentimiento de deseo se va sustituyendo por otros como la tranquilidad, la estabilidad y la gratificación venida de otros aspectos de la vida conyugal.

En este sentido, se podría pensar en la existencia de una regla del sentimiento que exige la priorización del bien común, esto es, la preservación de la pareja y, por tanto, de la familia, asuntos de mayor jerarquía

que la satisfacción de las necesidades personales, lo cual implica asumir con resignación el déficit de atención, de tiempo y de deseo.

Cabe destacar que en los casos donde se han emprendido relaciones posteriores al matrimonio, la satisfacción obtenida es mayor, cosa que se relaciona con el aprendizaje de nuevas prácticas y del funcionamiento del propio cuerpo. En este sentido se expresa Fernanda, quien narra cómo experimentó su primer orgasmo con una pareja posterior a su marido,

Pues, afortunadamente, gracias a ese muchacho yo pude entender lo que era un buen orgasmo porque con mi marido, por el rechazo, no, no supe lo que era un buen orgasmo. Es más, casi, no sé si tuve orgasmos [dice riendo] por el rechazo. Yo creo que tuve por primera vez a los cincuenta años un orgasmo, que es una grosería decir eso; pero qué bueno que lo menciono porque se nos enseñan muchas cosas, menos a contactar con nosotras mismas. Porque me encontré con una persona muy vivida. Este, eso de muy vivido, ¿qué quiere decir? Hay un chiste que dice: “ay, pero eres una maravilla en la cama, ¿cómo le hiciste para ser tan docto”, y dice, “por supuesto no por correspondencia”. O sea, porque practicó (Fernanda, 75ª, NM, ZMG).

Este relato revela una concepción sobre la sexualidad que admite que aun no siendo joven se está en la capacidad de aprender y que el tener experiencia en este ámbito es un bien que se agradece y no se sanciona moralmente, lo cual revela el valor de tener varias parejas a lo largo de la vida tanto para las mujeres como para los hombres.

Las prácticas sexuales en la vida cotidiana

Dentro de las prácticas sexuales consideraré en principio la iniciativa sexual. En el conjunto de entrevistas fue muy someramente mencionado este tema de forma directa, no obstante, al hablar de otros asuntos, encontré relatos en los que aparece el hecho de haber sido rechazados por sus parejas y la frustración generada por ello, como vimos en el testimonio de Fernanda líneas arriba. Julián reflexionó sobre esto recordando

su juventud, evidenciando el mandato genérico masculino de jugar un rol activo al respecto y el de las mujeres, el ser pasivas, a lo cual se añade una regla del sentimiento en concordancia,

También yo le digo, pues vamos a hacer ahorita, también igual ella no dice nada, entonces como te digo, por ese lado a lo mejor no sé, que ella también haya salido al acuerdo mío, pero por decir así, ella muy, muy rara vez cuando estábamos jóvenes me dijo o me decía que ella tenía unos deseos, pero rara vez, pero nunca. A no ser que yo le dijera, sale, y si no, no (Julián, 73^a, NM, ZMC).

Con relación a la frecuencia con que l@s entrevistad@s tenían o tienen prácticas sexuales con sus parejas, sí se expresó abundante información. Algunas de las respuestas se refieren al presente vivido con su pareja al momento de la entrevista. Por ejemplo, Otilia contesta que tiene prácticas sexuales “una cada dos meses, muy, muy lejos”; Mariana riendo dice, “yo creo que a lo mejor una vez a la semana”; mientras que Delia expresa de forma comparativa, “es más reposada, es más reposada y no necesariamente una tiene que cumplir con nadie, es uno de manera espontánea”.

En el caso de Jimena, ella narra cómo es su relación con su pareja actual, pero haciendo referencia a parejas anteriores con quienes era más intensa su vida sexual, lo cual le ha implicado aprender otras formas de gozo que le han exigido reordenar sus expectativas de pareja, logrando intercambiar unos placeres por otros,

Ahora, con menos intensidad con Carlos. No sé por qué. Es más joven que yo, ¿no? Pero es un súper intelectual, pero que se volcó tanto. Yo pienso que, en cierta forma, [risas] como que él ha venido supliendo, también, el deseo sexual por la realización intelectual, porque tiene una producción de locos, ¿no? Realmente, también, por eso yo procuraba, este... cada oportunidad que había, ¿por qué no hay esto?; y ahora digo: no. Cuando él quiera, pues que él venga y nos instalamos. Pero, de todas formas, esa parte afectiva se

mantiene, ¿no? Muy, muy intenso. Sí, nos vemos y es una delicia encontrarlo, platicar con él, parte como de todo el cortejo, también, y del disfrute, ¿no? cuando vi que no era tan intenso, sexualmente, como las otras parejas que había tenido. Pero es tan intenso como persona y, bueno, yo decía: Yo también tengo que aprender otro estilo de relación, porque, yo me decía: Bueno, es que no es únicamente importante la penetración, sino que entiendo que hay otras formas de disfrutar. Y, ciertamente, yo lo aprendí con él (Jimena, 65^a, NM, ZMG).

Otras respuestas se refieren a la vida pasada, a etapas previas en su relación de pareja, en el caso de Laura, por ejemplo, quien además asume sus necesidades sexuales plenamente, aunque el uso de la expresión “parece que no”, revela la existencia de una regla del sentimiento femenina que señala que probablemente no debería tenerlas,

Pues de principio era, en la semana dos veces, o a veces no se podía, a veces... Yo creo que él quería diario, pero no se podía diario ¿verdad? Pero sí, había frecuentemente encuentros. Y sí llenó una parte de lo que yo necesitaba en la sexualidad porque parece que no, pero es importante el sexo, llena algo de tu vida. Es importante (Laura, 74^a, NB, ZMG).

Por su parte, Mónica ubica esta etapa intensa “yo creo que, a lo mejor después de casada, los dos años que no tuvimos familia”, mientras que Olivia narra, “pues cada fin de semana que él llegaba a la casa de su viaje, pero cada venida de Obispo, es decir, 1 vez cada 4 meses quizás. Esto dependía mucho de la época de nuestro matrimonio, pero eran muy escasas las veces que teníamos intimidad”.

Como vemos, la intensidad de la vida sexual descrita por estas mujeres es baja, lo cual se confirma en otras respuestas que dan cuenta de balances en torno a la trayectoria a lo largo de sus vidas en los que se asocia esta alta frecuencia de las prácticas sexuales con la juventud como un estadio que de forma biológica y “natural” las favorece. Así lo expresa Luisa, por ejemplo, al decir “tenía que ser más”,

Pues sí, al principio, pues sí, obviamente tenía que ser más, más cantidad que con el tiempo, con los años, pues sí ya, por el trabajo, por los hijos que te desvelas, que tienes otras actividades, pues baja un poco. Pero no, pero todo el tiempo, yo pienso que algo normal (Luisa, 73ª, NM, ZMC).

En el caso de Fátima, ella también coincide con esta intensidad propia del inicio de la relación, y su posterior debilitamiento, lo cual se asocia también con resentimiento hacia su pareja,

Uyyy no, como tres, cuatro veces a la semana, muy frecuentemente. Tuvimos mucha actividad sexual, pero esto de que así, de tanto alejamiento, tendrá muy poco, no tiene mucho, como unos cinco años, ajá... así tan pronunciado, ya hasta vacilamos “hay no, hasta telarañas tengo y ja, ja, ja” nos reímos los dos ¿verdad? pero [risas] pero pues no se me antoja a veces, llevo cansada y todavía tengo resentimiento (Fátima, 65ª, NM, ZMC).

Por parte de los hombres, Julián y Sergio hacen referencia también a la edad como un factor que impacta en la disminución del rendimiento sexual como varones, ambos se ubican en el nivel socioeconómico bajo y tienen educación de primaria y secundaria,

Es como te digo, de nuevos es una cosa, entras a una edad, unos 60 años y va diferenciando, por decir así, muy jóvenes, si tú quieres, cuántas veces había oportunidades, lo hacía uno. Si tú quieres diario, diario, de joven. Después, ya el trabajo de campesino, (...) nomás iba en el día uno a trabajar y en la noche ya estaba en su casa, entonces después cuando yo ya me vine acá, cuando yo salía esa era una cosa de diario, de cuando yo salía. Después, como te digo, ya que después de unos 60 años ya fue variando la cosa, de que ya se hacía [cada], pues 2, 3 días que 5 días, que 8 días, hasta 10 días, 15 días y hasta como a la fecha ya cada 20 o al mes, entonces por eso te digo, es eso. Cambia por la edad la capacidad de la humanidad (Julián, 73ª, NM, ZMC).

La última frase del fragmento es especialmente reveladora de un discurso predominante a nivel social que asocia sexo con juventud.

Tres, cuatro veces a la semana, yo creo. Sí, salí flojo. [Y así] un montón de años. Muchos. Mi señora decía que ella ya no iba a servir a los 70. Pues todavía a los 80, todavía. Como decía uno, una vez todavía, ¿verdad? Pero no. Sí, sí se acaba. Yo me acuerdo que ya, ya no. Ya, ya se acabó. Pues ora hay mucho, hay muchas medicinas ya pa' que, pa' que aguanten, ¿verdad? No. Pero así, así, así, no (Sergio, 90^a, NB, ZMG).

El mismo Julián es enfático en sostener que las prácticas sexuales a cierta edad producen efectos nocivos y hasta mortales entre las personas, y que, por esa razón, llegó a un acuerdo con su esposa,

Ella ha comprendido o nos hemos comprendido, no sé, ella también ha visto la vida como es porque nosotros hemos platicado casos sobre de eso de gente ya grande. En mi rancho, dos personas se vinieron, fueron muertos a causa de eso. De excederse ya la edad, en eso, de que ellos hicieron el amor y casi quedaron ahí, les dio una trombosis y murieron a los 2 días, o 3. Y eso es certísimo, entonces ya hemos platicado así con ella, fíjate que eso así, ah, ¿cómo crees? [dice su esposa] no, sí es cierto [dice él], entonces ahí como en esos casos demasiado grandes, el hombre es el que padece. Otro señor quedó ciego a raíz de eso, el agarró una mujer joven y él ya estaba grande y se cegó, sí le dejó una niña, pero quedó ciego. Entonces nosotros hemos platicado así, pero le digo, es que eso es malo, a lo mejor por eso ella me comprende, es que es malo excederse o pues sí, excederse de esto. Le dije, vamos ya ahorita, le dije, a hacerlo cuando ya de veras haga ganas más que nada. Y si no, pues no (Julián, 73^a, NM, ZMC).

Esta perspectiva biologicista que asocia prácticas sexuales con juventud da origen a creencias de tipo fatalista al considerar que el cuerpo viene “programado” con una cierta dosis de energía,

Yo voy a tener, por decir así, mi fin más pronto que ella. Entonces una mujer puede durar, por decir así, hasta 80 años o más, porque el físico en sí funciona por mitad de la fuerza del hombre, entonces el hombre a fuerzas que se va a acabar más pronto, el hombre está programado, pero si está bien puede ahí lo máximo son los 78 años, pero debe de administrarse, y si no, antes (Julián, 73^a, NM, ZMC).

Es claro para estos adultos mayores que la ocurrencia de prácticas sexuales es algo esporádico, si no, completamente ausente, aunque se reconoce que en la juventud éstas eran intensas y frecuentes. Tal visión se encuentra fundada en una concepción evolutiva sobre la vida sexual, que asocia la juventud con la etapa reproductiva lo cual la hace “natural”, mientras que, al dejar de ser capaces de procrear, las personas también, naturalmente, pierden el apetito y la capacidad de tener prácticas sexuales. Esto se confirma en los relatos que asocian la ocurrencia de relaciones sexuales con la condición de enfermedad en que se encuentran algun@s entrevistad@s o sus parejas sexuales. En algunos casos, el que uno de ellos enferme, suspende la vida sexual pero no merma el vínculo entre la pareja, tal es el caso de Mariana, quien cuenta su conversación con su esposo, “Es que tú ya estás enfermo y yo ya no puedo. Yo te quiero como mi esposo, como mi familia, como todo, pero hasta ahí. Yo te voy a servir de aquí pa’ acá nomás, pero ya en la intimidad no porque estás enfermito”.

En el caso de Gilberto, él narra el cambio drástico que sufrió su vida sexual al enfermar,

Pues ahorita ya no es lo mismo, nombre cuando me enfermé, batallé yo. Batallé en el sentido de que estaba yo teniendo relaciones y si me movía o nos cambiábamos que no, podemos cambiar posición o algo y que yo me apoyara en el brazo pa’ moverme y traz, me daban, antes que me pusieran las inyecciones, sentía el piquete aquí o acá, cero (Gilberto, 67^a, NMA, ZMC).

Por lo que respecta a la llegada de la menopausia entre las mujeres, ésta fue mencionada sólo por dos entrevistadas, Otilia y Jimena, este evento resultó ser mucho más relevante entre la generación de adultos medios, como veremos después. Otilia nos cuenta,

Cuando yo empecé la menopausia, yo no tuve ningún síntoma. Nada, nada, nada. Ninguno de esos síntomas que la teoría y muchas mujeres reportan, yo no los tuve. Mi único problema que tuve es un... se le llama en sexualidad deseo hipoactivo, el deseo hipoactivo es cuando se te va el deseo sexual ¿sí? Y no nada más por falta de lubricación, porque bueno, para eso hay métodos ¿no? sino porque el deseo en sí, así como que desapareció ¿no? Entonces cuando hay algún contacto sexual ¿sí?, es porque realmente hay como esa gana y la procuramos y es buena (Otilia, 65ª, NM, ZMC).

En el caso de Jimena, ella cuenta cómo el que aparezcan problemas como la sequedad vaginal, no tienen por qué impactar de forma negativa en la vida sexual,

Porque yo nunca padecí síntomas de menopausia. Tengo una ginecóloga que es excelente, porque, entonces, cuando me empieza a aparecer la sequedad vaginal, pues hablo con ella, me recomienda tanto unos óvulos como una especie de gel, también, a base de células madre. Entonces, tenemos la posibilidad de ponernos esto, el lubricante, entonces, es realmente como dices: no estamos en tal desventaja (Jimena, 65ª, NM, ZMG).

Una vez más Otilia y Jimena mantienen una posición optimista y enfrentan los problemas con una actitud sumamente positiva. Un caso distinto es el narrado por Gilberto respecto de su esposa, pues se ha sentido rechazado por parte de ella y ha terminado por resignarse a esta nueva situación, buscando satisfacer su necesidad sexual con amigas. Como veremos, esto ha exigido un intenso trabajo emocional de su parte para “hacerse el ánimo”.

Mira, en la actualidad, gracias a Dios yo todavía sexualmente estoy bien, ella ya no. ¿Por qué? Porque pues no quiere ya, que porque tiene problemas de lubricación y que ya no lo disfruta, entonces de ser una pareja de tener sexualmente relaciones normal, los últimos 10 años vamos a hablar de tener 8, 10, 12 veces al mes, o de 2 a 3 veces por semana, ahorita a veces cada 15 días, la verdad. Y muy apenas, bueno, como ahora que estuvo enferma, se me hace que nomás una vez lo hicimos, todo diciembre, estaba enferma de la tos y se enfermó de eso, la alivié con las gotas. Y pues ya dice que no, inclusive dije oye, pues hay unas creo hay unas de éstas... [pensativo] unas que te ponen en el hombro que te activan tus hormonas, pa' que tengas buena lubricación, y como se dedica ya a los nietos, (...) pues ya se ve que está cansada y me ve que yo estoy esperándola e inventa no sé qué fregados y se va abajo, anda hasta trapeando a la una de la mañana y yo pues sí, pero me controlo, mañana busco otra por fuera, y es lo que hago la verdad, busco amigas, ¿pa' qué me hago la vida difícil? ¿Pa' qué voy a estar peleando? Total, acepto que ya no lo disfruta igual. Y sin embargo, tiene más detalles cariñosos, pero sin llegar a esa etapa. Antes no. Antes era muy fría, si no la buscaba yo, yo sí la busqué y sí correspondía, pero ahorita la busco y ya me pone peros, pero sí tiene otro tipo de detalles, pero sí pues no, y yo entiendo, bueno, es normal hay mujeres que les llega más pronto esa etapa de no disfrutar el sexo, hay otras que tienen 60 o más y quieren, yo he conocido mujeres que tienen más de 60 años y dicen que no, que ellas todavía no o dirán por hablar, pero pues la mayoría 55 andan todavía, quién sabe. Pero a mí con ella que es con la única de esa edad que tengo contactos de ese tipo me sale con esas cosas y pues sí me, al principio me pegó porque pues era mi mujer, ¿eda? Ahorita ya pues me hice el ánimo (Gilberto, 67^a, NMA, ZMC).

Como vemos, el trabajo emocional es realizado por ambas partes, por Gilberto al aceptar renunciar a tener una vida sexual activa con su esposa, y ella, al sustituir estas prácticas siendo más cariñosa y teniendo detalles con él. Tal esfuerzo tiene como resultado que ninguno plantee la separación, es claro que lo que los mantiene unidos son muchas otras cosas, las cuales incluyen, el que él tenga relaciones extraconyugales con

amigas. Un testimonio distinto es el de Misael, quien considera que los cambios venidos con la edad se viven por ambos miembros de la pareja y “son normales”, por lo que se aceptan con tranquilidad,

Me supongo que todas las parejas hacen algo parecido, no creo que todas puedan mantener el ritmo de la juventud, este, de los veinte años y a los cincuenta y a los sesenta, entonces, empieza uno a, cambios hormonales, cambios físicos a hacer, este, a tener otra dinámica, que no necesariamente son malas, sino que son normales (Misael, 74^a, NM, ZMG).

Un relato especialmente positivo respecto a parejas que enfrentan el reto de continuar una vida sexual activa y satisfactoria a pesar de la enfermedad es, una vez más, Jimena, quien nos relata la experiencia vivida con una de sus parejas quien desarrolló la enfermedad del mal de Parkinson, ella nos narra,

El desempeño sexual se obstaculizó, fue paulatino, él iba siendo muy sincero y como muy consciente del proceso por el que estaba pasando y, entonces, ya me advertía, ¿no? Esto... “Yo creo que tenemos como una o dos horas”, porque, más o menos, dependiendo del medicamento, él decía que quedaba en off, ¿sí? Este... haz de cuenta, como a las 7 de la noche... En off quería decir que ya no controlaba sus movimientos, ¿no? Entonces, se tenía que ir antes. Fue otro aprendizaje interesante, también, porque ya no era posible una relación sexual tradicional, claramente, ¿no? Pero, en ese sentido, digo yo, afortunadamente, yo no he tenido problema, porque sí es alguien al que quiero, que me gusta, con el que has convivido un montón de tiempo, pues las últimas veces era relación oral, ¿no? Y me acuerdo, también, en una ocasión en que (...) nos fuimos a comer y todo esto y, entonces, me dice “Fíjate que, ahora, el medicamento que me dieron, pues como que estimula, también, la sexualidad y...” Entonces, ya tenía cierta rigidez en los movimientos, ¿no? Y, bueno. Llegamos, después de comer, y todo muy rico, a la casita... allá, en mi casita. (...) Sí, sí, sí. Riquísimo, también. Fue sexo oral y demás y, bueno, él estaba, él se sentía como muy orgulloso, también, ¿no?

Este... y yo me sentía muy bien. Muy bien. Entonces, eso han sido aprendizajes y vivencias muy lindas (Jimena, 65ª, NM, ZMG).

Como se observa, hay casos que reportan en un sentido negativo la llegada de la menopausia o del sufrimiento de otras enfermedades, pero hay otros que no les causaron mayores cambios o estos fueron enfrentados de manera proactiva. Llama la atención que de parte de los hombres ninguno reportó problemas de disfunción eréctil, lo cual no me parece que sea imposible, sino que no se expresa por ninguno de los entrevistados, cosa mucho más sencilla en el caso de la menopausia para las mujeres. La razón de esta indecibilidad pudiera estar en la preminencia del mandato genérico masculino que asocia hombría con potencia sexual, y que, a pesar de convertirse en personas mayores, no se abandona. Estaríamos frente a una cierta disonancia discursiva, por una parte, constatamos una gran presencia en los relatos del discurso evolutivo y biologicista que asocia deseo sexual y prácticas frecuentes con la juventud y que decaen con la vejez; mientras que, por otra, no se reconoce ni se expresa que la llegada a esta etapa implique la pérdida de la capacidad de penetración, es decir, la disfunción eréctil que ocurre en una alta proporción de casos⁶⁹.

Un aspecto más sobre el que nuestr@s entrevistad@s narraron giró en torno a haber vivido experiencias en las que se hubieran visto forzad@s a realizar alguna actividad que no fuera de su agrado o habían cedido a realizarla por alguna razón. Luisa respondió que nunca se vio forzada a hacer nada, “no, todo normal”; mientras que Otilia hizo énfasis en que “la relación sexual debe ser consensuada, si no, no es una buena relación. Obligada no”. No obstante, Delia admitió haberse sentido presionada siendo joven, “ya a estas alturas no. Sí hubo momentos, cuando

⁶⁹ Según datos del año 2017, en México “La disfunción eréctil afecta a los varones mayores de 40 años, en un 55% en forma leve, al 35% de manera moderada y al 10% en forma severa”. <https://www.gob.mx/salud/articulos/disfuncion-erectil>, consultada el 10 de mayo de 2022.

estaba más joven, [lo solucionamos] hablándolo”. El caso de Laura es similar al de Delia, quien cuenta, “al principio con él sí, porque yo al principio pos teníamos una relación así de compañeros; fuimos a fiestas, al principio sí, obligada, porque yo decía que no quería esto, pero pues ya se dio. Entonces ya después como que lo pasé por alto, pero ahí estuve mal yo”.

Es claro que, para esta generación, en particular para las mujeres, la idea de resistirse al deseo masculino no fue algo común, los testimonios revelan que en su juventud algunas entrevistadas cedieron y ya habiendo pasado los años, comprendieron que hubieran deseado no querer hacerlo. En este sentido, la idea de defender una postura autónoma respecto de sus cuerpos no fue parte de su cultura, la cual más bien, incentivaba el complacer al marido aún sobre sus deseos y necesidades personales. Esto se confirma al explorar lo narrado respecto del interés diferenciado por género por tener relaciones sexuales. Algunas respuestas denotan una actitud más interesada de parte de los hombres por tener relaciones sexuales, mientras que sus parejas, las mujeres, se imponían el deber para satisfacerlos. En este sentido se constata la existencia de una regla del sentimiento para las mujeres que les demanda priorizar la satisfacción del marido frente al desgano propio y el cansancio, expresada en la frase usada por varias de “cumplirle al marido”. Este es uno de los casos en los que más nítidamente aparece la forma en que el imaginario romántico se expresa en la imposición de mandatos genéricos para ambos sexos. El de ellos de ser activos y tener iniciativa sexual y el de ellas, de aceptarlo aún sin sentir deseo, lo que revela la persistencia del débito conyugal⁷⁰. Así lo expresa con claridad

⁷⁰ Entendemos por débito conyugal la obligación religiosa de esposo y esposa de tener relaciones sexuales a demanda de su pareja. “Este concepto fue inspirado por un texto de la Biblia (Corintios 7:3-4) que dice: ‘Que el esposo rinda el débito a su esposa, y la esposa de igual manera al esposo. La esposa no tiene poder sobre su propio cuerpo, sino su esposo. Y de igual manera el esposo tampoco tiene poder sobre su propio cuerpo, sino su esposa’” (S/A, 2021).

Olivia, “en ocasiones, yo no estaba con tantas ganas de tener relaciones sexuales y como mi esposo quería tenerlas, había que ponerse dispuesta a hacerlo”. Y también Teresa, “pues yo cansada de trabajar tanto y él llegaba, pues tenía que cumplir yo porque era mi esposo, tenía que tener [relaciones], era como muy a huevo porque estaba muy cansada” (Teresa, 78^a, NB, ZMC).

En algunos relatos masculinos se expresa, en contraste, una actitud comprensiva ante la negativa de sus mujeres, la cual se logra mediante la comunicación entre la pareja, así lo narran Gilberto y Sergio,

No, bueno, de ahora que platicamos que le bajara [ríe] Pues sí. Yo entendí, dije bueno, pues cuando quiera bueno y cuando no, antes sí me enojaba, porque no había me molestaba porque ponía pretextos, lo asimilé, dije bueno (Gilberto, 67^a, NMA, ZMC).

Bueno sí, pues cuando ella no quería, no tenía problema. Ah, ¿no quieres? [desenfado]. Me acuesto. No, pues sí. No, no, problema no. Porque, pues ahí tenía todos los hijos acostados. Problemas de nada, no (Sergio, 90^a, NB, ZMG).

En otros casos, se destaca el que ambos miembros de la pareja no tienen un interés excepcional por el sexo, pues se asumen como parejas “tradicionales”, así lo afirma Misael, “somos una pareja muy tradicional en ese sentido”; y también Fabián, “como se dice, somos a la antigüita. Pues no nos ha gustado experimentar cosas que no van”.

Un relato interesante es el de Eunice, de nivel socioeconómico bajo e instrucción de nivel secundaria, en su caso, el tener acceso al discurso religioso venido de un sacerdote, el cual era narrado por una señora a quien ella escuchaba, le permitió ver con claridad cuáles eran los límites de lo aceptable y en cierto sentido empoderarse para negarse ante la insistencia de su marido,

Que les decía el padre: “No permitan, este, las posiciones que... No. Las tienen que respetar como sus esposas, como debe de ser. Y si lo permiten...”

pos antes era temible, el infierno. “...Ya saben, tú y tu pareja porque lo estás permitiendo”. Bueno, platicaba tanto esa señora que yo me embebecé. Y ¿cuál era la otra... “Y jamás le den la espalda. Eso es pecado”. Ey. Y, este, no, no, no. Era un... ¿cómo te dijera? Sabiduría todo eso. No, pos, ya con esa doctrina ya me defendía de ese. No, no, no, no. Aquí no hay ni perros, ni gatitos, aquí somos dos, una pareja cristiana. Y ya. Hasta eso que no fue: “¡Ah!”. ¿Cómo te dijera? Pues hay gente así que le vale madre y casi las desbarata con los que ellos quieren. No, no. Y eso (Eunice, 82^a, NB, ZMG).

Es interesante que hay varias formas de resolución de la diferencia respecto al nivel de deseo entre los miembros de las parejas y todas ellas revelan valores que para esta generación son compartidos, tal es el caso que mencioné antes de ceder ante el deseo del marido por parte de ellas; el asumirse ambos como personas tranquilas y tradicionales; y la actitud pacífica de parte de los hombres ante la negativa de las mujeres para tener sexo. Al parecer, existe un ideal de armonía y paz al interior de la vida matrimonial que se encuentra por encima de las diferencias de los deseos sexuales de cada uno.

Los amigos y enemigos de la vida sexual

En esta sección trataré los elementos que dentro de las parejas han influido en que su vida sexual se desarrolle de forma placentera y desprejuiciada, así como otros que expresan dificultades de diverso tipo y que impidieron el desarrollo de una vida sexual satisfactoria. Cabe mencionar que dentro del primer conjunto aparecieron testimonios que hacen alusión al cambio generacional vivido en la época de su juventud que en muchos casos fue una verdadera ruptura respecto a la generación precedente. Es importante señalar que todos ellos fueron expresados por mujeres, cosa que llama la atención pues no hubo ninguna pregunta explícita sobre este cambio cultural amplio dentro del guion de nuestra entrevista. Es posible que esto haya sucedido porque tales transformaciones impactaron su manera de entender su vida de pareja, su relación de género frente al marido y su vida sexual, esos sí, centrales en la con-

versación con ellas. En este sentido, el que no aparecieran alusiones al período histórico que les tocó vivir de parte de los varones, podría obedecer, no sólo al que el tema no se tratara en la entrevista, sino a que, en su experiencia, no se relacionara con su vida sexual.

Tales testimonios son de una gran riqueza y hablan no sólo a nivel individual, sino en enunciaciones que se posicionan desde una noción de colectividad, hablan “a nombre” de una generación que experimentó debates y posicionamientos frente a la generación anterior. No en balde se le ha denominado a este grupo etario la *generación del cambio*. Dichas transformaciones fueron posibilitadas, a nivel simbólico, por lo que mencioné ya en el capítulo anterior, la revolución cultural y sexual de los años sesenta, cuyo epicentro fueron los Estados Unidos y Francia y que poco a poco fue trasminando al resto de países en Occidente. La divulgación de discursos alternativos a lo convencional como el feminismo, las discusiones en torno al divorcio, el derecho al aborto y el cuestionamiento de que el matrimonio monógamo fuera el modelo único a seguir, comenzaron a circular en nuestro país, sobre todo entre los sectores medios que tenían acceso a educación superior.

Una forma de acceso a tales discursos alternativos lo constituyó justamente la educación escolarizada en la cual las mujeres comenzaron a formarse cada vez más a partir de los años cincuenta y sesenta. Llegar ahí no sólo les permitía obtener un grado de licenciatura o mayor, sino que las ponía en contacto con expresiones culturales de diversos tipos. Así lo narra Jimena, al referirse a su paso por la Universidad en la Ciudad de México y en Monterrey, y Mónica, quien estudió en la Universidad de Guadalajara. Cuenta Jimena,

Participaba pues en una serie de eventos como muy interesantes, que era la música de protesta, los conciertos masivos que eran así de ¡ah!, eran una delicia, en la Universidad y todo esto. La música, el cine de vanguardia y demás. [Y al referirse a los compañeros] eran, también, exiliados, te digo; esto... jóvenes, ¿sí? Más o menos, eran de la edad de mi exmarido; inteli-

gentes, guapos, este... eran proactivos. Y, además, eran unos rebeldes de primera, ¿no? (Jimena, 65^a, NM, ZMG).

Mientras que Mónica lo relaciona directamente con el origen de su actitud ante el matrimonio y la pareja,

Fui parte de las ideas, aunque yo no podía realizarlas, pero escuchaba. Escuchar. Tenías toda la [información], todo el kit, canciones, la música giraba en torno a eso, a la liberación femenina. Entonces me nutrí de esas ideas de los setenta. Pues sí, yo pienso que eso es. No lo había reconocido así, pero eso es, desde ese tiempo. En ese tiempo me formé con esas ideas. Entonces yo creo que eso influye en mi matrimonio también, yo no quiero nunca depender de nadie. Ni que influyan en mis decisiones tampoco, otra persona, la verdad. Siempre, pues lo que he planeado, pues lo he realizado y se lo comento y lo hago. Antes de pedirle, si le interesa o si le gusta, también eso (Mónica, 69^a, NMA, ZMG).

En particular, estas influencias también definieron su visión sobre lo amoroso en vinculación con su filiación política,

Yo lo tomaba como cursi, las novelas de amor, las películas. Yo, de mi generación digo, ay, ve nomás qué cursi. Ay, qué feo, qué mal gusto, ¿verdad? No, hay que ver Bergman, ¿verdad? Ese sí te plantea situaciones fuertes de la vida que te sacuden, que te llegan, lo demás es superficial, ¿verdad? O sea, todo eso yo así lo considero, todas las cartitas, lo considero como superficial. En cambio, entender a la persona como lo plantea Bergman, persona, ¿verdad? Así, las emociones fuertes y todo, este, me gustan más. [Y respecto a su marido agrega] Pero sí coincidimos en muchas cosas, te digo, en cine, películas, opiniones. Sí. Pues somos de izquierda los dos, entonces en eso, yo digo, estamos muy entendidos (Mónica, 69^a, NMA, ZMG).

La influencia del feminismo, así como del discurso de los derechos humanos se ve también de forma clara en los relatos de la misma Mónica

nica, “ahí se empezó a gestar toda la liberación femenina, en mi época, ¿verdad? Después del 68”; y también en los de Otilia y Fátima, ambas con formación y desarrollo profesional en estos campos. Otilia cuenta,

Abrimos allá un centro también de apoyo a la mujer maltratada, y había que dar terapia, entonces lo que hicimos que varias compañeras nos formamos en institutos privados para ser terapeutas, hasta que un día el director del Instituto Gestalt, en México, me dijo que por qué no terminaba yo una especialidad, y terminé una carrera, digamos, de cuatro años y medio que me eché ahí que se llama Psicoterapia Gestalt Humanista. [Después] en la Sociedad Mexicana de Sexología, y tengo mi carta de pasante como Sexóloga (Otilia, 65ª, NM, ZMC).

Mientras que Fátima ha llevado también esto a un plano de intervención en el mundo de lo político,

Yo soy abogada litigante, ¿no? y me dedico principalmente a eso, a litigar asuntos de derechos humanos de mujeres que no tienen muchas posibilidades económicas. Me dedico a veces a ser asesora de instituciones para reformar la ley, la ley que se refiere a los derechos humanos de las mujeres, soy representante, como solicitante de la alerta de género para Colima, soy representante coordinadora a nivel nacional, de 13 entidades federativas, solicitamos la alerta de género y también estoy en una red nacional por los derechos políticos electorales de las mujeres (Fátima, 65ª, NM, ZMC).

Otra influencia fundamental para esta generación fueron los padres y madres que tuvieron. Esta influencia ocurrió en algunos casos como un debate frente a un adversario ante el cual posicionarse desde una postura distinta en términos morales, religiosos o políticos; pero en otros, como un apoyo para enfrentar contextos conservadores como el de Colima, mencionado por Raquel, quien cuenta,

Nunca se me va a olvidar que me dijo mi padre, si un día, las hormonas, funcionan como deben funcionar, estás muy joven hija, ten un amante si quieres, nada más no lo tengas en tu pueblo, donde nadie te conozca, dice razón tu papá, hay que guardar la imagen... Entonces con esto te doy una idea de cómo pensaban mis padres, no eran gentes, era un choque cultural en Colima al principio, porque yo veía muy conservadora a la gente de Colima, comparado con la apertura de pensamiento de mis padres, que sí estaban casados y todo perfectamente, todo normal dijéramos ante los ojos de Colima, pero con una mirada mucho más amplia, sin estar pensando mal de una persona por qué haces esto, no limitaban (Raquel, 80ª, NMA, ZMC).

Aquí, resulta de lo más interesante constatar que aún entre la generación anterior, hubo casos de personas mucho más liberales que parecen no corresponder al contexto cultural en el que se encontraban. En el caso de Mónica, la alusión a su familia de origen se vincula con su necesidad de trabajar para apoyarla económicamente, lo cual la limitaba para llevar a la práctica las ideas que volvían deseable tener mayor autonomía e independencia, nos narra,

Me casé en el 74. Entonces en los setenta, claro que eran los hippies y estaba la onda así, que te vas a vivir y qué, y todo eso. Sí estaba de moda, pero de moda para ciertas personas. Como mis hijas se ríen, dicen, “no es cierto, mamá”, dicen. Este, les digo yo, “mamá, tú eras hippie” ¿Cómo crees que era hippie?, le dije yo. Claro que me hubiera gustado ser hippie, pero yo tenía que mantener a mi familia, yo tenía que trabajar. Sí, le dije, yo tenía que aportar a mi casa, con mi mamá cuando vivíamos, todos dábamos la mitad de nuestro salario para pagar la renta. Éramos siete, pero los siete dábamos la mitad de nuestro salario. Así ganáramos veinte pesos en lo que trabajáramos, dábamos. Yo, pues claro que crecí con las ideas de los hippies, ¿verdad? De la libertad, de que tú tienes que decidir, de la autonomía (Mónica, 69ª, NMA, ZMG).

En el caso de Jimena, sus padres eran muy religiosos y conservadores,

Todavía soy la oveja negra, porque es toda esta mentalidad conservadora, ¿no? Que si no eres religioso, pues eres malo [risas]. Entonces, esa fue una primera ruptura importante y, bueno, y la satisfacción de seguir con el proyecto universitario y todo esto. Me tocaron muchas rupturas, muchos cambios, ¿no? También generacionales, ¿no? Por eso, a mí me fascina conocer qué está sucediendo con las otras generaciones, ¿no? Y ya, esta... pues esta espontaneidad que tienen, y las nuevas formas de relación, también, ¿no? Me parece maravilloso (Jimena, 65^a, NM, ZMG).

Como vemos, las diferencias entre la generación precedente y la de nuestras entrevistadas pudieron haber sido todas muy profundas, sin embargo, observamos algunos casos de familias liberales en las que el tránsito fue mucho más gradual y progresivo, lo cual les facilitó el camino para el planteamiento de sus propias vidas en estos mismos contextos conservadores de Colima y Guadalajara.

Un elemento fundamental en todo este proceso, como he mencionado antes, fue el papel que la religión jugaba en esa época en estas dos ciudades catalogadas como de gran ascendencia católica, la cual era aún muy poderosa en cuanto a la vida sexual se refiere. Resultó sumamente interesante encontrar en algunos de los relatos de las entrevistadas un posicionamiento sumamente crítico frente a esto. Tal es el caso de Lorena, quien dice, “prácticamente desde que nos casamos, ninguna religión”; y de Mónica, quien cuenta, “no voy a misa. De rezar, pues no rezamos en casa, la actitud de ser buenas personas en la vida simplemente, ¿verdad? Sin la religión”.

Otros relatos se refieren en concreto a cuestiones sexuales, tal es el caso de Fernanda, quien se refiere a las posturas anquilosadas de la Iglesia frente al orgasmo y la masturbación, asuntos de los que casi nada se mencionó en las entrevistas,

Por ejemplo, la satanización que hace el catolicismo a la masturbación y a todo lo que tiene que ver con sexualidad, es el defecto más grande que le encuentro a mi religión. Se encuentra a Dios observando una flor, se encuen-

tra a Dios observando a la criatura más sutil, y se encuentra a Dios a través del sexo [pausa un momento] porque el orgasmo es: a *touch of honey*, una entrada a otra dimensión momentánea; pero es tan obvio que, entras a una dimensión y regresas así a un abismo que... ¿Por qué?... Por ejemplo, a la hora que satanizan la masturbación, yo digo que más bien que deberían de equilibrarla. ¿Por qué equilibrar? A ver, conoce tu cuerpo, pero no abuses de él porque vas a dejar de desear al sexo opuesto, o igual que si comes y estás come y come, pues el hambre se te va a quitar y te vas a poner hecha una bola. Igual, cuando te estás masturbando todo el día. ¿Verdad? Entonces, el prohibirlo implica que, te casas y no sepas lo que es un orgasmo, o ni siquiera sepas lo que es el clítoris, ¡no sabes nada! (Fernanda, 75ª, NM, ZMG).

Un elemento definitorio del cambio de época relacionado con lo anterior fue la circulación y venta de pastillas anticonceptivas en México, lo cual ocurrió en la década de los sesenta. El acceder a su utilización fue un evento fundamental en los procesos de autonomía de las mujeres y en su capacidad para decidir el espaciamiento entre sus hijos o suspender su vida reproductiva. En el testimonio de Raquel nos damos cuenta de que este no fue proceso sencillo, ella cuenta,

No había píldoras, pero luego, luego, busqué, vamos a decir, uno de mis cuñados me consiguió la píldora anticonceptiva para separar, ahora, el quinto nació por error de píldora, y falló la píldora en varias mujeres en esos días, no fue que no la tomamos adecuadamente, sino que, ahí algo falló, varias mujeres de la familia, o sea, ese lote venía mal, pero no, no tenía por qué afectar (Raquel, 80ª, NMA, ZMC).

En el de Lilia, expresa el peso que la institución católica tenía para impedir su uso entre las mujeres prohibiéndolas, lo cual generó que ella abandonara sus creencias religiosas poniendo en tensión su círculo social,

Cuando nació Mirna, dije: ¡Me vuelvo loca o tomo pastillas! Allí fue donde dejé la religión, porque coincidió... Yo empecé a tomar las pastillas, y tenía

Mirna como año y medio cuando surgió la encíclica *Humane Vitae*, de Pablo VI. Entonces, yo leí y dije: No, no, no, no, no. Yo no estoy de acuerdo. Entonces, me decían mis amigas “Te llevamos con un padre a que te dé permiso”. No, es que yo no tengo por qué tener permiso. Es una decisión mía y de mi marido. Si era yo, ¡religiosísima! Lo que pasa es que, las cosas que dudaba [de la religión] las dejaba, yo, a un lado. Como quien dice, las dejabas en la alacena cerrada, hasta que llegó la pastilla. Entonces, cuando llegó la pastilla, dije: Pues me quedé fuera. Me salí. Era un momento rigidísimo en Guadalajara, que su amiga no es católica y no lo dice y lo esconde. No, yo dije: Se lo cuento. La que me quiera aceptar, me acepta (Lilia, 80ª, NMA, ZMG).

Cabe destacar que dentro de esta generación de adultos mayores Otilia mencionó uno de los temas menos tratados para las tres generaciones que entrevistamos, me refiero al uso de juguetes sexuales. Al preguntarle acerca de si había utilizado alguno con su pareja, respondió, “sí unos anillos, este... qué más, nada más creo”⁷¹. No es de sorprender que sea quien tiene formación como sexóloga y se perfile en varias de sus opiniones como una persona liberal en estos temas.

Un elemento más que apareció en una de las entrevistas se refiere a la idea de Lilia de intentar hacer realidad una fantasía sexual con su esposo. Ella nos cuenta,

Hay una anécdota que fue divertidísima. Se la he contado a media humanidad porque estuvo genial. En uno de nuestros aniversarios, este... mis hijos, fuera. Pues cumplíamos... no sé cuántos años. Veintitantos años de casados. Lo que sea. Ya estábamos en esta casa. Entonces, planeé, este... Tenía, yo... ¿Cómo se llama? El jacuzzi, que nunca lo usé, porque es un desperdicio de agua, una loquera, pero esa noche, dije, yo: Bueno, es una noche especial. Tenía sobrecitos de burbujas, pero como yo no tenía expe-

⁷¹ La venta de juguetes sexuales en nuestro país comenzó a ser más común conforme el proceso de globalización ha avanzado, por eso no es raro que no formara parte de las prácticas comunes para esta generación.

riencia [no sabía cuántos usar] Tenía, yo, el vino, el quesito comprado, las trufas que nos enloquecen... Bueno... Todos los hijos, fuera; eran las seis de la tarde... Bueno, todo perfecto. Pongo los sobrecitos y abro las llaves del jacuzzi. No me lo vas a creer, porque eso lo he visto en películas, pero yo siempre pensé que, de alguna manera, era una broma. Abro los sobrecitos, meto seis o siete sobrecitos al jacuzzi, era un jacuzzi grande, y empieza a salir espuma. Mientras me fui abajo a traer el vino con el hielo, con las copas, con esto y lo otro, cuando subo, abro la... Ah, para esto, ya, ¿verdad? Con el negligesito⁷² y todo, abro la puerta del baño y salen las burbujas al cuarto. Como película de broma. Entonces, salen las burbujas al cuarto. Yo: ¡Manito, Manito! Porque le digo ‘Manito’ desde siempre. ¡Manito, Manito! ¡Ven a ver lo que pasó! José, horrorizado. “¿Qué hacemos?!”. Haces así las burbujas, y no se acaban. ¡No se acaban! Entonces, hacíamos así, a limpiar las burbujas y cerrar las llaves y agarrar toallas. Y, bueno, terminamos llorando de risa, sudando. Esa noche de sexo en la tina con la burbuja, con el champán, no, no. Claro, al rato, todo sucedió, ¿verdad? Pero, en ese momento no (Lilia, 80ª, NMA, ZMG).

Cabe destacar que ella fue la única en narrar un hecho de este tipo, lo cual habla de una cierta actitud ante el sexo de esta generación que podríamos calificar de formal, no muy relacionada con lo lúdico y, por tanto, en la que no eran comunes los juegos sexuales; o de nueva cuenta estamos frente a una situación que se explica por el silencio impuesto a lo relativo a la vida sexual o al olvido de parte de los entrevistados dado el tiempo pasado desde su juventud.

Por lo que se refiere a los enemigos de la vida sexual, comenzaré por describir la importancia que revela el hecho de que las parejas tuvieran un espacio privado, una recámara para ellos solos; o no compartieran la misma casa. Los casos que refieren este problema corresponden todos al

⁷² Diminutivo de negligé, prenda normalmente de color negro, transparente y sugerente sexualmente.

nivel socioeconómico bajo lo cual expresa condiciones de habitabilidad precarias.

En el relato de Laura, esto afectaba de forma directa la calidad de la propia relación sexual,

No, pues como que nos entendíamos bien. O sea, sí nos entendíamos. Acá lo difícil era que, que no teníamos un, cómo te diré, no vivíamos juntos, pero buscábamos la ocasión y se daban bien las cosas. [Ella quería] más juego, más, más, a lo mejor una plática, una caricia, un algo, y él como que no. A lo mejor se daba porque no teníamos un lugar específico ¿verdad?, donde hacer las cosas. Porque yo mi casa, eran de mis hijos, entonces había eso, había ese impedimento (Laura, 74ª, NB, ZMG).

En el caso de Mariana, el problema era la falta de privacidad,

Pues fue una cosa que no fue mucho, la intimidad no porque pos éramos un montón [dice riendo]. Y aquí era mi recámara, acá los muchachos y allá la cocinita, porque no era muy grande la casa. Y siempre teníamos visita de sus sobrinos, siempre eso. Pero nunca llegamos a una cosa así de, de así muy, muy aparte, no. No, nunca. Pues no teníamos nada de intimidad de nada, pues, o sea que era normal (Mariana, 78ª, NB, ZMG).

Un segundo factor que obstaculiza la sexualidad es el estrés y cansancio con que se llega a la noche y a la situación de estar juntos. Este elemento aparece en todos los niveles socioeconómicos y es expresado sobre todo por las mujeres, aunque en sus relatos también incluyen el estado de ánimo de sus maridos. Este factor se relaciona con otros que también dificultan el entendimiento, en el caso de Teresa, su trabajo, el que su marido tomara alcohol, y el cuidado de los hijos,

Pues yo digo que por tomador que era y luego pues yo cansada de trabajar tanto y él llegaba, pues tenía que cumplir yo porque era mi esposo, tenía que tener [relaciones], era como muy a huevo porque estaba muy cansada,

yo pasé mucho trabajando, estaba muy trabajada y con el niño chiquito, se me juntaron los tres chiquitos, se llevan un año y este, dando chichi y todo, fue muy [pesado], ahorita soy feliz [risas] (Teresa, 78^a, NB, ZMC).

Como se observa nuevamente, la idea del débito conyugal no era extraña dentro de las relaciones de pareja de esta generación⁷³. Otilia por su parte, hace énfasis en el efecto que el cansancio tiene sobre el desempeño sexual y la preocupación por los hijos aun siendo ya grandes y que producen que se “desconecte”,

Cuando ya empezamos una relación sexual, el contacto, el jugueteo, y todo eso, de repente él como que se medio ataranta un poco, se medio aplatana el asunto ¿no?, y entonces le digo “no bueno, pues no sé qué”, “ay bueno, pues es que...” [dice él], “o ¿no tienes ganas?” [dice ella], o... “no pues sí, pero...” [dice él], “pero ¿qué?”, ¿no? Digo, también la edad influye mucho ¿no?, la energía es otra, los dos traemos un ritmo de trabajo acelerado ¿no?, entonces cuando llegamos a tener una relación sexual es porque estamos descansados, dormimos bastante bien los dos, y está como la disposición mutua, ¿no? Porque si no, pues no resulta. Porque de repente, aunque estés concentrado me brincan a mí por ejemplo algún pendiente, ¿no? Y ahí es donde me desconecto, y a él también le pasa. Pero generalmente es por eso, o alguna situación no resuelta, o algún pendiente que trae por ahí, algo con los hijos, ¿no?, están en la edad en donde los hijos llegan a las dos, tres de la mañana, entonces, así como estás, pues no puedes estar a gusto ¿no?, si el hijo no ha llegado o la hija, y no está en su cama dormidita ¿verdad? O sea, por situaciones de esas que son propias del contexto ¿no?, más bien del rol de padres (Otilia, 65^a, NM, ZMC).

El mismo asunto del exceso de trabajo es mencionado por Lorena respecto a su esposo, “son los años en los que él trabajaba muchísimo,

⁷³ La vigencia de esta práctica en México también es constatada por Ana Amuchástegui y Marta Rivas (2004).

de manera que no había mucha oportunidad para, para que estuviéramos con el ánimo de relaciones”; muy similar al caso de Mónica, quien cuenta, “sí, yo quería mucho estar con Horacio y él no tenía tanto tiempo. O sea, por el trabajo y esas cosas así”. Por su parte, para Raquel, este cansancio es comprensible y no impide que se esté unido emocionalmente a la pareja,

Obviamente, el hecho de que no se quiera tener una relación sexual, no tiene por qué afectar en lo más mínimo... incluso puedes acurrucarte junto a la persona y no tiene por qué haber una relación sexual, simplemente el cariño, sin más allá de una caricia, entonces te digo, uno aprende que puede haber simplemente eso o si uno lo siente, no hay problema... entonces sí a veces yo estoy cansada, y lo único que quiero es que me estés haciendo pío-jito o viceversa (Raquel, 80^a, NMA, ZMC).

Estos testimonios revelan que cuestiones estructurales determinan la calidad de la vida sexual de las parejas y en general, del tiempo disponible para construir intimidad entre ellas. La posibilidad económica de tener una casa propia, así como el exceso de trabajo mencionado en las vidas de los hombres, sobre todo, da cuenta de contextos de precariedad y de una diferenciación genérica de los roles al interior de la pareja, sobre todo en la etapa de construcción de la familia, en la que las mujeres a su vez estaban concentradas en las labores reproductivas y de cuidado de los hijos que las tenían también agotadas. El modelo ideal de familia heredado de la época anterior seguía siendo hegemónico y los costos que implicaba para ambos sexos el seguir sin cuestionamiento los mandatos genéricos, se revelan nítidamente en los relatos.

Un efecto de las dificultades experimentadas entre los miembros de las parejas y que colabora en el aletargamiento de la vida sexual es el descenso de la libido. Tal es el caso de Fátima, quien cuenta respecto a la frecuencia de sus relaciones,

Pues muy de vez en cuando y porque... sí quiero. Y a veces pasan meses y no quiero. [Y su marido] Pues se aguanta, yo creo. Y supuestamente estamos bien, yo estoy bien así, así como que a mí la libido me la bajó, no es que no quiera tener sexo por desquitarme, no... si no que, no siento la necesidad, y cuando la siento bueno, le doy. ¡Le doy oportunidad! [risas] (Fátima, 65^a, NM, ZMC).

Al preguntarle cuál es la situación más difícil que ha vivido con su pareja, apareció la causa de esa baja de interés en la sexualidad, “pues eso... eso, que no hubo una atención y luego lo quiso superar con cuestión económica”; una vez más aparece el rol masculino de proveeduría económica el cual no se acompaña de atención afectiva lo cual produce el desinterés sexual de la esposa.

Este tema de la falta de atención de parte de los maridos apareció en otros testimonios de entrevistadas de formas más profundas, al grado que llegaron a constituirse en formas de violencia ejercidas a lo largo del tiempo que generaron marcas de dolor, soledad y resentimiento. Tal fue el caso de Fernanda,

Te lo voy a decir tal cual, él era un muchacho que tenía mucho rechazo físico hacia mi persona, no había química. Si no están resueltas las tres áreas, no se deben de casar las gentes porque yo puedo decir que eres muy buena, pero si tus olores, tus sabores no me son agradables, de alguna manera te voy a rechazar. Entonces hubo mucho rechazo en esa área, y por lo tanto, esa fue la causa de la separación. Hablando de sexualidad, pues tampoco, yo no había tenido buena sexualidad con el rechazo de mi marido; y yo era una muchacha pues muy bonita, y ni sabía que estaba bonita; de tanto rechazo yo creía que era un sapo, y este, y ya vez el príncipe y el sapo. Y entonces ahora, con una persona ya muy grande pues también la sexualidad era muy precaria. Yo empecé a vivir la soledad en pareja, ¡que es terrible!, porque si eres solo ya sabes de qué tamaño es tu cama, pero si estás solo en pareja, es como rechazo. Entonces, eso fue lo que hizo que la relación se hiciera triste. No porque quisiera que fuera, este, Walt Disney, no, pero me negaba cosas

muy importantes. Entonces, yo no tenía, me había marchitado las ganas, me quitaba las ganas su manera de ser. Y eso marchitó la relación hasta cero. [Y agrega] Vio mis lágrimas, mi buscar... ¡Ah!, porque con él fui a todas las terapias para que... Mi hermano era psicólogo, para que despertara su apetito sexual hacia mí o qué pasaba. Todo tipo de terapias, este, ejercicios espirituales todo. Pero él, lo que no le perdono, y se me hace monstruoso, es que conscientemente no, no, él no tenía intención de entregarse, ni nada, [y agrega] no pues, primero yo descubrí mi anorgasmia porque yo no sabía ni siquiera que era un orgasmo (Fernanda, 75^a, NM, ZMG).

Este relato es especialmente poderoso al mostrar la conjunción de varios sentimientos y emociones dolorosas que se sintetizan en la frase de ver “marchitarse las ganas”. Fernanda experimentó un rechazo constante que la hizo sentirse fea como “un sapo”, que la hizo vivir la soledad dentro de la pareja, la tristeza, las lágrimas y aun así se esforzaba por remediar una situación que su esposo, por su parte, no intentaba hacerlo. Otro caso es el de Fátima, cuyo marido padecía eyaculación precoz y eso generó el distanciamiento,

Él empezó a distanciarse sexualmente de mí y yo lo buscaba mucho, no creo que haya sido porque andaba con ella, si no, son sus ideas, es de ideas, como dicen aquí. Él pensaba que, si teníamos más espaciado el sexo, él iba a durar más tiempo ¿no? O sea que, si la mayoría de los hombres a los 60 años dejaban de funcionar normalmente, él iba a durar más tiempo si se tardaba más y entonces eso me dolió, eso sí me dolió mucho, que no me aceptara y entonces yo me empecé a alejar y alejar y alejar y alejar y hasta la fecha. Como que a mí me quedó ese resentimiento, porque sí es resentimiento (Fátima, 65^a, NM, ZMC).

Lo mismo le ocurrió a Laura,

No, fíjate que a veces yo le decía a él que a mí me gustaba que él durara más y pos él no. Entonces ahí había como que... Él me decía: “¿Pues cómo

le hago? Si no sé, no puedo”. Y hubo esa cosa, decía: “No, pues yo quisiera que duraras más”, no pues él rápido hacía las cosas y yo no quería eso. Como que quería más, como que hubiera más caricias, más esto, más lo otro (Laura, 74^a, NB, ZMG).

Tanto para Fátima como para Laura, la insatisfacción sexual fue cotidiana y eso les ha generado resentimiento, dolor y frustración. En el caso de Lorena, estos mismos sentimientos se generaron a causa del distanciamiento que ocurrió por una relación adicional que tenía su marido,

Ese es un gran resentimiento que tengo yo con él y que sí le he dicho, yo sufrí violencia sexual o emocional no sé cómo se llame, cuando él tenía relaciones con la otra, me rechazaba y yo todavía lo buscaba, yo pretendía rescatar la vida sexual después de los hijos y él no quiso, entonces yo, yo todavía vivo ese resentimiento, y pues qué me va a decir, “no sé qué, no es hora para resolver esto” no, no es hora de que resuelvas nada ya, le digo, si yo tengo ese sentimiento, pues prefirió otra cosa (Lorena, 72^a, NM, ZMG).

Otras formas de desatención fueron narradas por Mónica, las cuales las experimentó en un sentido más amplio, no solo en el ámbito sexual,

Pues a lo mejor siempre fue y yo soy, yo era la que me gustaba él, ¿verdad? Yo digo, bueno, él me gustaba, me atraía físicamente y también intelectualmente. Todo el tiempo estoy, digo, sí me atraía mucho en ese sentido, ¿verdad? Yo me la pasaba muy bien con él y disfrutábamos muchas cosas, ¿verdad? Pero, entonces yo lo veo o a lo mejor yo, o posiblemente yo soy muy egoísta, que digo no, no me atiende mucho y nomás quiero que me atienda, ¿verdad? Y que [titubeó], que valore lo que yo hago, ¿verdad? Que posiblemente, digo, yo creo que sí me quiere, sí valora, pero no lo demuestra mucho. O sea, yo, en el fondo, pues reconoce mucho, pero no lo demuestra ni lo dice (Mónica, 69^a, NMA, ZMG).

Como vemos, la problemática al interior de las relaciones matrimoniales es muy frecuente en los relatos y condensa una serie de situaciones de distinta índole. Por una parte, dificultades masculinas en el rendimiento sexual, las cuales no era fácil aceptar, asumir y tratar por parte de ellos ni de reconocer por parte de ellas; por otra, distanciamiento y rechazo hacia las mujeres que fue experimentado en formas pasivas de sufrimiento largamente soportadas en aras de no llevar los problemas a escalas mayores que pusieran en entredicho la persistencia de la pareja; y un aspecto más, actitudes de indiferencia y desvalorización frente a las actividades femeninas que revelan la preponderancia del varón en relaciones de desigualdad genérica, característica clave de la sociedad patriarcal. Todos estos elementos se encuentran comprendidos en el reverso del modelo de familia ideal de los cincuenta, es decir, constituyen el lado opuesto de la moneda de la imagen idílica de la complementariedad entre los sexos y la distinción en la educación emocional que conlleva y que les limita para comprenderse mutuamente, así como para comunicarse entre sí sus vulnerabilidades y necesidades íntimas.

Un relato en el que tales circunstancias se expresan de forma radical es el de Leonor, quien fue violada por su pareja y aun así vivió años con él y tuvo hijas,

Pues me agarró a la fuerza, este digamos en el rancho, como te digo que mis padres se iban a cuidar la herramienta del canal cuando lo estaban haciendo, y se iban de veladores a cuidarlo y mi mamá se iba con él, y pues la casa sin puerta, sin cerca alrededor ni nada, ahí nomás como una casa de campaña, entras por donde quiera, y pues así, no tenía seguridad la casa, entonces por donde quiera se metió él, por donde quiera se metía él y ahí estaban mis hermanos pero pues más chicos y dormidos en sus camas también. [Y lo que no le perdona] pues que, al papá de mis dos chamacas, eso de que me haya violado, pero, así como me dijo mi muchacha la más chica, dice, no pues perdónalo Leo, así me dice, porque ya mira, Dios ya se lo llevó, ya él va a dar cuentas de todo. Pues sí, pues le perdono, que Dios le perdone todo lo que hizo aquí en la tierra (Leonor, 74^a, NB, ZMC).

A la luz de la época actual, el que una mujer establezca una relación de pareja y tenga hijos con quien fuera su violador parece inadmisibile. En el caso relatado fue posible y además guardado como un secreto, lo cual hizo aún más pesada la carga para Leonor.

Un aspecto adicional que ilustra la relación entre los sexos de esta generación es la práctica de fingir placer o sentimientos afectuosos frente al otro. Otilia, por ejemplo, a pesar de no estar de acuerdo con hacerlo, reconoce fingir placer frente a su marido,

Sí, no muchas porque no estoy de acuerdo en eso, no estoy de acuerdo, pero sí lo he hecho cuando veo que él está totalmente entregado, y yo no digo, bueno, órale, sale, no hay problema. Y no me conflictúa en lo más mínimo, en lo más mínimo. O sea, estoy consciente ¿sí?, te digo, no mucho porque no estoy de acuerdo, pero, de que ha sucedido, ha sucedido. [Y sobre si él lo ha hecho, responde] Sí, yo sí lo he checado de repente en eso, así como que se queda medio mirando al techo [risas] ¿no?, a ver si le hace falta pintura a la... [risas] ¿no?, y digo “ah, se está distraendo, bueno, ‘ta bien”. Este, sí, yo creo que ambos (Otilia, 65ª, NM, ZMC).

En el mismo sentido opina Delia, quien dice, “hay muchas ocasiones que tiene uno que poner de su parte para complacer. Y pienso que también la otra parte es lo mismo”. Por su parte, Fernanda, cree que su marido no podría fingir, aunque ella sí,

Hay hombres que extrañamente no expresan a la hora de hacer el amor, y este era como muy ruidoso, como muy obvio. Era un animalito muy obvio [dice riendo]. Entonces, pues yo sabía si sí, o si no, por sus ruidos, por sus facciones. No, no. Creo porque era muy directa su forma de expresión. [Mientras que ella] por ejemplo, a veces fingía que sexualmente estaba tranquila cuando él tenía una eyaculación precoz (Fernanda, 75ª, NM, ZMG).

Estos relatos muestran de nueva cuenta esa actitud por llevar las cosas en paz con la pareja y la disposición, sobre todo femenina, para com-

placer al marido, lo cual implica la realización de un trabajo emocional constante en aras de conservar la relación a flote.

La representación diferencialista de la sexualidad

Usando el término planteado por Michel Bozon y Nathalie Bajos (2008) de representación diferencialista de la sexualidad, presento en esta sección las posiciones mostradas por l@s entrevistad@s acerca de la afirmación tradicional de que las necesidades sexuales para hombres y para mujeres son fundamentalmente distintas. Esta idea constituye una de las anclas culturales más poderosas que articulan y orientan los valores, prácticas y expectativas en la vida sexual de las parejas. Tiene tras de sí una concepción biologicista la cual sostiene que “por naturaleza” los hombres tienen un deseo sexual mucho mayor que las mujeres, pues prevalece la idea de que obedece a factores biológicos, independientes de su voluntad, como el “instinto”. Se les consideran individuos más cercanos a la animalidad que las mujeres, las cuales poseen una habilidad mayor para dominar sus necesidades y controlar sus deseos, estereotipos de género que forman parte del imaginario romántico heredado.

Entre las respuestas de nuestr@s entrevistad@s aparecieron algunas que dan cuenta de la ausencia del concepto de necesidades sexuales diferenciadas, como afirma Leonor, “mmm, no sabría decirte, no sé cómo contestarte eso”; y es Olivia, la sexóloga, quien lo explica así, “en esa época no se hablaba de las necesidades individuales de cada miembro de la pareja. Únicamente se tenían relaciones sexuales y no se hablaba mucho en pareja respecto a las necesidades”.

Algunos relatos en cambio las refieren y las consideran similares, tal fue el caso de Luisa, Delia y Sergio, quien lo expresa así, “cada quien, vivíamos en nuestra cama, pero el mismo cuarto. Cuando ella quería, se venía pa’cá, cuando yo quería, me iba pa’llá y así”. No obstante, la mayor cantidad de testimonios se perfilan dentro de una tendencia que afirma que las necesidades sexuales de los hombres son más intensas que las de las mujeres. En el caso de Laura, ella lo relaciona con el hecho

de que su pareja fuera más joven e inmaduro que ella, cosa que recuerda la concepción de la juventud como potenciadora de la sexualidad,

Él era, como estaba más joven, él como que le faltaba madurar, yo me sentía como más madura supuestamente, porque le llevaba una diferencia. Y él como que, pues me la pasaba bien con él, pero siento que no tomaba las cosas en serio como yo. Como que él era muy explosivo. Él pedía más, quería más. Y yo pues: “Tranquilo”, como que era un poco más pasiva. Y él, pues por, yo creo que, por lo joven, no sé, pero él pedía más cosas pues, exigía más, y yo digo: “No, pues tranquilo, pérame” (Laura, 74^a, NB, ZMG).

En el caso de Fernanda, quien también tenía una pareja más joven, explica que comprendió esa diferencia por una explicación que él le dio justificando tener una “naturaleza” distinta. En este caso, se expresa con claridad el rol masculino de ser quien sabe más respecto al sexo. Como describí en el capítulo anterior, el imaginario romántico supone la ingenuidad e inocencia femeninas, así como la experiencia masculina aun siendo más joven que su pareja,

Tenía 15 años menos que yo. F: Él me explicó una vez y me dio mucho gusto que me lo explicara, que los hombres, que la testosterona los hace agresivos, por eso las violaciones. Dice: “el sexo de la mujer es una flor hacia adentro”, dice: “lo que pasa es que nosotros es una flor hacia afuera y es más demandante”. Por lo tanto, ellos tienen un poco más necesidad a veces de una relación y nosotros, que somos más fantasiosas, más de la florecita y del cielo azul, no cachamos eso. Entonces me gustó que me lo dijera (Fernanda, 75^a, NM, ZMG).

Varios testimonios más coinciden en considerar las necesidades como distintas. En el caso de Gilberto, el que él tenga mayor necesidad que su esposa es algo reciente, “ahorita sí. Ella no, una vez al mes, o dos cuando bien me va, y yo no, yo sí le sigo buscando”. Fabián por su parte afirma, “uno como hombre diario quisiera tener relaciones, pero hay veces que

están cansadas o andan en su período, eso es lo diferente”. Por su parte Misael, coincide en que en la juventud las necesidades eran similares con su esposa, pero eso fue cambiando con el tiempo,

Me supongo que una coincidencia en intereses sexuales es requerimiento imposible en una relación, de muchos años, se puede tener coincidencia cuando estás joven, cuando andas ahí de novio y la calentura del momento es común, pero después con los hijos, con la edad, las cosas van cambiando y tienes que esperar el mejor, el momento propicio para los dos, y así, así lo hemos venido haciendo (Misael, 74^a, NM, ZMC).

La experiencia de Otilia nos muestra este mismo fenómeno, pero desde su punto de vista femenino y con su formación como sexóloga añade otro tipo de causas,

Yo creo que la necesidad de él de una relación sexual es más que la mía. Cuando yo tuve este problema yo lo hablé con él, y le dije “oye, estoy presentando esta disfunción”, porque es una disfunción de la vida erótica, “estoy presentando esta disfunción, ¿qué hacemos?”, “ahí tú” ¿no? “pero yo no tengo el mínimo deseo de tener relaciones, ni contigo ni con nadie” ¿no?, o sea, si lo tenemos es porque lo vamos a procurar y me dijo “mira, por mí no hay problema, no tengo ninguna necesidad de andar con nadie ni con nada, y nos acoplamos, no hay problema”, y nos hemos acoplado. Son esporádicas las relaciones, pero son consensadas (Otilia, 65^a, NM, ZMC).

Esta actitud comprensiva ante las necesidades de las mujeres la expresa también Sixto, quien es crítico frente a los de su género,

Si ahorita actualmente soy yo, me satisfago yo y me vale si tú, entonces viene por parte de la mujer un gran enfriamiento, entonces digo, pues lo que es como un objeto, espérame, a la pareja hay que saberla llevar, no nomas ahí voy y vámonos, no, eso es absurdo y desgraciadamente el 80% lo hace (Sixto, 80^a, NM, ZMC).

Al parecer, la creencia de que la necesidad sexual masculina es mayor se corresponde con el efectivo deseo mayor de parte de los varones que contrasta con la renuencia femenina venida de diversas causas, como el tener un alto número de responsabilidades, el padecimiento de síntomas relativos a la menstruación o a la menopausia⁷⁴, o la falta de cuidado de los hombres hacia ellas, como vimos antes en otra sección⁷⁵. Este fenómeno expresa la existencia de dos reglas del sentir en correspondencia: la que determina que los hombres desean más el sexo que las mujeres “por naturaleza” y que ellas lo deseen menos por la misma razón.

Las explicaciones sobre la distinción entre hombres y mujeres como algo definido “por naturaleza” también se expresa al hablar de otras prácticas, como la infidelidad, así lo narra Mariana, quien tampoco se altera por esta situación y lo comprende,

Yo una vez le pregunté a él que por qué le gustaba pues andar afuera de la casa. Me dijo: “Pues es que así es uno de hombre”, “Ah” le digo, “bueno. Yo pensaba que porque no me querías” [dice riendo]. Dice: “No, es que uno así es, y se le sale por ahí una, ahí anda”. Pues eran de las mismas que trabajaban ahí con él o algo, pero no pasó de ahí, no pasó de ahí. Me daba cuenta yo por ahí del año, por eso casi nunca nos enojamos en cuestión de decir: “No, pos no me voy a acostar contigo durante 15 días, durante un mes”, pues no.

⁷⁴ En el trabajo de Gustavo Garita (2004) se refiere que para muchas mujeres mayores la llegada de la menopausia es entendida como el fin de la vida sexual, sobre todo en aquellas que no recibieron una adecuada educación sexual, haber sido objeto de indiferencia de parte de sus parejas hombres y haber asumido las creencias que les han sido transmitidas socialmente (p. 74).

⁷⁵ Algo similar encuentra Rocío Ochoa (2016) en su trabajo en la población de Chuniapan de Arriba en Veracruz, donde tanto hombres como mujeres de todas las edades asumen la naturalidad del deseo masculino como algo que no puede ser controlado, mientras que el de las mujeres sí debe serlo, lo que las convierte en expertas en “aguantarse las ganas”.

Pues porque no era mucho él... Yo no lo tomaba mucho a, ¿cómo te dijera? A rencor, a coraje y eso, no. Así no (Mariana, 78ª, NB, ZMG).

Otro aspecto en el que se expresa este desbalance de necesidades genéricas es acerca del gusto por ver pornografía. Fátima da cuenta del gusto de su marido por ver películas pornográficas el cual raya, desde su punto de vista, en un exceso, aunque lo ha llegado a compartir con él. Nos cuenta,

Terrible, terrible, terrible. Yo creo que es uno de los tantos hombres que figuran en la estadística que vio durante mucho tiempo pornografía hasta que de tanto que platicamos, debe de haber algo con esto que... lo debes de eliminar, no es posible que estés haciendo eso. Lo entendió, sí lo entendió, pero fue terrible. Claro que yo lo sabía, pero como estaba muy ocupada, me llevaba el trabajo de aquí, yo entre menos me molestara mejor, pero cuando ya se jubila, le digo, a ver... *one moment*, esto ya tiene que acabarse, por esto, por esto... estás generando esto y esto. No sentía que afectara [la relación], pero no me gustaba saber que él estaba viendo pornografía ¿no? y... yo no sé qué clase de pornografía veas, pero la que veas. Yo no sé si ves la de niños, niñas... o sea, eso a mí sí me afecta, que veas eso y bueno lo entendió, finalmente. Ahora la quiere compartir conmigo, lo que pasa es que a mí no me gustan ese tipo de películas, o sea... sí te veo una, dos, pero ver una diaria, pues no, no. Entonces como que no, pero entonces sí a veces chocamos por eso (Fátima, 65ª, NM, ZMC).

Otilia por su parte, también comparte este gusto con su marido de forma esporádica,

Algunas veces sí hemos usado pornografía más que pornografía, películas eróticas. Porque de hecho yo en mi profesión recomiendo para algunas disfunciones de la vida erótica, recomiendo la pornografía, alguna pornografía, no toda, y algunas películas eróticas, sobre todo para las mujeres anorgásmicas, preorgásmicas, con hombres con problemas de disfunción

eréctil, ¿sí?, porque eso estimula otros sentidos, y eso ayuda, ¿no? Entonces nosotros hemos usado muy esporádicamente, porque no ha habido como esa necesidad ¿no? pero estamos abierta a ellos, a mí no me preocuparía utilizar material sexualmente explícito, para nada (Otilia, 65ª, NM, ZMC).

En el caso de Gilberto, este gusto lo práctica, pero no en la relación con su esposa, sino cuando acude a moteles con relaciones extraconyugales, “ahorita en la actualidad pues sí, porque están, prendes la tele y lo primero que hay casi siempre están en pornos, pero a veces yo ni las volteo a ver, o le cambio. [Y aclara] pero eso es con otras personas pues...”.

Es claro que predomina en esta generación una visión esencialista de la distinción genérica la cual es aceptada como algo natural y definida por la propia biología, elemento que explica la diferencia en la intensidad del deseo y facilita la comprensión de las mujeres de la infidelidad masculina, la cual conciben como algo “necesario” e inevitable⁷⁶, mientras que ellos también comprenden el que ellas tengan mucho menor interés en el sexo.

La comunicación en la vida sexual

La vida sexual de las parejas está llena de sobrentendidos. Hablar respecto de las necesidades, los gustos y las preferencias de cada uno es un terreno que se va creando poco a poco y en muchos casos tales conversaciones no tocan los asuntos de forma explícita, sino solo comunicándose de forma implícita, por ejemplo, a través de las mismas prácticas sexuales que se aceptan o se rechazan sin hablar. El cuerpo y la gestualidad tienen la capacidad de comunicar sin palabras. El sociólogo alemán Niklas Luhmann lo describe así,

con las formas comunicativas del amor –y una de ellas es la sexualidad– se puede expresar lo que no puede ser dicho con la palabra, pero también se

⁷⁶ Este fenómeno se verá más ampliamente en la sección correspondiente a las relaciones extraconyugales.

puede fortalecer o debilitar lo dicho con palabras, aligerar, retirar, subrayar el significado de la palabra, equilibrar incomprensiones y, mediante una variación del ámbito comunicativo, corregir deslices (1985, p. 31).

Como veremos, lo menos frecuente entre las parejas para comunicarse respecto a su vida sexual es ser explícitos, uno de estos pocos casos es el de Fernanda, quien admitió que su pareja y ella logran acuerdos de esa forma, “sí, sí, o sea sí se pueden hacer acuerdos. Claro”. Otra de las respuestas señaló llegar a tales acuerdos de forma implícita. Delia cuenta cómo ocurría con su esposo, ellos definían cosas, pero “no precisamente como acuerdos, pero los conocemos, ya los conocemos”. El resto de las respuestas manifestaron no tener acuerdos de ningún tipo con sus parejas respecto a su vida sexual, esto apareció en los casos de Mariana, de nivel socioeconómico bajo; y de Julián y Sixto, ambos de nivel medio. Cuenta Mariana que esto ocurría,

Porque pos tomábamos la vida como que así era pues, así. Una vida de pareja, así, sin limitaciones de algo o sin acuerdos de nada, sino que lo normal. No, porque no éramos muy así que, ¿en qué forma te lo dijera? éramos tranquilos. No había cosas fuera de lo normal. No, no había. A lo mejor porque no había esa intimidad ¿edá? A lo mejor por eso (Mariana, 78ª, NB, ZMG),

Es importante señalar que el tomar acuerdos parece vincularse con la necesidad de dirimir diferencias que, en caso de no haberlas, no tendrían por qué ser necesarios. Asimismo, se relaciona con la idea de normalidad, en esto coincide Sixto, quien al preguntarle respondió, “no, no platicamos de eso, no había necesidad”. En el caso de Julián, al responder la pregunta sobre si alguna vez había tenido acuerdos con su esposa se refirió al tema de la anticoncepción,

Nunca, no. Eso, como te digo, es que pues sí, eso no planeamos nada. Ella supuestamente cuando estuvo por decir así, cuidándose, que con pastillas, que inyecciones o equis cosa, bueno, entonces ella decía, no, pues yo ando

mala y hasta tal tiempo, pero eran cosas como te digo, de que pues eran de ley, dicen por ahí (Julián, 73^a, NM, ZMC).

Es claro que detrás de estas formas de comunicarse se encuentran valores como el de ser personas “normales” y el llevar una vida armónica, cosa que implica la evitación de los conflictos y las negociaciones entre la pareja pues son considerados indeseables. El modelo hegemónico de la familia se encuentra lleno de sobrentendidos y el operar dentro de ellos asegura la paz conyugal, la cual exige, de parte de ambos, hacer concesiones en forma cotidiana.

Otro aspecto sobre el cual se exploró fue acerca de si entre las parejas acostumbraban a comunicarse de alguna forma respecto a las prácticas sexuales que deseaban tener. Hubo algunas respuestas que fueron muy claras respecto a esto, como la de Misael, quien dice, “claro, sí, sí, sí, decíamos cuándo sí y cuándo no, y qué hacer para que pudiera operar, sí, en ese sentido sí platicamos bastante”. Otras respuestas expresaron una cierta incompatibilidad en cuanto a que las mujeres tenían mayor facilidad para hablar acerca de estos temas, mientras que sus maridos no eran lo suficientemente abiertos para hacerlo, tal es el caso de Raquel,

Soy abierta y digo lo que quiero, igual que digo lo que quiero puedo decir, esto no me gusta o esto sí me gusta. Yo digo que, si una como mujer es abierta, el hombre necesita ser más abierto, pero si una es abierta... la vida íntima se facilita mucho, siempre y cuando él también tenga a la mente capaz de abrirse y entender, que no sea un bruto, que supongo que los hay (Raquel, 80^a, NMA, ZMC).

Muy similar es el caso de Otilia, ella narra,

Sí porque, al principio, yo era la que decía, y él era el que se sacaba de onda, porque me decía “¿por qué me preguntas eso?”, “bueno, ¿no te gusta o sí te gusta?”, “no, sí me gusta, pero...”, o sea él era el que le costaba trabajo como expresar ¿no? qué me gusta, cómo me gusta, dónde me gusta, todo, toda esa

parte ¿no? Y poco a poco fue como entendiendo que bueno, esto es entre la pareja, que esto se puede hablar, ¿sí?, y además es necesario hablarlo. Que además enriquece mucho la relación, y que además nos podría dar una comunicación diferente a la comunicación cotidiana que se da en las parejas. Entonces la comunicación sexual es un complemento de la comunicación general que debe haber en la pareja, y debe de existir, debe de existir. Porque si no, se queda a medias ¿no?, y no nada más se queda a medias, si no se queda en la interpretación y en la fantasía de cada uno, que eso no ayuda para nada, ¿verdad? Sí debo decirte que él es más serio en esta parte, menos expresivo que yo. Yo soy la que me explayo mucho más ¿no? En la relación... en la actividad y en el verbo pues, en hablarlo (Otilia, 65ª, NM, ZMC).

En el caso de Delia se expresa un elemento que interviene de forma negativa en el logro de esa comunicación, ella se refiere a la posibilidad de ser juzgada moralmente, dice Delia,

Aprendimos. Aprendimos con el tiempo también en ese tema a tener la suficiente comunicación, la confianza de expresarlo no es fácil para uno de mujer. No es fácil no por los tabús, sino por lo que la otra persona piense de uno. Lo juzgue a uno (Delia, 65ª, NMA, ZMC).

Así como apareció en general en las entrevistas una capacidad mayor de parte de las mujeres para hablar sobre su intimidad, lo mismo acontece al interior de sus parejas, salvo en los casos donde se teme una sanción moral, como lo expresa Delia. En su relato se sugiere una regla del sentimiento que dicta el tomar distancia del estereotipo femenino negativo relativo a ser o parecer mujeres que tienen interés por la sexualidad y que le hace decir “no es fácil para uno de mujer”, por el temor a ser juzgadas. Por lo que se refiere a la renuencia masculina para hablar de estos temas, es claro que la educación emocional recibida por los hombres de esta generación es inhibidora o lo permite de maneras culturalmente viables. Tal es el caso de una forma masculina de expresarse en torno a asuntos de sexualidad caracterizada por ser burda y

soez, y que es propia de una cultura genérica machista, tal y como narra Fernanda que le ocurría con su marido, dificultando el entendimiento,

Como te digo, su falta de espiritualidad, el ser tan burdo. Por ejemplo, no es lo mismo que te digan: “ay, qué bonita”, “qué bonita piel”, a “estás buenísima”, “qué nalgotas”. Entonces era muy vulgar, su vulgaridad y su parte prosaica, y todavía creo que lo hacía a propósito porque yo le decía: “¿no te fijaste que estás con una poeta?”, pues más lo hacía por molestar. Pero como le digo, el humor negro no es bueno continuarlo, el humor negro es como la pimienta, ponle poquito, pero si es mucho nomás estás tosiendo, y se le pasa la mano de humor negro. (...) Faltó espiritualidad, faltó, como te digo, ternura y decir: “linda, por favor” (Fernanda, 75ª, NM, ZMG).

Otros de los relatos manifiestan con claridad la nula disposición de los maridos para hablar de cosas sexuales. Tal es el caso de Olivia, quien cuenta de su marido, “no sabía si el acto sexual era algo que le generara placer, porque no se tocaba el tema de la sexualidad en absoluto”. Mientras que, en el caso de Lilia, fue algo que discutió con su esposo sin hacerlo cambiar de opinión,

Yo soy de fantasía [risas]. Entonces, me encantaba, haz de cuenta, ponerme el negligé muy chulo; el pelo; ver que no hubiera nadie en la casa; tener toda la ambientación; etcétera, etcétera. No, José, no. ¿Para qué te invento? No, él va al sexo, a gusto, tan-tán, y no se habla más. Y lo que no le gusta es hablarlo. Si yo hubiera querido... Es más, yo quise, así, hablar, y “No, no, no. El sexo se hace. Estar hablando que, si qué sentiste, que... No, no, no, no, no. Vamos disfrutándolo y se acabó”. O sea, ni modo, lo hacemos y va, pero yo no voy a tener con quién conversarlo, porque eso no le gusta. Nunca le gustó (Lilia, 80ª, NMA, ZMG).

Esta manera silenciosa de encarar la vida sexual es algo común a esta generación, y el tabú que le rodea no sólo se vive con las parejas, sino también con los amigos. Es claro que la vida sexual se asume sobre los

mandatos genéricos heredados y es gobernada por una regla del sentimiento que dicta silenciar los problemas íntimos de la pareja en aras de mantener la paz familiar o al menos aparentarla. Esto expresa a su vez la prevalencia de otra regla del sentimiento, en este caso, masculina, que les incita a ser inexpresivos emocionalmente, dejando esas habilidades comunicativas para las mujeres. Esto implica a su vez que la vida sexual no constituye un terreno de reflexión, discusión ni negociación, como al menos se supone que comienza a ser para las generaciones jóvenes. Tampoco se habla de ello con el grupo de pares, así lo considera Delia, quien reflexiona,

La generación de la que yo soy y es mi marido, hablar de la parte sexual con otros amigos es algo que no lo [vivimos], nunca lo hemos practicado, comentar, si a eso se le puede llamar un secreto. La vida íntima no es un tema así que lo usemos como un tema con los amigos de confianza (Delia, 65^a, NMA, ZMC).

En caso de que tales conversaciones tengan lugar, como cuenta Fernanda, es un asunto que ocurre más entre las mujeres y sus amigas, “sí, con las amigas sí hablo. En pedazos. O sea, por ejemplo, algo que me molestó, ay, fíjate que me gusto esto y esto por esto. Y ya dicen y ya opinan, y ya, así”.

Un aspecto relacionado con lo anterior es la opinión de l@s entrevistad@s en torno a la idea de tener secretos personales, lo cual inmiscuye si los consideran legítimos o no como parte de un espacio de autonomía individual frente a la pareja. Sólo tenemos un caso, el de Eunice, quien negó tener algún secreto hacia su pareja. En el resto de los relatos, prevalece la existencia de secretos y les caracteriza que son defendidos con vehemencia, por ejemplo, Otilia cuenta,

Sí, uy, quien me diga que no los tiene. Pues eso de que he tenido otras relaciones ¿no?, este... pues secretos desde chiquitos hasta grandes, que he gastado dinero y no le he dicho que me lo he gastado y en qué me lo he gastado,

¿no? porque no creo que sea necesario. Pero sí, sí tengo secretos, claro que sí. Porque a mí me gusta tener secretos, a mí se me hace padre tener secretos. Me gusta tener algo mío, que diga “eso es mío” (Otilia, 65^a, NM, ZMC).

Y Fátima, quien cree que su marido también los tiene, “claro, claro que le he tenido secretos... me guardo mis cosas, yo creo que él también, por supuesto, es más mentiroso que yo [risas], yo creo que sí se guarda sus cosas, por supuesto”; y Fernanda, “sí, claro. Por su inapetencia sexual, pues yo estaba enamorada de muchas personas, este, no tanto de coito, sino enamorada de otras personas, si no, como hubiera sobrevivido 25 años”.

Mónica por su parte, también lo defiende como un ejercicio de autonomía,

Son cosas que yo pienso y debo de tenerlas yo nada más. Y como es mi vida, pues yo tengo que tener ese dominio de esas cosas. Que son mías, son mías. Pues son mías, es mi vida y yo no tengo por qué ventilar aquello. Eso que es mío, ¿verdad? No sé. Bueno, ya. Ya qué más (Mónica, 69^a, NMA, ZMG).

Al parecer, el considerar tener secretos como algo legítimo y deseable contrarresta o compensa el silencio atávico en torno a la sexualidad y a la vida íntima en general. La cultura de los sobrentendidos se sitúa por encima de valores presentes en las generaciones posteriores, tales como la honestidad y el ser auténtico frente al otro. En este modelo de pareja tradicional, es más importante aparentar que todo funciona bien –la ropa sucia se lava en casa–, aunque por debajo de la superficie las cosas marchen de otra manera. En ese sentido, el ser fieles a la regla del sentimiento que obliga al secreto intenta preservar el prestigio conyugal⁷⁷.

⁷⁷ Cabe mencionar que ninguno de los hombres entrevistados tocó el tema de los secretos, ni personales ni con sus parejas. Este hecho confirma su renuencia a hablar de estos aspectos comunicativos.

Sin embargo, tenemos también algunos casos que no funcionaban dentro de esta lógica. Me refiero a lo que narra Lilia como una situación común para esta generación y que ella decidió no ocultar, el dormir en cuartos y, por tanto, en camas separadas. El ocultamiento de tal práctica revela la importancia del valor de la unión/fusión de la pareja, propio del amor romántico,

Entre casi toda la familia, todo mundo vivía en cuartos separados. O sea, mi familia, lo normal era: el cuarto del tío y el cuarto de la tía; el cuarto de mi mamá y el cuarto de mi papá; el cuarto de mi abuelo... O sea, todo. Entonces, yo, ahorita, desde hace como 15 años, por razones de que yo ronco, yo me salí del cuarto. Somos felicísimos. O sea, yo le doy gracias a Dios, aunque yo no soy religiosa, de tener mi recámara, mi baño y mi clóset para poder estar a la hora que yo quiera, de tenerlo desordenado, porque mi marido es perfecto y yo soy desordenadísima. Entonces, todo eso. Yo siento que no hay nada que tenga que ver en que si duermes en el mismo cuarto o no. O sea, si tu relación es buena, es buena. Mis amigas, como que lo vieron como pensando que la cosa iba mal. Me muero de risa porque creo que, revisando, con toda honestidad, los matrimonios de las amigas de mi edad, un porcentaje alto no es una buena relación, pero, por supuesto, nadie va ni a abrir la boca. A estas alturas, es una locura (Lilia, 80^a, NMA, ZMG).

La frase “nadie va ni a abrir la boca” sintetiza bien esta cultura de las apariencias a la cual se enfrentó Lilia y también Olivia, quien no ocultó a los demás que sufría violencia de parte de su marido,

Yo no oculte que me pegaban, ni a mis familiares ni a amigos. Incluso en el colegio de mis hijos hablé con sus maestras y directora para que contemplaran la situación y el momento que se estaba viviendo como familia. A la única persona que sí lo oculte fue a mi mamá, porque ella siendo tan católica me hubiera dicho que me quedara en mi matrimonio. Solo lo oculte por un momento en lo que me divorciaba (Olivia, 76^a, NMA, ZMG).

Es posible que el que Lilia y Olivia hayan sido mujeres situadas dentro de un nivel socioeconómico medio alto les haya permitido empoderarse en el sentido de ser capaces de tener autonomía económica y declarar situaciones de su vida íntima que estaban fuera de la regla del silencio conyugal, que seguía siendo hegemónico. La fuerza con que se imponía esta norma del silencio también se expresa en los relatos de dos de nuestras entrevistadas que manifestaron tener secretos, pero no los tuvieron como algo elegido por ellas. Tales secretos fueron resultado de ser condenadas moralmente y culpabilizadas de manera injusta por sus maridos o por la gente en general, algo común dentro del contexto de moral conservadora fuertemente influenciado por los valores religiosos de pureza y castidad que debían seguir las mujeres. Son los casos de Mariana y de Leonor, ambas de nivel socioeconómico bajo y con nivel de primaria incompleta. Mariana relata,

Pues lo único que una vez sí me pasó, cuando vivíamos allá en Empalme, estaba yo, tenía mi segundo niño, entonces en la casita que me estaba haciendo, tenía mucho patio, mucho corral, estaba grande y estaba el alambrado. Así en frente estaba un bosquecito así chiquito, no era grande, nomás que cruzaba la gente ahí. Entonces, este, pasó una de esas veces que yo estaba lavando afuera, pasó uno y estaba pues enseñando sus, sus, ¿cómo se dice?, sus miserias [dice riendo]. Entonces yo se lo platiqué a él [a su esposo] y me dijo que a lo mejor que yo había propiciado eso, que acá y que allá. Y yo dije, entre mí, no le dije nada: “Jamás de los jamases, si a mí me dicen una palabra o que yo ande en la calle y me falten al respeto, no se lo voy a decir”, ¿por qué? Porque va a decir que yo tuve la culpa. Y así es que todo el tiempo nunca dije nada. No me pasaron cosas, pues. Así cosas, así como: “Adiós mamacita”, lo que tú quieras, ya ves los hombres cómo son. Pero hasta ahí, pero nunca se lo decía yo a él, por lo mismo, porque no quería que él me echara la culpa a mí que yo lo propiciaba (Mariana, 78^a, NB, ZMG).

Mientras que Leonor, quien fue violada por su pareja, cuenta cómo se enteraron de este secreto sus hijas,

Yo le platicué a Isaura y Isaura le platicó a Baudelia, o sea hija de él, del que me violó, la más chica, y ya fue cuando ella me dijo, ah, este, “¿te violó mi papá?”, ¿y quién te dijo?, y ella dice “bueno yo nada más te estoy preguntando, sí o no”, y ya yo le dije que sí, por eso se dio cuenta. Pero a nadie más les he platicado, ni a la más grande, quien sabe, yo no les he comentado nada (Leonor, 74^a, NB, ZMC).

En suma, como vemos, entre las parejas de esta generación lo común era el silencio sobre lo que acontecía en la dimensión íntima de sus vidas en aras del cumplimiento del deber de guardar las apariencias, aún en los casos en que fueron producto de ofensas y agravios cometidos por sus propias parejas. El siguiente fragmento de Fernanda da cuenta de lo generalizado de este fenómeno, al contar si había tenido secretos con su pareja dijo, “sí [teníamos], como que éramos un matrimonio normal y no éramos un matrimonio normal”. Una vez más el poder del valor de la “normalidad” se impone ante todo lo que lo vulneraba expresando con claridad esta regla del sentimiento que se imponía sobre cualquier necesidad de comunicación o expresión de insatisfacciones en la vida íntima.

La monogamia y la fidelidad

Esta sección es la más larga del presente capítulo pues los testimonios alrededor de la monogamia y la fidelidad involucran una amplia gama de experiencias relativas a esta práctica en sus distintos grados, los conflictos desatados por esta razón, así como los arreglos de las parejas para dar cabida o resolución a tales experiencias. Entiendo fidelidad como un valor que a su vez inspira una actitud practicada; y monogamia, como una forma de organización de la pareja, garantizada en la figura jurídica del matrimonio, en la cual ambos miembros se comprometen a no tener relaciones con otras personas, a ser exclusivos uno del otro, es decir, fieles. En este caso, adquiere el carácter de una prescripción normativa y hasta legal, recordemos que una causal de divorcio en México es el adulterio comprobado o infidelidad.

De este modo, monogamia y fidelidad son parte del mismo conjunto de idealizaciones románticas que a su vez se traducen en normas reguladoras del comportamiento sexual de los miembros de las parejas, así como en reglas del sentimiento particulares. Es importante señalar que tales significaciones alcanzan una densidad mayor al hacer la distinción por sexo, dentro de este mismo imaginario romántico, la conducta infiel masculina es tolerada bajo el amparo del funcionamiento de una doble moral, que a su vez sanciona el caso de la infidelidad femenina de forma mucho más intensa.

En primer término, describiré la manera en que vari@s de l@s entrevistad@s entienden la fidelidad como un valor moral de primerísima jerarquía al interior de las parejas. Eunice lo define como “lo máximo”, y Sixto como “lo más importante del mundo en cualquier matrimonio”; mientras que Magdalena, la plantea como un principio moral que es sinónimo de amor y que las nuevas generaciones han ido abandonando, lo cual lamenta y señala asimismo como un valor de la suya propia,

Son los principios que te dan y yo me fijo que ahora no, no, es todo tan diferente y, bueno cuando tú piensas en eso y cómo eran tus papás, cómo te trataban y todo, su convivencia de ellos ¿no? es importante, entonces tú, te sientes orgulloso ¿no? porque dices “ay mis papás”, y no lo comprendes hasta que ya eres más grande, porque cuando eres joven pues no, no comprendes todo eso, de que es algo muy bonito ¿no? que sean las personas fieles, este, más cuando vives o viven los dos, si aun no viviendo es bonito, porque las personas tienen derecho a rehacer su vida, pero es bonito porque aparte de eso tú dices “de veras que sí se amaban”, sí lo quería mucho, y eso habla bien de los futuros de los esposos, yo creo ¿no? (Magdalena, 76^a, NMA, ZMG).

En otros testimonios, la fidelidad significa comprometerse, dice Olivia, “es la base para una relación exclusiva, es decir, si no hay fidelidad, pues no existe una relación de dos personas basada en la confianza”. En el caso de Leonor, la fidelidad se encadena con el respeto que se otorga a

la pareja, así lo define, “el respeto, [ser] fiel, que les son fieles a su propia pareja”; y, en el caso de Laura, este respeto se enlaza al amor por el otro, y el hecho de haberle dado hijos, ambas cosas mucho más importantes que el sexo para ella, así lo expresa,

[Tiene] un significado muy alto, muy alto. La fidelidad significa para mí querer a la otra persona, respetarla. No tanto un papel, no. Si tú ya por ejemplo estás que ya no lo quieres o que ya no sientes lo mismo, hablarlo directo, así como te estoy viendo a los ojos. ¿Y sabes por qué? Porque yo era muy fiel con él. O sea, le daba sus hijos, lo respetaba. A pesar de que no estábamos diario en el sexo y eso, pero había un respeto. Le di un lugar en mi vida muy importante. Y pues, me dio dos hijos maravillosos y donde quiera que esté, Dios lo bendiga ¿verdad? (Laura, 74^a, NB, ZMG).

En otros testimonios, la idea de fidelidad se relaciona con la existencia de una norma incuestionable. Tal es el caso de Sergio, para quien el valor de la fidelidad constituye una regla que debe seguirse porque “así debe de ser. Sí, pos sí, porque pues está uno, pues educado en esa religión, ¿verdad? Hay que obedecer al Gobierno y a la Iglesia, a Dios. Chimoles, ¿verdad? Pa’ estar bien”. Teresa por su parte, la entiende como parte de “las reglas en mi tiempo, eso era, pues”; para Jimena, es como una tradición que se asumía de forma implícita, al igual que para Lilia y para Fabián, quien dice, “pues si no hubiera fidelidad, se imagina, andar con una y con otra y la fregada, eso no está bien. Se supone que si uno se casa con una mujer es para llevársela bien y tener fidelidad”. En estos testimonios, el seguir esta norma expresa lograr un status moral venido de la capacidad personal de asumir algo que es dictado por una autoridad, sea venida de la tradición o de una institución.

Estas concepciones de la fidelidad como un valor máximo, principio moral, sinónimo de confianza, amor y respeto revelan la alta posición que juega en la configuración normativa de las parejas de esta generación, lo cual forma parte del modelo cultural heredado. No obstante, tenemos otro conjunto de respuestas que señalan la existencia de pro-

cesos reflexivos que complejizan y dinamizan este valor. Tal es el caso de Misael, para quien este principio regulatorio de la vida de pareja consiste más bien en un “concepto moral de buen comportamiento” que, aunque no sea seguido a pie juntillas, él la considera “en el sentido de seguir manteniéndonos como pareja que se ayuda, que se apoya independientemente de cualquier aventura, de cualquier situación que pueda presentarse en algún momento”.

El valor de la monogamia y su traducción en la norma de ser fieles tiene a su vez como correlato, para ambos sexos, una regla del sentimiento que dicta que no podrán amar o desear a dos personas a la vez. Por supuesto, en el caso de las mujeres, esta regla resulta ser mucho más estricta pues en el terreno de los hechos, para los hombres no es complicado desear a dos personas o más a la vez, como revela lo dicho por Misael respecto a tener “cualquier aventura”.

Otras maneras de entender la fidelidad la relacionan con una práctica cotidiana en la pareja, es el caso de Luisa quien afirma, “es muy importante en cualquier relación, si no hay fidelidad no puede haber convivencia”; mientras que Delia la entiende como una amistad cotidiana y exclusiva,

Pues es muy importante, es muy importante en la relación. La gran fuerza que hay como amigos, ya llegué a esa etapa que antes me platicaban y no creía que así sucedería, y hoy estoy viviendo eso, cómo se va transformando, creo que la fidelidad lleva al deseo de convivir bien bajo un mismo techo las dos personas y no estar deseando estar con otra persona (Delia, 65^a, NMA, ZMC).

Por su parte Otilia, hace una distinción entre fidelidad y lealtad, así lo explica, “yo no creo en la fidelidad. Entonces yo practico la lealtad, la fidelidad para mí no es importante, y si alguien es leal conmigo, con eso es más que suficiente”. En estos casos, la fidelidad es despojada de un carácter absoluto y pasa a ser entendida como práctica cotidiana que funciona como garantía de estabilidad, confianza y ausencia de conflic-

to, de forma ligeramente distinta al sentido anterior, se mantiene como elemento central, al menos en el relato que describe la experiencia conyugal ideal.

Pasando a un plano más de las experiencias vividas por nuestr@s entrevistad@s, describiré las situaciones relatadas que se adhieren a este valor, sobre todo en lo que concierne a las mujeres, quienes se declaran completamente fieles, al igual que sus maridos, o al menos ellas así lo creen. Es interesante que en uno de estos testimonios se menciona el contexto conservador en el cual se encontraban inmersos como pareja y que jugaba cierto papel al dificultar que ocurrieran situaciones de infidelidad. Así lo narra Raquel, quien vivía en una población pequeña,

No [se] podía, vivíamos juntos, en el laboratorio juntos, desde la mañana hasta la noche juntos, cuando salía, salía un rato y sabía en dónde andaba, qué otra relación podía tener, pobrecito, bueno yo tampoco tenía ninguna otra relación, pero digo de broma, era muy difícil, y en un pueblo como Tecomán, que todo mundo se conoce y no falta quién te lleve el chisme, hubiera sido la primera en enterarme; [y agrega] yo sí me venía a Colima sola, pero obviamente tampoco andaba de loca y menos en un pueblo donde todo mundo te ve y va con el chisme, y tampoco me pasaba para aquí (Raquel, 80ª, NMA, ZMC).

La segunda experiencia es la descrita por Lilia,

Quizá, por supuesto, alguna noche se fue de picos pardos con los amigos cuando las señoras teníamos aquello de que te vas a Chapala, las señoras, y los maridos se van de picos pardos. Seguro que sí. No estoy pensando que él, no. No, seguro, con algún amigo, se ha de haber ido a... En fin. Pero nada de que yo sintiera que perjudicó mi vida para nada. [Y al referirse a ella] yo no, en ese sentido, no tengo nada que contar. No he tenido tentaciones, pues, quizá, porque siempre estuve contenta. No tengo, en ese sentido, no tengo experiencias, no tengo... Como te digo, si él me puso los cuernos algún día, la mera verdad, no se notó. O sea, pudo haberse ido con los amigos a algu-

na cosa, y no lo dudo. Que no voy a decir: ¡Ay, no! ¡Jamás! No, no, no, pero como no afectó nada, pues no afectó nada. No lo sé (Lilia, 80ª, NMA, ZMG).

En el caso de Luisa, parece suceder lo mismo, ella afirma nunca haber sido infiel, “yo confiaba mucho en él y yo pienso que él también confiaba mucho”. Lo mismo cuenta Olivia, “nunca he sido infiel”; y también Leonor, “no, nunca le fui infiel, dijeran por ahí”. Es evidente que el ser fieles para las mujeres forma parte del conjunto de sobrentendidos propios del modelo ideal de pareja heredado, el cual es asumido con total naturalidad, así como la noción de que los hombres no lo hayan sido completamente.

Enseguida veremos cómo las afirmaciones sobre el ser fieles al 100% son cuestionadas en un par de testimonios, ambos de hombres. Para Julián, por ejemplo, el decirse fieles es más creíble entre las mujeres que entre los hombres,

No hay gente fiel. Yo pienso que no hay, que sí mienten, eso sí, toda la gente miente. Más el varón y parte las mujeres, yo no voy a decir que todas las mujeres, pero sí, vámosle poniendo que de 100 hay 90, y ya unas 10 no, de 100 fíjate. Y los hombres yo pienso que en global todos mienten que son fieles, porque eso yo lo he visto y pienso que así es (Julián, 73ª, NM, ZMC).

También Gilberto se refiere en particular a los hombres, él afirma, “en el mundo no hay hombre fiel, no hay porque hasta los homosexuales son infieles y hasta las lesbianas son infieles con sus parejas. Hay más mujeres fieles que hombres fieles”. Es curioso cómo se amplía la duda sobre la fidelidad a las personas con preferencias sexogenéricas no heterosexuales, como si este hecho las hiciera por definición proclives al engaño, al igual que los hombres.

El contraste obligado del concepto de fidelidad es el de infidelidad, y las nociones que las personas narraron sobre ello se relacionaron con algo que jamás podrían perdonar a sus parejas. Así lo expresaron Gilberto, Sergio, Sixto, Luisa y Teresa. Para ellos, descubrir que les han

sido infieles marcaría el derrumbe de su relación de pareja. En el caso de Mónica, el ser infiel no implica solamente tener contacto sexual con otra persona, sino vincularse emocionalmente con esa otra persona, así sea como algo supuesto y nunca verificado,

Para mí, la infidelidad no nada más es que no haya nada, sino simplemente no estás conmigo, ¿verdad? Emocionalmente estás con otra persona. Yo así lo veo, ¿verdad? Entonces ahora lo veo y digo, no, es que sí era infidelidad, ¿verdad? Aunque yo no le encontré nada ni, ni, posiblemente no (Mónica, 69^a, NMA, ZMG).

Por lo que corresponde a las experiencias de infidelidad masculina, ésta aparece en varios relatos tanto de hombres como de mujeres que lo vivieron respecto de sus parejas. Cabe destacar que para esta generación era común etiquetar esta conducta masculina con las expresiones de ser un “Don Juan” y ser de “ojo alegre”, ambas con un sentido muy claro dentro de la cultura popular que remite a ser coqueto o seductor de forma compulsiva. Tales son los casos de los relatos de Eunice, Mariana y Lorena, quienes lo mencionan como un rasgo de la personalidad de sus esposos que da cuenta de una forma de ser hombres que se hace presente en su actitud en general hacia las mujeres. Lorena lo describe así, “mi marido era un don Juan”, igual lo llama Eunice,

Fue un Juan Tenorio. Te voy a decir, muy bonito todo eso. Me acuerdo de todas, pero no, ¿cómo te diría? ¿Ay, yo fui la mártir? No, no, tampoco. Porque dentro de todo eso fue un hombre muy responsable, muy obligado. No tenía yo que, no te puedo decir que tenía el hambre por andar de Juan Tenorio. No, no. Da coraje de todos modos, tú lo vas a pasar [dice riendo]. Pero no, si son bien obligados y todo. El domingo, te digo que era ojo alegre, pos el día que descansaba. Y con los amigos, porque también le gustó. No borrachito como los que ya no fueron a trabajar (Eunice, 82^a, NB, ZMG).

Y en el caso de Mariana,

Era muy de ojito alegre pero nunca pensó él, digamos, de abandonarnos a nosotros o dejarnos a nosotros por irse a otro lado, a otra casa pues. Había veces, sí, pues sí porque se iba, se iba, trabajaba desde aquí hasta Nogales. Entonces, pos ay, iba él de estaciones y pues le salía alguien, pos yo creo que para cubrir sus necesidades [dice riendo]. Fíjate que a pesar de que él fue ojito alegre, nunca le guardé que rencor o algo, nada. Decía yo, pos ya pasó, ya esto, ya mis hijos ya crecieron, ya acá estamos (Mariana, 78^a, NB, ZMG).

Es importante destacar que en ambos casos la práctica de infidelidad de sus maridos, aun siendo molesta para ellas, parece no haberles dejado mella, pues ambas consideran que no abandonaron sus responsabilidades como proveedores y como padres de familia, incluso Mariana comprende que estar con alguien era una necesidad que él debía satisfacer por estar frecuentemente de viaje. Así lo explica,

Nunca me gustaba ser así porque decía: ¿para qué me voy a enojar? Al cabo que de todas maneras está en la calle. Ni modo que andar buscando a ver qué, pues no. Él salía a trabajar y regresaba, y a veces que nos invitaban a alguna fiesta íbamos y así pasaba. Sí, lo hablamos. Pues yo sabía que era así, pero no le di mucha importancia, no le di mucha importancia. Pues cuando yo me daba cuenta de eso, de que andaba con... Pues sí, pues me sentía mal, me sentía mal pues. O sea que me daba sentimiento, pero pues le reclamaba, pero no llegar a pelearnos, pero hasta ahí. [Y lo que sí no perdonaría] de que hubiera dejado la familia por irse a otra parte, a otra casa (Mariana, 78^a, NB, ZMG).

Esta percepción de parte de las esposas de maridos que han sido infieles parece encontrar respaldo en el sentido que para ellos mismos tienen estas experiencias, pues al relatarlas dan cuenta de las razones por las cuales esta práctica no constituía un riesgo para sus matrimonios. Así lo narran Misael y Julián. Cuenta el primero,

La infidelidad casi siempre está ligada a la sexualidad, es decir, si alguien busca alguna emoción lo hace no tanto porque esté, o cuando menos en mi caso, enamorado de la otra persona, sino deseosa, y en ese sentido, bueno, es más el deseo que la emoción, porque eso te lleva entonces a la ruptura, si es la emoción te lleva a la ruptura de la pareja, porque prefieres a la otra. [Y al hablar de sus experiencias extraconyugales cuenta que han sido] breves, breves sí, algunas. Pues, son cosas de la edad cuando eres joven, son cosas de la atracción, cuando la otra es atractiva, a veces son cosas que ni siquiera estás esperando y se dan. Entonces no, ninguna de estas relaciones ha sido permanente, o sea, duradera, sino que han sido meras circunstancias que se han presentado básicamente en el trabajo. Mi pareja estuvo enterada de una de ellas y tuvimos un conflicto que pudimos resolver, lo demás ha sido, este, reservado. He vivido una situación de deseo, pero no una situación de amor, para mí son dos cosas completamente distintas. A final de cuentas, tú puedes tener esta relación momentánea pero el cariño sigue estando en otro lado, con tu pareja inicial (Misaël, 74^a, NM, ZMG).

Y Julián,

Hay mucha tentación, mucha provocación, pero yo siempre llegué con mi esposa. Que yo sí conviví con mujeres así, relajándose o en el relajo, pero hasta ahí, yo nunca olvidé a mi señora, yo siempre llegaba el mismo, si tú quieres, como tú dices, pues hace uno a un lado lo que le pasaba o hizo, pero yo a mi casa llegué siendo el mismo. Esas situaciones, son, dicen por ahí, de paso. Sin ningún amor, ni cariño, simplemente porque se presentan los casos, o te digo eso porque yo nunca, nunca hice a un lado a mi familia. Yo siempre fui cumplido en todo, en todo. Yo nunca pensé en otra mujer (Julián, 73^a, NM, ZMC).

Como vemos, el tener relaciones sexuales ocasionales para ellos no supuso un vínculo emocional con estas mujeres, ni tampoco el desarrollo de emociones intensas ni mucho menos amorosas. Entre los hombres, son consideradas oportunidades que les proveen placer y satisfacción

momentánea y que considerarían un desperdicio no aprovechar. En este sentido, el no enamorarse de mujeres con quienes sólo se tienen relaciones ocasionales constituye una regla del sentimiento masculino. El sexo ocasional no genera ni debe permitirse el surgimiento de sentimientos amorosos.

La tolerancia femenina a la infidelidad ocasional masculina tiene detrás lo planteado antes respecto a la distinción genérica sobre la necesidad de ellos de tener mayor actividad sexual que las mujeres, así como el mantener siendo responsables de la manutención de la familia. Esta tolerancia parece provenir de una regla del sentimiento que prescribiría que, si él sigue cumpliendo con su rol de proveedor, en realidad mantiene el respeto hacia la esposa y la familia, elementos que funcionan como una compensación ante la infidelidad⁷⁸. Por otra parte, el aprovechar tener relaciones sexuales ocasionales para los hombres forma parte del mandato genérico masculino que de no seguirlo los tacharía de tontos.

En esta práctica se expresa asimismo el doble estereotipo sobre las mujeres propio del imaginario romántico, esto es, los hombres tienen relaciones ocasionales con mujeres que no valen la pena, con quienes no se casarían, ni tendrían hijos, ni las amarían; mientras que se casan con mujeres decentes, leales y tolerantes de sus aventuras, es decir, dispuestas a sacrificarse por el bien común, el de sus esposos e hijos. El no caer dentro del estereotipo femenino negativo, constituye también una motivación muy fuerte para que las mujeres asuman esta actitud y,

⁷⁸ Esto coincide con lo encontrado por Olga Rojas (2011-2012) quien sostiene que la infidelidad masculina es de lo más común en México, en todos los niveles socioeconómicos, siendo una práctica ampliamente tolerada a nivel cultural. Aun cuando las esposas estén enteradas de tales relaciones “prefieren tolerarlas en tanto sus esposos cumplan cabalmente con su papel como proveedores del hogar y con sus responsabilidades paternas” (Rojas, 2011-2012, p. 93).

como veremos enseguida, sean muy cautelosas en sus propias prácticas de infidelidad⁷⁹.

Pasemos ahora a las relaciones ocasionales femeninas que aparecieron en nuestros relatos, las cuales se significan de forma muy similar a las masculinas. Otilia nos narra,

Desde que estamos juntos yo sí he tenido otras relaciones, no cada ocho días ¿verdad? [risas], ha habido. En el transcurso de nuestra relación, yo sí he tenido otras relaciones momentáneas, pasajeras, de un día, pues una... una relación sexual, punto ¿no? que no han significado absolutamente nada para mí, y no han afectado en absolutamente nada nuestra relación de pareja. Lo mío así del momento, de momento, sí. De esas veces que sales de viaje y te encuentras de repente y al otro día dices “ay, ta bien” [ríe], “bueno, ni modo” (Otilia, 65^a, NM, ZMC).

Otro caso es el de Fernanda, quien admite haberlas tenido, “a veces, a veces”. Un caso distinto es el de Olivia quien da cuenta de este tipo de encuentros pasajeros una vez divorciada, por lo tanto, no serían propiamente conductas infieles, los cuales “considero que fueron experiencias más sanas y enriquecedoras. El haberlo vivido con otras personas me permitió conocer lo que es el placer”. Es claro que la infidelidad femenina en cuanto a relaciones ocasionales se refiere no es común a esta generación salvo en los casos en los que no se mantuvieron en la relación matrimonial y se dieron la oportunidad de probarlas. Asimismo, en estos casos, parecen seguir la misma regla del sentimiento que los

⁷⁹ La vigencia de estos estereotipos femeninos es un hallazgo repetido del que da cuenta Ivonne Szasz en su estado del arte acerca de la sexualidad entre varones en México. Existen mujeres consideradas decentes, tiernas, tranquilas y serias que controlan los impulsos masculinos; y las erotizadas, promiscuas, no confiables que incitan al hombre y toman la iniciativa. Con las primeras desean casarse, pero no gozan del sexo, mientras con las segundas tienen relaciones erotizadas, pero no amorosas (Szasz, 1998b, pp. 153-154).

hombres, el sexo ocasional no es para enamorarse del otro, sino para disfrutar y tener placer momentáneo.

Otro tipo de relaciones extraconyugales distintas a las ocasionales son aquellas que se conocen comúnmente como de “amantes”. En ellas las personas establecen un vínculo más duradero que, si llega a ser descubierto por la pareja, genera conflictos más serios que los que se derivan del descubrimiento de las relaciones ocasionales. La única relación de este tipo que apareció en nuestros relatos es la que narra Fátima respecto de su marido, la cual le fue dada a conocer por la propia amante de él, ella narra,

[Él] no creía que era ella la que llamaba a la casa, pero no dudó de la palabra de ella, de mí sí dudaba, pero de ella no. [Y a partir de ahí] pues sí, sí hubo un cambio, porque yo ya no le volví a tener confianza, así como entonces sí me afectó, porque dejé de ser completamente afectiva con él, totalmente, a partir de entonces (Fátima, 65^a, NM, ZMC).

En el caso de relaciones de amantes experimentadas por mujeres, éstas fueron más frecuentes que las ocasionales y les caracteriza la gran satisfacción que les proveyeron, por ejemplo, al establecer con ellos una comunicación íntima y profunda, como es el caso de Fernanda, quien habiendo estado ya divorciada tuvo varias, ella cuenta, “he tenido muchas parejas, por ejemplo, ahorita acaba de morir uno de mis alumnos con el cual me entendía. Si me dijeras ahorita con quién hubieras querido vivir, con él. Porque hablábamos de todas las cosas más difíciles y fáciles, y nos entendíamos”. En el caso de Jimena, ella se adhiere a este tipo de relación también estando divorciada por parecerle, además de satisfactoria, muy adecuada para ella por la forma de vida que desea a su edad,

Porque te comprometes en esa relación, pero no es un compromiso tradicional, ¿no? Y yo no me veo en una relación tradicional. Es decir, para mí, a estas alturas, yo estoy bien consciente que me sería muy difícil una convi-

vencia de 24 horas, ¿sí? En otro momento, eres como mucho más maleable, más adaptable. En este momento, para mí, éstas son las relaciones ideales. Es decir, tú, tu espacio... Y, en este sentido, también es el acuerdo con él. Ni yo voy a dejar mi familia, mi país, mi trabajo, mi casa y todo; ni tú vas a dejar lo tuyo, ¿no? (Jimena, 65ª, NM, ZMG).

Otras en cambio tuvieron este tipo de relaciones estando casadas, tal es el caso de Lorena quien narra, “yo sí tuve una o dos relaciones con otras personas, muy satisfactorias, pero situaciones que no permitieron vivir más allá, o sea, las vives, duran lo que duran ese tipo de cosas y ya”.

En estos casos, las experiencias dan cuenta del desarrollo de sentimientos más allá de la gratificación sexual, pues al tener lugar en reiterados encuentros, la comunicación y la intimidad lograron construirse aún en el entendido de no transitar a relaciones con mayor grado de formalización. En este caso, se asume un involucramiento emocional mayor pero dentro de los límites marcados por ser una relación oculta, no formalizada, pues “duran lo que duran este tipo de cosas”. La regla del sentimiento asumida consiste en estar dispuest@s al desarrollo de sentimientos amorosos, siempre y cuando no se ponga en entredicho la relación conyugal de cada un@⁸⁰.

Un nivel más allá en la intensidad del vínculo que se establece en las relaciones extraconyugales es lo que se conoce como relaciones paralelas, las cuales se desarrollan en plazos largos de tiempo a la par que las relaciones matrimoniales. Algunos de los relatos acerca de estas experiencias fueron enfáticos al afirmar nunca haberlas tenido. Así lo planteó Fernanda, “no, nunca he tenido dos al mismo tiempo, nunca”; y Lilia, quien sorprendida afirmó, “¿otras personas, junto con él? ¡Jamás! No, no, no”; y Olivia, “nunca, siempre respeté y le di su lugar a la pareja con la que estuve en ese momento”. La vehemencia de estas respuestas

⁸⁰ Es común en las relaciones de amantes que uno de ellos viole esta regla al enamorarse “demasiado” y esperar que el otro rompa su matrimonio, esperando se transite a la formalización de la relación.

revela lo interiorizado de la regla del sentimiento que se deriva del ser fieles. Dicha regla, como he mencionado antes, dicta el no ser capaces emocional y corporalmente, de amar o desear a dos personas al mismo tiempo.

No obstante, la renuencia expresada en los fragmentos anteriores, aparecen dos relatos más, también de mujeres, que no llegaron a concretar relaciones adicionales, pero sí desearon o fantasearon con tenerlas, tal es el caso de Fátima, quien comenta,

Ay, quisiera, pero no. [risas] no, no he tenido, no he tenido. No, no nunca lo hemos platicado, de hecho, yo a veces lo bromeo, porque bromeo mucho sobre esas cosas y este... él es muy bromista ¿no? entonces las mismas bromas que hace él, yo se las regreso, no le gusta mucho. Pero no, no creo. Bueno, a veces claro que se te va el ojo, pero pues no. El estar a dieta no impide ver el menú dice el dicho [risas] (Fátima, 65^a, NM, ZMC).

Mientras que Delia es más escéptica al respecto, ella dice, “mira, no me cierro a creer que se pudieran dar, pienso que es complicado, pienso que es complicado, no me cierro a creer que haya más parejas que lo puedan practicar, yo no, pienso que es complicado”.

Así como encontramos estas posturas entre nuestras entrevistas, descubrimos varias experiencias que dan cuenta de relaciones paralelas efectivamente vividas por algunas de ellas, tanto en su propia vida como en la de sus parejas hombres. Esta posibilidad se enlaza con un concepto mencionado en el capítulo anterior, el de tener una “relación abierta”, el cual encontramos presente en varios de los testimonios, lo cual remite al contexto cultural propio del período de juventud de esta generación, que puso sobre la mesa la discusión sobre la viabilidad de modelos alternativos de relación de pareja frente a la crisis en la que se percibía al matrimonio tradicional. La primera de ellas es la que narra Otilia, quien da cuenta de dos relaciones,

Te digo, no es que nos hayamos dicho “nuestra relación es abierta ¿eh?”, no lo hemos dicho, ¿sí?, pero hay principios, hay fundamentos, ¿sí? en donde basamos nuestra relación, y si estamos juntos, es porque hay mucho más que un acostón de uno o de otro fuera de la relación. No sé si me explico. Sí tuve, alguna vez. De él no puedo hablar ¿eh!, de él no puedo hablar. De mí sí, alguna vez, alguna vez sí hubo, hubo alguien ahí que, que nos vimos mucho más de una vez ¿no?, y sí había como un cierto atractivo ¿no. Posteriormente hubo otra situación, pero no hubo una relación sexual, fue una relación emocional, yo me enamoro de los intelectuales, de la gente fregona entonces, mutuamente nos gustamos muchísimo, pero era una conexión intelectual muy padre, muy bonita, y duró un buen rato, pero no relación sexual ahí, es de esas conexiones que se da, ¿no? Que nos hacíamos hasta falta, y nos hablábamos (Otilia, 65ª, NM, ZMC).

La postura de Otilia al respecto del planteamiento de las relaciones adicionales a la pareja formal, rebasa con mucho cualquier concepción de infidelidad tradicional, ella narra,

Hay una idea que yo creo en ella y que la tenemos claro los dos, la pareja no te cubre todas tus necesidades. Eso es falso. Te cubrirá el cincuenta por ciento, todas las otras necesidades del ser humano, te cubrirá el otro contexto y la otra parte de tu vida, y eso mucho son los amigos. Entonces, él sabe que él no me cubre a mí, muchos aspectos de mi vida, que yo tengo necesidades que él no me las puede cubrir, y entonces ni pio dice, ¿no?, es esta parte que te digo, por ejemplo. Yo me puedo amanecer con un amigo, y a lo mejor acostados en la cama, ¿sí? yo en un cuarto con mi amigo hablando de cine, y mi marido roncando en el otro cuarto, porque él no sabe nada de cine. ¿Sí me explico?, y él sabe que estamos hablando de películas o estamos viendo una película, la estamos criticando, etcétera, etcétera ¿no? O de literatura ¿sí? que vienen amigos a mi casa y nos quedamos las horas, y él se va a dormir porque ya estamos hablando del escritor, ya estamos hablando de cineasta, y él no le entra a esa dinámica y va y se duerme. Y yo ahí me puedo

amanecer con mis amigos hablando ¿sí me explico?, o sea, hay claridad en eso (Otilia, 65^a, NM, ZMC).

Un elemento que Otilia añade es la existencia de acuerdos previos, los cuales les otorgaban espacios de autonomía para ambos,

Nosotros desde que iniciamos nuestra relación de pareja, implícita y explícitamente, dijimos que pues si había alguna situación por ahí extra-pareja, pues mientras no afectara nuestra relación, está bien. Cada uno se responsabilizaba de lo suyo. Y hasta la fecha creo que es algo que sigue prevaleciendo entre nosotros, ¿no? O sea, no sé, si él tiene alguna otra relación y yo me entero, mientras no me lo diga él, él se tiene que responsabilizar de lo que él haga, ¿no?, finalmente es su cuerpo, es su vida (Otilia, 65^a, NM, ZMC).

Esta perspectiva rompe con las creencias mayoritarias de los miembros de esta generación. En ella aparece un concepto distinto acerca de la pareja, pues el formar parte de una no anula el espacio de autonomía para el otro; tampoco se adhiere al valor tradicional de la fidelidad; plantea que las relaciones con otras personas pueden enriquecer la vida de cada uno sin vulnerar el vínculo de pareja; y abre la posibilidad de amar a más de una persona a la vez. Tales planteamientos corresponden al imaginario que he denominado posromántico y que en el caso de Otilia se expresa con claridad. Y como veremos, no es la única que lo asume.

Tenemos el caso de Jimena, quien mucho antes de divorciarse, da cuenta de una relación paralela con alguien también casado que vivía en otra ciudad,

Él vive en México. Fuimos siempre una pareja clandestina. Él estaba casado, tenía esposa y dos hijos. Buscábamos momentos de encuentro, lugares intermedios, me avisaba, “voy a estar en tal lugar”. Conforme fue pasando el tiempo, lo tomamos los dos con más tranquilidad, y fue ese otro estilo de relación que yo creo que sirvió mucho, ¿no? Sirvió mucho porque

nos encontrábamos así, en los momentos que queremos, que podemos, y estamos únicamente para platicar... [Es una relación] a distancia, y no cambia, porque es así, como las grandes amigas, ¿no? Que puedes dejar de verlas, no sé, un año, cosas así, y hablas o la encuentras... Fueron muchos años, porque yo lo conocí a los 29 años y me divorcié como a los 45, aproximadamente. Entonces, teníamos, digamos, una relación continua, frecuente y, posteriormente, pues también, ¿no? (Jimena, 65^a, NM, ZMG).

En este relato, Jimena no compite con la esposa de su pareja paralela, con quien él mantiene el vínculo durante muchos años. Su meta no era casarse con él, sino vivir una relación profunda, íntima y prolongada. Un caso especialmente interesante es el de Lorena, quien inició relaciones paralelas a raíz de saber que su marido las tenía, lo cual la inspiró a cambiar su vida de forma radical,

Yo ya tenía claro que él tenía por allí otras relaciones, yo ya tenía claro, porque me rehuía, yo lo buscaba y él me rehuía y porque uno se da cuenta. Eso fue muy importante para decir, ni madres que tengo otro hijo, yo me pongo a estudiar y yo salgo de esto a como dé lugar y entonces fui haciendo mi vida por mi cuenta, para esto recuerdo muy bien en algún momento de algunos años, él me regaló un librito que se llamaba, un libro abierto, yo, lo debes conocer, o no sé, un clásico, y sobre todo en aquellos años, *Matrimonio abierto* era un escándalo, entonces yo lo leí y yo dije: “éste está loco yo no quiero eso”, pero nunca lo discutí, nunca lo discutimos, ni se lo dije, sencillamente como que comenzamos a hacer cada quien nuestra vida por nuestro lado. Yo entré a la facultad, entonces yo dije no, este es otro mundo, o sea, o sea se van abriendo las posibilidades cuando uno sale del ambiente familiar, conocer otra gente, yo estaba muy chula por supuesto, a mis 30 y tantos años y entonces pues bueno, los profesores, así como que me veían y, “Ay Dios, qué les pasa” verdad, este, y pues así fue, él siguió con sus cosas y yo empecé a entablar alguna relación. (...) Yo creo que fue muy importante que abrimos nuestra relación, no porque el libro decía, sino porque cuando yo vi que él tenía sus cuestiones, yo dije, ¡ah!, con permiso que yo también

las tengo, como si lo necesitara, la verdad es que yo también me enamoré y él se daba cuenta y llegaba yo tarde, o, ni una palabra, nada, seguimos viviendo juntos pero cada quien con su hebra ¿no? Y ya pues nos hemos hecho muy amiguitos, mucha cercanía, mucho apapacho, pero ya estos últimos años que él sabe que yo no tengo a nadie y que él no tiene a nadie. Como compañeros de vida, exactamente, porque finalmente a estas alturas uno no va a hacer nada (Lorena, 72^a, NM, ZMG).

Y haciendo un balance reflexivo sobre todo este proceso, concluye,

Fíjate yo siento que nos anticipamos mucho a las relaciones posteriores, porque me parece que eso debe ser muy común ahora, o bueno más común el divorcio, ahora la gente se divorcia y ya. Es que se dio lugar a una forma de relación que, que se adaptó de las dos partes y pues ahí estamos y no, no hubo confrontación. Hubo ciertos acuerdos, algunos implícitos, todos implícitos, todos, fíjate, ahora son más explícitos, porque ahora yo voy a ir a desayunar con fulanito “¿y a dónde vas?” más por el pendiente [por saber] en dónde estoy, si me voy a tardar, si hay problema de estacionamiento, “no, vamos a tal lugar está cerquita, no hay problema, unas dos horas” ¡ah! perfecto, tranquilo él, regreso, “¿cómo estás?, ¿qué hiciste? ¿y cómo está el señor?” “¡ah, bien!, fíjate que su mamá murió que no sé qué”, o sea eso ya es mucho más explícito que lo que nunca fue. Superamos todo lo que era el conflicto, la confrontación, que hasta se matan, oye, eso... No, fue una cuestión muy civilizada de las dos partes, ahora, tienes que saber que a este hombre lo he admirado mucho y lo sigo admirando porque es un hombre muy bueno, es un hombre muy inteligente, con muchas limitaciones con eso de que no habla de su persona, pero es un hombre interesante, entonces a la mejor eso me hizo que permaneciera, pues ahí estamos, la verdad es que ahí estamos, sobrevivimos (Lorena, 72^a, NM, ZMG).

Las experiencias de Lorena surgieron como una reacción a las relaciones extraconyugales de su marido, pero poco a poco les fue encontrando el sentido para ella misma y satisfacción, logrando conservar el

vínculo matrimonial gracias a este espacio de libertad individual que ambos se concedieron en el que privaba el respeto por el otro, al tiempo que se mantenía la cercanía emocional y la comunicación entre ellos a lo largo de décadas. Como vemos, el emprender relaciones paralelas en los casos de estas mujeres fue mucho más allá que buscar gratificación sexual en un contexto de frustración o insatisfacción conyugal, aunque para varias de ellas esas hayan sido las razones de origen. Implicó procesos reflexivos que desembocaron en tomar posturas proactivas dentro de sus relaciones sin romper con ellas, es decir, rediseñando el modelo cultural heredado y buscando y encontrando formas de organización de su vida íntima que en lo cotidiano fueron plausibles, y que no desembocaron en conflictos irresolubles ni violentos. Como Lorena dice, “nos anticipamos mucho a las relaciones posteriores”, lo cual muestra la conciencia clara de estas mujeres respecto a ser transgresoras del imaginario de su época y por la vía de los hechos, desarrollaron prácticas innovadoras y produjeron otros conceptos y significados sobre sus relaciones afectivas y sexuales⁸¹.

El caso de Mónica es igualmente rico en el grado de reflexión que nos muestra su relato respecto a los retos enfrentados por las mujeres de esta generación y la forma en que se ponen en juego de forma entrelazada varias reglas del sentimiento románticas. Ella narra cómo se sintió atraída por la idea de establecer una relación paralela, sobre todo por una situación de poca valoración en la que se encontraba por parte de su esposo,

De gustarme las personas, sí. Pero de estar físicamente con otra persona, no. O sea, sí es atractivo, sí me gustan y todo, pero no. Como que yo más bien los veo como personas completas. O sea, como que la persona tiene que tener más cualidades que me gusten a mí para que puedan gustarme sexualmente también. [Y] pues en una ocasión sí ocurrió. Pero dejé de frecuentarme con esta persona porque valoré. Dije, yo no, yo no puedo estar

⁸¹ Mannheim denomina a estas personas *precursoras* de un cambio por venir (1993).

con dos personas a la vez. O sea, no puedo. Tengo que decidirme con una sola persona porque para mí sería muy desgastante estar con dos personas. O sea, sí tuve la posibilidad, la oportunidad, el gusto de poder hacerlo con dos personas. Convivir con dos personas, pero. O sea, porque, pues no, no me había decidido. O sea, de dejar a mi esposo, dejarlo, no. Ya había valorado por la familia, por todo. Y de estar con otra persona también, no. Tuve que decidirme porque dije, no puedo, yo no puedo vivir con dos personas a la vez. Fue porque francamente Horacio estaba muy ocupado en sus cosas, en todo lo de su trabajo y no convivíamos mucho los dos. Porque por las niñas, por los tiempos. Eso de ir al cine, o sea, teníamos que ver con quién dejábamos a las niñas. O de ir a algún lado, a cosas de amigos, familiares, pero de convivir los dos, casi no. Por lo mismo, porque, pues nos comía el tiempo, las cosas. Entonces, y como te digo, porque para muchas cosas que yo hago, para Horacio no son importantes. O sea, no, para mi esposo no son importantes muchas cosas, porque no pregunta, no va más allá. Le platico y no va más allá. No hay interés fundamental en mí. En mi trabajo, de lo que hago, sí sabe y todo, pero no se interesa. O sea, cosas de mis amigas, de mis compañeras, o de mis gustos tampoco, ¿verdad? O sea, quizá, pues es muy frío, no sé. Pues así es a lo mejor él, ¿verdad? (Mónica, 69ª, NMA, ZMG).

El debate interno narrado por Mónica frente a la posibilidad de establecer una relación paralela revela el cómo sopesó los pros y los contras, al final, decide no emprenderla, lo cual remite de nueva cuenta a la regla del sentimiento femenina expresada al reconocerse incapaz de amar y desear a más de un hombre a la vez y que forma parte del imaginario romántico heredado. Este proceso expresa una cierta pugna entre dicha regla y un impulso inicial al ver la oportunidad frente a ella. El dirimir la situación muestra cómo ciertas experiencias, aunque puedan vislumbrarse con deseo, no son plausibles emocionalmente. Asimismo, ésta se acompaña del mandato genérico de cumplimiento del estereotipo de ser una mujer buena y decente, y de intentar a toda costa evitar el conflicto, todo ello en aras de mantener la paz y la estabilidad de la pareja y de la familia, no sólo en la propia sino también en la del otro,

Nos entendíamos en un aspecto de que a mí me gustaba platicar de eso, ¿verdad? Nos entendíamos bastante bien, pero ya de ahí pasar a otra cosa, ya no. Yo no, decidí no al paso porque no, no, este, pues yo no puedo, dije, no puedo estar con dos personas a la vez. Dije, tengo que decidir. No, no fue una propuesta verbal, pero fue algo físico, nada más. O sea, una atracción física de pronto, que surge en el momento, o sea, de momento, pero, este, que no llega más allá, ¿verdad? Es una atracción física, pero emocional y [dubitación], digamos, bella, pero nada más, ¿verdad? O sea, después dices, lo que sigue, pues ya no voy a dar ese paso porque lo pensé yo, dije, pues no, no me haría tan feliz, ¿verdad? A mí. Estaría yo en conflicto. Tampoco quiero estar en conflicto. Para mí él, o sea, siempre razono y digo, no, esto me va a provocar más problemas de lo que yo puedo. De que yo no quiero estar en esa situación. No, pues sería un año, dos años, algo así. También era casado. Sí, estaba casado y, además, pues a lo mejor no era, ni siquiera me había propuesto, ¿verdad? Con el tiempo pienso que estuvo bien. O sea, no creo que hubiera sido [dubitación], hubiera sido satisfactorio, posiblemente, sí. Y también me hubiera reconfortado en una parte de mí. Pero no, mi vida es más amplia. No es sólo eso. Yo tengo muchas cosas qué hacer en mi vida, que hago en mi vida diaria, cotidiana, que no lo llenaría esta persona. No llenaría todo. Yo tengo muchas cosas, ¿no? Que no, no hubiera sido del todo tan satisfactorio. Yo no puedo estar con dos hombres a la vez. O sea, no puedo. O sea, no, no va conmigo. No va, no me siento tan, tan bien en ese sentido. Yo no me siento bien así. Entonces tengo que decidirme y, pues claro que mi vida con Horacio era más, más cosas. Eran más cosas que con esta persona y no, no, no llegué ni siquiera ni a pensar en dejar a Horacio (Mónica, 69^a, NMA, ZMG).

Un aspecto especialmente interesante en cuanto a las prácticas de infidelidad se refiere a la situación que se enfrenta al enterarse de que la pareja ha sido infiel o lo es. Desde mi punto de vista, este momento obliga a los miembros de las parejas a un proceso de reflexión intensa sobre los límites dentro de los cuales pueden tolerar la situación y hasta qué punto pueden sobrellevarla; o, al contrario, mostrar una actitud

intransigente lo cual genera la exigencia de que tal situación termine, dando lugar a la confrontación y hasta la ruptura.

En otros casos, lo que genera el conflicto no es el hecho de saber que el otro tenga otra relación, sino que ésta no quede circunscrita dentro de sus propios límites, afectando la relación principal y a los hijos, así lo expresa Fátima,

A mí lo que me molestó fue que la muchacha me hablaba por teléfono y entonces yo hablé con ella y le dije: no me estés molestando, ya te dije que no me molestes y más porque no sé qué tantas cosas le dijeron a mi hija y mi hija se soltó llorando, ahí fue cuando a él le cayó el veinte, porque él dudaba que me hablaba y yo hablé con esa muchacha y le dije, no me hables, ¡me hablaba 10 o 15 veces al día!, no tenía identificador, hasta que tuve identificador. Y entonces yo contestaba y era ella, y era ella, hasta que me molesté y le dije, tú me vuelves a hablar por teléfono y entonces yo te voy a evidenciar de que andas con mi marido, no estamos casados y no se ha ido porque no quiere, yo ya le dije que se fuera, pero no quiere. [Y consideró terminar la relación] por eso, porque me molestaba mucho. No porque él tuviera la relación (Fátima, 65ª, NM, ZMC).

Otros relatos señalan que lo más difícil de enfrentar en estas situaciones no es en sí misma la infidelidad, sino el engaño, así lo cuenta Raquel,

El que tuviera una relación con otra persona, lo podría perdonar... lo que no podría perdonar es la mentira... el engaño. ¿Por qué? porque precisamente la relación se basa en la confianza y si por algo, te atrae una persona, dímelo, lo podemos hablar, entonces era sencillo que él dijera qué bonita está esa mujer, si tiene ojos en la cara, pero no me ponía celosa, yo sé que simplemente es una opinión, un atractivo, malo sería que se quedara viendo y lo negara (Raquel, 80ª, NMA, ZMC).

En estos testimonios es claro que el valor de la fidelidad no posee en los hechos la posición primordial enunciada al inicio de este capítulo,

sino que por encima de él está la voluntad del miembro de la pareja ofendido por permanecer juntos a lo cual se suma la exigencia de ser honestos uno con el otro. No obstante, en algunas ocasiones, el descubrir que la pareja ha sido infiel genera sentimientos de rencor y dolor que llevan al deseo de divorciarse, aunque una vez más la intención de estabilidad y armonía familiar se impuso, así lo narra Mónica respecto a la relación que supone que tuvo su marido con otra mujer,

Pues iba, platicaban muy a gusto, yo creo, se entendían muy bien. Este... [dubitación], pero yo esa situación, ahora que lo veo, digo, pues sí es infidelidad. O sea, porque emocionalmente no es con tu esposa con la que estás compartiendo bonitos momentos en la vida. De tu vida. No es la esposa, es otra persona. Entonces yo así lo siento, que digo, ay, entonces ya, claro que no hubo, no hubo mayor. Yo digo que ya no la frecuentó. Después supe que ella se había divorciado y así cositas. Y ya, pues he olvidado, ¿verdad? Yo muy molesta, muy sentida y claro que, “ay, no”. No, pues negó todo. Todo negaba. Que no, que no era cierto, que no sé cuánto. Y entonces, recuerdo, le dije, yo estaba tan dolida, que dije, yo mejor me divorcio, ¿verdad? Pero nunca quería concretar eso, porque pensé, no, pues ya se va a casar mi otra hija, ¿verdad? Dije para qué hago estos teatros antes de que se case y yo vaya a obstaculizar todo, ¿verdad? Y pues no, no. Ya no pasó y claro que ya no la frecuentó a ella, yo creo, porque ya todo se fue normalizando. Y pasó el tiempo y todo y nunca planteamos el problema de divorcio ni nada, casi todo es en mi mente, ¿verdad? Casi todo (Mónica, 69ª, NMA, ZMG).

Un relato desde el punto de vista opuesto es el de Gilberto, quien tenía otra relación y su esposa,

Pues se lo imaginaba, pero su religión le ayudó a eso. Yo creo que ella le ayudó mucho su situación de niña cómo vivió su vida con sus papás. Hay una teoría para ella que yo la noto muy práctica e inteligente, de que dice, a ver, yo prefiero vivir y que me sea fiel el papá de mis hijos, a que al rato lo más seguro es que yo si dejo a mi esposo al rato conoce a otra pareja y me va

a ser infiel, y no es el papá de mis hijos, ¿qué va a pasar? Voy a desintegrar mi familia, le voy a privar a mis hijos de que estén el 100% con su padre, y este al menos me pone el cuerno, pero no me golpea, no me pasa hambres, no esto, no tengo problemas de esto y lo otro, y el otro quién sabe. Porque lo ha visto con sus amigas, sus compañeras que tuvo en la escuela. Todas las que se divorciaron, se casaron ¿y qué hubo? Mismo diablo, o mismo infierno, diferente diablo, les contestaba. [Y su esposa] les decía a muchas [amigas] que la trataban de pendeja, yo amo a mi marido dice, y ahí estoy, así lo conocí, no me lo saqué en una rifa. Entonces dices tú, pues sí. Y luego yo me pongo en su lugar, dije ¿yo qué hubiera hecho si me hubiera puesto el cuerno mi vieja? Pues qué bueno que no me lo puso porque quién sabe qué hubiera pasado (Gilberto, 67^a, NMA, ZMC).

En ambos casos es evidente la tolerancia mostrada por las esposas que revela la regla del sentimiento que describí antes, así como su capacidad para perdonar a sus maridos, aun habiendo descubierto que tenían relaciones paralelas, una vez más, la infidelidad no es imperdonable, como algunos sostenían, sino que en la valoración moral ante ésta se sopesan elementos diversos de la vida familiar, como son la manutención, llevar una vida tranquila, continuar casada con el papá de los hijos, la confianza y la comunicación ganada con el tiempo. En este balance, una vez más aparecen la resignación, la tolerancia y la abnegación como sentimientos fundamentalmente femeninos que permiten sobrellevar las situaciones de crisis que se asumen como pasajeras, en aras de una durabilidad mayor.

Esto no implica que no ocurran casos contrastantes, como el de Eunice,

En una ocasión, yo me di cuenta dónde tenía mi señor su querubín, y cómo se arreglaba y ¡válgame, Dios! Cuando llegaba diario llegaba al baño y a cambiarse, y: “ahorita vengo”. Y yo ya traía sospechas, yo dije: “este...”; ¡Ah!, porque dijo: “Voy a ir con mi compadre Andrés”. Yo dije: “No, no me huele bien”. Y andaba al pendiente, y le dije a mi hija la mayor: “Fíjate si

tu papá atraviesa la calle pa' acá o no". Y sí: "ya vi que mi papi se fue para allá". Agarré pistola, una cadena vieja grande que tenía él y le dije: "ahorita vengo, eh". Y yo creo que el coraje me hizo volar porque le gané, y ya cuando estaba yo en la privada pues, él ya también venía pa' donde venía la muchacha, pero me vio y se fue. Y que le sigo; te digo que andaba volando yo porque lo alcancé. Él chiflaba mucho, diario andaba cantando en chiflido. Pero yo bien enojada le dije: "¿Sabes qué? ¿Por qué no llegaste a donde ibas a ir?", "¿A dónde iba a ir!", "Pues adonde te vi". Alegamos y le dije: "¿Sabes qué?". ¿Puedo hablar lo que fue? "¿Sabes qué? Hasta huevos te hacen falta pa' llegar, pero yo sí los traigo y ahorita voy a llegar y va a pasar esto". Y sí, me regresé y le llegué a la muchacha, y la golpeé a ella y a una hermana que se metió, y un perro que ya me tragaba. También con la cadena lo contenté. Mira, en ese aspecto, cuando yo le descubría sus fechorías con otras, pos te digo que yo soy, fui más rencorosa. Este, yo no consentía ni que me dirigiera la palabra, menos que me tocara ¿edá? Y él lo sabía. Cuando no me daba cuenta, pues, aunque hubiera querido hacer algo, porque no avisa, uno los cacha cada rato (Eunice, 82ª, NB, ZMG).

En este caso, ante la ofensa cometida por su marido, Eunice recurre al enojo, al rencor, al empoderamiento ganado por ejercer agresión física, al alejamiento y al dejar de hablarse.

Un aspecto adicional en torno al asunto de la ocurrencia de relaciones sexuales por fuera de la relación matrimonial y que fue varias veces mencionado como razón para no tenerlas fue el miedo a contraer enfermedades venéreas o de transmisión sexual como el VIH-SIDA. Así lo declara Sixto, "oportunidades hubo, pero no se hizo, yo le tengo miedo a las enfermedades"; lo mismo que Fabián, "soy muy cuidadoso de que me vayan a pegar una fregadera. Pues más bien por respeto y por higiene, piensas que te peguen algo y luego tengas tu pareja". En el caso de Sergio, él distingue tipos de mujeres de las que es más probable que le hubieran contagiado algo,

Como dicen, de 50 para abajo, sí andaba. Muchachas y viejitas, como quieran, ¿edá? Pero, digamos, nunca, nunca me pasó una enfermedad, como muchos, pues que tienen mala suerte. Allá en el campo me llevaba, su botecito de penicilina porque los amigos ya se los habían fregado [risa]. Ay, pa' qué se meten con gentes así y así. No. Yo nunca anduve con cantineras. ¿Cómo se llaman? De esos, en los bules y la fregada, no, no, no, no. Esa no, no, no, no. Yo, este, este, cómo le decían, gatitas, criadas, ¿verdad? Allá en las colonias. Me iba hasta Chapalita con una novia. Esa muchacha, pues era muchacha, que no se acostaba con nadie. Ey, no, no, no. Así es de que pos sanitos, sanitos, ¿verdad? [Mientras estuvo casado] nunca me acosté con otra muchacha (Sergio, 90^a, NB, ZMG).

Este fragmento revela con nitidez el estereotipo femenino negativo del cual los hombres deben alejarse, el cual aparece también en el caso de los relatos femeninos, pues ellas también expresan temor hacia las mujeres “malas” pues representan un riesgo que los maridos podrían traerles a ellas mismas. Laura cuenta, “yo le decía mucho que no se fuera a ir a un lugar porque en una relación no había sida, pero hay enfermedades. Yo le decía, ten mucho cuidado porque eso es muy malo. No, sí, pero pos quién sabe”; en el caso de Mariana, ella alude a este riesgo cuando define lo que entiende por fidelidad en la pareja,

Cuando se está en pareja, y que, pues el hombre anda afuera, significa que no te acarree enfermedades. De que estás siempre limpia de tu organismo y de todo, pues no andas con cosas. Porque tanta pobre mujer que se ha enfermado en problemas así que el hombre anda en la calle, ¿verdad? Las enferman y enfermedades feas, y él nunca me trajo enfermedades de esas, gracias a Dios (Mariana, 78^a, NB, ZMG).

Como vemos, los atributos de mujeres consideradas “malas”, es decir, promiscuas, son compartidos por hombres y mujeres, para ambos significan una amenaza a la salud sexual y un motivo más para conservarse dentro de las prácticas de fidelidad.

En suma, los valores de la fidelidad y la monogamia son fundamentales para esta generación pues la mayoría de los relatos así los declaran de forma contundente, y una parte un poco menor en forma relativa. En la práctica cotidiana, la infidelidad masculina es reportada en la experiencia de algunas mujeres cuyos maridos la han vivido –sobre todo en su forma de relaciones ocasionales–, y algunos pocos de nuestros entrevistados también expresaron haberlas tenido sin involucrarse emocionalmente. Es clara la existencia de una regla del sentimiento tanto para hombres como para mujeres que asocia el sexo casual con el no involucramiento emocional.

La riqueza experiencial más grande de estos relatos la encontramos en los relatos femeninos venidos de la descripción de relaciones paralelas, los cuales dan cuenta de los procesos reflexivos que les motivaron, así como el que involucran aspectos de las relaciones humanas más amplios que la búsqueda de satisfacción sexual, reelaborando en el discurso y en las prácticas el formato de relación conyugal tradicional que para esta generación comenzó a ser un reto al cual no fue posible renunciar. Así lo revelan las narraciones de Jimena, Lorena, Mónica y Otilia especialmente. Estos casos expresan de forma nítida el impulso y la energía de la *generación del cambio* que permeó también a la generación de adultos medios que abordaré en el capítulo siguiente. Resulta intrigante conocer lo que los hombres callan respecto a esto, pues asumo que podrían haber vivido procesos similares, pero no se consideran capaces de narrarlos o autorizados moralmente para describirlos.

La trayectoria sexual de las parejas

La trayectoria sexual de las parejas es una de las dimensiones menos trabajadas en la investigación sobre sexualidad. Parto del principio de que la sexualidad no es estática, sino que se va modificando conforme cada miembro de la pareja cambia en lo individual y envejece, así como la pareja transita por diversas etapas. La evolución de la vida sexual es afectada, además, por diversos factores a lo largo de los años, por ejemplo, el tiempo va disminuyendo la necesidad de la frecuencia de

las relaciones sexuales; tal y como diversos autores describen, la vida sexual es más intensa en la primera fase del enamoramiento y va decayendo mientras aumenta el grado de su institucionalización (Alberoni, 1987; Fisher, 2004). Por otra parte, la llegada de los hijos impacta la vida sexual y no siempre se recupera cuando estos crecen. Es común que uno de los miembros de la pareja tenga mayor necesidad de prácticas sexuales que el otro, mientras que tener problemas económicos les causa estrés y angustia, la carga laboral les genera desinterés e inhibe la libido, y los problemas propios de los hijos –sobre todo cuando crecen–, son elementos que inciden en que la vida sexual se vaya transformando, así como la propia experiencia del deseo en términos individuales.

Por lo que respecta a los cambios experimentados con la llegada de los hijos, los relatos de l@s entrevistad@s dieron cuenta, tanto de haberlos sufrido como de no haberlos advertido. Entre los primeros se encuentran los siguientes, Luisa narra que su vida sexual cambió “pues un poco, porque también tenías que atender a los hijos y estabas ocupada, y después de muchos años pues también por la enfermedad, pues todo va pasando verdad, va siendo menos”. Otilia por su parte narra, “por supuesto que la de nosotros también cambió ¿no?, porque la atención ya no está al cien con la pareja, la atención está en el cuidado de los hijos, más a veces de la mujer, más a veces del hombre, sí cambia, definitivamente”. Con ella coincide Mónica, “pues ya es menos, y por atender a la bebé y todo, pues ya fue siendo menos, ¿verdad? Yo creo”.

Para Delia, el cambio ocurrido al llegar los hijos se relaciona también con el abandono de la juventud, dice, “ya no estaba uno igual de descansado, no había el mismo tiempo, todo son etapas que van pasando, la juventud hace que tengas más actividad sexual, va por etapas”. Parte de esta etapa de tener a los hijos pequeños coincide con exceso de trabajo doméstico y exceso de trabajo remunerado para los hombres, elementos que sumados pueden provocar el distanciamiento entre las parejas, así lo expresa Lorena,

Con la llegada de los hijos se va enfriando el asunto, por los embarazos, por los niños, porque el niño llora, porque hay que atender al otro, por lo que tú quieras, y comenzó a abrirse una distancia, porque él trabajaba como loco, yo me quedaba en la casa con los niños, también como una loca con todo lo doméstico, pero contenta, debo reconocer que esos años los disfruté mucho, a mis hijos chiquitos (Lorena, 72^a, NM, ZMG).

Este enfriamiento de las relaciones puede llegar incluso a situaciones más radicales, como lo cuenta Sergio, “así nomás. No supe ni cómo ni por qué sucedió. Ándale, pues. Tú en tu cama y yo en la mía”. A pesar de ser evidente el impacto de la presencia de los hijos en la vida sexual, esto no disminuye la importancia que la regla del sentimiento de desear tener hijos tiene para esta generación, sobre todo para las mujeres.

Por otra parte, están los testimonios de quienes relatan que su vida sexual no cambió con la llegada de los hijos, así lo consideran Julián, Eunice y también Fátima, “no, no lo creo... no lo creo que la haya cambiado. No, no afectó”. Para Raquel, que esto no ocurra se debe a un cambio de actitud de las mujeres, así lo explica,

No... no, Yo sé que a muchas mujeres afecta, pero hay un detalle, esas mujeres empiezan a querer más a sus hijos que al esposo, y hacen a un lado al esposo por amar al hijo, yo sabía... igual que mi madre lo decía, los hijos son después que el esposo. El centro es la pareja, no los hijos, pero sí sé que hay muchas mujeres que hacen a un lado al esposo (Raquel, 80^a, NMA, ZMC).

Este riesgo de que el marido se vea desplazado de la atención de la esposa por atender a los hijos lo expresa Misael, “hubo un momento en que hubo que atenderlos, representaron un desapego hacia a mi persona para atender a los hijos y eso evidentemente alteró el ritmo de la relación”. En estas situaciones se revela el trabajo emocional desarrollado por ellos para soportar el desapego.

En otros casos la vida sexual en realidad no cambió, pues como narra Olivia, ya era mala, “de por sí era escasa porque mi esposo estaba muy

poco en la ciudad, entonces no te creas que cambió mucho, se espaciaron más los momentos en donde había intimidad”.

El no tener hijos ocasiona también cambios en las parejas, así le ocurrió a Félix, quien luego de un tiempo de no poder embarazarse consideró la posibilidad de separarse de su mujer, él narra,

No podíamos tener hijos. Nomás nosotros sabíamos: “bueno, pues no sirves, no sirves tú, no sirvo yo ¿Quién no sirve? Vámonos dejando”, entre los dos nos pusimos de acuerdo, pero no sé, lo pensó ella: “no pues, hay que esperarnos un tiempo”. No pues ya cuando menos esperamos, vinieron los dos, los dos chavos (Félix, 74ª, NB, ZMG).

Como vemos, la llegada de los hijos en algunos casos no impacta la vida sexual, que pudo haber sido mala con anterioridad, pero en muchos otros sí, tanto por el trabajo y la atención que éstos exigen; por el tránsito a una etapa de madurez en los que el ímpetu juvenil queda atrás; por la carga en particular que significan para las mujeres; o también porque los hijos no llegan, cuando se asume que hay un momento en que “se debe” cumplir con esta meta y se experimenta decepción por el incumplimiento de una regla del sentimiento que dicta el desear tenerlos y no lograrlo, lo cual se expresa en la frase: “no sirves tú, no sirvo yo”. Cabe señalar también la sensación de desatención experimentada por algunos hombres de parte de sus esposas frente a la demanda que los hijos les generan, lo que denota la idea de haber sido sustituidos en la intensidad de los afectos.

Otro aspecto sobre el cual emergieron narraciones fue sobre cómo consideraban que había sido su vida sexual a lo largo de su relación de pareja, lo cual les invitaba a hacer un balance retrospectivo al respecto. Algunas respuestas se perfilaron hacia una valoración positiva sin hacer mucho énfasis en ello, tal es el caso de Julián, quien dice, “pues ya se pasó el tiempo y ya no es igual, pero el amor no se acaba”; y de Raquel,

Obviamente va bajando, no es lo mismo cuando te casas, recién casada, a cuando ya tienes años de casada... pero se va refinando otra parte, entonces la vida en pareja fue, yo decía normal, no sé si fue normal, para mí era normal y satisfactoria, no tenía necesidad de andar buscando satisfacción en otra parte, quizá también para él lo era, porque no había tabúes... (Raquel, 80^a, NMA, ZMC).

Otras expresan balances más bien negativos, a raíz de la actitud cerrada hacia el sexo de parte de sus maridos, así lo manifiesta Olivia, “pienso que fue una relación muy escueta en el ámbito de la sexualidad y que no conocimos todas las posibilidades del acto sexual”; y también Fernanda, “[la] juventud se desperdició por ignorancia, por rechazo, por miedos. También la parte de mi esposo de negarse a la sexualidad fue por prohibiciones de su infancia, porque estamos hablando de épocas que todo estaba prohibido. Y si a una mujer le prohíbes masturbarse, no se va a notar, pero si a un hombre le prohíbes, pues no va a tener erecciones”. Por cierto, tanto Olivia como Fernanda, se divorciaron de sus maridos.

Otros testimonios dan cuenta de visiones en retrospectiva que acusan dolor y rencor acumulados a lo largo del tiempo y que tuvieron como raíz una infidelidad de parte de ellos, tal es el caso de Mónica, para quien el deseo se apagó a raíz de no perdonarlo,

Ya no es número uno para mí. O sea, no es. Porque pues te digo, a raíz de la infidelidad entrecomillas que te digo, este, más bien, de las molestias que yo sentía por no ser tan atendida, ¿verdad? Como que es una cosa que, a lo mejor, pues ya no realizo, ¿verdad? Por eso lo hago a un lado, a lo mejor lo minimizo a él. No sé, no sé. Algo pasa, ¿verdad? Pero no es número uno para mí. Sí, qué más. He olvidado, pero yo no lo perdono. Claro que no. O sea, soy muy dura, ¿verdad? En ese sentido. Entonces, este, las relaciones después de muchas cosas. Digo, no. Después de eso, ¿verdad? Después de esa situación, ya no, ya no, las relaciones no son iguales. Desde el punto de vista sexual, ya no, no fueron iguales (Mónica, 69^a, NMA, ZMG).

Otros relatos atribuyen la transformación de la vida sexual al tránsito de la propia vida, al transcurrir de distintas etapas, Sixto lo explica muy gráficamente,

Funcionó muy bien, hasta hay edades para cada cosa, cuando eres joven te brincas bardas, después ya no brincas. Como una señora dice “mi matrimonio tiene como una editorial, primero es como un periódico, diario, diario, diario, después se hizo semanal, después se hizo quincenal, después se hizo semestral y después se hizo anual” y así se va perdiendo a poco de los años según las edades. Como te digo, lleva un ciclo, esto se fue enfriando pues por motivos de trabajo (Sixto, 80^a, NM, ZMC).

En este relato vuelve a aparecer el discurso biologicista que describí en secciones anteriores que asocia intensidad sexual con juventud. En esta perspectiva, la trayectoria que va de la juventud a la vejez implica necesariamente el decaimiento de las prácticas sexuales, por lo que no parece haber un sentimiento de frustración al respecto, sino de aceptación de “lo natural e inevitable”. Esto revela la existencia de una regla del sentimiento que define el aceptar la disminución o desaparición de las prácticas sexuales al asumir que es causada por factores biológicos, lo cual redunda en la reducción de las expectativas en este plano de la vida.

El relato de Misael ilustra aún más esta creencia al hablar de lo que él llama el ímpetu de la juventud,

Yo me supongo que los cambios son producto de la madurez y de la edad, si uno de joven es fogoso y muy activo, conforme va desarrollándose, va envejeciendo, también se va perdiendo el ímpetu anterior, no es que se deje de quererse, pierde el ímpetu anterior y empiezan otras cosas, este, otras motivaciones (Misael, 74^a, NM, ZMG).

Como vemos, aún en los relatos que hacen un balance positivo de la trayectoria de pareja la evaluación del componente de la vida sexual es

más bien tibia, destacando otros aspectos de la vida en común como la compañía, el apego, el cuidado mutuo, la comunicación y el amor estable; todos ellos componentes de lo que Sternberg (2000) denomina como intimidad, y que para este autor es el aspecto de más “lento cocimiento” en las relaciones de pareja pues requiere de años. Al mismo tiempo, la intimidad reditúa gratificaciones aún más intensas y durables que la pasión y el compromiso, los otros dos componentes del amor entre las parejas en su teoría triangular.

Conclusiones

Entre los hallazgos descritos aquí encontramos que con respecto al lugar que la sexualidad tiene en la vida de las parejas existen diferentes valoraciones al respecto, para algunas ha revestido gran importancia, para otras, media y en otras más, baja, hasta llegar a la consideración que no tiene un lugar entre sus prioridades, lo cual se corresponde con el hecho de que, en muchos casos, la vida sexual entre sus miembros ha desaparecido. Esta insatisfacción sexual se revela en particular entre las mujeres, misma que fue asumida en la mayoría de los casos realizando un trabajo emocional de asunción de la situación manifestado en un sentimiento de resignación y aceptación que posibilitó que no se convirtiera en una causa suficiente para poner fin al matrimonio. Sin embargo, en los casos de las mujeres que se han divorciado, las situaciones de gran frustración en la vida sexual con sus esposos no fueron aceptadas sumisamente, sino que las llevaron, junto con otras razones, a romper la relación matrimonial. Algo importante en las mujeres que han emprendido segundas o terceras relaciones de pareja, es que declaran haber obtenido mucha mayor satisfacción en su vida sexual, así como el haber conocido la experiencia del orgasmo. Esto coincide con los hallazgos de Ana Vásquez-Bronfman (2006) quien en su trabajo con 20 personas mayores en España y Francia encuentra que quienes han permanecido con la misma pareja, 6 de 20, solo 4 de ellos/as se sienten satisfechos con su vida sexual. Es común que quienes hayan tenido parejas posteriores hayan aprendido mucho más sobre el placer y la gratificación en ese

aspecto. Las personas que han tenido varias parejas “destacan que han aprendido ‘a dúo’ y que cada pareja les ha mostrado otra faceta, otra manera de hacer el amor” (p. 244).

Por lo que toca a las prácticas sexuales en la vida cotidiana, los hallazgos señalan que la actividad sexual entre nuestr@s entrevistad@s, en congruencia con lo dicho en el párrafo anterior, es algo poco frecuente sino más bien completamente ausente, aunque cuando narran cómo era en su juventud, se reporta una intensidad media, “normal” para esa etapa de la vida. Como dije antes, existe una concepción evolucionista del desarrollo de la vida sexual cuyo núcleo es la capacidad reproductiva, considerando el abandono de la juventud como el inicio del declive tanto de las capacidades físicas como del interés en esta dimensión de la vida. Estas mismas concepciones aparecen en el apartado sobre trayectoria sexual de las parejas. En los relatos de l@s entrevistad@s se revela el trabajo emocional que cada uno desarrolla para lidiar con esto, asumiendo una regla del sentimiento que les dicta la aceptación del decaimiento “biológico y natural” de las prácticas sexuales por ser mayores. Esta aceptación se facilita al ser éste un discurso social de gran peso en la cultura mexicana, que a su vez incluye un estigma negativo alrededor de las personas mayores que se interesan en el sexo, el cual los asocia con patologías sexuales o desvergüenza y depravación moral⁸².

⁸² Un trabajo que realiza una genealogía de este discurso hegemónico sobre la sexualidad y la vejez es el de Gustavo Garita (2004). El autor describe tres procesos históricos que lo construyen: en primer lugar, el predominio de una concepción culpabilizadora del placer sexual que asocia sexualidad con peligrosidad, pecaminosidad y prohibición, donde la religión juega un papel central y que nutrió la educación en la infancia de quienes ahora son viejos; en segundo lugar, se asocia sexualidad con procreación, cuestión que desplaza el placer sexual, reprime el deseo, el erotismo y la sensualidad entre los cuerpos; en tercer lugar, predomina la visión de la sexualidad como genitalidad que parcializa y limita la experiencia sexual y la reduce al coito (pp. 64-65). Estas concepciones son el fundamento de las creencias y mitos en torno a la sexualidad en la vejez que produce una imagen de hombres y mujeres mayores asexuales.

Esto contrasta con lo que ocurre en otros contextos. Por ejemplo, en el estudio de Ana Vásquez-Bronfman (2006), ella menciona entre sus hallazgos “descubrir la calidad e intensidad de la vida sexual de las personas mayores” (p. 189). Este hecho es interpretado por la autora en el sentido de que, “durante su vida de adultos, surge una nueva manera de apreciar la sexualidad y la vida misma” (p. 154). Me parece fundamental considerar que las formas de ser adultos mayores, como dije al inicio del capítulo, es heterogénea y en ella caben una enorme variedad de formas de vivir. El caso de los adultos entrevistados por ella tienen acceso a servicios de salud de buena calidad, disponibilidad de tiempo libre, autonomía económica y habitacional, se sienten plenos de energía, salen de vacaciones y hacen ejercicio. Además, tienen amplias redes de sociabilidad, son internautas y se sienten más jóvenes que la edad que tienen. Es claro que se encuentran en una situación estructural muy positiva que incluye el disfrute de la jubilación y ninguno reporta ser cuidador de sus parejas o de sus hijos/as y o nietos/as. Con relación a esto es importante señalar que entre nuestr@s entrevistad@s, además de estar inmersos dentro del contexto cultural mexicano, hay mención del sufrimiento de enfermedades que han impactado directamente en la vida sexual disminuyéndola o impidiéndola, que son más graves que las escasas referencias a los efectos de la menopausia en las mujeres o las nulas a la disfunción eréctil de parte de los hombres. Asimismo, hay varios casos, en los que se expresa cómo la vida sexual bajó de intensidad por la ocurrencia de enfermedades crónicas que han demandado el desempeño intenso de labores de cuidado.

Otro aspecto revelado al explorar las prácticas sexuales fue la vigencia del débito conyugal que impacta en el hecho de que en la vida cotidiana de las mujeres de esta generación, no fuera algo plausible el resistirse al deseo masculino, cediendo a tener relaciones sexuales con ellos aún sin tener ánimo de hacerlo por diversas razones, entre las que destacan, el cansancio venido del cumplimiento de las labores reproductivas, el cuidado de los hijos o la desatención afectiva y emocional de sus parejas. Con relación a esto, detecté la existencia de dos reglas de sentimiento, la

primera dicta que la gratificación sexual del marido es más importante que el propio desgano sexual; mientras que la segunda se refiere a la aceptación resignada del déficit de atención del marido hacia ellas, en aras de conservar la relación. En ambos casos, las mujeres desarrollan trabajo emocional para su logro, el cual se enmarca en una cultura patriarcal asumida de forma completamente naturalizada, que constituye a su vez una regla del sentimiento para ambos sexos, así como el mandato genérico femenino de “ser para los otros” (Lagarde, 1990).

En combinación con estos hallazgos, descubrí que también ocurrieron rupturas drásticas respecto a la generación anterior. Una de ellas es el abandono de las creencias religiosas sobre todo de aquellas parejas que tuvieron acceso a educación técnica o superior y que a su vez les permitieron a las mujeres ser usuarias de pastillas anticonceptivas, proveyéndoles de un mayor poder y autonomía respecto de su vida sexual y reproductiva. Tales decisiones no estuvieron exentas de costos sociales y familiares, los cuales fueron asumidos de forma responsable por ellas.

En el punto acerca de los amigos y enemigos de la vida sexual, encontré cómo condiciones económicas estructurales son factores explicativos de la baja calidad de la vida sexual de las parejas y de las pocas posibilidades de desarrollar relaciones de mayor intimidad entre ellas. Cabe señalar la relevancia de situaciones de frustración sexual para ambas partes debidas a distintas razones; así como experiencias de distanciamiento y rechazo hacia las mujeres de parte de esposos agotados laboralmente que, como describí antes, fueron vividas de forma silenciosa en aras de no llevar a un punto crítico las cosas y emprender separaciones o divorcios que, para esta generación, eran aún significados como “fracasos” para las parejas y objetos de sanción social. En este sentido se distinguió una regla del sentimiento más, la aceptación de parte de los hombres del déficit de deseo sexual de la esposa. En este sentido, parece pertinente traer a cuento el concepto de defección secreta utilizado en el trabajo de Jean-Claude Kaufmann (1999) acerca del reparto de las labores domésticas en Francia. La defección es un sentimiento que “permite manifestar una insatisfacción sin decir nada” (p. 239). Su forma visible

es la separación de la pareja, pero también existe en forma secreta, mucho más frecuente, y consiste en: “distanciarse un poco del cónyuge, sin cambiar nada en las apariencias, sin decir nada. Teóricamente, solo por un tiempo, en la espera de una contraentrega que elimine la insatisfacción” (p. 239). En esos casos, la defección permite desarrollar estrategias individuales para compensar el déficit y reembolsarse a sí mismo “en moneda sentimental”, o concediéndose prórrogas de diverso tipo. Es posible que este fenómeno se encuentre detrás de las prácticas de infidelidad de ambos miembros de la pareja, así como de su mutua tolerancia.

Por lo que toca al tema de la distinción genérica de la sexualidad, constatamos que en esta generación persiste una visión esencialista de las necesidades femeninas y masculinas la cual es vista como natural y derivada de la propia biología sexual, siendo ésta la explicación detrás del hecho de que el deseo entre los hombres sea más intenso que entre las mujeres. De la asimilación de este discurso se desprenden dos reglas del sentimiento que dictan que los hombres desean más que las mujeres “por naturaleza”, mientras que ellas los desean menos por la misma razón. Asimismo, una más que determina que las mujeres deben ser tolerantes hacia la infidelidad masculina por considerarse algo que escapa a la voluntad y decisión de ellos.

Por otra parte, sobre todo en los relatos femeninos, se revelan una serie de dificultades y problemas al interior de sus vidas de pareja, que permiten vislumbrar la crisis en las que se encontraba el modelo de familia heredado, así como el de pareja genéricamente diferenciada, no sólo en cuanto a los roles de trabajo sino a las capacidades de comunicación y expresión emocional. En el análisis fue claro que predomina una forma de entendimiento basada en sobrentendidos derivados de la asunción silenciosa de un modelo hegemónico de la familia que idealmente aspira a la paz conyugal y la armonía familiar. A su vez, esto excluye la consideración de la negociación y la resolución de conflictos como algo cotidiano entre las parejas que respaldan su “deber ser” en una idea de “normalidad”, que las mantiene a salvo de riesgos y peligros. En particular sobre asuntos de sexualidad, las entrevistas

revelan mucha mayor disposición de parte de las mujeres para haber conversado sobre estos temas con sus maridos, pero al mismo tiempo decepción por nunca haberlo logrado. La formación emocional genérica del modelo heredado dejó una huella profunda entre los hombres, volviéndolos incapaces para la expresión y comunicación íntima, situación que el equipo de investigación encontró en general en el desarrollo de las entrevistas de este grupo de edad.

Esta “ley del silencio” alrededor de la sexualidad que rigió en la relación entre las parejas permeó también en los grupos de amigos y familiares, de estos temas simplemente no se hablaba, salvo entre algunas pocas relaciones entre amigas. Esta ley se traduce asimismo en una regla del sentimiento para ambos miembros de la pareja que dicta silenciar los problemas de la vida íntima en aras de aparentar paz y estabilidad familiar, y una más, para los hombres, que los vuelve inexpresivos emocionalmente. Tal situación enmarca el hecho de que fuera muy común en esta generación el guardarse secretos, probablemente como forma de autonomía y empoderamiento, ante el tabú de lo impronunciable. No hacer públicos los problemas de pareja y aparentar que todo transcurre en la “normalidad” es también uno de los hallazgos de Vásquez-Bronfman (2006), quien afirma, “el disimulo, la discreción, el secreto, eran y son aún la norma para esta generación” (p. 263).

Uno de los temas más ricos y densos en cuanto a experiencias y significaciones es el relativo a la fidelidad y la monogamia de l@s entrevistad@s de esta generación. En él di cuenta de la variedad de prácticas femeninas y masculinas en torno a relaciones sexuales ocasionales, “de amantes”, y paralelas, a las que les distingue su duración, así como la distinta profundidad de los vínculos establecidos. Asimismo, constaté la persistencia de valores compartidos por la gran mayoría de los testimonios y a los que l@s entrevistad@s se adhieren de manera consistente, me refiero a la fidelidad y otros relacionados con éste como la lealtad, la confianza, el compromiso y el respeto entre los miembros de las parejas. En aras del cumplimiento de tales valores encontré algunas otras reglas del sentimiento. En el caso de las mujeres, una que dicta no ser capaces

de amar o desear a dos personas a la vez. En el caso de los hombres, a la inversa, ser hombre implica tener la capacidad de desear, más que de amar, a varias mujeres a la vez, pues forma parte del mandato de masculinidad. A estas se agregan otras compartidas por ambos géneros, la que dicta no enamorarse de parejas ocasionales; y una más, que estipula que, en caso de tener amantes o parejas paralelas estables, no deben enamorarse al grado de poner en riesgo la relación conyugal. Todas ellas apuntalan el valor primordial de mantenimiento y estabilidad de la pareja formal que se traduce en una regla también, la de preservar el matrimonio y la familia sobre las necesidades y deseos individuales.

Un elemento que se añade a estas disposiciones para desarrollar deseos y sentimientos es el del doble estereotipo femenino que las atraviesa como un continuo en forma de dos reglas del sentimiento que dictan, para ellas, poseer cualidades y características del estereotipo femenino positivo; y para ellos, exigir tales cualidades a ellas de ser mujeres buenas y decentes. Otra regla que complementa las anteriores, para ellas y ellos, temer al estereotipo femenino negativo, el de las mujeres “malas e indecentes” por ser consideradas un riesgo tanto para la salud, como para la estabilidad del matrimonio y la familia. El criterio de demarcación es, por supuesto y en primer lugar, el que las mujeres muestren interés por la sexualidad o expresen deseos al respecto. En segundo, el cumplimiento del mandato genérico femenino de “ser para los otros”. En este sentido, las mujeres desarrollan un trabajo emocional en pos de cumplir las prescripciones del estereotipo positivo y reprimir las que corresponden al negativo, por el temor a ser sancionadas moralmente⁸³. Mientras que los hombres, buscan a mujeres buenas y decentes para el

⁸³ Esto coincide con lo encontrado por María Eugenia Ramírez (2001) quien explora la sexualidad y la significación del matrimonio en mujeres de tres generaciones (abuelas, madres e hijas jóvenes) del barrio de San Francisco Caltongo cerca del centro de Xochimilco y de Santiago Tepalcatlalpan en las afueras de la Ciudad de México. Para las generaciones de las abuelas y las madres, la vivencia de su sexualidad está en segundo plano, mientras que la preservación de sus matrimonios y el bienestar y estabilidad

matrimonio, mientras que dejan para el sexo ocasional a aquellas que no lo cumplen.

Por otra parte, también se dio cuenta de relaciones paralelas vividas por mujeres, lo cual es relevante dado el contexto moral conservador y religioso en que se encontraban. Sus narraciones dan cuenta de la emergencia de un imaginario posromántico y de nuevas reglas del sentimiento en correspondencia. Tales reglas se expresaron en ejercer un espacio de autonomía que permitió satisfacer necesidades personales creando un concepto diferente de pareja; fueron capaces de amar o desear a más de una persona a la vez; prefirieron ser leales y honestas a ser fieles; y crearon un nuevo estereotipo femenino en el que las mujeres son sexuadas y no se rigen de forma absoluta por el mandato genérico de “ser para los otros”.

Como vemos, llama la atención el hecho de que la reprobación moral de la infidelidad ocurre al mismo tiempo que su práctica frecuente. Esto señala disonancias morales que colocan en abierta confrontación lo ideal y lo efectivamente vivido. Este fenómeno permite ver una amplia zona gris entre la infidelidad abierta y la monogamia pura. Se sabe de las conductas del cónyuge en un nivel real pero indirecto y la definición de límites se da sobre acuerdos implícitos, la mayoría de ellos. Estos tratos son llamados “acuerdos de adulterio” o “tolerancia del adulterio”, señala Haag (2013, p. 265). Estas disonancias morales tienen su correlato en disonancias emocionales pues en términos discursivos se sostienen los valores de la fidelidad y la monogamia de manera vehemente mientras que en la práctica cotidiana son posibles espacios de autonomía para ambos miembros de las parejas que les permiten satisfacer necesidades personales.

Sin embargo, tal hecho no niega la prevalencia del imaginario romántico en esta generación. Los ideales de la pareja inspirada en el modelo heredado de los cincuenta fueron para ellos poderosísimos y respaldan

de sus hijos son sus prioridades, pero lo que concierne a su autorrealización se queda oculto y reprimido.

aún en su vejez la persistencia por mantenerse juntos que en la mayoría de ellos ocurre, al ser una minoría quienes rompieron el matrimonio en su formato tradicional y lo han emprendido sobre otros acuerdos y valores. Es necesario mencionar que una regla del sentimiento implícita en este modelo es la asunción incuestionada del modelo de pareja monógamo, lo cual imposibilita que se hayan planteado el tener un modelo alternativo como el ser un apareja abierta o poliamorosa. De este modo, la emergencia de nuevos lineamientos morales y emocionales es una tarea que se encuentra por debajo de lo logrado en el terreno de la organización efectiva y cotidiana de la pareja, como un mayor empoderamiento femenino y “acuerdos de adulterio” para ambos sexos, por mencionar algunos.

Es claro entonces que las transgresiones emprendidas por algunos miembros de esta generación, ocurrieron mucho más en el terreno de las prácticas que en el de una elaboración discursiva al respecto. Es muy común que los hombres hayan cometido infidelidades en diversos grados y también es común que las nieguen, no las hayan narrado, o no les concedan ninguna importancia. En el caso de las mujeres, éstas fueron narradas con generosidad, aunque en el momento de ser vividas se mantuvieron con discreción. Las formas de lidiar con la disonancia desde el secreto, la indecibilidad o la negación, expresan diversas formas de *navegación*, usando el término de Reddy (2001) descrito en el capítulo anterior. Esposos y esposas ejercieron libertades emocionales dentro de los márgenes que les fueron impuestos culturalmente, así como dentro de otros que fueron creados por ellos mismos de forma privada y la mayoría de las veces, implícita.

Resulta relevante también, dar cuenta de que en esta generación no se encontraron diferencias en los hallazgos respecto a ser habitantes de la ciudad de Colima o de Guadalajara. Todo lo descrito anteriormente fue producto de las narraciones de individuos de ambas ciudades sin revelar diferencias sustanciales entre ellos. Esto se constata no sólo en cuanto a los hallazgos más generalizables en torno a sus experiencias en la vida sexual, sino también en lo que corresponde a innovaciones

significativas, que he denominado casos transgresores, en concreto, me refiero a las mujeres que mostraron una actitud liberal y mucho más autónoma frente a su sexualidad y que encontramos tanto en Colima (Fátima, Otilia y Raquel), como en Guadalajara (Fernanda, Jimena y Lorena). Todas ellas comparten un nivel educativo superior y se ubican en los niveles socioeconómicos medio y medio-alto, elementos que de entrada, asumí como auspiciadores de mayor capacidad para el cambio cultural.

En suma, la creciente divulgación y circulación de discursos liberales alrededor de la sexualidad y la desigualdad genérica ocurrida sobre todo en los años setenta, permitió para algunos grupos de personas (urbanas y con acceso a la educación), imaginar nuevos ideales genéricos y un nuevo *orden amoroso* para construir en el futuro; pero a nivel personal, se optó por conservar la vida íntima escondida en lo privado manteniendo el silencio respecto a los nuevos arreglos de pareja así como los cada vez más frecuentes conflictos conyugales, los cuales continuaron aflorando de formas cada vez más visibles en las generaciones posteriores.

La sexualidad de los adultos medios: la profundización de una ruptura

En el presente capítulo abordaré la experiencia de la sexualidad de los adultos medios con sus parejas con base en 26 entrevistas, 13 hombres y 13 mujeres, que poseen entre 50 y 63 años, lo cual significa que nacieron entre los años de 1957 y 1970. Esta zona de fechas sugiere que fueron jóvenes de alrededor de los 20 años en la última parte de los setenta y hasta fines de los noventa.

Como mencioné en el capítulo teórico inicial, planteo como hipótesis general que estos adultos medios, al igual que los adultos mayores tratados en el capítulo anterior, son parte de la “generación del cambio” en México, pues pretendieron transformar sus relaciones amorosas inspirados por el movimiento cultural de la revolución cultural y sexual de los sesenta que los llevó a romper, de alguna manera, con la herencia cultural de sus padres. He mencionado en el título de este capítulo la frase “la profundización de una ruptura” porque considero que esta generación es consciente, en mayor medida que la anterior, de que las cosas comenzaron a cambiar justo con ellos y ellas, así lo expresa Yolanda al referirse al matrimonio en el contexto particular de la ciudad de Colima,

En ese contexto en el que nosotros vivimos en la ciudad de Colima, eso es lo que se espera que todo el mundo haga o que tus abuelos eso es lo que esperaban que tu mamá hiciera o tu papá hiciera, entonces cuando no lo ha-

ces, sí hay como un rompimiento de cosas. Pero eso no se daba mucho en la generación a la que pertenezco, ahí empezaba a verse un poco en nosotros, rompimientos dentro de la pareja y dentro de la vida familiar tradicional. Ahorita hay muchos estilos de convivencia familiar, eso no se daba en nuestra generación, inevitablemente caías en el estilo de vida tradicional y en la familia tradicional. Decidimos casarnos porque estábamos ya en Colima viviendo, con sus papás aquí cerca, acá en Colima no podíamos ya eso de vivir juntos, en el '87 no podías hacer eso, entonces como que ¡ah!, bueno pues ya nos casamos (Yolanda, 58ª, NM, ZMC).

Como vemos, se trata de un período complejo para individuos que son herederos aún de una cultura tradicional que se combinó con los efectos de una revolución sexual aún inconclusa y el creciente acceso, sobre todo para las mujeres, a mayores niveles educativos y al mundo laboral, así como al ejercicio cada vez mayor de una sexualidad independiente de la reproducción; este proceso se expresa en que sólo 2 de las 13 mujeres entrevistadas se dedican a ser amas de casa y 9 poseen estudios de nivel superior. Estas circunstancias, muchas veces contradictorias entre sí, provocaron experiencias en la generación de los adultos medios de una gran complejidad y riqueza. Lo que se verá a lo largo de este capítulo son fragmentos de sus testimonios, muchos de ellos de una gran extensión, característica que expresa narraciones complejas y ricas sobre sus vivencias y la forma en que las significan. Cabe destacar que 14 de los 26 casos de nuestras entrevistas en esta generación son personas que se han separado, divorciado, o casado por segunda vez, lo cual les hace poseedores de un aprendizaje ganado con sus primeras parejas, que mucho les ha facilitado el camino con las segundas; en dos de los casos, volvieron con sus parejas anteriores, pero en términos muy distintos. Asimismo, revelan trayectorias en las que la experiencia sobre el propio cuerpo se va modificando, cobrando una gran relevancia los cambios experimentados tanto por las enfermedades padecidas, como por los altibajos hormonales masculinos y, sobre todo, femeninos, debidos a la menopausia. Es importante mencionar que los relatos de los

hombres de esta generación resultan de enorme riqueza al igual que los de las mujeres, si no es que mayor. Este hallazgo revela una enorme diferencia respecto a la generación anterior, cuyas narrativas masculinas fueron mucho más escuetas, aunque con excepciones.

Tanto hombres como mujeres revelan confrontaciones entre elementos fundamentales del imaginario amoroso romántico como del emergente imaginario posromántico, más acusadas que en la generación anterior. Esto lo podemos constatar en torno a los estereotipos de género; a los arreglos y organización entre las parejas; a las normas que regulan los límites de su exclusividad sexual y emocional mutua; así como el desmoronamiento de la legitimidad de las relaciones sexuales ligadas al contrato amoroso y el incuestionable ascenso de las relaciones por fuera de éste, atribuidas a razones pragmáticas como salir de la rutina, o mucho más profundas, como realizarse en un plano donde el placer, la experimentación y la creatividad, son valores por sí mismos.

Dentro del contexto en el que vivieron los adultos medios su juventud cabe resaltar el inicio de los programas de planificación familiar en México ante la explosión demográfica en nuestro país. Con la modificación de la Ley General de Población en 1974 se creó el Consejo Nacional de Población (CONAPO), organismo encargado de regular el crecimiento demográfico. Con ello apareció la idea de planificación familiar y se desarrolló una política educativa que incluyó educación sexual obligatoria en las escuelas ese mismo año bajo el gobierno de Luis Echeverría Álvarez. Estos contenidos se incluyeron en el libro gratuito de la SEP de Ciencias Naturales, no sin fuertes reclamos de la Unión Nacional de Padres de Familia, quienes abogaban por la educación sexual exclusivamente en el seno de la familia. Otro elemento importante en el contexto fue el acceso creciente de las mujeres a métodos anticonceptivos, en particular a la píldora que desde los años sesenta circulaba de forma discreta y reservada para ciertos círculos sociales y poblaciones.

Algo importante que también reconfiguró el panorama cultural fue el hecho de que en la marcha del X aniversario de la matanza del 2 de octubre de 1968, en octubre de 1978, se dio cabida a un contingente im-

portante y visible de homosexuales, lo cual fue posible gracias al trabajo que desde años atrás venían realizando el Frente de Liberación Homosexual, creado en 1971, y la primera agrupación de lesbianas “Lesbos”, en 1977. Esto desató amplios debates en los medios masivos de comunicación que fueron abriendo el camino a una mayor tolerancia a la diversidad sexo-genérica que no ha cesado desde entonces en nuestro país. Este contexto, como es evidente, mostró discursos sociales sobre la sexualidad en abierta confrontación y aunque fue avanzando uno de corte liberal y progresista en cuanto al sexo prematrimonial, y al respeto de los derechos de la diversidad sexo-genérica; otro de tipo conservador no cejó en su lucha por defender los valores tradicionales sobre la familia y una sexualidad necesariamente conyugal.

Lugar de la sexualidad en la vida de las parejas

Como expliqué en el capítulo anterior, descubrir la importancia que tiene la sexualidad para las personas en sus relaciones de pareja revela la evolución que va teniendo la concepción sobre la pareja misma y la relevancia que dentro de ella tienen el placer y la satisfacción sexual, independientemente de los fines reproductivos propios del matrimonio que persiguen la fundación de la familia. Un primer hallazgo relevante en torno a este tema fue la idea de que dejar atrás la juventud no excluye actividades sexuales placenteras y significativas. Esto choca de frente con la idea predominante en la generación anterior, que sostiene que la sexualidad se apaga con el tiempo y llegar a los cincuenta es símbolo de vejez, especialmente para las mujeres a quienes en este período ocurre la menopausia. Sin embargo, esto no significa que este discurso haya desaparecido por completo, aún está presente entre algun@s de l@s entrevistad@s y posee un peso simbólico y moral.

En particular acerca del tema de la satisfacción sexual se expresaron diferencias respecto al nivel socioeconómico de las personas. En el nivel socioeconómico bajo es relacionada, no con el placer, sino con el tener relaciones sin presiones, el que la decisión de las mujeres fuera respetada. Así lo expresa Minerva, “desde cuando estaba casada fue así de

que si yo no quería tener relaciones pues no las había y así, por algún problema, por decir cuando yo andaba en mis días que me sentía mal, ni te acercas y siempre fue así”⁸⁴.

En los niveles socioeconómicos medio y medio-alto, la satisfacción se relaciona con el sentimiento de amor y la expresión de ternura, así como el conocimiento profundo que se tiene del otro, así lo narra Mirna respecto a su segundo marido,

Encuentras otras fórmulas, encuentras otras cosas, que te hacen sentir placer, que te hacen sentir belleza, que te hacen sentir amor, caricias nuevas, una relación tan fuerte, una relación en la que casi sabes lo que está pensando, en la que él sabe lo que yo... exactamente lo que yo necesito, lo que yo quiero y lo que yo pienso. Nos llevamos muy bien en ese aspecto, nos compenetramos muy bien, sabemos lo que queremos, nos apapachamos, nos atendemos, nos cuidamos en ese aspecto muchísimo, disfrutamos muchísimo, muchísimo, muchísimas cosas. Nos entendemos, nos... ¿cómo te explico? sé lo que le gusta, él sabe lo que me gusta, y descubrimos cosas distintas y nos encanta (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

Mirna misma es muy clara al enfatizar que, “tengas la edad que tengas, vas a tener placer en muchas cosas. Va a cambiar, pero lo encuentras. Y mientras tengas... mientras tú veas en esa persona el deseo, va a haber libido, y si hay libido, tienes todo, y disfrutas”. Este mismo factor lo destaca Gamaliel, quien define su vida sexual como,

Muy buena, muy muy buena, a lo mejor no es tanto la frecuencia, más bien la intensidad y la entrega. Es parte de eso, de haber tenido, de haber iniciado esta relación pues ya en un momento que los dos ya estamos, ya somos personas adultas (Gamaliel, 52^a, NMA, ZMC).

⁸⁴ Como se verá más adelante, el negarse a tener relaciones sexuales apareció en esta generación marcando una diferencia en la práctica del débito conyugal, tan presente entre las adultas mayores.

En otros casos, la expresión del disfrute sexual se dice con cierto pudor, como algo que se confiesa, así lo narra Marina, “Sí, sí lo disfrutaba. ¿Para qué te digo que no?”, lo cual revela la presencia aún de la regla del sentimiento femenina que estigmatiza a las mujeres sexualizadas. Como dije antes, en algunos testimonios aún se cuele la idea acerca de que la edad es un impedimento para el disfrute de la sexualidad, pero ante ello, por ejemplo Rosa, se posiciona críticamente con contundencia,

Mira, primeramente, a mí me dijeron que en la menopausia las mujeres no tenemos sexo, pero no es cierto. Es un mito, bien chingón. Entonces, a nivel sexual, estamos muy chido, o sea, muy, muy chido. Además, creo que me ayudan las escrituras eróticas ¿ok? [risas] Hemos tenido mucha ayuda ahí. Entonces a nivel sexual está muy chingón. Entonces estoy muy a gusto. O sea, neta, ahora puedo decir que estoy gozando más de lo que antes podía gozar. ¡A todos los niveles! (Rosa, 52^a, NMA, ZMG).

Lo mismo plantea Jeremías, para quien, al igual que Rosa, la adultez ha significado incluso un disfrute mucho mayor de su sexualidad,

Yo creo que te puedo decir que desde que tenemos 40, los dos de 40 a los 50, que llevamos, hemos disfrutado nuestra sexualidad como nunca, como no la disfrutamos de muy joven. Este, a lo mejor de mi parte yo no me he atrevido a preguntarle, pero digo y perdimos tiempo (Jeremías, 50^a, NMA, ZMC).

Para Mirna, la edad tampoco ha impedido un gozo intenso de su sexualidad,

Desde un principio siempre fue una atracción muy fuerte y siempre ha sido... ¿esto te gusta? es más, a mí me sorprendió muchísimo, porque pues era la primera vez que estuvimos juntos, pues yo tenía ¿qué? cuarenta y dos años, yo no me sentía ninguna jovencita, y ya dices “ay, y me va a ver sin ropa, y además yo ya tuve una relación y como voy a actuar, y cómo va a ser, y cómo va a tomar...”, y nunca se me va a olvidar, que yo llevaba un

halter, que me quitó el halter, y a la hora que lo soltó, así, dice “eres hermosa y estás nuevecita”, le digo “ay” [ríe], me sentí quinceañera, te lo juro. En ese momento, me sentí tan distinta, y en el momento en que él se quitó la camisa y ya lo vi por primera vez el torso, dije “es que me encanta”, (...) desde el principio me encantó y yo a él ¿no? entonces hubo una atracción fuertísima (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

Estos relatos permiten aseverar que una nueva regla del sentimiento se expresa con claridad en esta generación, la cual dicta que disfrutar sexualmente es algo legítimo y muy importante entre la pareja y que el ser personas maduras contribuye al logro de este fin.

En el caso de hombres que tienen parejas con mujeres mucho menores que ellos, la vida sexual ha adquirido una gran intensidad y se vuelve un rasgo identitario que reafirma su masculinidad, tal es el caso de Saúl, cuya pareja actual tiene 30 años menos que él y llevan 6 años juntos, al preguntar si sus necesidades sexuales en su vida en pareja están satisfechas respondió,

Ahorita sí. 100%. Y lo que siento de mi pareja es que también. [Se ríe] Puede parecer presuntuoso, pero, hígole, hacemos el amor casi todos los días, y a veces dos, tres veces al día, a esta edad... Sinceramente creo que es más de lo que yo esperaba. Incluso de mí. Y también mucho más de lo que yo esperaba de una mujer. Yo pensé que una mujer fogosa y así como con la que estoy ahora, yo pensé que solo se veía en películas. Digo, a veces me preguntaba ¿habrá una mujer así realmente? Y me la encuentro, y sí. Es una mujer que me hace sentir que se siente en plenitud conmigo, y yo me siento plenamente con ella y no solamente lo veo en el acto sexual (...) He aprendido y ella ha aprendido que con esta edad a veces no necesita uno eyacular. Ella misma dice ay Saúl, es maravilloso contigo, una, no me embarazas, y segundo, tienes un ritmo bien loco porque a veces trabajas media hora y dices estoy cansado, pero los 15 minutos estás otra vez entonces yo feliz porque vuelves y me das, y vuelves y entonces... A veces estamos todo el día en esas, haciendo el amor. Nos encerramos nada más a eso, vamos a

encerrarnos este fin de semana [se dicen] y ese día compramos pizza y compramos cosas y yo cocino para no salir y eso es maravilloso. Sí te digo, yo creo que la fuerza de la vida sexual que estoy llevando ahora fue la que debí haber tenido cuando tenía entre 20 y 30 años, pero la tengo ahora, y se me hace maravilloso, vivir una vida sexual plena (Saúl, 59^a, NM, ZMC).

Como vemos, en los fragmentos anteriores son importantes las menciones a emociones relacionadas con el placer, el gozo, el disfrute intenso y el aprecio del cuerpo propio y el del otro, las cuales se expresan sin ningún tapujo tanto por hombres como por mujeres, fenómeno que les causa sorpresa por la propia capacidad de goce pues, como dice Saúl, es “mucho más de lo que yo esperaba”.

El disfrute sexual en la pareja a su vez se vincula con otras dimensiones de la vida en común. En el caso de Braulio, él narra cómo al tener relaciones sexuales la actitud de ambos en casa mejoraba mucho,

Yo siempre he creído que, si la relación sexual es buena, las otras partes de la relación también lo son. Cuando (...) estirábamos un poco el tiempo sin relación sexual, no sé, a lo mejor 20 días o un mes, yo a ella la notaba como más distante, pero luego después de la relación sexual siempre la actitud era mejor en casa, y siempre es así (Braulio, 56^a, NM, ZMC).

En este mismo sentido, para Jeremías, el factor económico es determinante en su vida sexual, muestra de cómo la virilidad depende un tanto de su rol de proveedor,

Considero que la idiosincrasia de nosotros, este, si no estás bien económicamente, no disfrutas de todo eso. Eso puede generar el que no tengas apetito sexual con tu pareja, el estar pensando qué vas a comer mañana, el que no tengas para pagar los libros de tu hijo, que no tengas algo, eso no te motiva ¿edá? Entonces, yo siento que desde hace 10 años que empecé mi repunte económico para bien, pues tienes esa tranquilidad y te dan ganas y disfrutas en ese sentido (Jeremías, 50^a, NMA, ZMC).

De este modo, pero en sentido inverso, el no tener comunicación con su pareja, no “coincidir” con ella en un sentido profundo es causa de no tener una buena vida sexual. Para Lourdes, de nivel socioeconómico bajo, la relación sexual era “por darle gusto a tu pareja, para quedar bien con él, pero si ni para eso, ni en eso le dabas gusto, o sea, como que ya no le encuentras el sentido ¿no?”. Este testimonio hace eco, al menos en este nivel, de la persistencia del deber de “cumplirle al marido”, mucho más presente en la generación anterior.

Otro factor de insatisfacción es el expresado por algunos hombres a causa de la renuencia de las mujeres para tener relaciones sexuales. Este es el caso de Benito, quien cuenta cómo el estar indispuesta físicamente su esposa, es una razón frecuente para negarse, así como el tratar en ese momento problemas de otras dimensiones de su vida de pareja,

Yo considero que he tenido que aplazar muchas veces el tener relaciones sexuales porque me dice “No me siento bien”, o por alguna inflamación y este, yo siempre he sido el que ha insistido más veces y ella como no le dio la importancia que en el matrimonio sí debe de haber relaciones, claro, de acuerdo y todo, pero más continuas que lejos, esa parte es la única que sí me molesta porque ha de ser cuando ella quiera y en el tiempo de “Ah ahora sí me siento bien, no me siento inflamada”, ah bueno ahora sí. Que si vamos a tener relaciones no quiero que exista malas caras, mala disposición, quejas, un ay, un esto no, un esto sí, no siempre preguntar cuál sería la mejor postura, posición o cómo o qué, que estar quejándose o diciendo esto no, esto sí, me molesta esto, me molesta la luz, me molesta tal, este tu perfume me molesta, es más, yo quiero tener una intimidad, quiero la limpieza que se huela bien, que no haiga distractores, de ninguna especie, nada y menos escuchar una queja o un reclamo cuando estamos haciendo relaciones, “Ah te quiero reclamar que esto y lo otro”. No, en este momento no, me molesta que algo huela mal, que haiga reclamos, quejas, desacuerdos o una mala entrega o yo no estoy de acuerdo en lo que estamos haciendo, lo dice con el físico, aunque no lo diga verbalmente, su manera de, su comportamiento, yo soy enemigo que si vamos a tener relaciones en ese momento, quéjate después,

es que esto, esto otro y todos los problemas que traigas me los cuentas, en este momento no me digas nada. Yo soy de los que les gusta más seguido y ya no, por ese detalle sí me he sentido inconforme y por lo que yo le digo a la hora que sea y ella me dice que, en la noche, varias cositas. Pero como le decía, independientemente de todas esas cosas, este seguimos adelante, seguimos porque no hay motivos graves, graves para decir ya no quiero nada contigo, ya esto del matrimonio le vamos cortando porque yo sé que podemos confiar todavía (Benito, 58^a, NB, ZMC).

Situaciones de rechazo como éstas revelan un trabajo emocional de parte de quien es rechazado para lidiar con la situación, el cual se expresa claramente en la última parte del relato de Benito, quien dice que a pesar de tener una mala vida sexual que lo tiene insatisfecho, su matrimonio no tiene motivos graves para terminar, que pueden seguir confiando todavía uno en el otro. De forma mucho más breve, Octavio expresa una visión similar, “Pues [siento] lo normal, yo siento que no estoy ni muy mal, ni muy bien. Es lo que siento que estoy en mi nivel de vida, de acuerdo a la edad que tengo”. En ambos casos aparece la resignación como emoción importante en la vida de pareja.

Como vemos, la frustración y la resignación forman parte de estas situaciones vividas por hombres que no son correspondidos en su deseo por sus parejas. Cabe destacar que estos casos pertenecen a un nivel socioeconómico bajo y su nivel educativo también es bajo, factores que como he mencionado antes, auspician una actitud más tradicional ante la sexualidad que implica el no concederle relevancia en la vida en común. Así lo revela también el relato de Minerva, quien no hace mención del placer en la vida sexual, sino el obtener tranquilidad y relajamiento con ella,

Pues yo pienso que tiene importancia en todo y como todo porque pues a veces, anda uno estresado o preocupado y la actividad sexual a veces nos hace relajarnos y nos hace este, ver las cosas de otra forma o como con más calma no sé, eso es lo que, por lo que yo digo que a veces es importante, de

hecho este, yo muchas veces y aun todavía digo que es psicológico porque yo digo que, que no, que no hace falta, si no tiene uno la tentación no hace falta porque de hecho yo duré muchos años sin tener actividad sexual y no, yo me sentía, como que no era parte de mi vida eso pero pues ya, vuelve uno a tener la tentación y ni como se hace... yo digo, si no lo hago este, me hace falta, no, este, pero si me he dado cuenta que en ocasiones que ando así como estresada o preocupada como que hacerlo me tranquiliza un poco y pues a lo mejor pues sí sirve, en algo (Minerva, 58^a, NB, ZMC).

En este sentido, vemos la persistencia de una regla del sentimiento, en este caso femenina, que dicta que la vida sexual no tiene mayor relevancia y que lo que une a la pareja son otras cosas, mucho más evidente en la generación anterior. Así, se podría aventurar que la búsqueda de satisfacción sexual es más explícita y se considera más valiosa en niveles medio y medio alto y en personas con formación educativa superior y de posgrado. Así lo sugieren los siguientes testimonios, en los que es claro que la sexualidad en la relación de pareja es fundamental, al grado que, sin una vida sexual plena, se pone en entredicho la existencia de la pareja misma. Así lo cuenta Yolanda, para quien amar a alguien no puede reducirse a simplemente cohabitar,

Se desbalanceó todo, porque la sexualidad es muy importante en la vida de la pareja y yo pensé que, si la sobrellevaba, o sea me hacía pendeja con que no hubiera vida sexual, lo demás iba a ser suficientemente peso para poder sobrellevar esta relación por más tiempo. Pero la verdad es que no, la llevé 20 años y dije 20 años más ya no quiero, ya sé que él no va a cambiar la relación, así es que, la quiero o no la quiero, y yo dije, no quiero ya seguir viviendo de esta manera, yo tengo que hacer de mi vida otra cosa y ahí fue cuando empecé el engranaje de hacer de mi vida otra cosa. (...) De repente mi terapeuta me preguntó y “¿por qué no dejaste a esta persona? ¿Por qué te mantuviste ahí tanto tiempo? ¿Por qué dormías con tu hermanito y no con tu marido? ¿Por qué no hiciste de tu marido tu amante? ¿Por qué no fuiste una amante?”. Entonces ahí yo no abordé tanto, o sea yo de todos modos

me hice güey con esa parte. Imagina, para mí, el sentimiento de nosotros era que yo pensaba que a lo mejor la vida familiar, la vida cotidiana, la relación con las hijas, todo era más, iba a tener un peso más fuerte que mi intimidad, que mi vida sexual y a la mera hora no, no fue así. Entonces cuando te das cuenta que eso no existe y no va a ser, porque finalmente ¿qué haces ahí? O sea, yo sí lo intenté, pero él se alejó de la pareja y yo me he hecho pendeja todo este tiempo no queriéndome dar cuenta que eso era que nada más andaba faltando que alguien tomara la decisión. Cuando yo la tomé ya no le gustó, ¿verdad? Pero si no la tomo yo, ahí seguimos casados, ahí estaría, yo estaría como con tres enfermedades seguramente, porque no puedes vivir, al final de cuentas el afecto dentro de la pareja sí es muy importante, sí es importante para la sobrevivencia de la pareja y cuando no lo hay es desastroso, o sea rompes, te alejas de la pareja, entonces ya nada más te dedicas a cohabitar (Yolanda, 58^a, NM, ZMC).

Otros testimonios masculinos comparten esta visión. Para Saúl, por ejemplo, “el incentivo sexual ha sido el más importante en la relación. Porque en torno a ello, en torno al gusto que hemos sentido los dos en la vida sexual, se detonan muchas cosas”. Lo mismo le ocurre a Mauricio, a quien su deseo sexual invade todas las dimensiones de su vida y es lo que da calidad a su vida de pareja,

Cuando estoy deprimido me gusta coger, cuando estoy triste me gusta coger, cuando estoy contento me gusta coger, o sea, para mí, yo tengo esa parte, no la tengo bloqueada. Es más, hasta me dan más ganas. Sí, o sea, porque de repente eso pasa mucho en muchas parejas que de repente no estás bien, ¿no? y hasta cuando estoy encabronado me gusta más. O sea, yo no sé si esa parte para mí, aparte de la convivencia, es la parte más importante y yo creo que es en la que me he mantenido fuerte con ella y que no ha habido la necesidad de verdad de decir, ah pues me voy a ir para otro lado a buscar como muchas veces se hace, no, no, ni siquiera ni pensarlo, porque si tengo una mujer que todavía está ahí guapa y todavía nos entendemos bien, por qué tenemos que ir a otra parte (Mauricio, 55^a, NMA, ZMC).

Lo mismo ocurre en el caso de Tenzin, quien considera lo sexual parte fundamental en el “gajo de pareja”,

No, sí es importante. Por supuesto. Creo que en la parte de los acuerdos para efecto de que realmente se pueda aportar en un equilibrio psicosocial de la pareja, psicoemocional, siempre quiere hablarse y manifestarse con toda precisión en la parte sexual, tanto de la parte previa, los acuerdos, las maneras de ver las cosas, como en la parte de en el momento donde se acaba con las relaciones. Entonces considero que eso es, pues parte de lo esencial del gajo de pareja. El gajo de pareja, pues es para experimentarse como tal, como pareja y la parte sexual, pues es una parte sumamente relevante, sobre todo hablando de personas que nos reconocemos total y completamente capaces de manifestarnos (Tenzin, 61^a, NMA, ZMG).

Como vemos, la regla del sentimiento mencionada antes se expresa con gran vehemencia. La gratificación sexual es algo fundamental y legítimo y provee un conjunto de expectativas importantes para lograr el bienestar propio y el de la pareja, lo cual es parte del nuevo imaginario posromántico. Cabe resaltar el uso de la palabra *coger* que utiliza Mauricio, el cual está completamente ausente en la generación anterior. Este verbo, que muestra total desinhibición para designar el acto sexual, expresa un cambio cultural muy significativo al desligar lo amoroso de la práctica del sexo, aun cuando ésta ocurra entre los esposos. *Coger* ha adquirido carta de naturalización sobre todo entre los hombres, quienes a diferencia de la generación anterior, hablan con soltura de su vida íntima.

No obstante, no en todos los casos de los adultos medios esto es así, para algun@s de ell@s, la sexualidad no es muy relevante puesto que ocupa una posición inferior frente a otros componentes, composición propia del imaginario romántico y que como vimos, predomina entre la generación de adultos mayores. Así lo narra Lourdes,

Para mí, una relación no lo es todo la cama o sea, no lo es todo totalmente en la cama no, una relación es, o sea la comunicación, el que, o sea todo, ¿no? o

sea, todo conlleva ¿no?, el que estés, el que convivas con él, el que platicas, el que se ponen de acuerdo en que los dos quieren hacer algo, o sea, para mí es una relación, o sea, claro, o sea la relación íntima también es una muy buena base ¿no? pero pues igual, para mí, para mí ya hoy a lo mejor ya íntimamente para mí ya no lo era todo. Yo prefería mil veces tener una buena relación de que ay mira que vamos para acá o que hay que hacer esto, o para mí era más importante a lo mejor si tú quieres que el tener relaciones, o igual si se daba, si no ¿por qué no? o sea, el que te la lleves bien con tu pareja platicando y si tienes buenas relaciones pues qué mejor ¿no? Pero, si no tienes una buena relación íntima y no tienes ni una buena relación comunicándote con él, o sea (Lourdes, 53^a, NB, ZMG).

Lo mismo opina Sofía, para ella lo más importante era el trato romántico y amoroso de su marido,

[La sexualidad] fue muy importante, pero no fue prioritario. Claro. Era muy apasionado. Era cada vez que se nos antojaba, pero no era lo más importante. Yo creo que, si algo me conquistó de Leandro, es toda la parte ésta, de lo romántico, de las atenciones, de... Todo lo que había alrededor, ¿no? De la relación sexual, propiamente dicha, ¿no? Entonces, yo ya me sentía feliz nada más con que me atendiera. O sea, porque ya él era así, como desde que llegaba, ¿no? Que me abrazaba por atrás, me daba besitos... Así, súper romántico. Andábamos más clavados como en otra dimensión de la relación, y que capaz que también fue una de las causas de la separación, porque Leandro vino a descubrir cosas en otras personas, ¿no? Que, en mí, no descubrió (Sofía, 61^a, NM, ZMG).

Por su parte Andrés, considera la sexualidad como un componente más de su vida,

La consideraba, pues, como parte de mi vida, no te digo que el cincuenta por ciento, el sesenta, setenta, no, así como en la vida es importante hacer

ejercicio, trabajar, tener la relación sexual, hacer deporte, la consideraba así en una equidad proporcionada (Andrés, 55^a, NB, ZMG).

En el caso de María José, la sexualidad contribuye a la relación, pero agrega algo más,

Es importante, es importante, y creo que no es el más importante. O sea, sí es importante. Ah, ¿pero solamente por eso? O sea, no, ¿estamos juntos solamente por el sexo? No. O sea, sin embargo, sí es una parte muy importante. A veces ya no se lo digo a él, pero me lo digo a mí. O sea, por él, porque también sé que es una parte importante para él. Y, y como te digo, en esta parte de actitud, como que digo: pues yo también disfruto. Entonces, como también, también hacerlo por mí. O sea, porque también es importante para mí y para la relación; y como desde esta actitud diferente, también como decir: pues, como que puedo contribuir a que sea mejor, también para mí y para él (María José, 52^a, NMA, ZMG).

Este fragmento revela una mezcla entre una regla del sentimiento romántica que persiste en la que la sexualidad es parte de un conjunto mayor de elementos donde la comunicación, la compañía y el apoyo mutuo tienen un peso mayor, y otra más que expresa que la gratificación sexual para las mujeres es igual de relevante que para los hombres, lo cual revela asimismo otro cambio cultural muy significativo, las mujeres tienen derecho al placer.

Hay también otras situaciones en las que la importancia dada a la sexualidad es distinta para cada miembro de la pareja, lo cual genera dificultades importantes. Así lo muestra el relato de Benito, que destaca la creencia de su esposa acerca de que, una vez casados, estarán juntos hasta que la muerte los separe, aunque no tengan entre sí vida sexual,

La sexualidad para mí ha sido muy importante, yo siempre he disfrutado la sexualidad, pero en el caso de ella, para ella no es tan importante, primero, porque ella ve de modo negativo cualquier mujer que ande demasiado pin-

tada, demasiado vulgar en la calle o de ciertos lugares (...) Ella no cree que una relación íntima sexual sea tan importante para poder vivir en pareja, pero yo siempre le he dicho, incluso yo con mi experiencia anterior pues yo tuve que ser el maestro que le enseñara a descubrir la sexualidad y la manera como una mujer puede disfrutar más, que verlo como mecanismo para tener hijos nada más. Entonces, por esa razón ella empezó a apreciar que la relación sí es importante en la pareja porque el significado final de una pareja es a la hora de tener intimidad, a la hora de tener los orgasmos, de disfrutarlos, de meditarlos, de dejarse ir, de perderse, incluso hasta de quedar dormido, de no saber nada, estar en una nada, todo eso lo descubrió, lo disfrutó. Entonces aun así con todos sus descubrimientos y con todos sus placeres que hayamos vivido de pareja, de su parte de pensar de ella no es motivo de dejar a un hombre por no tener relaciones, ella toma como base fundamental el matrimonio a la Iglesia de que ya estamos casados y haya o no haya relación, somos matrimonio y hasta que la muerte nos separe. Ella lo toma en el sentido así, entonces creo yo que para uno de hombre es bueno que una mujer piense así o que sea su ser así, porque habrá momentos en que el hombre no pueda cumplir exigencias y que también tanta exigencia pueda llevar al hombre a una impotencia eventual y después ya le crea una depresión o problemas psicológicos, entonces por ese lado estamos bien (Benito, 58^a, NB, ZMC).

Cabe resaltar que aunque Benito se queje del desinterés de su esposa, le ve cierta ventaja, pues, en caso de que con la edad él ya no pudiera llenar las exigencias sexuales de su mujer, no se pondría en riesgo la persistencia de la pareja. Esto revela la persistencia de la regla del sentimiento que alude al decaimiento “biológico y natural” del rendimiento sexual con la edad.

Por otra parte, tenemos también relatos en los que la importancia de la vida sexual en las parejas ha ido decayendo con el paso del tiempo. En eso colabora el deterioro físico y las enfermedades que provocan que el encanto vaya desapareciendo, este desánimo va de la mano con un

cierto aire de reproche a quien tuvo responsabilidad en ello, así lo narra Servando,

Ahorita pues no sé, ya la veo más tranquila, al principio a lo mejor sí debía haber sido muy importante los primeros días, los primeros años ¿no?, porque pues estás conociendo a tu pareja, apenas se están conociendo, entonces la manera de cómo entregar el amor a la persona ¿no? Ahorita pues ya te digo, si se hace mañana pues ¡pum!, se hace la machaca, si no, ni modo, no pasa nada, si se hace la siguiente semana igual, o sea, no es que yo le esté pidiendo o que ella me esté pidiendo a mí, digo, son situaciones, momentos que se juntan, se dan y si no se dan, pues ni modo, no pasa nada, te digo, es parte de todo esto pues ¿no?, y se va acabando poquito a poquito algo de encanto también, porque yo para poder estar con una persona pues a huevo tienes que sentirlo, tienes que transmitir y que ella te transmita, entonces te digo, a veces llega y obviamente por sus descuidos pues también su físico ha cambiado mucho, yo no te voy a decir que soy un (...) Pero ella ha descuidado mucho su, su, este, su físico vamos, ¿no?, del cual yo estoy al pendiente también “viejita has esto”, pero le vale, entonces por ese lado si no hay una química, si no hay una atracción pues entonces yo estoy tranquilo (Servando, 54^a, NB, ZMG).

En este caso, el decaimiento de la vida sexual obedece al paso del tiempo, “se va acabando poco a poquito algo de encanto”, y esto es asumido con resignación por quien lo sufre. La poca importancia dada a la sexualidad también implica el desinterés por procurar el placer para el otro, así lo cuenta Paula respecto de su marido, “no se preocupaba mucho por hacerme sentir, no (...) el sexo ya no era como antes, pero pues me doy cuenta de que en realidad él, yo siento, para mí nunca me quiso, para mí”. En el caso de Paula, que su marido no le procurara placer revela, asimismo, falta de amor, vínculo que expresa la relevancia de la sexualidad dentro de la vida de pareja.

Como vemos en esta sección, tanto para hombres como para mujeres la sexualidad es una dimensión importante en sus vidas y factor

determinante para la permanencia con sus parejas, lo cual expresa con claridad la existencia de una regla del sentimiento que determina que la gratificación sexual es legítima para ambos sexos. No obstante, también hay muchos testimonios que afirman que sólo es parte de un conjunto mayor de elementos que permiten una vida satisfactoria en común e incluso hay otros más que señalan, que a pesar de ser insatisfactoria la vida sexual, eso no es suficiente para terminar la relación, pues valoran otros aspectos en ella en consonancia con las idealizaciones románticas heredadas. La distinción más relevante en este sentido se manifestó por el nivel socioeconómico, al parecer, habría mayor tolerancia a la insatisfacción sexual en el nivel bajo en combinación con un nivel educativo también bajo, en contraste con personas de nivel económico medio y medio alto que han creado mayores expectativas de su vida sexual y sobre ese parámetro califican el grado de satisfacción. Es importante también destacar que en los casos en los que existe frustración en la vida sexual, aparece con fuerza el trabajo emocional realizado que, junto con un sentimiento de resignación y aceptación, son suficientes para justificar la permanencia de la pareja. En esto colabora la gratificación proveída por sentimientos de estabilidad, certidumbre y confianza que el conocimiento mutuo ganado a lo largo de los años les otorga y que compensa los sentimientos negativos que también existen.

Las prácticas sexuales en la vida cotidiana

Un primer asunto importante respecto a las prácticas sexuales se refiere a quién tiene la iniciativa para comenzarlas. En nuestra cultura genérica tradicional ésta ha sido una responsabilidad del varón, pero poco a poco han ido cambiando las cosas y las mujeres van cobrando presencia en torno a este tema. No obstante, persisten situaciones en las que el que las mujeres tengan la iniciativa se ve sancionado y reprimido por sus propias parejas, causando efectos terribles en la vida sexual y los sentimientos de ellas. En estas situaciones se revela la persistencia de una regla del sentimiento, en este caso, masculina, que condena el compor-

tamiento sexualizado de las mujeres, por asociarlo al estereotipo femenino negativo. Tal es el caso de Yolanda, quien cuenta,

A mí en un principio que yo lo buscaba sexualmente, él llegó un momento en el que él me dijo “ay tú necesitas mucho contacto”, así fue y ese “tú necesitas demasiado contacto” fue el inhibidor más fuerte que yo tuve después de haber tenido a mi bebé, era una mujer muy joven, (...) me causó un efecto súper inhibitorio, entonces me dije, bueno, vamos a tener contacto cuando él quiera tener contacto y nunca quería tener contacto (Yolanda, 58^a, NM, ZMC).

En otros casos, aunque en un inicio la actitud del hombre era incriminatoria, con el tiempo se fue modificando logrando comprenderse mutuamente, así le ocurrió a Mirna,

Y cuando tú quieres, y cuando tú quieres provocar, hasta con cara de “¿qué te pasa?, ¿cómo?, ¿cómo tú me estás insinuando a mí que tienes ganas? eso nomás lo insinúo yo, tú no” [dice el hombre]. Yo no estaba acostumbrada a pedir, si yo ponía una copa de vino, dos copas de vino y una botana porque insinuaba algo, era pecado. Estaba mal visto. Era lo peor, y ahora lo puedo hacer, no así, sino, simplemente “te deseo”, y se hace, y me sale. Y me sale bien, porque me... realmente lo estoy diciendo, y yo creo que él también... en muchos otros aspectos, con los conflictos y su vida que haya tenido, él también ha cambiado. En ese aspecto yo siento que los dos hemos podido ser nosotros, ser y poder ponernos los zapatos uno del otro, y entendernos (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

Este fragmento revela un cambio cultural significativo al ocurrir un aprendizaje de parte de ambos frente al comportamiento sexualizado de las mujeres. En el caso del hombre, llegar a aceptarlo como algo positivo y deseable, lo cual se expresa en la frase: “él también ha cambiado”; mientras que ella afirma “ahora lo puedo hacer”. Esto expresa la emer-

gencia de una nueva regla del sentimiento respecto al ejercicio de una nueva forma de ser mujeres sexualizadas y con capacidad de iniciativa.

En ocasiones la actitud sancionadora de parte de los hombres ante la iniciativa de sus parejas no se transforma y se expresa en su propio desempeño sexual, así lo cuenta Romina,

Una de las cosas más tristes con Ernesto es eso, que no se siente cómodo si yo tengo la iniciativa para tener relaciones, este, si yo empiezo, si yo en una así como que, así, él [negación], algo, yo creo que desde el punto de vista inconsciente, simplemente no tiene erección y entonces es para mí súper frustrante, para mí es súper frustrante no poder ejercer toda esta naturaleza que tengo, pues, de seducción, de no sé qué, porque si yo lo seduzco es [decepción] (...) mientras yo no iniciara, todo funcionaba muy bien (Romina, 52^a, NMA, ZMG).

Es evidente que el estereotipo negativo adjudicado a las mujeres que son activas y propositivas en la sexualidad sigue vigente y ante el ejercicio de la iniciativa las convierte en objeto de reproche y sanción moral por parte de hombres que aún son orientados por una regla del sentimiento romántica que teme a las mujeres sexualizadas.

A pesar de la persistencia de casos como éste, en muchos otros testimonios se refleja una actitud distinta de parte de hombres para quienes, el que sus mujeres tengan la iniciativa, es algo placentero y gozoso. En el caso de Marina, es un juego que incluye sus propios rituales,

El nada más me habla o yo le hablo, y así. Por ejemplo, siempre me dice, “vete quitando los calzones”, o así. A veces, yo llego y le digo... Él duerme desnudo. Le digo: Vete quitando los calzones. Me dice “¿Cuáles?”. Le dije: Ah, pues de veras, no tienes. Y así, así nos manejamos (Marina, 52^a, ZMG, NMA).

En otros casos, el mensaje es completamente explícito, así le sucede a Saúl, a quien su pareja más joven le dice,

Hay veces que el primer mensaje que yo leo: mi vida, buenos días, quiero. Digo ¿qué onda con esta mujer? [se ríe]. Yo lo que contesto es, también quiero, ah bueno, entonces nos vemos al medio día [responde su pareja] (Saúl, 59^a, NM, ZMC).

En este fragmento resalta el uso de la palabra *quiero* de parte de su pareja, es otro caso del uso de un verbo que expresa con contundencia el deseo de la práctica sexual por sí misma, en este caso, en boca de una mujer de una generación posterior a la de los adultos mayores.

Otra forma de ejercer la iniciativa sexual de parte de las mujeres es utilizando estrategias de seducción, tal como relata Mirna respecto a su segundo marido,

Yo puedo llegar y prepararle una noche romántica padrísima, y él se súper emociona. Y me dice “es que eres increíble, jamás en mi vida me imaginé que una mujer le preparara a su esposo una noche romántica”. O si siento que anda muy tenso todo, me pongo una bata de japonesa, me pongo en mi ropa interior así muy mona, meto un tablón, pongo este... ¿cómo se llaman?, toallas, pongo música de meditación, pongo inciensos, saco mi aceitito, lo recibo con un coctel, lo acuesto y le doy un masaje, todo y bueno terminamos así todos muy románticos, muy empiernaditos, y este... y le encanta, y no me critica, y al contrario, dice “es que es algo padrísimo, que nunca lo pensé, estoy viviendo algo que jamás viví” (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

El elemento de la ropa sexy también es mencionado por los hombres, así lo cuenta Mauricio, “a ella le gusta saber que me gusta que se vista bonito ¿verdad? esa parte que se arregla bonito me gusta hasta la fecha, me gusta que se ponga su ropa íntima que me gusta y así me dice mira, traigo esto que te gusta”.

El que las mujeres muestren su deseo de forma explícita no necesariamente está relacionado de forma negativa con tener creencias religiosas acendradas, tal es el caso de la esposa de Martín, quien cuenta, “es que Rosy siempre ha sido así, pero, aunque sea muy religiosa, no,

no, no, no, no. Nada. Y, aparte, lo que te dice. Yo, es que te amo”, dice, y agrega, “Y que te revuelques y que te hagas y que deshagas y que la chingada. Que rompas el colchón”. Esto señala el peso que una nueva regla del sentimiento ha adquirido señalando el derecho a ejercer el deseo femenino y que, en muchos casos, tanto de hombres como de mujeres, se expresa sin tapujos.

Como hemos visto en casos anteriores, la creciente presencia de reglas del sentimiento emergentes no inhibe la persistencia de reglas anteriores. En torno al asunto de la iniciativa sexual, en muchos casos sigue estando a cargo de los varones, sin embargo, tampoco es cierto que ellos estén siempre disponibles para la actividad sexual, hay casos en que las mujeres proponen y ellos se niegan alegando factores como el cansancio, por ejemplo, tal es el caso de Servando, quien cuenta, “bueno, a mí de repente cuando sí estaba muy cansado y que me buscaba, ‘ando bien cansado’, ¿no?, entonces en ese momento no era mi tiempo pues, le decía, ‘m’ija entiéndeme, vamos a buscar un tiempo, otro momento’, ¿no?, por ese lado sí de repente llegamos a tener problemitas”.

En otros casos, como cuenta Paula, sus estrategias de seducción no funcionaban, revelando un sentimiento de frustración claramente,

Sí, porque yo lo veía en las telenovelas y decía ay, pues para que sienta que yo sentí, que no sé qué, pero son puras fantasías, de lo mismo que uno va viviendo, o sea, como que quieres, bueno, yo en mi caso, quería que él sintiera de manera diferente, pero él no hacía cambios, entonces yo nomás quería satisfacerlo a él como quien dice, darle gusto en que la comida, en que la ropa, y en que acá, me desvivía por él la verdad (Paula, 53^a, NB, ZMC).

Este par de testimonios revela, al igual que en secciones anteriores, que es común que el deseo entre los miembros de las parejas esté desacompañado y que tanto Paula como la esposa de Servando, se sientan frustradas.

Otro aspecto en el cual se indagó en las entrevistas es el de la frecuencia con el que las parejas tienen prácticas sexuales. En los siguientes

testimonios, aparece con claridad la idea de ir en contra de lo que se cree propio de la etapa de madurez en la que se encuentran, es decir, el decaimiento de la vida sexual. Varios de los testimonios relatan que tienen relaciones cada semana y que su ritmo no ha decaído con el paso del tiempo. En algunos casos, narran una frecuencia de varias veces a la semana, o hasta diario, así lo cuenta Rosa, “me da mucha risa porque el doctor me dice: ‘Ay a su edad nomás dos veces a la semana’, y nosotros nos quedamos: ‘Órale’ [dice riendo]. Diario. Diario y sí se puede más, más”. O Saúl, quien afirma, “puede parecer presuntuoso, pero, hígole, hacemos el amor casi todos los días, y a veces dos, tres veces al día, a esta edad...”.

Esta advertencia sobre la edad que expresa tanto el doctor como Saúl, corresponde con un discurso social muy extendido en el que se asume que, a menor edad, mayor intensidad de la vida sexual, y a mayor edad, menor. Sin embargo, la experiencia de la sexualidad va variando con el tiempo no necesariamente en un sentido negativo. Así le ocurre a Martín con su esposa, “nosotros somos, pero adictos. O sea... Por ejemplo, ella me dice ‘cabrón...’, me dice ‘¡No manches!’”. Me dice que la deje, a veces, en paz”. En estos casos se revelan de nueva cuenta la regla del sentimiento mencionada páginas atrás, aquella que dicta que disfrutar sexualmente es legítimo y muy importante para ambos miembros de la pareja, y otra que alude justamente a que ser personas maduras contribuye a la intensificación de la vida sexual. A esto añadido el sentimiento de gozo intenso experimentado por ambos miembros de la pareja, así como la sorpresa ante el propio rendimiento sexual.

Otros relatos de parte de los hombres destacan no tanto la frecuencia, sino la intensidad y calidad de sus relaciones sexuales. Así lo expresa Gamaliel, “no que no sea muy frecuente, sino más bien, lo que me hace calificarla como muy buena, es la intensidad y la entrega”. Y Servando, “en cuanto al acto, cuando tenía que ser se hacía, bien, bonito, se disfrutaba y en ese momento a mí se me hacía como si hubieran sido cinco, seis, siete veces las que lo hubiéramos hecho ¿no?, por decirlo así, entonces quedaba a gusto, quedaba satisfecho”. Como se observa, hay

otros criterios para evaluar las relaciones sexuales que no aluden a la frecuencia.

Otro hallazgo interesante en la vida sexual de las parejas es que quienes proponen la realización de prácticas sexuales novedosas son los hombres. Ante esto, es común que las mujeres se nieguen a realizarlas. Algunas de ellas lo cuentan como algo que una vez que dijeron que no, sus parejas no volvieron a plantearlo. Otras, como Paula, cuenta, “nunca me forzó, pero sí me pedía cosas que a mí no me gustaban”. Otra situación es cuando ellas ceden por complacerlo a él, Yolanda cuenta, “si yo no tengo ganas, él si tiene ganas, no es que yo ceda, es que simplemente digo, pos órale, tú solito y yo veo, y no hay problema, y generalmente ves y caes [ríe] porque pues es normal...”. En estos testimonios y los siguientes, se asoma una norma de larga data histórica expresada en la frase “cumplirle al marido”, que a su vez se traduce en una regla del sentimiento femenina que les impele a ceder ante los deseos de ellos.

En algunos casos, el negarse a lo que el marido propone se torna en situaciones violentas que se agraven aún más por no tener una buena comunicación entre ambos. Así lo relata Paula,

En ese tiempo planchaba y como él no sabía, yo no me tenía que mojar, entonces si tenía sexo, por decir, en la noche, pues tenía que ir a bañarme y no me quería bañar porque yo estaba caliente de haber planchado, entonces él se enojaba, era muy violento, se enojaba y decía chingada madre, que no sé qué, bla, bla, bla, y yo decía pues enójate. Varias veces me agredió porque yo no quería, porque yo no podía mojarme, y no le podía decir (Paula, 53ª, NB, ZMC).

Otros relatos femeninos muestran ceder a las prácticas sexuales por diversas razones. Una de ellas es el cansancio que les produce la insistencia del marido, este es el caso de Lourdes,

Más cuando andaba tomado. Pues, a lo mejor no se puede llamar a la fuerza, pero ¡ay! para que no estuviera dando lata [se golpea las manos, como con

desesperación], o sea, es que, a veces nomás quería tener relaciones, y yo decía, otra vez y otra vez y no, y ándele pues, o sea, y ya para que se aplacara, nada más para eso (Lourdes, 53^a, NB, ZMG).

Es importante mencionar que tanto en el caso de Paula como en el de Lourdes, su escasa formación educativa y el bajo nivel socioeconómico les es común, lo cual se traduce en que son mujeres con poca autonomía y poder frente a sus parejas. Sin embargo, en otros niveles se aprecia lo mismo, en el caso de Rosa de nivel socioeconómico alto y con maestría, la razón para acceder a las relaciones sexuales con su marido era el miedo a perderlo, así lo expresa, “en ese momento yo tenía mucho miedo de perderlo. Yo comencé a sentir que lo estaba perdiendo y él quiso tener sexo. Yo me sentía muy triste y tuve que ceder, y él no se daba cuenta que yo lloraba [baja la voz]”.

Como vemos, el presionar a las mujeres a tener prácticas sexuales que no les gustan y que ellas cedan a hacerlas es algo que ocurre con frecuencia para esta generación y se debe a diversas razones. Parece evidente que el mandato de complacer al varón a cambio de permanencia, darle gusto, o simplemente, que las dejen en paz, lo que he llamado en el capítulo anterior como el débito conyugal, tiene aún vigencia. Ejemplos adicionales de esto son los siguientes dos relatos en los que el grado de violencia fue mucho mayor, lo cual fue soportado por Paula y Mirna con una actitud de sumisión y pasividad, las cuales, con el tiempo, abandonaron,

Yo pienso que era sexo porque nada más me agarraba él como si yo fuera, no sé, alguna mujer de las que tenía en ese tiempo, o sea, no me decía oye, no me pedía permiso, era como violento también ahí en el sexo y también así yo me quedaba, así como que bueno, ¿eso qué onda pues? Y ni siquiera, o sea, hacerte sentir como mujer, como persona, nada más zas, zas, y ya, es más de mis hijos yo no me acuerdo si sentí algún orgasmo, sentí algo, no. Mi vida sexual fue de miedo, como a fuerzas, vas a hacer esto porque yo te digo [decía su ex pareja], o sea, mi ex fue muy así, no sé, no sé si lo enseñaron

o aprendió, no sé, pero era muy dado a lo que él decía pues. Como que yo mando, yo soy el hombre y vas a hacer lo que yo diga. Sí, al principio, a mediados de mi vida matrimonial, ¿qué sería? Como a los 30 años... [dudosa] Era muy agresivo, o sea, nada más quería él sentir y hacer y ahí nos vemos (Paula, 53^a, NB, ZMC).

En el caso de Mirna, su relato es muy semejante,

Hablándote como mujer, pues realmente, fui violada, por mi propio esposo, como muchas. Porque llegabas, llegaba en la noche, y tú estabas cansada de trabajar, del hogar, de los hijos, y decía “pues cumple”, y cumples, y no había de otra. Pero yo no lo veía así. Nunca lo vi de esa forma. Nunca lo vi así. Porque es esa educación que tenía, la educación era, cuando quiera, a la hora que quiera y como quiera. Y tú te callas, y tú lo hacías ¿no?, y yo nunca lo vi mal, al contrario, decía, bueno, pues estoy cumpliendo, que padre, que bueno (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

En ambos casos, los procesos que las llevaron a tomar consciencia de las situaciones de violencia a las que fueron sometidas fue largo e implicó el acceso a apoyos que ya veremos más adelante, lo que queda claro, es que ambas veían con “naturalidad” sus circunstancias aceptando un modelo de masculinidad absolutamente machista propio de la sociedad patriarcal. Sin embargo, en el mismo relato, se revela la toma de conciencia de la situación que padecieron logrando poner en palabras su experiencia, tomando distancia crítica de lo vivido. Esto se evidencia al expresar frases como: “yo mando, yo soy el hombre y vas a hacer lo que yo diga”, “nada más quería él sentir y hacer”, “fui violada, por mi propio esposo, como muchas”, o “la educación era, cuando quiera, a la hora que quiera y como quiera”.

Volviendo al tema de la realización de prácticas sexuales novedosas, hay otras experiencias en las que ambos miembros de las parejas se conceden un margen mayor para probarlas. En el caso de Benito, y desde su propia visión, él “sabe” cómo seducir a su pareja,

Yo sé de qué manera la puedo excitar al grado de ya no ir para atrás, sino de terminar en el clímax de la relación, porque yo sé que los besos le excitan por ejemplo, entonces para mí, la experiencia mía y haber observado cómo reacciona a cada caricia, eso me hace saber cómo tengo que llegarle y cómo tengo que realizarla aunque me haya dicho a mí que me esperara un mes o 15 días, yo sé que a veces lo dice porque según [ella] no goza mucho, pero yo sé que al yo besarla, acariciarla, sé que rápido me va a decir que sí, porque parece que los besos tuvieran electricidad porque se rinde (Benito, 58^a, NB, ZMC).

En el relato de Braulio por su parte, se observa la negociación a la que ambos llegan para complacerse mutuamente,

Cuando empezamos a hablar de lo del sexo oral, ella no tenía mucho interés, pero (...) después ella decidió que sí. Vimos en qué momentos de la relación sexual, en el acto íntimo se podía, y en qué momentos no, ni siquiera pedírselo. A lo mejor con las posiciones sí, pero así de que lo hago y no quiero hacerlo o bueno por complacer, yo creo que en las posiciones mutuamente. A pesar de que puede no ser tan placentero esa posición, pero la aceptas porque puede ser placentero para los dos, o para llegar al clímax o para estar más cómodo o para durar más (Braulio, 56^a, NM, ZMC).

Un elemento importante que surgió en las entrevistas como un factor que intervenía en la realización de prácticas sexuales para esta generación fue la situación de salud de uno o de ambos miembros de la pareja. En el caso de Servando, ambos tienen impedimentos para tener relaciones sexuales,

Las relaciones sexuales también han cambiado mucho, ya no nos buscamos como antes, ya no era tan frecuente, o sea, todo eso va cambiando pues, a través de los años, a través de las enfermedades, aquí también, pues imagínate, así como pensar en algo romántico pues está cabrón (...). Pues el oxígeno que está usando, la distancia, mi pie, ¿no?, porque, si no, de ahí en más estuviéramos mejor todavía ¿no?, obviamente pues no ha habido tanto

contacto físico ¿no?, y ahora te digo, ya es mucho menos porque pues las condiciones de ella no se prestan bien, y bueno, son otras cosas, cuestiones que te digo, si no se dan en el momento no pasa nada, si se dan en el momento, pum, adelante, y las disfrutas y sin ningún problema (Servando, 54^a, NB, ZMG).

En el caso de Javier, cuenta cómo ha cambiado su interés sexual por razones fisiológicas,

Yo he perdido apetencia sexual ¿sí?, y al entrar en esta etapa, ya no tengo, ah porque antes era como una necesidad pues, tener la eyaculación era así como que lo necesitaba mi cuerpo ¿no?, y tenía que andarle rogando, y ándale, “no, es que ya me hiciste enojar”, pero ahora, como te digo, ya mi nivel hormonal yo creo que cambió, aparte tengo problema de próstata, entonces, pues no, no, ya, digo, cuando lo tengo, lo disfruto, o sea, no me genera problemas, me duele un poco la eyaculación, por el problema de la próstata, pero no importa, lo disfruto, me gusta (Javier, 63^a, NM, ZMG).

A pesar de los impedimentos físicos, tanto para Servando como para Javier el sexo sigue siendo placentero y vale la pena seguir intentándolo, aunque es evidente que han tenido que realizar un trabajo emocional para ajustar sus expectativas a lo que en lo práctico y cotidiano pueden lograr.

Desde el punto de vista femenino, destaca en varios de los relatos la idea de la menopausia como causa de inapetencia sexual o de problemas para tener relaciones sexuales. Así lo narra Citlalli, respecto a su vida sexual, “ha cambiado, sí, y también depende del tiempo y las situaciones físicas, fisiológicas pues, porque a mí me sacaron la matriz, porque tenía endometriosis y cambia, cambia el sentido de las hormonas de uno y todo”.

Lo mismo afectó a Mirna, en conjunto con su subida de peso,

Al principio, yo misma, tenía matriz, producía hormonas, producía lubricante, ahora ya no (...) lo único que hicieron fue cerrarme, así como costalito, y no tengo nada acá. Entonces yo qué hago, estoy excitada, más no estoy lubricada, entonces ¿qué hago? pues tengo mi lubricante, y me pongo mi lubricante y ya... ¿me entiendes? y no pasa nada y claro, que no afectó en los más mínimo, porque me excito. En aquel entonces, por ejemplo, podíamos hacer algunas posiciones porque era muy flaca. Sigo siendo muy flexible porque bailo mucho y hago mucho ejercicio, pero éste... pero pues ya, obviamente hay momentos en los que ya me estorba la panza, porque ya no estoy planísima como era yo antes, pero hay otras, vas sustituyendo unas por otras, o te cansas más en una posición, y entonces... pero hay otra nueva que encuentras que dices "No pues ¿sabes qué? está más padre". (...) Pero entonces es muy padre porque estás reiniciando y lo ves desde otro punto de vista no lo ves que "ay" [con tono de hartazgo], no, sino "¡ay!" [con tono de emoción], o así ¿por qué? porque hay compenetración, porque hay amor, te digo, para mí todo se basa amor, respeto, honestidad... (Mirna, 61ª, NMA, ZMC).

Como vemos, estas situaciones se pueden enfrentar si se adopta una actitud positiva tal y como vemos también en el caso de María José,

Cuando estás más joven, tienes más, como más energía sexual; y también él, o sea, más enfocados como en el sexo, más así ¿no? Sí, creo que con el tiempo cambia, cambia como el deseo. Y haz de cuenta, yo ahorita ya estoy menopáusica, entonces como que sí he sentido que mi libido ha bajado. Yo casi no platico estas cosas con amigas, pero últimamente con un grupito de amigas hay una que dice: "no, es que yo me tomo no sé qué...", y así; "...y hasta regalos me da" (dice riendo). Nombre, pues a tomar, haz de cuenta (dice riendo). Entonces, haz de cuenta, como que el platicar con ellas me ayuda a darme cuenta que sí puedo hacer algo para estar más libidinosa. Entonces, como que ya hasta por el efecto que esta amiga reporta, como que digo: "ay, pues también es padre para él, ¿no?". Entonces, o sea, tengo como 15 días así ¿no? Y yo: "ay, es que te voy a hacer la magia" (dice riendo).

Sobre todo, tiene que ver mucho con mi actitud, yo creo. Como estar más dispuesta, y como también pensando en él, en sus necesidades; como estar más dispuesta y más cercana a propiciar el acercamiento íntimo (María José, 52^a, NMA, ZMG).

Como vemos, tanto Mirna como María José emprenden acciones para conservar una vida sexual activa y gratificante apoyándose en prácticas nuevas, consejos entre amigas o la ingesta de hormonas para estar “más libidinosas”. Sin embargo, la compensación hormonal de parte de las mujeres para aumentar su libido, desde el punto de vista de los varones, se vive desde otra perspectiva, así lo narra Braulio,

Ella acudió con una ginecóloga que le recomendaron y le ha dado unas hormonas para regular, y entonces le regula, pero luego despierta más el apetito sexual y entonces estamos como en desequilibrio. Y entonces también hay para varones, entonces yo fui también y me los puso la doctora, y más o menos se equilibró, pero dura siete u ocho meses, y no es barato, entonces [ríe] como que hay que destinar una buena cantidad. Pero ella ahora como que ha dejado de tener efecto y tiene zumbidos, dolores de cabeza, mucho calor cuando está siendo fresco en cualquier lado, entonces como que ya es necesario otra vez las hormonas. Y sí es beneficio, mucho para ella, pero entonces hay una exigencia mayor sexual, entonces luego volveré a tener que ponérmelas yo también [ríe]. En ese sentido, pues yo creo que ella por su misma condición de la edad estamos un poco desequilibrados (Braulio, 56^a, NM, ZMC).

Al igual que en un relato anterior, una vez más aparece la regla del sentimiento emergente respecto a ser mujeres sexualizadas que se combina con el temor de parte de ellos a no responder de forma suficiente o adecuada justo a estas mujeres que les expresan apetito sexual, esto evidencia que persiste un mandato de género sobre ellos respecto a la obligatoriedad para complacer a las mujeres sexualmente.

Otro aspecto que narraron nuestr@s entrevistad@s relacionado con una vida sexual insatisfactoria fue generado al preguntar si habían fingido alguna vez placer o amor hacia sus parejas. Algun@s de ell@s fueron enfáticos en decir que nunca lo habían hecho, sin embargo, much@s otr@s confesaron que sí, la totalidad de estos casos fueron mujeres, de todos los niveles socioeconómicos y de diversas edades. Tales son los casos de Lourdes, Citlalli, María José, Rosa, y Romina, quien agrega que, “muchas veces como que me agarro de esa sensación placentera y, pues me contento con eso, ¿sí? Pero no sé si es fingir placer, pues, o sea, o quiero que a través de exagerar esas sensaciones pudiera llegar algo más, no sé”. Esta situación también es narrada por los hombres respecto de sus mujeres, así lo cuenta Benito, “sí, yo creo que ella ha fingido muchas veces, porque hay veces que estamos molestos por algo y he sentido que es por el compromiso, que bueno voy a tener relaciones por esto, pero estoy pensando en esto otro y ya es de mal gusto”. Y también Mauricio, “yo creo que más bien ella y le digo ‘se me hace que exageras, ¿verdad?’ y ríe, no me quiero sentir como en las películas, (...) Pero tú sientes cuando es realmente realidad o cuando de repente, así como te lo digo para que te estimes más, pero son pocas veces”.

Estos testimonios son muy interesantes pues revelan la emergencia de un valor propio del amor posromántico que consiste en el derecho para ambos miembros de la pareja de gozar sexualmente, lo cual se traduce en la creación de un nuevo tipo de estereotipo femenino en el que las mujeres expresan placer y eso complace a su vez a los hombres. El fingir tal placer expresa la asunción de una nueva regla del sentimiento que no necesariamente responde a sensaciones reales, sino estrictamente al cumplimiento de tal estereotipo. Este fenómeno pudiera denominar a un nuevo mito del amor posromántico, el que las mujeres gozan sexualmente de forma necesaria y obligatoria.

En este sentido, resulta relevante mostrar un testimonio en el que se ha renunciado al cumplimiento de tal norma renunciando a tener una vida sexual activa de forma voluntaria y gozosa. Tal es el caso de Mica, quien no tiene pareja ni intenta buscarla,

No, desde hace años que ya, nada. Desde que se fue ese señor, ya. Nada, nada, nada. Y, ahorita, estoy en una etapa a gusto, que nadie me cree, pero sí estoy muy, muy a gusto. Ni se me ocurre. Nada. Nada. ¡Guácala! ¡No! Nada. Nada, nada, nada. Ni citas a ciegas. No. Yo creo que, lo que ha pasado, es porque, en algún momento, como decía un amigo, Dios me puso en el camino... Pero así, que ande buscando, que “Preséntenme” o lugares de ligue, impensable. No sé a estas alturas, pues. A lo mejor, a los ochenta, ando ahí, acosando gente [risas]. Ahorita, estoy súper tranquila, a gusto, no siento que extrañe a nadie, me la paso agustísimo. Nada. Nada, nada, nada, nada. Ni me gusta coquetear. Ni siquiera le entiendo. Antes, sí, claro. Claro que sí. Sí, sí, yo los emborrachaba [risas]. Sí, sí, sí (Mica, 60ª, NB, ZMG).

Los amigos y enemigos de la vida sexual

En esta sección abordaré aquellos elementos que considero facilitadores e inhibidores de la vida sexual entre las parejas. Entre los primeros comenzaré tratando con el aprendizaje como un proceso experimentado ya sea en forma individual o compartida entre ambos miembros. Llama la atención que, en este proceso, muchos de los relatos coinciden en mencionar el abandono de las creencias religiosas o el transitar de una visión moralista conservadora sobre la sexualidad a una más liberada y abierta. Esto coincide con otro elemento que tiene que ver con la edad, se hace alusión a sus primeras experiencias, casi siempre, durante el primer matrimonio o el único, sobre todo durante los primeros años. Recordemos que el relato se está elaborando desde el presente, en el que esta etapa ocurrió en el pasado y se ve desde la perspectiva actual.

Algunas de estas experiencias tuvieron que ver con adquirir conocimientos sobre el funcionamiento del cuerpo de ambos, así como de formas de planificación familiar que excluían el temor a embarazarse sin desearlo. En el caso de Sofía, ella le enseñó a su marido, porque ella sabía más que él, pero “en teoría”,

Los dos aprendimos juntos (...) realmente aprendimos los dos juntos. Eso fue una parte muy bonita. Muy padre, ¿no? Este... y yo sabía más porque yo era enfermera. Entonces, este... le decía: No, mira, así. Va, esto, así. Cuando menos, la teoría, yo me la sabía y, entonces... Pero él, ni eso sabía. Muchas cosas aprendió conmigo. Entonces, "A ver, explícame". Ay, es que esto. "¿Y si esto pasa?" No, pues puede pasar esto, esto, esto y lo otro. "[Sorpresa] Y si, es que, por ejemplo..." Así, desde la forma de que cómo cuidarnos, ¿no? Es que, mira, Leandro, hay una red... Con decirte que yo nunca, de novia, me atreví a decirle que yo traía la regla. O sea, a esos niveles de pendejez. O sea, conservadores, los dos. Ya, cuando nos casamos, ya nos empezamos a tener más confianza y, entonces, yo ya le explicaba cosas, ¿verdad? Entonces, "A ver, Sofía, pero, entonces, si nos queremos cuidar siguiendo, por ejemplo, el ritmo, el método, esto". Ah, no, mira, tales días son fértiles; tales días, no lo son. O sea, toda esa parte, yo ya la sabía muy bien (Sofía, 61^a, NM, ZMG).

En este proceso tuvieron importancia para Sofía y su esposo la formación de ella como enfermera y el tener acceso a libros científicos, ella agrega, "me fui metiendo a las cosas mucho más científicas y me empezó a dar mucha curiosidad toda la parte de la sexualidad. Entonces, yo, por mí misma, iba leyendo cosas de fisiología, de bioquímica, de biología; y abría mis libros y leía y yo me sorprendía, ¿no? De toda la parte de la sexualidad, que nunca me la enseñaron en mi casa". Es claro en este caso el papel decisivo que tiene el conocimiento como contrapeso a la formación familiar, pues la cerrazón para hablar de sexualidad se encuentra íntimamente relacionada con creencias religiosas adquiridas desde niña y que también, Sofía fue abandonando, "me fui dando cuenta sola, hasta un día les dije a mis hermanas: Ya. O sea, ya. Ya estuvo. Ya no quiero. No quiero. No quiero porque vivo angustiada. Y fue la época en que yo me hice muy rebelde, ya después".

Lo mismo ocurrió en la historia de Martín y su esposa, quienes cuando se casaron eran jóvenes e inexpertos, y cuyo aprendizaje compartido, aún sin libros científicos, fue más bien ganado con la práctica,

De menos a más. Prácticamente, yo era casto y puro. No había tenido relaciones sexuales, ni ella. Entonces, no sabíamos cómo. Yo empecé a descubrir con el tiempo, porque no veíamos cositas pornográficas. Este... a ella le molestaba si yo ponía una película erótica. Entonces, así, no. De hecho, yo siempre vivo cambiándole y, cuando pasaban escenas, pues le quito. Entonces, no lo vivía. Pero ella nunca se opuso a nada. O sea, empezamos a evolucionar y a aprender juntos, realmente. Yo digo: Qué güey, ¿no? Pero no tenía experiencia, yo. Ni investigué, tampoco. O sea, no compraba, yo, revistas, ni nada. O sea, todo mundo me decía “No...”, y la plática que yo oía era “Que esto y que lo otro”. O sea, yo, el sexo oral, no lo había hecho hasta... Ya cuando estaba muy grande. No sabía qué pedo. O sea, y, aparte, con muchos miedos. No teníamos información. Ni sus papás ni mis papás nos habían dicho nada. Sí. No, estuvo fantástico y padrísimo. O sea, hemos evolucionado tanto que, poco a poco, hemos ido aprendiendo que yo no tengo queja de nada. [Refiriéndose a su esposa]... Pero crecimos juntos. Aprendimos juntos. O sea, yo... (...) pues ahí. O sea, yo, como dicen... [Risas] “Coges como los curas, cabrón”. ¿Cómo? Nomás así, encima. No. O sea, no (Martín, 54^a, NMA, ZMG).

En el caso de Rosa, su marido le enseñó a ella a disfrutar de la sexualidad,

Aprendí muchas cosas también con él. Fíjate que he tenido más cuidado por ejemplo en la sexualidad que era donde más me fallaba a mí. Entonces, he tenido como más cuidado de poderlo leer más en sus necesidades, en sus gustos, y poder experimentar en mí esas cosas; porque estaba más tapada yo que él en otras cosas. Entonces, por eso hemos podido crecer lo suficiente en ese sentido, y ahora me da más gusto a mí (Rosa, 52^a, NMA, ZMG).

Y en el de Saúl, su pareja, quien es más joven, fue quien le abrió a nuevas experiencias,

Al principio me decía, hacemos el... [su pareja] ay [con cierto disgusto decía Saúl], decía, uno con cierto conservadurismo, también religioso tal vez, o algo, hijo de la mañana, bueno. Y entonces bueno, fui aprendiendo. Y le dije ¿sabes qué? Mejor lo que quiero hacer es dejarme llevar de la mano por tu juventud y por tus ganas y dame lecciones de algo que yo no he tenido, y sí, se lo digo constantemente, lo que tú me has dado sexualmente y lo que me has dado anímicamente creo que nadie me lo ha dado (Saúl, 59^a, NM, ZMC).

En todos estos casos, los procesos de aprendizaje compartido o adquirido por la experiencia de la pareja, revelan a su vez el desempeño de trabajo emocional cuyo resultado es la sustitución de una actitud tradicional, conservadora o religiosa sobre el sexo, a otra mucho más abierta y relajada y que les ha redituado en una experiencia mucho más rica de su sexualidad. Asimismo, esto implica el abandono de ciertas reglas del sentimiento que les alentaban a expectativas de gratificación bajas, a otras en las que esperan mucho más en cuanto a intensidad en el placer se refiere.

Otro amigo de la vida sexual para las parejas es que tengan juegos o desarrollen, entre ambos, fantasías que colaboren en su vida sexual. Esto les aporta espontaneidad y diversión a sus prácticas y les impide caer en la rutina. Por ejemplo, Mirna cuenta,

De repente él es el que se le ocurre e inventa cosas y llega y me dice “disculpe, ¿tenía cita conmigo?” y eh, “sí” [dice ella], “eh, venía para lo del trabajo, ¿verdad?” [dice él], “sí, vengo para lo del...” y empezamos a jugar, a jugar, y terminamos igual, podemos estar empiernados aquí, a media cancha o allá adentro o donde queremos (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

Joel por su parte relata,

Siempre tuvimos un muy buen entendimiento, mucha comunicación, muchos juegos, siempre estábamos inventando cosas, éramos impredecibles, meternos al baño de una oficina, no nos importaba, o en el carro, que nos

estuvieron a punto de llevar presos por eso, o sea, disfrutábamos mucho pues, todo (Joel, 57^a, NM, ZMG).

Este aspecto en la vida sexual de Saúl es muy intenso,

Le gusta jugar, porque le gusta inventar. Por ejemplo, hay veces, me dice, este fin de semana no nos vamos a conocer, apenas nos vamos a presentar, y yo le entro al juego, nos gusta mucho jugar a eso, a estar cambiando las cosas, a que sea distinto. Tiene cosas maravillosas, y yo ¿qué onda? [piensa para sí mismo] yo a veces le pregunto, “¿tú ves pornografía o qué?”, dice, “no ¿cómo crees? ¿Por qué?”, digo es que me llama la atención que me encanta, a veces llegar a mi casa y verte vestida de colegiala. Y dice “ay, a todos los hombres les gustan niñas”, digo ay, pero me encanta contigo eso, es eso, dice Saúl juguemos, es algo maravilloso. Es que yo cada que la veo a ella, le digo, “¿me encanta sabes qué de ti? Que siempre estás distinta, o te pusiste los lentes, hoy te pintaste el cabello, hoy te pusiste unas medias no sé qué, es eso, hoy no tienes el brasier puesto, entonces se transparenta y me vuelve loco [emoción] eso”, digo sí, le digo, “no me gusta tanto verte desnuda, déjame imaginar cosas que eso me vuelve loco. (...)” Y ella me encanta, y me encanta jugar. Además, nunca tuve una pareja así, yo fui muy conservador, y entonces yo a ésta le digo “¿sabes que tú me haces sentir un muchacho de 20 años probando cosas nuevas? Siempre fui muy conservador en el amor, en el sexo, pero contigo esto es una locura, o sea, contigo es lo que yo pensé que esto se veía en películas o en libros de literatura, pero vivirlo ya a plenitud contigo, no, eso es la cosa más maravillosa, y no cambiaría esta etapa sexual de mi vida por nada” (Saúl, 59^a, NM, ZMC).

Esta sensación de sorpresa ante el goce de una vida sexual muy intensa habiendo abandonado la juventud, la comparte Martín por lo que vive con su amante,

Y su locura, es demasiado... No sé cómo. Es impresionante, porque, de repente, me habla y me dice “¿Qué fantasías tienes? ¿Qué te gustaría? ¿Cómo,

así?”. O sea, no qué, sino el cómo. O sea, como la temática y todo eso, y está de lujo. Todo el tiempo es padrísimo. [Por ejemplo] acrobacias, sí, porque, ahí, hay unos silloncitos especiales y todo. Y me dice “Oye, ¿y si compramos juguetes en alguna tienda o algo?”, y yo le digo: ¡Vamos! A mí no me da miedo, porque estoy aprendiendo con ella, también, cosas diferentes que no había aprendido, y, ¿cómo es posible que una chica tan joven sepa más que un viejo como yo? (Martín, 54^a, NMA, ZMG).

Una vez más observamos el peso que posee la idea de que en la etapa de madurez la vida sexual decae, pues en ambos casos, el que sea intensa, es motivo de gran sorpresa.

Un caso especialmente revelador del deseo de una mujer madura por experimentar sexualmente y aprender mucho más de esa dimensión en su vida es Romina, a lo largo de su relato expresa detalladamente su búsqueda de nuevos placeres y de personas con las cuales pueda compartir eso sin culpas ni tapujos morales. He aquí su relato,

Digamos que he vivido muchísimo deseo y eso es fantástico, y eso, o sea, una humedad vaginal maravillosa, unas cosas, así como padres, sí, chido, padre, pero así, digamos, necesito que me hagas esto para llegar acá, no sé si es de libros o si existe, o si apenas lo estoy descubriendo, o me falta más experimentación, pero quiero más. [Su amante en ese momento] me ha dicho “Romina, tenemos que tomar un curso de tantra” y yo: ¡yes! [risas] O sea, sí, experimentemos juntos. Porque él es experimentador, pero seguramente también conmigo está feliz de tener una mujer que quiera lo mismo. [Y añade] fue una noche muy, muy padre, porque otra vez fue experimentar, fue déjate, enséñate, muéstrate, estate confiada en su cuerpo. Toda la vida, nunca he confiado en mi cuerpo, toda la vida, desde chavita, así, ay, no, las piernas muy gordas, las no sé qué. O sea, nunca suficiente, nunca, nunca, nunca y, y, este, y ya, eso fue muy padre. (...) Entonces, ciertamente no sé pedir qué necesito, no sé, no sé, lo confieso, y ahora que he estado con Manuel, me dice “tú dime qué quieres, hasta cuándo, cómo, qué quieres que te haga”, yo [sonidos indistintos], no sé, “¡es maravilloso que me pregun-

tes!”, digamos que estoy aprendiendo. Me encantaría ahorita encontrarme un hombre al cual yo admirara mucho por lo que hace, pero que sí le gustara experimentar. [Y sobre otro de sus amantes] el caso es que este señor, o sea, me invitaba a masturbarme yo sola. Él diciéndome lo que hiciera, no sé cuánto. No, no, no, fue algo maravilloso, yo escribía unos cuentos cochinísimos, inspirados en mí, en no sé cuánto. Yo estaba así, pero en él, una sonrisa permanente, padrísimo, la verdad. Un momento muy padre. (...) Sexualmente, digamos que tengo fe en que puede ir mejorando y mejorando y mejorando, sí. Ha sido, yo misma me veo y digo: “ay, qué padre. Qué bueno que te estás animando, Romina. Qué bueno, qué bueno, qué bueno. ¿Por qué no? Es tu momento, ya llegaste, ya estás aquí. Aprovechalo, nena, sí” (Romina, 52^a, NMA, ZMG).

En este caso, la búsqueda que Romina emprende ampliando sus experiencias con diversas parejas sexuales, va más allá que la experimentación de placer, involucra cuestiones tales como darse libertad a sí misma en aras de fortalecer su autonomía; adquirir confianza en la propia belleza de su cuerpo y dejar atrás complejos; o aprender a decir lo que necesita, desea, piensa y siente; todos estos elementos que configuran una nueva forma de ser mujer que trasciende las opciones dicotómicas de ser mujeres buenas o malas.

Por otra parte, se descubre en todos los relatos citados, una nueva regla del sentimiento que dicta el fantasear y jugar como formas legítimas de obtener placer y desarrollar prácticas sexuales fuera de la rutina y en las que se despliegan la creatividad y la apertura. Como vimos, éstas no proceden de los hombres en particular sino de ambos miembros de la pareja o de las mujeres en específico, cuestión que deja atrás mandatos genéricos tradicionales propios del imaginario romántico.

Sin embargo, en paralelo con este tipo de experiencias, encontramos relatos en los que se expresan miedo y vergüenza por emprender nuevas búsquedas en la vida sexual. Tal es el caso de María José y su pareja,

No somos muy creativos, la verdad. No somos tan innovadores, somos más bien tradicionales. Este, por ejemplo: “ay vamos a una *sex shop*”, haz de cuenta. Pero nos da pena, así como que ya medio ruquitos y ¡ay! O sea, y yo: “ay pues hay que comprar ahí algo así como un vibrador o algo”. Entonces a mí me da pena ir. Entonces digo: “pues tú ve, Marco. tú cómpralo”, “ay no, pero donde compre una cosa así que no te guste o algo así”. Y el otro día estábamos en internet, viendo y yo: “ay no, a mí no me compres... así como, esos no” [dice riendo]. O sea, como que soy más tradicional. O sea, yo, por ejemplo, de los que veíamos ahí, yo: “¡ay no!”, o sea como penes, cosas así, no. Algo así como, no sé, algún vibrador... Nunca he ido, entonces no sé los productos que haya, pero me imagino que son como más sencillitos. O sea, no algo así como grotesco, no. O sea, soy más conservadora, como más, pues no sé, si de antes o no sé, no, no. Como no es algo que yo comparta tanto, este, no sé, cuáles son esas cosas... yo como que nunca, ay un trío o así, pues no. Ay pues ni se me ocurre, o sea, es como un espacio nuestro ¿no? Como que no, no lo considero (María José, 52^a, NMA, ZMG).

En este caso, al tiempo que María José se declara junto con su pareja como tradicionales en repetidas ocasiones, así como no creativos ni innovadores, llama la atención su curiosidad por las *sex shops*, los juguetes sexuales, las búsquedas en internet y los tríos sexuales, lo cual por sí mismo expresa familiaridad y cercanía cultural con estos elementos, así como cierta normalización en el contexto.

Un elemento importante en los procesos de aprendizaje y adquisición de nuevas concepciones sobre la sexualidad es el acceso a discursos no tradicionales o alternativos sobre ella, incluso desde el interior mismo de la iglesia o recibiendo apoyo a través de alguna terapia psicológica. Tal fue el caso de Paula,

A partir de que decido yo ir al psicólogo, al psiquiatra, grupos, todo eso, la Iglesia, la Iglesia me ayudó, pero a la vez como que no me dejo en claro muchas cosas, yo creía que Dios iba a venir, así como con una varita mágica y ándale ya, tu marido ya cambió, no, las cosas no son así, las cosas son de

cambios ambos, los dos. Queremos seguir, órale. Y recuerdo que esa vez que yo senté a mi marido y le dije: “vamos a ver qué podemos hacer por la relación” y él dice que no, pues yo tengo que respetar esa parte, es como si él me hubiera dicho a mí “¿sabes qué? No. ¿Por qué? Porque las cosas a fuerzas jamás van a funcionar” (Paula, 53^a, NB, ZMC).

En otros casos, como el de Citlalli, el ir a terapia de pareja le funcionó mucho, al igual que a Rosa, para quien, en combinación con otras cosas, le permitió superar dificultades que iban más allá de la pareja, por ejemplo, como ella dice, asumir un estilo de vida distinto al común en el contexto de la ciudad de Guadalajara en ese momento. Así lo cuenta al narrar las razones por las que ella y su pareja recurrieron a terapia,

Porque creo que nuestro estilo de vida lo requiere. A veces ir en contra de la supuesta vida social de Guadalajara implica apoyarte con otras cosas. Yo creo que comenzar a trabajar el aquí y el ahora fue muy fuerte; somos ateos, pero eso no implicaba tener otras cosas que nos diera sentido el estar aquí. Entonces comenzamos a trabajar en el budismo, en *mindfulness*. Entonces yo me diplomé en *mindfulness* en la UNAM y, este, aunque estos se cagaron de la risa de mí [dice riendo]; entonces la meditación creo que fue uno de los factores que a mí me ayudó; que ellos van cagados de la risa, pero creo que no se abren todavía, que no se dan la chance y yo no los presiono. Mucha gente está acostumbrada a caminar mal y se acostumbran al dolor, y cuando vas a psicoterapia y comienzas a hacer los cambios, te das cuenta que no tienes que caminar con el dolor. Y está en ti (Rosa, 52^a, NMA, ZMG).

Este relato es revelador en torno al contexto moral de una época. Así como lo mencioné al inicio de este capítulo citando palabras de Yolanda respecto a la ciudad de Colima, aparece ahora en los retos que enfrentó Rosa en la ciudad de Guadalajara al emprender una forma de vida alternativa dentro de la cual, además, se declaran ella y su pareja como ateos dentro de una ciudad tradicional y conservadora.

Otra fuente importante de acceso a recursos culturales o simbólicos para las mujeres es el haber tenido contacto con ideas y planteamientos feministas, lo cual las ha llevado a tomar conciencia de la problemática que enfrentan con sus parejas y a la posibilidad de nombrar las cosas que viven. Esto les ocurrió justamente a Mirna y Paula, nuestras entrevistadas que padecieron violencia sexual. Para Mirna,

La vida me lleva a tener un programa feminista, empiezo a conocer el feminismo, y me vuelvo totalmente feminista, pero grueso. Entonces cuando empiezo a conocer lo que es el feminismo y lo que es la violencia hacia las mujeres, y me di cuenta que yo estoy viviendo violencia sexual, económica, doméstica, y que yo no me había dado cuenta jamás, que para mí era algo normal, desperté (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

Mientras que, en el caso de Paula,

Yo sí le dije a él, es que yo ya iba a grupos, entonces me iba enseñando y me decían, no es que el sexo no es que él quiera o que tú quieras, es de dos y para que se den las cosas son los dos. Entonces empezaba a cambiar mi manera de hablar, entonces él se quedaba así, le decía yo, es que yo no quiero, es más, no quiero ahorita tener sexo. Porque para mí era sexo, no era ni amor. En los grupos yo aprendí, es que había grupos de enseñanza de puras mujeres, y ahí fue donde yo aprendí que yo no era un objeto, ni tampoco era algo que me hayan vendido una propiedad de él, no. Éramos compañeros. Entonces yo no podía seguir esa vida, porque yo me sentía mal, me sentía frustrada, me daba mucho miedo y me daba mucha, o sea, pensaba muchas cosas, yo decía ¿pero por qué? ¿Por qué así? Y pues él actuaba así porque era su inseguridad, su manera de la educación que le dieron y pues las enseñanzas que recibió, que no fueron buenas (Paula, 53^a, NB, ZMC).

Otras opciones narradas por nuestros entrevistados fueron por ejemplo conocer el libro del Kama Sutra, así lo narra Mirna,

Como niños o como adolescentes, tenemos un disco de Kama Sutra y nos ponemos a echar relajo y lo ponemos y estamos con la televisión en la recámara y haciendo piruetas ahí y atacados de la risa. Es más, te digo que buscamos el Kama Sutra, y lo grabamos, y lo tenemos en video y de repente lo ponemos, y lo bajamos del internet. Claro, el real, el verdadero, no vas a bajar cualquier porquería, no, el real, y ahí andamos investigando y haciendo. Me acuerdo que una vez se nos ocurrió abajo en los cafetos, en un árbol que estaba así chiquito, porque vimos en el Kama Sutra que en un árbol, y llevamos un tapete y llevamos todo, y no soportó nada, mugre árbol [ríen] terminamos en el coche atacados de la risa y ahí ya... pero en el árbol, imposible. Entonces, lo que es una película, porque realmente, pues no, realmente en un árbol no, ¿cómo? [ríe] por más que te recargues, y por más que sube y baja, pues no [ríen] y te raspas por aquí, y te raspas... y ya se encaja aquí la rama y “espérate que ya se me encajó una rama” [ríe] (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

Como vemos, much@s de l@s entrevistad@s, sobre todo en su juventud, abandonaron creencias religiosas y fueron modificando su actitud ante la sexualidad apoyad@s por diversas fuentes de información: libros científicos, terapias psicológicas, ideas feministas y de otras culturas, como el Kama Sutra: y algunos otros casos, asumiendo con valentía una actitud abierta y de búsqueda explícita, sea en conjunto con sus parejas o con amantes ocasionales, que les han permitido conocer sus cuerpos, enriquecer y ampliar sus experiencias de disfrute y placer a lo largo de los años, así como desarrollarse como personas con mayor autonomía. Estos desarrollos revelan lo que Reddy designa con la metáfora de la *navegación*, la cual designa la posibilidad de cambiar radicalmente el rumbo de la vida mediante acciones intencionales que persiguen el logro de objetivos de mayor prioridad, que el reproducir modelos de vida heredados y poco gratificantes. Esto a su vez implica el ejercicio de lo que este autor llama *libertad emocional*, la cual es ejercida por los sujetos con el objetivo de lograr experiencias de conversión que implican el

abandono de lo que se creía y la afirmación de lo que ahora se cree y se considera mucho más racional y necesario.

En contraste con lo descrito hasta aquí referente a los facilitadores de la vida sexual, finalizo esta sección con algunos factores o situaciones que obstaculizan las prácticas sexuales de las parejas. El primero se refiere al cansancio y el estrés que mencionaron algun@s de l@s entrevistad@s derivados del ritmo de vida acelerado, del trabajo intenso o de los conflictos familiares. En el relato de Servando se expresa cómo en el día a día, el tener sexo se va posponiendo cotidianamente, así lo narra,

Entonces estaba pensando en llegar a echarme un baño, llegaba lleno de tierra y todo esas cosas, comer rico porque también allá era comer en la calle y en lo que menos pensabas era en eso ¿no?, porque ya te agarrabas platicando de que cómo le fue al niño en esto, cómo le va a la niña, “oye sabes qué, voy a ocupar que me dejes esto porque voy a comprar esto”, entonces como que cambias poquito el sentido de lo que ibas a hacer en la noche a lo mejor ¿no?, ya se te va el tiempo, el rollo pensando en otras cosas que dices, “bueno lo de ahorita no pasa nada, mañana”, o igual ella, a lo mejor igual no tiene ganas y yo no voy a insistir ¿no?, nunca (Servando, 54^a, NB, ZMG).

En otros relatos, la imposibilidad de tener relaciones sexuales para las mujeres proviene de la negación del marido que, en el caso de Yolanda, así lo expresa, “[me sentí] frustrada, frustrada totalmente, mucha frustración”. O en el de Romina, quien como vimos antes, si tenía la iniciativa, simplemente su marido era incapaz de tener una erección, lo cual causaba en ella también el sentimiento de frustración.

La representación diferencialista de la sexualidad

Como se señaló en el capítulo de los adultos mayores, presento en esta sección lo que Bozon y Bajos (2008) denominan con este término y que alude a la concepción tradicional acerca de que las necesidades sexuales para hombres y para mujeres son fundamentalmente distintas. Esto constituye un aspecto relevante que ilumina las concepciones sobre lo

femenino y lo masculino en una cultura. Algunos de los testimonios se orientan a que las consideraban semejantes, otros no semejantes, y otros más, complementarias entre sí.

Entre los que opinaron que no eran semejantes predomina el argumento, bastante generalizado y en total coincidencia con la generación anterior, de que los hombres son más activos sexualmente y que necesitan más el sexo que las mujeres. Esto fue expresado por algunas de las entrevistadas revelando al mismo tiempo formas de concebir su propia “naturaleza femenina”, lo cual relacionan con estar siempre más cansadas. Por ejemplo, Citlali afirma,

Uno como mujer siempre es más hueva, la mayoría, no digo que todas ¿verdad? Este, siempre como que uno, pues anda más activo, no sé qué pasa, el hombre es diferente el cerebro al de la mujer, uno termina bien cansado y ellos no terminan bien cansados y quieren algo, y no, a veces ya no quiero, ya quiere uno acostarse a dormir o hacer otra cosa, ajá, ver un ratito la tele (Citlali, 52ª, NM, ZMG).

Otro de los argumentos se relaciona con la “naturaleza masculina”, así lo cuenta María José,

Yo creo... me voy a ver bien como antigüita, o sea, me voy a oír como mi abuelita [dice riendo], yo antes creía que no había diferencias así, tanto entre hombres y mujeres, y con el tiempo yo he descubierto que sí. O sea, yo sí creo que los hombres en general son más sexosos. (...) Mi abuelita decía: “es que es hombre...”. Y pues sí, sí creo que ellos tienen necesidades sexuales como más, como más intensas (María José, 52ª, NMA, ZMG).

Esta misma situación aparece en los relatos de los hombres, en el caso de Benito, aquí también aparecen elementos como el cansancio de su esposa y el no haber aprendido a disfrutar la relación sexual,

Ella no lo ve tan necesario, no lo ve tan importante y en el sentido mío siempre ha sido importante, yo incluso creía que era obligatorio, pero vemos que llegando a que quieras que lo haga ya es violencia, si dice no, pues no. Otra cosa que quería decir es que, (...) no caía bien disfrutar las relaciones, la relación sexual no sabía muy bien, pues de ahí viene que también no aprendió a disfrutarlas como debe de ser, por eso no lo considera básico, elemental, aunque para mí sí es elemental y básico (...), yo le decía “Sabes que yo soy un hombre que a la hora que sea, si quiere ahorita a pleno solazo, este haciendo calor o como sea, pero tú siempre, siempre, siempre traes la creencia que debe de ser por las noches”, para mí eso nunca ha estado en mis planes, que tiene que ser en la noche, que porque después de tener relaciones es mejor disfrutar un sueño y de una vez seguirle toda la noche, a que sea en el día y tener que seguir haciendo labores, le dije “Yo la verdad no estoy de acuerdo con eso, pero si así quieres, bueno”, pero siempre ha sido así para ella, para ella en la noche, para mí no importa el día ni la hora, nada (Benito, 58^a, NB, ZMC).

Otra diferencia tiene que ver con la idea de que los hombres tienen un deseo mucho más intenso que las mujeres, a pesar del cansancio laboral, así lo narra Mauricio,

Ella quisiera una vez a la semana y yo pues cinco veces a la semana, [ríe] yo siempre se puede decir que estoy al cien (...) y ella está como al 80. Entonces esa otra parte, yo puedo entender lo que ella, pues no sé si sea como más desgaste de ella en su escuela por estar dando clases que es muy desgastante que ella tenga toda la actividad todo así con mis chiquillos de llevarlos de recogerlos y llevarlos a deportes. Entonces yo sé que, si no llega al 100 en la noche como con ganas de querer coger, ¿no?, pues no. O sea, ella pues dice pues ando cansada, el fin de semana pues si no se la perdono, pero entre semana si le doy chanza. También mi trabajo es mucho muy desgastante es mucho muy de estar todo el día sí y resolviendo muchas broncas (...) Como te digo siempre yo al cien, y ella siempre al 80 siempre (Mauricio, 55^a, NMA, ZMC).

Es claro que la regla del sentimiento encontrada en el capítulo anterior respecto a la determinación biológica de que los hombres desean más que las mujeres “por naturaleza” aún persiste. No obstante, es importante destacar que junto con ello en estos fragmentos aparece reiteradamente el argumento del cansancio de parte de las mujeres para no tener ganas de tener relaciones sexuales, a diferencia de los hombres, que aún cansados, las tendrían. Esto remite a lo descrito antes en la sección correspondiente a los obstáculos de la vida sexual. Es claro que la vida contemporánea con un ritmo cotidiano acelerado, exige mucho mayor esfuerzo de las mujeres que de los hombres, no porque ellas no trabajen, sino porque ellas asumen en mucho mayor medida, el cuidado de los hijos y la atención de los quehaceres domésticos, además de realizar labores remuneradas.

Otro aspecto que se menciona respecto de las necesidades es la distinción entre las de tipo emocional y las sexuales, mucho más presentes las primeras entre las mujeres. Así lo cuenta Yolanda, “en un principio, yo suelo ser una persona que es habitualmente cariñosa, en el sentido de que mis afectos, soy de las que les gusta acariciar el pelo o tocar la mano, ¿no? y a mi marido no le gustaba, no le gustaba, entonces yo viví mucho tiempo inhibida en hacer ciertas cosas porque al él no le gustaban”. Mientras que Rosa narra, “yo soy como los perros: ‘¡Tócame, tócame, tócame!’ así me tienen a gusto. Si no me tocan, si no me chiquean, si no... neta te ladro y te muerdo”. Es posible que las necesidades emocionales no sean distintas para hombres y para mujeres, pero podría aventurar que justo debido a su formación genérica, para ellas es más fácil expresarlas.

Pasando a las opiniones que afirman que las necesidades no son distintas entre sí sino complementarias, se expresaron tanto mujeres como hombres. Para Mirna, esta complementariedad la expresa así, “hay una compenetración tan fuerte, una... no sé, una amalgama, una amalgama de energías”. Lo mismo opinan Gamaliel y Javier. En el caso de Tenzin, las razones de la complementariedad se atribuyen al mutuo conocimiento y a la propia experiencia etaria, él dice,

Las necesidades sí son distintas por razón natural, pero están perfectamente comprendidas y procuramos armonizarlas sin ningún problema. Y son distintas principalmente porque pueden ser los ciclos biológicos que estamos pasando cada quien. Ella, pues obviamente ya tiene años que está en la menopausia y, bueno, yo he tenido una, se puede decir, cierto declive, pero muy moderado de lo que es el impulso (Tenzin, 61^a, NMA, ZMG).

Otras experiencias narradas apuntan a que dicha complementariedad ha sido lograda progresivamente con el paso del tiempo juntos. Tal es el caso de Mirna, quien dice, “ahora, como que estamos a la par”; Marina, quien afirma, “estamos como que una vez él, otra vez yo, y así...”; y Rosa, quien cuenta, “yo no jugaba tanto y él necesitaba como más juego, frecuencia, como este arroz. Yo era muy precavida, ese era mi problema. Como que era, no tradicional, pero era muy precavida, como que era: ‘ay no, no puede ser aquí, los niños’. (...) Y no me arriesgaba tanto a otras cosas, pasó a ser monótono, un poquito para ambos, y ahora no”. En estos tres casos, se ha ido dejando atrás el estereotipo de mujeres asexuadas y poco a poco han ido acercándose a una nueva forma de ser mujeres sexualizadas, emergiendo una nueva regla del sentimiento que determina que ambos sienten de forma armónica la misma necesidad sexual.

En el caso de los hombres, Octavio narra que este acompasamiento se dio por el descenso de su propia intensidad al grado de llegar al nivel del de su pareja,

Siento yo que estamos al parejo, cuando está uno más joven sí sucede (...) que a veces uno llega con el apetito y la otra persona no lo tiene, que a lo mejor siente uno que le dan por compromiso u obligación, pero ya en esta edad que ahorita se encuentra uno, pues ya es, disminuye todo eso y como que ya se adapta uno a la pareja (Octavio, 62^a, NB, ZMC).

Como se observa, el factor del tiempo compartido juntos resulta un elemento a favor en aspectos que tienen que ver con la mejoría de la

vida sexual, lo vimos en el aprendizaje ganado con los años y ahora, en el acompasamiento progresivo de las necesidades de ambos venido del declive de la intensidad del deseo de los hombres y su equilibrio consiguiente con el de las mujeres. También lo es la disposición de las mujeres para empatar con sus parejas hombres y abandonar su “tradicionalismo”.

Otro tema en el que las diferencias genéricas se manifiestan claramente es en el gusto por ver pornografía, ya sea en videos por internet o películas en la televisión. En el caso de los hombres, éstos expresan mayor gusto por esto, ya sea en general o como una práctica realizada en pareja con el fin de excitarse, narra Braulio, “en algunas ocasiones, películas sí, y yo creo que los últimos cinco o seis años como un poco para erotizar más, no es tan frecuente pero sí lo hemos usado”. Mientras que para Javier el gusto viene de mucho más tiempo atrás,

Desde hace muchos años, muchos, muchos años, siempre me he sentido atraído con la pornografía, siempre, o sea, cuando éramos jóvenes, muy jóvenes, ahí en el barrio, había una persona que conseguía un proyector, mayor que nosotros, con poder económico, y proyectaba películas, era todo un show, este, y fueron mis primeras veces y me gusta, o sea, me gusta la pornografía, no es nada como para que yo pueda funcionar, no, simplemente me gusta como ver a lo mejor una revista de caricaturas ¿no?, o sea, de pronto digo, ay, qué exagerados, qué mentirosos, o que están locos, o jamás podrá ser, pero sí, sí, no te digo que no, sí me gusta, sí me gusta ver la pornografía. Con mi esposa eventualmente compartimos, este, un rato de pornografía, para, este, pues para que ella empiece a estar como más cómoda ¿no?, como un inicio (Javier, 63^a, NM, ZMG).

En el caso de Mauricio,

Si de repente sí hemos visto teníamos, ahorita ya no, por precaución, algún canal de televisión, lo teníamos con clave por supuesto. Entonces sí, de repente ayuda, sí llega como a la estimulación como para parejas estás viendo

una película o un capítulo de esos sí te ayuda porque no que esa sea la parte importante (...) pero pues a veces te ayuda (...) es nada más para motivarte un poquito sí, pero hasta ahí, nada más como esa herramienta de trabajo visual (Mauricio, 55^a, NMA, ZMC).

Mirna lo expresa también así, en un sentido positivo,

A veces lo hemos visto, a veces sin querer, ya ves que ahora en Sky de repente estás en la noche viendo, y de repente te aparece una película, que dices “dios mío, a estas horas hay niños, hay familias, yo no sé cómo les permiten” ¿verdad?, y sin querer de repente pasan, y nos quedamos así y le digo [ríen] “oye, ¿ya viste qué bonita está esa pose?” (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

En estos casos, la regla del sentimiento mencionada antes relativa al fantasear y jugar sexualmente desplegando la creatividad, adquiere en el tema específico del consumo de pornografía un matiz genérico masculino que poco a poco se va extendiendo a las mujeres. Sin embargo, otras mujeres se expresan abiertamente en contra de ella por diversas razones, Yolanda cuenta,

No me gusta la pornografía. Una vez la vimos juntos, pero yo me empecé a reír de todo lo que estaba viendo y entonces ya valió madres, lejos de que fuera estimulante, me empecé a burlar de todo lo que veía “ay sí ja, ja, ja y ja, ja, ja” el clímax se rompió [ríe], fue interesante, eso no funcionó [ríe]. Ya ves que en los hoteles es lo que hay, ¿no? Entonces, pues bueno, pues a ver [ríe], era lo que había en la televisión, pero es poco para oír la historia tan estúpidamente simple, (...) pero sí te puedo decir que tengo mis películas eróticas favoritas, que como que después de verlas te dan ganas de ir a coger [ríe]. (...) Me incomoda por todo lo que está detrás de la pornografía, no por la pornografía en sí. Pero ahora todo es pornográfico y la vida es pornográfica, entonces la pornografía es parte social, lo menos pornográfico que hay (Yolanda, 58^a, NM, ZMC).

En el caso de Rosa, su argumento es otro, cuenta, “fíjate que a mí no me gusta el porno. No. No sé, se me hace muy agresivo visualmente. Entonces, no. Y además le digo: ‘¡neta no me excito ni madres! [risas] O sea, estoy más atenta a pobre chava o qué es esto [risas]”.

En otros relatos masculinos también se expresa molestia o enojo de parte de las esposas de los entrevistados ante la pornografía, Benito cuenta, “ella odia los videos, ella los odia (...) Para ella es una ofensa que le hable de eso”. Y Martín, “a ella le molestaba si yo ponía una película erótica. Entonces, así no. De hecho, yo siempre vivo cambiándole y cuando pasan escenas, pues le quito”. Es claro que el gusto por la pornografía en esta generación es fundamentalmente masculino y para muchas de las mujeres es sinónimo de violencia y mal gusto, mientras que, para otras, las menos, es divertido o excitante.

La comunicación en la vida sexual

Un hallazgo importante en esta generación que contrasta con la de los adultos mayores es que la comunicación es un componente fundamental de la vida de pareja. Tener conversaciones de forma cotidiana entre los esposos es algo fundamental en su unión, y tan importante puede llegar a ser que el matrimonio es definido como una relación de amistad. Así lo cuenta Yolanda,

Salió en una terapia de pareja, que al final de cuentas la pregunta fue “¿por qué has permanecido tanto tiempo en esta relación si no has estado satisfecho en esa relación?” y la respuesta de él fue que, “es con ella con la única con la que puedo hablar”. Y sí, sí, (...) aunque podíamos discutir y podíamos pelear, de todos modos, había ciertas cosas que nada más sabía que era él, mi único posible interlocutor (Yolanda, 58ª, NM, ZMC).

Una experiencia semejante le ocurrió a Mirna,

Yo me di cuenta que se convirtió en mi amigo, y era bien padre, él seguía viviendo en mi casa, yo llegaba de trabajar, y entonces me salía a la terraza

y empecé a fumar, porque él fumaba muchísimo, y entonces nos sentábamos, y pues nos tomábamos un café, dos cafés, tres cafés, un cigarro, dos cigarros, tres cigarros, y pues acostaba yo a mis hijos me volvía a salir y a platicar. Y era nada más platicar. Él se iba a su recámara, yo a la mía y san se acabó. Programamos la tele para que se apague, y todas las noches nos decimos buenas noches, nos tomamos de la mano, cada quien... tenemos dos camas gemelas pegadas. Cada quien tiene sus cobijas, cada quien todo, pero estamos pegaditos, entonces nos agarramos de la mano, nos dormimos agarrados de la mano, todas las noches. Pero cada quien sus cobijas, cada quien su pedazo, porque luego somos que a veces, te jalo, me jalas, etcétera, etcétera, entonces mejor cada uno sus cobijas, pero juntos (Mirna, 61^a, NMA, ZMC).

Como vemos en ambos testimonios, la amistad que se construye entre los miembros de la pareja puede estar por encima de la cancelación de la vida sexual entre ellos, e incluso del mismo sentimiento amoroso que pudieran ya no compartir. En este sentido, prevalece la regla del sentimiento propia del imaginario romántico que dicta que disfrutar sexualmente es menos importante que la comunicación, la compañía y el apoyo mutuo.

Tal es el caso también de Javier, quien cuenta,

Y estamos pues separados ¿no?, separados viviendo juntos. Ya ahora que el sexo ha dejado de ser como algo importante para mí, pues prácticamente me he enfriado mucho, de hecho. Se acaba el amor, pero los intereses ahí están, le dije, “vamos siendo compañeros de cuarto, vamos siendo *roommates*, si, si ya no te parece que estemos en la misma cama yo me voy a la otra habitación”. Vivimos muy civilizadamente los dos, compartimos, este, vida, eventualmente tenemos sexo, con los años pues te digo, eso ya ha dejado de ser para mí algo que antes era así como muy importante ¿no?, entonces, este, pues ahí estamos, sobreviviendo, yo no sé si sea lo mejor o no, yo no sé si a lo mejor hubiera sido, este, más valioso y más valiente de mi parte haberme zafado, pero, pues en el riesgo beneficio yo pensé que mejor así,

entonces, te digo, tenemos una relación, pues de respeto ¿no? (Javier, 63^a, NM, ZMG).

Es importante destacar que en estos dos relatos aparece una práctica que en esta generación podría no ser tan rara, el vivir en la misma casa, pero no compartir la misma cama, lo cual no es sinónimo necesariamente de no tener relaciones sexuales ocasionales. Tener camas separadas en la misma habitación o pasar la noche en recámaras separadas puede ser un acuerdo que define una forma de organización de las parejas que no atenta contra los arreglos de otro tipo como el cuidado de los hijos, la economía en común, la posesión de bienes compartidos, etc., fenómeno que ya había aparecido en el capítulo anterior narrado por Lilia. Cabe mencionar que algo que caracteriza un acuerdo de este tipo es que se mantenga en el ámbito de lo íntimo, no es algo que la familia extensa conozca, ni probablemente los amigos cercanos.

También es común que las parejas establezcan acuerdos respecto a su vida sexual. Tales acuerdos ocurren muchas veces alrededor de cuál es el mejor momento y situación para tener relaciones sexuales. Otros, tienen que ver con qué prácticas desean realizar y cuáles ya no se sienten capaces de hacer, así lo narra Braulio,

Porque mi apetito sexual ha bajado los últimos cinco o seis años, y ella es muy joven, entonces tenemos que llegar a acuerdos como de actividades sexuales que no tengan que ver necesariamente con la penetración, porque buena parte de la libido en mi persona, pues ha bajado, entonces hemos recurrido a las pastillas. Hemos tratado también de ser muy abiertos sin limitaciones, solo que no se dañe, como regla pues que no resulte dañado ninguno de los dos, ni emocional ni físicamente. Sobre todo, por lo de las relaciones de sodomía y todo eso, si la pareja no tiene interés por el daño, todo eso ha sido muy aclarado (Braulio, 56^a, NM, ZMC).

Algo frecuente en muchas parejas es que el llegar a acuerdos no ocurra de forma explícita pero sí de forma implícita, así lo cuenta Gamaliel,

“sí, hay un entendimiento, pero así de que haya un acuerdo explícito de decir oye esto no me gusta o esto, pues no, más bien como que se da en su momento”. En este sentido, el paso del tiempo es importante, para María Jose, “sí, o sea, sí lo hablamos, pero no es así: “esto sí se vale” ¿no?, la regla no va por ahí. (...) O sea, conforme va pasando la interacción, como que yo puedo decir: “ay no, a mí esto no me gusta”.

Como vemos, el logro de acuerdos tanto explícitos como implícitos comienza a configurar una nueva regla del sentimiento que sintoniza con su necesidad de comunicación con la pareja descrita antes.

En otros casos, la comunicación y el llegar a acuerdos es prácticamente imposible y hace eco de la persistencia de la regla del sentimiento propia de la generación anterior, la cual denominé como la “ley del silencio”. Tal es el caso de Benito, cuya esposa rehúye reflexionar sobre sus problemas y plantearse soluciones a futuro que impliquen modificar su comportamiento,

Normalmente nunca le han gustado los acuerdos a ella, a mí sí, siempre, pero no puedo modificar su manera tradicional de ser, si le digo, si le hablo, quizá no me ha escuchado ni ha puesto atención cuando le digo “Vente, siéntate conmigo en la mesa, vamos haciendo una lista de lo que no te gusta a ti y lo que no me gusta a mí y llegar a un acuerdo”, y sale corriendo, cierra la puerta y dice “hazlo tú”, por ese lado no ha habido acuerdos, porque siempre le rehúye como el tener algo de compromiso, algo de que tengo que hacer de aquí en adelante, pensar en que tiene que hacer esto, esto y esto, no le gusta pensar, no le gusta pensar y menos en responsabilidades (Benito, 58^a, NB, ZMC).

Tan fuerte comienza a ser para esta generación el estar comunicados, que cuando este flujo se entorpece o está completamente ausente, el sentido de estar juntos se tambalea, Paula lo expresa así, “la verdad no hubo mucha comunicación en ese aspecto entre yo y él, jamás nos sentábamos a dialogar, solamente para tener sexo, porque ni siquiera era amor”.

La monogamia y la fidelidad

En este apartado describiré las concepciones alrededor de la fidelidad y la monogamia como valores o principios centrales en el imaginario romántico y sobre los cuales se fundan las expectativas de las personas al unirse. Enseguida trataré lo relativo a la infidelidad, tanto a nivel conceptual como imaginario o fantástico, y por supuesto, práctico; tanto en lo que conocemos como relaciones ocasionales (esporádicas), relaciones de amantes (relaciones reiteradas con alguien con quien además hay afecto), y relaciones paralelas (aquellas que a lo largo de un período importante se desarrollan al mismo tiempo que con la pareja oficial).

En primer lugar, describiré los testimonios que aparecieron en torno al concepto de fidelidad entendido como un valor absoluto. Este valor es compartido por ambos géneros y aparece en casos de todos los niveles socioeconómicos. En el caso del nivel bajo, Minerva la relaciona con la confianza y con el amor; para Andrea tiene mucha importancia; para Benito “es la base”; y en el caso de Andrés, no ser fiel es fallar “primero a Dios y después a tu pareja”. Esta alusión a Dios también la mencionó Paula, pero en un sentido distinto, “a veces nuestros padres o la religión o las personas que te rodean te venden, porque te venden esa idea”. En lo que respecta al nivel medio, Saúl afirma, “sí creo en la fidelidad, claro que sí. Me gusta ser un único hombre para una mujer”; mientras que, para Javier, también tiene mucha importancia y por eso “ahí fue mi talón de Aquiles, ahí fue lo que me decepcionó a mí del matrimonio”. En los casos correspondientes al nivel alto, Mauricio cree, “que para todos es importantísimo porque pues ahí radica toda la confianza en el enamoramiento de tu pareja, o sea, para mí la fidelidad es al 100 con tu pareja”; y para Gamaliel, “tiene un significado máximo, de máxima importancia, de total importancia”. Como vemos, su vigencia es evidente y se concibe como el núcleo o la esencia de la pareja. Al igual que para la generación de adultos mayores, la regla del sentimiento que postula defender los valores de la fidelidad y la monogamia es completamente vigente.

Para otros entrevistados, la fidelidad no tiene esta connotación absoluta, sino que se relativiza y en este sentido, lo más importante no está

en ser fiel sin más, sino ser leal con la pareja. Así lo considera Yolanda, quien afirma, “la lealtad es lo que más importa” a lo cual se acompaña de la creencia de que no hay persona fiel, sino que “la fidelidad es una decisión, tú decides ser fiel o decides ser infiel”. Citlali por su parte, asocia fidelidad con correspondencia, amor “y ser leal con tu pareja”.

Esta idea de ser fiel como una actitud y un comportamiento producto de la voluntad de ambos que se define mediante un acuerdo de pareja, aparece también en los relatos de otros entrevistados. En el caso de Octavio, de nivel socioeconómico bajo, “si usted ve que con la persona que vives es fiel, por qué no le vas a responder con la misma situación”; para María José, “sí lo hablamos, hay espacios que nomás son nuestros. (...) O sea, como que nadie entra ¿no?, como que esto, pues es privado, esto es de nosotros”; y para Braulio, de nivel medio, el acuerdo de fidelidad también podría ser lo opuesto,

Es un acuerdo, que, si se piensa en la posibilidad o de estar buscando otra cosa, lo tendremos que hablar muy claro los dos, y hasta ahora, no tengo duda que lo hemos cumplido. La fidelidad es una situación consensuada. Es decir, forma parte de una línea de referencia que es relevante nada más desde el consenso porque, pues qué tipo de relación tiene manifestado desde la convicción personal y la convicción personal de la otra persona. Entonces, el consenso es lo relevante, no tanto la fidelidad. La fidelidad es una elección. (...) Sin embargo, si el acuerdo previo es, somos una pareja abierta, que en un momento determinado está en la libertad de mantener una relación sexual con distintas parejas y lo entendemos de esa manera, pues así lo acordamos y no debe de haber ninguna sorpresa (Braulio, 56^a, NM, ZMC).

Estos testimonios revelan la emergencia de un nuevo significado en torno a la fidelidad, lo cual prefigura una nueva regla del sentimiento que establece que ser fieles es producto de un acuerdo que puede renegociarse y que correspondería a un imaginario posromántico.

Viendo el otro lado de la moneda, exploraré ahora los significados asociados a la infidelidad. En primer término, hay testimonios como el

de Minerva que expresan el ser infiel como completamente impensable, tener otro hombre en su vida que no sea su marido, “no, nunca pensé en tener otra pareja, como que soy así de una sola base [risas]”. De forma similar piensan Lourdes y Andrea, las tres de nivel socioeconómico bajo.

Otra concepción sobre ser infieles es la que alude a su inevitabilidad, tal es el caso de Servando, a pesar de considerarlo una falta de respeto hacia sí mismo, la pareja y los hijos, “es algo que está ahí, qué haces, es algo que está ahí, entonces, no debería de existir, no debería de ser, pero bueno, existe, y a veces agarran a la gente me imagino, no sé, débiles (...), entonces pues caes y caes, y al rato te quieres disculpar y quieres decir, no debí haberlo hecho”. En este caso, se asocia con algo que forma parte de la “naturaleza masculina”, algo irrefrenable y propio del mandato biológico que marca que los hombres desean más y por tanto, es inevitable que sean infieles.

En otros relatos, la infidelidad aparece como una falta imperdonable entre las parejas, una completa traición, tales son los casos de Minerva, Andrea, Servando, Braulio, María José y Mauricio. Cabe hacer mención que estos juicios aparecieron en la entrevista, no al tratar el tema de la infidelidad, sino al preguntar sobre qué cosa sería imperdonable para ellos de las acciones de sus parejas. Como es evidente, este valor sigue teniendo una enorme fuerza en esta generación y como veremos más adelante, infringirlo será la causa de graves conflictos en las parejas y profundos dolores para quien se sintió traicionado.

Otro aspecto del concepto de la infidelidad se refiere a lo que se considera evidencia de que ha tenido lugar, dada su comúnmente obligada clandestinidad. Entre ellas aparece, por ejemplo, para Lourdes, que haya visto a su marido besándose con alguien o saliendo de un hotel. Para Benito, que su pareja se abrazara con otro hombre; y para Andrés, que se deje de tener sexo con la pareja para tenerlo con otra persona.

En ocasiones, la conducta infiel ocurre solo en la imaginación de las personas sin llegar a concretarse nunca. Tal es el caso de Paula, quien “a lo mejor sí lo pensaba, pero así, hacerlo, no”; mientras que Sofía pien-

sa, “yo puedo estar con alguien para darme un acostón. Perfectamente. Pero sé que no me va a satisfacer, porque yo no soy así. O sea, yo no soy del acostón y ya. Me dejaría muy vacía. Me dejaría muy vacía, sí. No con un poco, con mucha resaca”. En el caso de Mauricio, reconoce que “de repente llega alguien que te llama la atención y ay cabrón, qué guapa está y qué bien se ve y qué te hacen ojitos, aquí en el restaurante de repente hay muchas tentaciones y pues si te mueve el tapete tantito, pero, eso no”. Como vemos, algunas personas realizan un cierto balance sobre los efectos que esta conducta tendría en quien lo imagina, prefiriendo mejor evitarlo.

Muchos otros relatos refieren experiencias reales de infidelidad, tanto de parte de los hombres como de las mujeres. En todas ellas permean emociones sumamente intensas de dolor, traición, coraje, decepción y tristeza. Por lo que respecta a los hombres, la mayoría de éstas son contadas por las mujeres de los tres niveles socioeconómicos respecto de sus maridos. En el caso de Paula,

Descubrí que era otra y otra, no nada más era una, descubrí que eran dos más con hijos, y Paula todo ese tiempo no se dio cuenta, nada. No me di cuenta hasta después, así como que me llegaron los mensajes por WhatsApp, personas que se dedican, ah tu marido allá lo vi en tal lado y traía un niño así y así, y resulta que son tres hijos que están, o sea, que no estuvo conmigo, que los tuvo con alguien más y diferente mujer (Paula, 53ª, NB, ZMC).

En el caso de Sofía, ella también se enteró de la infidelidad de su marido por recibir llamadas justamente de la mujer con quien él tenía una relación,

En mi embarazo, ya tenía casi ocho meses, y me empieza a hablar la individuo, la que andaba con él. Y me empieza a decir “Uy, tú, tan contentita en tu casa, y tu esposo, besuqueándose en el Metro no sé qué”, ¿no? Por teléfono, a la casa. Y yo, embarazada, ¿no? Entonces, yo decía... Eran tantas las expresiones de afecto de Leandro, de siempre, que yo decía: Ay, no. Eso es

mentira. Ni le decía nada. O sea, me habló como un par de veces, y yo: No es cierto decía: Vieja loca; le cuelgo. Entonces, ya como la tercera vez, dije: Bueno, qué insistencia de esta mujer. Y llega y me le quedo viendo, y dice “¿Qué me ves?”. Yo, tratando así, como de decir: A ver, ¿qué se le nota? A ver, ¿qué no? “¿Qué me ves?”. Y, luego, pues se me ocurre decirle, porque ni lo pensé, lo maquiné, lo preparé. ¿Qué andabas haciendo en el Metro Fulanito de Tal? [Sorpresa] Y se queda así. Y dice “¿Me estás siguiendo?”. Fíjate, los dos tontos, imbéciles. O sea, los dos ingenuos, mentirosos. O sea, tontos. Y, entonces, le dije yo: Ah, entonces, es cierto. “¿Qué?” Me dijo, “Es cierto, ¿qué?”. Y ya, le dije: Me están llamando, me están diciendo esto y lo otro. No, no, no. Lo primero que hizo, fue aceptarlo. “Sí, sí, Sofía, no te voy a decir que no. La regué, la regué, la regué” No creas que mi respuesta fue: Ay, mira. ¡Pobrecito! No, le dije: Pues agarra sus tilichitos y te me vas, porque yo no quiero saber de ti. Y “no, espérate, Sofía. Pero es que, mira, estoy muy arrepentido”. Me vale madres. No, no fue una relación seria. Pudo cortar, pudo arreglar las cosas y ya. No, no fue una relación seria, pero a mí me dolió muchísimo. Muchísimo (Sofía, 61ª, NM, ZMG).

Otra experiencia similar descubierta a través de mensajes en la computadora personal del esposo, fue la de Romina,

La descubrí porque dejó abierto su Skype en la computadora, y entré, yo percibía que estaba muy, muy [raro], yo percibía y curiosamente abrí la computadora y ahí está y le piqué, y entonces empiezo a ver pláticas entre ellos donde él está hiper coqueto, y entonces “sí, pues qué tal si nos vamos así, sí”, o sea, ¿a dónde se iban a ir?, y yo: ¡¿qué?!, en ese momento estábamos solos en la casa de Chapala. [Le dije] pues lamentablemente acabo de ver esto, “pero, ¿por qué abres mis cosas?”, pues tienes razón, pero ya lo hice (...). Estaba furiosísima, furiosísima, ahorita te estoy platicando, imagínate, estaba furiosísima [respira profundo] porque, pues sí, a mí me parece injusto que uno, que estés así como que, ni aquí, ni allá, ni acullá, hablemos de las cosas. Si ya te has de ir, pues ya vete, pero de una vez vete y ya, así. Y así, entonces, entonces así, fue muy desagradable (Romina, 52ª, NMA, ZMG).

Otro caso es el de Rosa, quien “estaba en una depresión muy, muy cabrona porque yo queriendo a mi pareja mucho, mi pareja me dijo ‘me enamoré de alguien más y me voy’. Entonces a mí me dejaron con el corazón roto. Entonces yo sentía que nunca lo iba a volver a pegar, y me puse un curita ahí”.

Estos relatos expresan la relevancia del valor de la fidelidad y su consecuente regla del sentimiento al respetarlo profundamente, así como otra regla que marca sentirse incapaces de amar o desear a dos personas al mismo tiempo. Al descubrir que sus maridos les han sido infieles, estas mujeres se sienten profundamente traicionadas al constatar que ellos aman o desean a alguien más que a ellas, y a esto se añade un elemento más, el dolor de haber sido engañadas, el que se enteren a través de otras personas o accidentalmente. Esto expresa la presencia de una regla adicional, aquella que dicta que el ser honestos y no engañarse uno al otro es parte del trato fundamental entre la pareja y que forma parte del imaginario posromántico.

Esto se expresa con claridad en el relato de Yolanda, para quien al engaño del marido se sumó el que no respetara un acuerdo previo entre ellos,

Pues el acuerdo era que cuando uno no quisiera estar con el otro, lo dijera abierta y claramente. Para mí fue el acuerdo que se rompió, cuando yo al final me había dado cuenta que había tenido relaciones extramatrimoniales y que en realidad él no quería estar conmigo, independientemente de estas relaciones que no eran nada, o sea no eran significativas, eran bastante. Eran con muchas parejas diferentes y no tenían un peso, así como que se vaya a vivir con una mujer o dejar a la familia por irse con otra, no, no era eso y más bien era el hecho mismo que para mí la parte de presión, por llamarle de esa manera, “¿por qué no me dijiste?, ¿por qué no tuviste los huevos suficientes para decirme en mi cara ya no puedo más con esta relación, ya no puedo seguir en pareja contigo? Y me hiciste llorar sin salir de mi vida”, eso es el reclamo mío, porque ese fue el acuerdo que se rompió, que él no pudo, él no pudo llevar a cabo, que él no lo hizo, él tenía que haberme dicho

“ya se acabó, no quiero” y lo mantuvo, lo mantuvo y lo mantuvo y fuimos muy infelices en muchas cosas también. Porque ese había sido el acuerdo, no vamos a estar a fuerzas y cuando uno decide que ya no quiere tiene que decírselo de frente, así y ya lo arreglamos. El acuerdo había sido nunca llegar a traicionarnos o a no confrontar una situación en la que tu estas, por eso fue que cuando yo decidí, yo ya no voy a estar con él, porque me di cuenta que el acuerdo ya había sido roto desde hacía mucho tiempo, pero yo ni lo había visto o no lo había querido ver y me hice, o sea, me hice, como dices, güey (Yolanda, 58ª, NM, ZMC).

En este testimonio queda clara la enorme relevancia de los acuerdos entre las parejas y la gran ofensa que representa el no cumplirlos. Estas experiencias de infidelidad masculina también se expresaron en voz de los hombres entrevistados. En el caso de Javier, lo atribuye a que su mujer fue infiel antes que él, “hasta después de que me pasó, hasta después de que ella fue infiel lo fui, sigo siendo, muy eventualmente”; mientras que en el de Benito, la causa la atribuye a la imposibilidad de tener relaciones con su propia esposa,

Hubo un tiempo en que le resultó una inflamación entre sus dos partes que no podíamos tener relaciones, en esos tiempos sufrimos conflictos, porque yo tenía demasiado deseo de tener relaciones y no se podía y cuando se podía ya no quería, por esa razón, (...) sí le dije, “sabes qué, te fui infiel”, estaba en Coquimatlán, le hable por teléfono, “sabes qué, quería decirte”, no se lo dije en su cara, se lo dije por teléfono, “te fui infiel, por esto y por esto”, yo no podía decir [a sí mismo] aguántate siete meses, no podía hacerlo y más porque en ese tiempo estaba en conflicto fuerte, la impotencia de decir ya no va a poder tener relaciones contigo y ya no se le va a quitar eso, le duró cinco años y cada menstruación se agrandaba y a veces bajaba, a veces disminuía y a veces no, entonces por eso le dije, “sabes qué, paso esto, te lo cuento porque yo siempre te dije que te iba a hablar con la verdad, ¿quieres que sigamos? Seguimos, y así y así, yo te pido perdón, te pido de que lo hice”, y yo no me sentía a gusto, estaba a ocultas de que nadie lo supiera,

“si quieres perdonarme o me voy de la casa, si no yo me quedo”, y ya me dijo, “sí te perdono, vente”, y llegué a la casa y me dijo, “pídeme perdón hincado” y pues me hincué, le pedí perdón y le dije por qué y por qué y por qué (Benito, 58^a, NB, ZMC).

Lo que narra Benito revela que la regla del sentimiento que dicta el ser honestos se coloca en una jerarquía mayor que el violar el valor de la fidelidad, pues al confesarle a su esposa lo que había hecho, ella lo perdona y la relación logra persistir en ese momento.

Ahora vamos a la descripción de las experiencias de las mujeres que han sido infieles, la mayoría de ellas contadas por sus parejas hombres. En el caso del mismo Benito con su primera esposa, ésta fue la causa de su separación, él lo cuenta así,

Empezó a verse con él a escondidas, cuando yo los descubrí que se veían a escondidas dije, (...) “estás joven, estás guapa, te sobra quien te hable, te sobraría quien anduviera contigo, qué te parece si mejor nos dejamos porque no aguantaría yo que me digan que este, allí va el cornudo en la esquina, que me griten o algo, la gente lo va a saber, entonces ahorita que ya vi que te bajaste de la camioneta de él, pues lo mejor es que busque un abogado y nos divorcie, tú quieres quedarte con la niña, tú la mantienes, quieres que yo la mantenga, yo me la llevo, parece ser que los dos tenemos culpa, tenemos 50 y 50 de culpa, vámonos separando” (Benito, 58^a, NB, ZMC).

Otros relatos son menos racionales y mucho más dolorosos, tal es el caso de Javier, quien cuenta,

Ella me engañó con otra persona y pues me dolió mucho, o sea, me dolió muchísimo porque siempre lo veía en esa valoración del sacrificio ¿no?, de no haber terminado, o no haber hecho bien mi licenciatura, buscando culpables ¿no?, habiéndome quedado a trabajar en un lugar que no me gustaba, mi obligación de mantener a la familia, y de que vi muchas de mis expectativas truncadas, entonces cuando eso pasó pues yo me sentí muy mal pagado.

Fue muy feo, me dolió mucho, (...) no lo olvido eh, no lo olvido, fue un parteaguas, muy, muy, fue terrible (...). Me sigue doliendo mucho, no creas que ha sido superado, me molesta, y a la primer provocación lo saco, porque cuando de pronto empieza a querer chantajear o a quererme hacer sentir mal, o lo que sea, busco la manera y lo saco, en serio, conozco a una persona que tiene más años de casado que yo, está muy enfermo y dice que cuando las parejas tienen tantos años juntos saben exactamente en dónde pisarle la cola pa' que les duela, y así yo lo hago, porque no se me olvida. Yo a veces creo que ella también no se decidió [a irse] por la cuestión familiar y regresó, ella dice que valoró y terminó concluyendo que se había equivocado, y que, a quien realmente quiere es a mí, ella lo confiesa, dice, "es que a quien quiero es a ti, y a quien siempre he querido es a ti, lamento mucho haberte hecho daño pero pues ya lo hice, o sea, es algo que no puedo revertir, ya lo hice y pues te llevé entre las patas y te hice mucho daño y me sentí mal, pero nunca te dejé de querer" (Javier, 63ª, NM, ZMG).

Aquí, la vigencia de la regla del sentimiento que exige fidelidad absoluta se revela al expresarse un intenso dolor por el ofendido, así como sentirse decepcionado o "mal pagado" por toda una historia de pareja que se considera "de sacrificios" por la otra persona. Otra experiencia es la de Joel, quien antes de casarse, su pareja le fue infiel y eso marco para siempre su trayectoria, y al igual que para Javier, esto fue imperdonable,

El acto de infidelidad se dio antes del mismo casamiento, entonces me afectó, pero yo ya no podía o no quería zafarme, porque ya venía una hija en camino, incluso me llegó a hacer dudar de que fuera, por la cuestión de la infidelidad, pero pues, yo desgraciadamente pues tenía muy poca experiencia en ese aspecto, era mi primera novia, yo tenía veinte años, cuando ella, cuando nos casamos ella cumplió diecisiete. La relación inició en un ambiente de, pues de inseguridad ¿no?, de desconfianza porque ya había habido una acción de infidelidad, entonces, ya no se pudo lograr una buena relación, (...) aunque hubo momentos muy gratos casi siempre se convirtió en un infierno por la falta de confianza del otro, porque a raíz de eso yo

también consideré que tenía que actuar en consecuencia, tontamente, que uno siempre piensa en la venganza y fue un estarse vengando, vengando todo el tiempo ¿no? Nunca se pudo recuperar la confianza de ninguna de las dos partes (...). No podía superar la infidelidad, nunca pude y hasta la fecha no lo perdono, me voy a ir a la tumba sin perdonar, me decía que la perdonara pero no podía, porque es muy difícil cuando tú te echas encima hasta a la familia, porque la familia estaba en contra por la condición de las condiciones sociales y económicas de la novia, mi padre me dejó de hablar porque yo me empeñé en casarme, fue muy drástico conmigo, entonces yo me eché todo encima para que al final me traicionara, entonces eso nunca lo pude superar, definitivamente. Había una mancha, y esa mancha fue más fuerte que cualquier cosa (Joel, 57^a, NM, ZMG).

Este relato también muestra la centralidad del valor de la fidelidad que cobra especial fuerza al aplicarlo a las mujeres. El que la pareja de Joel le haya sido infiel antes de unirse marcó la trayectoria y el destino de esta relación de pareja de forma definitiva, adjudicándole un sentido completamente negativo, imperdonable, que engendró una actitud de venganza y vergüenza para él.

A continuación, mostraré un testimonio que contrasta drásticamente y en forma positiva con estas experiencias, es el caso de Romina, quien viviendo una larga relación matrimonial necesitaba explorar este tipo de relaciones buscando vivir el sexo de forma más experimental y juguetona,

El caso es que estaba yo, ahí sí, hiper nerviosa, era mi primera vez de infidelidad, mi primerita vez. Nunca, ni un, nada, o sea, no me había dado ni un permiso de nada, eso fue apenas hace, de veras, hace tres años o cuatro, no me acuerdo. Nunca nada, ni una, nada absolutamente, nada, nada. Entonces estaba yo [sorpresa], brincaba de un lado a otro y corría y, ay, qué barbaridad, qué barbaridad [risas]. Muerta de risa y qué barbaridad, qué barbaridad. Y él estaba también como nerviosísimo y, primero no tuvo, no tuvo, no tuvo erección, ni nada, entonces como dato infalible pidió dos, un

tequila doble, dos tequilas dobles. Yo dije, pues me va a invitar un tequila, ah no, se echó un tequila y luego el otro tequila [risas], y no, bueno, ya estaba [listo] (...). El caso es que estuvo, hasta cierto punto, interesante, pues por primera vez, ahora que lo evaluó con el paso del tiempo, pues fue, fue interesante, fue, sí, sí estaba yo deseosa de tener ese tipo de experiencia, sí, sí, sí tenía ganas, pero era un parlanchín, hijo de la chingada. Ya cállate, este, nada más, ya dame chance de hablar yo algo, si quiera emitir algún comentario, entonces casi como que era, como mi papá de “yo te voy a enseñar”, no, no, no, no, yo no, no, yo no quiero que me traten como bebé, ni mucho menos, yo quiero aportar algo. Claro que quiero experimentar, pero experimentemos juntos, valora lo que estás teniendo en tu lado, o sea, no, ya. Entonces, ese fue la única y última vez que él me, me mandaba mensajes y me mandaba, hasta que, hasta que lo tuve que bloquear, y ya. Luego tuve a otro, (...) empezamos a chatear muy divertido, muy padre porque sabe hacer preguntas muy padres, a mí lo que me gusta es que me pregunten, entonces yo expresé, y a mí que me sirva de terapia [risa], a mí que me sirva y ya hablo. Y entonces claro que estaba él encantado conmigo, y nos vimos otra vez, es de México, y nos vimos una vez y la verdad es que me gustó, me gustó porque, este, [titubeó] digamos que fue la posibilidad de, pues, de a ver si acaso aprendo a decir lo que quiero, ¿sí?, no es que haya dicho lo que quiero, no es que haya, ni siquiera ese día tuve un orgasmo. Entre cada vez que nos vimos, que te digo que fueron tres o cuatro, no me acuerdo si fueron tres o cuatro, padre, pero ya, sobre todo que, creo que después de la segunda, yo dije, no. Porque yo, además yo veía que él se podía enamorar, él sí no tiene pareja, ya tenía años sin pareja y, este, y soy muy de que tengo, tengo habilidades como para enamorarlo, pues (Romina, 52ª, NMA, ZMG).

Como vemos, las experiencias de infidelidad de Romina estuvieron llenas de expectativa, sorpresa, ansiedad, y no necesariamente de placer. No obstante, y como mencioné antes, el abrirse a nuevas experiencias involucra aspectos que van más allá que la búsqueda de placer, implican ser dueños de la propia vida, ganar autonomía y ser valiente ante situaciones y personas desconocidas. Un elemento adicional a este relato

es lo que respondió Romina ante la pregunta de si había sentido culpa por estas vivencias, a lo que respondió: “No, porque verdaderamente sí aprendí mucho, yo seguía en la casa, yo seguía cumpliendo todo lo que se esperaba que se hiciera, todo. Estaba más contenta. Ernesto me veía más contenta y se prendía de verme contenta”.

Este caso revela fehacientemente la existencia de una nueva regla del sentimiento femenina expresada en considerar legítimo ser mujeres sexualizadas que desean experimentar sin culpas, así como aquella que concede bastante importancia a la sexualidad, en este caso, aunque no sea dentro de la relación matrimonial. Al igual que Romina, otros relatos también dan cuenta de la necesidad de las mujeres por abrirse a nuevas experiencias, sin la intención de convertirse en parejas o esposas de sus amantes, así lo cuenta Martín respecto a una amiga que abiertamente le planteó su interés en tener relaciones sexuales con él sin compromiso, ejerciendo esa nueva regla del sentimiento que determina el que las mujeres tengan la iniciativa,

Vamos a comer y me dice, “te voy a decir al chingadazo”. Dice, “conociéndote, yo soy divorciada, me encantas y quiero que me hagas el favor”. ¡Ay, cabrón! le dije, no pues yo, así, mira, con el corazón así. Entonces... O sea, porque... Y menos en la ciudad, cabrón. Total... Este... Y, aparte, pues un mujeronón. O sea, una güera así, alteña, de ojo azul, verde. Buenísima, bonita y todo el pedo. Y digo: ¡Ay, cabrón! Pues, ¿qué hago? Me voy a ver muy joto. Y me dice, “güey, sin pedos. Yo sé que estás casado”, dice. Pues total que ahí voy. Y ya, fui una vez y sí, fue padrísimo, pero no me llenó. No me llenó. O sea, y me veré muy joto, pero ella, al contrario, después de eso, me dice, “¡no manches, cabrón!”. Me dice, “vamos, y vamos a donde tú quieras. ¿No quieres tener problemas? Yo te invito. Vamos a México, vamos a Monterrey, a donde quieras”. Y, ahora, ahí, el joto soy yo. Y no es que sea joto; la verdad que estaba hermosa, buenísima, todo, pero... Y así pasó y, de repente, otras (Martín, 54^a, NMA, ZMG).

Uno más es el caso de Mica, quien deja en claro la existencia de una regla del sentimiento que dicta el tener relaciones sexuales por placer sin generar ninguna culpa al respecto,

Tuve así, como amigos esporádicos. Tenía uno que me encantaba. Sexualmente, creo que ha sido mi mejor. Sexualmente, sólo sexualmente, ese es una cosa maravillosa. Y te decía que, como nunca tengo ese rollo de engancharme tanto, yo bien a gusto, como que no me da un conflicto moral (Mica, 60^a, NB, ZMG).

Algo relevante de estos testimonios es que de todas nuestras entrevistadas, sólo Romina narró haber sido infiel, mientras que los hombres casi en su totalidad lo han sido. Por otra parte, hay varios relatos de infidelidades femeninas, pero no de entrevistadas nuestras sino narrados por sus parejas hombres. Es probable que siga siendo un tabú el que las mujeres asuman que han sido infieles y lo cuenten, no así tal vez que efectivamente lo sean. Este fenómeno revela la prevalencia de una regla del sentimiento que condena moralmente el estereotipo femenino negativo en el que las mujeres sexualizadas son estigmatizadas y consideradas indecentes y malas, lo cual las induce al silenciamiento de sus experiencias.

En este sentido, aparecieron algunas concepciones sobre la vida sexual de las mujeres en dos relatos masculinos que abonan en esta dirección. Joel, por ejemplo, cree que las mujeres son igual de infieles que los hombres, pero “se lo guardan”,

Por la forma en cómo se conforman las mujeres, aunque son más discretas que los hombres, también te dan la muestra de que tienen algo, este, irregular. Cuando uno se enamora se obsesiona y es cuando exige esa exclusividad, pero los seres humanos no somos fieles, ni las mujeres ni los hombres, menos las mujeres, siempre se ha criticado que los hombres somos mujeriegos, las mujeres son más todavía, sin embargo, son muy listas, y nosotros no. Nosotros somos, nosotros presumimos con los amigos y terminan

conociéndose las infidelidades porque por esa falta de discreción te pones de pechito y te descubres, y las mujeres no, las mujeres se lo guardan (Joel, 57^a, NM, ZMG).

Y Javier, por su parte, no cree que las mujeres no deseen tener sexo simplemente con alguien, sino que “se esconden mucho”,

Un buen número de mujeres, ahora con el tiempo, yo veo que se esconden mucho en la onda del amor, ellas siempre manejan el sexo como una acción secundaria, para ellas lo más importante es el amor, y a veces tienen sexo por amor, según muchas lo dicen, yo a veces no lo creo eh?, yo a veces creo que mienten, porque tanta necesidad física tenemos nosotros como ellas, como humanos, pero ellas siempre se escudan socialmente en que andan buscando el amor, y cuando alguien les da amor ellas pagan con sexo. Y pues ellas dicen que sí, que por amor, que por eso tienen sexo, digo, ah caray, ¿será cierto? (Javier, 63^a, NM, ZMG).

En ambos relatos, la visión de estas mujeres infieles es negativa y se asocia con deshonestidad; parafraseando a Joel, son peor de infieles, pero son discretas; y en el caso de Javier, se escudan diciendo que buscan el amor, pero en realidad buscan sexo, al igual que los hombres. Volvemos a constatar que la exigencia de fidelidad es más severa hacia las mujeres.

No obstante la condena moral hacia la infidelidad femenina, en las experiencias descritas se expresa una regla del sentimiento adicional y muy relevante, el que las mujeres se sienten capaces de desear a más de un hombre a la vez. Esto choca frontalmente con la regla del sentimiento romántica sobre este tema que determina la total exclusividad de su deseo hacia el marido, lo cual constituye un punto de quiebre que tiene un alcance mayor y que altera las concepciones sobre los componentes psicológicos y de personalidad atribuidos tradicionalmente a las mujeres. El abandono de tales creencias las acerca mucho más a los hombres y las coloca en un plano de mayor equidad e igualdad respecto a ellos.

Otro aspecto interesante en torno al tema de la infidelidad es la tolerancia o intolerancia que los miembros de las parejas expresaron en caso de imaginar estar en esa situación. Desarrollar esta tolerancia tiene que ver, según los relatos, con la profundidad en el conocimiento del otro, con la experiencia ganada con la edad, con el ver experiencias de otras parejas, y también, dependiendo el nivel de involucramiento de la pareja con la persona con quien fue infiel. Para Marina, “una infidelidad, lo perdonaría, dependiendo la situación. Si es una infidelidad, y está involucrado los sentimientos y eso, sería cuestión de hablarse (...) Es que oigo a muchas personas, que por una infidelidad terminan su matrimonio, y el esposo sigue amándola, y sigue ahí la pareja, rogándole, y los dos, infelices, porque todavía había amor, pero pues al hombre se le fueron las patas con otra mujer”. El punto de vista de María Jose, es que, “he entendido con más apertura lo que puede ser una infidelidad. Y que a veces hay personas que lo aceptan porque fue un error; porque fue un momento; porque no tomaron ciertas precauciones y cayeron en la tentación, haz de cuenta. Y que, si ellas deciden perdonarlo, pues es súper respetable ¿no?”. Mientras que, en el caso de Benito, “habría que ver todos los pros y contra, por qué y qué confianza le tengo a mi pareja para perdonarla, si no la conozco como pareja no la perdonaría tan fácil, pero sí hay cosas perdonables y otra que no y creo que esperaríamos a que sucedan las cosas para ver a qué dimensión llegaría”. Del modo que sea, prevalece la idea de que como lo expresa Marina, “no me interesa saber (...) como dicen: ojos que no ven, corazón que no siente; y, como decía mi mamá: el que busca, encuentra”.

Estos fragmentos nos revelan que ocurre un proceso racionalizador en quien expresa ser tolerante, es decir, se pone en la balanza lo que se perdería en caso de ser demasiados severos en el juicio hacia el otro; concluyendo que tal vez no valga la pena abrir un conflicto frente a esta situación, o mejor, no enterarse. Esta actitud corresponde con una regla del sentimiento propia del imaginario posromántico que dicta ser tolerantes ante la infidelidad del otro ponderando las circunstancias en que el suceso tuvo lugar. Este hecho resulta muy significativo pues, aunque

el valor de la fidelidad se postula discursivamente como algo apreciado aún en esta generación, en el terreno de las prácticas se renuncia a condenar de forma tajante tales acciones reduciendo su importancia y analizando racionalmente sus consecuencias.

Encontramos también opiniones más abiertas que éstas ante el hecho de ser infieles, ya sea ellos mismos o sus parejas, pues se concibe como una experiencia que enriquece la vida de la pareja formal. En el caso de Joel, preocuparse por la infidelidad “es un absurdo, porque en realidad daría más estabilidad que las parejas tuvieran sus relaciones extras para fortalecerlas mejor, si hubiera una conciencia, si hubiera una madurez como para eso”, mientras que, para Romina, al plantearse la posibilidad de tener una relación abierta con su marido,

Podrías decir que enriquecía, digamos, la relación con el otro, enriquecía... Yo misma puedo decirte, ojalá me traigas novedades, o sea, sin decírselo directamente. Ojalá me trajeras novedades, ojalá, de veras. Que tú estés feliz y contento digas: n'ombre, es que mira todo lo que se puede hacer con el sexo. Entonces, si la relación de pareja cambia, a mí me parecería interesante, padre, pero que pudiéramos estar en la misma sintonía (Romina, 52^a, NMA, ZMG).

En estos casos, aparece una regla del sentimiento adicional, que determina la aceptación y hasta deseabilidad de relaciones adicionales a la pareja formal por considerar que enriquecen la vida en común. En estos casos, se involucra un trabajo emocional muy relevante que sustituye el sentimiento de celos y de traición vivido tradicionalmente ante los actos de infidelidad y se busca desplegar sentimientos alternativos, como el de la compresión, el cual consiste en sentirse gratificado por el aprecio o deseo de otras personas hacia la propia pareja.

Explorando ahora el punto de vista de los hombres, aparecen otro tipo de razones para ser infieles y tener una relación sexual ocasional. Para Octavio, “llega a veces el momento que dice uno, pues diario lo mismo, como dicen muchos, como que enfada, entonces, si andas en alguna

parte en donde se dan los casos de que puedas hacer un caso de eso, bueno, al cabo es de vez en cuando". En el caso de Jeremías, es un asunto de oportunidad "de pronto ya estás ahí"; y para Servando, "las atracciones y eso son muy comunes ¿no?, a lo mejor por el ambiente donde me muevo, no sé si de repente a veces por como soy yo, no sé, se me dan muchas oportunidades". En estos casos, el tener la relación ocasional no persigue nada más que vivir el momento, aprovechar la oportunidad, o salir de la rutina, situaciones que empatan con gran congruencia con el mandato genérico masculino de aprovechar todas las ocasiones que se presenten de tener sexo con personas adicionales a la pareja formal. Asimismo, se potencia con la regla del sentimiento del imaginario romántico de asumirse como completamente capaces de desear a más de una mujer a la vez por ser parte de su "naturaleza masculina".

Ahora trataré las relaciones que tienen un cierto grado de estabilidad, que comúnmente llamamos relaciones de amantes, pero que no tuvieron como propósito convertirse en relaciones formales. En las experiencias relatadas por mujeres, tenemos el caso de Yolanda,

En todo este tiempo de divorciada nada más he tenido una pareja, una relación que nunca iba a llegar a ser una relación estrictamente formal o era muy difícil que llegara a serlo, porque éramos personas a final de cuentas muy diferentes, pero si nos enganchamos un tiempo, un año. No vivimos juntos ni nada, éramos estrictamente amantes, ni casarse, no había compatibilidad para que eso sucediera, (...) tú ya no puedes pensar en una relación a los 55 años como si tuvieras 25, en una relación adulta no estás esperando ni encontrarte un hombre que te dé cierta formalidad o que [sea] el amor de tu vida, o el padre de tus hijos, o con el que quieres pasar todo tu futuro (Yolanda, 58ª, NM, ZMC).

En el caso de Mica, ella tuvo un amante que era casado,

Lo vi dos o tres años, pero eso sí era estrictamente físico. Coger y ya, nomás para eso nos veíamos. Con trabajos sabía cómo se llamaba [risas]. Sí. Ése,

sí, semanal [risas]. De fines de semana. Entonces, era padre, padre, padre. Rico, rico. Por mucho, te digo, si se trata de sexo, era mejor que el otro. Y éste era bien a gusto. Por mucho tiempo y muy padre, con él. Creo que ha sido el sexo que más he gozado, sí. Puro sexo. ¿Por qué se acabó? Ay, pues puro sexo, no queda nada. No, tienes que tener una historia, yo digo (Mica, 60ª, NB, ZMG).

Como hemos visto hasta aquí, entre algunas de las entrevistadas aparece el deseo por tener experiencias adicionales a su relación de pareja, caso de Romina, con fines de búsqueda de gozo, placer y aprendizaje o experimentación sexual; mientras que otras que no tienen pareja formal, también buscan tener relaciones con alguien sin pretender ser sus esposas o parejas formales. Esto constituye un hallazgo revelador que rompe la visión tradicional de las mujeres como personas que se vinculan de forma emocional necesariamente o que pudieran desarrollar culpas con sus parejas por cometer infidelidad, o por tener una relación de amantes cuyo fin único es tener relaciones sexuales. Una vez más aparece la regla del sentimiento enunciada ya de ser mujeres sexualizadas que desean experimentar sin culpas.

Por otra parte, y en sentido opuesto, tenemos también testimonios que señalan que una razón que esgrimen las mujeres para no tener una aventura es que se sienten satisfechas con sus parejas y no sienten la necesidad de adquirir ninguna otra experiencia nueva, tal es el caso de Marina, quien afirma, “ay, no ¡Qué asco conocer otra cola! [Risas]”.

Desde el punto de vista de los hombres también tenemos testimonios ricos e ilustrativos de relaciones con sus amantes. Tal fue el caso de Andrés, quien narra,

Siempre tuve la inquietud de tener otra relación sexual con otra persona, pero también me era bien difícil porque para mí, mi esposa sí me es muy bonita y siempre pensaba que para tener otra relación, tendría que ser como ella o más bonita, y en ese aspecto me quedaba muy largo. Lo que pasa que con esta persona tuve relaciones de trabajo también, primero fue por la

amistad, conocida de muchos años, después tuvimos relaciones de trabajo, se fue dando un poquito más la convivencia y tal, y empezó así la cosa como jugando, después pues se dio (...) Y ya con el tiempo pues se prolongó, por inconvenientes aquí, o inconvenientes acá, y ya de repente, “oye no, pues me gustaría seguir interactuando”, y cosas así, y se prolongó más tiempo, eh, pero, pues sí, emocionalmente, claro que sí la pasaba bien pues, y la pasaba bien porque también a veces pues acá no la pasa, no tenía opción de repente, entonces como te dije, fue como un complemento, no, pero sí, ya te lo había dicho, y literalmente, así como para, por ejemplo, siempre yo pensé una frase que me dijo un compadre: “no hay mujer alguna que valga la pena para que deshaga tu matrimonio”, y eso pues siempre lo tuve bien presente, vas a decir, ni tan presente cabrón, que anduviste ahí ¿no? (...) aquí se dio por experimentar, y después se dio por tonto o porque continué, o por equis, no sé, pero ya, ya ahí se acabó (Andrés, 55^a, NB, ZMC).

En este relato asoma la valía del estereotipo femenino positivo con el cual asocia Andrés a su mujer, “mi esposa sí me es muy bonita”; así como la alta posición que ocupa el valor de la institución del matrimonio. Tales preceptos morales entran en disonancia con el deseo de experimentar, de tener “la inquietud de tener otra relación sexual”, de desarrollar un juego con alguien cercano afectivamente. Tales disonancias revelan contradicciones que son manejadas muchas veces con culpa por las personas pero que no evitan la realización de sus deseos o necesidades.

Otra experiencia es la que vivió Martín, la cual es caracterizada por su intensidad sexual, a la que denomina “una locura padrísima”,

Fue impactante la experiencia que en aquel tiempo viví, porque fue (...) como si la hubieran hecho para mí y a mí, para ella. O sea, yo empecé como a encuerdarme. Fuimos al motel. Ínguesu. Hombre, cinco o seis horas, hijo de la chingada. No, no, no, cabronsísisisísimo. Ya, pasó y le digo: No, hijo de la chingada. No, pero ya estás casada. Entonces, ya, pasó una vez y, luego, dos. Nos pusimos dos acostones brutales. Nada más. Brutales, que aprendí y

aprendí muchito. Entonces, ella queda emocionada, contenta, y yo también, porque yo nunca había tenido eso en la pareja, así de impresionante. Ella tiene, ahorita, 31 años. Ella para mí es la mujer ideal, o sea, tiene dos cosas que son maravillosas, que es la manera de hacer el amor y la manera de embelesarme cantando. Canta y me vuelve loco. Es impresionante. Cómo me seduce, es impresionante. ¿Cuál es la situación? es una calenturota gigante. No es amor. [Y continúa], Es que es una locura padrísima. O sea, es erótica. No es... no es una cochinada, vamos. O sea, son fantasías impresionantes. No, es que no sabía yo... como nunca me había comparado con nadie, no sabía que tenía yo esa vitalidad. No sabía, a veces son jornadas de cuatro o cinco horas, que yo no las tengo acá [con su esposa], sí las tengo, pero leve, 40 minutos, 50 minutos, pero no cuatro o cinco horas. ¿Me explico? (Martín, 54^a, NMA, ZMG).

En este relato se aprecia también la valoración de un nuevo tipo de mujer no clasificable en los estereotipos dicotómicos tradicionales, sino que alude a una mujer con iniciativa sexual, creatividad, capacidad de seducción, para experimentar gran goce y desplegar fantasías con su amante, lo cual constata de nueva cuenta la existencia de una regla del sentimiento posromántica que legitima el ser mujeres sexualizadas sin ninguna connotación negativa.

Asimismo, es claro que las experiencias narradas son muy ricas pues no sólo en el ámbito sexual son intensas y sorprendentes, sino también, implican un involucramiento emocional gratificante para quien las vive. Sin embargo, en el primer caso, la esposa de Andrés la descubrió y fue la razón de su separación, mientras que, en el caso de Martín, aun siendo esta relación de gran relevancia, él pretende terminarla por el temor a perder a su esposa, de quien dice, “es que ella tiene un sexto sentido bien cabrón y, de repente, me dice “¿Qué traes?”. O sea, es que no es normal. Algo tiene, no sé. Y yo decía: Pues, ¿qué necesidad tengo...? Aunque lo disfrutaba al máximo y yo sabía que era peligroso, y la diferencia había sido tan grande, que dije: No. O sea, este... No, pues voy a perder a mis hijas y mi vida”. Otro temor expresado por Martín fueron

las enfermedades de transmisión sexual, agrega, “por qué voy a meter a mi familia, mi esposa, alguna enfermedad”.

Es evidente la prevalencia de los valores de la preservación de la familia y el matrimonio y que tales vivencias se asumen como riesgos que ponen en entredicho la relación conyugal; mientras que al mismo tiempo representan una disonancia expresada en la frase “aunque lo disfrutaba al máximo y yo sabía que era peligroso, y la diferencia había sido tan grande”, al referirse a la satisfacción sexual que le provee su amante. En este sentido, es claro que el tener relaciones de amantes se simboliza con la metáfora de tener la espada de Damocles sobre la cabeza, es decir, se está corriendo un enorme riesgo que es proporcional al enorme placer o gratificación que se recibe a cambio.

Pasaré ahora a explorar una forma más estable de desarrollar relaciones extraconyugales, aquella que se denomina relaciones paralelas o, en el caso de ser consensuadas, relaciones abiertas, es decir, aquellas en las que ambos miembros de la pareja se conceden la posibilidad de tener relaciones adicionales a la principal, sea de tipo sexual o desarrollando vínculos emocionales. La actitud que varios de los entrevistados tienen respecto al tener relaciones paralelas es de total negación. Así lo expresó Citlali ante la posibilidad de que su pareja se lo planteara, “no, cuando me dijera eso lo agarro a patadas [risas], digo, yo respeto pues, yo respeto lo que cada quien haga pues, pero no, no, estoy chapadita a la antigua”; también Gamaliel, “no, no me interesa”; y Servando, “a mí eso de que esté una pareja aquí, otra pareja acá, no, no, es como muy mío”.

En estos relatos se expresa la renuencia clara a acordar este tipo de arreglos en las parejas, aunque es bastante común desarrollar tolerancia a estas situaciones. Como describí antes, en la práctica se manifiesta mayor flexibilidad en la vida sexual que en la enunciación de lo que es válido experimentar. De este modo, resulta revelador el poder del lenguaje en el sentido de que llegar a acuerdos explícitos es algo poco común pues hace aún más objetiva la transgresión cometida frente a los valores de la fidelidad y la monogamia.

Sin embargo, no siempre las parejas son tolerantes a las relaciones de amantes. Otros testimonios manifiestan haber estado en situaciones de este tipo lo cual ha significado verdaderas crisis en sus vidas; la primera, sin haberlo aceptado, es el caso de Sofía respecto de la relación paralela de su marido; y otra, de parte de Javier. En ambos casos, son relaciones paralelas desarrolladas por hombres. Cuenta Sofía, que mientras ella estaba embarazada,

Él se vino a trabajar en unas vacaciones. Mi hipótesis, porque no sé si es cierto; mi hipótesis es que ahí surgió algo, se juntó e hicieron vida de pareja, porque ya, en ese embarazo, no me quería ni tocar. No me quería ni tocar. (...) Me ponía a la novia debajo de la puerta del departamento, y despedida de beso y de abrazo. Yo empecé a ver cosas raras. Sí, siempre ves, claro. Pinturita, que por el cuello; que, por acá, manchitas raras. Y yo empecé a decir: Esto no está bien. No está nada bien. Y ya traía como la sospecha, ¿no? La sospecha, la sospecha. Y, un día, llega y me dice “¿Sabes qué? Me van a mandar, como representante de Secretaría federal, a la Organización internacional, en París. Entonces, voy a viajar a París”. Ah, le dije: Ah, muy bien. ¿Cuándo te vas? “Tal día”. Ay, yo quiero ir a París. Yo quiero conocer París. Yo no conocía París, ¿no? “No te puedo llevar, Sofía. No te puedo llevar. Es una junta de trabajo, me van a pagar viáticos del trabajo”. Ah, no, pues está bien. Ya, me resigné pues a que no iba a ir. Y le dije: Bien. Este... ¿cuántos días va a durar? Porque yo era de las que le hacía la maleta. Sus camisas, que le cuadraran con sus trajes; sus corbatas, sus calzones... Todo. Entonces, dije: ¿Cuántos días? Para ya ver cuánto te pongo y todo. “No, pues que tantos días”. Ah, muy bien. Entonces, ya, me agarré arreglándole trajes y todo, y dije: Ay, ¿traerá, éste su pasaporte? Y lo empecé a buscar, y abrí su maletín, porque era el lugar lógico donde lo puede traer. Y usaba de esos duros. Entonces, lo abro y, lo primero que veo, una foto de la mujer. Y la veo y, luego, luego, lo instintivo, ¿verdad? Voltearla. No, no, no, no. Toda la miel. Toda la miel. “No me vayas a olvidar, mi amor”. Miel. Miel, miel, miel, miel, miel. Y se estaba bañando, él, mientras yo estaba arreglando todo. [Suspiro] Me dio una rabia... Pero una rabia... Y voy y le abro la

puerta del baño, y le digo: “Y esto, ¿qué es?” Ya sabes, al otro, se le frunció todo, hasta arriba y, luego, “Sofía, es que...” Y yo: [Suspiro]. Y yo, así, de: “¡No te lo voy a perdonar! ¡Es que ya no te voy a perdonar! ¡Te lo dije la última vez! Porque, la vez anterior, le dije: Ésta es la primera y la última que te voy a aguantar. Yo no soy para aguantar. No soy. No puedo, no está en mí. No puedo. Y eso lo hablamos desde novios, que esto no se iba a permitir, así que no se va a permitir [risas]”. Me dijo “Ay, Sofía, pues es que... Pues ya, ¿qué te puedo decir? Ya te disté cuenta”. Y le dije: “Pero, ¿qué onda? O sea, te vas a ir; ya que regreses, ¿te vas a otra parte? Yo ya no te quiero ver aquí. O sea, ¿qué onda?” “No, no, no. Espérate, espérate. Tranquila. Tenemos que hablar, tenemos que platicar, pero, ahorita, pues ya, ya, ya estoy por irme. Y que el avión y que esto y que lo otro. Y pues, ¿me permites pensar? Voy a pensar. A pensar, a ver qué hacer” (Sofía, 61ª, NM, ZMG).

Como vemos, descubrir la relación de su esposo violó un trato previo venido del descubrimiento de una relación de infidelidad anterior y ante la cual ella le advirtió que no aguantaría una más, así como de un acuerdo previo al matrimonio en el que ambos asumieron ser fieles, en este sentido, a la infidelidad se sumó la deshonestidad y el engaño. Y continúa su relato,

Pero ya, en la que se fue, y yo empecé a decir: Bueno, a ver, ya tenemos dos hijos; tenemos diez años de casados; nos hemos querido mucho, porque nos habíamos querido mucho. Y había hablado, yo, con mi papá y con mi mamá, y fíjate, mi papá, lo que me dijo. Dice “Hija, en los matrimonios, siempre hay esto. Siempre” Y, luego... Así, como que: Y, ¿por qué nos enseñan otra cosa? ¿Por qué no nos dicen eso desde antes? O sea, como “Sí, te vas a casar y ya, con ese, toda la vida y ya”, ¿no? Y, bueno, “Felices y contentos, y para toda la vida”. Entonces, “Siempre pasa eso”. Dice “Y tiene de a dos: o se hace la loca y se lo permite, pero va a tener a su familia junta; o, de plano, no aguanta y le dice que ahí”. Sí, pero no, no, no, no, no. O sea, no. Una vez, llegó y me dice “Vengo del cine”. Yo le dije: Ah, ¿fuiste al cine? Haz de cuenta, después del trabajo, se había ido al cine. No me había avisado;

yo, esperándolo. Y, luego, dice “Sí. Fui con Marisa. Fui con Marisa”. Ah... Y yo, ah... O sea, como ya, él se dio cuenta que yo le estaba dando chance, entonces, ya llegaba y me platicaba, ¿verdad? Entonces, yo decía: [Suspiro] ¡Hijo de la chingada! Y, luego, eso de que llegaba y lo dejaba abajo. O sea... o sea, pues no. Y, luego, “es que, ahora, no voy a venir a comer. Voy a comer con Marisa”. Lo aguantaba porque mi papá me dijo: “Es que va a haber cosas así, pero pues vas a tener que apechugar, mientras él arregla sus cosas. Va a llegar un momento en que las va a tener que arreglar”. Le dije: Si no las arregla y esto se va para muchos añitos, ¿qué va a pasar? Así, ¿verdad? Yo estaba incrédula, ¿eh? De lo que me decía mi papá. Así, como que no puede ser, o sea... Bueno. No, no, no. Mi hígado no está para esas cosas. No. Sufrí muchísimo. O sea, mucho (Sofía, 61^a, NM, ZMG).

Aquí destaca la actitud de su padre, quien le recomendaba aceptar la situación porque entre los hombres “siempre pasa eso”, expresando la naturalización de una práctica que, para la generación anterior, era mucho más frecuente, la de la “casa chica”. Esto generó un período en el que Sofía dudó aceptar la relación paralela de su esposo lo cual le generó un sufrimiento intenso, expresado en la frase “mi hígado no está para estas cosas” y que marcó al fin de su dubitación al poner por encima su propio bienestar y tranquilidad. De este modo, procedió en consecuencia, separándose de él al sentirse enojada, denigrada y desplazada de la posición que como esposa creía que debía tener,

Un día que lo vi que lo estaban despidiendo abajo, fui y le puse cerrojo a la puerta [risas], y me tocó y me tocó, y no le abrí. Y ya, me habló por teléfono y le dije: Sí, efectivamente, no te abrí porque ya no quiero que estés conmigo. Te vi que te despidieron abajo... Está bien, porque le decía, yo: Es que arregla tu situación. O sea, está bien, podemos seguir juntos, pero arregla tu situación. “No puedo. No puedo dejarla, Sofía. No puedo”. Haz de cuenta que... pues que yo me di cuenta de eso, como noviembre, diciembre y, entonces, en abril, todavía estábamos juntos. En abril, todavía, me mandó de vacaciones, en Semana Santa, que para que lo pensáramos. Los dos. En-

tonces, él se quedaba allá, y yo me venía. Entonces, cuando regresé, me di cuenta que tenía las visitas al departamento. Y, entonces, yo, así: No, no, no, no, no, no. O sea, todo iba así, como de mal en peor; así, como... Y le dije: No. Yo ya, de verdad, no estoy para aguantar estas cosas. Si tú quieres vivir así... Me sentía muy enojada, muy denigrada; me sentía horrible; me sentía desplazada, totalmente. O sea, después de que sabes que eres el centro, el centro, el centro, el centro y, después, así, como que nada, no pintas... Y, aparte, con un cinismo... Un cinismo que dices tú, ¿Qué onda?! O sea, desde la foto, claro era que quería que me enterara, porque, ¿quién tiene ese descuido?, ¿no? Más que alguien que quiere enterar a su pareja de... Entonces, ya, hasta que ya dije: “Ya, ¿sabes qué? Ahí muere. Ya. Bye. Ya, ya no te quiero aquí. Ya”. Me dijo “Sí, está bien. Nada más, déjame sacar mis cosas”. Y yo: Ah, sí. Y ni siquiera lo dejé pasar, ¿eh? O sea, le agarré sus cosas, se las metí en maletas, porta trajes, le dije a la chica que nos ayudaba: Va a venir el señor tal día, a tal hora. Ahí, en la puerta, déjale todo. Si quiere que le ayudes, lo ayudas a bajar y ya, no quiero verlo (Sofía, 61^a, NM, ZMG).

La experiencia de Sofía y la forma en que resolvió la situación da cuenta de un trabajo emocional intenso que implicó posicionarse críticamente ante la opinión de su padre y su invitación a ser tolerante; así como al cinismo de su esposo, quien no ocultaba la relación paralela frente a ella. Esto revela un proceso de navegación en el que las metas de ellos –padre y esposo–, fueron desplazadas a un nivel de menor jerarquía que las propias metas de Sofía, quien en el afán de ser honesta e íntegra con ella misma y las normas morales que la rigen, le llevaron a resolver cortar de tajo su matrimonio.

El segundo caso es el de Javier, quien luego de saber que su esposa le había sido infiel, le llevó a él mismo a buscar una relación alternativa,

A partir de ese momento yo empecé a buscar otra opción, otra mujer ¿no?, pero, pues, nunca me llamó mucho la atención la cosa esta del amor ¿no?, al principio quise buscar como una relación sexual, pero las mujeres de mi generación son todas muy remilgosas ¿no?, todas te quieren dar eso pero

a cambio de que te cases con ellas y les pongas casa y la fregada, pues no, entonces dije no, no, y bueno, finalmente, tengo una amiga con la que he salido, y salgo pues a comer y a tomar café, pero, pero una relación así muy, pues qué diríamos, a lo mejor platónica porque, pues no, la cuestión sexual es así como muy, sin valor para ella ¿no? Yo al principio sí quise como, como que fuera muy, muy activo eso ¿no?, pero ya cuando vi que había mucha resistencia por parte de ella, y mucho reclamo y que se conflictuaba eso, dije, nombre, pues para qué busco más conflictos de los que ya tengo, mejor ahí me la llevo en paz (Javier, 63ª, NM, ZMG).

Es interesante la mención de Javier a “las mujeres de mi generación” las cuales califica de remilgosas respecto al sexo. Esto ha generado que la relación que ha establecido sea más bien un vínculo emocional,

[Desde hace] unos cinco años, más o menos, empecé a tener esa amistad profunda con esta mujer, pero que no ha pasado de ahí, porque ella tampoco quiere como, como dejar su, su comodidad en su casa ¿no?, con su hermana, sin problemas de aguantar a nadie, entonces, pues compartimos muchas horas del día y como que a mí me dejó de interesar mi mujer, o sea, no le deseo el mal pues, pero pues tampoco me preocupaba como antes ¿no?, por ella, que me preocupaba mucho todo, y ahora pues es como cuando pasó todo eso. Cuando empecé a tener esa otra amistad que te platico me empezó a querer como vigilar ¿no? Yo me imagino que finalmente ella debe de saber que salgo con otra persona, pero también ha sido muy prudente, entonces en, en cuanto a que me empezó pues a como a querer saber en dónde estaba en cualquier momento, pues yo inmediatamente le dije, “sabes qué, yo no te busco, tú no me busques ¿sí?, estamos bien, en alguna urgencia, bueno, pues en una urgencia nos comunicamos pero si no hay urgencia, ni yo me comunico contigo ni tú te comunicas conmigo” (Javier, 63ª, NM, ZMG).

Su relato revela cómo esta relación paralela se ha incorporado a su vida con la aceptación implícita de parte de su esposa, la cual, debido a haber sido infiel antes que él, no le permitió reclamo alguno. Al con-

tinuar su narración descubre otros elementos de la forma de ser de las mujeres de “su generación”, que desde su punto de vista, desean casarse y condicionan su entrega en el campo sexual, a la asunción de ese compromiso,

Fíjate, cuando conocí a esta mujer, en las primeras de cambio luego, luego, me pidió que me fuera a vivir con ella, le dije, “no, sabes qué, discúlpame pero no”, “¿por qué no?”, le digo, “porque yo traje un equipaje muy grande y estoy enfermo y no está bien, tú también traes un equipaje muy grande”, y pues también la edad hace mella, a lo mejor no tanto como a mí pero, qué garantía tengo yo de que me enferme y tú me vayas a cuidar, sin embargo, con esta otra persona, la mamá de mis hijas pues sí siento esa confianza, o sea, eso creo yo, que en una situación difícil ahí va a estar, igual que yo estaría con ella, pero bueno, tú sabes que esas son suposiciones que a veces no se cumplen. [Y respecto al sexo], con ella sí no es, no es tan agradable, con mi esposa sí, pero con ella no es tan agradable, porque se pone muy, como muy a la defensiva, duró muchísimos años sola, muchos años, es casi de mi edad, pero duró muchos, muchos, muchos años sola, (...) me gusta, me parece muy interesante, ha tenido mucha experiencia, ella ha viajado mucho, le gusta mucho ser una mujer culta, le agrada, ya tiene sus años, también no es muy joven, creo que es más grande que mi esposa un año, pero me gusta el estilo que tiene ¿no?, (...) ella me ayudó mucho a bajar de peso, dejé de beber en esas cantidades que a mí me gustaba hacerlo, por eso y porque empecé a cuidar mi salud, bajé de peso, empecé a hacer ejercicio, y me encontré con esta persona que, que ha sido muy valiosa en eso ¿no? Acá esta otra persona siempre me apoya, siempre, siempre, “échale ganas”, “es que tengo muchas ganas de nadar, ya que me jubile”, “¡nombre!, de una vez”, sí tengo sentimientos buenos para con ella y creo que ella para conmigo también. Hubo una vez que estábamos platicando y le digo, “oye, pero por qué no disfrutas de la relación sexual, por qué te niegas tanto, por qué te pones tan”, bueno, una manera muy diferente de con mi esposa, a mi esposa sí le gusta, entonces, me dice, “no, es que, si vivimos juntos te cumplo todo”, “qué curioso ¿no?”, dije, “no, pues no, mejor no me cumplas nada, viva la

paz", pero sí, sí hay sentimiento para con ella, sí me preocupa y me hace sentir bien (Javier, 63^a, NM, ZMG).

Este caso es curioso puesto que lo que une a Javier con su relación paralela no incluye vida sexual, sin embargo, le provee de grandes satisfacciones de tipo emocional, de acompañamiento, de solidaridad y amistosas. Al parecer, es algo que su esposa intuye, pero no los ha llevado a tener conflictos importantes por eso. Por otra parte, es clara la relevancia que le concede a la lealtad y confianza que hay entre él y su esposa y que le permite asegurar que si él enfermara, ella lo cuidaría, además del hecho de compartir hijos en común.

Otro tipo de experiencia al respecto de estas relaciones paralelas es la que vivió Rosa, que al igual que Sofía, descubrió a su marido teniendo otra relación,

Lo más doloroso [suspira] no fue el hecho en sí, sino no saber. Para mí, como que era un hecho obvio o lógico, me sonaba, porque en verdad no estábamos los dos complementándonos pues. Y vamos siendo francos, llegó un momento cuando estábamos casados me interesé con alguien, que no pasó nada, pero pues sí me movió el tapete pues. Y eso a mí me da a entender que sí estábamos los dos como muy fuera del matrimonio. Lo que más me dolió es que no me dijera, la mentira. Esa es la parte que a mí me dolió porque no me gustó enterarme por terceras personas ¿sí? Que todo mundo sabía lo que yo no sabía de mi propia relación (Rosa, 52^a, NMA, ZMG).

En este caso, lo más doloroso para Rosa no fue la infidelidad en sí, sino el hecho de descubrir haber sido engañada, una vez más el valor de la honestidad se coloca por encima del de la fidelidad, y continúa su relato,

Mucha gente me pregunta de este tema precisamente porque es la parte más complicada: ¿por qué regresé con él si ya me fue infiel? Y esa es la parte que yo les digo de la resiliencia. Volver a tener confianza plena en alguien es lo

más complicado, pero sí se puede porque la Rosa y el Andrés que están después de todo esto que pasó no son las mismas personas que estábamos acá. Obviamente hubo un enojo, hubo de repente reclamos y hubo cosas que nos movieron, que tuve que trabajar mucho en terapia, él también fue a terapia, fuimos los dos. O sea, sí fue algo muy platicado, muy negociado, muy en esta parte; pero si me dices: “¿tú le tienes confianza a Andrés?”, sí, y pude ver las cosas de otra forma. Y la relación... no solamente fue que se enamoró y él se fue, no es la culpa de él, yo hice muchas cosas, y cometí muchas cosas muy idiotas también de mi parte para también que se produjeran las dos cosas. Entonces, como que alcanzar a ver eso es ¡wow! Estaba destinado a un fracaso que nosotros dos no estábamos entendiendo. Nos separamos primero dos veces. La primera no entendí por qué fue, ya ahorita ya lo entiendo. La segunda me dijo “¿sabes qué? Yo ya no puedo vivir contigo”. Me costó mucho entender que tenía otra persona, y se fue porque tenía... se había enamorado de una chica, y pues se fue. Ahí fue donde yo tuve mi peor momento de mi vida, yo creo, porque no sabía que había hecho. O sea, no tenía claro el pasado. Y me dio un tiempo de averiguar qué había pasado. Tuve anorexia, desarrollé anorexia, desarrollé ansiedad, mucha tristeza. Que terminó afectando a mis hijos un poco [pausa], bastante. Pero poco a poco fui recuperándome. Y te puedo decir que es la mejor experiencia de mi vida porque descubrí dos cosas: una, que soy capaz de amar profundamente; y dos, que sobrevivo. Soy como las cucarachas (Rosa, 52^a, NMA, ZMG).

Aquí, el que el marido de Rosa hubiera tenido otra relación no lo consideró sólo responsabilidad de él, sino parte de un conjunto de problemas de ambos como pareja, se separaron, pero volvieron y establecieron otros acuerdos entre ellos. El proceso vivido por Rosa da cuenta de un trabajo emocional profundo que involucró sentimientos de ansiedad y tristeza, acompañados del desarrollo de un trastorno alimentario, mismos que superó apoyada por terapia psicológica que la llevó a recuperarse y decir que fue “la mejor experiencia de su vida”, por su capacidad de sobrevivir y ser resiliente. Una vez más, aparecen las reglas del sentimiento descritas antes sobre la capacidad tanto de los hombres como

de las mujeres para desear o amar a más de una persona, que aunque se enfrente con dolor, se logra la comprensión del hecho. Asimismo, se hace presente también la metáfora de la navegación que emprenden personas que, trascendiendo las normas y estereotipos culturales, logran definir su trayectoria de vida de forma positiva asumiendo el sufrimiento que esto implica.

En las entrevistas también apareció un caso en el que ambos miembros de la pareja tuvieron relaciones paralelas. Es el caso de Tenzin, quien narra que, durante un período, cuando sus hijos eran chicos, y él y su pareja se encontraban distanciados,

Percibía que ella no se sentía bien, yo ya no me sentía tan bien y pues incluso llegó el punto en donde cada quien tenía otra relación. Ella tenía otra relación por su lado y yo tenía y nos hacíamos guajes los dos. Pero hizo crisis eso, porque, obviamente, en algún momento determinado esto se salió de control y quienes estuvieron enfrentando el golpeteo de nuestras decisiones equivocadas o, más bien, nuestras decisiones no comunicadas, nuestras decisiones no acordadas, pues fueron los hijos porque, pues en un momento determinado se dieron cuenta pues empezó [ella] a tener menos cuidado de la confidencialidad con que se tenían que manejar ese tipo de manejo de la relación. Y ella tenía una relación con una persona casada que se dio cuenta su esposa y entonces empezó a hacer manifestaciones de protesta incluso afuera de la casa con mantas y no sé, un montón de cosas. Entonces, pues lo que decidimos fue: ¿sabes qué? Pues ahí le paramos, mejor. Para qué estamos haciendo algo que no queremos hacer, que es estar realmente juntos. Porque nuestro pacto original era que mi pareja no era una relación abierta, era una relación cerrada, pero, pues realmente lo estábamos manifestando como una relación abierta y pues no era lo que queríamos. Y al momento de tratar de cambiar, de verbalizar y de transparentar las nuevas reglas, pues mejor decidimos, pues separarnos. Y nos separamos. Y nos divorciamos (Tenzin, 61^a, NMA, ZMG).

Este relato es significativo pues revela que aun cuando cada uno de ellos tenía una pareja adicional, mientras se mantuvo el hecho en el terreno de lo privado, no causó problemas; mientras que al “salirse las cosas de control”, hubo que enfrentar la situación y resolverla de alguna forma. Por otra parte, se revela también aquí el abandono en los hechos del modelo de pareja monógama que era el pactado originalmente entre ellos, y ante esta disonancia moral, deciden divorciarse. Tenzin sigue narrando,

Al paso del tiempo, pues la relación era cordial. Fue una relación cordial, una relación en donde cada quien exploró, pues lo que quiso en libertad, en ese sentido y pues al tiempo nos reencontramos y platicamos si queríamos reconfigurar de alguna forma la relación que teníamos con unas reglas perfectamente explícitas de lo que realmente quisiéramos, que habría que contrastarlas si servían dentro de la línea de negociación posible, no dentro de las líneas de negociación inamovibles. Situaciones que realmente pudieran acercarnos, pues podríamos empezar a explorar una nueva relación. Para esto pasaron cinco años de estar separados y, pues decidimos que sí. Que sí había las condiciones y, pues esto fue hace diez años. Y, pues haz de cuenta como que fue el remedio, porque a partir de este nuevo reencuentro o de este reencuentro la relación ha sido muy buena. Obviamente distinta, pero se puede decir que mucho más clara que la vez pasada y en donde yo creo que la gran diferencia fue el nivel de comunicación y el nivel de conciencia que no se había tenido al momento de unirnos en la primera relación a la segunda. Sin embargo, si el consenso en el acuerdo previo es somos una pareja abierta que en un momento determinado está en la libertad de poner o de mantener una relación sexual con distintas parejas y lo entendemos de esa manera, pues así lo acordamos y no debe de haber ninguna sorpresa. Pero si dice, para mí es muy relevante que nuestra comunicación la potenciemos entre nosotros porque si se trata de una necesidad psicológica y emocional el hecho de estar con distintas parejas no interesa. Pero lo que estoy pidiendo, estoy dispuesto a dar. Entonces desde el respeto de esa línea de referencia, la fidelidad es eso, nada más. Es una línea de referencia.

Tuvimos ese, ese, ese acuerdo consciente en esta segunda relación, esta segunda etapa de nuestra relación y la tuvimos explícitamente y, y realmente lo que decidimos fue mantenernos como una pareja cerrada con relaciones exclusivas entre nosotros. Y en el momento en donde, por cualquier circunstancia, queramos tener una relación con otro, pues hay que exponerlo previamente para efectos de resolver lo que realmente queremos. Porque si lo que realmente queremos no está ahí, tener la libertad cualquier otro de decidir en consecuencia. Si yo quiero una relación con otra persona y la otra persona no está de acuerdo, pues entonces, en ese momento, a ver qué es lo que sopesamos. Por eso es una línea de referencia. Si lo hacemos sin este previo consentimiento, pues entonces estamos violando lo que es un acuerdo. Un acuerdo entre personas que lo hicieron libremente. Entonces por eso decidimos (Tenzin, 61^a, NMA, ZMG).

Como vemos, después de una separación de cinco años y de su divorcio, la pareja se volvió a reunir y a casar, pero sobre acuerdos explícitos, logrando poner sobre la mesa de negociación lo que ambos deseaban y el tipo de relación que decidieron establecer de ahí en adelante; este acuerdo consistió en decidir que ambos querían un modelo de pareja cerrada que puede estar sujeto a cambios en el futuro si alguno de ellos desea abandonar la exclusividad sexual y emocional. Tal situación es significativa porque se renuncia a la adopción obligada del tipo de pareja monógama propio del imaginario romántico y se transita a una regla del sentimiento emergente que deja en manos de las personas decidir qué desean al respecto.

La trayectoria sexual de las parejas

Un elemento que en algunos casos marca el inicio de la trayectoria sexual de las parejas es el de la experiencia de la pérdida de la virginidad. En este sentido y sin ser pregunta expresa en la entrevista, aparecieron algunos testimonios que dan cuenta de que, con sus maridos o esposas, varios vivieron su primera relación sexual. Tal es el caso de Rosa, quien

contó, “con él me casé. Fue la primera persona con la que tuve sexo completo” Y de Sofía,

Nunca tuvimos relaciones antes de casarnos, ¿eh? yo era más aventada que él, y yo sí le llegué a proponer, algunas veces: Oye, pues es que esto está muy candente. O sea, a esto le falta algo, ¿no? Y decía “No. Hasta que nos casemos”. Y “No, porque, ¿qué tal si pasa algo?” Él tenía mucho miedo de que me fuera a embarazar o algo. Y, entonces, él decía que no, y él metía ahí el freno (Sofía, 61^a, NM, ZMG).

Otra experiencia fue la de Javier,

Hay cosas que no alcanzo a procesar bien, porque pues fue prácticamente mi única novia que tuve ¿no?, no tuve muchas novias, realmente fue mi primera novia, fue mi primera experiencia sexual, fue todo mi primera vez con ella. Entonces, de pronto, pues, la verdad no sé si decir si hubo amor o fue cosa de sexo, o fue cosa de novedad, nunca he tenido un parámetro de comparación ¿sí? (Javier, 63^a, NM, ZMG)

Como es evidente, no fue nada raro que las parejas iniciaran sus matrimonios sin experiencias sexuales previas, fenómeno muy común en la generación anterior.

Como he mencionado antes, una idea bastante generalizada que se expresa alrededor de varios temas tratados a lo largo de este capítulo y que aparece de forma más recurrente en el de la generación de adultos mayores, es aquella que sostiene que en la juventud la vivencia del sexo es más intensa y gozosa. Así lo expresa Yolanda, “en ese tiempo era como muy constante, regular de una pareja muy joven, no diario, pero con mucha frecuencia, o sea frecuencia que podría ser de cualquier pareja joven, que lo único que quieren es así como estar en la cama y divertirse constantemente, diario o a veces no diario, pero con mucha frecuencia, con el gusto del sexo, pues”. Mientras que Braulio lo explica así, “si nos atenemos al desarrollo humano, cambia, primero es muy in-

tenso, luego menos intenso, pero como más elaborado y luego después, por la edad, empieza a bajar”.

Sin embargo, la evolución de la sexualidad en cada pareja no necesariamente sigue esta lógica, se da en direcciones diversas y es un proceso en el que inciden múltiples factores. Como vimos anteriormente, en algunos casos se reporta una mejora de la vida sexual que es producto justamente de la edad, la madurez y de una actitud positiva de parte de la pareja, tal es el caso de Paula,

Al final cambió, es lo que te decía, al final ya, o sea, como que, bueno, él lo entendió más, no sé si alguien lo aconsejó o le dijo que tenía que hacerme sentir, y sí, la verdad yo me enamoré en esa etapa de nuestro matrimonio, que tendría yo unos 39 años, sí cambió mucho la relación. Al final sí. Al final yo veía que él se satisfacía, o sea, él me hacía sentir a mí y yo lo hacía sentir a él porque sí había como más conexión (Paula, 53^a, NB, ZMC).

En otros relatos, el elemento que explica esta evolución positiva es la presencia del sentimiento amoroso,

Sí, sí, no es lo mismo que cuando empezamos, o sea, hay algo que para mí tiene mucho peso, tener una relación sexual con alguien con el cual no hay una relación sentimental, nada más sexual, tiene una relevancia de uno por ciento, al contrario de tenerla con alguien con quien aparte de que disfrutas el placer sexual, hay algo aparte de afecto y de amor, ¿verdad? (Gamaliel, 52^a, NMA, ZMC).

En contraste con esto, otros testimonios dan cuenta de la evolución de la vida sexual en un sentido completamente negativo, así lo narra Andrés, “siempre fue muy buena, siempre, siempre, ya con el tiempo, cuando empezó el que yo, yo, yo lo defino así, como la guerra del ego (...) ahí sí, obviamente empezó a disminuir”.

Un factor que incide frecuentemente en la vida sexual de las parejas es la llegada de los hijos. Una primera razón de este cambio es el

trastocamiento en las prioridades cotidianas, así le ocurrió a Mauricio, “llegan los chiquillos y ahí es un parteaguas muy fuerte porque pues el hecho de cuidar a los niños, de estar con ellos, ahí sí fue la parte más complicada, porque [fue] una pequeña barrera de decir, pues tengo mis chiquillos, tengo que cuidarlos, y fue la parte más difícil”.

Otra razón muy común ya aparecida anteriormente para no desear tener relaciones sexuales es el cansancio y el agotamiento vivido, sobre todo, por las madres/esposas que, en el caso de la llegada de los hijos, les hace preferir dormir, a cualquier otra cosa. Así le ocurrió a Yolanda,

Yo me acuerdo que los primeros cuatro años de que nació mi hija, yo vivía así eternamente agotada, entonces la pinche pareja vale madres, tú ya llegas a dormir y te da hueva hacer el amor, ¿no? [ríe] (...) era súper desgastante, de mucho, mucho desgaste físico y un desgaste para nosotros emocional, porque los primeros años fueron difícilísimos (Yolanda, 58ª, NM, ZMC).

Este desgaste emocional de la pareja es un aspecto que aparece en otros relatos, Rosa cuenta, “cambió la frecuencia, la importancia, el juego, divertirme. Como las posibilidades de, de, de esta parte de: “¿tú qué quieres?”, “¿qué quiero yo?”, y de poder coincidir. Sí, eso cambió mucho”. En la experiencia de Braulio estos mismos elementos aparecen y demandan de la pareja estrategias para reanudar su vida sexual,

Primero pues el agotamiento, los primero meses del nacimiento el agotamiento normal, el de ella y el mío. Porque también esa era otra de las cosas que fue un convenio de que juntos íbamos a educarlos, juntos desde chiquitos; yo a los dos los he bañado desde chiquititos porque a ella le daba miedo. (...). Ha sido de tener que buscar espacios muy adecuados y de rápido, de intensidad y de calidad. Ya luego se empieza, cuando ya se iba normalizando más o menos, como a los no sé, tres o cuatro años porque ya podían dormir muy bien, porque muchas veces la relación sexual es en la noche o es cuando tienes más tiempo, eso también cambió porque antes podías en el

día a cualquier hora porque no estaban los hijos, vivíamos pues solos, todo eso cambia (Braulio, 56^a, NM, ZMC).

Para Tenzin por su parte, este período intenso de la llegada de los hijos fue el prolegómeno de su separación,

Y más que en el momento en el que empezaron a llegar los hijos (...) donde sí fueron etapas críticas en donde pues hubo un desfase completo de necesidades de índole sexual. Y pues sí hubo momentos en donde le decía: “oye, pues, este, fíjate que yo no necesito cortaúñas porque, pues con la pared ahí me desquito” y ella nomás se reía, pero, pues no. Me decía: “es que estoy agobiada, cansada”. Lo ordinario que siempre se pregunta con ese desfase. Sí. Con la llegada de los hijos, fue un punto previo a la terminación de lo que fue la [siguiente] etapa, en donde cada quien fincó sus intereses, sus necesidades, en otras personas, más que en la pareja formal (Tenzin, 61^a, NMA, ZMG).

En estos casos, tanto el agotamiento como el desgaste emocional impactan en la vida sexual y esto desata sentimientos de frustración, alejamiento e incomunicación entre la pareja que van fincando un mayor individualismo en cada uno.

No obstante, lo expuesto antes, aparecen también testimonios que expresan que la llegada de los hijos no modificó la vida sexual de las parejas. Así le ocurrió a Andrea, Citlali y a Sofía, quien recuerda, “ya que tuve a Javier y todo, este... sí, empezó, de vuelta... de vuelta, empezamos a tener nuestras relaciones sexuales y todo, y bien. O sea, yo, ahí, ya no vi como cosas diferentes”. También los relatos de los hombres así lo manifiestan, tales son los casos de Octavio, Jeremías, Andrés, Javier y Joel, para quien no cambió “para nada, no, no, en ningún momento”.

Es relevante mencionar que cuando las parejas no tienen hijos también es algo relevante y significativo en su trayectoria. Tal es el caso de Citlali, para quien esta situación tuvo un impacto negativo en su vida sexual,

Cuando estábamos queriendo tener otro hijo, pues ya no lo disfrutaba, no era de disfrutar porque era de que tenía que seguir ciertos procedimientos, y que subir las piernas y todo, ya ni estás pensando en disfrutar, estás nomás pensando en cómo vas a embarazarte, entonces sí cambio, (...) y sí tuve muchos tratamientos y tuve mucho tiempo y ahí sí nos cambió porque ya no era de, ahora sí de disfrutarnos, sino de que mi mente ya quería salir otra vez embarazada, sí (Citlali, 52ª, NM, ZMG).

Mientras que para Benito la razón del deterioro fue haber perdido varios bebés,

Lo que nos invadía era el dolor, la pérdida, el duelo, entonces se pasaban los días y nosotros con el dolor de haber perdido el bebé, de todo, de haberlo sufrido, desde el embarazo hasta la pérdida porque eran cinco meses y medio y para afuera el bebé, entonces estábamos con el pendiente del embarazo y ya después cuando se perdía, era el dolor y si los cuidados son de 40 días se nos pasaban rápido, ni nos dábamos cuenta, por estar pensando en sufrimiento. Había ese sentimiento de estar en el duelo y no tener relaciones, nomás abrazarnos, besarnos, que te vaya bien, cómo estás, ocupas vitaminas, medicinas, hay que ir al médico y se nos pasaban rápido los días, el dolor no (Benito, 58ª, NB, ZMC).

Estos casos ilustran la persistencia de una regla del sentimiento del imaginario romántico que marca el deseo de tener hijos y fundar una familia para ambos miembros de la pareja, que de no ser posible, genera fuertes sentimientos negativos de frustración, obsesión y dolor.

Como vimos antes, a lo largo de la trayectoria de las parejas se viven también rupturas entre ellos y reencuentros. Esto genera aprendizajes intensos para ambos cuyo resultado es que se tiene una relación mucho mejor que la anterior. Tales son los casos de Rosa, quien cuenta,

Pasamos separados como año y medio, casi dos años. Sí me divorcié legalmente. Y después descubrimos que nos gustaba platicar mucho a los dos.

Entonces, él también estaba también en una etapa de depresión, entonces comencé a ayudarlo, y cada vez íbamos como que platicando más y platicando más. Y yo, bueno “entonces ¿qué pedo?” [risas]. Entonces comenzamos a salir, y nos llevó un rato volver a retomar la relación. Hasta que mi hija me dijo “oye no se hagan pendejos” [risas]. Entonces volvimos a vivir juntos, pero ahora la relación es muy diferente de la primera relación (Rosa, 52^a, NMA, ZMG).

Y también el de Tenzin,

Sobre todo desde, desde que nos volvimos a casar hasta la fecha, creo que ha sido un tema muy, pero muy satisfactorio. En el momento en donde hay algún tipo de rezago de alguna de las dos partes por cualquier cosa, que creo que ha ocurrido un par de veces en donde algo me ha reflejado o yo le he reflejado algo, ha sido muy sencillo de resolver. Curiosamente, desde que nos juntamos, aun estando ella en la menopausia, ha sido mucho más satisfactorio y mucho más armónico que cuando eran los ciclos naturales reproductivos, en donde eran muy marcadas las diferencias en la necesidad (Tenzin, 61^a, NMA, ZMG).

Un testimonio especialmente reflexivo en torno a la evolución de las parejas es la que hace Yolanda a partir de su propia experiencia y desde su juventud, a partir de eso le queda claro lo que las parejas “deben hacer” para no perderse uno al otro con el paso de los años,

Era bien padre estar ahí, era una dinámica muy de pareja, pareja, de pareja incluso sensual, pues estás en la juventud, y todo eso empieza a cambiar. (...) Yo considero que si un matrimonio no tiene estos lazos donde son ellos pareja, las obligaciones, la rutina, el día a día, la cotidianidad, el que si un miembro de la pareja crece a costa del otro, o que si no crecen juntos, o si uno siente que se rezaga porque su trabajo en la familia fue más agotador, ya sea por la crianza, si nada más la tiene ella (...), y ¿dónde queda la pareja? ¿Dónde se va en todo este tiempo? ¿Tiene vida o cómo se le hace para man-

tenerla viva? ¿Para qué no se pierda?, que no nada más sea en las noches llegar a dormir a la cama lo que los haga ser cohabitantes de una relación de pareja o que alguien ya no le interese la parte íntima, pierdes interés de intimidad en la pareja (...) Lo que sí te puedo decir es que lo que nunca hicimos y creo que sí afectó mucho la relación, no teníamos mucho tiempo para estar solos como pareja y si una pareja no busca tiempo para estar con ellos, entre ellos. (...) Una de las cosas que por ejemplo yo veía en una pareja es que todos los viernes dejaban a sus hijas en casa de los suegros, y ellos se iban al cine y se iba a cenar y a pachanguear y pues obviamente se iban a su casa y no tenían a los chiquillos ahí y hacían como querían en la casa, seguramente, era una pareja super llena de unidad, los veías a los dos felices y yo los veía así y yo decía “ah pues qué padre” (...). Si hay una buena sexualidad y relación de amigos, o sea que tu pareja sea casi que tu cómplice, ¿no? Si tu pareja no es tu cómplice, si no es con el que dices y piensas cosas que no se las dirías ni a tu mamá, ni a tu abuelita, ni a tu terapeuta incluso, entonces no sé, pues yo creo que sería muy importante que los individuos nos planteáramos qué idea de pareja tienen o quien es cuando piensas en una idea de pareja, qué significado le das a la pareja, porque finalmente incluso la palabra pareja significa que seamos parejos, ¿no? Que nadie haga a costa de las necesidades del otro, que no sea una relación parasitaria, hay muchas parejas parasitarias... (Yolanda, 58ª, NM, ZMC).

Este relato es de gran riqueza pues expresa con claridad algunos preceptos que de ser seguidos, facilitarían un desarrollo gratificante entre las parejas. Entre ellos destacan varias reglas del sentimiento emergentes propias del imaginario posromántico, por ejemplo, aquella que plantea la igualdad entre los miembros, lo cual se posiciona en contraste con la desigualdad genérica que es consustancial al sistema patriarcal; por otra parte, el conservar un espacio exclusivo para la pareja que no se diluya en la atención a los hijos y que posibilite el mantenimiento de relaciones sexuales placenteras; finalmente, el que la comunicación entre la pareja sea tan profunda que más allá de ser matrimonio se consideren cómplices y que se conozcan uno al otro profundamente.

Conclusiones

A lo largo y ancho de este capítulo ha campeado un discurso proveniente del sentido común que afirma que llegar a los años cincuenta es sinónimo, si no de vejez, sí del arribo a una etapa en la que la vida sexual de las personas ha perdido el vigor y la intensidad que caracteriza a la de los jóvenes. Este discurso se nutre de creencias que comprenden, por ejemplo, la pérdida del deseo, del vigor sexual, del gozo intenso, y sostienen que una vida sexual, en caso de existir, es caracterizada por la rutina y las dificultades asociadas a los problemas de salud y a los cambios hormonales, sobre todo para las mujeres, a quienes el arribo a la menopausia, también se cree, significa la cancelación del deseo, la libido y la vida sexual.

Los hallazgos mostrados en este trabajo expresados por las voces de nuestr@s entrevistad@s, dan cuenta de la enorme riqueza de sus experiencias que contrasta, en algunos elementos, con el discurso mencionado. Las trayectorias de sus vidas de pareja, todas ellas largas, nos permiten observar la capacidad de cambio en las propias concepciones y en las prácticas cotidianas, que, al paso de los años, revelan grandes habilidades para abandonar creencias de juventud, valores y principios morales en un inicio incuestionables, así como enfrentar las propias contradicciones muchas veces de formas creativas y valientes u optando de forma consciente por adherirse a éstos de forma mucho más razonada. En este sentido, revelan procesos de navegación (Reddy, 2001) en los cuales se posicionan como sujetos al mando de su propio timón, orientados en algunos casos, por la búsqueda de realización de valores como la confianza en el otro, el amor y el compromiso que les proveen de certidumbre y certeza; y en otros, asumiendo riesgos en aras de realizarse a sí mismos de forma más autónoma, creativa y auténtica tomando distancia de los convencionalismos morales.

En primer lugar, en lo que concierne a la exploración de la importancia que la sexualidad tiene para ellos y ellas, el dejar atrás la juventud no excluye el continuar teniendo actividades sexuales placenteras y significativas. Much@s de nuestr@s entrevistad@s revelan continuar con

una vida sexual intensa y muy activa, aunque esto incluye referencias variadas sobre ese discurso que asocia su edad con la vejez y que en cierta medida han asumido, provocando que se muestren ellos y ellas sorprendidos justamente con mantener esa vida sexual. Este hecho revela la existencia de dos reglas del sentimiento posrománticas que establecen que disfrutar sexualmente es legítimo y muy importante para ambos miembros de la pareja, así como justamente el ser personas maduras contribuye a la intensificación de la vida sexual.

Otro elemento interesante es la forma en que se asocia la satisfacción sexual con estar bien con sus parejas en otras dimensiones de la vida juntos, lo cual corresponde a una idealización romántica que alude a la persistencia de una regla del sentimiento que establece que disfrutar sexualmente es menos importante que la comunicación, la compañía y el apoyo mutuo entre la pareja. Esta se conjuga con dos reglas más, aquella que conmina a la aceptación de la esposa del déficit de atención del marido en aras de la preservación del matrimonio, así como para los esposos, aceptar el déficit de deseo de la esposa por ellos, hallazgos también presentes en la generación de adultos mayores.

Los testimonios trabajados aquí señalan que la búsqueda de satisfacción sexual es más explícita y se considera más valiosa en personas que pertenecen a los niveles socioeconómicos medio y medio-alto y con formación educativa superior y de posgrado. Hay evidencias de que, en el nivel bajo tanto en lo económico como en lo educativo, la insatisfacción sexual se vive con mayor resignación⁸⁵. Existen también otros elementos que afectan la vida sexual de las parejas y que la han deteriorado con el paso del tiempo, me refiero a las enfermedades y el decaimiento de

⁸⁵ Hallazgos muy semejantes en torno a una mayor satisfacción en la vida sexual, así como una mayor liberalización en los niveles socioeconómicos medio y medio-alto, frente a un mayor conservadurismo en el nivel bajo, son encontrados por Marina Ariza y Orlandina de Oliveira en México (2005), por Natalia Tenorio en la ciudad de México en particular (2012), por Nancy Piedra en Costa Rica (2017) y por Mariela Carmona en Chile (2011).

la capacidad física. En este aspecto colabora una regla del sentimiento común en la generación anterior, que alude a la aceptación del decaimiento “biológico y natural” de la sexualidad.

Otros enemigos de la vida sexual son el que haya un interés distinto entre los miembros de las parejas por el sexo y el que algunas mujeres sean renuentes a tener relaciones sexuales. Tal situación se deriva de reglas del sentimiento románticas que determinan que las mujeres necesitan menos de la actividad sexual “por naturaleza” así como los hombres la necesitan más por la misma razón.

No obstante, la insatisfacción sexual de las parejas no es la causa fundamental de su disolución, pues en el balance realizado por ell@s mism@s, el no tener placer y disfrute se ve recompensado por sentimientos de seguridad, estabilidad, certidumbre y confianza que les permiten construir un grado de complicidad importante a lo largo de los años juntos, aunado a arreglos de carácter económico y patrimonial que no desean perder.

Por lo que toca a las prácticas sexuales, el que las mujeres tengan iniciativa en el ámbito sexual es visto de forma contrastante, por una parte, hay casos donde se ve sancionado y reprimido por sus propias parejas, mientras que, para otros hombres, el que sus mujeres tengan la iniciativa, es algo placentero y gozoso. Esto involucra reglas del sentimiento asociadas a los estereotipos femeninos que aún se encuentran vigentes. Para algunos las mujeres sexualizadas merecen ser estigmatizadas, al tiempo que para otros, el que se trascienda dicha dualidad es algo que desean.

Es importante mencionar que resulta una falacia el que los hombres, por naturaleza, estén siempre en disponibilidad para el sexo. Varios testimonios señalan su indisposición debida al cansancio u otros factores no enunciados, que provocan gran frustración a sus parejas mujeres.

Otro elemento relevante es que los hombres generalmente son quienes proponen a sus mujeres prácticas novedosas a las cuales ellas no acceden o lo hacen de forma forzada por diversas razones. Esta situación revela, por una parte, la persistencia de una regla del sentimiento que

dicta a los hombres desear ejercer la iniciativa, y por otra, aquella que conmina a las mujeres a complacer al varón aun sintiendo desgano y cansancio. Hay también casos en los que ambos miembros de la pareja están abiertos a la experimentación, siempre y cuando tengan una buena situación de salud. Destaca dentro de este aspecto el peso simbólico que posee la creencia de que las mujeres, una vez que les ocurre la menopausia, acusan pérdida de interés por el sexo. Qué tanto este hecho es producto de esta creencia o de un cambio hormonal que realmente implica el descenso de la libido es objeto de debate en la investigación médica y psicológica, pues el peso de la cultura es capaz de generar formas específicas de experimentar el cuerpo y las emociones.

No obstante la frecuencia de la mención de este hecho en nuestros relatos, hay también una actitud positiva frente a ello y la ingesta de hormonas es algo que contrarresta la baja de deseo y pone en aprietos a los hombres, pues ellos, sin reconocer su andropausia, tampoco se encuentran en ocasiones completamente al 100% en la intensidad de sus deseos sexuales.

En lo que atañe a los factores que favorecen la vida sexual de las parejas es notoria la importancia que posee tener una actitud abierta al aprendizaje de parte de los individuos. Un primer elemento que colabora en mejorar la vida sexual es el abandono de tabús relacionados con las creencias religiosas respecto a la sexualidad, no es que las personas dejen de creer en Dios, sino que dejan de gobernar su vida sexual por sus preceptos. Esto es llamado por Gutiérrez y De la Torre (2020) como tendencia a la *secularización subjetiva de la moral sexual*, como se mencionó en la introducción del trabajo.

Otro factor es el estar dispuestos a asumir la vida sexual con buen humor y ganas de divertirse, cosa que permite que las parejas jueguen y tengan fantasías que les evita caer en la rutina. Otras en cambio, plantearse este tipo de cosas les acarrea vergüenza y culpa. Parte fundamental de este proceso de aprendizaje es el acceso a discursos alternativos contenidos en diversas fuentes como libros científicos, conversaciones con expertos, terapias psicológicas, o sistemas de creencias de otras cul-

turas, como el Kama Sutra. Una fuente especialmente importante dentro de estos recursos culturales o simbólicos para las mujeres en particular, es el feminismo como ideología que les provee de recursos para poder pensarse a sí mismas y a las circunstancias en las cuales viven sus relaciones de pareja. Estas ideas circulaban para esta generación desde sus años de juventud tanto en forma de libros y artículos académicos y de divulgación como en círculos feministas de corte terapéutico o de ayuda a mujeres violentadas. Por supuesto, no constituía el movimiento cultural y político que en los últimos años se ha generado, pero era un discurso al que se podía acceder aún en ciudades como Colima y Guadalajara para las mujeres con educación superior. Gracias a este cambio cultural, se constata la emergencia de nuevas reglas del sentimiento que se integran en el mosaico de posibilidades, sobre todo para las mujeres. Me refiero a que ambos miembros asuman como relevante el tener actividad sexual, y que ésta no necesariamente esté vinculada al amor; el que los dos muestren iniciativa en las prácticas sexuales, y que les sea legítimo y deseable fantasear y jugar sexualmente desplegando la creatividad.

Por supuesto no todas las parejas mostraron esta disposición al cambio y al aprendizaje individual o en pareja. Muchas de ellas acusaron más bien vivir situaciones de cansancio y estrés derivados del ritmo de vida, de una fuerte carga de trabajo para ambos miembros de las parejas o de conflictos de la familia propia o de la extensa que impactan en la disminución de la calidad de su vida sexual.

Por lo que toca a las distinciones genéricas respecto a lo que los hombres y mujeres necesitan en su vida sexual, encontramos, como describí antes, la idea tradicional de que cada uno posee una naturaleza que los distingue entre sí y que sostiene que los hombres son más activos sexualmente y que necesitan más el sexo que las mujeres. Junto con eso aparece otra idea que afirma que esta “naturaleza femenina” incluye el cansancio como causa para no desear relaciones sexuales, a diferencia de los hombres, que aún cansados, las tendrían. Es curioso esta explicación de tipo esencialista para dar cuenta de un fenómeno que atañe más bien a la forma de vida contemporánea, que exige mucho mayor es-

fuerzo de las mujeres que de los hombres, dado el cumplimiento de dos funciones de parte de ellas, una en el espacio doméstico donde asumen en mucho mayor medida, el cuidado de los hijos y la atención de los quehaceres domésticos; y otra, con su incorporación creciente al ámbito laboral fuera de casa realizando labores remuneradas y que daría origen a lo que se conoce como “doble jornada”. Otro conjunto de opiniones se orienta hacia afirmar que las necesidades no son distintas entre cada género, sino que son complementarias, en estas caben también aquellas que agregan que logran convertirse en eso gracias al tiempo compartido entre la pareja, lo que señala un elemento a favor en lo que corresponde a la mejoría de la vida sexual ganada a través de los años, y que va acompañada de una nueva regla del sentir que determina que el disfrute sexual es igual de importante para ambos miembros.

Un elemento que destaca en la calidad de las relaciones de pareja de esta generación es la comunicación de la que son capaces los miembros entre sí. Este factor ha sido señalado por diversos autores (Fromm, 2005 y Bauman, 2005) como un componente mucho más importante que la sexualidad en el surgimiento de la intimidad, ese cemento que cohesiona la unión. En varios de los relatos contenidos se evidencia este fenómeno y la emergencia de una nueva regla del sentimiento al respecto que marca la necesidad de comunicarse profundamente con la pareja. El que las parejas conversen, sean los “mejores amigos”, es algo fundamental en su unión al grado de entender su matrimonio como una relación de amistad, la cual, se concibe por encima del tener una vida sexual entre ellos e incluso de seguirse amando. Este entendimiento profundo aunado a arreglos convenientes para ambos en torno al cuidado de los hijos, la organización de una economía común, uso de bienes económicos compartidos, las relaciones con la familia extensa, etc. justifican plenamente la permanencia de las parejas y asimismo expresan otra regla del sentimiento emergente, la de lograr ser parejas que comparten responsabilidades en igualdad de esfuerzos que contrasta con la desigualdad genérica imperante en el imaginario romántico.

Por otra parte, se constata también que, mediante la comunicación, las parejas llegan a acuerdos también respecto a su vida sexual, tanto de forma explícita como implícita y algunas, tristemente, no llegan a ninguno o alguno de sus miembros se niega a hacerlo. Aún en estos casos, se revela el impulso por establecerlos o desear hacerlo, aunque no sea conseguido con éxito.

El apartado sobre la monogamia y la fidelidad resultó ser de lo más rico e interesante en este capítulo, pues, tal y como suponíamos desde un principio, estos valores, que a su vez son normas y formas de comportamiento, constituyen el nudo gordiano de las parejas, no porque sea irresoluble, sino porque concentra una enorme cantidad de contradicciones y paradojas para los individuos cuya resolución depende de diversos factores y condiciones. En principio, la monogamia y la fidelidad son la piedra angular del matrimonio dentro del imaginario amoroso romántico e implican que la pareja sea entendida a raíz de la entrega total de cada uno para construir una fusión que perdure hacia el futuro. En una época de individualismo creciente, tales principios persisten sobre todo en su forma de valores con gran significado moral, en individuos que cada vez con mayor energía y voluntad, persiguen metas de realización personal relacionadas con la autonomía, la búsqueda personal, la creatividad existencial y la honestidad consigo mismos. Esto da pie a que los valores de la fidelidad y la monogamia se mantengan, pero no a costa del incumplimiento de las necesidades y deseos individuales. Esto da origen a un amplio abanico de grados de adhesión o desapego a estas normas que aparecen con nítidas diferencias para hombres y para mujeres.

En primer lugar, es clara la persistencia del valor de la fidelidad entendida en términos absolutos al que se adhieren personas de ambos sexos y de todos los niveles socioeconómicos y distintas formaciones educativas. En conjunción con eso, hay otros entrevistados para quienes la fidelidad se relativiza y pierde relevancia frente a otras actitudes como la lealtad o el que ser fiel no sea una asunción incuestionada, sino un acuerdo negociado por ambos miembros de la pareja. Enseguida,

descubrimos formas de infidelidad diversas que van desde la infidelidad imaginada, fantaseada, pero no concretada, hasta las realmente realizadas. Sus grados son diversos, van desde los encuentros de una sola ocasión, pasando por las relaciones reiteradas que llamamos de amantes, hasta las relaciones paralelas a la relación oficial y que se prolongan por un buen tiempo. A todas les caracteriza el ser clandestinas, se intentan conservar en secreto y la mayoría de las veces son descubiertas a través de diversas formas. Este deseo por mantenerlas en un ámbito personal revela cuán importante sigue siendo el conservar el status de “ser fiel” frente a los otros pues revela una regla del sentir aún vigente que otorga orgullo, prestigio y reconocimiento social. El ser descubiertas desata invariablemente conflictos que pueden ser resueltos más o menos fácilmente o generar la ruptura total en las parejas. Tal es la importancia de la fidelidad que las expresiones de mayor intensidad de emociones como dolor, traición, coraje, decepción y tristeza se deben al haber sido infringida por un miembro de la pareja.

Los resultados muestran que la tendencia mayor a ser infieles es masculina, casi la totalidad de los entrevistados lo han sido, pero de una forma u otra se manifiestan experiencias femeninas también. La menor parte de ellas se declara por las entrevistadas mismas, pero otra parte importante aparece en los relatos de los hombres respecto de sus mujeres o de relaciones ocasionales. Es claro que la sanción moral a la infidelidad femenina es enorme y el no dar cuenta de ello revela un régimen de autocensura que corresponde con el grado vigente de censura y estigma social sobre el estereotipo negativo femenino que las juzga de indecentes y malas.

Las prácticas de la infidelidad que se describen aquí son muy variadas y su motivación va desde un simple “tener ganas” o tener la “oportunidad”, muy frecuente entre los hombres, a desplegar procesos de búsqueda de gozo, placer y aprendizaje personal; o a encontrar gratificación emocional, de apoyo y solidaridad en ambos sexos. Tales búsquedas involucran aspectos de la personalidad que van más allá de la dimensión sexual puramente, pues implican el desarrollo de nuevas es-

feras de la vida más autónomas, creativas, que procuran conocimiento de sí mismos, confianza personal, y orgullo por ser dueños de la propia vida. En los casos relatados de infidelidad femenina, se descubre una regla del sentir de gran poder que determina el ser mujeres sexualizadas que desean experimentar sin culpas y que se expresó en varios temas tratados a lo largo del capítulo.

En este sentido, se distinguieron testimonios especialmente ricos que expresaron una capacidad importante para transgredir las normas. En ellos fue evidente la voluntad, tanto de hombres como de mujeres, por transformarse a sí mismos y desarrollar eso que Foucault llama “artes de la existencia” o “técnicas de sí” (Foucault, 1986, pp. 13-14). En ese camino, se convirtieron en sujetos con mayor agencia ejerciendo interesantes transgresiones, las cuales entiendo, como planteo en el primer capítulo, como acciones que contribuyen a la ampliación, no necesariamente la ruptura, de los límites de la conducta institucionalizada.

Las experiencias de infidelidad transitan de este ámbito individual al ámbito de la pareja al ser descubiertas o confesadas por quien las realiza. Las formas en que son procesadas son diversas y en ello colaboran factores como la profundidad en el conocimiento del otro, la experiencia ganada con la edad, el aprendizaje adquirido de las experiencias de otras parejas, y hasta el nivel de involucramiento del infiel con su pareja ocasional. La frontera entre el deseo y el enamoramiento es delgada y la pareja original puede considerarse en verdadero riesgo ante el surgimiento de un nuevo amor para el otro. De cualquier manera, la “normalidad” que comienza a acompañar las experiencias de este tipo deja ver que no sólo para los hombres es común asumir la capacidad de desear a dos mujeres a la vez, sino también comienza a ser legítimo entre las mujeres, lo cual empata con la nueva forma de subjetividad femenina sexualizada.

Asimismo, descubrí en diversos relatos procesos reflexivos muy interesantes que muestran el desarrollo de actitudes tolerantes y comprensivas ante estos dilemas que tienden a la racionalización sobre una lógica de costos-beneficios, fenómeno que revela la emergencia de una

regla del sentimiento posromántica; al mismo tiempo que persisten otras formas de resolución mucho más apegadas a los ideales del todo o nada comunes al romanticismo y que engendran emociones intensas derivadas de lo que se entiende como traición inmerecida o infracción imperdonable, sobre todo, de la conducta sexual de las mujeres. Entre las primeras llaman la atención algunos testimonios que afirman con soltura que las infidelidades aportan experiencias que enriquecen la vida de la pareja original⁸⁶, lo cual a su vez, expresa otra regla del sentimiento emergente ajena a la posesividad del otro.

No obstante, ante la pregunta expresa sobre la posibilidad de asumir un arreglo de pareja en un formato abierto, ninguno de los entrevistados lo aceptó, aunque sí se expresó que no debe ser una asunción incuestionada, sino producto de un acuerdo entre la pareja. Es claro que en la práctica existe mayor flexibilidad en la vida sexual que en la enunciación de lo permitido dentro de ella. Así, tanto en la renuencia de las mujeres a hablar sobre sus experiencias de infidelidad como en el total rechazo a asumir relaciones abiertas o poliamorosas, coincido con Santiago Díaz, quien afirma que “el sujeto que transgrede, enmudece. No hay un soporte primero donde apoyar las palabras” (2008, p. 52). En esto coincide con Foucault cuando éste dice, “quizás el lenguaje define el espacio de una experiencia en la que el sujeto que habla, en lugar de expresarse, se expone, va al encuentro de su propia finitud y bajo cada palabra se encuentra remitido a su propia muerte” (Foucault, s/f, p. 13). Pronunciarse como mujer infiel o como pareja que renuncia al modelo monógamo, aún tiene sus costos.

⁸⁶ El concebir que las relaciones extraconyugales –ocasionales o estables– enriquezcan la relación conyugal coincide con lo encontrado por María Lucero Jiménez en entrevistas con hombres adultos de la ciudad de México (2012). También, el trabajo de Olga Rojas coincide con esto y añade la idea masculina de que las relaciones extraconyugales contribuyen a la estabilidad de las parejas, dando salida al tedio y la rutina a la vez que proveen satisfacción que no obtienen de sus esposas (2011-2012).

En lo que corresponde a una visión amplia sobre la trayectoria de las parejas en el ámbito sexual no podemos afirmar una tendencia homogénea, son procesos complejos que tanto evolucionan en un sentido positivo en el que la edad y una actitud abierta de ambos miembros de la pareja colaboran; como en un sentido completamente negativo, donde la vida sexual es ámbito de insatisfacción frente al cual se asume una actitud de pasividad y resignación que revela un acortamiento de las expectativas iniciales de la relación de pareja y el desarrollo de una actitud pragmática y utilitaria donde la comodidad tiene cabida.

En cada uno de los aspectos trabajados se encontraron posturas heterogéneas, la diversidad es lo común, aunque aún dentro de ella se constataron tendencias que son reveladoras, tanto de los cambios como de las persistencias en las formas en que los miembros de esta generación experimentan la sexualidad en conjunto con sus relaciones amorosas, siendo parte de esa “generación del cambio” que recibió la influencia de la revolución sexual de los sesenta, que vivieron una juventud con acceso a educación sexual y anticonceptivos, que fueron testigos del inicio de la apertura a la diversidad sexo-genérica, y que para las mujeres implicó mayores oportunidades para su formación educativa y su ingreso al mercado laboral.

Es evidente que, entre ellos, campea aún con fuerza la idea de que la lealtad con la pareja genera compromisos a largo plazo que aseguran compensaciones en la vejez; el deseo para ambos sexos de desear tener hijos y fundar familia; así como la concepción de que disfrutar sexualmente es menos importante que la comunicación, la compañía y el apoyo mutuo.

Al igual que con la generación de adultos mayores, no se encontraron diferencias significativas entre l@s entrevistad@s venidas de su localización en las ciudades de Colima o de Guadalajara. Esto se constata no sólo en cuanto a los hallazgos generales sino también en lo que corresponde a formas emergentes de vivir su vida sexual y de pareja y que constituyen, si no abiertamente transgresiones a la cultura heredada, cosa mucho más evidente en la generación anterior; sí una capacidad

reflexiva que se expresa en procesos de aprendizaje que traen como resultado una notable evolución respecto a sus creencias previas, que denota gestión emocional y poder de navegación sobre sus propias vidas. Resulta relevante señalar que a diferencia de la generación anterior, en la de adultos medios muestran esta capacidad tanto mujeres como hombres, y que se ubican tanto en Colima (Saúl, Mirna, Yolanda), como en Guadalajara (Mica, Romina, Rosa, Martín y Tenzin). Asimismo, tod@s menos una se ubican en los niveles socioeconómicos medio y medio-alto, y tod@s comparten el tener formación educativa superior.

Considero que son una generación que profundizó la ruptura iniciada con la generación anterior y que puso fin a la herencia prevaleciente en las primeras décadas del siglo xx, pero que no logró desarrollar del todo los sueños y las aspiraciones engendradas en la revolución sexual de los sesenta y que aún ahora, siguen sin verse cumplidos cabalmente. No obstante, como veremos en las conclusiones generales, su actitud ante la sexualidad muestra la mayor apertura de las tres generaciones comparadas.

La sexualidad de los adultos jóvenes: transitando entre siglos

En este último capítulo se abordará lo concerniente a la sexualidad de los adultos jóvenes tomando como base 29 entrevistas realizadas a 16 mujeres y 13 hombres, cuyas edades están entre los 32 y los 48 años, lo cual implica que han nacido entre los años de 1972 y 1988. Esto nos hace considerar que su juventud (alrededor de los 20 años) fue vivida a partir de la década de los noventa y entre los más jóvenes, en la primera década del año 2000, de ahí el título que hace referencia al tránsito entre el siglo xx y el siglo xxi.

Este período reviste una gran complejidad pues fue marcado por el problema de salud contemporáneo que más ha afectado a la sociedad antes de la aparición del virus SARS-CoV2, el virus del VIH-SIDA, al cual le fue asignada una enorme significación moral que dio marcha atrás a las conquistas logradas a partir de la revolución sexual de los sesenta, dando lugar a una oleada conservadora que ligó la aparición de este virus con la liberalización sexual.

El primer caso de sida diagnosticado en México ocurrió en 1983, sin embargo, se comenzó a dar cuenta de ello en los medios masivos de comunicación alrededor de 1985. Entre las versiones iniciales de la epidemia se vincularon el virus del VIH-SIDA, con la homosexualidad y la muerte, propiciando que ésta se ofreciera como “castigo” venido de optar por una preferencia sexo-afectiva no heterosexual. Aunado a esta carga simbólica, los sectores conservadores recuperaron con fuerza su

visión negativa acerca del feminismo y sobre el uso de los métodos anti-conceptivos, factores que permitían a las mujeres mayor decisión y control sobre sus cuerpos. Esta combinación moral extendió su campo más allá de la homosexualidad y la liberación femenina⁸⁷, propiciando una condena en general a la sexualidad deslegitimando su disfrute y, sobre todo, a su práctica fuera de la conyugalidad y la heterosexualidad⁸⁸. Nuestro país, frente a la presión internacional, desarrolló políticas de salud sexual preventiva, poniendo especial atención en el sector juvenil. Se realizaron campañas que enfatizaron los riesgos de la sexualidad prematrimonial y extraconyugal, entre personas del mismo sexo y con personas usuarias de drogas, fortaleciendo los valores del matrimonio, el compromiso, la fidelidad y la abstinencia⁸⁹.

Por otra parte, la invención de internet y la enorme presencia que comenzaron a tener las nuevas tecnologías de la información y la comu-

⁸⁷ En esta generación, el movimiento feminista aún no había cobrado la intensidad de lo que se conoce en la segunda década del siglo *xxi* como la *cuarta ola* y que ha impactado enormemente a la generación de jóvenes alrededor de 20 años, sobre todo de aquellos localizados en el medio urbano y con acceso a educación superior. En el caso de México, el movimiento ha recibido el nombre de la *primavera violeta*, la cual inició en abril de 2016 con una serie de marchas multitudinarias en todo el país en contra de las violencias y el feminicidio.

⁸⁸ En el caso de México, la Unión Nacional de Padres de Familia se manifestó en contra de los contenidos de educación sexual de los libros de 5to año de primaria; la Fundación “Vamos México” produjo y distribuyó su Guía de Padres (2003); y en las escuelas secundarias se recomendó en forma masiva la lectura de los textos de Carlos Cuauhtémoc Sánchez *Juventud en éxtasis* (1994) y *Juventud en éxtasis 2. Curso definitivo sobre educación sexual* (1997), de corte profundamente conservador, con el fin de instruir a los adolescentes y jóvenes en materia sexual.

⁸⁹ En este período fueron comunes las políticas de salud sexual de tipo abstencionista como fue el caso de las emprendidas en el gobierno de Ronald Reagan en Estados Unidos (1981-1989) y de Vicente Fox en México (2000-2006) mediante la llamada “Cruzada por la Abstinencia”.

nicación en la vida cotidiana, transformaron la intimidad de los individuos complejizando el universo simbólico en el cual se producían como sujetos⁹⁰, colocando su vida amorosa y sexual en medio de una situación contradictoria en la que fue creciendo el individualismo y la autonomía personal, la legitimidad del disfrute y el placer, al tiempo que el miedo y las políticas conservadoras se afianzaban.

Hacia finales del siglo xx, jóvenes y adultos jóvenes sobre todo de clases medias y altas, incorporaron las nuevas tecnologías a su vida diaria progresivamente propiciando que internet, los teléfonos celulares, las computadoras, los blogs, los chats, las plataformas de citas, etc. fueran adquiriendo cada vez mayor importancia para su socialidad y en la construcción de sus afectos y vínculos. El acceso a este mundo virtual ha implicado la creación de nuevas formas de relación afectiva y sexual, la exploración de mundos culturales y simbólicos distantes, la facilidad para la búsqueda de información sobre cualquier tema, así como la posibilidad para conocer y adherirse a causas políticas globales, mucho más allá de la política institucionalizada local. Del mismo modo, se han ensanchado los márgenes de libertad para las personas conectadas lo cual les ha posibilitado evadir restricciones institucionales venidas de la familia, la pareja, la escuela, el trabajo o la religión, auspiciando un espacio de autonomía, que, en el terreno de los afectos, ha dado lugar también, a la construcción de lo que Pamela Haag denomina *intimidades múltiples* (2013).

El escenario que configura la coexistencia de posturas conservadoras y liberales, incluye debates políticos intensos en torno a la legalización del aborto y la aprobación del matrimonio igualitario, mientras que la lucha por los derechos de la comunidad de la diversidad sexo-genérica no cesa desde su inicio a fines de los setenta. Este proceso revela la confrontación de discursos sociales entre los que se destaca una tendencia

⁹⁰ Parte de las personas adultas jóvenes, sobre todo aquell@s que han nacido a partir de los ochenta, han sido consideradas como parte de la generación *millennial*, elemento que destaca su dominio de herramientas tecnológicas digitales y su hiperconectividad.

favorable a los valores del individualismo y la autonomía en aras de la creación de una biografía libremente elegida; frente a otra que insiste en la defensa de los valores de la familia, el matrimonio, la heterosexualidad, la fidelidad y la monogamia; haciendo eco de la vigencia del imaginario amoroso romántico, así como del desarrollo de elementos propios del imaginario posromántico. Parto del supuesto de que los adultos jóvenes, expresan de diversas formas su inserción dentro de este escenario complejo, mostrando concepciones, sentimientos y emociones heterogéneos, muy frecuentemente confrontados entre sí.

También es importante mencionar, que de la muestra de casos femeninos, sólo una de ellas se dedica a las labores de ama de casa de forma exclusiva, mientras que 10 de las 16 poseen estudios de nivel superior. Estos datos, vistos generacionalmente, dan cuenta de la creciente autonomía ganada por las mujeres que, como veremos, no necesariamente se traduce en una mayor igualdad en el mundo de la pareja y la familia.

Lugar de la sexualidad en la vida de las parejas

Al igual que los capítulos anteriores, comenzaré explorando las concepciones que se tienen acerca del lugar que ocupa la sexualidad en la vida de las parejas de los adultos jóvenes, pues expresa las normas morales que la rigen, los valores que la legitiman, así como el nivel que ocupa en la escala de necesidades que se consideran fundamentales para lograr una vida de pareja satisfactoria. Sobre esto, el balance suele ser reflexivo y si se consideran cubiertas las necesidades mínimas, las personas se consideran satisfechas.

El contexto mediático contemporáneo se caracteriza por la aparición constante de abundantes mensajes que destacan el valor del sexo y el placer sexual entre las parejas, fenómeno que ha sido denominado por Serge Chaumier (2006) *pornografismo*. El placer intenso y el deseo permanente se han vuelto una obligación y responsabilidad para las personas y las parejas, so pena de ser consideradas como defectuosas, incluso para ell@s mism@s. Así de claro lo afirma el terapeuta español Rafael Manrique, “no hay que dejar de insistir que el goce de la sexualidad es

la clave de una relación amorosa. No lo es el enamoramiento, no lo es la vida en común, no lo es la crianza de los hijos, no lo es el compromiso, es el gozo sexual (...), una pareja sin sexo es una sociedad más o menos anónima" (1996, p. 305). En ese sentido, me parece relevante explorar el lugar que simbólicamente atribuyen a la sexualidad l@s entrevistad@s, pues eso nos revela la influencia del contexto mediático mencionado. Por otra parte, el hacer una evaluación en general de su vida sexual en cuanto al nivel de satisfacción que les reporta, también revela si es un componente fundamental de la permanencia de la pareja misma, o a pesar de no serlo, se mantiene gracias a ver satisfechas otras necesidades como estabilidad económica, certidumbre, crianza conjunta de los hijos, etc., elementos que aparecen con fuerza en las generaciones anteriores. Esta combinación de componentes de satisfacción es la que la estadounidense Pamela Haag encuentra en los matrimonios que denomina semi-felices, que, a cambio de felicidad plena, poseen estabilidad, confort, rutina, decoro, comodidad y sentido de éxito respecto a los hijos (2013).

En algunas de los relatos obtenidos aparece la sexualidad como un aspecto de la vida que se enmarca dentro de un contexto amoroso más amplio, dotándolo de un significado más profundo que el del puro placer, tal es el caso de Marcela,

No nada más ha sido satisfacer nuestras ganas, sino hacer el amor en el sentido de estar juntos y no solamente tener un orgasmo por tenerlo (...) tengo ganas termino y punto, sino todo lo que implica, ¿sabes? (...) tratando los dos como en este equilibrio, tanto de su lado que él termine, tanto de mi lado como yo terminar y sentirnos conectados y plenos en ese momento (Marcela, 34^a, NB, ZMG).

Como vemos, la unión sexual revela también unión sentimental, el estar más cerca uno del otro. Como afirma el sociólogo alemán Niklas Luhmann, "la fusión entre los compañeros en la sexualidad hace plausible que los participantes concedan gran valor al hecho de 'estar juntos', al contacto directo y a la proximidad física" (1985, pp. 29-30). En ese

mismo sentido se argumenta que la sexualidad es una necesidad fisiológica, tal como lo narra Viviana, “aparte de que es parte de las necesidades fisiológicas de un ser humano, pues es una manera muy importante de fortalecer vínculos y de demostrarse, pues de demostrarse amor”. Estas concepciones recuerdan una regla del sentimiento romántica que destaca el sentimiento amoroso como respaldo y marco de la gratificación sexual, aunque en este caso, no hace referencia a una dignificación de las prácticas sexuales, sino a que adquieran mayor significatividad.

Una versión posromántica de tal concepción se revela en la forma en que la gratificación sexual es extendida a un plano más amplio al proveer una satisfacción anímica que produce un sentimiento de que “todo marcha bien” para la pareja en conjunto, como muestran los siguientes fragmentos. Para Isadora, por ejemplo, el que las cosas funcionen bien en el plano sexual, facilita el que sean positivas en el resto de la vida en común, y, al contrario, al enfrentar problemas, lo sexual también se afecta. Ella cuenta, “hay, así como un reflejo de lo sexual a lo cotidiano y te hace sentir bien en la vida diaria, pero también si estamos acá por este lado en un problema y no se llevó a cabo lo otro, lo sexual”. Por su parte, para Augusto,

[Es] satisfactoria porque realmente tanto ella como yo quedamos satisfechos y porque uno mismo lo siente, después de que sucede tu ánimo cambia un poquito, te sientes más animado y te sientes un poquito más como cariñoso con tu pareja y pues a tu pareja normalmente se le nota cuando ella se siente satisfecha en ese sentido, entonces por eso considero yo que es así (Augusto, 32a, NMA, ZMC).

Como se observa, lo sexual va posicionándose cada vez más claramente en un lugar central en la pareja, lo cual se expresa con mayor contundencia en algunos casos. Fue común en las entrevistas escuchar relatos en los que se manifestó explícitamente el gusto y disfrute que la sexualidad les provee y que expresan la importancia que ésta tiene en sus vidas. Estos fragmentos dan cuenta de ello y son más comunes en

los niveles socioeconómicos medio y medio-alto y un poco más frecuentes entre los hombres (Demián, Héctor, Augusto y Pablo) que entre las mujeres (Fabiola y Alejandra). Esto revela una regla del sentimiento ya aparecida entre los adultos medios que determina que disfrutar sexualmente es legítimo y muy importante para ambos miembros de la pareja.

No obstante, y en contraste con esto, aparecen también fragmentos, sobre todo de mujeres, en los que manifiestan que la sexualidad no es algo fundamental en sus vidas, tal es el caso de Lena, quien relata, “creo que ninguno de los dos somos como muy puestos en el asunto (...) nunca he sido, yo, como muy sexosa”; y Carolina, quien afirma, “para mí no creo que sea tan importante. O sea, porque al final del día no nada más estamos para eso, sino para disfrutar de la vida y hacer otras cosas ¿no?”. Lo mismo que Saidi, quien dice, “bueno, estoy a gusto, estoy estable. ¿Por qué voy a dejar mi comodidad, este... por batallarle?”. En este mismo sentido se manifestó Daniel, quien cuenta,

Nosotros no iniciamos nuestra relación por una atracción sexual física solamente, nosotros empezamos una relación porque nos la llevábamos muy bien y empezamos a platicar y reír, y hasta la fecha no hemos dejado de reír todo el tiempo, nuestra relación no está fincada en una atracción estética física que en algún momento va a llegar a desaparecer, nuestra relación está fincada en una de pareja de convivencia, de diálogo, de apoyo, más que una relación sexual (Daniel, 45ª, NM, ZMC).

Estas concepciones tienen tras de sí una idealización romántica común en generaciones anteriores que afirma que disfrutar sexualmente es menos importante que la comunicación, la compañía y el apoyo mutuo, elementos propios de la intimidad que sobresalen por encima de la pasión y el deseo.

Al explorar el grado de satisfacción que tiene la sexualidad para l@s entrevistad@s, observar la distinción por nivel socioeconómico resulta fundamental. En el caso del nivel bajo fue común encontrar que, para las mujeres, la satisfacción se relaciona con el sentirse plena, cómoda,

deseada, bonita, sentir conexión con la pareja y no sentirse “usada”. Cuando la relación sexual se da en este contexto, incluso la culpa producida por creencias religiosas acendradas, desaparece. Así lo expresa Marcela,

Para mí sí ha sido... se ha presentado como esta parte de satisfacción, me siento plena, disfruto el momento, siento que hay conexión, lo hago porque realmente me hace sentirme conectada con el otro. Es así como la parte de que me da plenitud y no me siento usada, francamente (Marcela, 34ª, NB, ZMG).

En el caso de que los maridos no expresen cariño hacia sus esposas, la satisfacción es baja, en ambos casos, se revela la relevancia de la regla del sentimiento romántica enunciada antes respecto a que tener prácticas sexuales en un contexto amoroso, las hace más significativas.

Por otra parte, entre los niveles socioeconómicos medio y medio-alto aparece en las narrativas una respuesta individualizada, es decir, se aclara que saben con certeza lo que quien está relatando vive, pero no aseguran que su pareja sienta lo mismo, ni podrían responder por él o ella. Asimismo, se enuncia más explícitamente el grado personal de satisfacción experimentado. En estos fragmentos se evidencia el avance de un sentimiento de autonomía respecto a la pareja, lo que señala una individualización de la satisfacción y el placer, así como el considerar que se tiene derecho a experimentarlo y hasta exigirlo al otro, lo cual revela la emergencia de una regla del sentimiento, sobre todo femenina, de tipo posromántica. Tal es el caso de Aurora, quien abiertamente se lo comunica a su marido,

Aunque hay veces que le digo, “oye, pues no sentí nada” [risas]. Y él [reacciona] Como apenado, como decir, ay pues tú que [busca la frase] ¿Cómo me dice? Tú que te mueves muy rico, entonces, bueno, se viene rápido o así. Entonces eso me dice, ¿no? Pero no con el afán de decir ay, tú no, sino como... [aclara] no enojado eh, nunca enojado, pero como diciendo pues tú

tienes la culpa porque te mueves diferente y me haces sentir mucho y ya me vine y así (Aurora, 43^a, NM, ZMC).

Hay casos donde la satisfacción enunciada individual es muy intensa y explícita. Así lo expresa Isadora, quien se declara completamente satisfecha,

Sí, sí, sí, sí, yo lo que le diga me lo hace. Hazle así, hazle acá, Hazle acá, sí, sí, me complace mucho. Cada uno tenemos algo intenso él tiene algo muy intenso y yo también y lo complementamos y se forma un buen concepto de lo que queremos y de lo que nos hace sentir bien, o sea, ya sabemos que hacer si queremos subir al máximo lo de la sexualidad tenemos ciertas cosas para hacerlo (Isadora, 47^a, NMA, ZMC).

Esta nueva forma de experimentar placer para las mujeres, se revela aún en casos en los que la vida sexual pudiera verse afectada por padecer enfermedades o problemas en el desempeño fisiológico. En el caso de Alejandra, el que su esposo haya tenido un largo período de recuperación de una operación, no impidió que se procuraran satisfacción uno al otro.

Ahora, vamos a ver, y yo sí creo que es la primera vez que vamos a enfrentar algo fisiológico, lo cual, no lo detiene, a él, conmigo, tampoco. Es, “¿Tú quieres? Yo te doy”, y, entonces, tenemos nuestras formas de comunicación sexual en donde, aunque a él no se le antoje, me cumple mis antojos [risas] (Alejandra, 43^a, NMA, ZMC).

Llama la atención que sean las mujeres quienes abiertamente enuncian los fragmentos anteriores, pues son mucho más explícitas y detallistas que los hombres⁹¹. Es claro que la nueva forma de subjetividad feme-

⁹¹ El que las mujeres se han hecho más exigentes con sus parejas coincide con lo encontrado por Michel Bozon y Nathalie Bajos en Francia, donde ha ido avanzando poco a

nina que se hizo presente en gran medida en la generación anterior, forma parte ya de las concepciones de los adultos jóvenes, me refiero a la legitimidad de ser mujeres sexualizadas que desean experimentar sin culpas en el terreno sexual.

Como vemos, la sexualidad ocupa un lugar importante para las parejas, pero no depende de eso su permanencia, pues conservan el sentido de estar juntos y el no practicar el sexo no las vulnera de forma profunda si las muestras de amor y cariño están presentes, sobre todo para las mujeres. No obstante, en los pasajes citados en los que se enuncia con entusiasmo estar plenamente satisfechos o tener gran satisfacción en este terreno, el componente de la sexualidad se destaca y adquiere centralidad en la forma de concebir el sentido de la unión. Es evidente que la sexualidad ocupa diversas posiciones en la jerarquía de componentes que unen a las parejas y no posicionarse en el lugar principal no redundaría necesariamente en la desaparición del vínculo, salvo en algunos casos.

Las prácticas sexuales en la vida cotidiana

En esta sección se exploran las prácticas sexuales que las parejas realizan y de las cuales poco o nada se sabe en nuestro país⁹². Este aspecto revela la sexualidad, no en términos significativos o valorativos, sino en la vida real y cotidiana de las parejas, tal y como se ha mostrado en los capítulos anteriores. Así, se descubre qué tan frecuentes son, quién asume la iniciativa para realizarlas, qué factores inhiben que se practique el sexo o desaparezca y cómo han ido variando tales prácticas a lo largo de la vida de las parejas. Esta dimensión expresa a su vez dos asuntos que son fundamentales, por una parte, la distinción genérica que marca

poco entre ellas un modelo de pareja que valoriza la relación estable, comprometida, satisfactoria afectiva y sexualmente (2008).

⁹² A comparación de la información abundante sobre este tema que han arrojado encuestas levantadas en países europeos y Estados Unidos como las siguientes: Palumbo y Shenone (2017), Kevan (2009) y Herbenick *et al.* (2017).

culturalmente qué corresponde hacer a hombres y mujeres, y qué tanto estos roles están transformándose o persisten; por otro lado, la distribución y ejercicio del poder entre los miembros de la pareja, puesto que emprender, ceder o negarse a realizar prácticas sexuales manifiesta la existencia de márgenes de acción, tanto en un sentido activo al realizarlas o proponerlas; como pasivo, al negarse a tenerlas o intercambiarlas por otro tipo de beneficios.

En principio trataré quién tiene la iniciativa para tener relaciones sexuales. Partamos de la idea de que es uno de los aspectos de las relaciones tradicionales que sostienen que sean los hombres quienes comúnmente asuman el rol activo, mientras que las mujeres, el pasivo. En esta lógica, las mujeres mantienen una actitud de espera, pues ser activas contraviene el estereotipo femenino positivo de ser mujeres “decentes”. Esta situación persiste entre los adultos jóvenes, al menos en el nivel socioeconómico bajo, así lo narra Marcela,

Él es el que siempre... bueno sí, la mayoría de las ocasiones él toma la iniciativa para estar en ese momento juntos y a mí me da... se me... me da como esa parte de timidez, me da como pues si... se hace presente esa parte como de timidez en el momento (Marcela, 34^a, NB, ZMG).

Por otra parte, y en contraste, en el nivel socioeconómico medio, los hombres manifiestan cansancio respecto a que la iniciativa recaiga siempre bajo su responsabilidad, pues esperarían que sus parejas tuvieran la iniciativa o no los rechazaran. Por ejemplo, Héctor narra, “[el sexo] se ha vuelto muy rutinario y al contrario, he recibido rechazo porque yo soy el que quiero y ella nunca quiere y hay esa parte donde dice no, ahorita no”. Ariel también lo expresa,

Yo sentía que siempre era yo el que tenía yo más la iniciativa y las ganas de tener relaciones sexuales que ella, entonces eso es a veces complejo, porque a veces no me sentía como muy atendido en esa parte (Ariel, 41^a, NM, ZMG).

Parece claro que los hombres esperan una actitud activa de parte de las mujeres, lo cual expresa la presencia de una regla del sentimiento acerca de desear una nueva forma de subjetividad femenina que trasciende los estereotipos dicotómicos tradicionales, prescribiendo la legitimidad de ser mujeres sexualizadas; mientras que rechazan el estereotipo femenino positivo de mujeres pasivas y decentes propio del imaginario romántico.

Por otra parte, hay algunos relatos en los que aparece una práctica distinta en este tema, cuando ambos miembros de la pareja asumen con libertad el tener la iniciativa. Así lo cuenta Pablo,

Yo siento que sí hay como un equilibrio en ese sentido (...) el día de hoy, si yo tengo ganas y ella no, me lo va a decir. Y yo, también. Así, al punto de que “Neta, no”. Pero así, es un no tajante, en donde el otro entiende “Ah, ok, no. Va”. Y no hay problema, ¿eh? (Pablo, 37^a, NMA, ZMC).

Sin embargo, en ocasiones, resulta que ante la iniciativa femenina, los hombres son quienes no responden. Así lo expresa Lena respecto a un diálogo con su marido, “en algún momento, platicando con él, también era decir: Pues yo ya no te busco mucho porque tampoco está chido sentir que dices ‘No’, y tampoco te voy a [rogar]”, haciendo alusión a alguna ocasión en la que ella hizo la propuesta. También es el caso de Aurora, quien cuenta que se molesta,

Cuando tú quieres y él no. A: Primero digo Ash[risas] ¿por qué no? Y lo entiendo, porque yo también hay veces que digo no tengo ganas, ahorita no. Pero al principio me enoja, pero después o me volteo y digo bueno, está bien y después lo comprendo, ¿no? Que puede sentirse igual como yo me siento a veces, de que no quiero o no me siento cómoda físicamente. Que hay veces que se me inflama mucho el estómago, entonces me siento rara. No, tampoco (Aurora, 43^a, NM, ZMC).

Y también el de Isadora,

Creerás que es él, es él que se ha negado y yo no. O sea, hoy en verdad que ha sido más al revés que conmigo sí me entiendes, es bueno, no que diga que se comportó como una mujer, porque no. Yo soy mujer, el que no ha querido es él y yo siempre, yo todas las veces y él no, ay tengo sueño, ay es que mañana, ay y ay otra cosa... (Isadora, 47^a, NMA, ZMC).

En el caso de Augusto, él mismo narra su renuencia a tener relaciones sexuales con su esposa,

Cuando estuvimos en periodo del embarazo más allá de cómo me sentía yo, de pronto era de que había veces, yo no, bueno, no lo decía, sino que siempre buscaba que no se diera, así como que ¿sabes qué?, estoy cansado, pero era como un tema mío de decir ya estoy cansado, le sacaba la vuelta para que no sucediera, de pronto veía a ella como sus intenciones de querer hacer algo y pues yo me hacía menso (Augusto, 32a, NMA, ZMC).

En otro caso, aparece como justificación de esta actitud la estigmatización de las mujeres justamente por ser activas, cuenta Berenice,

Yo llegaba, intentaba y me decía cosas, así como que “ay”. Una vez me dijo: “ay, teibolera” o “ay, eres una enferma sexual porque nada más quieres eso”. Pues sí, pero llevábamos dos semanas sin nada. Pues ya, ya no quería (Berenice, 42^a, NMA, ZMG).

Esta situación le produce a Berenice una disonancia emocional, pues su deseo por ser una mujer sexualizada choca de frente con la respuesta de su marido ocasionándole confusión y frustración, así como dolor y una sensación de soledad.

Es interesante el contraste que se presenta entre expectativas masculinas acerca de que las mujeres sean más activas, frente a prácticas femeninas pasivas propias del estereotipo femenino positivo; que coexisten con actitudes femeninas sexualmente activas, que no son correspondidas por sus parejas o que producen el ser juzgadas como mujeres inde-

centes o putas, tal como establece el estereotipo femenino negativo. Esta heterogeneidad expresa que hay expectativas de que los roles genéricos en este tema cambien, pues tanto hombres como mujeres desean que éstas sean más activas; sin embargo, persiste el estereotipo negativo sobre las mujeres que expresan su deseo y que reciben a cambio rechazo, el cual proviene de una regla del sentimiento romántica masculina que aún condena y rechaza la iniciativa sexual de las mujeres.

Otro aspecto acerca de las prácticas sexuales gira en torno a su frecuencia o su total suspensión. Al parecer, en los tres niveles socioeconómicos la frecuencia de relaciones sexuales es semejante pues lo más mencionado en los relatos es tener relaciones diariamente, de 2 a 3 veces por semana, o semanalmente, aunque dice Lucía, “los hombres, por un decir, quieren diario”.

En el caso del nivel socioeconómico bajo destacan las razones en torno a tener sexo frecuentemente, pues existe la creencia de que los hombres no buscarán tener sexo con otras mujeres si están bien atendidos por sus esposas. Lucía lo expresa así, “estamos conviviendo más él y yo porque estamos solos en las mañanas. Como dicen, el mañanero, ¿verdad? Pa’ que se vaya bien lleno”; mientras que Saidi enuncia claramente la recomendación que le hicieron,

No, no tenía ganas, pero pues bueno, sí hay que cumplir [risas] como pareja para que no vaya a buscar algo por fuera, porque, una vez, me encontré a una señora en una tienda y dice que las mujeres tenemos que ser tres cosas para el marido. Dice “Ama de casa, tienes que ser prostituta y tienes que ser dama”, y yo: ¡Ah, canijo! ¿Por qué dama? “Que, cuando andes con él, no voltear a ver a nadie”, y yo: Ah [risas], pues está bien. Pues, entonces, sí soy las tres (Saidi, 38^a, NB, ZMG).

En estos casos, ambos de nivel socioeconómico bajo, persiste el mandato del débito conyugal presente en las generaciones anteriores, que estipula para las mujeres la regla de complacer al marido, aún en contra

del propio desgano y cansancio, con el fin de que no busque satisfacción sexual con otras mujeres y su necesidad sexual quede satisfecha.

Los factores que inciden en que la frecuencia de relaciones sexuales descienda, en el caso del nivel socioeconómico bajo, son diversos, principalmente la menstruación, el que el esposo haya ingerido alcohol, problemas familiares, o que uno de los dos se encuentre cansado o estresado por el trabajo. Así lo narra Armida,

Pues si es en la semana, mientras no estoy en mis días, así como diario, si no está tomado y si no se durmió. Yo prefiero que tomado no, porque no me gusta, siento que no, pero sí siempre que está bien y así es mínimo en la noche, o así o que le gusta que lo despierte, pero también a veces si me gana el cansancio yo me duermo, pero él siempre sí quiere (Armida, 40^a, NB, ZMC).

Y Marcela,

En situaciones cuando tenemos mucho trabajo, ahí también este... es importante el factor estrés porque en ocasiones, a veces es hasta una vez al mes, ¿sabes? O por cuestiones de salud o por mi periodo, etcétera. Eso sí lo respetamos mucho, la cuestión de cuando yo estoy en mi periodo, pues nada... Pero sí la cuestión del estrés, la parte de la saturación en ambos lados es: Me siento muy estresado o sabes qué no tengo ganas, o así... O ahí si se va a una vez al mes o dos... Sí más o menos (Marcela, 34^a, NB, ZMC).

En lo que se refiere al nivel medio, el cansancio es el factor más frecuente que inhibe la falta de deseo, Lena lo expresa así,

No sé a qué atribuírselo. No sé si, también... Me parece que mucho, mucho tiempo, estuve funcionando en cuestión de trabajo, trabajo, trabajo... Esta parte más de conectarme con otros, de placeres, de pasiones... no en el sentido sexual, sino de otras cosas, están como dormidas (Lena, 38^a, NM, ZMC).

Estos casos revelan que el estrés y el cansancio en las mujeres se han legitimado como razones para renunciar a las prácticas sexuales⁹³, situación que contraviene al cumplimiento del débito conyugal propio del imaginario romántico, en ese sentido, las mujeres estarían manejándose con mayor autonomía frente a la demanda sexual de los hombres.

Una concepción bastante presente para las generaciones anteriores se refiere a que las prácticas sexuales son naturalmente más frecuentes al inicio de la vida de pareja, tanto por ser jóvenes, como por estar viviendo la intensidad del inicio del enamoramiento entre ellas, situación que desaparece con el paso de los años produciendo su disminución. Esta idea se encuentra también presente en la generación de adultos jóvenes. Por ejemplo, al hacer un balance de su trayectoria de pareja, Tobías afirma, “en la actualidad, yo diría que en el peor de los casos alguna vez a la semana. Este, parece muy largo, pero es que así es la vida, ya no es como antes”. Así lo expresa también Viviana, “ya el sexo no es diario, pero cuando lo hay es bueno, lo disfruto, me siento satisfecha y siento que para él también”. Este juicio es común a los tres niveles socioeconómicos, así lo expresaron Héctor, Berenice, Augusto y Juan.

En conjunto con esto aparecieron fragmentos que expresan deseos de que, aún ya no siendo tan jóvenes, las relaciones sexuales fueran mucho más frecuentes. Tales son los casos nuevamente de Juan y Tobías, a los que se suma Héctor, quienes se asumen muy frustrados por esta situación. También hay casos en los que son las mujeres quienes se lamentan que las relaciones sexuales no sean más frecuentes. Así lo hicieron Berenice y la pareja de Pablo, quien narró la molestia de ella al no tener sexo con él durante varios meses. Estos testimonios dejan ver la importancia de una nueva regla del sentimiento posromántica mencionada antes, la

⁹³ A raíz de una encuesta virtual realizada durante la pandemia del COVID-19 en 2020, descubrimos que estos factores incrementaron su presencia en el decaimiento de la vida sexual en las parejas, situación que fue generada por el borramiento de la frontera entre el mundo laboral y el privado, el aumento de horas dedicadas al cuidado de los hijos y los quehaceres domésticos (Ver Rodríguez y Rodríguez, 2020).

de desear disfrutar sexualmente como algo legítimo y muy importante para ambos miembros de la pareja, a lo que se suma, el rechazar la “naturalidad” del decaimiento biológico.

En contraste con esto, algunas de las mujeres entrevistadas se declararon satisfechas con el descenso de la frecuencia de las prácticas sexuales, así lo enunció Carolina, por ejemplo, “la verdad, una vez a la semana [se ríe]. Y es así como suficiente [dice riendo]”. Y también Viviana, quien evalúa su vida sexual como, “tranquila, comparada con otras épocas, donde éramos jóvenes. Ahorita siento que es tranquila, pero siento que es buena. (...) Me siento satisfecha, así como estamos”. La aceptación del decrecimiento de la frecuencia de las prácticas sexuales revela la persistencia de una regla del sentimiento romántica, en este caso, entre las mujeres, que pone el acento en la vinculación entre desempeño fisiológico y edad, lo cual genera su aceptación como “natural”, aún en casos en los que se encuentran en la década de los treinta o los cuarenta años.

Una vez más encontramos el hecho de que hay tendencias contrapuestas que coexisten, por un lado, descenso de la frecuencia de prácticas sexuales que complacen a las mujeres, pero frustran a los hombres, frente a mujeres y hombres que lamentan no tener relaciones sexuales más frecuentes. Una vez más, constatamos que la sexualidad es heterogénea y los estereotipos de género están en plena transformación, aun cuando persiste, en este caso, la tendencia entre los hombres a desear más intensidad en su vida sexual. En los procesos que narran l@s entrevistad@s es evidente la realización de trabajo emocional en los miembros de la pareja que ven frustrada la realización de sus deseos y necesidades. Aunque cabe destacar, que ninguno esgrime esta razón para plantear la separación o el divorcio, lo cual expresa la persistencia de una regla del sentimiento romántica que apuesta por la gratificación que traen consigo la comunicación, la compañía y el apoyo mutuo, en suma, una intimidad profunda por encima de la satisfacción sexual, como mencioné antes.

Otro fenómeno que aparece en los relatos es que, con el paso de los años, las relaciones sexuales se volvieron parte de la rutina de la vida

cotidiana, que se hace el amor como una obligación y se acepta no tener ganas suficientes y energía para retomarlas más intensamente. Así lo expresa Pablo,

Cuando salimos fuera, de viaje, todo es como muy natural, ¿no? Como que es un patrón, porque he hablado con amigos y dicen “Sí, es que como que cambia la...”. Y cuando estamos en la rutina o algo, cuesta más trabajo. O sea... no sé, pareciera como si el acto sexual se incluyera dentro del trabajo. Justo acabamos de pasar por una pequeña crisis así, y recién como que volvimos a encontrar... Volver a caminar, pero creo que sí aprendimos de esa crisis, porque era un... no digo un rechazo, pero era un “No tengo ganas” mutuo (Pablo, 37^a, NMA, ZMG).

Esta correspondencia entre lo rutinario, lo estable y la baja en la intensidad de la vida sexual es sintetizada por Pamela Haag de esta forma: “la constancia mata la alegría; la alegría mata la seguridad; la seguridad mata el deseo; el deseo mata la estabilidad; [en suma], la estabilidad mata la libido” (2013, p. 39). Este decaimiento o desaparición de la vida sexual es preocupante para las parejas y los pone en alerta y se preguntan ¿qué está pasando? Muy en concordancia con la demanda que un contexto mediático hipersexualizado plantea, como mencioné al inicio del capítulo, y que les hace sentir inadecuados. En esos períodos de baja de deseo, las personas temen que su pareja o ell@s mism@s comiencen a experimentar deseo por otras personas. Así lo cuenta Jonás,

Se te antoja, obviamente. Pues sí, ¿no? Pues es que imagínate: no comes en dos días, te ponen un bistec y se te antoja. Entonces, es normal y, este... Pero yo quiero pensar que es una época, ¿no? Es una etapa difícil. Yo le dije hace como tres semanas: Si hay algún problema, dímelo. O sea, no pasa nada. O sea, ¿o quieres estar con alguien más? Dice “De verdad, te lo prometo: no tiene que ver con nadie más. O sea, no tengo libido, no sé qué me pasa. Estoy, este... como...” (Jonás, 41^a, NMA, ZMG).

En el caso de los hombres, esta situación los enfrenta con una regla del sentimiento romántica en que se determina que lo normal para ellos es desear siempre y en todo momento a una mujer o a varias, que se combina con otra que dicta, que “por naturaleza”, poseen mayor apetito sexual que las mujeres, lo cual se asocia con algo instintivo.

Hay situaciones en las parejas en las que la vida sexual se ha cancelado completamente, no por mutuo acuerdo, sino por negación de parte de las mujeres. En ambos casos, ellas ya no se sienten vinculadas emocionalmente con sus parejas, pero han permanecido en la misma casa por no tener recursos económicos para independizarse, lo cual hace eco de la idealización romántica que determina el acceder al sexo siempre y cuando se encuentre enmarcado dentro de una relación amorosa. Tal es el caso de Ana,

Cuando yo dije que ya no quería estar con él y no sé si vaya al tema, pero mi relación cuando tronó, tronó, tronó fue porque yo no me quise acostar más con él. Dije, no más. Quieres que me ponga más, nada más ponte, no, jamás. Para eso, él había salido apenas del reclusorio, tenía como un mes, lógico que yo vivía aparte, yo le acomodé su cuarto y me decía ¿te espero en el cuarto? y yo ya tenía decidido irme, pero no tenía dinero para irme (Ana, 48^a, NB, ZMG).

Y también de María,

Vivimos bajo el mismo techo, no tenemos sexo, pero, o sea, estamos emocionalmente distanciados, o sea, creo que lo único que nos une ahorita es, son los hijos, pero en realidad no tenemos una relación cercana, ni, ni así, ni cariñosa, no es afectiva, no es. Es muy incómodo estar con él, porque él siempre me está diciendo “ay estás viendo mucho tu WhatsApp” o “ya no me, no me abrazas nunca, no eres cariñosa, este, no tenemos sexo”, todo ese tipo de cosas normales de pareja que nosotros no tenemos (María, 32^a, NM, ZMG).

La autonomía de las mujeres para tomar decisiones se ve atravesada por la posibilidad o imposibilidad de ser independientes económicamente y eso define su permanencia en relaciones de pareja insatisfactorias.

Por otra parte, una razón importante para que las mujeres accedan a tener relaciones sexuales sin tener ganas es el que los maridos se molesten o enojen, expresando la persistencia de una regla del sentimiento común en las anteriores generaciones, que alude al débito conyugal o al desempeño de un trabajo emocional para remediar el enojo causado por su negativa. Así lo narra Saidi,

A veces, sí se enoja, porque “Ay, ya nomás me dices ‘Hazte para allá’ y ya no quieres nada”. Es que estoy cansada. “Sí, es un pretexto. Está bien”, y se molesta. Y, entonces, como que me toca hacer el trabajo de contentarlo a la mañana siguiente [risas]. Le tengo que hacer la chamba de contentarlo para que no ande de malas (Saidi, 38^a, NB, ZMC).

Y esto también ocurre entre mujeres del nivel medio, como Fabiola,

Creo que en las primeras relaciones sexuales que tuvimos fue un poco así porque, básicamente cuando yo le decía no, no estoy segura, esto, era como una molestia de él, entonces de algún modo es que no quiero que se enoje, es que no quiero que esté de malas y si era como de que yo cedía con tal de que estuviera enojado, esa parte pudiera decir que en su momento no lo veías así, pero ya cuando ha pasado el tiempo, decía qué menso, con tal de que tú no estuvieras enojado allí está la otra nanga haciendo lo que tú querías, pero ya nomás le da risa (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

Y María,

Cuando empecé a salir con esta persona, hace año y medio, casi dos años, yo sentía la obligación de complacer al papá de mis hijos para tenerlo contento, para no tenerlo enojado, para que estuviera tranquilo, o sea, accedí a tener

sexo con él, pero nada más para tener la situación como bajo control. Él no me forzaba, pero yo lo hacía sin ganas, o sea, yo no tenía ganas. De las últimas veces que tuve sexo con él, este, para yo tenerlo tranquilo, por ejemplo, un día le hice sexo oral y no quería (María, 32^a, NM, ZMG).

Estos fragmentos revelan que el mandato genérico de complacer al marido se va abandonando luego de años de experiencia o de haber roto la relación de pareja, procesos que “abren los ojos” a las mujeres, quienes descubren que es algo que ya no volverían a hacer.

En otros casos, el ceder a la insistencia sexual del marido obedece a utilizarlo como un medio de intercambio para obtener otras cosas. Así lo narra Saidi,

Hacemos como que el intercambio. Si yo lo tengo contento y feliz con eso, él me da las chanzas de poderme, yo, salir, de poder, yo, hacer cosas que a mí me gustan. Entonces, tengo un amigo, en la danza, que le gusta mucho, también, bailar, y, en las fiestas, es así, como que “Vente, vamos a bailar”, y Celso se queda sentado y yo me voy a bailar con él. Y bailamos, o sea, muchísimo. Me hallo a bailar muchísimo con él. Digo, no tanto, a lo mejor, que me halle, sino que me sabe mover (...) pero él me deja. Me deja hacer lo que yo quiera (Saidi, 38^a, NB, ZMG).

Otro aspecto que se indagó en las entrevistas es acerca de si los entrevistados habían cedido a tener prácticas sexuales que no les gustaran o si ell@s las habían propuesto y sus parejas se habían negado a tenerlas. A lo largo de los relatos aparecieron prácticas específicas a las cuales es común que no se acceda. Todos los fragmentos al respecto corresponden a mujeres, pues en ninguno de ellos apareció alguna práctica a la que los hombres no accedieran. Me refiero en particular a la penetración anal. Así lo cuentan Marcela y Lucía, ambas de nivel socioeconómico bajo,

La cuestión de tener relaciones por el ano, penetración por el ano, perdón. Era algo que jamás, o sea no. Yo dije okay vamos a explorarlo a ver qué tal y

me decía él... y le dije no, es algo que no, es algo que duele y no se disfruta (Marcela, 34^a, NB, ZMG).

Él ha querido que lo hagamos como no, usted sabe cómo, donde no se debe, yo. Le dije no, no, no, no, no. “M’ija”. No. Entonces las veces que me ha llevado al hotel, que hemos ido, a veces siento que tiene esa, de decir ahorita me la, aquí, ¿edá?, al cabo nadie nos oye, nadie nos ve, aquí lo hacemos, pero no. No, ahí no y él dice: “está bien” (Lucía, 46^a, NB, ZMG).

Al igual que en la generación anterior, son los hombres quienes proponen realizar prácticas novedosas y son las mujeres quienes ceden o se niegan a ellas. Son ellos quienes muestran mayor apertura ante este asunto y en particular proponen, además de la penetración anal, hacerse mutuamente sexo oral. Estas propuestas son especialmente rechazadas por las mujeres del nivel socioeconómico bajo. Cabe mencionar que la penetración anal es planteada únicamente hacia las mujeres, no de forma recíproca; es posible que la difusión de material pornográfico aliente estas propuestas al ser prácticas completamente comunes dentro de éstos.

Cuando las propuestas masculinas son rechazadas por sus parejas mujeres, los hombres, de los tres niveles socioeconómicos (Arturo, Pedro, Juan, Pablo y Ariel), expresaron frustración y desánimo. A ellas, por su parte, no les agrada la idea, son más reservadas o tímidas, o no lo harían por gusto sino sólo por complacerlos. Ante esto, ellos se muestran respetuosos y aceptan su respuesta. Así lo narra Arturo,

Yo sí quisiera de repente tener otro tipo de experiencias, de probar otro tipo de, eh, pues no sé, de conocer otro tipo de lugares o probar, he pensado probar incluso algún tipo de pastillas, algo para estimular pues ¿no?, no sé, otro tipo de aceites, involucrar algún tipo de juguetes o algo y todo y, y a mí sí me gustaría explorar un poco más, pero la verdad es que sé que eso va a estar muy complicado, entonces, en esa parte sí, pues ahí me, me siento un

poco pues truncadón ¿no?, frustradón, porque, digo, ya ni le voy a mover pues (Arturo, 36^a, NB, ZMG).

En otro caso, Augusto ha sido paciente con su pareja cuando le propone cosas, “y no es que no le guste si no que, vamos, no lo había hecho a lo mejor y siempre de principio cuando le propongo alguna cosa siempre es como, sí, pero dame tiempo”. Otros hombres se consideran tradicionales y asumen cómodamente una visión conservadora sobre el sexo, les gusta hacerlo de forma “normal”, no andar haciendo “locuras”. Así es Daniel, “nosotros tenemos una familia muy tradicional, no tenemos necesidades especiales de acostarnos con terceros, hacer tríos y todas esas cosas, ha de ser divertido, pero pues no tenemos esa necesidad”.

Por otra parte, el tener fantasías sexuales como forma de excitación fue un asunto que apareció en algunos relatos, siempre como una práctica masculina. En los tres niveles socioeconómicos los maridos han fantaseado con estar en algún trío, relacionarse con otra persona por internet, o imaginar cosas junto con su pareja, pero ninguna de las mujeres expresó deseo por tenerlas. En el caso de esta generación, llama la atención que una regla del sentimiento posromántica que incita al fantasear y jugar sexualmente desplegando la creatividad, se expresa sólo entre los hombres, mientras que entre los adultos medios apareció como una actividad desarrollada por ambos sexos.

En suma, vemos con claridad que las mujeres se muestran mucho más reservadas ante las propuestas de prácticas innovadoras que les hacen sus parejas. Al parecer, la penetración vaginal es la práctica más común y aceptada, pues ni siquiera el sexo oral se mencionó en los relatos más que en un sentido negativo narrado por María al verse forzada a hacerlo.

La escasez de información en torno al tema de las prácticas sexuales que resultó en las entrevistas podría deberse a que este dispositivo no sea la forma más pertinente para la enunciación de las mismas, fenómeno generado por un prurito moral que impide hablar de ello con confianza, en particular, entre las mujeres. En ese sentido, es probable

que el método de encuesta y el señalamiento de prácticas en forma de listado de opción múltiple en un cuestionario sea un mejor instrumento para ello, tal como hacen las encuestas sobre sexualidad que se levantan en otros países.

Los amigos y enemigos de la vida sexual

A lo largo de los relatos aparecieron factores que colaboran en el enriquecimiento de la vida sexual de las parejas, así como otros que la inhiben u obstaculizan. Los primeros se relacionan con el aprendizaje individual o en pareja y éste versa acerca del funcionamiento del propio cuerpo y el del otro (facilitado por la experiencia, los libros, el internet, etc.); el contacto con discursos alternativos sobre la sexualidad, es decir, ajenos al discurso religioso; y procesos de liberalización venidos del propio crecimiento personal y como pareja que permite al abandono de culpas generadas por creencias religiosas adquiridas en la familia de origen.

Los factores que inhiben u obstaculizan la vida sexual de las parejas provienen de la persistencia de creencias religiosas que producen culpas, la frustración venida de la incomunicación, los problemas traídos de otros ámbitos de la relación y que generan que la vida sexual sea el terreno donde se cobran o se expresan las incomodidades y que se traduce en la suspensión de las prácticas sexuales o en fingimiento de placer o amor hacia la pareja.

Dentro de lo que considero que son facilitadores o amigos de la vida sexual, apareció de forma clara y contundente que en los tres niveles socioeconómicos y en ambos sexos, hubo casos de experiencias que destacaron el aprendizaje respecto del propio cuerpo y de la pareja como un elemento clave para el disfrute de la vida sexual y logro del placer intenso. En contraste con la cerrazón femenina mostrada en la sección anterior, hay casos que, aunque no se consideran listas para emprender prácticas nuevas, no excluyen la posibilidad de hacerlo. Tal es el caso de Marcela, quien muestra una enorme apertura para aprender junto con su pareja utilizando productos que el mercado ofrece,

Yo creo que sí él no tuviera esta paciencia para acercarme poco a poco e irnos conociendo en esa parte porque yo creo que es algo que todavía no está totalmente, que conocemos en su totalidad, sino que cada vez aprendemos cosas nuevas y tratamos de disfrutarlas o hasta de ir a una *sex shop*, ¿no? (...) es parte de las cosas que hay que aprender a decir sí a decir no. Desde ¡oye, de verdad me lastimaste! Ah perfecto pues se compra lubricante o desde comprar juguetes o comprar cualquier cosa que nos hace sentir como con esa plenitud, si a los dos nos llama la atención, ¿no? Era como la parte de usar prendas de joye, pero qué vergüenza! O con esos estereotipos que te estorban... Hasta el tiempo de preguntar a decir... ¿oye y para qué es esto?, ¿esto para que funciona? Etcétera... Pero yo creo que sí... francamente joye me lastimas, me lastimaste con tu boca o me lastimaste o ah dime ¿cómo lo hago? O ¿cómo te gusta? ¿cómo?, ¿cómo? Eso, eso... yo creo que también ha ayudado mucho de mi parte de decir, oye no sé. Francamente no estaba experimentada en la parte física y me decía, ni yo tampoco, pero vamos aprendiendo juntos (Marcela, 34^a, NB, ZMG).

Otro aspecto que se considera que facilita el aprendizaje es abandonar las creencias religiosas. Algunas de las entrevistadas las fueron dejando atrás poco a poco, lo cual revela que el disfrutar sexualmente se vuelve un valor de mayor relevancia y que en torno a la sexualidad se abre paso un *proceso de secularización subjetiva*. Tal es el caso de Fabiola, quien le da un papel fundamental a su esposo en ese proceso,

Ha sido prácticamente por cuestiones que mi esposo me ha enseñado, que me dice, deja esas ideas, este, prácticamente él me ha como educado en esa parte y la parte y el que, ya ahorita en realidad, es como una parte, como que dices es que, si no lo haces ahorita cuándo, ya empiezas a ver que estás madurando, que ya estás en otra etapa. (...) creo que ahorita estamos como más activos en esa parte y más, este, entendidos, más comunicación este, experimentar cosas que a lo mejor no se experimentaban, a lo mejor también la mentalidad de los dos cambió, es más abierta, pues antes para mí sí era un tema como muy en cuestión religioso, como mmm... ver la sexualidad

como un poco en términos de pecado, de prohibición, pero conforme pues vas, como madurando, cambia tu perspectiva y ahorita puedo decir que estoy bien, me siento bien y me gusta (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

Este proceso de aprendizaje también ocurrió con la esposa de Ariel, quien cuenta “lo que me ha platicado es que también yo hago ciertas cosas que parejas anteriores no habían hecho, entonces eso es nuevo para ella y ya me dice, esto me gustó, o esto es diferente o la cuestión, entonces habla ya también lo puedo hacer o lo vuelvo a hacer”.

Un aspecto interesante que apareció en algunas entrevistas femeninas fue acerca de la experiencia del orgasmo. Este asunto constituye un asunto relevante que implica no sólo conocimiento sobre la propia fisiología y anatomía sino también, un aprendizaje en pareja que genera que las mujeres lo consigan, aún muchos años después de iniciar la vida sexual, así lo narra la misma Fabiola,

Mi primer orgasmo que pudiera decirte que sentí lo que es un orgasmo pudiera decirte que fue este, después como que tenía cuatro años [su hijo], fue a lo mejor era, no sé, ciclos de excitación pero nunca lo que es un orgasmo como tal, hasta que de repente sentí que ese fue un despertar sexual distinto en el que o sea, tengo que volver a sentir eso, eh, y tenía viviendo con mi marido tres años y ya viviendo con él teniendo relaciones sexuales eran pues que, casi nueve años, entonces sí, este, cambió mi forma de ver la sexualidad, es que antes era como de bueno, si estás, llegas a un punto de excitación pero hasta allí y ya en el momento de que pensé a sentir o saber que era un orgasmo ya mi necesidad era otra, era disfrutar la sexualidad, no tanto con la finalidad de llegar a eso, de, dejarme llevar hasta el punto de sentir el orgasmo (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

En el caso de Isadora, ella es quien le ha enseñado a su marido cómo los experimenta y se ha vuelto una experiencia compartida y de gran intensidad en la que la comunicación ha sido la clave,

Yo ya lo enseñé que o sea lo enseñé, le platiqué, pero él percibe cuando es un orgasmo, bien sabe. Y también lo platicamos, a ver... así mira, tú por dentro pues hay movimientos así, y él ya lo reconoce, incluso cuando... a ver, hoy no tuviste ¿verdad? pero mira, le empiezo a explicar, yo tengo también así, de esta forma, yo puedo tener de dos formas, y tú nada más... dice "no, pues qué padre, dos formas", sí, "¿y la más intensa?", ah, pues esta. Creo que hay más intensidad porque nos conocemos más. O sea, nos conocemos mucho más, sé lo que le gusta a él, él sabe lo que me gusta a mí, me complace mucho (Isadora, 47^a, NMA, ZMC).

Estos testimonios dejan clara de nueva cuenta la existencia de una regla del sentimiento posromántica enunciada antes, la de tener satisfacción sexual individualizada, en cuyo logro exista colaboración entre las parejas.

Pasando a otros factores que favorecen la vida sexual, resulta relevante el acceso a formas alternativas de ver la sexualidad contenidas en libros de diverso tipo o en páginas de internet. Demián y Ana los mencionaron como fuentes de acceso a información interesante,

En su tiempo, cuando iniciamos, recuerdo lo que sí llegamos a usar fue eso de ver posiciones del Kama Sutra, yo creo que fue lo que más, de películas no, yo no tengo ningún problema con ver, a ella no le gusta, entonces pues hemos respetado eso de las posiciones, te digo, eso fue lo que más en su momento hicimos y ahí fue donde nos llegamos a basar más, dudas que hemos tenido o que ella o yo, no sé, ella es la que más ha buscado, sí ha consultado algunas cosas en internet (Demián, 35^a, NB, ZMC).

Yo en lo personal, sexualmente, pues no sabía gran cosa. Si yo te soy honesta, yo me cultivo a veces de cosas, que sé que no son cochinas, como dicen, no es cochino ni es feo, cada quien, cada quien. Pero hay cosas que me gusta cultivarme. Así de plano y las considero, hay algunas páginas que digo bueno esta no se me hace tan fea y pues si me meto y escucho las sugerencias, las pongo en práctica, y me funcionan (Ana, 48^a, NB, ZMC).

Otro elemento que se mencionó en una ocasión es el de no preocuparse por el embarazo para lograr un mayor disfrute sexual. Probablemente por la edad de los entrevistados y el que todos ellos hayan tenido hijos, este tema no apareció con más frecuencia. Tal fue el caso de Fabiola,

Otra cosa que creo me aperturó más fue el hecho de que mi esposo se hizo la vasectomía, prácticamente dejé de cuidarme yo en cuestión de anticonceptivos y esa parte pues sí me da mucha tranquilidad a mí, de que no voy a quedar embarazada. Eso me permite disfrutarlo más porque no estoy con el pendiente de que ay, me voy a embarazar, esa parte sí que nos ayudó, creo que fue a partir de esa vasectomía que nos abrimos más un poco en la cuestión sexual, lo empezamos a disfrutar y a coincidir en las necesidades (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

Es claro que el disfrute del placer sexual es un valor que ha adquirido una gran legitimidad y se ha vuelto común entender que, para obtenerlo, se requiere información y conocimiento, en particular, para las mujeres. El asumir este reto en pareja ha profundizado e intensificado su vida sexual, logrando hacerla una tarea muy gratificante que ha implicado también la transformación de sus propias creencias, fundamentalmente, las religiosas.

Por otra parte, dentro de lo que he denominado los obstáculos o enemigos en la vida sexual, se exploró sobre si alguna vez l@s entrevistad@s habían fingido placer o amor hacia su pareja, o si creía que su pareja los había fingido. En torno a esto apareció muy clara la idea de que los hombres no fingen placer pues es “evidente” que lo sienten, mientras que entre las mujeres fue algo mucho más común, lo cual fue expresado por ellas mismas o narrado por sus parejas. Tobías lo sintetiza muy bien al decir, “un hombre no necesita fingir placer [las mujeres] no sé, eso es imposible con una mujer saberlo (...) el hombre es un animal, uno no necesita fingir placer”. De nueva cuenta se expresa la persistencia de una regla del sentimiento romántica acerca de una naturaleza mascu-

lina de tipo instintivo, mucho más demandante de prácticas sexuales, cuyo resultado, la eyaculación, no deja lugar a dudas del placer experimentado.

Esta creencia de que los hombres no pueden mentir o no lo hacen fue expresada también por las mismas mujeres, como Aurora e Isadora, quienes creen conocerlos bastante bien. No obstante, en el caso del fingimiento de placer entre ellas, tal creencia parece estar bastante bien fundada, pues apareció repetidamente que las mujeres fingen placer por diversos motivos. María, por ejemplo, cuenta haber fingido placer “claro, muchísimas veces, a veces yo fingía para provocar que él terminara pronto, y a lo mejor él llegó a fingir, no sé, para hacerme sentir bien, pero no sé, nunca le he preguntado”. Otro motivo es satisfacerlo, complacerlo, así lo expresan Viviana y Aurora,

Sí, sí. De repente cuando, pues no sé, sucede que yo veo que él pues tiene ganas, quiere hacerlo y yo no tengo muchas ganas y entonces como que bueno, pues hay que fingir un poco para... [risa] (Viviana, 45^a, NMA, ZMC).

Yo sí lo he hecho, pocas veces, pero sí lo he hecho, como para que él... [lo piensa] sí, termine, o sea, y ya, pero después le digo pues es que sí tú mi rey, pero yo no sentí nada [risas]. Sí he hecho como esta parte de a ver, no estoy sintiendo nada, pero como para que funcione, como para que él se sienta bien voy a... esta parte de gemir y de moverme diferente y hacerlo, sí funciona (Aurora, 43^a, NM, ZMC).

También puede darse como una forma de transitar por una situación de pareja ya casi insostenible, como narra Berenice, “pues ya cuando estaba muy mal la cosa, los dos. Lo hacíamos casi, casi como por obligación. Se sentía que ya ninguno de los dos sentía lo mismo de antes. Y los dos hacíamos como que nos gustara, pero en el fondo sabíamos que ya no”. Esta práctica femenina es percibida también por los hombres, así lo confirman Arturo y Héctor, quien ante la pregunta de si su esposa había fingido placer con él, respondieron,

Sí claro, sí, sí lo creo, para, pues para satisfacerme a mí pues ¿no?, porque, digo, yo sí me doy cuenta, y digo, “ay, por favor”, bueno, tampoco, tampoco entremos a detalles pues ¿no?, sí me doy cuenta de repente, digo, “oye, si no querías, no pasa nada pues, si no querías no tienes por qué hacer hacerlo”, pero bueno, sí me doy cuenta (Arturo, 36^a, NB, ZMG).

Sí, cuando ella como que no tiene ganas, pero por seguirme la corriente lo hacemos (Héctor, 36^a, NM, ZMG).

Daniel por su parte, considera que las mujeres actúan su sexualidad,

Las mujeres son increíblemente buenas actrices en la sexualidad, tal vez sí [ha fingido], tendría que estar en el cuerpo de ella para darme cuenta. Yo creo que, este, lo que te puedo decir puede que no te agrada mucho, pero yo siento que como en nuestra cultura las mujeres difícilmente conocen su cuerpo tanto como los hombres (Daniel, 45^a, NM, ZMC).

Al parecer, la concepción de que los hombres no necesitan fingir y que entre las mujeres es algo común hacerlo, está bastante generalizada en ambos sexos y, en el caso de las mujeres, constituye una nueva regla del sentimiento posromántica que tiene un cierto cariz pragmático, al ser utilizada para producir resultados específicos. Estas prácticas fundadas en una suerte de explicación biológica de la sexualidad en la que los hombres no pueden fingir placer y las mujeres sí, tienen lugar dentro de una lógica de utilización del sexo de forma racional, que implica la presencia legítima de una forma de subjetividad emergente de mujeres sexualizadas que buscan el placer sin culpas, pero en este caso, fingiéndolo, lo que da cuenta de una disonancia emocional; misma que apareció ya en las mujeres de la generación de adultos medios.

Por otra parte, así como los hombres afirmaron nunca haber fingido placer, algunos otros confesaron haber fingido sentimientos hacia sus parejas, cosa que ninguna de las mujeres expresó. Tales son los casos de Arturo y Héctor, quienes, al preguntarles, respondieron:

Este, sí, yo creo que sí, sí, eh, en algunas ocasiones, eh, sí me, yo soy, yo soy un tanto frío pues, en ese sentido, despegadón para estar abrazando o agarrando la mano todo el tiempo y todo, y, y a veces esa parte me cuesta trabajo estar todo el tiempo así pues, y en alguna ocasión, estamos con su familia, digo, creo que ha sido más de una vez pues ¿no?, que para ella a lo mejor, y en el contexto de su familia cuando está con sus primos y sus tíos y todo, “oye, abrázame un poquito pues ¿no?”, entonces como que, “ah, bueno”, entonces ahí quizá, en ese tipo de, pues me gusta que la cosa sea casual y natural pues ¿no?, pero cuando me lo piden, así como que me siento pues un poco, digo, es necesario hacerlo pues, bueno, está bien pues ¿no?, lo hago para quedar bien con ella y con el contexto pero pues no porque me nazca tal cual pues ¿no?, digo, quizá nada más en esas ocasiones, este, podría ser (Arturo, 36^a, NB, ZMG).

Demostrar cariño cuando realmente ando bastante incómodo por alguna actitud que ella tuvo, demostrarle cariño. Más que nada eso (Héctor, 36^a, NM, ZMG).

En concordancia con lo anterior, el ser maridos expresivos emocionalmente siendo cariñosos y sensibles se vuelve una regla del sentimiento que es seguida de manera forzada, causando una disonancia entre la asunción de querer cumplir con una nueva forma de ser masculina de tipo posromántico y el no desplegar tales actitudes auténticamente.

Pasando a otro asunto y como mencioné al inicio, el tener creencias religiosas acendradas constituye un obstáculo importante para el aprendizaje y el disfrute de la vida sexual, en cualquier nivel económico. Este hecho se manifestó mucho más en el caso de las mujeres que revelan con contundencia su rechazo a la visión estigmatizadora de las mujeres sexualizadas, muy presente en el discurso religioso. Marcela, por ejemplo, al hablar del disfrute de su sexualidad narró,

Es algo que no pensé que se diera o que fuera tan disfrutable y sin culpa, la cuestión de decir ¡oye! el hecho de que tuve un orgasmo y lo disfruté,

pero a la mejor sin esa culpa que lo aprendí desde el contexto familiar que no era bueno o que no se abordaba... O que las mujeres no deben de sentir esta parte de... pues placentera, ¿no? porque son unas atrevidas... o porque son unas este... porque les gusta el sexo... o porque son unas putas... Esas etiquetas ¡híjole! Me ha costado muchísimo, que yo creo que, yo sí considero que estoy como apenas, empezando a poner en práctica la liberación del disfrutar sin culpa (Marcela, 34^a, NB, ZMG).

Y Alejandra, quien es mucho más expresiva al respecto,

Me traumaron mucho las monjas, ¿no? Yo veía toda esta hipocresía y trauma. Me costó años quitarme toda la mierda que me metieron en la cabeza de la culpa, la culpa. Todo era culpa, ¿no? Todo era malo, todo era peligroso, todo era... (Alejandra, 43^a, NMA, ZMG).

Desde el punto de vista de Daniel, las mujeres en general de su generación sufrieron lo que describen Marcela y Alejandra y estuvieron mucho más afectadas que los hombres en este aspecto de sus vidas, aunque tampoco ellos la tuvieron fácil,

Nosotros desde niños crecemos con una idea errónea de la sexualidad, pero eso es una idea de la sexualidad, una idea burlesca, haces bromas con tu pene con tus compañeros, tus cuates. Para nosotros la relación con nuestro pene es de cotorreo incluso, además de que cumpla sus funciones biológicas, en cambio las mujeres al menos en la sociedad en la que yo crecí, prácticamente no hablaban de eso. Yo platiqué con compañeras de mi generación, estuvimos juntos en el colegio en la secundaria y que te reúnes ya de grandes y empiezas a platicar de cosas que vivíamos y demás, y cuando ha surgido el tema he escuchado a varias de ellas que nunca tuvieron un placer sexual hasta mucho después de tener pareja, porque le costaba mucho trabajo darse cuenta qué era lo que les daba placer por ejemplo, ¿por qué? No se masturbaban desde jóvenes, no se exploraban, tenían muchos prejuicios, aparecían su papá o su mamá siempre presentes cuando estaban con

una pareja. Entonces yo crecí con ese contexto con mujeres de ese tipo, que tenían una moralina cargada de muchos prejuicios que les impedía tener una satisfacción sexual plena, en cambio los hombres no. Los hombres de mi generación hemos sido exploradores pero muy cautivos, porque fuimos muy bombardeados en los ochenta por todo el drama del VIH, a nosotros nos inhibieron nuestra sexualidad a través de los medios de comunicación, la muerte de Rock Hudson, Magic Johnson, Freddie Mercury, conmocionaron al mundo y a todos nos generó una conciencia que tener una sexualidad promiscua o con muchas parejas era altamente riesgoso y lo es (Daniel, 45^a, NM, ZMC).

Este pasaje revela de forma nítida el contexto en el cual vivieron su juventud los miembros de esta generación. Una vez aparecido el virus del VIH-SIDA, las políticas de salud sexual y reproductiva, así como las educativas, dieron un viraje hacia el conservadurismo y construyeron un discurso amenazante sobre las prácticas sexuales donde ni el uso del condón les salvaría de enfermedades de transmisión sexual y embarazos no deseados. Este fenómeno revela una disonancia que trasciende la escala individual y se constituye a un nivel estructural, el deseo por vivir la sexualidad de una forma mucho más libre y satisfactoria que coexiste con restricciones que de forma abrupta vinieron a intentar suspender un proceso de liberalización que había arrancado con la generación de adultos mayores y se había profundizado con la de adultos medios que les precedieron.

Una vez establecidos en sus relaciones de pareja, estos adultos jóvenes remontaron en mayor o menor medida tales restricciones, y haciendo uso de un nuevo contexto mediático mucho más globalizado y teniendo acceso a internet y a las nuevas tecnologías, se fueron buscando una vida sexual más libre y autónoma a través del despliegue de un trabajo emocional que les fue permitiendo adherirse a nuevas reglas del sentimiento, pero en muchos casos, sin desligarse de las anteriormente heredadas.

La representación diferencialista de la sexualidad

Como he mostrado en los capítulos anteriores, en esta sección trato lo concerniente a las necesidades sexuales de hombres y mujeres con el fin de descubrir qué tan vigentes son las creencias que sostienen que son distintas “por naturaleza”. Al preguntar sobre si l@s entrevistad@s consideraban que las necesidades sexuales de su pareja eran distintas a las suyas, un primer conjunto de respuestas de parte de las mujeres fue la mención de la necesidad de sentirse bonitas, deseadas y apreciadas, y que su pareja se los dijera. Esta información fue expresada de forma adicional a las necesidades propiamente sexuales de cada uno, lo cual resulta significativo pues revela la necesidad femenina de que sus parejas hombres sean expresivos emocionalmente, proponiendo un nuevo tipo de forma de masculinidad posromántica. Tanto Lena como Alejandra lo plantean claramente,

Sí se ha llegado a, en algún momento, decir: güey, me siento no vista. O sea, de mi parte, sí es: güey, me siento no vista. O sea, sí se lo he dicho, ¿no? (...) Necesito... Que ya tenemos 18 años no quiere decir que no me surjan los miedos y no quiere decir que no haya una parte histérica, mía –histérica en el sentido psicoanalítico– de buscar sentirme vista y de buscar sentirme valorada, deseada... ¡Deseada! (...) Y, entonces, sí hay, ahí, un desfase como de decir: ¡Hey!, ¿no? O sea, voltea, y es así, como que “Pues ya sabes que yo soy así, pero sabes que siempre te me haces bonita”. Pues recuérdame (Lena, 38^a, NM, ZMG).

Yo empecé a caer en este tema... O sea, de hecho, por eso nos llevó como a la plática ésta, de: ¿Qué está pasando? Que yo volteaba con él y: ¿Ya viste acá? Le decía: ¿Cómo me veo? Me veo súper bien, ¿no? “Siempre has estado guapísima”. Le digo: güey, pues no me has dicho nada [risas]. Y, un día, hace como tres semanas, fuimos a comer, y volteaba y me veía, y volteo con él y le dije: ¿Sabes qué? Sí estoy guapísima. Ve todo lo que hay ahí, de oferta. No manches, estoy súper linda. [Risas] Y me dice “Claro, si eres la única que no se daba cuenta” [risas] (Alejandra, 43^a, NMA, ZMG).

Es evidente que la imagen que la pareja “le devuelve” al otro se ha vuelto fundamental para la autoestima y la seguridad personal, tal como Ulrich Beck y su esposa Elizabeth lo enuncian (2001), la pareja se ha vuelto un referente básico para la propia identidad. En el intercambio con la pareja nos buscamos también a nosotros mismos. El matrimonio se ha transformado en una institución especializada en el desarrollo y la estabilidad de la persona, de este modo, el amor y la identidad se entrelazan directamente y son las mujeres quienes más intensamente lo expresan.

Volviendo a las necesidades propiamente sexuales, los hallazgos son diversos, sin embargo, predominó la creencia de que la necesidad masculina es mayor que la femenina y esto es expresado con mayor claridad en el caso del nivel bajo. Así lo narra Pedro,

Considero que sí, pues somos diferentes géneros. Este, seguramente sí. Sí, sí siento que sean diferentes. Pues yo creo que, por ejemplo, nuestros organismos, este, son diferentes. Este, tenemos [titubeó], ahora sí que diferentes formas de representar nuestro, nuestras ganas, nuestra libido hacia la pareja (Pedro, 36^a, NB, ZMG).

Con él coinciden Armida y Lucía, para ellas los hombres querrían tener relaciones diariamente, y para Saidi, “yo creo que, si él fuera diario, en la mañana y en la noche, él estuviera encantado de la vida”. También Celia cree que él necesita más y ella menos. Otra respuesta común fue expresar que las necesidades son distintas simplemente, aunque dejan ver que la masculina siempre es mayor. Esto lo enuncian Fabiola, Carolina y Jonás, quien considera a su pareja “frillona” frente a él.

Esto revela la persistencia de reglas del sentimiento románticas comunes en las dos anteriores generaciones. Así, prevalece la idea de que los hombres orientan su deseo por factores independientes de su voluntad, como el instinto, ya mencionado antes. Ellos mismos se consideran más cercanos a la “animalidad” que las mujeres, así lo afirman Tobías, Pablo y Jonás.

Los hombres son cazadores y tú al estar en una pareja tienes que inhibir eso, tienes que hacerte el loco respecto a ese deseo de siempre ser un cazador. Los hombres somos enfermos sexualmente, quizás (Tobías, 38^a, NM, ZMC).

Y uno, creo que podemos hacerlo solamente por el instinto, ¿no? Y, en mi caso, fue así, meramente instintivo, y pues yo creo que este instinto animal de probar otras cosas. Un fuego. O sea, es un... no sé si sea correcto, un saciamiento (Pablo, 37^a, NMA, ZMC).

O sea, yo... pues soy hombre. Soy un mandril, como todos los hombres, ¿no? O sea, de repente, ando así, que no me aguanto, y pues veo chavas y (...) O sea, como que el lado animal como que, de repente, así, quiere aflorar. Entonces, como que he sabido controlar ya ese aspecto de mí, y no me meto en ningún lío (Jonás, 41^a, NMA, ZMC).

En paralelo a esta visión masculina instintiva apareció un tipo distinto de respuestas orientadas por una idea de igualdad en la intensidad de las necesidades femeninas y masculinas que, en algunos casos, se muestran como necesidades que son distintas, pero complementarias. Por ejemplo, para Augusto y Tobías no son distintas en absoluto, mientras que Demián afirma, “creo que no [son distintas] Bueno, sí, pues ella tiene sus gustos y yo los míos, pero, pero no, yo creo que sí congeniamos”.

Este hallazgo es relevante pues el peso de la distinción genérica de la sexualidad ha perdido terreno y se ha ganado un espacio una nueva regla del sentimiento que legitima el que ambos miembros de la pareja deseen, con igual intensidad, tener prácticas sexuales, lo cual se expresa sobre todo desde el punto de vista de los hombres. Esto pudiera ser a su vez, un reclamo de su parte frente a una escasa respuesta sexual de parte de sus parejas, cosa que les produce gran frustración. Al parecer, entre ellos ha ganado gran aceptación un estereotipo femenino distinto al tradicional que destaca que ellas adopten una actitud ante la sexualidad más intensa y con mayor iniciativa, lo cual resulta en una disonancia emocional masculina que genera frustración.

En paralelo con esto y en contraste, es importante destacar otras respuestas en las que la necesidad femenina es mayor que la masculina. Así lo expresaron en los tres niveles socioeconómicos Patricia, María y Berenice, quien cuenta, “yo nunca pensé la opción de buscar a alguien más, pero, pues sí me hacía falta mucho tener las relaciones. Me gustaba mucho con él”. En los tres casos a sus parejas no les interesaba tener sexo con ellas. Cabe mencionar que poseen edades distintas, lo cual muestra que el deseo puede ser muy intenso aún cerca de los cincuenta años, pues Patricia tiene 48.

Como muestras de la persistencia de esta concepción masculina “animal”, surgieron algunos otros temas que coinciden en considerar que son prácticas “naturales” y por tanto “normales” por el sólo hecho de ser realizadas por hombres. Me refiero a la masturbación, el gusto por la pornografía y el asistir a table dances. Tal es el caso de lo que cuenta Marcela al narrar cómo ella ve necesario que él se masturbe cuando ella tiene la menstruación y no pueden tener relaciones sexuales,

Yo he tenido dificultades a nivel... a nivel... biológico con lo de mi menstruación, traigo... periodo hormonal... problema hormonal con mi periodo, y es como la cuestión ¡Oye! Me da toda la pena del mundo, pero ya son dos semanas que no hemos podido estar juntos “¡ah no te preocupes!” Y existe la confianza que le mencione. oye ¿quieres hacer manita, manita? O sea, es como nuestro lenguaje... “No, no, no. ¿Cómo crees? No, no te preocupes...” ¿Seguro? Porque ya estas... yo le menciono, a la mejor por eso te duelen los testículos, porque ya estás cargado (Marcela, 34ª, NB, ZMG).

El gusto por la pornografía entre ellos es también considerado como algo cotidiano para sus parejas, esto surgió al comentar que es muy común que sus maridos circulen pornografía en redes sociales en chats entre amigos hombres. Esto es aceptado por sus mujeres como algo propio de la “naturaleza” masculina y que ellos usan como una forma de socialidad. Así lo ve Viviana,

El hombre es como más propenso a ver de que las mujeres. Bueno, sí los hombres tienden más a esta parte de, pues sí, como que ver cosas de sexo, o videos donde tengan cosas así que, mujeres semidesnudas o no sé, como que tienden más a ver ese tipo de cosas, siento yo (Viviana, 45^a, NMA, ZMC).

Lo mismo ocurre con la asistencia a los table dance, las mujeres lo ven como una necesidad masculina sobre todo entre el grupo de pares y lo aceptan. No lo perciben como una práctica que ponga en riesgo su relación ni derive necesariamente en una infidelidad. Así lo narra Fabiola,

Él tiene un amigo que cada año viene porque vive fuera, pero yo sé que cada año que viene se van a un table, es de cajón. En un principio pudiera decirte que a mí me molestaba eso, todavía me molesta, pero puedo tolerarlo porque al final él nunca es de los que se esté divirtiendo todo el tiempo, entonces cuando viene es en plan de diversión, en plan de generar esa pues esa dinámica con él, se juntan tres amigos y entonces entre los tres es la parte que a lo mejor disfrutan o, el modo en el que continúan su amistad, no sé (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

A pesar de ser relevantes los hallazgos narrados antes respecto a que las necesidades sexuales son semejantes entre los géneros, coexisten en paralelo con ellos las ideas respecto a que los hombres “por naturaleza” necesitan más de las prácticas sexuales y que esto obedece a una pulsión instintiva o biológica. Cabe destacar que estas concepciones son expresadas tanto por los mismos hombres como entre las mujeres de los tres niveles socioeconómicos.

La comunicación en la vida sexual

En torno al tema de la comunicación entre la pareja, es evidente que entre los adultos jóvenes, ésta es un componente central y que constituye una práctica de gran naturalidad entre ellas, tal y como ya apareció entre la generación de adultos medios en los que se registró con claridad una regla del sentimiento posromántica que determina la relevancia de

comunicarse profundamente con la pareja, que se combina a su vez con otra referida a la disponibilidad para lograr acuerdos en la vida sexual.

Sobre esto aparecieron diversos testimonios en los que l@s entrevistad@s narraron hablar abiertamente de lo que les gusta o no les gusta del sexo de forma explícita y fluida. Así lo expresaron sobre todo las mujeres. Uno de los asuntos sobre el cual se habla es acerca del mejor momento para tener relaciones sexuales, de esto nos habla Celia “no, pues que ahora sí o mañana sí, y así”, y también Aurora, “dijimos ¿Sabes qué? Mejor en la mañana que no están los niños, que estamos más tranquilos, ¿no? Porque luego o también es muy tarde o es en la madrugada y así, entonces lo estamos haciendo en la mañana [risas]”.

Otro punto sobre el que se generan acuerdos es acerca de la masturbación como una posibilidad para ambos, lo cual revela también una regla enunciada antes respecto a sentir derecho a tener satisfacción sexual individualizada, así lo narra Marcela,

En caso de la masturbación o en esa parte de que... de que oye... tengo ganas... cada quien es libre de experimentar con su cuerpo en caso de que yo... en caso de que el otro no quiera, es como decir, es que es injusto la parte que yo sí tengo placer y tú no. Yo entiendo que a la mejor físicamente no estás bien, entonces vamos esperándonos. Pero yo creo que son esos acuerdos que sí es importante poner sobre la mesa y esos códigos, ¿no? (Marcela, 34^a, NB, ZMG).

Por su parte, Isadora y Demián son enfáticos en afirmar que conversar les ha facilitado mucho la vida, ella cuenta, “me la llevo súper bien con mi esposo, muy padre (...) hacemos cosas bien diferentes, bien padres [ríen], convivo mucho, platicamos mucho, es mi mejor amigo”, mientras que él dice, “yo creo que, te digo, sí nos ha funcionado mucho eso de que como que sí dejamos claro lo que no nos gusta, no ha habido problemas por eso, lo entendemos bien los dos”.

Hay algunos relatos en los que, siguiendo esta misma dinámica de comunicación fluida entre las parejas, los acuerdos a los que se llegan

tienen que ver con cuáles prácticas se aceptan y cuáles no, siendo las mujeres quienes ponen sus límites en forma clara, como mencioné antes respecto al tema de las prácticas a las cuales no acceden. Estos acuerdos los mencionan Celia, Armida, Carolina y Viviana, quienes, además, agradecen el respeto que sus esposos han tenido frente a ellos. Por ejemplo, Lucía lo expresa muy claramente,

Tenemos nuestros juegos, en la forma de decir, pero hasta ahí. No llegar a extremos, por un decir, que no estoy, no estoy a gusto o que no estoy de acuerdo, no, no insiste. Pero no se enoja. No nada, por eso le digo que a lo mejor la relación íntima sí nos llevamos, tanto él como yo, bien. ¿Y sí acepta cuándo dices: ahí no? No, ahí no y él dice: “está bien” (Lucía, 46^a, NB, ZMG).

Desde el punto de vista masculino, la negativa de su pareja para ceder a ciertas prácticas Augusto la evalúa de esta forma,

Yo creo que vas aprendiendo a conocer a tu pareja y sabes cómo es en ese sentido, qué es lo que le gusta, qué es lo que no le gusta y si a lo mejor hay cosas que quisieras experimentar más allá de lo que ella te pudiese permitir, pues platicar, se habla si se quiere, si no se quiere, bien, y si no se quiere yo creo que buscar que lo que ya haces normalmente, sea un poco más intenso para sobreponer aquellas cosas que tu pareja no quiere hacer (Augusto, 32a, NMA, ZMC).

Este par de casos expresa una característica más sobre una forma alternativa de ser hombres que se distancia del modelo de masculinidad tradicional, la cual se relaciona con el respetar la negativa de las mujeres ante las prácticas sexuales y que destaca, por una parte, la erosión del mandato genérico del débito conyugal femenino, así como un nivel de autonomía femenina cada vez mayor.

Pasando a otras formas de llegar a acuerdos, Ariel narra que la comunicación para llegar a ellos ocurre no sólo antes o después de las prácticas sexuales, sino en su mismo transcurso, cosa que nos recuerda las

palabras de Niklas Luhmann (1985) respecto al cuerpo y la gestualidad de los amantes y su capacidad para comunicar sin palabras.

Pues ya desde antes se comunica y luego durante también ¿no? cómo te gusta, entonces si le gusta quieres hacerlo así, (...) que no, que no, es no. (...) el acuerdo más bien tiene que ver con la comunicación, o sea, es qué quieres ¿no? o qué quiero yo, qué quieres, qué quiere ella, o etcétera, entonces es de, yo tengo ganas de esto o quisiera que tuviéramos relaciones, entonces es sí, (...) y entonces quisiera ahora de esta manera o quisiera así, entonces yo creo que la comunicación y luego también es antes, como durante, o como después (Ariel, 41^a, NM, ZMG).

En otros casos, el conocimiento sobre el otro es fruto del tiempo compartido, lo que da como resultado que “ya se sabe” lo que les gusta y lo que no. En eso coinciden Demián, Viviana y Oscar,

Fíjate así que tanto como acuerdos explícitos no, (...) nunca lo hablamos así explícitamente, pero sabes qué, luego, luego se nota uno, cuando ya ha pasado por esas cosas y tú de volada notas cuando algo está pasando, a mí me pasa, (...) no lo logras como tan explícitamente, acuerdos, pero conforme vas conociendo la persona en el tema sexual pues ya voy viendo qué te gusta, sabes qué no te gusta y no lo vuelves a hacer (Oscar, 36^a, NB, ZMG).

En ocasiones, la comunicación simplemente no es posible, ya sea porque uno de los miembros de la pareja no desea expresar nada sobre lo que desea o no hacer, o porque ninguno de ellos lo manifiesta y prefieren el silencio. Héctor lo narra así, “simplemente nos damos la vuelta y lo callamos. No lo hablamos”, mientras que Saidi,

Yo, a veces, le he preguntado a él: A ver, amor, este... ¿Qué es lo que no te gusta de mí? Y me ve y me dice “Nada, estás bien”, y yo, esperando a que él me diga “Pues esto, esto, esto y esto”, y él me dice “Nada, estás bien. ¿Y tú?” No, pues esto y esto y esto. O sea, yo le suelto una lista, y él, así, como

que “O sea, tú estás perfecta”, cuando yo sé que no. O sea, yo espero que él me diga algo, y no me dice nada (Saidi, 38^a, NB, ZMG).

Este relato revela que la forma de masculinidad que apareció de forma repetida en la generación de los adultos mayores en la que el mandato consistía en ser inexpresivo emocionalmente, persiste aún, causando frustración para las mujeres.

Un asunto más sobre el que aparecieron acuerdos en los relatos tuvo que ver con la idea de uno de los entrevistados de “darse un día libre” él y a su pareja para que cada uno hiciera lo que quisiera sin contárselo después. Este ejemplo revela una regla del sentimiento posromántica aparecida ya entre los adultos medios, que consiste en ejercer un espacio de autonomía que permite satisfacer necesidades personales para los miembros de las parejas. Esto fue narrado por Pablo como un acuerdo establecido durante un viaje en el que él y su pareja pretendieron experimentar cosas nuevas en su vida y salir de la rutina.

Quedamos en que era un día para cada quien, ¿no? Entonces, yo no sé si ella lo hizo, y... Bueno, yo espero que sí. De verdad, yo espero que sí. Y más porque, como fue allá, y representaba algo, para mí, sería, literal, pues como ir a tomarse un porro en esa ciudad. (...) O sea, no va a pasar a más que una experiencia. Ni siquiera me atrevo a plantearlo otra vez, porque, si no sucedió allá, dudo que vaya a pasar acá (Pablo, 37^a, NMA, ZMG).

De nueva cuenta se expresa aquí el deseo masculino de que sus parejas mujeres sean más activas sexualmente y muestren autonomía en la gestión de su propio placer, cosa no necesariamente realizada por ellas.

Otra forma de intercambiar mensajes con la pareja ocurre a través de conversaciones con terceras personas, principalmente con l@s amig@s con quienes, en un entorno de socialidad, relajado y jocoso, auspician la posibilidad de tocar veladamente temas que se teme hablar con la pareja directamente. El grupo de pares, con frecuencia, constituye un ambiente positivo para el intercambio de información respecto a la sexualidad.

Así lo menciona Tobías respecto a un asunto que trataré en una sección posterior, la rutina,

La monotonía, la rutina, hay que buscar cosas más locas, más diferentes, que lo saquen a uno de la rutina, entonces, lo que dicen los libros y lo que dicen las otras parejas, es cierto. A manera de que transcurre el tiempo, este, ese ímpetu inicial, ese [período] hormonal inicial va cambiando, las feromonas, lo que sea, luego entra la diletancia, más rutinario y tiene que empezar a volar la creatividad (Tobías, 38^a, NM, ZMC).

En otras ocasiones, la temática puede ir más allá y tocar asuntos no solo sexuales sino de formas alternativas a la monogamia, como tener una relación abierta, y que solos entre la pareja es imposible plantear. Así lo cuenta Arturo,

No, no, de manera directa no, más bien los planteamientos han sido aislados, indirectos, este, siempre con otras personas, pero que ella y yo nos sentemos a platicar tal cual, “oye, yo creo esto... y quiero hacer esto”, no ha existido el momento, eh, lo estoy buscando, es algo que también he venido trabajando para, para tratar de hacer un planteamiento de manera pues un poco racional, un planteamiento bien hecho, y no hacer, en cualquier momento lo vamos a hacer, voy a hacer el planteamiento y no sé qué vaya a suceder (...) indirectamente se ha comentado pues, por ejemplo, en reuniones con algunos amigos y todo que estamos reunidos, yo vierto directamente lo que pienso delante de las personas y todo, y está Adela a mi lado y todo, y pues es que yo no le veo ningún problema ¿no? (Arturo, 36^a, NB, ZMG).

Es evidente que ya sea de forma explícita o implícita el establecimiento de acuerdos entre las parejas es algo que ocurre invariablemente y que establece las bases de un proceso de institucionalización entre ellas. Esto implica la pérdida de espontaneidad, pero al mismo tiempo proporciona seguridad y tranquilidad al adquirir certezas respecto a qué esperar uno del otro. Estas negociaciones fortalecen el vínculo entre

ell@s y son expresión de amor, respeto, confianza y capacidad para ceder frente a la pareja o hacer esfuerzos por complacerl@.

La monogamia y la fidelidad

Como se ha visto en los capítulos anteriores, la monogamia y la fidelidad son valores que poseen una clara dimensión normativa que aún persiste en las regulaciones morales comunes para las parejas de todas las edades en la vida contemporánea. Sin embargo, al mismo tiempo, constituyen los terrenos más problemáticos en la vida cotidiana que éstas enfrentan pues son valores que se tambalean conforme aumenta el tiempo de duración de la relación, siendo común que el no respetarlos a pie juntillas sea la razón de numerosos conflictos y hasta rupturas, generadas por los celos que producen y los sentimientos de dolor, traición y decepción que generan en la persona ofendida. Estos conceptos son complejos y admiten diversos matices en torno a su significación. Asimismo, son aspectos de la vida de las parejas en las que se dirimen los límites entre la conyugalidad y la individualidad, el espacio compartido y el espacio privado, la entrega hacia el otro y la autonomía (Kauffman, 1999). Me parece que constituyen grandes dilemas pues son el eje constitutivo del imaginario romántico tradicional, el cual muestra enormes resquebrajaduras y, sin embargo, conserva su prestigio moral aún ahora en el siglo xxi.

A la par de esto, se ha observado la legitimación creciente de otros valores y principios que tienen que ver con la experimentación, la aventura, el riesgo, la búsqueda personal, la pasión y el placer, que incitan a la fantasía y a la búsqueda de relaciones ocasionales, de amantes o paralelas, que pudieran llegar a convertirse en enamoramientos nuevos que ponen en riesgo la pareja principal, y que atentan contra los valores de la monogamia y la fidelidad en su forma tradicional.

En los relatos de l@s adult@s jóvenes es claro que la monogamia y la fidelidad continúan siendo elementos valorados en una alta jerarquía moral, no obstante, también se revela la existencia práctica de espacios de autonomía personal, no necesariamente hechos públicos, que expre-

san la asunción de una regla del sentimiento posromántica que dicta para ambos miembros de las parejas, ejercer un espacio de autonomía que permite satisfacer sus necesidades personales. Tales espacios de autonomía suelen surgir en el terreno práctico y cotidiano mostrando el logro de márgenes importantes de tolerancia entre ellos, no necesariamente explicitados discursivamente.

En ese sentido, es relevante destacar que tales acuerdos implícitos no implican el asumirse como relaciones abiertas o que acepten claramente el que alguno o ambos tengan relaciones paralelas, en todo caso, si se llega a conversar, constituye un tema delicado. Se teme poner en riesgo lo que se tiene invertido en patrimonio económico, el contacto con los hijos y la estabilidad familiar. En realidad, no se ve como una fórmula alternativa en las parejas, sino como un paso previo a su separación, aunque la posibilidad de amar a más de una persona no sea algo difícil de aceptar para ellas.

A continuación, trataré lo encontrado a nivel de la significación moral de los conceptos de la fidelidad y la infidelidad. Sobre la fidelidad, en el nivel socioeconómico bajo fue claro que se trata de la condición fundamental para la estabilidad y permanencia de la pareja, se define como lo más importante entre ellos, y se asume como un concepto en el que se es fiel “en todos los sentidos”, sin admitir matices. Se relaciona íntimamente con la confianza entre los miembros de la pareja, la cual, al romperse, vulnera el corazón mismo de la relación. Así lo expresan Celia, Armida, Patricia, Ana, Demián, Arturo y Oscar. En los niveles medio y medio-alto, este valor se relativiza un poco y amplía sus significados. Por ejemplo, para Ariel, “yo creo que no se debe dar importancia si no se tiene que dar, o sea es como en inglés como dicen, *given*”. También puede ser entendida como un supuesto inicial de la relación de pareja que no se tiene que tratar después, se trata de un acuerdo fundacional de la vida en común, tal es el caso del mismo Ariel quien dice, “si ya elegí estar con una persona y esa persona decidió estar conmigo, pues no se debe mencionar nada más ¿no? o sea, entonces ¿qué onda con la fidelidad? como que qué onda, ya [lo] doy por hecho ¿no?”. Y de Héctor,

quien afirma, “hasta ahorita no se ha tocado el tema como un acuerdo como tal, pero me queda claro que somos exclusivos”. También para Lena es así, “los dos estamos en el supuesto de fidelidad total”. Como vemos, la regla del sentimiento romántica acerca de la defensa de los valores de la fidelidad y la monogamia tiene aún sus seguidores.

Para otras parejas, la fidelidad se asocia con el respeto, el compromiso, la confianza y es algo definido como importante o muy importante. Así lo definen Isadora, Viviana, Berenice y Juan. Otr@s entrevistad@s hacen distinciones entre lo que entienden como fidelidad, en unos casos más asociada al ámbito de la sexualidad, y en otros, a la lealtad hacia la pareja, siendo esto último, lo más importante. María lo explica así,

Para mí la fidelidad es más en el término sexual, como tener nada más una pareja sexual, porque lealtad es diferente, para mí lealtad es algo más profundo ¿no?, que la fidelidad, fidelidad es nada más como en cuestiones de sexo ¿no?, o sea, con tu pareja y ya (María, 32ª, NM, ZMG).

Lo mismo ocurre en la visión enfática de Jonás,

Si estás conmigo, es porque quieres estar conmigo, y eso implica un compromiso de lealtad, lealtad, una lealtad en la medida en la que yo te la estoy dando. Yo te estoy dando tu lugar ante el mundo y ante mí. Eres mi pareja y tú eres mi prioridad. Entonces, yo espero lo mismo de ti, y si no eres capaz de cumplir eso, no me interesas. O sea, no quiero. Yo ya no estoy como para otra de esas pendejadas, pues, y yo creo que ella también lo asume así (Jonás, 41ª, NMA, ZMG).

En el caso de Carolina, ella distingue entre fidelidad física y mental,

Porque hay mujeres que están casadas, pero se escriben con el ex, o sea, coquetean con el ex. La fidelidad no nada más física, sino mental y espiritual. Yo cuando me decidí casarme con Antonio fue así como: nada más es él y ya (Carolina, 35ª, NMA, ZMG).

Algunos relatos se posicionan críticamente frente al hecho de asumir el valor de la fidelidad de forma absoluta, expresando que denota una suerte de conservadurismo de parte de quien lo plantea, acusando un contraste con el contexto actual en el que ser fiel realmente es algo que no ocurre frecuentemente. Tal es el caso de Daniel, para quien la fidelidad significa,

Yo creo que es la base de la relación en pareja, sobre todo para mi generación es importante cuando asumes un compromiso ante la Iglesia, pero la verdad es que estamos en crisis, mi esposa y yo decimos que somos una especie en peligro de extinción porque prácticamente todos nuestros amigos se han divorciado o están separados, incluso nuestros familiares, entonces es importante para mí no tener otra pareja y no la tendría en términos sentimentales porque sentiría que estoy traicionando a mi familia, no solo a mi pareja, si quisiera estar con otra persona pues le diría, sabes, que ya no quiero estar contigo, quiero estar con alguien más y simplemente me separaría. Creo que no habría necesidad de llegar a algo así, ahora es complicado lidiar con esas ideas que parecen ya como retrogradadas, pensar en mantener una relación duradera y única durante toda la vida sin tener contacto con alguien más, porque el entorno de los amigos y los familiares son totalmente distintos, el asunto de los valores hacia la fidelidad se ha trastocado de manera dramática, entonces ahora los que se divorcian, los que viven en unión libre y los que son solteros nos bombardean a los heterosexuales y los que vivimos en unión en pareja con ideas con que lo mejor es con lo que ellos viven y yo creo que cada quien está bien en su contexto que se sienta cómodo (Daniel, 45^a, NM, ZMC).

Es claro que en el contexto contemporáneo ser pareja “tradicional” se asume como algo raro y escaso por la frecuencia de situaciones que viven el resto de las parejas que ponen en tensión la legitimidad de los valores de la monogamia y la fidelidad. Esto produce una disonancia emocional entre quienes desean seguir adheridos a la regla del sentimiento romántica y al mismo tiempo corren el riesgo de ser juzgados

como retrógrados o una “especie en peligro de extinción”. Del mismo modo, aún para ellos, la fragilidad de tales normas se ha naturalizado y se considera legítima la búsqueda de modelos alternativos.

Por lo que respecta al concepto de infidelidad, entre los entrevistados de nivel socioeconómico bajo este valor posee límites muy estrictos. Una vez que alguien es infiel se considera una burla que no se perdona, así lo afirma Armida. En el caso de Marcela, “que el otro ya no... ya no solamente lo haga contigo”. Mientras que, para Ana, ser infiel es “estar con una persona y tener otra. Tener dos al mismo tiempo. Desde una llamada que le estén coqueteando y que le estén cerrando el ojo, para mí desde ahí empieza la infidelidad”. Para algunos hombres, conversar de forma coqueta con personas del sexo opuesto también significa infidelidad, así lo narra Oscar, “si yo hablo con esta chica de manera más sentimental, más explícita sabes, o sea, qué onda guapura, ¿sabes?, o sea eso ya es, o sea, depende mucho de las palabras”. Y en el caso de Demián,

Yo pienso que si hablas con otra persona y ya le estás diciendo que te gusta o que quieres salir con ella o que te atrae o cosas así, no, lo que te pudiera decir algo en persona que lo puede ver como cierta forma de estar ligando alguien, pues tal vez ya siento que contaría como una infidelidad, ¿no? (Demián, 35^a, NB, ZMC).

Opiniones semejantes se presentan en el nivel medio-alto, así lo expresa Viviana, cuya opinión es estricta, “yo considero infidelidad, pues desde coquetear con otra persona, o sea, o a lo mejor coquetear no tanto, ya quedarte de ver con esa persona, o no se diga tener relaciones sexuales con esa pareja, pues no se diga, ¿verdad? ya sería como que ya eso no lo toleraría”. Lo mismo ocurre con Juan, quien no perdonaría una infidelidad a su esposa, “pues yo lo sentiría como una traición y como que ya se perdió la confianza que se tiene”.

Hay otras concepciones sobre la infidelidad en que el juicio se relativiza, pues adquiere matices y diversas significaciones. Por ejemplo, para algun@s de l@s entrevistad@s la infidelidad es una práctica posi-

ble para ambos miembros de la pareja, aunque en los hombres es más aceptada que en las mujeres, cosa que admiten los mismos varones, así lo narra Tobías, “las mujeres regularmente sí perdonan la infidelidad en los hombres, entonces, intentando ser justos, si yo fuera infiel y probablemente a mí me perdonen y probablemente yo no lo haga con ella, eso es algo difícil de contestar”.

Para otros casos, la infidelidad es algo que aún no han vivido pero que no consideran como algo improbable, en caso de ocurrir, se muestran abiertos a discutirlo y a enfrentarlo con sus parejas, lo cual expresa una regla del sentimiento que ya se había registrado entre los adultos medios, la de ser tolerantes ante la infidelidad del otro ponderando las circunstancias en que tiene lugar. Tales son los casos de Daniel, Ariel y Fabiola,

Si hubiera una infidelidad por parte de los dos podría ser, pero en estos tiempos pues esos asuntos de las fidelidades también ya es una, ¿qué será? Una moneda de cambio, algo muy común, pues todas las parejas han evolucionado, no sé cómo repercutirán en la vida cotidiana una situación así entre nosotros, no se ha presentado, entonces no tengo una idea de cómo sería un escenario así (Daniel, 45^a, NM, ZMC).

Cuando yo estaba más joven si decía por ejemplo de no, es que no puedo perdonar que sea infiel o cosas así, pero ya conforme pasa te das cuenta de que pues si fue infiel una persona es por algo más allá que tiene que ver con la relación de los dos, entonces a lo mejor a lo mejor ya no hay relación, pero no significa que ya en toda su vida no se lo vas a perdonar no? entonces no sé (Ariel, 41^a, NM, ZMG).

Sí él se enterará de alguna infidelidad de mi parte, tendríamos que platicarlo, ver las circunstancias y demás, pero que así de primera instancia, ah de porque te fuiste con otra y olvidamos todo lo que hemos vivido no, no nos

creemos capaces de hacerlo (...), lo que sí creo yo, es una parte que se debe platicar entre dos personas (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

En otros relatos el elemento que se destaca es que la infidelidad se límite a ser física y no involucre sentimientos, lo cual se consideraría más grave, así lo enuncian Ariel y Fabiola,

Yo creo que tiene más que ver con la parte sentimental, que la parte física ¿no? obviamente la parte física te digo que son cosas especiales cuando vas con los niveles que te decía sí, pero es más importante para mí la parte sentimental (Ariel, 41^a, NM, ZMC).

Creo que es tan bonita la relación que tenemos que no daría terminada una relación por infidelidad, siempre y cuando fuera por la parte sexual, bueno, tuvo una aventura sexual y ya, pero ya cuando se involucran otros sentimientos, otra parte, creo que esa parte sí me dolería (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

Un elemento a destacar es que Daniel, Ariel y Fabiola coinciden en tener un nivel educativo de posgrado, y que al parecer permite que la tolerancia a la infidelidad se restrinja a que ocurra sólo en el plano físico, denotando a su vez la existencia de una regla del sentimiento que había aparecido antes relativa al derecho de tener satisfacción sexual individualizada, en este caso, con relaciones adicionales a la pareja principal.

Para otros entrevistados la clave de la infidelidad no radica en el hecho mismo sino en el mentir al respecto, engañar al otro, así lo ven Héctor y Carolina, o el mismo Pablo, quien le ha propuesto a su pareja tener una relación abierta y ella se ha negado. En estos casos, el valor predominante es el de la honestidad, por encima del de la fidelidad, lo cual trae a cuento una regla del sentimiento posromántica encontrada antes entre los adultos medios, la de ser honestos frente al otro y no engañarse.

Un aspecto interesante que apareció al tocar el tema de la infidelidad fue el que expresaron algun@s entrevistad@s respecto a la posibilidad

o el deseo de estar o conocer a otras personas, sin llegar a concretarlo aún. Hablamos de una infidelidad que constituye una fantasía recurrente que a veces ocupa su mente. Me parece muy significativo agregar que los relatos más densos corresponden todos ellos a mujeres de los tres niveles socioeconómicos y que revela la existencia de otra regla del sentimiento posromántica que invita a desear a más de un hombre a la vez, presente también en las mujeres de generaciones anteriores. En el caso de Armida, ella ha considerado esa posibilidad, pero “pues sí, pero como me gusta digo no, no, no, pues porque tengo mi pareja y hasta ahí le paro, pero nomás [risas]”.

Hay otros testimonios que expresan el deseo de tener contacto con otra persona, pero inmediatamente se agregan las razones para evitarlo, haciendo un balance racional de lo que ganarían frente a lo que perderían o pondrían en riesgo. Tales son los casos de Fabiola, Isadora y Lena,

Hasta ahorita no he tenido como esa curiosidad o al menos conocer un hombre que pudiera decir vale la pena que a lo mejor este, echarse esa canita al aire no he conocido yo a alguien que me mueva que lo descarto, no, no lo descarto porque al final de cuentas somos humanos y en algún momento se puede presentar y más por la cuestión de la naturaleza humana, pero hasta ahorita no he tenido como esa, ese, pues ahora sí circunstancia. [Y agrega] no puedo decir, por una sola relación yo voy a perder al gran amigo que tengo, a mi pareja como tal y desestabilizar mi familia no lo creo capaz, él me dice del mismo modo (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

Para mí es muy difícil, o sea, ya ves que ve uno alguna película erótica o sexual o porno y sí, así como que me incita, pero yo pienso que estando ya en el mero, mero, ha de ser complicado Yo pienso que al siguiente día empezarían las culpas y los reclamos, entonces digo no, para que entro, para que le entro si me voy a poner bien brava yo también, porque no sé cómo (Isadora, 47^a, NMA, ZMC).

Por como soy, creo que no podría entrarle con alguien de una noche, porque creo que, para mí, involucra como un vínculo distinto. Entonces, no sé si se me daría entrarle con alguien de una noche. Entrarle con alguien de no una noche, ya implica otras cosas. Entonces, creo que se ha quedado ahí la duda. No sé cuánto tiempo vaya a estar, no sé si me voy a morir con la duda, pero sí es un... Algo está por ahí. Hay un signo de interrogación (Lena, 38ª, NM, ZMG).

En el caso de Aurora, tiene la tentación intensa de contactarse con un exnovio al que encontró en redes sociales, pero tampoco lo ha hecho,

Entonces dije, ay, sí es, ¿no? y he querido como decirle hola, pero no me atrevo, ni siquiera el hola, ¿no? (...), esta parte que no le he dicho que quiero hacerlo [de hablar con su exnovio], no me animo como a decirle oye, no creo que él se moleste [su marido], él me va a decir como tú quieras, o sea, eso me va a decir, pero no creo que sea infidelidad. Pero como que sí curiosidad, ¿no? Y de saber cómo está la otra persona y, no sé, sí... (Aurora, 43ª, NM, ZMC).

Una motivación para desear conocer a alguien más tiene que ver con haber tenido sólo una pareja sexual en la vida, así expresa Lena esta curiosidad,

En la fantasía, es como... No sé, como experimentar otras cosas. Otra relación. O sea, es más una fantasía, porque ni siquiera hay nadie que me llame la atención. A ver, hay un punto que, para mí, es como ruidito, ¿no? Es decir: Has sido mi única pareja sexual (...) Y va a seguir siendo la misma. O sea, capaz que me muero y sigue siendo sólo él. Entonces, de repente, sí es como: Y, ¿cómo será [risas] con alguien más? (Lena, 38ª, NM, ZMG).

Es significativo que sean en su totalidad mujeres quienes han fantaseado con tener aventuras con otras personas y que no las hayan tenido por ese impulso racionalizador que contrarresta el deseo inicial. Es

probable que la explicación al temor de que la experiencia no quede circunscrita a la práctica sexual, expresa la persistencia de una regla del sentimiento romántica que determina negarse a tener prácticas sexuales por el riesgo de vincularse emocionalmente, cosa que hace alusión a la imposibilidad de tener sexo por placer para las mujeres, dentro del imaginario romántico. De este modo, es claro que la vinculación de la sexualidad con el amor es una expectativa femenina que aún posee una enorme fuerza. Como vemos, en el contexto que nos ocupa y en particular para las mujeres adultas jóvenes, no tienen mayor peso las afirmaciones que autores como Zygmunt Bauman desarrollan respecto a la tendencia de que las “relaciones de bolsillo” se generalicen, ahorrando a las personas el esfuerzo de cultivar y construir relaciones de largo plazo y preferir aquellas en las que, según la ocasión o apetencia, se sacan del bolsillo y se vuelven a guardar (2005).

A continuación, veremos las experiencias de infidelidad efectivamente vividas por los entrevistados. En el caso de los hombres, el tener relaciones sexuales ocasionales no tiene un significado especial más allá de haber disfrutado el momento, así lo ha vivido Pablo y así lo narra Arturo,

La infidelidad es algo que, es una cosa hacia adentro más que hacia otra persona, no sé cómo explicarlo, yo por ejemplo, en estos quince años de casado con ella he estado con otras tres personas, no de manera recurrente, no he tenido parejas, este, alternas, por así decirlo, pero, tampoco me he enganchado con otras personas, no es, no es que quiera tener una doble vida pues, digo, no, la verdad, eh, han sido como momentos donde se han dado simplemente, y listo y ya, no pasa nada (...) por lo menos hasta ahorita no ha involucrado sentimientos pues ¿no?, digo, algunas de estas personas con las que he estado, digo, nos seguimos viendo y como, como cuates, “¿qué onda, cómo estás?, y todo”, y no pasa absolutamente nada, nunca me ha generado ese conflicto, hasta ahí se ha mantenido (Arturo, 36^a, NB, ZMG).

Las infidelidades cometidas por hombres también son relatadas por sus parejas mujeres, quienes los descubren y asumen distintas posturas ante este hecho. Para Berenice, por ejemplo, fue la razón de su divorcio, “un domingo fui con mis amigas a comer y me lo encontré con otra. Así, en un restaurante. (...) Llegué, lo enfrenté. (...) me buscó diciendo que nada más era una amiga, a la que le contaba todo, pero ahorita ya se casó con ella [risa]”.

Como vemos, es común que los maridos no acepten el haber tenido otra relación y lo nieguen absolutamente, tales son los casos de Ana, Lucía y Fabiola, quienes, una vez pasada la crisis, los perdonaron,

En alguna ocasión me enteré que fue infiel, mi propia madre me lo dijo, habló conmigo él, se me hincó, que no era cierto, y quise olvidarlo, ok dije está bien (...) me quedó la dudita pero pues igual no me gusta mucho meterme en cosas que a veces no, no me gusta, me gusta evadir ciertas cosas o ciertos temas que no me gusta recordar o que ya pasaron, ya no tiene caso (Ana, 48^a, NB, ZMG).

No me gusta provocar problemas en la forma de decir de si no me consta, para qué busco. Ya cuando me conste de veras, de veras, que yo los vea, que lo acepte, entonces ya hasta ahí, pero no, y él nunca lo aceptó. No, nunca lo aceptó. Le dije, si yo me doy cuenta que tú tienes otra persona, te voy a perdonar, pero tú no me vas a perdonar a mí. Entonces le dije, no esperes nunca eso de mí. Si yo me doy cuenta que tú me pones el cuerno, no creas que yo voy a ir corriendo a ponértelo. Le dije no, yo no. En primer lugar, me quiero y me respeto, le dije, y mi dignidad es superior al amor o al respeto que tengo, le dije, pero yo tengo hijos y al rato no quiero que me echen en cara que: “ay, tú también eres igual, ‘amá, ¿por qué me quieres reclamar esto si tú eres igual?” No, le dije, aunque dicen que los hijos no deben de juzgar a los padres, pero no, no me quiero arriesgar (Lucía, 46^a, NB, ZMG).

En una ocasión me confesó haber besado otra mujer, pero él jura y perjura que no pasó nada más, yo quiero creer esa parte, pues sí, al final de cuentas

no la ubiqué, que él haya cambiado su forma de tratarme a mí de estar con su familia y esa parte creo yo, que puedo yo tolerar (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

Como vemos, el que los varones tengan relaciones ocasionales no impide que mantengan relaciones estables y que hagan todo lo necesario, hasta mentir, para conservarlas si son descubiertos. Esto revela una regla del sentimiento romántica masculina que dicta el desear a más de una mujer a la vez, sin involucrarse emocionalmente. En este sentido, las “relaciones de bolsillo” planteadas por Bauman (2005) ocurren, pero no se convierten en la forma común de relacionarse afectivamente, ni aún entre los hombres, ni sustituyen las relaciones estables y duraderas.

En el caso de las mujeres que han sido infieles, las situaciones son distintas. En el caso de María, el tener otra relación ocurrió cuando ya no estaba bien con su marido y deseaba separarse,

No hay mucha convivencia, y cuando la hay, pues tiende a ser ¿cómo lo puedo decir?, tiende a ser un poco, pues no es muy cordial la relación, porque por esta situación de que yo me quiero separar, y que él supongo tiene sospechas que yo salgo con alguien, entonces es un tanto incómodo. Yo creo que lo sospecha, pero no lo sabe, así de cierto no (María, 32^a, NM, ZMG).

Mientras que, en el caso de Ana, quien está separada, tener una relación de amantes es algo que desea y justifica abiertamente,

Desgraciadamente él es casado, yo necesito a veces platicar con alguien, fisiológicamente más que nada por ahí voy, te soy honesta, me trata súper bien, me trata como una reina. Es pobre, pero me atiende súper bien. Y yo te soy honesta yo siempre he pensado, yo no quiero alguien para casarme ni para vivir con nadie. Para mí, está bien. Es lo que yo busco, quiero. Trato de no estar tan enganchada porque esto es pasajero. Mientras dure lo voy a disfrutar. Y si así es para mí, no pienso tener una relación formal, ni estable de momento con nadie (Ana, 48^a, NB, ZMG).

Como vemos, entre las mujeres tener relaciones sexuales ocasionales no apareció como una práctica común, cosa que engarza con lo que encontramos respecto a que se manifiesta más en un terreno fantasioso que real. Al parecer, al menos en esta generación de adultas jóvenes, el sexo sigue vinculado a la relación amorosa o al involucramiento emocional tal y como dictan las reglas del sentimiento románticas.

Otro aspecto que apareció entre los entrevistados respecto a estos temas fue que una de las razones que arguyeron para no tener relaciones sexuales adicionales a su pareja fue el miedo a contraer alguna enfermedad de transmisión sexual. Así lo expresaron Aurora, Lena, Tobías, Isadora y María, quien se lo advierte a su marido, “porque no quiero que me vayas a contagiar de nada”. Es claro que la advertencia de la amenaza del virus del sida, así como del papiloma humano constituye un conocimiento compartido por esta generación, el cual fue asimilado desde su juventud temprana. Esto denota la renovación de una regla del sentimiento romántica que invita a ser fieles por temor a contraer enfermedades de transmisión sexual, riesgo que entre los adultos mayores se atribuía únicamente a las mujeres del estereotipo femenino negativo y que entre los adultos jóvenes se amplía a ambos sexos.

Abordaré ahora las experiencias de relaciones paralelas de l@s entrevistad@s y si éstas han sido del conocimiento de su pareja. Al igual que como ocurre con los hombres que niegan haber cometido alguna infidelidad en relaciones ocasionales, en el caso de Saidi, su esposo negó rotundamente el haber tenido otra relación mientras él trabajaba en Estados Unidos,

Cuando él se fue a Estados Unidos, regresó y, en un portarretrato que tenía a mis hijas y a mí, se cayó el portarretrato y salió una foto de una muchacha con una niña. Yo le pregunté a él, este... ¿Quién es? “No sé”. Le dije: ¿Quién es? Está en el portarretrato en que tienes a tus hijas. “No sé. No sé”. Y, de ahí, no lo saqué. Nunca. Y, hasta la fecha, no sé, y él tema pues ya quedó, pero él, nunca. Y yo, así: ¿Cómo no vas a saber quién es? Tú lo debiste de haber puesto. “No sé, no sé, no sé”, y, de ahí, no lo saqué (Saidi, 38^a, NB, ZMG).

En el caso de María, tener una relación paralela fue una decisión para paliar su frustración con el tipo de relación que tenía con su marido,

Una parte importante por la cual también yo decidí tener una relación extramarital, o sea, no es principalmente el sexo, o sea, para mí pesan más las cuestiones emocionales y afectivas, pero también el sexo es muy, muy importante para mí, entonces, yo sentía que no era cubierta mi necesidad, y pues, no salí a buscarla, pero pues se presentó alguien que la cubrió. Han sido más satisfactorias que las relaciones que tenía con el papá de mis hijos, porque pues no tenía ese problema ¿no?, de eyaculación precoz, entonces, como que yo empecé a disfrutar más mi sexualidad, a conocerme más, a disfrutarlo más (María, 32ª, NM, ZMG).

Mientras que Saidi, quien tuvo una relación adicional también, ésta no llegó a las prácticas sexuales y no representó nada que pusiera en riesgo su matrimonio, al platicarlo con su esposo, ella narra, “Yo le decía: Pero es que no, no es para tanto. O sea, no, no. Y, luego, ‘Es que preséntamelo. Quiero conocerlo’, y yo: ¡Jamás! ¡Jamás te voy a decir quién es!”. Para ella, la motivación de tener otra relación obedeció a tener una amistad cotidiana, un acompañamiento,

Ya hasta después, que ya le di mi número de teléfono, entonces, ya me marcaba. “¿A qué hora sales de tu casa?”. No, pues a tales horas. “Ah, bueno, entonces, ya te puedo marcar”. Ah, pues sí y durábamos horas hablando por teléfono. Yo me cuelgo los auriculares y el celular en el mandil, y trabajando y hablando por teléfono. [Y cuando la relación termina] Pues sí me pesa, porque, le digo, porque ahora sí que era como mi psicólogo. Y, digo, sí, sí, pesa. Pero, digo, bueno, a lo mejor, digo: No vale tanto la pena, porque pues están mis hijas, está toda mi estabilidad. Entonces, digo: Pues bueno. [No iba] a cambiar todo lo que ya tengo, yo, seguro, por algo que, a lo mejor, no iba a funcionar, porque pues él tiene su familia, y tampoco pensamos, nunca, el hacer pareja. No (Saidi, 38ª, NB, ZMG).

Es claro que la motivación de estas relaciones no necesariamente se plantea en el sentido de obtener una gratificación sexual, sino funcionan como vínculos de soporte y afecto que se mantienen bajo control y no representan un riesgo a la relación principal, lo cual revela que persiste una regla del sentimiento romántica que dicta no enamorarse, o enamorarse con límites, de amantes o relaciones paralelas para no atentar contra la relación conyugal.

Al igual que en la generación de adultos medios, el tema de la definición del tipo de pareja que se desea establecer apareció, pero con mayor recurrencia entre los adultos jóvenes. En sus relatos, algunos de ellos lo consideran como una posibilidad deseable el adoptar un formato de relación abierta, así lo narra Arturo,

Yo lo he contemplado y todo, tengo un acompañamiento psicológico desde hace como ocho meses, también mi esposa comenzó a ir con un psicólogo hace unos dos meses, y son algunas de las cosas que he planteado en terapia, digo, la verdad es que me falta llegar al momento donde pueda sentarme con mi esposa y hacer un planteamiento formal y decirle, “oye, quiero tener esta posibilidad, quiero que lo sepas, quiero que estés enterada”, y bueno, a lo mejor va a ser algo complicado pero sí, sí lo, lo he estado contemplando..., porque en algún momento podría darse, no sé qué vaya a suceder después de esto pues. La verdad sí me gustaría hacerlo de manera consensuada, no me gustaría tener eso, eso de tener que estar buscando los momentos o, no sé, no, no me agrada, eso, eso sí me genera ahí una especie de resquemor, no sé cómo decirlo, entonces sí, me gustaría que fuera algo consensuado, no sé hasta dónde, qué vaya a suceder cuando haga el planteamiento pues ¿no?, pero sí es algo latente (Arturo, 36^a, NB, ZMG).

En el caso de Aurora es algo que ha platicado con su pareja y también lo vislumbran como algo posible en el futuro,

Quién sabe ya si lo decidimos hacer sí puede ser un conflicto, pero yo creo que no, yo creo que no, no sé [risas]. Lo platicamos y dijimos pues sí verdad,

podría ser, pero como que lo vimos a lo mejor lejano, ¿no? No real, a lo mejor y ah, pues sí estaría padre (Aurora, 43^a, NM, ZMC).

En otras situaciones, la propuesta es efectivamente planteada al otro miembro de la pareja, el cual, la rechaza, así le ocurrió a María y a Pablo,

Yo por ejemplo, le he propuesto, yo le dije, sabes qué, tú puedes tener lo que quieras con quien quieras, pero pues a mí no me toque, porque no quiero que me vayas a contagiar de nada, y me dice “no”, dice, “no, lo haces porque tú quieres tener algo con alguien”, y me hago la loca ¿no?, que no, pero sí, sí le he propuesto, y él no quiere. Se molesta mucho, porque me dice que yo tengo a alguien, que yo es lo que quiero, que esa no es una propuesta, que no le debería de proponer eso, que es, que nada más estamos juntos por los niños, pues, que ya lo deje (María, 32^a, NM, ZMG).

Mira, se planteó... A inicios de este año, viajamos, fuimos a Europa, y pues ese viaje nos sirvió muchísimo a los dos. O sea, a nivel mental, pues, creo, ¿no? Y, claro, pues, obviamente, al pasar por esa ciudad, pues ese y otros temas tabú se pusieron sobre la mesa. Entonces, se habló de eso. Yo soy un poquito más abierto; ella, no tanto. Y, bueno, al ella decir “Yo no”, se acabó (Pablo, 37^a, NMA, ZMG).

La misma respuesta le dio Viviana a su pareja, “yo lo he platicado y pues yo no estoy de acuerdo, o sea, a mí no me agradan ese tipo de [cosas]”. El que la elección del tipo de pareja que se desea ser sea un asunto que se desea o se pone sobre la mesa entre los miembros revela que existe una nueva regla del sentimiento de tipo posromántico que determina que optar por un formato cerrado o abierto debe ser producto de un acuerdo, lo cual contiene implícitamente que el cuestionamiento a la pareja monógama sea legítimo. Al mismo tiempo, el que en todos los casos citados antes haya habido un rechazo ante la propuesta expresa también una disonancia emocional, el desear elegir de forma libre el tipo de pareja choca de frente con el miedo que despierta enfrentar los

conflictos posteriores, venidos de la decisión de emprender un camino no transitado por otros de forma frecuente.

Un factor que influye en que algunas personas se planteen la posibilidad de adoptar formatos alternativos a la relación de pareja monogámica es el acceso a información venida de libros y talleres, así lo narran Aurora y Fabiola,

Una chica de aquí de la asociación tuvo un taller de poliamor, entonces yo no lo tomé, lo tomó [su marido], y me dice, está muy interesante, porque no nada más, o sea, sí... [pensativa] Sí puedes querer a otras personas, ¿no? Y a lo mejor llegar a la sexualidad con otras personas; y eso lo hemos platicado, bueno ¿y a nosotros nos gustaría? ¿lo probaríamos? Y no nos cerramos eh, no nos cerramos en decir no, no, o sea, puede ser (Aurora, 43^a, NM, ZMC).

En el libro que leíamos la parte de la poligamia, la fidelidad, que no era algo natural al ser humano, de algún modo culturalmente se ha establecido, pero llegamos a la conclusión porque en el libro antropológicamente establecían esos temas, culturalmente se impone la monogamia, (...) eso nos queda muy claro que en algún momento, en alguna circunstancia de la vida pudiéramos estar en una situación así, en la que vamos a tender a romper esa regla y que a lo mejor no va a ver ni motivación u obstáculo que te diga, no quiero hacerlo, porque a lo mejor te gana en ese rato tu instinto sexual, animal, no sé cómo llamarlo y pues vas a caer en esa situación, pero que lo estemos planeando pues no, de que estamos en ese entendido de que puede pasar, puede pasar (Fabiola, 37^a, NM, ZMC).

Es claro que la consideración de formatos alternativos a la relación de pareja monogámica se ha ido legitimando progresivamente y se ha vuelto un discurso cada vez más presente a nivel social⁹⁴. Al parecer, es un asunto que resulta atractivo para hombres y mujeres de los niveles

⁹⁴ Este fenómeno ha ido cobrando cada vez más relevancia entre los jóvenes urbanos, clase mediera y educados de la segunda década del siglo XXI, volviéndose temas frecuentes

medio y medio-alto, y en particular con un nivel educativo de licenciatura hacia arriba. No obstante, el que estas opciones abiertas o poliamorosas no sean llevadas a la práctica por l@s entrevistad@s de esta generación, expresa a su vez un miedo atávico generado de pronunciar ciertas palabras, pues hacerlo, hacen que parezcan posibles.

La trayectoria sexual de las parejas

Así como fue evidente en las generaciones previas a ésta, las prioridades a lo largo de la relación de pareja van cambiando y la dimensión de la sexualidad se va desplazando para ocupar un espacio por debajo de otros aspectos de la vida en común, como son la resolución de problemas familiares, de dificultades económicas, de apoyo a otros miembros de la familia, etc., motivo por el cual la pasión en la pareja decrece y adquieren mayor prioridad otros vínculos entre ellos, como son el compromiso y la intimidad, dentro de la cual la comunicación y el entendimiento cotidiano pasan a ser mucho más importantes que la obtención de placer y el disfrute sexual.

Un aspecto que se exploró fue cómo había sido la vida sexual para l@s entrevistad@s a lo largo de su relación de pareja y si ésta cambió con la llegada de los hijos. Los relatos venidos de ahí dan cuerpo a esta sección en la cual incluí el repertorio de estrategias que narraron con el fin de reavivar su vida sexual y superar la rutina del matrimonio, dentro de lo cual emergen también las comparaciones entre sus vidas antes de éste, en el noviazgo, y lo vivido ya casados.

Un tema que aún sin preguntarlo apareció en varios relatos fue el de la virginidad, en el caso de las mujeres sobre todo del nivel bajo. Este asunto tiene relevancia para ellas pues marca el inicio de su vida sexual y lo llena de significado. En el caso de Celia y de Lucía, su marido ha sido el único hombre con quien han tenido relaciones, así lo cuenta Celia,

entre ell@s las relaciones abiertas o poliamorosas, así como las críticas al amor romántico, el cual es considerado violento y patriarcal (Ver De Santiago y Rodríguez, 2022).

Sí, sí. Yo le he platicado que, si ha tenido más parejas, y pues él me dice que sí, pero que pues nunca llego a más, que nomás así mano sudada y eso. Pero nomás hasta ahí, dije ah, pues tú te disté cuenta que yo era, que, pues que era el único, y pues así (Celia, 35^a, NB, ZMC).

Mientras que para Lucía fue algo que platicaron y sobre lo que externó sus miedos al perderla,

Me propuso tener relaciones antes de casarnos y yo pensaba, que dije: cómo me van a [querer], si no se casa conmigo, quién se va a casar conmigo. Ya no soy virgen, yo, mis ideas. Ya nadie me va a aceptar, yo decía, ¿'edá? Y no, sí, nos casamos, me dijo él primero que si nos juntábamos un tiempo y yo le dije: no. Yo no, porque dices, nos casamos, nos juntamos un tiempo, este, tú vas a querer tener una vida marital conmigo y vas a decir, ¿sabes qué? no la hacemos, adiós. ¿Y quién pierde? Yo pierdo, entonces le dije: no. [Y vuelve sobre el asunto] me insinuó tener relaciones, ya fuimos, ya todo y así pasó. Y ya, le dije, ya después pensando las cosas bien, le dije, no te sientas, me pidió matrimonio, me dice “quiero casarme contigo”. Le dije, no te sientas comprometido por lo que te platiqué antes, de que nadie me va a querer si ya me usaste, y decía. “No, no, no. Me quiero casar contigo”. Bueno, y ya así quedó. Y yo me sentía soñada, aunque estaba en pecado, pues, digo, no salí de blanco, de pureza, de limpia, ¿verdad? Pero sí salí de blanco (Lucía, 46^a, NB, ZMG).

En estos testimonios se revela aún la persistencia, entre las propias mujeres, de la regla del sentimiento romántica referida a poseer cualidades y características del estereotipo femenino positivo, el cual implica llegar vírgenes al matrimonio, lo cual significa poseer una virtud que asegura otras cualidades como la decencia y la continencia.

En contraste, el caso de Lena, llegar virgen al matrimonio y que su esposo haya sido hasta ahora su única pareja tiene otro significado, en tono de broma conversan, “pues le da risa y me dice ‘bueno, pues yo no tengo la culpa de que hayas llegado [risas] virgen a la relación, ¿no?’. Le dije:

No, ni yo". Lo mismo ocurre con Alejandra, para quien la virginidad no tuvo relevancia, pero sí para su mamá, quien se enteró que tuvo relaciones con su novio antes de casarse, lo que originó que le llamara puta,

Como a los tres o cuatro meses, mi mamá me espió en una conversación telefónica en donde yo le decía a una amiga con qué ginecóloga ir. Entonces, de ahí, me corrieron de mi casa, me dijeron que era puta, y yo dije: O sea, pero si no cobré. O sea, ¡eso no entra! [Risas] (Alejandra, 43^a, NMA, ZMG).

En estos casos, la virginidad ha perdido su prestigio y la actitud ante ella adquiere matices de burla o de broma.

Pasando a lo que concierne a la trayectoria de la vida sexual entre las parejas, encontré resultados diversos. El primero de ellos es que se reporte un balance en el que el resultado es que la frecuencia de las relaciones sexuales disminuye. Ana lo narra así, "al principio si era acá todos los días y pasaba una semana, dos semanas, un mes y ya después ya no fue tan fluido esto, pero yo lo consideraba normal". Una de las razones que se atribuyen al descenso de la vida sexual, que ya había aparecido en secciones anteriores, es el fenómeno de la rutinización, así como el desencantamiento de la persona con la que vives que ocurre con el paso de los años. Tobías lo describe de forma muy cruda,

[Al inicio] la frecuencia es todo el día si es posible, todos los días y luego entra uno a un estrés, una rutina, una cosa... De hecho, la convivencia misma daña un poco esa magia a veces, no. En la época de noviazgo uno idealiza a la persona, entonces, tú tienes la intensidad sexual con esa persona y luego esa idealización se acaba cuando uno convive con alguien, uno aprende todos los defectos, esos defectos a veces generan cierta repulsión que ya uno compensa con el amor y luego entra una dinámica que es mucho más diferente, entonces, esa pasión adolescente que tienen al inicio todas las parejas sí nos cambia efectivamente (Tobías, 38^a, NM, ZMC).

A esto mismo hace alusión Pablo, aunque desde una postura un poco más optimista, cosa que atribuye a la dinámica propia de la vida en común,

Ha habido subidas y bajadas. Yo se lo atribuyo al tiempo, a la rutina, a... No sé, yo siempre lo comparo con que, a mí, mi lógica me dice que no va a ser lo mismo, digamos que la atracción sexual en el primer año que en el doceavo. O sea, real. Y, en función de eso, hemos tenido discusiones por eso. Ha habido plazos largos donde no sucede, y es porque, de mi parte, estoy enfocado en otras cosas, veo que ella también, y lo hemos hablado: ¿Sabes qué? No tengo ganas. “Yo tampoco”. Ah, bueno, pues está chido así. Después, ha habido donde uno sí tiene y, el otro, no, o en donde, de plano, los dos estamos en el mismo canal, ¿no? Y pues... Hermoso [risas]. Entonces, creo que son como... sí, ciclos, son ciclos, son ciclos, ¿no? Yo trato de verlos como parte de un funcionamiento (Pablo, 37^a, NMA, ZMG).

Este balance, que podría llamar “realista” de la evolución de la vida en común, apareció también entre las generaciones anteriores. Sin embargo, tanto Tobías como Pablo no han llegado a los 40 años y su cansancio o desilusión parecerían ser mayores. Es posible que para los adultos jóvenes las expectativas de gratificación sexual en la vida en pareja sean más altas que lo que fueron para las generaciones que los antecedieron, lo cual engarza con el tiempo que les ha tocado vivir, una sociedad cuya industria mediática les exige permanentemente cumplir con ideales de rendimiento sexual muy altos y que revela el peso aún mayor que tiene la regla del sentimiento posromántica que dicta que disfrutar sexualmente no sólo es legítimo y muy importante para ambos miembros de la pareja, sino casi obligatorio.

En otro relato, el de Jonás, aparece esta misma idea del peso de la rutina, pero de forma distinta. El da cuenta de cómo la magia de la relación se recupera cuando la pareja se ha separado y se reencuentra luego de un tiempo,

Sé que hay como momentos, este... hay etapas difíciles, hay otras que se calientan más. Así como tú ves el buen momento después de regresar juntos, donde todo parecía, otra vez, como cuando éramos morros, que todo funcionaba así, como con magia, de repente se da esta etapa medio de frialdad. Pero, sin embargo, fíjate que puedo decir que estamos bien, salvo ese aspecto que no es poco importante (Jonás, 41^a, NMA, ZMC).

En los tres fragmentos llama la atención que sean voces masculinas las que hacen un recuento que racionaliza el devenir de su trayectoria sexual, esfuerzo que denota por una parte la necesidad de una vida sexual más intensa, y por otra, la aceptación de su carencia y la asunción de considerarse incapaces de cambiarla. Esta combinación de sentimientos revela una disonancia emocional.

No obstante, no todos los balances de la trayectoria de la vida sexual tienen este tono pesimista, por ejemplo, un elemento que se trae a cuento en otros testimonios es el papel que ha jugado el desarrollar conocimiento cada vez mayor entre los miembros de la pareja, que funciona como un factor positivo y enriquecedor, así opina Demián,

Pues sí ha ido de menos a más, yo creo, no en el aspecto de la frecuencia que se le dé, ¿no? a las relaciones, pero sí de que nos conocemos ya bastante los dos, porque pues por tantos años porque ya hemos hablado, porque ya me ha dicho ella lo que le gusta, ella ya sabe qué es lo que quiere, yo también, ya nos conocemos, a veces ya ni siquiera necesitamos decirnos nada, simple y sencillamente fluye la relación, lo que en un principio pues a lo mejor no digo que era malo, pero éramos desconocidos los dos, ¿no? Igual estábamos aprendiendo (Demián, 35^a, NB, ZMC).

Aurora, por su parte, agrega a este conocimiento el que se tenga un lugar donde poder estar tranquilos,

Nuestra sexualidad también fue cambiando, ¿no? Porque cuando nos conocimos pues era a cada ratito [risas] Y después ya no fue tanto, ¿no? (...)

y aparte buscar el espacio, buscar que estemos tranquilos, de la mente, del cuerpo y de todo, que estemos tranquilos pues. También cambió, pero al principio nos gustaba mucho, ¿no? Pero después ya fue como, no sé si otra etapa, donde le decía, ay, mira me gusta a mí así o él también me dice me gusta así (Aurora, 43^a, NM, ZMC).

También apareció el tener más tiempo disponible, como cuenta Augusto, “de novios a casados... Pues realmente que ya no, que ya no dependíamos de un horario para, entonces, digo, disponíamos de nosotros las 24 horas, entonces podíamos aprovechar cualquier momento”. Por su parte Isadora agrega que con el tiempo el sexo ha ganado en intensidad,

Cuando éramos jóvenes era como pues la emoción no, así la emoción de pues tener relaciones no, de jóvenes, más no me siento muy diferente de joven ahorita, verdad [ríe] no hay mucha diferencia, creo que hay más intensidad porque nos conocemos más. O sea, nos conocemos mucho más, se lo que le gusta a él, él sabe lo que me gusta a mí, me complace mucho (Isadora, 47^a, NMA, ZMC).

En estos testimonios se revela no sólo el importante papel que juega entre las parejas comunicarse y, en este sentido, profundizar en el conocimiento mutuo, sino también la regla del sentimiento posromántica que determina que es legítimo satisfacerse individualmente según los gustos y necesidades. En ello colabora una actitud positiva de parte de los hombres para desarrollar habilidades para complacer a sus parejas, lo cual denota una forma de masculinidad más generosa con el sexo opuesto. Así lo narra Armida,

Pues yo pienso que al principio era como que nada más le importaba a él ¿verdad? Pero yo fui la que le dijo, ah no, tiene que ser los dos, como es muy machista él, como que tuvo otras parejas en las que nada más bien y no le

importaba lo que sentía su pareja. Sí, al principio y bien... fue cambiando hasta que nos la llevamos bien en eso [risas] (Armida, 40^a, NB, ZMC).

Otra estrategia que revela una actitud proactiva para superar la rutinización de la vida sexual consiste en ver juntos películas pornográficas, gusto que en la generación anterior correspondía únicamente a los hombres. El ver pornografía es considerado como propiciador de un ambiente más favorable para tener relaciones sexuales, así como el conocer prácticas sexuales innovadoras, las cuales se desean y se temen al mismo tiempo. En algunos casos, el ver películas pornográficas se relaciona con asistir a moteles, lo cual también se asocia con tener tiempo y privacidad, condiciones que en la casa no se tienen. Así lo cuentan Marcela y Lucía,

Cuando asistíamos mínimo una vez a un motel donde es el lugar que puedes gritar, que puedes ser tú, es como parte de eh... este... él lo veía como fuera de la rutina. Cuando lo hacíamos cuando éramos novios, que no teníamos un lugar este... como una habitación como ahorita en nuestro hogar. Pero esa parte, utilizábamos en los moteles, era la parte de la cuestión pornográfica, los videos que estaban ahí, ¿no? Y era como la parte de... hasta a mí me ocasionaba como la impresión y decía eso no existe, ve nada más. O sea, el atreverme a hacer con él este tipo de cosas han servido las tecnologías. Pero ahorita nuestra dinámica de contexto de casados ha sido como más informativo (Marcela, 34^a, NB, ZMC).

Cuando el momento necesitamos estar a solas. Incluso nos hemos ido a un hotel. Cuando estaban más chiquillos mis hijos, le salía a mi marido una rifa o traía dinero y decía: “ámonos allá”. Ey y nos íbamos (Lucía, 46^a, NB, ZMC).

Es importante destacar que coinciden en este gusto tanto los hombres como las mujeres, así lo narran Fabiola, Aurora e Isadora, aunque ellos son mucho más expresivos al respecto, Héctor cuenta, “celular para ver pornografía y encender la llama... [risas]”, o Ariel,

Sí, video llamada o mandarle una fotito por ahí medio cachondona, o algo cuando estás fuera, y también hemos usado por ejemplo algo que también hemos hecho [es] tomar referencias de videos porno, así como para ah mira esto ¿sí? (...) en vez de sentirnos inseguros de que no es que él tiene cosas que yo no tengo o ella las tiene acomodadas de otra manera que yo no, en vez de decirte o sea cosas de que pudiera haber sido, más bien es de decir, ah mira, es que hicieron estas cosas, pues vamos a ver si se puede y cosas así, y luego dices, no, esas cosas no se pueden (Ariel, 41ª, NM, ZMG).

Para Tobías también es algo muy importante,

[Usamos] pornografía, de todo, es que toca, (...) al inicio las feromonas están volando, luego entra una etapa como de latencia y de convivencia y es cuando ves los defectos de la otra persona, luego si tienes hijos la frecuencia es quién sabe cada cuándo es, cada mes, quizás. Después entra un aspecto de la rutina, el hijo creciendo y demás, entonces, definitivamente yo creo que dejar volar la creatividad, hacer cosas locas. Entonces, claro, sí usamos pornografía, a mí me gustaría pornografía más dura, ella de pronto le gustan cosas más suaves como el Hentai⁹⁵ y cosas así por el estilo, yo igual me adapto, los hombres somos enfermos sexualmente, quizás (Tobías, 38ª, NM, ZMC).

En estos relatos aparecen de forma bastante normalizada dos reglas del sentimiento posrománticas mencionadas antes, la de estar dispuestos a aprender sexualmente y la de fantasear y jugar en la cama desplegando la creatividad; al tiempo que reaparece la concepción de una necesidad masculina mayor, atribuida a un instinto “animal” biológicamente determinado.

En el caso de Aurora, lo que les resulta estimulante a ella y su pareja para encender la chispa es grabarse a sí mismos videos,

⁹⁵ Videos y cómics (mangas) pornográficos orientales.

Nos grabamos, lo vemos y lo borramos [risas], y ya nada más. Y luego nos hemos tomado fotos, así. O nos gusta, por ejemplo, cuando éramos chavos, nos gustaba hacerlo en la calle, eh. [risas] Así, y si nos grabamos, pero siempre estamos [sonido de susto] no se vaya a despertar Darío, no se vaya a despertar Fernando, así estamos, pero sí, como que sí nos hace falta sí la chispa de la emoción, sí nos hace falta, yo siento que sí (Aurora, 43ª, NM, ZMC).

Mientras que para Alejandra lo que le excita son las películas románticas,

Ver juntos porno, a mí se me hace aburridísimo [risas]. Pero yo soy más romántica. Entonces, a mí, todas esas series de amores imposibles y besos apasionados, no, yo ya, de ahí, lo agarro y... O sea... A mí, eso es lo que me prende. La pornografía no me prende, no. Al revés, me apaga. O sea, me da hueva, no me gusta [risas] (Alejandra, 43ª, NMA, ZMG).

A pesar de la creciente presencia de las *sex shops* en las ciudades, y en semejanza a la generación de adultos medios, solo en uno de los relatos apareció el uso de objetos eróticos, el de Tobías, quien dice que, momentos de conflicto o frustración con su pareja, los han superado “con creatividad, es decir, juegos eróticos, vibradores, cosas así”.

Otra de las estrategias para superar la rutina que narraron los entrevistados fue el tener tiempo para ellos solos con sus parejas yéndose de vacaciones, por ejemplo, como cuenta Viviana, “vamos a cumplir 25 años de casados y vamos a viajar solos”; o Pablo, “cuando salimos fuera, de viaje, todo es como muy natural, ¿no? Como que es un patrón, porque he hablado con amigos y dicen ‘sí, es que como que cambia la...’. Y cuando estamos en la rutina o algo, cuesta más trabajo”, y Aurora,

Yo creo que necesitamos un tiempo solos tú y yo, de vacaciones, porque, aunque vamos de vacaciones, pues vamos con los niños, ¿no? Entonces sí, pero como le digo a él, necesitamos un tiempo solitos tú y yo; y lo estamos

retomando en las mañanas [risas] cuando no están los niños (Aurora, 43^a, NM, ZMC).

Resulta relevante destacar que los viajes en los matrimonios de larga historia son momentos que intensifican el romance y vuelven a dotar de sentido la unión en la pareja. En los viajes se es, lo que en la vida cotidiana ya no se vive. En palabras de Eva Illouz, el aburrimiento mata el amor, y el ocio y el placer lo reviven (2012, p. 87),

Otra situación que provoca el despertar del deseo es el de haber asistido a terapia, así fue el caso de Lena,

Y, entonces, ahorita estamos como en un reencuentro (...) O sea, decir: A ver, güey, pues, a lo mejor, antes, yo era menos activa, y, ahorita, se me está prendiendo. No sé si por hormonas, no sé si porque trabajé cosas en terapia y se despertó de nuevo. Tú, ¿qué? “No, pues yo estoy puesto”. ¡Ah! [Risas]. Bueno, a lo mejor, los cuarenta son los nuevos veinte [risas] (Lena, 38^a, NM, ZMG).

Es relevante también mencionar que en algunos relatos lo que aparece cuando las parejas tienen esta situación de rutina y cansancio no son estrategias para superarlo, sino pasividad y desatención del asunto, el no intentar nada frente a ello, estos casos que lo mencionan corresponden al nivel socioeconómico medio-alto, Berenice, por ejemplo, afirma sobre su pareja, “no, no le gustaba [risa] innovar nada. O sea, era... siempre igual. No había nada... novedoso”; y en el caso de Pablo,

En ese sentido, creo que llevamos una vida sexual más tradicional que aventurada, [el porno] no le asusta, pero a ella no le excita ver porno. Dice, “no lo necesito. Neta, no lo necesito”. Y yo tampoco, ¿no? Simplemente, creo que, de repente, puede ser, pues un factor, un estímulo externo, pero, con ella, es muy raro, ¿no? (Pablo, 37^a, NMA, ZMG).

Estos testimonios dan cuenta, en el caso de las estrategias proactivas, de un trabajo emocional intenso que se desarrolla con el objetivo de su-

perar el cansancio y la rutina y que se apoya de diversas técnicas; mientras que en el caso de ser sólo un miembro de la pareja quien lo intenta, se despliega también un trabajo emocional pero en un sentido opuesto, es decir, encaminado a disminuir las expectativas intentando dar cauce a sentimientos de frustración y desánimo que son controlados con el fin de no tener conflictos que lleven a la ruptura del vínculo conyugal.

Dentro de los relatos de los entrevistados aparecieron otro tipo de eventos que incidieron en la modificación de la vida sexual. Uno de ellos tiene que ver con dificultades de diversa clase, por ejemplo, el cambio de significado que tuvo tener relaciones sexuales cuando se busca tener hijos sin lograrlo, lo que revela la persistencia de una regla del sentimiento romántica que invita al desear tener hijos y formar una familia,

Pues la vida sexual (...) de que nos casamos al primer embarazo era más un tema de meramente querer hacerlo, divertirnos en eso, posteriormente, ya cuando decidimos embarazarnos, ya era un tema así como sí, pero o sea tenemos que hacerlo, entonces empezaba como un tema de tarea, un momento tenso donde sí fue h́jole, pues el objetivo de hacerlo es con el fin de [embarazarse], pero no se logra, entonces qué está pasando, se vuelve un poquito como muy mecánico (Augusto, 32a, NMA, ZMC).

Otro problema tiene que ver con las dificultades económicas, en este caso, debidas a que el marido no tiene trabajo mientras que la esposa se convierte en la proveedora económica, esto ha repercutido de forma drástica en la vida sexual de Jonás,

Ella está asumiendo esa carga, en general, de ingreso importante, y eso hace que ella descuide todo lo demás. Entonces, cómo yo le puedo decir: Oye, ponle más atención a tu familia, ¿si estoy recibiendo el beneficio de su trabajo? Entonces, la solución está más en mí que en ella. O sea, bendito Dios, estamos esperando que hay dos o tres asuntos que se me van a dar ya, próximamente, y espero que eso ayude a modificar, a balancear esta cuestión, porque yo estoy consciente de que nuestra relación como pareja no está

bien. Incluso en lo sexual. O sea, ella está como muy distraída. Es más, no tenemos... Yo creo que no tenemos sexo desde hace como dos meses (Jonás, 41^a, NMA, ZMG).

Es evidente que la capacidad de proveeduría es un componente fundamental de la masculinidad y no solventarla es causa de una desvalorización de la propia capacidad masculina que se traduce al ámbito sexual, no sólo para ellos sino también disminuye el deseo de las mujeres que son sus parejas. En este caso, se revela una regla del sentimiento posromántica que legitima que ambos miembros de la pareja compartan responsabilidades y esfuerzos, pero que en el caso de ser el hombre quien no logra cumplir el rol de proveeduría, la regla anterior prevalece, lo cual revela la fuerza que aún posee el rol genérico tradicional, fenómeno que genera disonancias emocionales para ambos.

Un aspecto sobre el que se averiguó directamente fue en torno a si la sexualidad cambió con la llegada de los hijos. En los relatos que corresponden al nivel socioeconómico bajo, un aspecto que afectó la vida sexual es la pérdida de privacidad en términos de la necesidad de compartir el espacio doméstico, así lo mencionan Celia y Pedro. En el caso de Ana, su esposo tuvo que mudarse a otro cuarto pues el bebé dormía con ellos y lo despertaba, mientras que en el de Demián, al tener varios niños, no podía asegurarse de que estuvieran todos dormidos, limitándose muchísimo el tiempo disponible. En los niveles medio y medio-alto el aspecto más mencionado fue el estar agotados, cansados, sin energía para estar juntos luego de dedicarla al cuidado del bebé. Alejandra lo expresa claramente,

Pues hubo un cambio, sobre todo, con los hijos, en la falta de tiempo, ¿no? Y de energía, y yo... Pero es que esta parte de ser amigos, era la que nos salvaba, porque, entonces, llegaba él, así, como... Y yo: No, no chingues, cabrón. O sea, me siento de la chingada, estoy cansadísima. O sea, ahorita, no se me antoja. Y él tiene esta onda... O sea, "cero broncas, no pasa nada. Cuando estés lista, me dices" (Alejandra, 43^a, NMA, ZMG).

De nueva cuenta aparece la regla del sentimiento posromántica femenina que permite que las mujeres renuncien a las prácticas sexuales por cansancio y estrés. Otro aspecto mencionado fue el miedo causado por el exceso de cuidados con el primer hijo, que luego no fue así con los sucesivos, así como el cambio percibido por las mujeres en sus propios cuerpos, así lo afirma María, “el cuerpo cambia, a lo mejor mis inseguridades, el cansancio de estarlos cuidando, las preocupaciones, el no dormir bien, o sea, sí afecta”. Lo mismo narra Daniel respecto de su esposa,

Sí cambia, tienes periodos en los que no tienes contacto sexual tan habitual, sobre todo cuando están muy chiquitas, cuando las mujeres están amamantando, sí hay modificaciones, después todo vuelve a la normalidad. [Y sobre la frecuencia] lo normal puede ser tres, cuatro relaciones por semana, en la etapa cuando estaban chiquitas a lo mejor tardamos un mes o dos meses en que no tenemos relaciones, una vez que su cuerpo está físicamente bien, reanudamos la relación sexual (Daniel, 45^a, NM, ZMC).

En estos casos también apareció el tema de la ausencia de privacidad del espacio, sea por el miedo de dejar solos a los bebés en otro cuarto o por el temor a despertarlos. También aparecieron la pérdida de espontaneidad, por la necesidad de planificar los encuentros siguiendo la lógica de los tiempos de los hijos, aunque como cuenta Viviana, “va agarrando uno tips, se va agarrando uno sus mañas, como dicen por ahí, para saber a qué hora o en qué momento, cuando los chicos no están en casa, todo eso, pero pues sí, yo pienso que con la edad ya todo eso se tranquilizó”. Este fragmento revela tanto la actitud positiva para lograr mantener una vida sexual gratificante a pesar del contexto que lo dificulta, como trayendo de nueva cuenta el asumir que la vida sexual con el tiempo disminuye, lo que se considera normal biológicamente.

Conclusiones

Como dejé en claro desde el capítulo teórico-metodológico de este libro, parto del principio de que las narrativas venidas de las entrevistas rea-

lizadas muestran un mosaico de gran heterogeneidad pues cada vida es una construcción biográfica determinada por diversos factores, situación que no impidió un análisis que intentara el descubrimiento de tendencias y búsqueda de patrones en cada generación. Esta tarea resultó ser cada vez más complicada al pasar de una a otra y en ese sentido, la generación de adultos jóvenes constituye la de mayor heterogeneidad, complicando las posibilidades de encontrar regularidades. En ese sentido, la coexistencia de diversidad de posturas ante la sexualidad resultó ser lo más común y como se fue describiendo, constantemente aparecen reglas del sentimiento románticas en paralelo con reglas posrománticas.

Con el fin de recapitular, comenzaré reflexionando acerca del lugar que ocupa la sexualidad en la vida de las parejas. Lo que permiten ver los relatos de nuestr@s entrevistad@s es que la sexualidad es importante en sus vidas, pero no define la permanencia de la unión con su pareja, al igual que se constató en las anteriores generaciones; que no se tenga una vida sexual muy intensa no implica la desaparición del vínculo, efectivamente hay muchas otras razones para seguir juntos y que esa vida en común sea satisfactoria. Por ejemplo, resulta mucho más relevante el expresarse amor y cariño de forma cotidiana, cosa aún más trascendente para las mujeres. No obstante, también se dio cuenta en otros testimonios que la vida sexual otorga gran satisfacción y consolida la unión con el otro, se legitiman el valor del disfrute y el placer y se considera que es una dimensión de la vida en pareja que eleva la calidad de la relación y el propio bienestar personal⁹⁶.

La manera en que se experimenta la sexualidad a lo largo de los años mostró ir variando entre las parejas. Un aspecto bastante mencionado

⁹⁶ Hallazgos semejantes encuentra Natalia Tenorio en su trabajo con parejas de la ciudad de México, en particular con las que denomina como “modernas”, que asocian satisfacción sexual con sentirse felices y plenos y aunque al paso de los años la frecuencia de sus relaciones ha decrecido, siguen considerando que son fundamentales para su equilibrio como pareja. En ese sentido, están dispuestos a innovar y buscar nuevas formas de complacerse uno al otro (2012).

fue la disminución de las prácticas sexuales respecto al inicio de la relación, cosa que se considera, por una parte, como un proceso natural explicado por el paso de la etapa de juventud a la de la adultez, y por otra, como una consecuencia de la llegada de los hijos. Este hecho fue más lamentado por parte de los hombres que de las mujeres, aunque entre ellas también se expresaron deseos de que fuera más frecuente. En paralelo con esto, la trayectoria de la vida en común también arroja saldos positivos, la comunicación entre la pareja suele ser cada vez más profunda y, ya sea de forma implícita o explícita, van alcanzando acuerdos que les proporcionan certezas y seguridad. Asimismo, el aprendizaje respecto del propio cuerpo y del de la pareja logrado con el paso de los años, genera un mayor disfrute de la sexualidad y para lograrlo muchas parejas han buscado información que amplíe su conocimiento al respecto, rompiendo tabúes y apartando sus creencias religiosas de su vida sexual, dando lugar a un *proceso de secularización subjetiva de la moral sexual*, ya registrado en la generación anterior.

Es claro que el imaginario amoroso posromántico va ganando fuerza en esta generación. No obstante, este proceso se circunscribe al ámbito de la pareja formalizada. No es común en los relatos que se postule la búsqueda legítima de placeres sexuales con parejas ocasionales, de amantes o paralelas; como se describió antes, entre los adultos jóvenes las prácticas infieles aparecen con mucho menor fuerza que entre los adultos medios⁹⁷. Es posible que un elemento que explique esto es el que tengan menor edad y que sus historias de pareja también tengan menos años de vida en común. Probablemente se encuentren en una etapa en la que aún no deciden emprender búsquedas de satisfacción sexual extraconyugal más intensamente, dejando las fantasías atrás, sobre todo entre las mujeres.

⁹⁷ La misma Natalia Tenorio encontró que, admitir la posibilidad de que cada miembro de la pareja tuviera el derecho de disfrutar de relaciones extraconyugales es algo excepcional que sólo se presenta en parejas que se asumen como liberales (2012).

Por lo que respecta a los estereotipos de género, descubro que a pesar de que las mujeres han cambiado su condición estructural con relación a su nivel educativo, inserción laboral y autonomía económica, persisten mandatos genéricos comunes a las otras generaciones, el que algunas de ellas perseveren en ser consideradas decentes y buenas, así como que algunos hombres sigan condenando moralmente a las mujeres con iniciativa sexual. En conjunción con esto, aparecen con fuerza reglas del sentimiento posrománticas que legitiman una nueva forma de subjetividad femenina sexualizada, tanto entre las mismas mujeres, como entre hombres que desean que así sean sus parejas; cosa que viene acompañada del rechazo de ambos a la dicotomía tradicional de mujeres clasificadas en buenas y malas⁹⁸. Por otra parte, también ha emergido un nuevo estereotipo masculino que hace que las mujeres deseen hombres más expresivos emocionalmente, aunque de igual forma, no desaparezca del todo el estereotipo de hombres insensibles y con dificultad para intimar, mucho más común en la generación de adultos mayores.

En lo referente a la distinción genérica de la sexualidad, cabe destacar el espacio que ha ganado sostener que las necesidades sexuales de ambos géneros son igual de intensas y complementarias entre sí. Lo interesante es que es un juicio mucho más común entre los hombres que entre las mujeres. Al parecer son ellas quienes reproducen con mayor insistencia la regla del sentimiento romántica de que ellos tienen mayor necesidad sexual y que esto obedece a su “naturaleza masculina”, mientras que asumen también de manera natural el que ellas no necesiten demasiado del sexo. Esto resulta contradictorio con la gran cantidad de expectativas, de parte de los hombres, respecto a que las mujeres abandonen el estereotipo tradicional en el que se asocia su valía con su pasividad en el ámbito sexual, pues ellos quisieran que los desearan más, que buscaran tener sexo más frecuentemente, y estuvieran más

⁹⁸ El hecho de trascender los estereotipos genéricos femeninos tradicionales es encontrado también por Olga Rojas entre los hombres jóvenes, de sectores urbanos, de nivel socioeconómico medio y alta escolaridad (2011-2012).

dispuestas a incorporar cosas novedosas en la vida sexual con el fin de salir de la rutina y despertar de nuevo emociones que les hagan recuperar aspectos perdidos de su relación, como mayor pasión, deseo y espontaneidad.

En este sentido, podríamos estar ante una situación en la que los hombres estarían siendo más proclives a un imaginario de tipo posromántico en el que las mujeres tuvieran más iniciativa e interés en las prácticas sexuales por considerarlas como un ámbito con mayor relevancia en su vida y en el que la búsqueda del placer fuera también más explícita; mientras que las mujeres, por su parte, continuarían asumiendo que lo más importante de la relación de pareja es el vínculo amoroso por sobre el sexual, por lo que hacen depender sus prácticas sexuales de las muestras de cariño, ternura y protección que su pareja les provee, y el que éstas tengan lugar siempre y cuando se conserve energía y tiempo libre una vez realizadas sus labores domésticas, de cuidado de los hijos y de sus trabajos remunerados. Es probable que la sociedad del cansancio de la que habla Byung-Chul Han (2012), sea aún más severa para con las mujeres, quienes siguen estando a cargo del mundo doméstico y de cuidados aun cuando desempeñen trabajos remunerados de tiempo completo.

Respecto a las reglas románticas que defienden los valores de la monogamia y la fidelidad, éstas continúan siendo parte importante del trato entre las parejas, sin embargo, en los hechos y sobre todo entre los hombres, es común que establezcan relaciones sexuales con parejas ocasionales, de amantes o paralelas a lo largo de períodos de tiempo, las cuales nunca aceptan tener o haber tenido en el pasado. En el caso de las mujeres, muchas de ellas narran tener curiosidad por tenerlas o fantasean o desean vivirlas, pero tienen una mayor tendencia a medir las consecuencias posteriores y temen al enamoramiento o a las enfermedades de transmisión sexual. No hay que olvidar que los hombres se han visto favorecidos históricamente por la existencia de una doble moral en la que se tolera que tengan prácticas sexuales ocasionales o relaciones paralelas a la relación matrimonial (por ejemplo, la “casa chi-

ca”), mientras que para las mujeres genera estigma y sanciones morales. Es probable también que el hecho de que ninguna de las mujeres entrevistadas haya confesado tenerlas⁹⁹ evidencia justamente la vigencia de reglas del sentimiento románticas que ligán estrechamente las prácticas sexuales con el sentimiento amoroso, cosa que genera, a su vez, el temor a enamorarse de quien pudiera ser su pareja sexual ocasional; así como la prevalencia entre ellas del estereotipo femenino positivo por considerar que aún les concede status y prestigio.

Formatos alternativos a la relación monogámica como tener relaciones abiertas o poliamorosas resultaron ser asuntos de los que las parejas han podido hablar pero que no trascienden más allá del ámbito de conversaciones entre ellas mismas o con amigos. En torno a esto se expresaron muchos temores, tales como perder lo ganado respecto al patrimonio económico, la seguridad que les otorga el prestigio de ser una pareja convencional y conservar su imagen frente a los hijos. En este sentido, las entrevistadas reconocen que la monogamia y la fidelidad son valores cuyas normas son difíciles de acatar al cien por ciento y que resulta de lo más tentador violar sus principios, tanto en la práctica como en la fantasía o la imaginación; sin embargo, prefieren concederse uno al otro espacios de autonomía para cada uno, antes que llegar a acuerdos explícitos en los que se reconozca que podrían tener más de una pareja sexual o amar a más de una persona. Esto revela nuevas reglas del sentimiento posrománticas que flexibilizan en la práctica la exigencia de fidelidad, produciendo tolerancias entre ellos que matizan los juicios negativos hacia la conducta infiel del otro; y destacando el valor del ser honestos por encima del de la fidelidad¹⁰⁰.

⁹⁹ Relaciones extraconyugales femeninas solo aparecieron en el relato de María, en proceso de separación de su esposo; en el de Ana, ya separada; y en el de Saidi, que en realidad consistió en una relación de amistad.

¹⁰⁰ Una lectura semejante sobre esta generación es la que elabora Rosario Esteinou, para quien entre los adultos jóvenes se presentan diversas formas de relación y por tanto de intimidad entre las parejas, las cuales son caracterizadas por un conocimiento más

A lo largo del texto fui describiendo en cada sección temática las variaciones en los relatos venidas del género y el nivel socioeconómico, sobre todo, y cuando era pertinente, las del nivel educativo o la edad. En el caso de la ciudad en la que viven los entrevistados, Colima y Guadalajara, a pesar de tener siempre presente el reto de encontrar si asomaban diferencias, éstas no aparecieron, fenómeno ya encontrado en las generaciones anteriores.

En suma, la generación de adultos jóvenes no parecería tener la intención de generar un cambio político en términos sociales, ni de producir una ruptura cultural con la generación anterior, como fue el caso de sus antecesores. Lo que los hallazgos denotan es que aún se adhieren a los esquemas culturales románticos heredados en torno a las relaciones de pareja y la sexualidad y no los confrontan abiertamente. Sin embargo, en su vida íntima desarrollaron estrategias más individualistas, más pragmáticas y menos públicas con el fin de vivir su vida amorosa y sexual y lograr relaciones más igualitarias entre los géneros¹⁰¹.

Las mujeres y hombres que nos narraron sus experiencias dan cuenta de las ganancias de la “revolución sexual” de los sesenta en combinación con los retrocesos conservadores que vivieron en su juventud durante los noventa y la primera década del siglo xxi. Entre ellos se ha asumido cada vez más fuertemente una perspectiva feminista, aunque no sean proclives a declararlo ni se asuman como activistas. Tienen acceso y utilizan formas diversas de control natal, lo cual implica que

profundo entre ellas, una mayor cercanía emocional y una intensa actividad reflexiva individual. Asimismo, existe la búsqueda de una sexualidad satisfactoria para ambos miembros de la pareja (2009-2010, pp. 73-74).

¹⁰¹ En la generación actual de jóvenes entre los 18 y 30 años, sobre todo urbanos, de clase media y con nivel educativo superior, se adopta una postura mucho más confrontativa en lo ideológico, más activa políticamente, y en algunos casos, de vanguardia, al plantear formatos de relaciones alternativas como las abiertas o las poliamorosas, o asumiendo en forma pública tener una identidad sexo-genérica distinta a la heterosexual (Rodríguez, 2019b).

decidieron cuántos hijos tener y cuándo. Aunque no forme parte de sus expectativas al casarse, la separación y el divorcio no son consideradas prácticas por las que vayan a sufrir condena pública y muchos reconocerían el derecho de las mujeres al aborto, aunque no lleguen a practicárselo nunca. Por otra parte, consideran que la sexualidad es mejor vivirla con la pareja que se ama, lo cual además otorga seguridad frente a las infecciones de transmisión sexual, tan amenazantes desde la aparición del VIH-SIDA. Para las mujeres es cada vez más importante aprender a tener orgasmos y el que se conozcan profundamente con sus parejas en la cama. Han usado internet y nuevas tecnologías desde jóvenes y eso les ha permitido acceder a información que trasciende su formación tanto familiar como escolarizada, así como ampliar sus márgenes de privacidad fuera del control o monitoreo de sus parejas. Asimismo, casi el total de ellas trabaja de forma remunerada –recordemos que sólo una de las 16 entrevistadas se dedica de forma exclusiva a ser ama de casa–, lo cual las hace menos dependientes, al menos económicamente, de sus parejas.

En el conjunto de relatos se distinguen algunas voces que denotan estar ejerciendo un mayor poder sobre sus vidas respecto a los esquemas culturales convencionales. Las razones para ello se encuentran en su independencia económica, su nivel de escolaridad, su acceso a la cultura, la misma experiencia que han ido adquiriendo en su trayectoria biográfica y tal vez, hasta su carácter personal. Me parece que son justamente quienes abonan al cambio cultural respecto a las generaciones que les preceden. Sin embargo, estos cambios no son generalizados y no resultan abiertamente transgresores. Es posible que la capacidad para transgredir haya sido más evidente en las generaciones anteriores pues el reto para transformar los modelos heredados era aún mucho mayor.

Así, los adultos jóvenes se acogen con apego a las idealizaciones y valores del imaginario romántico, pero han perdido la ingenuidad frente a ellos. Son hábiles para lograr victorias individuales ya sea a través de estrategias tradicionales, como de otras emergentes de las cuales creo que se podría saber aún mucho más, pero esta empresa se dificulta por

pruritos religiosos y morales que aún restringen el relato, sobre todo, de parte de las mujeres. Es evidente que existen desigualdades entre los géneros no sólo a nivel estructural, sino también en el ámbito más íntimo, en el de su constitución misma como sujetos, tanto en el plano de las experiencias posibles como en el de la enunciación discursiva.

Conclusiones: cambio cultural, continuidades y rupturas

Con el fin de cerrar este trabajo, presentaré las comparaciones temáticas entre las tres generaciones siguiendo las dimensiones que organizaron la información y el análisis de los capítulos previos. Enseguida sintetizaré, utilizando cuadros por tema, las reglas del sentimiento románticas y posrománticas que aparecieron en cada una de las generaciones, intentando hacer una lectura más general del cambio cultural acaecido en el tránsito entre una y otra. Terminaré enunciando muy someramente las disonancias encontradas alrededor de asuntos muy específicos en cada generación, tanto las que comparten ambos miembros de las parejas, como las que fueron registradas entre los hombres y entre las mujeres, con el fin de intentar una lectura del trabajo emocional que realizan, tanto para resolverlas, como para convivir cotidianamente con ellas.

Comparaciones generacionales temáticas

Con respecto a la importancia de la sexualidad en la vida de las parejas, es común en las tres generaciones el que exista una diversidad de posturas respecto a la valoración de la vida sexual dentro de sus relaciones amorosas. No obstante, entre los adultos medios ésta va adquiriendo mayor relevancia (sobre todo en los NSE medio y medio-alto), fenómeno que se acrecienta entre los adultos jóvenes, al grado de causarles preocupación el no tener actividad sexual con sus parejas. Es claro que la sexualidad es una dimensión que ha ido cobrando cada vez mayor im-

portancia, pero no de forma demasiado intensa, tal como augurarían planteamientos teóricos como los de Anthony Giddens (1995), Zygmunt Bauman (2005), y Ulrich Beck y Elizabeth Beck-Gernsheim (2001). Prueba de esto es que la desaparición de la vida sexual para las tres generaciones, no implica la disolución del vínculo de pareja, puesto que otros aspectos como la seguridad, la certidumbre, la estabilidad, la confianza y comunicación con el otro, compensan suficientemente la ausencia de prácticas sexuales y proveen de satisfacción cotidiana y existencial. En este sentido, la sexualidad para las parejas no posee un papel preponderante en su persistencia, aunque en la sociedad contemporánea se experimente una suerte de demanda de hipersexualización entre las personas que comparten la vida en común. En este sentido, prevalecería un imaginario romántico en cuanto a que los vínculos entre la pareja son más amplios que tener una vida sexual intensa, aunque va cobrando fuerza el valor de la satisfacción sexual como un componente necesario entre ellos, propio de un imaginario posromántico. No obstante, el no tener una vida sexual gratificante no disuelve la unión, muy en concordancia con lo planteado por Erich Fromm en su libro clásico *El arte de amar* publicado en 1959, donde establece que lo fundamental del amor al otro es el cuidado, la responsabilidad, el respeto y el conocimiento profundo, elementos que permiten superar lo que él llama la fuente principal de la angustia existencial, la *separatividad* (2005).

El apartado correspondiente a las prácticas sexuales funciona como el reverso de la moneda de la sección anterior. Al solicitar la descripción más concreta de las acciones desplegadas en su vida sexual, resulta que se constata una diferencia importante entre la generación de adultos mayores frente a las de medios y jóvenes. Entre los primeros parece reinar una visión de la sexualidad de tipo *reproductivista* que se define por dos mandatos, el primero de tipo fisiológico marcado por la capacidad física que durante la juventud encuentra su mayor despliegue y que explica que en la madurez y la vejez ésta se debilita y ocasione su progresiva desaparición. El segundo, un mandato de tipo genérico, que

marca con claridad lo que corresponde a hombres y mujeres y establece diferencias y necesidades apelando a razones biológicas.

Para las generaciones posteriores, pero sobre todo para los adultos medios, las prácticas sexuales comienzan a trascender dichos mandatos y a pesar de persistir un discurso biologicista respecto a lo “normal” para cada etapa del ciclo vital, la sexualidad comienza a desplegarse de forma mucho más autónoma orientada por la búsqueda del placer y la recreación, diversificando sus prácticas. Este proceso implica también que los roles genéricos y los estereotipos femenino y masculino se dinamicen y comiencen a trastocarse, aunque persista de alguna forma una valoración moral negativa hacia las mujeres sexualizadas. Es importante el registro de un proceso de *secularización subjetiva de la moral sexual* (Gutiérrez y De la Torre, 2020) que inicia en la generación de los adultos mayores con el uso de métodos anticonceptivos entre las mujeres y que se verá más claramente en temas subsiguientes.

En este sentido, la sexualidad reproductivista propia del imaginario romántico ha ido perdiendo terreno, al tiempo que se constata que tanto los roles sexuales, los estereotipos tradicionales –sobre todo– femeninos, así como las prácticas sexuales, se encuentran en plena transformación y expresan diversidad de tendencias contradictorias entre sí, algunas de ellas provenientes de la diferenciación de NSE y de la formación educativa. En este sentido, en los grupos sociales con mayor nivel socioeconómico y educativo es en los que el imaginario posromántico se hace cada vez más presente, poniendo en evidencia procesos de trabajo emocional intenso y perturbaciones surgidas de disonancias emocionales venidas de la coexistencia entre reglas del sentimiento románticas que aún no se van definitivamente, junto con otras posrománticas que comienzan a ser legítimas.

Respecto a lo que denominé como amigos y enemigos de la vida sexual, encontré que entre los factores que impactan de forma negativa, ocupan un lugar importante las dificultades económicas, el exceso de trabajo y el cansancio que éste genera; así como la llegada de los hijos y el padecimiento de enfermedades. En el caso de la generación de adul-

tos mayores, los problemas e insatisfacciones dentro de la vida sexual son asumidos de forma mucho más pasiva y silenciosa que las otras dos generaciones, al grado de causar frustración y sentimientos negativos que nunca son externados, en aras de conservar la unión entre la pareja y su prestigio social. Para las generaciones de adultos medios y jóvenes, la vida sexual se encara con un impulso mayor por lograr que sea satisfactoria, lo cual implica que sea considerada un terreno de aprendizaje compartido y apertura a la experimentación, en el cual las creencias religiosas son desplazadas de su posición hegemónica previa. Asimismo, el acceso a discursos alternativos resulta clave en el planteamiento de prácticas sexuales más libres y placenteras, tendencia más acusada entre los adultos jóvenes gracias a la existencia de internet y diversidad de dispositivos tecnológicos en la vida cotidiana. Por otra parte, y sobre todo entre los jóvenes, se despliegan estrategias para evitar la rutina y el aburrimiento entre la pareja.

En este sentido, la actitud frente a la sexualidad transita de ser un terreno que no admite una intervención activa por parte de las parejas, a ser una dimensión de la vida sobre la cual es posible desarrollar agencia (Giddens, 1986), de este modo, se pragmatiza y se racionaliza, dejando atrás de forma aún tímida pero progresiva, su sentido predominantemente moral y de cumplimiento forzado. Este proceso es impulsado por la emergencia de valores como la búsqueda del placer, la autenticidad y la racionalidad propias de un imaginario posromántico, tal como es planteado por los autores europeos mencionados páginas atrás.

Por lo que toca a la representación diferencialista de la sexualidad, en torno a ella se manifiestan una serie de creencias que explican características femeninas y masculinas como biológicamente distintas y que han ido perdiendo progresivamente terreno sin desaparecer del todo. Su presencia era hegemónica para la generación de adultos mayores, lo cual dotaba de explicaciones naturalistas a comportamientos femeninos y masculinos considerados inevitables. Para la generación de los adultos medios, esta concepción prevalece añadiendo explicaciones a fenómenos de tipo estructural, como la incorporación de las mujeres al

mundo laboral, cuyo efecto de generarles excesivo cansancio se considera “naturalmente femenino” y no producto de una desigualdad genérica aún más acusada. Entre ellos comienza también a emerger una tendencia más igualitaria en el sentido de concebir distintas necesidades para cada género, pero complementarias entre sí, esa tendencia se intensifica entre los adultos jóvenes, aunque aún entre ellos persiste la visión diferencialista. Un aspecto en el cual se observa especial dinamismo es en los estereotipos alrededor de las mujeres, logrando ser superados en gran medida planteándose una mujer sexualizada y con iniciativa, deseada en particular entre los hombres de NSE medio y medio-alto y con formación educativa, que se muestran cansados de mujeres pasivas e indiferentes.

Es claro que la fuerza del imaginario romántico era contundente para los adultos mayores y definía de forma tajante los atributos genéricos y sus identidades, pero poco a poco ha ido ganando fuerza una explicación no naturalista de las diferencias, lo cual produce subjetividades femeninas y masculinas con atributos elegidos y no marcados por la biología.

Por su parte, la comunicación entre las parejas es no sólo una práctica, sino un valor en sí mismo que ha adquirido cada vez mayor relevancia. Para la generación de adultos mayores, el entendimiento entre la pareja no implicaba la comunicación explícita sino la asunción de un modelo familiar cuyos roles genéricos estaban claros y no eran objeto de negociación; y si éstos eran cumplidos, auguraban la paz y la armonía familiar obtenidas por la fusión entre dos individualidades. Sin embargo, la experiencia narrada por las personas mayores expresa la insuficiencia de este modelo y sus consecuencias negativas, tanto en la propia formación expresiva y emocional, como para la calidad de vida entre ellos. Para la generación de adultos medios ya es clara la idea de que para que el matrimonio marche bien es fundamental comunicarse con el otro, así como establecer acuerdos alrededor de diversos aspectos de la vida en común de dos personas autónomas. Esta tendencia será mucho más contundente entre los adultos jóvenes, para quienes la con-

versación acerca de la vida sexual no es un tabú y es algo que se puede debatir con el grupo de pares, lo cual muestra la circulación de discursos sociales diversos al respecto. Estos hallazgos potencian lo planteado por Niklas Luhmann (1985) respecto a la relevancia de la comunicación en lo amoroso, así como de sus códigos simbólicos, mismos que fueron traídos a cuento con anterioridad en el análisis.

De nueva cuenta aparece con claridad que el imaginario romántico para la generación de adultos mayores es eficaz para fijar la obligatoriedad de los roles genéricos establecidos, lo cual deja fuera la necesidad de diálogo y mucho menos de negociación respecto a lo que corresponde a cada uno en la organización de las parejas, las cuales se asumen como una unidad cohesionada. Esto a su vez impacta en los estereotipos genéricos, pues las habilidades comunicativas y de empatía emocional son casi exclusivas de las mujeres. A partir de la generación de adultos medios, la comunicación aparece cada vez con mayor fuerza ocupando un lugar clave dentro de la pareja, la cual es entendida como dos individualidades que necesitan lograr acuerdos en todas las esferas de la vida en común. La incorporación de las mujeres al mundo laboral, aunada a una mayor conciencia sobre los derechos femeninos da pie al cuestionamiento de la desigualdad genérica y a la negociación cotidiana de obligaciones y responsabilidades domésticas (Kaufmann, 1999). Esta tendencia es aún más clara para la generación de adultos jóvenes y en particular en torno a la vida sexual. Como vemos, el imaginario posromántico señala de forma clara que la pareja es producto de la negociación y para lograr acuerdos, cada miembro debe poner en juego recursos para posicionarse frente al otro, los cuales no necesariamente son equitativos.

La innegable pertinencia de la negociación es abordada por Serge Chaumier (2006) al dar cuenta de la transición que ocurre en las parejas al pasar de un estado *fusional*, a otro *fisional*. El autor denomina como parejas fisionales a aquellas en las que sus miembros conservan su individualidad y autonomía –teniendo espacios personales–, mientras que las fusionales son propias del amor romántico y aspiran a constituir-

se como un solo ser. El asumir el conflicto como algo consustancial a las parejas es una significación posromántica, mientras que verlo como algo peligroso que debe ser evitado a toda costa, es una idealización plenamente romántica.

En lo que atañe a la infidelidad y la monogamia resulta que son valores respetados en las tres generaciones. Sin embargo, tanto en los adultos mayores, como en los medios y en los jóvenes, son comunes las prácticas de infidelidad, sobre todo masculina, aunque parece plausible que las mujeres las practican en mayor medida de la que se logró descubrir, tal vez porque no se atreven a narrarlas. Para la generación de adultos mayores, la doble moral propia del imaginario romántico es plenamente vigente y estipula márgenes estrechos de comportamiento sexual para las mujeres, pero no así para los hombres, lo que auspicia y justifica la infidelidad masculina como parte de un rol genérico. Esto va acompañado de la aceptación de parte de las mujeres de este hecho, pues consideran ilegítimo reprocharlo si los hombres cumplen con su deber de proveeduría económica. Por ello, destaca que en esta generación se narren experiencias de infidelidad femenina, que revelan un particular poder de transgresión que augura cambios culturales aún por venir.

En el caso de los adultos medios, las experiencias de infidelidad para los dos sexos adquieren connotaciones cada vez más densas, que revelan la emergencia de valores como la búsqueda de placer, el aprendizaje de la propia sexualidad, satisfacción personal, despliegue de la creatividad y el gozo, que compiten intensamente con el respeto a los valores de la monogamia y la fidelidad, aún relevantes. Los conflictos entre las parejas expresan que la doble moral tradicional ya no es aceptable y ambos miembros de la pareja negocian en qué medida toleran o no las prácticas de infidelidad, estableciendo acuerdos o poniendo fin a la relación. Esto expresa el quiebre de la fórmula de una sexualidad necesariamente enmarcada dentro de relaciones amorosas que exige exclusividad sexual y emocional, y muestra el avance de un imaginario posromántico que concede a ambos géneros igual valor, autonomía, capacidad de debate y

recursos, aunque no siempre logra realizarse a nivel práctico, sobre todo en el caso de las mujeres, pero es evidente que ha ganado legitimidad a nivel discursivo.

En el caso de los adultos jóvenes se constata la misma tendencia con excepción de la ocurrencia de la infidelidad femenina, las mujeres adultas jóvenes entrevistadas muestran una actitud mucho más reservada para llevar al plano de las prácticas sus deseos y fantasías. Es relevante señalar que en ninguna de las generaciones se plantea un modelo de relación abierta o poliamorosa, al parecer, asumir con claridad un formato como estos atenta contra uno de los principios más caros al imaginario romántico, no importa que en la práctica se den todo tipo de acuerdos que permiten escapar a las prescripciones de la relación monógama.

El análisis de las prácticas y significaciones sobre la infidelidad se vio impulsado por asumir, junto con Chaumier, que

La relación con el tercero es una herramienta de investigación y comprensión del funcionamiento de la pareja. Así pues, nuestro interés por el trío no es resultado de una curiosidad perversa o de alguna rareza, sino de la idea de que nos revela los mecanismos de la pareja (en positivo y negativo) y de que en la apertura hacia un tercero se manifiestan tendencias más generales (que Michel Maffesoli denomina dionisiacas). El amor colectivo de los años de la contracultura nos ha legado una herencia que impregna sutilmente el amor contemporáneo (2006, p. 45).

A lo largo del análisis se ha corroborado repetidamente este supuesto, el cual es compartido por otros autores cuyos hallazgos de investigación denotan que las conductas infieles son la norma, y no la excepción, entre las parejas tradicionales supuestamente monógamas y fieles (Haag, 2013; Phillips, 1998). Esta visión es fortalecida por otros cuya argumentación se orienta al descubrimiento de que, mientras el amor se hace más estable y rutinario, es decir, se institucionaliza, disminuyen el deseo y la pasión (Alberoni, 1987; Fisher, 2004; Bataille, 1997; Chaumier, 2006).

Por otra parte, las significaciones atribuidas a la trayectoria de la vida sexual con la pareja están permeadas por la creencia de que la juventud es la etapa donde la sexualidad es más vigorosa y se acepta su decaimiento como un proceso natural de la vida, ocurrido sobre todo a partir de la década de los años cincuenta. En este sentido, a nivel discursivo predomina una lógica biologicista de la trayectoria, aunque en la práctica, sobre todo en la generación de adultos medios, tenga lugar un proceso de intensificación de la vida sexual, sobre todo fuera de la relación formal, y en segundas experiencias de pareja. Por otra parte, es común también a las tres generaciones que los vínculos entre la pareja se diversifican y profundizan desplazando a un plano de menor jerarquía la satisfacción sexual, cobrando relevancia el desarrollo de la intimidad y el compromiso. Este proceso se acerca al imaginario romántico en el que la desaparición de la pasión no afectaría en absoluto la fusión entre la pareja, dado que tendría fines superiores que cumplir como la formación de la familia y la permanencia de la unión, pero coexiste con valores relacionados con el gozo y el placer que han cobrado relevancia entre las parejas de los adultos medios y jóvenes, aunque es entre los primeros que se lleva con mayor interés al plano de las prácticas, mientras que con los segundos queda aún en un nivel discursivo y es más intensamente demandado por parte de los hombres.

Por lo que toca a los casos que resultaron transgresores en cada generación, es importante destacar que fueron más evidentes en la generación de adultos mayores, y en particular entre las mujeres, pues el desplegar su biografía por derroteros que no correspondían a los modelos culturales heredados, les implicó el desarrollo de un trabajo emocional profundo y el poner en riesgo su reconocimiento y su prestigio, dado que las restricciones morales eran muy intensas. Por esa razón es que eligieron desarrollar sus estrategias de formas muy discretas, logrando realizar sus deseos y necesidades individuales en alguna medida. En los adultos medios, la capacidad de agencia fue mucho más amplia y en particular fueron los hombres quienes otorgaron riquísimas narrativas en las que se evidenciaron esquemas de *navegación* entre

metas contradictorias entre sí que les llevaron a enfrentar disonancias emocionales siguiendo trayectorias cada vez más originales y satisfactorias, sopesando más racionalmente recompensas y pérdidas. En este sentido, destaca su poder innovador que profundiza la ruptura cultural frente a la generación de adultos mayores. Finalmente, entre los adultos jóvenes, y muy al contrario de la suposición de que por el hecho de serlo podrían poseer una capacidad mayor para el cambio cultural, descubrí que el contexto contradictorio en el que se desarrollaron les permitió ser herederos de grandes avances logrados en las generaciones previas, así como de recuperar valores considerados tradicionales y propios del romanticismo, sobre todo entre las mujeres.

En este sentido, el significado que poseen las transgresiones que emprenden las personas varía según el grado de cerrazón moral imperante en la época que les toca vivir y, en ocasiones, toma el rumbo, no hacia una “necesaria” liberalización, sino hacia la reinterpretación de elementos del pasado intentando enfrentar dilemas del presente¹⁰², situación que cuestionaría considerar que toda transgresión significa ruptura.

Comparaciones generacionales de las reglas del sentimiento
Retomando el planteamiento teórico que orientó el análisis, asumir la conformación a lo largo del siglo xx de dos imaginarios amorosos cada vez en mayor competencia, permitió explorar las formas en que las personas desempeñan un intenso trabajo emocional para posicionarse ética y valorativamente dentro de regulaciones emocionales que les

¹⁰² En un trabajo anterior con base en entrevistas a jóvenes veinteañeros en los primeros años del siglo xxi (Rodríguez, 2006), descubrí que la sexualidad era concebida por algunos de ellos negativamente, fenómeno venido de estar insertos en una sociedad considerada hipererotizada, en la que el sexo les parecía algo vulgar, explotado y comercializado por el mercado. Esta concepción se expresaba en relatos que separaban lo amoroso de lo sexual, posicionando al primero en una jerarquía mayor en la que se destacaba su dimensión afectiva y espiritual sobre los placeres del cuerpo. Esta generación de jóvenes es la que constituye ahora la de adultos jóvenes.

permiten sentir lo que consideran apropiado y tomar distancia de lo que ha dejado de serlo. Esto implica el desarrollo de un proceso dinámico en el que *navegan* con el fin de lograr metas con las cuales se consideran más comprometidos moralmente, según coordenadas más amplias que contextualizan las reglas del sentimiento propias de cada uno de los imaginarios amorosos que nutren el régimen erótico contemporáneo.

Para Arlie Hochschild (1979), las reglas del sentimiento constituyen repertorios disponibles que auspician la configuración de sentimientos y la generación de emociones, que revisten un carácter normativo y que se orientan a dar respuesta a la pregunta ¿qué debería sentir? en ciertas situaciones. Hochschild utiliza el término *disonancia* para referirse al intento de los sujetos por disminuir la distancia entre lo que deberían sentir y lo que sienten, es decir, en un sentido adaptativo y no de oposición a la regla de sentimiento imperante. No obstante, en contextos de intenso cambio cultural, el contenido específico de “lo que debemos sentir” puede estar alimentado por las normas emocionales vigentes, mientras que lo que “queremos sentir”, es alimentado por discursos emergentes que cuestionan dichas normas. En ese sentido, en el contexto específico de las relaciones de pareja y la vida sexual, se constata a partir de los sesenta el desarrollo de una tendencia que intenta romper de forma explícita con los modelos culturales heredados y promueve la legitimación de nuevos conceptos, creencias, valores y normas sobre los cuales construir sentimientos y emociones alternativas. Los hallazgos mostrados en este trabajo constatan que tales esfuerzos efectivamente generan que las emociones se transformen mediante el despliegue de un intenso trabajo emocional que logra “que la vergüenza se convierta en orgullo, (...) que el menosprecio se convierta en reconocimiento, (...) que la tristeza devenga en indignación, o el amor por otro que causa sufrimiento se transforme en amor propio” (Rodríguez y Rodríguez, 2022, p. 412).

A continuación, sintetizaré las reglas del sentimiento presentes en cada generación que fueron encontradas en los capítulos anteriores. Su formulación dentro de cada imaginario y para cada generación analiza-

da, se realizó utilizando verbos en tiempo presente del modo imperativo con el fin de destacar su carácter normativo.

La coexistencia de reglas del sentimiento románticas y posrománticas tiene como consecuencia la generación de emociones que son experimentadas por los sujetos de forma alternativa a lo largo de sus vivencias y durante su vida cotidiana. Se podría sostener que pueden llegar a tener lugar *al mismo tiempo*, ocasionando desencuentros y contradicciones. En otras ocasiones, un conjunto de sentimientos y emociones prevalecen en un lapso de la trayectoria de vida, pero podrían modificarse en el siguiente, habiendo cambiado la forma de significar las experiencias y generando nuevas expectativas en concordancia con nuevos valores y principios morales.

Cuadro 2. Reglas del sentimiento por generación en torno al tipo de pareja

Generación	Reglas del sentimiento románticas	Reglas del sentimiento posrománticas
Adultos mayores, medios y jóvenes.	Asumir el modelo de pareja monógama.	
Adultos medios y jóvenes.		Negociar ser una pareja cerrada o abierta.

Por lo que toca al tipo de pareja, en las tres generaciones se evidencia que la regla del sentimiento romántica que determina ser pareja monógama no ha perdido su vigencia y sigue siendo pilar central de este imaginario. Es relevante destacar que a pesar de que desde los años setenta circuló tímidamente entre los adultos mayores un discurso alternativo que planteaba la necesidad de construir formas distintas al matrimonio tradicional –ya en ese momento en crisis–, fue hasta la generación de adultos medios que se incorporó como parte de las reflexiones emprendidas por algun@s entrevistad@s, quienes dieron un paso al considerar que esta elección debía corresponder a las parejas mismas y no asumirlo como un mandato incuestionable. De este modo, tal regla del senti-

miento posromántica se configura también entre los adultos jóvenes, volviendo el asunto objeto de debate incluso con el grupo de pares. Sin embargo, esta posibilidad se ha quedado en el plano reflexivo pues ninguno de los testimonios reveló el emprendimiento explícito de formatos alternativos a la pareja monógama.

Cuadro 3. Reglas del sentimiento por generación en torno a la actitud frente a la relación de pareja

Generación	Reglas del sentimiento románticas	Reglas del sentimiento posrománticas
Adultos mayores	Preservar el matrimonio y la familia sobre las necesidades y deseos individuales. Silenciar los problemas íntimos de la pareja. Ejercer un espacio de autonomía que permite satisfacer necesidades individuales (mujeres).	Ejercer un espacio de autonomía que permite satisfacer necesidades individuales (mujeres).
Adultos medios y jóvenes		Ejercer un espacio de autonomía que permite satisfacer necesidades individuales. Comunicarse profundamente con la pareja. Lograr acuerdos en la vida sexual.

Sobre la actitud que tienen las personas ante la pareja de la que forman parte, es clara la preferencia de los adultos mayores por reglas del sentimiento propias del imaginario romántico. El preservar el matrimonio como institución, así como garantizar la estabilidad familiar constituyen valores muy poderosos que se colocan en un grado mucho mayor de relevancia frente a las necesidades individuales. No obstante, en medio de éstos, aparecieron casos de mujeres que plantearon prematuramente una nueva regla del sentimiento que permitió la aparición

de un espacio en el cual ejercer autonomía frente al marido, logrando compensar deficiencias afectivas y sexuales. Para la generación de adultos medios y jóvenes, esta iniciativa se hace más profunda para ambos sexos y al espacio de autonomía se añade la pertinencia de lograr una comunicación profunda entre la pareja, así como el llegar a acuerdos en torno a la vida sexual, dejando atrás la asunción de mandatos genéricos implícitos e insatisfactorios.

Cuadro 4. Reglas del sentimiento por generación en torno a la relación de poder entre los géneros

Generación	Reglas del sentimiento románticas	Reglas del sentimiento posrománticas
Adultos mayores.	Asumir el sistema patriarcal.	
Adultos medios y jóvenes.		Ser parejas que comparten responsabilidades en igualdad de esfuerzos.

Por lo que toca a la relación de poder entre los géneros, es claro que a lo largo del siglo xx ha predominado un sistema patriarcal que –aunque ha sufrido un intenso proceso de erosión–, aún regula el acceso y la distribución de oportunidades en la vida social y de pareja. En el caso de la generación de adultos mayores, y aun siendo ya receptores de un discurso feminista que comenzó a divulgarse a partir de los sesenta, la relación entre los géneros transcurrió por su cauce tradicional, siendo hasta las generaciones de adultos medios y de jóvenes, que se ha legitimado una regla del sentimiento posromántica que define que la vida de pareja debe avenirse a valores de justicia y equidad, muchas veces en franco desacompasamiento con las oportunidades que a nivel estructural tienen las mujeres y que reproducen desigualdades en la vida cotidiana que se encuentran en franco desacuerdo con las nuevas normas morales.

Cuadro 5. Reglas del sentimiento por generación en torno a la importancia de la vida sexual en la pareja

Generación	Reglas del sentimiento románticas	Reglas del sentimiento posrománticas
Adultos mayores, medios y jóvenes	Disfrutar sexualmente es menos importante que la comunicación, la compañía y el apoyo mutuo. Aceptar el decaimiento "biológico y natural" de la sexualidad. Aceptar el déficit de atención del marido en aras de la preservación del matrimonio (mujeres). Aceptar el déficit de deseo sexual de la esposa en aras de la preservación del matrimonio (hombres).	Tener gratificación sexual es importante en las relaciones de pareja (mujeres).
Adultos medios		Disfrutar sexualmente es legítimo y muy importante para ambos miembros de la pareja. Ser personas maduras contribuye a la intensificación de la vida sexual.
Adultos jóvenes		Tener prácticas sexuales satisfactorias repercute en una mejor vida de pareja y en el ánimo personal. Disfrutar sexualmente es legítimo y muy importante para ambos miembros de la pareja. Rechazar el decaimiento "biológico y natural" de la sexualidad.

El tema de la importancia de la vida sexual entre las parejas resulta ser uno de los más complejos en las tres generaciones. En todos los casos, persisten para ell@s reglas románticas que colocan el disfrute sexual en situación de desventaja frente a otras dimensiones de la vida de

pareja; la generación de actitudes de aceptación tanto femeninas como masculinas del desinterés sexual de sus parejas; así como la asimilación del decaimiento de la vida sexual venido de la edad. Estas concepciones chocan de frente con aseveraciones teóricas muy comunes en la sociedad contemporánea acerca de que la satisfacción sexual sería asunto clave e indispensable en la perdurabilidad de relaciones posrománticas o confluentes¹⁰³. Lo que señalan los hallazgos es que tales reglas del sentimiento persisten y coexisten, en las generaciones de adultos medios y de jóvenes, con otras que revelan que el disfrute y la gratificación sexual, efectivamente han cobrado un lugar central en la vida de las parejas y no hay razón para que decaiga con el paso de los años. Este mosaico heterogéneo da muestra de que el contexto moral que gobierna la vida amorosa y sexual en nuestro país es híbrido. La fuerza que aún mantiene el imaginario romántico es evidente, así como su combinación con una tendencia mucho más liberalizada acerca del disfrute sexual y del gozo individual.

¹⁰³ Este concepto es propuesto por Anthony Giddens y refiere a un tipo de amor que presupone la igualdad entre los sexos y en el dar y recibir emocional. Incluye al erotismo como un elemento decisivo del éxito o fracaso de la relación, esto es, busca la plenitud en el logro del placer. No se basa en el matrimonio como institución legal o religiosa. Este amor no es necesariamente monógamo, mientras sus partícipes crean conveniente que así sea, ni es exclusivo de las relaciones heterosexuales (1995).

Cuadro 6. Reglas del sentimiento por generación en torno a los estereotipos de género

Generación	Reglas del sentimiento románticas	Reglas del sentimiento posrománticas
Adultos mayores	Temer al estereotipo femenino negativo. Poseer cualidades y características del estereotipo femenino positivo (mujeres). Ser inexpresivo emocionalmente (hombres). Exigir el estereotipo femenino positivo (hombres).	Ser mujeres sexualizadas que desean experimentar sin culpas (mujeres).
Adultos medios	Silenciar las prácticas sexuales por placer por temor al estigma (mujeres). Exigir el estereotipo femenino positivo (hombres). Condenar el estereotipo femenino negativo (hombres).	Ser mujeres sexualizadas que desean experimentar sin culpas (mujeres).
Adultos jóvenes	Poseer cualidades y características del estereotipo femenino positivo (mujeres). Ser hombres inexpresivos emocionalmente (hombres). Condenar el estereotipo femenino negativo (hombres).	Ser hombres expresivos emocionalmente. Ser mujeres sexualizadas que desean experimentar sin culpas (mujeres). Rechazar la visión estigmatizadora de las mujeres sexualizadas (mujeres). Desear mujeres sexualizadas que desean experimentar sin culpas (hombres). Rechazar estereotipo femenino positivo (hombres).

Al igual que el tema anterior, el de los estereotipos de género revela permanencias y grandes innovaciones. Por un lado, se constata la persistencia del estereotipo dicotómico sobre las mujeres que las clasifica en buenas y malas, alentado de forma fundamental por el discurso religioso y la moral cristiana que aún poseen poder e influencia en nuestra cultura y que, tanto en hombres como entre las mismas mujeres, revela su vigencia condenando moralmente a aquellas que asumen una actitud sexualizada. No obstante, y desde la generación de adultos mayores, se configura una regla del sentimiento femenina que legitima esta nueva forma de subjetividad y que poco a poco gana terreno, destacando a los hombres adultos medios y jóvenes que las desean. Por otra parte, emerge un nuevo estereotipo masculino que los alienta a ser expresivos y sensibles, dejando atrás al hombre frío, distante e incapaz de comunicarse emocionalmente.

Cuadro 7. Reglas del sentimiento por generación en torno a los roles de género

Generación	Reglas del sentimiento románticas	Reglas del sentimiento posrománticas
Adultos mayores, medios y jóvenes	Desear tener hijos y fundar una familia. Complacer sexualmente al marido pues su placer está por encima del desgano y el cansancio (mujeres). Necesitar menos de la actividad sexual "por naturaleza" (mujeres). Tener la iniciativa en las prácticas sexuales (hombres). Necesitar más de la actividad sexual "por naturaleza" (hombres).	

Adultos medios	Tener ambos miembros la iniciativa en las prácticas sexuales. Fantasear y jugar sexualmente desplegando la creatividad. Necesitar la actividad sexual ambos miembros de la pareja. Expresar placer sexual (mujeres).
Adultos jóvenes	Tener ambos miembros la iniciativa en las prácticas sexuales. Estar dispuestos a aprender sexualmente. Fantasear y jugar sexualmente desplegando la creatividad. Necesitar la actividad sexual ambos miembros. Tener satisfacción sexual individualizada (mujeres). Renunciar a las prácticas sexuales por cansancio y estrés (mujeres). Abandonar las creencias religiosas en la vida sexual (mujeres). Expresar placer sexual (mujeres). Esperar que las mujeres tengan mayor iniciativa sexual y deseo (hombres). Respetar la negativa de las mujeres ante las prácticas sexuales (hombres).

Lo planteado respecto al cuadro relativo a los estereotipos, lo vemos de forma más clara en lo que toca a los roles genéricos. Es aquí donde cobran vida las nuevas concepciones sobre lo que toca realizar a hombres y mujeres y de nueva cuenta el mosaico resultante es complejo e híbrido. En las tres generaciones sigue siendo vigente la regla del sentimiento que dicta desear tener hijos y formar una familia, pero se evidencia una gran transformación en lo que toca a la vida sexual. Tales concepciones sobre todo son expresadas entre los niveles socioeconómicos medio y medio-alto, así como con formación educativa superior. El ámbito de la sexualidad se separa de la moral religiosa y se va constituyendo como un terreno de aprendizaje, experimentación, creatividad y obtención de

placer, haciendo eco de lo que Anthony Giddens denomina una sexualidad plástica, cuyo fin no es la reproducción sino el gozo en sí mismo (1995). Parte de estas nuevas prácticas es la mayor autonomía de las mujeres, tanto para tener sexo como para evitarlo, así como la superación de la representación diferencialista de la sexualidad.

Cuadro 8. Reglas del sentimiento por generación en torno a la exclusividad sexual y emocional

Generación	Reglas del sentimiento románticas	Reglas del sentimiento posrománticas
Adultos mayores, medios y jóvenes	Defender los valores de la fidelidad y la monogamia. No amar o desear a dos hombres a la vez (mujeres). Desear a más de una mujer a la vez (hombres).	
Adultos medios		Negociar ser fieles o no serlo. Aceptar relaciones adicionales por enriquecer la vida de pareja.
Adultos medios y jóvenes		Ser honestos frente al otro y no engañarse. Ser tolerantes a la infidelidad del otro ponderando las circunstancias. Tolerar la infidelidad física pero no la sentimental. Desear a más de un hombre a la vez (mujeres).

Los hallazgos en torno al asunto de la exclusividad sexual y emocional constituyen uno de los aspectos más ricos en la investigación. Por una parte, eso se debe a la fuerza que aún tienen los valores de la monogamia y la fidelidad, sobre todo a nivel normativo, no tanto así en el terreno de las prácticas cotidianas. En las tres generaciones se reveló con

fuerza el fenómeno de sostener discursivamente su relevancia, así como la normalización de su vulnerabilidad. A partir de la generación de adultos mayores se expresaron reglas contradictorias entre sí, por una parte, prohibiendo a las mujeres desear o amar a más de un hombre; mientras que para los hombres constituía un mandato genérico hacerlo. Por otra parte, a pesar de enunciar lo imperdonable que sería el que les sean infieles, en términos prácticos las tres generaciones lo toleran, por diversos motivos. A su vez, las mujeres han logrado emparejarse frente a los hombres en lo que toca a su capacidad para amar o desear a más de uno de ellos. La generación de estereotipos menos diferenciados impacta a su vez en la aceptación y legitimación de prácticas sexuales también, menos diferenciadas.

Cuadro 9. Reglas del sentimiento por generación en torno a la vinculación entre prácticas sexuales y amor

Generación	Reglas del sentimiento románticas	Reglas del sentimiento posrománticas
Adultos mayores	No enamorarse de parejas sexuales ocasionales. Enamorarse con límites de amantes o relaciones paralelas.	
Adultos medios		Tener prácticas sexuales por placer.
Adultos jóvenes	Tener prácticas sexuales en un contexto amoroso las hace más significativas. Negarse a tener prácticas sexuales por el riesgo de vincularse emocionalmente (mujeres).	

El último de los temas revela lo mencionado antes respecto a la recuperación de las reglas de sentimiento románticas por parte de la generación de adultos jóvenes, en particular, de las mujeres. A la ya conocida advertencia de no enamorarse de parejas extraconyugales o mantener

tal involucramiento dentro de ciertos límites, en aras de conservar la relación principal, así como la estabilidad familiar, aparece en la última generación una renovación del vínculo entre relación amorosa y prácticas sexuales, que se había manifestado en creciente separación en la generación de adultos medios, para quienes las relaciones sexuales por placer se legitimaron. Este fenómeno expresa a su vez el contexto de conservadurismo que vivieron est@s jóvenes en su juventud y que actualizó una serie de principios morales que se habían visto cuestionados a partir de la revolución sexual de los sesenta.

Disonancias emocionales por generación

Para terminar, daré cuenta de forma muy somera de algunas de las disonancias capturadas a lo largo del análisis de las tres generaciones y que muestran, en torno a asuntos empíricos muy concretos, las disputas discursivas que enfrentan los sujetos y que los colocan en medio de contradicciones emocionales entre lo que aquí he abordado desde la perspectiva teórica de Hochschild respecto a las reglas del sentimiento, a las cuales denominé románticas y posrománticas. Como planteé en el capítulo inicial, utilizo el concepto disonancias emocionales con el fin de designar las tensiones y ambivalencias entre conceptos, significados y creencias que poseen las personas al tener acceso a imaginarios amorosos que se encuentran en oposición o conflicto, y que al mismo tiempo se consideran legítimos o se lucha porque lo sean. Estas disonancias poseen un correlato moral, puesto que cada discurso se funda en valores (Rodríguez y Rodríguez, 2022).

En cada una de estas confrontaciones se encuentran reglas del sentimiento en oposición que exigen de las personas un trabajo emocional profundo con el fin de dirimir su resolución o que se vivan en un estado latente sin ser solucionadas. Tal y como Arlie Hochschild diría, “el acto de gestión (...), puede ser una medida provisional de cinco minutos, o puede ser un esfuerzo gradual de mayor alcance sugerido por el término ‘trabajar a través de’” (1979, p. 562), períodos más largos de tiempo. A su vez, en el proceso de realización de ese trabajo emocional, se debe tomar

en cuenta que, como plantean Lively y Weed (2014), el cumplimiento de roles sociales genera expectativas emocionales particulares asociados con ellos; en ese sentido, cuando los individuos manejan sus emociones para cumplir con las demandas de su rol, en este caso, ser mujeres u hombres casados, esencialmente recrean y reafirman las expectativas apropiadas para ese rol a través de sus interacciones con los demás. No obstante, y como hemos planteado antes acerca de situaciones en las que abiertamente se pretende romper con las normas hegemónicas y pugnar por la legitimación de nuevas formas de sentimiento, el trabajo emocional desempeñado pudiera tomar el rumbo de la disidencia o lo que aquí llamé, de la transgresión.

En el caso de la generación de adultos mayores, es clara la predominancia del imaginario romántico que deja en claro la prioridad que posee la pareja y que se expresa en la flexibilidad mostrada ante prácticas que generan frustración o tristeza que son toleradas con el objetivo de mantener la paz conyugal y la estabilidad familiar. No obstante, esto no implica que no se ejerzan espacios de autonomía, no sólo entre los hombres, sino también entre algunas mujeres que lograron ser agentes de su propia vida ejerciendo mayor libertad que la de sus congéneres.

Cuadro 10. Disonancias en la generación de adultos mayores
(comunes y por género)

Adultos mayores	Exigencia discursiva de valores de monogamia y fidelidad que coexiste con espacios de autonomía para ambos miembros en los que cada uno satisface necesidades personales.
	Necesidad de una mayor intensidad en la vida sexual que coexiste con la aceptación de su déficit en aras de conservar el matrimonio y la paz conyugal.
	Experimentación de frustración sexual que genera sentimientos de resignación y aceptación que coexisten con sentimientos de gratificación (estabilidad, certidumbre y confianza) derivados de la permanencia de la pareja.

Adultos mayores hombres	Asunción del discurso biologicista que asocia intensidad del deseo y las prácticas sexuales con la juventud, que coexiste con el silencio respecto a la disfunción eréctil en la vejez.
Adultos mayores mujeres	Crítica a la infidelidad masculina que coexiste con la aceptación del cumplimiento del rol de proveedor económico.

Por lo que toca a las disonancias entre los adultos medios, éstas son más numerosas que las de la generación anterior, pues revelan la competencia más intensa entre imaginarios en disputa que producen, por una parte, una clara tendencia a la individualización; la creciente legitimidad de valores orientados a la búsqueda de placer y disfrute sexual; así como estereotipos de género en plena transformación, que generan contradicciones entre modelos genéricos aún valorados positivamente, la crítica cada vez mayor a los mismos, así como la tendencia a crear otros nuevos que aún acarrean estigma para las mujeres y que les generan varias disonancias a ellas en lo particular. A su vez, es clara la persistencia de reglas románticas que continúan sosteniendo la preeminencia de la pareja entendida como la fusión de los miembros, y que justifica moralmente el aceptar situaciones frustrantes con resignación.

Cuadro 11. Disonancias en la generación de adultos medios
(comunes y por género)

Adultos medios	Exigencia discursiva de valores de monogamia y fidelidad que coexiste con espacios de autonomía para ambos miembros en los que cada uno satisface necesidades personales.
	Experimentación de frustración sexual que genera sentimientos de resignación y aceptación que coexisten con sentimientos de gratificación (estabilidad, certidumbre y confianza) derivados de la permanencia de la pareja.
	Aceptación de relaciones extraconyugales de ambos miembros que se conservan en el terreno de lo privado que coexisten con la asunción del modelo de pareja monógama pactado originalmente.

Adultos medios hombres	Experimentación de intensa gratificación sexual en relaciones extraconyugales que coexiste con sentimientos de amenaza y riesgo sobre la relación matrimonial.
	Complacencia por tener relación conyugal con el estereotipo femenino positivo que coexiste con el deseo por experimentar con mujeres sexualizadas y con iniciativa.
Adultos medios mujeres	Exigencia discursiva de valores de monogamia y fidelidad que coexiste con deseo y curiosidad por tener relaciones sexuales y afectivas adicionales.
	Nueva forma de subjetividad femenina que la sexualiza que coexiste con el silenciamiento de experiencias sexuales extraconyugales femeninas que revela la vigencia social del estigma.
	Nueva forma de subjetividad femenina que la sexualiza, que es utilizado para fingir placer frente al marido.

Cabe destacar que tanto en la generación de adultos mayores como en la de medios, soportar sentimientos de frustración y resignación ante la insatisfacción de deseos y necesidades individuales, es predominante. Tal situación es considerada por Eva Illouz como *inmanente* a la institución matrimonial pues, desde su visión, las instituciones estructuran la vida emocional, así lo explica,

La organización institucional del matrimonio (basado en la monogamia, la convivencia y la sumatoria de los recursos económicos para incrementar la riqueza) excluye la posibilidad de sostener el amor romántico como pasión intensa y devoradora. Tal contradicción obliga a los agentes a realizar un monto significativo de labor cultural para manejar y conciliar esos dos marcos culturales que compiten entre sí. Dicha yuxtaposición a su vez sirve como ejemplo del enojo, la frustración y la decepción que con tanta frecuencia resultan inherentes al amor y el matrimonio en realidad se fundan en ciertas disposiciones sociales y culturales (...). Gran parte del disgusto y la decepción que causa el matrimonio, por ejemplo, tiene que ver con que dicha institución estructura las relaciones de género y combina la lógica emo-

cional con la lógica institucional o, por así decirlo, marca la distancia entre el deseo de una fusión o una igualdad sin distinción de género y la inevitable puesta en acto de los roles de género (2012, pp. 25-26).

Esta reflexión resuelve en gran medida la comprensión de tales disonancias y su persistencia a lo largo del tiempo. Por otra parte, respecto a la aceptación práctica de las relaciones extraconyugales auspiciada por reglas del sentimiento que incitan a la tolerancia en distintos grados y que aparecieron tanto entre los adultos mayores como entre los medios, encuentro coincidencia con Pamela Haag, quien lo considera como,

El primero y más sutil desgarró del nido de la monogamia matrimonial tan central en el matrimonio romántico. Nos acercamos a la infidelidad con disonancia cognitiva: es una crisis decepcionante. Nunca toleraré el engaño, pensamos en abstracto, y luego firmamos una paz por separado con el hecho inconveniente. Este podría ser un caso donde somos más imaginativos en la vida real de lo que somos en nuestra imaginación (2013, p. 217).

Pasará todavía un tiempo para que se asume de forma explícita la adopción de modelos alternativos de pareja, sean abiertas o poliamorosas, pues para las tres generaciones analizadas, constituye aún un tabú impronunciable, y agrega Haag, “es muy difícil de confesar, siempre se prefiere el matrimonio tradicional promiscuo”.

Finalmente, las disonancias entre los adultos jóvenes son más frecuentes que las existentes en las generaciones anteriores y esto es producto de las disputas entre imaginarios ya registradas anteriormente, a lo cual se suman las restricciones morales a que se vieron sometidos durante su juventud, venidas del conservadurismo de las políticas de salud reproductiva y sexual y la revivificación de un discurso moralizante que renovó, en cierta medida, valores correspondientes al imaginario romántico, sobre todo entre las mujeres. A su vez, el trabajo emocional desplegado para enfrentar tales contradicciones tuvo lugar en un contexto de hipersexualización de la sociedad (Chaumier, 2006) que les

demandó de forma más agresiva el cumplimiento de metas, no necesariamente deseadas por ellos mismos o entre las parejas, pero que sí ha legitimado el disfrute y la gratificación sexual. Por otra parte, se expresa un proceso de individualización aún mayor que el de las generaciones previas que justifica el dejar de lado las reglas que priorizan a la pareja por sobre las necesidades personales, dando lugar a espacios donde el conflicto se normaliza y se abren terrenos para la negociación.

En particular llama la atención que, como parte de esta hipersexualización de la sociedades, aparezca una nueva regla del sentimiento femenina que les incita a expresar placer de forma explícita y que es explotado de forma pragmática en algunas de ellas, lo cual revela una cierta vinculación entre la asunción de un estereotipo de mujer sexualizada que conlleva un empoderamiento en consecuencia¹⁰⁴.

Cuadro 12. Disonancias en la generación de adultos jóvenes
(comunes y por género)

Adultos jóvenes	Deseo por vivir la sexualidad de una forma mucho más libre y satisfactoria que coexiste con restricciones que intentan detener un proceso de liberalización sexual iniciado en los sesenta.
	Deseo por seguir siendo monógamos y fieles pero al mismo tiempo se teme el ser juzgados como conservadores y retrógrados.
	Asunción de que ambos miembros de la pareja cumplen responsabilidades en igualdad de esfuerzos, pero el que el hombre no tenga poder de proveeduría económica afecta su rendimiento sexual así como la falta de deseo en su pareja.
	Deseo de definir con libertad qué tipo de pareja se elige ser que no es llevado a la práctica por el temor a conflictos posteriores

¹⁰⁴ Este fenómeno es abordado por Eva Illouz en su trabajo sobre libros de autoayuda y erotismo (2014).

Adultos jóvenes hombres	Nueva forma de masculinidad que invita a los hombres a ser expresivos emocionalmente, el cual es vivido como una exigencia, pero no sentido auténticamente por ellos.
	Desear que las mujeres tengan mayor iniciativa sexual y mayor deseo, frente a una escasa respuesta de sus parejas.
	Deseo de tener una vida sexual no rutinaria, frente a la aceptación de que no pueden evitarlo.
Adultos jóvenes mujeres	Nueva forma de subjetividad femenina que la sexualiza, que produce rechazo en sus parejas y condena moral.
	Nueva forma de subjetividad femenina que la sexualiza, que es utilizado para fingir placer frente al marido.

Palabras de cierre

En suma, la dinámica generacional de la que se dio cuenta en este trabajo muestra cómo el cambio cultural no siempre ocurre en una sola dirección y a favor de los mismos valores morales. Siguiendo las ideas planteadas por el filósofo contrailustrado Gianbattista Vico, coincido con él en sostener que no hay un solo camino de desarrollo de las sociedades y que el cambio no necesariamente ocurre guiado por una idea de progreso válida objetivamente (Berlin, 1986). De no sostener este relativismo serían incomprensibles procesos de regresión como el acaecido recientemente en Estados Unidos respecto a la penalización del aborto en ciertos estados, luego del logro de derechos sexuales y reproductivos ocurrido en los setenta.

Recuperando lo planteado por Michel Bozon y Nathalie Bajos (2008) en el capítulo inicial, efectivamente la sexualidad se ha convertido en el objeto de disputa de diversidad de discursos, muchas veces contradictorios entre sí, tal y como he mostrado anteriormente. Al mismo tiempo, también ocurre en nuestro país que las prácticas sexuales de hombres y mujeres se van asemejando cada vez más entre sí, aunque sus concepciones sobre la sexualidad y, sobre todo, sus expectativas acerca de ella, sigan siendo diferentes, estando cargadas hacia la afectividad para las

mujeres. Asimismo, las tendencias que identifica este autor en la época contemporánea fueron empíricamente constatadas en la investigación: Las trayectorias afectivas y sexuales se han diversificado, ocurriendo más tarde las primeras uniones, siendo cada vez más común el tener varias parejas sucesivamente, y el alargamiento de la vida sexual. Otro elemento significativo entre los hallazgos, en coincidencia también con Bozon y Bajos, es la importancia que revisten las dificultades económicas por las que pasan las parejas y que se registraron en las tres generaciones como un factor que agudizó las desigualdades entre los géneros, expresado, por un lado, en la sobrecarga del trabajo doméstico en las mujeres generando crisis en su vida sexual y la disminución del deseo; y por otro, en el agotamiento también del marido y en la frustración causada por no cumplir con suficiencia el rol de proveedor.

A estos hallazgos es importante agregar otro relativo a un evidente *proceso de secularización subjetiva de la moral sexual* (Gutiérrez y De la Torre, 2020), el cual reviste suma importancia en un país como México, donde la presencia de una cultura católica aún es relevante a diferencia de otros países del sur de América Latina como Argentina y Uruguay. En particular, constatar este proceso en la región centro-occidente de nuestro país, al menos en las ciudades de Colima y Guadalajara donde se desarrolló la investigación, resulta de gran relevancia. Varios de los testimonios citados en el texto dieron cuenta del carácter conservador y tradicional del contexto dentro del cual se encontraban insertos hombres y mujeres de las tres generaciones. Tener conciencia de este hecho fomentó en much@s de ell@s optar por desarrollar sus vidas íntimas de una forma discreta conservando en lo privado sus prácticas y opiniones. Otr@s tant@s asumieron abiertamente la defensa de sus estilos de vida a pesar de las críticas y sanciones que pudieran recibir.

El haber partido de una concepción de lo regional como una herramienta heurística y un recurso metodológico permite concluir que, aun tratándose de un territorio marcado por una historia que le ha proveído de un carácter conservador y tradicional, el proceso globalizador, así como la posesión de recursos de distinta índole por parte de los sujetos

en términos educativos, culturales, económicos, de acceso a la tecnología y la cultura, configura el panorama en un sentido mucho más complejo. El resultado es un escenario heterogéneo en el que la sexualidad en la vida de la gente se experimenta de formas diversas, lo cual muestra un abanico amplio de posibilidades que, por una parte, expresa la reproducción de prácticas, creencias, valores y formas de sentir aprendidas de generaciones anteriores; como formas creativas e innovadoras, aquí llamadas, transgresoras, que revelan procesos de navegación profundos generados con valentía por hombres y mujeres de las tres generaciones en torno a esta dimensión de sus vidas.

Esta multiplicidad de experiencias me lleva a coincidir de nueva cuenta con la perspectiva de Michel Bozon acerca de la sexualidad en las sociedades contemporáneas, en las que ésta se construye sobre diádas en tensión permanente,

A la búsqueda de la duración en la relación entre dos compañeros, se opone la exigencia de la espontaneidad del deseo. A la búsqueda de reciprocidad, aquella del placer individual. A la exigencia de exclusividad, la posibilidad de una simultaneidad de lazos sexuales. Al ideal de una pareja para la vida, la aspiración por una renovación de las experiencias y de las relaciones (2001, pp. 256-257).

En ese sentido, las emociones y los sentimientos descritos aquí en torno a la vida íntima y la sexualidad, revelan que la vida personal tiende a parecerse cada vez más a aquello que evocaba Michel Foucault de manera nostálgica,

Me llama la atención el hecho de que en nuestra sociedad el arte se haya convertido en algo que atañe a los objetos y no a la vida ni a los individuos. ¿Por qué un hombre cualquiera no puede hacer de su vida una obra de arte?

¿por qué una determinada lámpara o una casa pueden ser obras de arte y no puede serlo mi vida?¹⁰⁵ (Vallejo, 2021, p. 146).

Conocer los relatos que nos brindaron nuestr@s entrevistad@s lo habría animado.

¹⁰⁵ Fragmento de entrevista al filósofo francés referida por Irene Vallejo en su libro *El infinito en un junco*.

Referencias bibliográficas

- Alberoni, Francesco (1987). *Enamoramiento y amor*. México: Gedisa.
- Alfie, Miriam, Rueda, Teresa y Serret, Estela (1994). *Identidad femenina y religión*. México: UAM-Azcapotzalco.
- Amuchástegui, Ana y Rivas, Marta (2004). Los procesos de apropiación subjetiva de los derechos sexuales: notas para la discusión. *Estudios demográficos y urbanos*, 19(3), 543-597. doi: 10.24201/edu.v19i3.1181
- Ariza, Marina y Oliveira, Orlandina (2005). Género, clase y concepciones sobre sexualidad en México. *Caderno CRH*, 18(43), 15-33. <https://www.redalyc.org/pdf/3476/347632166002.pdf>
- Barrientos, Jaime (2005). La nueva normatividad de las conductas sexuales en Chile. *Escuela de Psicología*, 14(24). doi:<http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362006000100005>
- Bataille, George (1997). *El erotismo*. México: Tusquets Editores.
- Bauman, Zygmunt (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de relación amorosa*. España: Paidós.
- Bellinghausen, Hermann (Coord.) (1991). *El nuevo arte de amar. Usos y costumbres sexuales en México*. México: Cal y Arena.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Berlin, Isaiah (1986). *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Berriel, Fernando, Paredes, Mariana y Pérez, Robert (2006). Sedimentos y transformaciones en la construcción psicosocial de la vejez. En Alejandra López (Coord.). *Proyecto género y generaciones, reproducción biológica y social de la población uruguaya* (tomo 1, pp. 19-124). Montevideo: Trilce Ediciones.
- Bertaux, Daniel (1980). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. Traducción por el TCU 0113020 de la Universidad de Costa Rica, de L'approche biographique: Sa validité méthodologique, ses potentialités, publicado en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, LXIX, 197-225.
- Besserer, Federico (2014). Regímenes de sentimientos y la subversión del orden sentimental. Hacia una economía política de los afectos. *Nueva Antropología*, 27(81). <https://cutt.ly/PU4nAA1>
- Bourdieu, Pierre (1999). *La miseria del mundo*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- . (2001). ¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos. *Poder, Derecho y Clase Social* (pp. 101-129). Bilbao, España: Editorial Desclée de Brouwer.
- . (2011). La ilusión biográfica. *Acta Sociológica*, (56), 121-128.
- Bozon, Michel (2001). Sexualité et conjugalité. En T. Blöss (Dir.). *La Dialectique des Rapports Hommes-Femmes* (pp. 239-261). París: Presses Universitaires de France.
- . (2009). *Sociologie de la sexualité*. París: Armand Colin, coll. «128».
- Bozon, Michel y Bajos, Nathalie (Dirs.) Beltzer, Nathalie (Coord.) (2008). *Enquete sur la sexualité en France. Pratiques, genre et santé*. Paris: Editions La Découverte.
- Brito, Alejandro (s/f). Entrevista con Michel Bozon. [http://www.notiese.org/opinion.shtml?cmd\[55\]=x-55-3941057c2bb56c2afc3b204c38be280](http://www.notiese.org/opinion.shtml?cmd[55]=x-55-3941057c2bb56c2afc3b204c38be280)
- Bruner, Jerome (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial.

- Carmona, Mariela (2011). ¿Negocian las parejas su sexualidad? Significados asociados a la sexualidad y prácticas de negociación sexual. *Estudios Feministas*, 19(3), 801-822. doi:10.1590/S0104-026X2011000300008
- Castells, Manuel (1999). *La Era de la Información* (tomo 3). México: Siglo XXI Editores.
- Coffey, Amanda y Atkinson, Paul (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*. Antioquia: Contus, Editorial Universidad de Antioquia y Facultad de Enfermería de Antioquia.
- Collignon, María Martha (2006). Pautas socio-históricas de la sexualidad en México. *Revista de estudios sobre Juventudes Jóvenes en la mira*, 1(03), 11-28. Guadalajara: Instituto Jalisciense de la Juventud.
- Collignon, María Martha y Rodríguez, Zeyda (2010). Afectividad y sexualidad entre los jóvenes mexicanos: tres escenarios para la experiencia íntima en el siglo xx. En Rossana Reguillo (Coord.). *Los jóvenes en México* (pp. 262-315). México: CONACULTA-FCE, Colección Biblioteca Mexicana.
- Coontz, Stephanie (2006). *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el matrimonio*. Barcelona: Gedisa.
- Cosse, Isabella (2008). Del matrimonio a la pareja: Continuidades y rupturas en el modelo conyugal en Buenos Aires (1960-1975). *Anuario IEHS*, 23, 431-458.
- Cuevas, Ana Josefina (Coord.) (2019). *Intimidad y relaciones de pareja: exploraciones de un campo de investigación*. México: Universidad de Guadalajara/Juan Pablos editores.
- Chaumier, Serge (2006). *El nuevo arte de amar*. Madrid, Alianza editorial.
- De la Peña, Guillermo (1993). Los estudios regionales y la antropología social en México. En P. Pérez (Comp.). *Región e historia en México* (pp. 43-93). México: UAM-Instituto Mora.
- Del Palacio, Celia (2007). Movimientos femeninos, lucha y resistencia (de finales del siglo xix a principios del xx). En Sarah Corona y De la Peza, Carmen (Coords.). *Un siglo de educación sentimental. Los buzones*

- amorosos en México* (pp. 33-64). México: Universidad de Guadalajara, Universidad Veracruzana, UAM-Azcapotzalco, UAM-Xochimilco.
- De Santiago, Ximena y Rodríguez, Zeyda (2022). La responsabilidad afectiva: ¿una alternativa posible a la crisis del amor romántico? En Zeyda Rodríguez y Tania Rodríguez (Coords.). *Parejas contemporáneas: de los arreglos tradicionales a las relaciones abiertas, la responsabilidad afectiva, el tinder y el sugar dating* (pp. 249-294). Guadalajara: CUCSH, Universidad de Guadalajara/CONACYT.
- Díaz, Santiago (2008). Decir verdad: transgresión y libertad. *Bajo Palabra*, revista de Filosofía, II Época, (3), 51-58.
- Elliot, Jane (2005). *Using narrative in social research. Qualitative and quantitative approaches*. Gran Bretaña: SAGE.
- Esteban, Mari Luz (2011). *Crítica del pensamiento amoroso*. ePub r1.2, Primo y Murasaki, 13.12.15, Lectulandia.
- Esteinou, Rosario (2009-2010). Las relaciones de pareja en el México moderno. *Revista Casa del Tiempo*, (26-27), 65-75.
- Fábregas, Andrés (1992). *El concepto de región en la literatura antropológica*. México: Gobierno del Estado de Chiapas/ Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Ferrarotti, Franco (2007). Las historias de vida como método. *Convergencia*. Revista de Ciencias Sociales, 14(44), 15-40, mayo-agosto. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Fisher, Helen (2004). *¿Por qué amamos?* México: Editorial Taurus.
- Flick, Uwe (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Editorial Morata.
- Foucault, Michel (s/f). *Prefacio a la transgresión*. Traducción de Víctor Florián. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- . (1986). *Historia de la sexualidad*. Tomo 2. El uso de los placeres. México: Siglo XXI.
- Fromm, Erich (2005). *El arte de amar*. Buenos Aires: Paidós Contextos editorial.
- Galí, Montserrat (2002). *Historias del bello sexo. La introducción del romanticismo en México*. México: UNAM.

- Garita, Gustavo (2004). Envejecimiento y sexualidad: Alrededor de la historicidad de su vivencia y sus determinaciones psicosocioculturales. *Revista Ciencias Sociales*, (105), 59-79. <http://www.vinv.ucr.ac.cr/latindex/rcs003/04-garita.pdf>. Fecha de consulta, 21/10/2015
- Geertz, Clifford (1973). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- . (1991). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Gergen, Kenneth (1994). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, Anthony (1986). *La constitución de la sociedad*. Argentina: Amorrortu editores.
- . (1995). *La transformación de la intimidad*. España: Editorial Anagrama.
- Giménez, Gilberto (1994). Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, VI(18), 165-173.
- . (1996). Territorio y cultura. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, II(4), 9-30.
- . (1999). Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época 2, 5(9), 25-57.
- Gobierno del Estado de Jalisco (s/f). *Análisis de los principales resultados del censo 2020 de las áreas metropolitanas de Jalisco, 2010-2020*. México: Instituto de Información Estadística y Geográfica de Jalisco.
- González, Luis (1985). Terruño, microhistoria y ciencias sociales. Ponencia presentada en el XLV Congreso de Americanistas celebrado en Bogotá, Colombia, del 1o. al 6 de Julio de 1985. <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/fondo2000/vol1/otra-invitation/html/2.html>
- Gordon, Steven (1981). The sociology of sentiments and emotion. En Emde y Harbon (Eds.). *Social Psychology. Sociological perspectives*. Nueva York: Basic Books.
- . (1990). Social Structural effects on emotions. En Theodore Kemper (Ed.). *Research agendas in the sociology of emotions* (pp. 145-179). Estados Unidos: State University of New York Press.

- Gutiérrez, Cristina y De la Torre, Renée (2020). La moral sexual de los tapatíos. *Revista Vínculos. Sociología, análisis y opinión*, (16), enero-junio, 13-36.
- Haag, Pamela (2013). *Matrimonio confidencial*. Barcelona: Ediciones B.
- Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Herbenick Debby, Bowling Jessamyn, Fu Tsung-Chieh, Jane, Dodge Brian, Guerra-Reyes Lucía, Sanders, Stephanie (2017). *Sexual diversity in the United States: Results from a nationally representative probability sample of adult women and men*. PLoS ONE 12(7): e0181198. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0181198>
- Hernández, Alberto, Gutiérrez, Cristina y De la Torre, Renée (Coords.) (2016). *Encuesta nacional sobre creencias y prácticas religiosas*. Red de Investigadores del fenómeno religioso en México RIFREM. México: CONACYT.
- Hobsbawm, Eric (1998). *Historia del Siglo xx*. Buenos Aires: Editorial Crítica.
- Hochschild, Arlie (1979). Emotion work, feeling rules and social structure. *The American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575. Estados Unidos de América: University of Chicago Press.
- . (1990). Ideology and emotion management: a perspective and path for future research. En T. Kemper (Ed.). *Research agendas in the sociology of emotions* (pp. 117-142). Estados Unidos de América: State University of New York Press.
- . (2003). *The managed Heart*. Estados Unidos de América: University of California Press.
- Illouz, Eva (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz editores.
- . (2012). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz editores.
- . (2014). *Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*. Buenos Aires: Katz editores.
- INEGI (2020). *Presentación de resultados. Estados Unidos Mexicanos. Censo 2020*, PDF.

- . (2020). *Presentación de resultados. Jalisco. Censo 2020*, PDF.
- . (2021). *En México hay 84.1 millones de usuarios de internet y 88.2 millones de usuarios de teléfonos celulares: ENDUTIH 2020*. Boletín de prensa, No. 352/21, PDF.
- Jiménez, María Lucero (2012). Algunos aspectos del conflicto entre los géneros. La sexualidad, la reproducción y la paternidad desde la perspectiva de algunos varones mexicanos. Un referente del conflicto. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, 12(1), 131-167. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65429254008>
- Kaufmann, Jean-Claude (1999). La ropa sucia. En Ulrich Beck (Coord.). *Hijos de la libertad* (pp. 211-246). México: Fondo de Cultura Económica.
- Kevan, Wylie (2009). A Global Survey of Sexual Behaviours. *Journal of Family and Reproductive Health Journal*, 3(2), junio.
- Koselleck, Reinhart (2001). Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico-antropológico. En *Los estratos del tiempo: Estudios sobre la historia* (pp. 43-92). Barcelona: Paidós/ICE de la U.A. Barcelona.
- Krauze, Enrique (1983). *Caras de la historia*. México: Joaquín Mortiz.
- Lagarde, Marcela (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Autónoma de México.
- Le Breton, David (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Lerner, Susana (Ed.) (1998). *Varones, sexualidad y reproducción*. México: El Colegio de México.
- Lively, Kathryn J. y Weed, Emi A. (2014). Emotion management: sociological insight into what, how, why, and what end? *Emotion review*, 6(3), 202-207. <https://doi.org/10.1177/1754073914522864>
- López, Oliva (2021). Las cartas amorosas de la imprenta Vangeas Arroyo en la educación sentimental y los ordenamientos de género en México (1900-1922). En Oliva López (Coord.). *Amor, desamor y modernidad. Régimen de una educación sentimental en México y América Latina (1900-1950)* (pp. 21-56). México: FES-Iztacala, UNAM.
- López Sánchez, Félix (2012). *Sexualidad y afectos en la vejez*. Madrid: Ediciones Pirámide.

- Luhmann, Niklas (1985). *El amor como pasión*. Barcelona: Ediciones Península.
- Mannheim, Karl (1993). El problema de las generaciones. *Reis, Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (62), 193-242.
- Manrique, Rafael (1996). Del deseo a la familia: la construcción de lo familiar. Conferencia basada en el libro de Manrique, R. *Sexo, erotismo y amor. Complejidad y libertad en la relación amorosa*. Madrid: Edicopmes, Libertarias, Prohufi.
- Monsiváis, Carlos (1988). *Escenas de pudor y liviandad*. México: Narrativa Grijalbo.
- . (1991). Paisajes de batalla entre condones. Saldos de la revolución sexual. En Hermann Bellinghausen (Coord.). *El nuevo arte de amar. Usos y costumbres sexuales en México* (pp. 165-179). México: Cal y Arena.
 - . (1995A). Ortodoxia y heterodoxia en las alcobas. Hacia una crónica de costumbres y creencias sexuales en México. *Debate feminista. Sexualidad: Teoría y Práctica*, 11, abril, 183-210.
 - . (1995B). Del cinturón de castidad al condón. De usos amorosos y hábitos sexuales. En José Joaquín Blanco *et al.* *Cuidado con el corazón* (pp. 163-188). México: INAH.
- Montero, Rosa (2013). *La ridícula idea de no volver a verte*. México: Editorial Planeta.
- Nussbaum, Martha y Levmore, Saúl (2018). *Envejecer con sentido. Conversaciones sobre el amor, las arrugas y otros pesares*. Ciudad de México: Ediciones culturales Paidós.
- O'Neil, Nena y O'Neill, George (1976). *Matrimonio abierto*. México: Editorial Grijalbo.
- Ochoa, Rocío (2016). Sexualidad y género en el sur de Veracruz. *La Ventana*, 5(43), 50-81. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-94362016000100050&script=sci_abstract
- Ortega y Gasset, José (1971). *Estudios sobre el amor*. España: Salvat editores.

- . (1977). El tema de nuestro tiempo. Obras completas, vol. 1, en Julián Marías, *Enciclopedia internacional de ciencias sociales*, vol. V. México: Aguilar, p. 147.
- Ortony, Alan, Clore, Gerald y Collins, Andrew (1996). *La estructura cognitiva de las emociones*. España: Siglo XXI.
- Palumbo, Mariana y Shenone, Delfina (2017). *Erotics global survey: sexuality, rights and internet regulations*. APC.
- Parrini, Rodrigo y Hernández, Antonio (2012). *La formación de un campo de estudios: Estado del arte sobre sexualidad en México. 1996-2008*. Río de Janeiro, Brasil: Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos Humanos CLAM/IMS/UERJ.
- Paz, Octavio (1993). *La llama doble*. Barcelona: Seix Barral.
- Phillips, Adam (1998). *Monogamia*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Piedra, Nancy (2017). *Amor y desamor: el afecto y el poder en las parejas de la Costa Rica urbana contemporánea*. San José Costa Rica: Editorial Arlequín.
- Ramírez, María Eugenia (2001). Construcción social de valores acerca de la sexualidad. El caso de las señoras de la tierra de Xochimilco. *Revista Estudios Sociológicos*, 19(55), 161-183. https://www.jstor.org/stable/40310404?seq=2#metadata_info_tab_contents
- Ramírez, Juan Carlos (2020). *Mandatos de la masculinidad y emociones: hombres (des)empleados*. México: CONACYT/Universidad de Guadalajara.
- Reddy, William (2001). *The navigation of feeling. A framework for the history of emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Riessman, Catherine K. (1993). *Narrative analysis*. California: Sage.
- Rocha Islas, Martha Eva (2004). Cómo se enamoraban madres y abuelas de antaño. Cortejo y noviazgo en el siglo xx, 1900-1960. En J. A. Pérez Islas y M. Urteaga Castro-Pozo (Coords.). *Historias de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo xx, México* (pp. 173-205). Instituto Mexicano de la Juventud, Secretaría de Gobernación, Archivo General de la Nación.
- Rodríguez, Tania, Rodríguez, Zeyda, Enríquez, Rocío, Cuevas, Ana Josefina, y Castillo, Ana Gabriel (2019). La intimidad en las relaciones

- de pareja: reflexiones conceptuales a partir de su multidimensionalidad. En Ana J. Cuevas (Coord.). *Intimidad y relaciones de pareja: exploraciones de un campo de investigación* (pp. 37-94). México: Universidad de Guadalajara/Juan Pablos editores.
- Rodríguez, Tania y Rodríguez, Zeyda (2020). Intimidad y relaciones de pareja durante la pandemia de la covid-19 en Guadalajara. *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, XXVII(78 y 79), mayo-agosto, septiembre-diciembre. <https://doi.org/10.32870/eees.v28i78-79.7206>
- Rodríguez, Tania (2022). *Celos e infidelidades: tecnologías, emociones y poder*. Universidad de Guadalajara, en prensa.
- Rodríguez, Zeyda (2006). *Paradojas del amor romántico*. México: Secretaría de Educación Pública/Instituto Mexicano de la Juventud.
- Rodríguez, Zeyda, Rodríguez, Tania, Enríquez, Rocío, Cuevas, y Ana Josefina (2017). *Intimidad y relaciones de pareja en la región centro-occidente del México contemporáneo: desafíos socioculturales*. Propuesta de investigación ante Conacyt.
- Rodríguez, Zeyda (2019a). Sexualidad y relaciones de pareja entre adultos y adultos mayores en México y América Latina: explorando la normalidad heterosexual. En Ana J. Cuevas (Coord.). *Intimidad y relaciones de pareja: exploraciones de un campo de investigación* (pp. 237-292). México: Universidad de Guadalajara/Juan Pablos editores.
- Rodríguez, Zeyda (2019b). Imaginarios amorosos, reglas del sentimiento y emociones entre jóvenes en Guadalajara. *Estudios Sociológicos*, XXXVII(110), mayo-agosto, 339-367. El Colegio de México. DOI 10.24201/ES.2019V37N110.1683
- Rodríguez, Zeyda y Rodríguez, Tania (2022). Trabajo emocional y disonancias en las relaciones de pareja: desafíos teóricos y metodológicos. En L. Anapíos y C. Hammerschmidt (Coords.). *Política, afectos e identidades en América Latina* (pp. 405-428). Buenos Aires: CALAS-CLACSO.
- Rojas, Olga (2011-2012). Masculinidad y vida conyugal en México. Cambios y persistencias. *GenEros*, (10), 79-104. <http://revistasacademicas.ucol.mx/index.php/generos/article/view/589/pdf>

- Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30), 95-145. México: Asociación Nueva Antropología.
- . (1989). *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad*. Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales, www.cholonautas.edu.pe
- Ruvalcaba, Patricia (2001). Recuerdos de cera. En Beatriz Aguilar Tagle. *Mujeres latinoamericanas: religión, espiritualidad, pecado, cuerpo y sexualidad*. México: Demac.
- S/A (2003). Defiende Martha Sahagún su Guía de Padres. <http://www.cronica.com.mx/notas/2003/48088.html>. 6 febrero, Consultado el 12 de febrero de 2021.
- S/A (2021). Débito conyugal, *Letraese*, <https://letraese.jornada.com.mx/2018/08/02/debito-conyugal-6752.html>
- Salazar Sotelo, Francisco (1991). El concepto de cultura y los cambios culturales. *Sociológica*, (17), septiembre-diciembre. México: UAM-Azcapotzalco.
- Sánchez, Carlos Cuauhtémoc (1994). *Juventud en éxtasis. Novela de valores sobre noviazgo y sexualidad*. México: Ediciones Selectas Diamante.
- . (1997). *Juventud en éxtasis 2. Curso definitivo sobre educación sexual*. México: Ediciones Selectas Diamante.
- Sen, Amartya (2001). Juicios sobre la globalización. *Fractal*, VI(22), julio-septiembre, 37-50.
- Schutz, Alfred y Luckmann, Thomas (1973). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Scott, Joan W. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Marta Lamas (Comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG, México. Cita de versión electrónica en pdf en página: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/scott.pdf>. Consultado el 1 de noviembre de 2013.
- Singer, Irving (1999). *La naturaleza del amor. Cortesano y romántico* (tomo 2). México: Siglo XXI Editores.

- Solís, Patricio (2016). Estratificación social y movilidad de clase en México a principios del siglo xxi. En Patricio Solís y Marcelo Boado (Coords.). *Y sin embargo se mueve. Estratificación social y movilidad intergeneracional y de clase en América Latina* (pp. 297-367). México: El Colegio de México y Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Sternberg, Robert (2000). *La experiencia del amor*. España: Editorial Paidós.
- Stendhal (1968). *Del amor*. México: Alianza Editorial.
- Suárez, Marcela (2007). Los fabulosos 1940: amores, desamores y revistas... En Sarah Corona y Carmen De la Peza (Coords.). *Un siglo de educación sentimental. Los buzones amorosos en México* (pp. 67-94). México: Universidad de Guadalajara, Universidad Veracruzana, UAM-Azcapotzalco, UAM-Xochimilco.
- Szasz, Ivonne (1998a). Sexualidad y género: algunas experiencias de investigación en México. *Debate Feminista*, 18, 77-104. <http://investigacion.cephcis.unam.mx/generoyrsociales/index.php/investigacion-sobre-sexualidad-en-mexico-sexualidad-y-genero-algunas-experiencias-de-investigacion-en-mexico-szasz-ivonne/>
- . (1998b). Los hombres y la sexualidad. Aportes del pensamiento feminista y primeros acercamientos a su estudio en México. En S. Lerner (Comp.). *Varones, sexualidad y reproducción*. México: El Colegio de México.
- . (1998c). Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México. En I. Szasz y S. Lerner (Comps.). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: El Colegio de México.
- Tenorio, Natalia (2012). Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad. *Revista Sociológica*, 27(76), 7-52. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0187-01732012000200001&script=sci_abstract
- Thompson, Paul (1994). La transmisión cultural entre generaciones. Un acercamiento basado en historias de vida. *Historia y Grafía*, 1(3), 201-213.
- Vallejo, Irene (2021). *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. Madrid: Ediciones Siruela.

- Van Young, Eric (1987). Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas. *Anuario IEHS*, (2). <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1987/012%20-%20Young%20Eric%20Van%20-%20Haciendo%20Historia%20Regional....pdf>
- Vásquez-Bronfman, Ana (2006). *Amor y sexualidad en las personas mayores. Transgresiones y secretos*. Barcelona: Gedisa.
- Weeks, Jeffrey (1998). *Sexualidad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Williams, Raymond (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Wright-Mills, Charles (1961). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Páginas web

- <https://datos.gob.mx/herramientas/indicadores-demograficos-de-mexico-de-1950-a-2050-y-de-las-entidades-federativas-de-1970-a-2050?category=web&tag=economia>. Consultada el 5 de abril de 2022.
- https://es.wikipedia.org/wiki/Religi%C3%B3n_en_M%C3%A9xico. Consultada el 5 de abril de 2022.
- https://es.wikipedia.org/wiki/Zona_metropolitana_de_Guadalajara. Consultada el 5 de abril de 2022.
- <https://www.gob.mx/salud/articulos/disfuncion-erectil>. Consultada el 10 de mayo de 2022.
- https://es.wikipedia.org/wiki/Zona_metropolitana_de_Colima-Villa_de_%C3%81lvarez. Consultada el 5 de abril de 2022.
- <https://www.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/?ag=06#tabMCCollapse-Indicadores>. Consultada el 5 de abril de 2022.
- <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/tableros/panorama/>. Consultada el 5 de abril de 2022.
- <https://www.inegi.org.mx/programas/enadid/2018/#Tabulados>. Consultada el 5 de abril de 2022.
- <https://frentenacional.mx/#:~:text=Somos%20un%20movimiento%20social%20conformado,la%20Familia%20y%20las%20Libertades>. Consultada el 5 de abril de 2022.

Anexos

Anexo 1. *Corpus* de casos por generación

Cuadro 13. Características de los Adultos Mayores entrevistados

Seudónimo	Ciudad	Edad	NSE ¹⁰⁶	Situación de pareja	Escolaridad	Ocupación
Delia	Colima	65	NMA	Casada	Carrera Técnica	Trabajadora independiente
Fátima	Colima	65	NM	Casada	Licenciatura	Abogada
Leonor	Colima	74	NB	Separada	Primaria incompleta	Ama de casa
Luisa	Colima	73	NM	Viuda	Licenciatura	Jubilada
Otilia	Colima	65	NM	Unión libre	Maestría incompleta	Psicóloga
Raquel	Colima	80	NMA	Viuda	Maestría	Jubilada
Teresa	Colima	78	NB	Viuda	Primaria	Ama de casa
Gilberto	Colima	67	NMA	Divorciado (2da vez) Unión libre	Carrera Técnica	Empresario
Julián	Colima	73	NM	Casado	Secundaria	Jubilado
Sixto	Colima	80	NM	Divorciado/ Unión libre con su exes- posa	Carrera Técnica	Funcionario público
Eunice	Guadalajara	82	NB	Viuda	Secundaria	Jubilada
Fernanda	Guadalajara	75	NM	Divorciada	Licenciatura incompleta	Artista
Jimena	Guadalajara	65	NM	Divorciada	Doctorado	Académica
Laura	Guadalajara	74	NB	Separada (2da vez)	Secundaria	Jubilada

¹⁰⁶ NSE son las siglas de nivel socioeconómico, el cual se plantea como bajo (NB), medio (NM) y medio-alto (NMA).

Lilia	Guadalajara	80	NMA	Casada	Carrera Técnica	Artista
Lorena	Guadalajara	72	NM	Casada	Maestría	Jubilada
Magdalena	Guadalajara	76	NMA	Casada	Primaria	Retirada
Mariana	Guadalajara	78	NB	Viuda	Primaria incompleta	Ama de casa
Mónica	Guadalajara	69	NMA	Casada	Maestría	Funcionaria pública
Olivia	Guadalajara	76	NMA	Divorciada	Doctorado	Psicóloga
Fabián	Guadalajara	65	NB	Casado	Primaria	Trabajador manual
Félix	Guadalajara	74	NB	Viudo	Primaria incompleta	Jubilado
Misael	Guadalajara	74	NM	Casado	Doctorado	Académico
Artemio	Guadalajara	78	NM	Viudo	Primaria incompleta	Trabajador independiente
Ramiro	Guadalajara	96	NMA	Casado	Primaria	Retirado
Sergio	Guadalajara	90	NB	Viudo	Primaria	Retirado

Cuadro 14. Características de los Adultos Medios entrevistados

Seudónimo	Ciudad	Edad	NSE	Situación de pareja	Escolaridad	Ocupación
Minerva	Colima	58	NB	Divorciada	Primaria	Ama de casa
Mirna	Colima	61	NMA	Casada (2da vez)	Licenciatura	Funcionaria pública
Paula	Colima	53	NB	En proceso de divorcio	Primaria	Cocinera
Yolanda	Colima	58	NM	Divorciada	Licenciatura	Empresaria
Benito	Colima	58	NB	Casado (2da vez)	Secundaria	Jubilado
Braulio	Colima	56	NM	Casado	Pasante de Doctorado	Académico
Gamaliel	Colima	52	NMA	Casado	Licenciatura	Empresario
Jeremías	Colima	50	NMA	Casado	Maestría	Empresario
Mauricio	Colima	55	NA	Casado	Licenciatura	Empresario

Octavio	Colima	62	NB	Casado (3ra vez)	Primaria	Jubilado
Saúl	Colima	59	NM	Divorciado/ Unión libre	Doctorado	Académico
Andrea	Guadalajara	61	NB	Viuda	Primaria incompleta	Empleada doméstica
Citlali	Guadalajara	52	NM	Casada	Licenciatura	Propietaria de negocio
Lourdes	Guadalajara	53	NB	Separada	Secundaria incompleta	Empleada doméstica
María José	Guadalajara	52	NMA	Casada	Maestría	Trabajadora independiente
Marina	Guadalajara	52	NM	Casada	Licenciatura	Ama de casa
Mica	Guadalajara	60	NB	Soltera	Licenciatura	Empleada
Romina	Guadalajara	52	NMA	En proceso de divorcio	Licenciatura	Empresaria
Rosa	Guadalajara	52	NMA	Divorciada/ Unión libre con su exma- rido	Maestría	Psicóloga
Sofía	Guadalajara	61	NM	Divorciada	Doctorado	Profesora universitaria
Andrés	Guadalajara	55	NB	Separado	Bachillerato	Trabajador independiente
Javier	Guadalajara	63	NM	Casado	Maestría	Académico
Joel	Guadalajara	57	NM	Divorciado	Licenciatura	Propietario de negocio
Martín	Guadalajara	54	NMA	Casado	Licenciatura	Ejecutivo de alto nivel
Servando	Guadalajara	54	NB	Casado	Secundaria	Trabajador independiente
Tenzin	Guadalajara	61	NMA	Casado (2da vez con su esposa)	Doctorado	Trabajador independiente

Cuadro 15. Características de los Adultos Jóvenes entrevistados

Seudónimo	Ciudad	Edad	NSE	Situación de pareja	Escolaridad	Ocupación
Armida	Colima	40	NB	Divorciada	Licenciatura Incompleta	Empleada
Aurora	Colima	43	NM	Casada	Licenciatura	Consultora
Celia	Colima	35	NB	Casada	Secundaria	Empleada
Fabiola	Colima	37	NM	Casada	Doctorado	Funcionaria pública
Isadora	Colima	47	NMA	Casada	Licenciatura	Empresaria
Viviana	Colima	45	NMA	Casada	Carrera Técnica	Secretaria
Augusto	Colima	32	NMA	Casado	Licenciatura	Empresario
Daniel	Colima	45	NM	Casado	Doctorado	Académico
Demían	Colima	35	NB	Unión libre	Bachillerato	Trabajador manual
Rogelio	Colima	36	NB	Divorciado	Carrera Técnica	Chofer
Tobías	Colima	38	NM	Casado	Doctorado	Académico
Alejandra	Guadalajara	43	NMA	Casada	Licenciatura	Abogada y empresaria
Ana	Guadalajara	48	NB	Separada	Secundaria	Empleada doméstica
Berenice	Guadalajara	42	NMA	Divorciada	Licenciatura	Propietaria de negocio
Carolina	Guadalajara	35	NMA	Casada	Licenciatura	Ama de casa
Lena	Guadalajara	38	NM	Casada	Maestría	Abogada y psicóloga
Lucía	Guadalajara	46	NB	Casada	Primaria	Empleada doméstica
Marcela	Guadalajara	34	NB	Casada	Maestría	Académica
María	Guadalajara	32	NM	Casada	Licenciatura	Estudiante
Patricia	Guadalajara	48	NB	Unión libre	Secundaria incompleta	Empleada doméstica
Saidi	Guadalajara	38	NB	Casada	Secundaria	Empleada doméstica

Ariel	Guadalajara	41	NM	Divorciado	Maestría	Empleado de alto nivel
Arturo	Guadalajara	36	NB	Casado	Licenciatura	Trabajador independiente
Héctor	Guadalajara	36	NM	Unión libre	Licenciatura	Empleado
Jonás	Guadalajara	41	NMA	Separado	Licenciatura	Abogado
Juan	Guadalajara	33	NMA	Casado	Maestría	Abogado
Oscar	Guadalajara	36	NB	Separado	Licenciatura	Artista
Pablo	Guadalajara	37	NMA	Unión libre	Licenciatura	Psicólogo y artista
Pedro	Guadalajara	36	NB	Casado	Licenciatura	Ingeniero civil

Anexo 2. Concentrado de casos de entrevista por ciudad, sexo, NSE y grupos de edad

Cuadro 16. Concentrado de casos de entrevistados por ciudad, sexo, NSE y grupos de edad

Ciudad	Sexo	Nivel socioeconómico	Grupos de edad			Total
			32-48 años	50-63 años	65 años y más	
Colima	Mujer	Bajo	2	2	2	6
		Medio	2	1	3	6
		Medio-Alto	2	1	2	5
		Total	6	4	7	17
	Hombre	Bajo	2	2	0	4
		Medio	2	2	2	6
		Medio-Alto	1	3	1	5
		Total	5	7	3	15
	Total	Bajo	4	4	2	10
		Medio	4	3	5	12
		Medio-Alto	3	4	3	10
		Total	11	11	10	32

Guadalajara	Mujer	Bajo	5	3	3	11
		Medio	2	3	3	8
		Medio-Alto	3	3	4	10
		Total	10	9	10	29
	Hombre	Bajo	3	2	3	8
		Medio	2	2	2	6
		Medio-Alto	3	2	1	6
		Total	8	6	6	20
	Total	Bajo	8	5	6	19
		Medio	4	5	5	14
		Medio-Alto	6	5	5	16
		Total	18	15	16	49
Total	Mujer	Bajo	7	5	5	17
		Medio	4	4	6	14
		Medio-Alto	5	4	6	15
		Total	16	13	17	46
	Hombre	Bajo	5	4	3	12
		Medio	4	4	4	12
		Medio-Alto	4	5	2	11
		Total	13	13	9	35
	Total	Bajo	12	9	8	29
		Medio	8	8	10	26
		Medio-Alto	9	9	8	26
		Total	29	26	26	81

Anexo 3. La definición de los niveles socioeconómicos

Para la ubicación de los casos por niveles socioeconómicos, se partió de la visión sociológica de Pierre Bourdieu sobre el espacio social y el posicionamiento de los individuos como poseedores de formas de capitales que se trasmutan entre sí y que se manifiestan en varias dimensiones: económica, ocupacional, cultural y social. Bourdieu señala,

El mundo social puede ser concebido como un espacio multidimensional que puede ser construido empíricamente descubriendo los principales factores de diferenciación que dan razón de las diferencias observadas en un determinado universo social o, en otras palabras, descubriendo los poderes o formas de capital que son o pueden llegar a ser eficientes, como ases en un juego de cartas, en este universo particular, esto es, en la lucha (o competición) por la apropiación de los bienes escasos que tienen lugar en este universo (2001, p. 105).

Esta perspectiva nos pareció pertinente pues más allá de cualquier delimitación puramente económica, asumimos con este autor, que los sujetos que se encuentran en condiciones semejantes tienen “todas las posibilidades de tener disposiciones e intereses semejantes, y así de producir prácticas y representaciones de una especie similar” (Bourdieu, 2001, p. 108). Es decir, tienen todas las posibilidades de compartir los mismos *habitus*. Desde esta perspectiva, las clases sociales asocian un conjunto de factores: recursos económicos (capital económico), ocupación (capital económico, cultural y social), nivel de instrucción (capital cultural y económico), pertenencia grupal y a redes sociales (capital social). De este modo, el nivel socioeconómico de los casos se determinó de manera aproximada por la conjunción de varios criterios, los cuales fueron definidos de forma cualitativa, es decir, por apreciación de los propios entrevistadores/as acerca de diversos indicadores. Los niveles socioeconómicos (NSE) de los casos con los que se trabajó se definieron como bajo, medio y medio alto, dado el difícil acceso a un número suficiente de casos de nivel socioeconómico alto.

Los casos ubicados en el NSE Bajo fueron definidos por: colonia en la que vive, no poseedor de casa y/o auto, ingreso propio y de la pareja, nivel educativo (primaria incompleta, primaria, secundaria), y ocupación (trabajadores agrícolas, amas de casa, trabajadores manuales no calificados, jubilados/as, empleadas domésticas, comerciantes, choferes/conductores). Los casos ubicados en el NSE Medio por: colonia en la que vive, poseedor de casa y auto, poseedor de bienes que renta, recursos/

ingresos venidos de la familia de origen, recursos venidos de la pareja o expareja, ingreso propio y de la pareja, nivel educativo (bachillerato, carrera técnica, licenciatura incompleta, licenciatura, posgrado) y ocupación (comerciante, jubilados/as, empresarios/as, artistas, profesionistas, amas de casa, funcionarios públicos). Los casos ubicados en el NSE Medio-Alto por: colonia en la que vive, poseedor de casa y auto, poseedor de bienes que renta, recursos/ingresos venidos de la familia de origen, recursos venidos de la pareja o expareja, ingreso propio y de la pareja, nivel educativo (bachillerato, carrera técnica, licenciatura incompleta, licenciatura, posgrado), y ocupación (comerciante, jubilados/as, empresarios/as, artistas, profesionistas, amas de casa, funcionarios públicos).

En el conjunto de entrevistas encontramos algunas discordancias en los casos respecto a estos lineamientos por generación, me refiero a la no correspondencia entre nivel educativo, ocupación y nivel socioeconómico delineados arriba¹⁰⁷. Las razones de estas discordancias son estructurales. En el caso de los adultos jóvenes, a partir de los ochenta el mercado de trabajo se ha precarizado gracias a las políticas neoliberales que continúan hasta ahora, fenómeno que ha provocado que deje de funcionar de forma eficiente la fórmula nivel educativo/ocupación, pues educarse no implica en automático tener buenos empleos formales y con prestaciones laborales (Solís, 2016). Como vimos, varios de ellos se desempeñan como *FreeLancer*: músico, productor audiovisual, etc. En este sentido, no sorprende que entre los adultos medios y mayores, que fincaron su vida a lo largo de los 50, 60 y 70, la fórmula funciona con

¹⁰⁷ Entre los adultos jóvenes de nivel bajo en la ciudad de Colima aparecieron por ejemplo: Armida, con licenciatura incompleta con ocupación de empleada, Demián, con bachillerato y ocupación de conductor, y Rogelio, con carrera técnica y también, conductor. Mientras que en Guadalajara, tenemos a Marcela, con formación de maestría y empleo como académica, Arturo, con licenciatura y ocupación de productor audiovisual, Oscar, con licenciatura y dedicado a la música, y Pedro, con licenciatura y ocupación de ingeniero civil.

gran coherencia, a mayor formación educativa, ocupaciones laborales de mayor rango y remuneración¹⁰⁸.

Anexo 4. Libro de códigos

Acoso sexual	Infidelidad concepto
Acuerdos sexuales	Infidelidad fantasía
Anticoncepción	Infidelidad real
Aprendizaje sexual/ individual o mutuo	Iniciativa sexual
Cambios sexualidad llegada hijos	Instinto sexual
Ceder/negarse a prácticas	Liberalización sexual
Celos y vigilancia	Masturbación
Comunicación	Menstruación
Conocimiento sobre cuerpo	Miedo ETS/vih
Conocimiento sexualidad libros	Miedo infidelidad
Conversaciones sexualidad con otros	Moteles
Conversaciones sexualidad con la pareja	Necesidades sexuales
Creencias y culpa	Negación a sexualidad
Defección secreta	Orgasmo
Discursos alternativos sexualidad	Placer/Pasión sexual
Enamoramiento de otra persona	Pornografía y redes
Estrés y cansancio	Posesividad
Evolución sexualidad	Promiscuidad sexual
Eyacuación precoz	Reavivar sexualidad
Fantasías excitación	Relaciones sexuales ocasionales
Fidelidad	Relaciones sexuales paralelas/abiertas
Fingimiento de placer o amor	Satsifacción/insatisfacción sexual
Frecuencia/suspensión sex	Table dances
Frustración sexual	Tic y vida sex
Gusto por otra persona	Tolerancia/intolerancia infidelidad
Importancia sexualidad	Virginidad

¹⁰⁸ Ver cuadro concentrado de casos en el anexo 2.

Sexualidad, sentimientos y emociones: un análisis generacional
se terminó de editar en noviembre de 2022
en los talleres de Kerigma Artes Gráficas
calle Pamplona 1136, Colonia Santa Elena Alcalde
Guadalajara, Jalisco, México.

Tiro: 1 ejemplar.

Diagramación y corrección: Kerigma Artes Gráficas.

Este libro analiza la vida sexual de hombres y mujeres heterosexuales de tres generaciones de adultos (jóvenes, medios y mayores), habitantes de las ciudades de Colima y Guadalajara en México. Los temas considerados son la importancia que reviste la sexualidad en las parejas, sus prácticas cotidianas en ese ámbito, los factores que contribuyen al desarrollo de una vida sexual gratificante y placentera, así como aquellos que la inhiben u obstaculizan. También se examinan las creencias que cada quien posee acerca de las necesidades sexuales de hombres y mujeres, las formas que adquiere la comunicación acerca de estos temas en su vida íntima, las tácticas que emplean para cumplir o incumplir las normas en torno a la monogamia y la fidelidad, y por último la trayectoria de la vida sexual que han compartido juntos a lo largo del tiempo.

Este estudio se fundamenta teóricamente en el análisis de los imaginarios amorosos romántico y posromántico, así como de las reglas del sentimiento que cada una de estas configuraciones simbólicas e institucionales plantea. Enfatiza la comprensión de los sentimientos y emociones que tienen lugar en la experiencia de la sexualidad.

El corpus empírico utilizado en este trabajo incluye 81 entrevistas y permite averiguar con bastante certeza en qué medida las personas se adhieren o se distancian de la cultura predominante, algunas reproduciendo prácticas, creencias, valores y formas de sentir aprendidas muy intensamente de generaciones previas; otras poniendo en acción formas creativas e innovadoras, que aún dentro de los límites culturales y morales que distinguen a la Región Centro-Occidente como conservadora, tradicional y muy católica, abren la puerta a mundos alternativos a lo convencional.